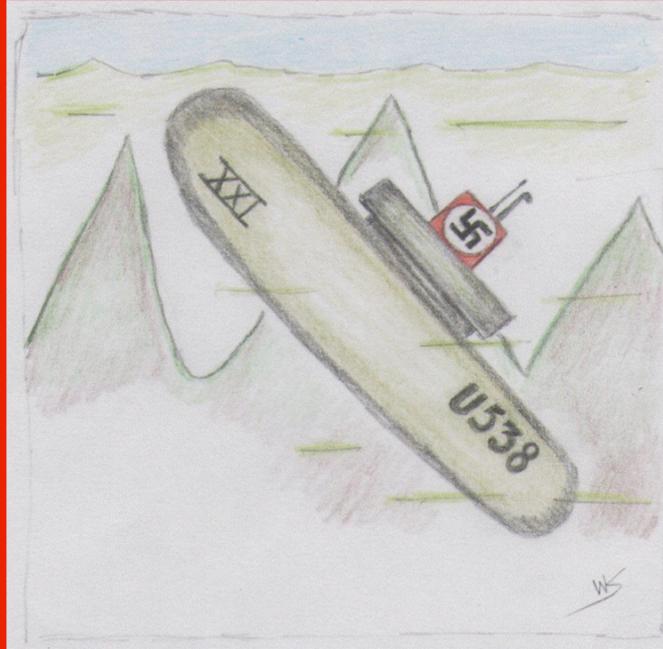


GUILLERMO SUDER



EL HOMBRE DEL ARCA

Guillermo Suder

EL HOMBRE DEL ARCA

Novela

Con excepción de los sucesos históricos, todo lo que ocurre aquí es pura invención mía, y la similitud que puedan tener, algunos de los personajes ficticios con los reales, mera coincidencia.

Idioma: Cuando los diálogos son entre argentinos, o se dan en el ámbito lingüístico argentino, van en español argentino. Cuando, supuestamente, tienen lugar en una lengua extranjera, van en español neutro.

El agua era muy verde y hacía frío. Un gran pez muerto flotaba con reflejos hirientes en sus escamas y los rayos oblicuos del sol de Junio no alcanzaban a calentar el aire.

Tampoco calentaban para nada la torreta del U538. Apenas podía distinguirse la identificación pintada sobre ella. El casco del submarino había sido implacablemente pelado por los embates del océano y el óxido lo corroía en todo lo que podía verse.

En la torreta, dos hombres trataban de absorber algo del calor del sol de mediodía; pero éste solo daba luz, la luz austral.

No corría ni la más leve brisa. Generalmente la había en las aguas de la Patagonia, más aún en esta época, y, no brisa, sino un viento tremendo. Pero esta vez no. El Atlántico estaba totalmente calmo y todo parecía una melancólica “marina”, con los grandes acantilados como fondo ...hacia el oeste.

El capitán Kurt Flamme tenía veintitrés años y era el comandante (1) de la unidad. Muy joven, tal vez, dirían algunos, para comandante; pero él no imaginaba siquiera que alguien pudiera pensar así. El segundo al mando se llamaba Bernd Lange, tenía veintiuno y una intensa y rápida experiencia. A este tampoco le importaba nada su edad. No creía ser un joven; es mas, no lo había sido nunca a su entender. Su evolución fue de niño a adulto maduro, sin solución de continuidad.

En ese momento, el Capitán Flamme pensaba en lo lejos que estaba aquel otro mundo. “¿Cómo sería vivir en Alemania ahora? ¿Qué estaría pasando?” se preguntó. Después de todo era su mundo. Pero trató de imaginárselo y no pudo.

El Almirante Doenitz había firmado la rendición incondicional, en Reims, el siete de Mayo. “Un mes y medio”, calculó mentalmente. Le parecía de otro siglo...

-Kurt, -el segundo, Bernd, le habló mientras recorría el acantilado con los anteojos, pero él no lo oyó. Continuó con sus cavilaciones. Las noticias captadas por la radio eran más amplias y coherentes, a medida que las comunicaciones, en manos de los aliados, se iban ordenando.

-Kurt... ¡Kurt!..

-Sí ...¿qué? ...¿Qué pasa?... –dijo, volviéndose cuando el otro lo llamó por tercera vez.

-¡Otra vez soñando, viejo!.. –exclamó Bernd Lange mirándolo con cierto temor.

Últimamente lo trataba como a una especie de hermano que tuviese problemas y al que se debiera vigilar.

-Bernd ...escucha bien –el tono del Capitán Flamme era paciente; -no es necesario que me observes todo el día, para ver si estoy soñando o me está por dar un ataque de locura.

-Pero, no, ...solo que te noto un poco distraído. Me preocupas.

-Pues, no te preocupes. ...¿Qué querías?

-¿Estás seguro de que ese chiflado va a estar allí esperándonos con los víveres y el combustible? Tenemos pocos víveres.

-Siempre estuvo allí con lo necesario –dijo sin abandonar el tono paciente; pero pensó, para sí, que la pregunta no estaba del todo fuera de lugar. Nada era absolutamente seguro ya. Súbitamente intranquilo alzó sus propios largavistas y se esforzó por concentrarse en la interminable pared distante cuatro millas.

La costa parecía solitaria y estéril, aunque, prestando atención, se distinguían, algo más al sur, unas manchas verdes entre los arbustos que coronaban la meseta. Despacio, la

1) En realidad era Teniente de Navío, pero ya no quedaban muchos Capitanes para otorgarles un submarino, así que, al final de la guerra, las unidades eran entregadas al comando de oficiales de poca graduación. Por costumbre y tradición se les decía “capitán”.-

nave, que llevaba un rumbo paralelo a la playa, se iba poniendo frente a los raquíuticos montes y a la casilla que ahora se veía a la distancia; casi al borde de los acantilados que miraban al Atlántico Sur.

Había estudiado durante un largo rato los alrededores con el periscopio grande, antes de emerger. Incluso luego de haber visto, claramente, el trapo rojo atado a un palo: Era la señal convenida para indicar que no había peligro y se veía a mucha distancia, aún a través del sistema óptico. Pero eso no quería decir que hubiese suministros; sabía que había habido dificultades, en ese sentido, últimamente.

Lo establecido era que, al salir a la superficie, el “viejo” viniese a recibirlos. Un trapo colorado en el día era una señal mucho más inequívoca que una luz cualquiera en la noche, y no había ni que pensar en anunciar el arribo por radio.

Kurt Flamme sostenía los anteojos tan fuertemente contra la cara, que esto le llegó a doler en un momento. El darse cuenta de que se estaba lastimando lo hizo aflojar un poco la presión. Sí, allí estaba el pequeño bulto en la playa; frente al socavón, un poco a la izquierda de la casilla. “Gracias a Dios”, pensó, “todo está yendo bien hasta ahora”. Un lento hormigueo en los brazos, le indicó que la sangre circulaba de nuevo por ellos.

-Allí está el bendito viejo ese. –dijo, de pronto, Bernd Lange.

-Sí, acabo de verlo –respondió.

-¿Y ahora qué?..

-Vamos a acercarnos un poco más; todo lo que podamos. La pleamar será recién a las 3:40 p.m.; creo que a un cuarto de milla estaremos bien. No es muy buen lugar, pero era el más seguro; al menos cuando lo eligieron.

A las 12:30 estaban suficientemente cerca de la costa y en la playa del socavón se veía claramente un hombre parado; cuya figura, negra por la distancia, se recortaba contra las rocas.

El Capitán Flamme y dos marineros, subieron al bote que ya estaba junto a la ahusada silueta del submarino, y, a una orden de aquél, pusieron proa a tierra. El U538 se retiró y volvió a sumergirse.

A medida que se acercaban, la solitaria presencia cobraba rasgos más nítidos. Un tipo de unos cincuenta a sesenta años, con un aire lejano: Don Antonio, como le llamaban por esos lados.

“Bien, al menos está allí; plantado como una piedra” pensó, “ahora veremos qué hay para nosotros”.

Una sola pequeña rompiente tenía ese día el mar, justo contra la playa y, cabalgándola suavemente, llegaron. Los últimos metros los hicieron con el motor apagado. Ambos marineros empujaron, con el agua a la pantorrilla, el diminuto chinchorro, hasta vararlo en el pedregullo; donde quedó como un cascarudo dado vuelta.

Casi sin mojarse, Kurt Flamme caminó hacia Don Antonio y pensó que había algo de irremediablemente trágico en ese encuentro. Se estrecharon las manos en silencio y éste se prolongó por unos instantes interminables, hasta que fue roto por él mismo.

-Todo acabó. –dijo trabajosamente, y sus propias palabras le sonaron idiotas y fuera de lugar.

-Todo termina alguna vez Herr Kapitän ...y la vida sigue, sin embargo. –el viejo no estaba más inspirado que él, por cierto, se dijo. –Pero, venga Vd. ...y sus hombres. Los dos tenemos bastante de que hablar y el café está recién hecho.

-¿Café de veras? –La pregunta fue casi un acto reflejo y Don Antonio se echó a reír.

- Sí, de veras. –respondió –Aquí no usamos “Ersatz Kaffé” (1)

(1) Ersatz Kaffe: Literalmente, café sucedáneo. Se refiere al café sintético o al de cebada tostada.

En el salón, los dos hombres charlaban desde hacía rato en voz baja y tono grave. La habitación brillaba a la luz del sol, con los cálidos reflejos de la madera de roble y los adornos de bronce. El resplandor de las llamas que brotaban de los troncos, se descomponía en colores fugitivos, al dar contra los vidrios de dos panzudos fanales que colgaban junto a la chimenea.

-La operación de aprovisionamiento será la mas grande ...y la última, -dijo, finalmente, Don Antonio. -luego, las entradas del Bunker serán tapiadas y disimuladas. Nada quedará que lo delate. -agregó, y sirvió mas cognac. El viejo se las había arreglado para tener todos los suministros necesarios.

El olor a pino aserrado, de la pequeña carpintería de la estancia, entraba por algún lado y, al callarse el dueño de casa, el Capitán Kurt Flamme se abandonó finalmente al placentero universo de sensaciones que lo iban ganando poco a poco: Perfume de aserrín, buen alcohol, el sabor del verdadero café, luces suaves, paz...

-¡Prosit!.. -dijo Anton Hartmann, alzando la copa. Kurt elevó la suya sin decir nada y luego se quedó un largo rato pensativo. El otro respetó su silencio. El joven tenía los ojos de los que lo han visto todo demasiado pronto.

El 20 de Junio de 1945, a las doce de la noche, la actividad es febril y bien organizada. La flota de cinco submarinos está a tres millas. De a uno, emergen y se acercan lo mas posible a la costa. La maniobra había comenzado recién a las 11:00 p.m., con las aguas creciendo desde las 9:50 p.m.

El gran lanchón a motor va y viene transportando provisiones a las naves. La carga de combustible es mas fácil, porque el "Diesel" les es bombeado, desde el depósito oculto en un pliegue del acantilado, a través de una manguera con una "boya sueca" en la punta.

Cada vez que uno completa la carga, se retira mar adentro y aguarda sumergido. Siempre existe el peligro de la aparición de un barco argentino.

La operación era , ciertamente, inusitada por lo grande y, además, por haber capitulado Alemania un mes y medio atrás. "Estación Elefante" siempre fue un puesto clandestino, secreto y pequeño, pensado por el servicio de inteligencia de la Kriegsmarine, para casos de emergencia alimentaria de algún submarino de su flota y nada mas. Así y todo, bastantes precauciones había tomado Don Antonio para mantenerla oculta; dado que el gobierno argentino no hubiese tolerado la existencia de ese tipo de actividades; al menos públicamente y con la interna feroz que había entre ejercito y armada. Menos aún con la declaración de guerra al Tercer Reich y a Japón del 27 de Marzo último (En realidad fue solo al Imperio del Japón).

La estancia donde estaba el Bunker se llamaba "La Lechuza" y era un establecimiento dedicado a la cría de ovejas. Anton Hartmann, o Don Antonio, que era alemán, era también el dueño del campo. El depósito propiamente dicho, había sido habilitado aprovechando una cueva oculta en las inmediaciones del casco: Un antiguo cauce, seco hacía mucho tiempo, daba al mar a través de un socavón, horadado por el agua en el acantilado en épocas muy remotas. En una de las paredes del tajo, un repliegue disimulaba la entrada de la caverna. Ésta, estaba en una posición muy buena, porque quedaba comunicada con la parte alta por el inclinado cauce seco, que también le daba salida al mar. Además, se hallaba a una altura a la que el océano no llegaba, cuando en la pleamar entraba por el lecho.

La cueva había sido ampliada de modo tal, que se había transformado en un gran depósito de víveres y algo de combustible. Estos eran comprados por Don Antonio, de a poco; para no llamar la atención, y casi nunca había tenido dificultades para conservar al almacén al tope; salvo en los últimos tiempos, en los que habían surgido algunas complicaciones de desabastecimiento en el mercado.

Para mayor comodidad, había hecho perforar un pozo vertical en el techo de la cavidad, dándole así salida para arriba; hacia la meseta. Luego mandó construir un galpón de madera, con techo de chapa, encima de la nueva boca, que de este modo quedó oculta bajo el piso de la casilla. A esta nueva entrada se accedía por una “puerta-trampa” de las que se usan para los sótanos.

El casco de la estancia quedaba unos doscientos metros mas hacia el interior y el viento, por lo general, barría todo durante la mayor parte del año; a veces muy fuerte ...a veces no tanto.

Don Antonio mantuvo vigías en lugares elevados, oteando la proximidad de naves, aviones o gente. Pero nadie se acercó, ni de noche ni de día. A las 7:00 p.m. del 21 de Junio de 1945, veinte horas después de iniciada y a dos horas y media de comenzado el reflujó, la maniobra estaba concluida. La flota, reunida mar afuera y navegando sumergida, siguió rumbo al sur.

El convoy, integrado por ocho submarinos, cinco de ellos del tipo XXI, había salido de Noruega, en los últimos días de la guerra, rumbo al Atlántico Sur; su misión era ultrasecreta.

Los tipo XXI se habían comenzado a construir en 1943 y llegaron a hacerse cientotrein y tres unidades de ellos. El U538 fue botado en 1944. Provistos de Schnörchel (snorkel) y proyectados para navegar siempre sumergidos, su desempeño en superficie no era del todo ideal. Desplazaban 1.621 toneladas y se movían a las velocidades máximas de 15 nudos arriba y 16 bajo el agua. Esto, con una propulsión de motores Diesel, que podían funcionar en inmersión gracias al “snorkel”, y eléctricos, con baterías de alto poder de almacenamiento.

La potencia desarrollada era de unos 5.000 H.P., tanto en superficie como en inmersión, con una autonomía de 20.000 millas náuticas a 6 nudos.

El deseo de dotarlos de las mejores líneas hidrodinámicas posibles, hizo que se suprimiesen todos los aditamentos del casco que se consideraron superfluos; despojándolos incluso de artillería.

Su armamento consistía en seis tubos, cuatro adelante y dos atrás, con una carga de veintitrés torpedos. Podían descender hasta los 300 m de profundidad y los servían, normalmente, dotaciones de treinta a treinta y cinco hombres.

Los otros tres submarinos eran de clase más antigua, pero con alto grado de reforma y adaptación, de tal modo que podían encolumnarse con los del tipo XXI, aunque a no más de 8 nudos en inmersión.

La travesía, de unas 9.000 millas, hasta “Estación Elefante”, fue cubierta por la flota en cincuenta días; navegando siempre sumergidos de día, y haciéndolo, de noche, a veces en inmersión y a veces en superficie. El promedio fue de ocho nudos y se perdieron tres naves durante el trayecto. Esto se debió a que la orden de marcha que tenían los

capitanes era solo: “seguir al sumergible precedente” y el contacto se mantuvo exclusivamente por la red hidrofónica (seguimiento del ruido y un mas que problemático “Morse”), guardándose un silencio de radio absoluto.

El U538 no era el buque insignia; el cual permaneció todo el tiempo encabezando la marcha, quedando el submarino comandado por el Capitán Flamme, siempre en segundo lugar en la formación; hasta llegar a la Estación Elefante. Allí, éste, de acuerdo a lo planeado de antemano, se encargó de hacer contacto con Don Antonio; al que conocía por haber operado el año anterior en estas aguas: El “viejo” fue anoticiado de la llegada de la flota y de la fecha aproximada, por canales absolutamente seguros.

Una vez terminado el reabastecimiento, Kurt Flamme recibió la orden, desde el buque insignia, de ocupar el último puesto en el convoy. Siendo, en esta flota, el segundo comandante en importancia y el de más experiencia en el área, le tocó la misión de cerrar la marcha. Se intentaba de este modo evitar más pérdidas de unidades. Eso selló el destino del U538.

(25 de Junio de 1945) Las olas grises alcanzan los cinco metros de altura. El U538 ha emergido y en esos momentos navega trabajosamente en superficie, saliendo del Estrecho de Le Maire. Apenas amanece y la visibilidad es muy mala. Se advierten mas que se ven, a estribor, las siluetas de los últimos montes de la Isla Grande de Tierra del Fuego: El Beccar, el Banks, los Montes Negros y, algo más allá, el Pirámide, el Campana y el Atocha. A babor, muy cerca, la Isla de Los Estados, de salvaje belleza y siniestra fama, va surgiendo de entre las sombras.

Estas son unas de las aguas más peligrosas del mundo, por sus corrientes fuertes y complicadas. En el tiempo de los grandes veleros, innumerables naufragios se produjeron aquí, por súbitas faltas de viento que dejaban al barco a merced de estas corrientes. Las mismas, irremediablemente, los estrellaban contra las rocas de la Isla de los Estados o contra las que rodean la Península Mitre, que es la punta de la Isla Grande.

Al iniciar el cruce del Le Maire, por una falla del hidrófono, el U538 perdió contacto con el submarino siguiente, y siendo el último quedó aislado. Ahora, una hora después, a la salida del estrecho, busca en superficie, en un intento desesperado, trazas del convoy que ha desaparecido. El Capitán Flamme y su segundo, Bernd Lange, tienen algunas esperanzas de que la flota emerja para ubicarlos, ó, al menos, que alguna de sus unidades lo haga, en la inteligencia de que el perdido ascenderá para mostrarse; pero no se hacen demasiadas ilusiones: El mar empeora minuto a minuto, la luz viene rápidamente y saben que en la zona hay barcos ingleses de las Malvinas.

A las 8:50 a.m. ya hay demasiada claridad y el capitán, para poder pensar con calma, decide ir a buscar refugio en Puerto Vancouver, en la Isla de los Estados: Un fondeadero abrigado y desierto, en la costa sur de la inhóspita tierra. Mientras tanto el temporal ya es la galerna de las galernas.

Como ya se dijo antes, los submarinos del tipo XXI fueron diseñados para navegar sumergidos; en superficie eran defectuosos y, con temporales como el de aquél día, adolecían de serios problemas de gobierno. Es por esto que a las 10:35 a.m., apenas superado el Cabo Kendall, y ante la posibilidad de hacer trizas la nave al intentar la entrada en Puerto Vancouver con semejante mar, el Capitán Flamme imparte la orden

de inmersión. Va en busca de las profundidades sin turbulencias más allá de las 8 brazas; hasta que pase el temporal. Se desplazaba en ese momento a una velocidad de 14 nudos.

Entretanto, la flota secreta, cada unidad preocupada por seguir sumergida a la precedente, se percató bastante después de la pérdida del U538. Cuando en retaguardia se la notó, fue imposible comunicar enseguida la contingencia a la nave insignia por medio de la comunicación Morse-hidrofónica: Las pésimas condiciones obstaculizaban el contacto. Ni bien pudo hacerse, dos naves fueron enviadas a superficie para tratar de ver al sumergible perdido, tal como pensó el Capitán Flamme; pero aquél estaba ya muy separado del resto. Naturalmente no emplearon la radio y sabían que Kurt Flamme tampoco lo haría, bajo ninguna circunstancia: Ushuaia estaba muy cerca y los británicos basados en las Malvinas recorrían las inmediaciones, o al menos estarían en escucha de rutina.

Las unidades permanecieron en espera alrededor de 40 minutos, al cabo de los cuales volvieron a sumergirse incorporándose a las que los aguardaban. Pocos instantes después continuaron rumbo a su misteriosa meta; dándose por perdida otra nave mas, con una carga especialmente valiosa. El destino final solo era conocido en el buque insignia y, perdido el contacto, no sabrían adonde ir. Pero, en estas circunstancias no tenían otra alternativa, el éxito de la operación dependía del absoluto secreto de la misma y no podían correr el riesgo de ser detectados. Los capitanes de las naves extraviadas tenían instrucciones precisas de como proceder llegado el caso.

Explicando un poco el tema en términos muy generales y sencillos, se puede decir que un submarino, en lo que hace a su flotabilidad, va provisto de una serie de tanques, que se llenan y vacían de agua según lo que se desee. Dejando de lado los tanques de “trimado”, que se usan para equilibrar la nave de acuerdo a la carga que tenga; los tanques, digamos ...activos, son: Los “lastres principales” –cada uno con dos válvulas arriba llamadas “ventilaciones” y una abajo denominada “Kingston”—, el “seguridad”, y el “rápida”.

Con este sistema la nave puede sumergirse de dos maneras: lenta y rápida. Lenta: Se inundan de a poco los “lastres principales” y el “seguridad”, hasta que el sumergible adquiere flotabilidad cero. De ahí en más el ascender o descender depende de los timones y la marcha. Rápida: Es el sistema usual en tiempo de guerra. En estas circunstancias el submarino navega listo para una inmersión en veinte o treinta segundos. Lleva sus “lastres principales” llenos de aire, con las ventilaciones cerradas pero con los Kingstons abiertos. Además, tiene el “rápida” lleno de agua; de tal modo que con solo abrir de golpe las ventilaciones, el casi instantáneo inundado de los “lastres principales”, sumado al peso del ya cargado “lastre para la inmersión rápida”, da al sumergible una acusada flotabilidad negativa que lo lleva prontamente hacia abajo. El “descenso violento”, por darle un nombre, es detenido en el momento que se disponga, por el vaciado –a inyección de aire comprimido— del “rápida”. Esto le confiere la flotabilidad cero, que lo deja al nivel en que se encuentre.

Cuando se desea ascender, se sopla el “seguridad” y, una vez que la torreta ha emergido, se abre la escotilla y sóplanse, a su vez, los “lastres principales”, por medio del compresor; o por medio del escape de los motores Diesel; según el modelo. Si se hubiese averiado el “seguridad”, se pueden vaciar directamente los “lastres principales” con aire comprimido.

Luego de que el Capitán Flamme impartiese la usual orden de “inmersión rápida”, las cosas sucedieron más o menos así en el U538: Cuando a las 15 brazas se quiso inyectar aire comprimido en el “rápida”, el encargado de la operación se dio cuenta de que el mecanismo no funcionaba. Allí cometió un error garrafal: mientras intentaba hacerlo andar, perdió preciosos segundos sin dar la alarma. Entretanto, el submarino continuaba su vertiginoso descenso hacia un fragoso fondo, que lo aguardaba apenas pasando las 30 brazas.

Lo demás se explica tal vez, por unos instantes de distracción de un joven capitán casi al borde del “surménage”, con su segundo descansando, desde hacía cinco minutos, en la litera ...o tal vez porque tuvo que ser así.

El choque se produjo en el momento en que Kurt Flamme, dándose cuenta tarde de lo que sucedía y viendo que no había tiempo de operar el “rápida” manualmente, ordenaba el vaciado de los “lastres principales”. El sargento Nagel no llegó a hacerlos funcionar: rodó por el suelo, al igual que casi todos, y se partió los labios contra el mamparo donde fue a detenerse.

El U538 había rozado violentamente, contra una larga y aguda cresta rocosa que se elevaba desde las profundidades. Después dio con mayor violencia todavía contra el fondo de piedras y conchilla.

Hay que tener en cuenta que el mar que rodea la Isla de los Estados, tiene un piso de picachos andinos sumergidos, con todo lo que esto implica, es decir: Un infierno de cumbres, aristas, rocas, valles y formas pétreas de todo tipo; alternando con superficies de arena, pedregullo, conchilla y fango.

La confusión que siguió, pudo ser ordenada ni bien se restableció el fluido eléctrico y las lamparillas volvieron a iluminar la escena; pero los daños producidos por el tremendo golpe eran, a todas luces, gravísimos.

En primer lugar, la falla del “rápida”, causante del desastre, pudo ser reparada; pero, al intentar su desagote, se comprobó que no retenía el aire que se le inyectaba y que el agua volvía a inundarlo enseguida. “Ventilaciones” y “Kingstons” de los “lastres principales” quedaron igualmente inútiles; eso pudo verse luego de gastar otra buena cantidad de aire comprimido intentando soplarles el agua: Aquél perdiase irremisiblemente porque no se los podía ocluir del todo. En cuanto al “seguridad”; quedó averiado de tal modo que de ninguna manera pudo ser reparado.

Una desgraciada cadena de circunstancias, que tal vez no volvería a repetirse en cien años, había aprisionado al U538.

Hechos todos los intentos de reparación posibles y después de 48 horas, incluso para dar tiempo a que terminase la tormenta; los tripulantes del U538, casi al límite del oxígeno disponible, se encontraban en el puente listos para iniciar el abandono de la nave.

En realidad, y en aquellos tiempos, a 30 brazas, nadie podía decir si había o no tormenta aún, pero ya no quedaba otra alternativa que la fuga y no tenía ningún sentido que ésta se demorase más. Kurt Flamme sabía del valor en oro que ocultaba la caja fuerte: El cofre estanco que había sido depositado en el camarote, bajo su especial cuidado. Además sabía que guardaba también documentación cuya naturaleza desconocía, y le hubiese gustado, al menos, poder destruir los papeles antes de irse; pero la llave estaba en el submarino insignia. Así que, en cuanto a eso, optó por no llorar sobre la leche derramada. De todos modos, la orden que tenía, para el caso en que, separados de la flota, se vieran obligados a dirigirse a alguna tierra, solo era: “arrojar

todo –en especial la caja cerrada— al fondo del mar”. “Pues bien” se dijo “todo quedará en el fondo del mar ...con el submarino incluido”.

Luego de consultar su reloj pulsera, Bernd Lange miró al capitán en una muda interrogación. Este movió la cabeza en señal de asentimiento y dijo en voz alta:
-¡Disponga maniobra de fuga!...

Cuando en un submarino no hay sistema especial de escape diseñado a propósito, se recurre, si es necesario abandonarlo en una emergencia, al medio mas común: el “buoyant ascent method”, método de ascensión boyante. Así se hizo en el U538.

Toda la dotación se reunió alrededor del tubo vertical que hacía de reborde de la escotilla; cada uno con su chaleco salvavidas desinflado y puesto en torno al cuello. Cuando todos estuvieron en su lugar se abrieron las válvulas.

El U538 comenzó a inundarse rápidamente. Esto siguió hasta que el líquido alcanzó el reborde; a partir de ese momento una gran burbuja de aire quedó atrapada, por la propia pestaña metálica, dentro del buque. Al ocurrir esto, la entrada del mar en el sumergible continuó igualmente por un rato, pero en forma cada vez mas desacelerada ...hasta que se detuvo. Las fuerzas se habían equilibrado: La presión del agua había ido comprimiendo el aire entrampado, hasta que éste tuvo la misma que ella. Allí cesó el ingreso del océano en el casco y pudo dar comienzo la fase dos; el escape propiamente dicho.

Si alguien hubiese podido salir del U538 directamente al exterior, sin ninguna operación previa; o sea, pasando de la presión de una atmósfera, igual a la de la superficie, que reina en un sumergible, a la de casi siete atmósferas que hay a 30 brazas, hubiese sido inmediatamente aplastado. Pero la burbuja tenía, en el momento de alcanzar el equilibrio y detenerse el ingreso del mar, la presión de éste. Así que la dotación estaba respirando ya, aire a siete atmósferas; el que compensaría, disuelto en sus tejidos, la tremenda carga del agua a esa profundidad.

Cuando Kurt Flamme comprobó, sin lugar a dudas, que el nivel no se elevaba más, le ordenó a Bernd Lange iniciar el escape: El segundo en el mando abriría la marcha y él saldría en último término.

El muchacho infló entonces su chaleco salvavidas; aunque no mucho, para que no reventase al expandirse el aire, durante el ascenso por capas de menor presión cada vez. Hizo varias inspiraciones profundas y, con un gesto de despedida, se zambulló llevando la cuerda guía atada a un boyarín. Una vez en el tubo, abrió la tapa y salió al exterior.

Uno a uno, los demás lo fueron imitando. Finalmente, el joven comandante, ya solo, echó una última mirada a la que había sido su nave y, enseguida, siguió a la tripulación a través de la escotilla. Obedeciendo más que nada a un impulso instintivo la cerró al salir, mordiendo con ésta la delgada sogá de cáñamo, y comenzó a ascender tras el rosario de hombres, que se veían recortados contra la pálida claridad de la superficie. De sus bocas entreabiertas iba escapando el aire excedente, que, al aumentar de volumen por la presión que descendía, salía a chorros luminosos de sus pulmones.

Técnicamente fue una maniobra perfecta ...solo que la tormenta no había amainado para nada, y tampoco había retorno posible al submarino. Se podía ascender, pero no volver, sin equipo, desde la superficie a las 30 brazas. No cabía mas que jugarse el todo por el todo: Huir hacia arriba, hacia las furias desatadas, a través de un mar con una temperatura de 2° centígrados... y así lo hicieron. Uno por uno, con toda conciencia, se fueron entregando a aguas más agitadas cuanto más subían; hasta que la borrasca los poseyó por completo.

Enrique Falkenburg era un personaje un tanto fuera de serie, No es que no hubiese gente que estuviera en lo mismo que él; la había, por cierto. Pero no suele ser común que una notable cantidad de cosas inusuales, a veces opuestas, se den conjugadas en un único individuo. Es decir: hay hombres de mucha fortuna, también los hay que buscan realizar tareas insólitas, y existen seres a los que le pasan cosas que a otros no le ocurren nunca jamás. Pero es, por lo menos, infrecuente, que eso suceda con una misma persona, todo junto y durante toda su vida, o poco menos. Bien, Enrique Falkenburg era uno de esos; pero, para entender del todo al personaje, tal vez ayude, en este caso, una introducción histórica.

Nacido en el barrio de Belgrano, aunque de ascendencia alemana, su familia está instalada en Sudamérica desde hace más de cien años, con ramificaciones en San Pablo y Santa Catalina, en el Brasil; sur de Chile y, por supuesto, aquí, en la Argentina, por varios lados. Casi todos sus miembros hablan, todavía, correctamente, el alemán, y él, por su parte, estaba acostumbrado desde chico a expresarse por igual en ambas lenguas: la castellana y la germánica.

El lugar de origen de su gente es el norte de Alemania. La familia Falkenburg es muy antigua allá, especialmente en Hamburgo y Bremen, y ya desde el mil trescientos y pico, se guardan registros de algunos antecesores haciendo de las suyas por aquellos contornos.

Entre ellos y sus colaterales supieron, en tiempos idos, coleccionar diversos honores... o, más o menos:

Teodoro de Falkenburg (¿....?-1337), Barón, poseedor de una heredad entre el Elba y el Weser. Hacía un poco de todo, y también cobraba peaje. Lo que quiere significar: Aligerar moderadamente las faltriqueras de los pasantes. Una costumbre que había copiado en un viaje por el Rhin.

Augusto de Falkenburg (1370-1417). Monje benedictino docto en teología. Copista.

Matías de Falkenburg (1408-¿....?). Todo un revolucionario: Junto con otros pares amigos, se asoció, de la manera más discreta, a unos comerciantes riquísimos, para fundar una especie de banca según el modelo de la “Casa di San Giorgio”, de Génova. Por medio de ésta logró invertir su dinero en los pingües negocios de la Liga Hanseática, pero sin que nadie lo supiese.

Hermann de Falkenburg: Se instaló en Prusia, y allí fue, ante el Gran Maestro Juan de Tieffen, algo así como un embajador plenipotenciario –oficioso- del clan, para la Orden Teutónica; tanto era el poder de la familia.

Todo fue bien durante algún tiempo, pero parece que las cosas se pusieron algo turbias en la primavera de 1492, a raíz de una fabulosa transacción con unos mercaderes hanseáticos radicados en Königsberg; luego de su expulsión de Novgorod por Iván III. Éste, hacía poco que había confiscado los almacenes de la Hansa y echado a todos los miembros de la “liga” del territorio ruso. Muchos de ellos nunca se repusieron del golpe y se encontraban, frecuentemente, en la disyuntiva de “vender por nada” lo que habían podido salvar.

El Fanlkenburg de Prusia, cegado “momentáneamente” por la codicia, se quiso pasar de vivo con los de La Orden; que también querían su “libra de carne”; para decirlo a la manera de Shakespeare. Pero éstos no se las andaban con chiquitas.

La cuestión fue que se tuvo que venir volando para Bremen; donde, al tiempo, luego de aquietarse las aguas, reapareció con más influencia que nunca: Parece ser que, antes de salir precipitadamente del territorio de los caballeros de la cruz negra, logró hacerse, no se sabe bien cómo, con un cargamento de pieles de marta, oro traído desde las lejanas Bactria y Samarcanda y una respetable cantidad de gemas. Esto, sumado a un saco de piel de cabra de su propiedad, repleto de esas perlas con las que los ortodoxos

incrustan íconos y crucifijos, redondeó lo necesario para que la tribu Falkenburg le concediese a la travesura del joven Hermann el título de “locura de primavera”, en vez de colgarlo de una noble y sólida encina.

La lista de parientes notables se hizo muy larga, a través de seis siglos y medio de Bremen, Hamburgo y Prusia en particular y Alemania en general; y mejor pasarla por alto, porque no es la genealogía, en sí, de Enrique Falkenburg, lo que interesa, sino dar el “colorido” del clan; por decir de alguna manera. A efectos de esto, baste agregar que alrededor de 1872, proclamado ya el segundo Imperio Alemán: Otto de Falkenburg, tatarabuelo de Enrique y luego uno de los impulsores principales del período desarrollista de la segunda era imperial, decidió, adelantándose en casi veinte años a los planes de expansión ultramarina del Reich, iniciar por su cuenta otros planes de expansión ultramarina; pero de índole, digamos, mas propia que nacional.

Con la autoridad y determinación de un viejo “Don” siciliano. Otto de Falkenburg fletó rumbo al otro lado del océano a sus tres hijos secundones: Augustin, de treinta años, Karl, de veintiséis y Sigfried, de diecinueve. Los tres con instrucciones precisas, buen dinero y muchos contactos armados de antemano.

Las instrucciones eran múltiples, tantas como los negocios, y parece ser que en general fueron bien atendidas por los muchachos, que se dedicaron con precisión y efectividad germánicas y sentido mas que realista a cumplir los deseos de papá Otto. Éste nunca dejó de felicitarse por la decisión de sacarlos de Europa; los tres eran personas de espíritu muy liberal y tenían problemas con Maximilian, el hijo primogénito; un ser de carácter agrio y dominante. Ninguno de los menores había querido inclinarse ante las veleidades tiránicas de aquél, ni aceptar el destino alternativo de terminar en el ejército, la diplomacia o los altos cargos de la administración. “Tres tipos como para América” se dijo un día Otto... y allí fueron.

Sea como sea, el asunto es que las cosas caminaron bien. Ya en 1885, apenas trece años después, los Falkenburg controlaban una vasta red económica: Campos en la Provincia de Buenos Aires —donde cinco años atrás había indios—, desmontes en el Chaco Santiagueño, barracas de frutos del país. Con los nacientes frigoríficos no pudieron hacer nada porque los ingleses no los dejaron ni acercar. El paquete incluía además una línea naviera o, mejor dicho, parte de ella y algunas otras cosas de menor cuantía, con las que, al orillar el novecientos, les alcanzaba para hacer andar y acrecentar un interesante imperio. Éste, si bien se beneficiaba con los estrechísimos contactos que se conservaban cuidadosamente en Alemania, tendía cada vez mas a ser americano y, mas precisamente, argentino: Blumenau, Santos y San Pablo, eran claras subsidiarias de una cabeza que, cada día, se veía mas estar en Buenos Aires antes que en Hamburgo o en Bremen.

En cuanto a Chile, allí los intereses eran totalmente rurales y, por otra parte, parece que Martín Falkenburg, el tío abuelo de Enrique radicado en Santiago, era algo lerdo; al menos en comparación con los demás miembros del clan.

Abreviando: El jefe de la tribu aquí, fue, en el período de la primera guerra mundial, Cornelio Falkenburg. Éste tuvo ocho hijos; el mayor de los cuales se llamó Francisco; a la sazón, padre de Enrique.

Con la derrota alemana en 1918 y todo lo que siguió, la familia sufrió un buen descalabro, pese a la neutralidad argentina en aquel conflicto. El hecho es que la bancarrota de la rama europea salpicó bastante a la americana. La ligazón de intereses pervivía en ciertas áreas, a despecho de la independencia general de que hacían gala.

Por esos años, Cornelio, algo fatigado ya, se compró una isla en El Tigre, para tener un lugar donde pasarla algo mas retirado y poder pensar con calma. Fueron años duros, pero el “resto” era mucho y los Falkenburg superaron el mal tiempo finalmente: Los

asuntos de la familia, como dijimos, eran de aquí, en un alto porcentaje, y, por mas que ciertos capitales ligados estrechamente a los aliados lo intentaron, no pudieron en definitiva arruinarlos. De ahí en más, no pararon de crecer. Incluso durante la segunda guerra mundial; que merecería un capítulo aparte si no fuese que excede los límites de esta caracterización.

Francisco Falkenburg, hijo de Cornelio Falkenburg, se casó a la edad de treinta años y tuvo cuatro vástagos; el primero de ellos, es decir, el primogénito, era Enrique; los otros tres, dos varones y una mujer, resultaron seres normales.

Ahora bien, en la historia de las estirpes poderosas, se ha dado, por lo general, que, con el correr de los tiempos, un gradual proceso de refinamiento y educación, ha ido poniendo niebla y distancia, entre los miembros modernos de las mismas y sus antecesores bastante mas ríspidos. Por ejemplo: Las costumbres de la nobleza italiana actual no son ya las que inmortalizara Stendhal, ni los clanes escoceses se degüellan con la liberalidad de antaño. Así, los hermanos de Enrique, tres profesionales correctos y respetables, se dedicaron, en mayor o menor medida, a los intereses de la familia de un modo totalmente sensato y acorde con los tiempos. Sin tener un pelo de tontos, nada nos hubiera recordado en ellos a las incipientes actividades rentables del medieval Teodoro de Falkenburg, ni a la locura de primavera del distante Hermann; el que se atrevió con la Orden Teutónica.

Pero, esta regla del perfeccionamiento paulatino, o de la evolución de la especie, si se prefiere, es a veces traicionada por algún carácter recesivo ingobernable, que, a través de las edades, reaparece de tanto en tanto. Enrique era uno de estos caracteres recesivos. No es que se dedicara a asaltar caminos ni mucho menos; pero era un aventurero nato: Las almas en pena de otros Falkenburg algo menos presentables que los actuales, seguramente le susurraban extrañas ideas al oído en las noches de luna. Esto no debe interpretarse como que era un “bala perdida”, nada más lejos de eso: Conducía personalmente una parte importantísima de los negocios del Clan Falkenburg; pero había elegido, de entre estos, los que le permitían vivir de la manera menos burguesa posible. Agregándoles, además, algunos de su propia cosecha.

Habría sido un total fracaso en la industria química, en la construcción o en las operaciones de bolsa; pero, en cambio, se movía, con toda soltura, en el campo de la ganadería, las plantaciones de yerba mate, la madera, la minería... y las actividades submarinas; un aporte suyo a la larga lista de actividades del grupo. Además, dentro de este ámbito, de por sí propicio, se complacía en buscar, de intento, todo tipo de situaciones anormales. Cuando esto no ocurría, ellas parecían buscarlo a él. La que sigue fue una de esas ocasiones.

El Sábado 20 de Febrero de 1982, se encontraba Enrique Falkenburg en el Uruguay, cuando el motor de su vieja lancha decidió que era llegado el momento de poner fin a diez años de dar vueltas. Sucedió que el Viernes había hecho una disparada por El Delta, para atender unos negocios con madera de álamo que tenían desde hacía años por allí. Terminado el asunto, siguió hasta La Colonia, donde había quedado en encontrarse con Verónica Rivadavia. Verónica y Enrique son amigotes desde hace por lo menos dieciocho años. Podría decirse, casi, que éste había “debutado” con la “negra”, como la llamaba, y, en un tiempo, cuando era muy joven, iba seguido allá a pasar largos días con ella; especialmente cuando venían esas semanas de lluvia. Aún hoy, Enrique tiene una inclinación particular por las tardes de Colonia; Verónica mediante. A la que, por otra parte, le sobra temperamento para hacerlas memorables.

Ahora la cosa venía más espaciada, naturalmente: “Lo más perdurable es la amistad”, como todos saben, y el coto de caza se le ha ampliado mucho a Quique Falkenburg. Pero, de vez en cuando, para las lluvias, y con la recurrencia de lo que uno aprende de chico, a éste le dan ganas de rememorar tiempos viejos y se corre hasta la otra orilla, donde pasa dos o tres días con la “negra”.

Esta vez, sin embargo, la iniciativa no había sido de Enrique. Dos días antes, el Jueves 18, Verónica Rivadavia lo había llamado por teléfono, pidiéndole que fuese hasta Colonia para tratar un asunto de negocios, y que también llevase la lancha porque tenía ganas de dar un paseo por el río. Así que aquél aprovechó que también debía llegarse a las plantaciones del Delta y, juntando las dos cosas, se citó con la “negra” en la antigua casa portuguesa que ésta había comprado hacía unos años en el barrio viejo.

Verónica tenía una punta de propiedades por Colonia... y por todos lados; especialmente en Uruguay, Río Grande y Entre Ríos. Además, negocios también tenía muchos... muchos; incluso con Enrique. Las charlas y tratos de intereses eran bastante comunes entre ellos cuando se veían o hablaban por teléfono.

La “negra”, única hija y también heredera de una cuantiosa fortuna, soltera a los treinta y ocho años; a diferencia de Enrique había quedado huérfana joven. Así que, apenas cumplidos los veinte, no quiso que nadie metiese más las narices en sus asuntos; dedicándose a “llevar la casa”, como decía, sin ingerencia de parientes. Aunque usando las influencias de éstos; además de sus propios y numerosos contactos. Enrique pensaba a veces, que no se vería extraña con un arreador colgado del hombro; pero para arrear gente.

Aparte de otras cosas, solían “cambiar figuritas”, y para Quique Falkenburg era la mejor fuente de información que tenía en la otra ribera.

Después de haber estado juntos la noche del 19, paseado toda la mañana siguiente en lancha y atendido los negocios a mediodía, fue cuando, al intentar poner el motor en marcha para emprender la vuelta, éste no dio señales de vida y no hubo manera de hacerlo arrancar.

Ahí se quedó Enrique hecho un tonto y sin saber qué hacer. La falla parecía ser de carburación, pero se trataba evidentemente de algo más complejo que lo usual. No tenía ganas de irse dejando la lancha totalmente en las manos de un desconocido, ni tampoco tiempo para quedarse a vigilar una reparación, que, con suerte, podría iniciarse recién el Lunes.

Caminando despacio volvió, como era lógico, a lo de Verónica, para poder pensar más tranquilo qué podía hacer; allí le contó lo que le había pasado. La negra, después de escucharlo hablar y despotricar durante un largo rato, dijo:

-Esperame un momento Enrique, ya vuelvo –y se fue al escritorio. Desde la sala sintió éste que hablaba animadamente por teléfono, pero no alcanzó a distinguir las palabras, salvo algunas que otras: “goleta”, “remolque”, “Buenos Aires”. A rato volvió mostrando sus grandes dientes, tan personales, a decir de Enrique.

-¡Goleta!.. –dijo éste desde el sillón –la clase de velero preferida por piratas y negreros. ¿Hablabas con Sandokán?... Aunque, no ¡me rectifico! Sandokán usaba un “prao”—. Verónica se rió.

-¡Sandokán!.. ¡Que antigüedad!.. ¿Cuántos pirulos tenés, nene? –le dijo tirándole de una oreja. Pero, enseguida, una chispa de indecisión brilló en sus ojos y lo miró como dudando entre hablar o guardar silencio. Al poco sacudió levemente la cabeza:

-¡Atendeme bien, che!... te voy a decir algo. —dijo, sacando un cigarrillo —Ah, ante todo: Ya tengo tu asunto arreglado; te conseguí el remolque.

-¡Bárbaro, negra!... ¡diez puntos! —exclamó Enrique —¿Cómo lo conseguiste?

-En el Puerto Franco —prosiguió Verónica—, hay amarrada desde hace unos días una goleta de dos palos... es la que te va a remolcar la lancha. Mañana cruzan.

-¡Putá, che!... ¡era cierto lo del pirata! —Enrique sonreía burlón con las manos cruzadas tras la nuca —Negra, ¿cómo está aparejada? ¿Con cangrejas y escandalosas? —dijo, estirando una mano para pellizcarla.

-No ¡fuera de joda, che! —Verónica le cacheteó la mano —Mirá, el tipo que está allí es amigo... o casi... y vino aquí, entre otras cosas, a hablar conmigo —Enrique puso cara de malpensado y le hizo una morisqueta.

-Negra, seriamente, ¿ahora te dedicás a los “hermanos de la costa”?

-No, pavo. Es decir, a los hermanos de la costa me dedico desde que te avivé a vos, que eras bastante gil, —dijo, sobradora —pero este asunto de la goleta no tiene nada que ver con ninguna cosa de esas: Se trata solo de negocios.

A estas alturas Enrique se empezó a preguntar, qué le pasaba a Verónica que daba tantas vueltas. Se sabían varias cosas; algunas bastante pesadas, y siempre habían hablado de ellas con toda naturalidad, o, directamente, no habían hablado. Así que ahí no más se le hizo que algo raro ocurría con los de la goleta.

-Es un tipo macanudo —continuó Verónica, —enseguida se prestó a llevarte la carcacha esa hasta San Fernando... Él, el dueño del yate, digo, es alemán... de los tuyos, ¿viste?... —era evidente el esfuerzo que hacía para encontrar palabras —¡Uf!...y, bien, dije que te iba a decir algo; va a ser mejor que vaya directamente al grano.

-¡Bueno, Vero, terminala! —la interrumpió —¿Qué pasa?... Mirá que a mi no me tenés que decir nada si no querés; así ha sido siempre el trato ¿no?... Ya sé —prosiguió, —me querés decir que estás procurando enganchar al tipo ese y no querés que te arruine el fato. Pero, vieja, ¡qué problema hay!...

-¡Te querés callar, boludo!.. —la “negra” estaba ostensiblemente nerviosa. Enrique se calló y ella continuó después de una corta pausa. —El dueño del yate, como te dije, es alemán y se llama Klaus Werder. Dicen que se le empezó a ver por Brasil y Uruguay allá por el sesenta y pico, y que llegó a Sudamérica unos años después de la guerra.

-Ya me imagino el resto. —murmuró Enrique.

- ¡No!... pará y dejame hablar, que la cosa no es lo que estás pensando. ¡Qué poco original sos!...: No se trata de la historia del nazi fugitivo ni nada de eso ¡No! —repitió con énfasis—. El tipo tiene mucha plata, sí; y no se sabe exactamente cómo la ha hecho; pero su vida sería más bien parecida a la de Onasis, en todo caso. Solo que, este hombre, ha logrado mantenerse totalmente alejado de la publicidad. Por eso vos no lo conocés.

Enrique intentó hablar.

-¡Quique! —dijo ella callándolo con un gesto. —No sé quién es ni me interesa. Vos sabés que todo el mundo tiene razones suficientes para hacer lo que hace. Entre nosotros solo hay negocios; rápidos, cortos, y muy buenos, por cierto. —Verónica encendió otro cigarrillo porque había aplastado el primero a medio fumar —Pero una de las condiciones que existen, puesta por mí, para que esos negocios sigan dándose, es que nadie debe saber de nuestros tratos. ¿Entendés?... —Enrique dijo que sí con la cabeza— Te diré por que: El nivel de desgaste que puede soportar mi imagen tiene, también, un límite; un límite muy sutil, pasado el cual comienza a espantarse la caza, —Enrique, en silencio, sirvió dos vasos de vino y le alcanzó uno a Verónica; esta prosiguió —y yo no

sé en qué anda el alemán. Ni siquiera sé dónde tiene su verdadera base. —tomó un sorbo de vino antes de seguir —¡No sé en qué anda! —repitió— Pero un sexto sentido me dice que en algo importante. —Llevó nuevamente la copa a sus labios y esta vez bebió un largo trago —Bien, como creo que está en algo serio —prosiguió—, no sé qué es... y puede ser cualquier cosa, de alcances desconocidos para mí; he puesto esa condición que te repito: No se dé a publicidad nuestra relación de ninguna manera; punto. Hasta aquí, sé o intuyo. ¡Enrique! —continuó hablando mas lentamente—, a raíz de este asunto del remolque vas a conocer a Klaus Werder, y hasta puede que se hagan amigos... Manejate con ese tipo como a vos te parezca, eso es cosa tuya; pero metete bien en la cabeza: Para la gilada; yo no lo conozco ¿o.k.?..

-O.K.

-Hubiese sido mucho más fácil no decirte nada y no conseguirte el remolque. Pero, me dio no sé qué; teniendo yo la solución a mano... y digamos que te tengo confianza.

-Gracias —dijo Enrique y sirvió mas vino —. Realmente te lo agradezco.

-Sé que de lo que menos tenés es de charlatán; si no, no estarías donde estás; pero creo que he hecho bien en advertirte; porque si a uno no le avisan, a veces, sin saberlo, habla de mas. ¿Correcto?..

-Correcto. —respondió Quique Falkenburg y pensó: “Correcto una mierda; a este asunto se le siente el olor a dos cuadras”. —Pero no dijo nada.

El sol se hundía en el río y todo El Plata era un estanque de sangre. Verónica se había dormido medio echada sobre Enrique; desnuda. Subía desde la barranca una humedad fresca que entraba por la ventana abierta. Él, boca arriba, estaba despierto... y agotado.

Después de la charla se había hecho tarde, y como la “negra” insistió en que no se despidiesen “así serios”, se quedó; con Werder se tenía que ver recién a la noche. Ella primero había estado muy tierna, como para borrar la importancia de lo dicho, pero, al rato, como solía ocurrirle, soltó sus frenos. Enrique pensaba a veces que era como para meter miedo, y se decía: “Con esos dientes que tiene, menos mal que es de confianza”.

Despierto pensaba y, cuanto mas lo hacía, mas turbio veía todo lo sucedido: La goleta en el Puerto Franco, su presencia requerida por Verónica, la lancha...”¿Por qué se vino a descomponer ahora?” —se dijo. ¿Le habrían pedido a la negra que armase un contacto indirecto con él?... tal vez. La miró dormir y tuvo ganas de pegarle una piña. En fin, ya se sabría la verdad, caviló. Lo cierto es que si ella había manejado un encuentro “casual” de manera planificada; era evidente que tenía sumo interés en quedar limpia. Si la mano venía así, ella debía suponer, naturalmente, que, al final, él se daría cuenta de todo; pero parecía querer guardar las apariencias a toda costa: No dejar lugar a reclamaciones formales, por las dudas. Y, después, ese desmedido interés en ocultar la relación... raro, ¡muy raro!.. Tenía mas agachadas que un tero, pensó... Tal vez por eso mismo se atraían los dos; volvió a decirse como muchas veces lo había hecho, y de pronto se dio cuenta de que se le había ido la bronca.

Justo en ese momento se despertó Verónica Rivadavia y se soportó sobre un codo. Sus pechos colgaban grandes y morenos. Los pezones, azulados de tan oscuros, ocupaban una gran parte de ellos.

La luz de la tarde que moría resplandeció sobre la húmeda piel de la negra, que lo miró desde vaya a saberse qué abismo.

No dijeron palabra; el día huía rápidamente del cuarto y las formas se fueron tornando borrosas.

De pronto, Enrique percibió el olor animal de la mujer que seguía contemplándolo en silencio, y sin saber cómo se encontró encima de ella otra vez. Entonces no hubo más tiempo... ni espacio, ni nada.

El rincón del bar, en el salón de “La Zarzamora”, la goleta de Klaus Werder, era realmente acogedor con su panoplia de armas y los sillones de cuero de hipopótamo. El alemán resultaba un anfitrión excelente y Enrique Falkenburg se sentía realmente a gusto.

Largos años de experiencia y una predisposición natural, lo habían dotado para gozar de los momentos placenteros plenamente, aunque éstos estuviesen inmersos en un contexto que no lo fuese.

El asunto de llevar la lancha fue tratado en breves instantes y, naturalmente, sin que Herr Werder le diese a su favor demasiada importancia. Enrique se mostró cortésmente agradecido, pero no en exceso, y pensó que ambos desempeñaban a la perfección su papel. En un momento estuvo a punto de soltar una carcajada, porque imaginó a esta situación ambientada en tiempos de Bismarck y La Reina Victoria: Una acabada mundanidad y una corrección impecables, velando intenciones totalmente concretas. Aunque, por ahora, estas intenciones, pensó, no eran mas que conjeturas y no había que adelantarse a los hechos.

Continuó disfrutando del clima y, también, del excelente “malt” del alemán, un “Glenlivet” con sus doce años de rigor. Además, seguía, ahora, atentamente, la erudita disertación que Werder había iniciado acerca, precisamente, del whisky. Éste, luego de citar varias marcas, entraba más profundamente en materia en ese momento:

-...El whisky escocés que mas difusión internacional tiene, Sr. Falkenburg, es el “blended”; el Blended Scotch Whisky, para ser mas precisos. Las marcas mas conocidas aquí, en Argentina, hasta ahora al menos, me refiero al corriente 1982, también son “blended”; eso no se puede discutir.

A Enrique le resultaba cómico el acento alemán de Werder, asociado a los gestos bastante latinos con que marcaba sus frases y tironeaba, a veces, de su corta barba.

-Es verdad –asintió bebiendo otro trago—, pero yo comparto su gusto por el “malt”, Sr. Werder. Aunque le confieso que nunca supe dónde radicaba la diferencia.

-Es sencillo, el “blended” escocés, tal como su nombre lo indica, es una mezcla de dos tipos de whisky distintos.

-Tiene razón, “blended” quiere decir mezclado; no había reparado en ello.

-Exacto... y los dos tipos de whisky que se combinan para obtenerlo son ambos de Escocia. Solo que uno es de las Highlands y el otro de las Lowlands; en líneas generales.

Veamos primero el que yo considero, es mi opinión personal, el verdadero: El de las Highlands, las tierras altas. –El alemán tomó con reverencia en sus manos la botella de la que estaba bebiendo y prosiguió –Para producir este tipo de Whisky: –dijo señalándolo –se moja el grano de cebada y se lo hace germinar. El grano brotado es lo que se llama “malta”.

Luego a esta malta se la calienta y se seca sobre un fuego de turba, que no solo le quita la humedad sino que la ahuma. Le confiere el “peat reek” o tufo a turba: El gusto ahumado, que es una de las características más notables de esta clase de whisky. ¿Lo aburro?..

-¡Por Dios!.. Me parece interesantísimo. Continúe, por favor. Estoy pendiente de todo lo que dice –era la verdad—.

-Muy amable Sr. Falkenburg, pero no quiero cargarlo con muchos datos técnicos. –dijo apoyando de nuevo la botella –Para hacerlo sencillo: Esta malta, ya seca, se utiliza para obtener, de su fermentación con agua, una especie de “cerveza básica”.

-¿Cerveza?

-Sí... como una cerveza, digamos; con algo así como un 4% de alcohol.

Bien. –intervino Enrique adelantándose –Supongo que esa cerveza se destila para obtener el whisky.

¡Exacto! –dijo Klaus Werder nuevamente; contento al igual que un maestro que descubre un alumno inteligente –Solo que la destilación arroja un licor muy fuerte; de un 70% de alcohol. Este debe ser adelgazado con agua para llegar al whisky de 43°, más o menos, que nos dan las montañas de Escocia.

-¿Ya está?

-Solo falta un añejamiento, por un mínimo de cuatro años, en toneles viejos de Jeréz.

-¿Tan sencillo es?

-No, es infinitamente mas complicado, pero yo se lo he esquematizado en pocas palabras. Ahora escuche: Este whisky, obtenido por este proceso, a partir de una malta solamente, y destilado en primitivos “pot stills” –alambiques de caldera—, es el auténtico, el original whisky de Escocia o “pure malt highland whisky”, whisky montañés de malta pura. A esto lo abreviamos diciéndole sencillamente “malt”.

-¿Y el blended, entonces?

-¡Despacio! –dijo Herr Werder alzando la mano –Nos falta el otro: el “lowland whisky”. Este se hace en las tierras bajas, en grandes alambiques de columna, modernos, de proceso continuo; y no a partir de malta sino de grano sin brotar.

-Ya veo, un proceso acelerado.

-Ciertamente; el de las tierras bajas es un simple “grain whisky”; un whisky de grano.

-Y el blended la mezcla de los dos, entonces.

-¡Correcto!.. Me ha comprendido –exclamó el alemán con satisfacción. Enrique sonrió mientras preguntó nuevamente.

-Vd. Le adjudica mayor calidad al “puro de malta” ¿verdad?.. Aparte de gustarle más.

-Sí... Es mi opinión personal, le repito, pero sí, ¡yo no tengo dudas, al menos!..

-Dígame entonces, Herr Werder: Si es mejor, ¿por qué la mayor difusión de los blended?

-¡Porque es muy caro!.. Los verdaderos malt puros son muy caros; además, de poca producción... como todo lo bueno y personal. Son prácticamente artesanales; llenos de secretos; al menos comparados con el lowland whisky.

-Entiendo. Se obtiene volumen y costos con el destilado de las lowlands, y se le agrega... personalidad, sabor, o algo así, mezclándolo con uno de las highlands.

-¡Con varios!... Las “blends” son, por lo general, con varios whiskies de malta diferentes; aparte del de grano, claro... Vea, señor Falkenburg, quiero decirle, para ser justo, que obtener una buena mezcla no es menuda tarea eh... No en vano han adquirido tantos “blended” la fama que tienen. Pero...

-¿Pero?

-Que yo sigo prefiriendo el “pure malt”. Qué quiere, a mí me gusta lo genuino. Además, y lo que es mas importante, como Vd. dijo recién, me gusta mas. ¡Prosit!— Klaus Werder alzó su vaso en dirección a Enrique, que respondió, a su vez, elevando el suyo.

Sí, Enrique estaba siempre dispuesto a escuchar a quien supiese de algo; fuera esto lo que fuese: whisky, finanzas, política, arte; lo que fuese. Y el alemán no solamente sabía

de licores: Los más variados menesteres fueron tratados en las dos horas largas que llevaban juntos en el salón de “La Zarzamora”. La bella nave parecía ser el cuartel general de este hombre extraño de edad indefinida.

Por momentos, hasta olvidaba que él estaba totalmente seguro de que, en algún momento, el diálogo iría, naturalmente, al grano.

-Aprecio el buen Whisky, Herr Werder, pero, claro, mis conocimientos técnicos no están a la altura de los suyos. Mi ciencia, en cuanto a éste, consiste principalmente en tomármelo.

-Convengo en que es la mejor parte de toda ella. –dijo Klaus, riendo –y, llenando nuevamente el vaso de Enrique y el suyo, continuó –Vd. va a no creerme, pero mi aprecio por esta bebida no ha sido siempre así. He aprendido a valorarla con el tiempo; especialmente cuando descubrí sus inigualables calidades tónicas y, mas aún, cardiotónicas.

-He oído algo de eso.

-Y yo lo he comprobado y estudiado. Le voy a contar: Por lo general despliego innumerables actividades; económicas, fundamentalmente; pero trato en lo posible de hacer coincidir, cuando el caso lo permite, el hecho económico con el hecho interesante. La economía y las actividades relacionadas al dinero en sí, tomadas en su estado puro, suelen ser, las mas veces, por lo menos... áridas. Es así, entonces, que, cuando veo la oportunidad de hacer un buen negocio en algo insólito, fuera de lo común... aventurero, para ser mas preciso, lo hago; y esto me renueva, me da la sensación de revivir. La sangre vuelve a bombear. ¿Me entiende, verdad?

-Perfectamente. –asintió Enrique.

-Bien, hace años ya, invertí cierto capital en la formación de una compañía de actividades submarinas: Desguace, reflote y esas cosas. Algunos de los contratos que tomé exigían celeridad antes que nada; incluso antes que seguridad. Lo que, trabajando bajo el agua, puede llegar a ser bastante grave. ¿Me sigue?

-Desde ya, continúe por favor.

-Afortunadamente nunca tuvimos que lamentar un accidente grave, pero, a veces, las jornadas eran largas y agotadoras y los descansos mas cortos de lo que hubiera sido menester –Klaus Werder alternaba su castellano chistoso con largos párrafos en alemán—. Pues, aquí entra el whisky en la historia: Uno de mis jefes de equipo entonces; un griego de nombre Stavros, que había trabajado para un grupo escocés de rescate especializado en aguas frías, me dijo un día que, con sus antiguos patrones, regía la costumbre de racionar a los buzos con una buena dosis de whisky, para preservarlos de fallas cardíacas. La antigua tradición marina del Ron, pero en su versión escocesa. Naturalmente me eché a reír y tomé aquello a la broma. Incluso hay gente muy enemiga de este proceder. Pero luego, meditándolo un poco, llegué a la conclusión de que no me costaba nada probar. Así que racioné, yo también, a mis hombres con una muy moderada porción antes de comenzar cada turno y una algo más abundante al terminar la jornada. El resultado fue realmente asombroso: Los buzos se mostraron más dispuestos para el trabajo, superaron el cansancio con mayor facilidad y los controles médicos revelaron un mejor tono cardíaco que antes de implantar el nuevo sistema.

No sé qué fundamento científico pueda tener esto; –prosiguió diciendo –lo cierto es que los resultados fueron apreciablemente buenos y yo, Herr Falkenburg, me guió ante todo por los resultados; soy un hombre práctico.

Fue así que comencé a valorar esta bebida; y, como buen alemán, –remarcó esto –me puse a estudiar acerca de ella. Llegando, como ve, a conocer algunas cosas del tema. ¡Todo por unos buzos!... e, incluso, puede ser que el resultado se debiera solamente a que los muchachos estaban mas contentos ¡ja-ja-ja! –rió divertido Klaus Werder –por-

que, mi querido amigo, si en alguna tarea hace falta alegrar un poco el corazón, es, precisamente, en esa: La dura y peligrosa faena del buzo. —dijo con énfasis mientras le ofrecía cigarrillos a Enrique —Pero me refiero al buzo que trabaja hasta agotarse en un asunto serio. Hay que vivirlo para entender: Nada que se parezca a lo que se puede ver en los balnearios de moda; donde se hace buceo de placer o caza submarina. No sé si Vd. tiene alguna experiencia al respecto, porque...

-La tengo y abundante, por cierto. Yo también he incursionado en ese tema.

-¡No me diga!.. Ha hecho buceo deportivo, seguramente.

-Deportivo y del otro. También una de mis compañías está dedicada a actividades submarinas.

-Pero... ¿está Vd. hablando en serio?

-Naturalmente

-¡Perdón, Herr Falkenburg! ¡Qué torpe he sido!.. Es que esto es tan sorprendente... ¡Qué casualidad!...

“Creo que nos estamos acercando al punto” —pensó Enrique de pronto.

-Pero, cuénteme algo de sus actividades, yo le hablaré de lo mío.

-No es mucho ni muy importante. Ocurrió que cuando se iniciaron las actividades de este tipo en la Argentina, a principio de los años sesenta, me interesé por ellas siendo aún muy chico y fui a practicar a Puerto Madryn. Allí me inicié. Luego seguí haciéndolo en varios puntos de la costa. Vd. recordará la época heroica, cuando solo había algún “aqualung” del modelo mas primitivo; nada de trajes de neoprene y de los “secos”, de volumen constante, ni que hablar. Incluso aún teníamos un viejo “pirelli” con pastillas de cal sodada; como los que usaban los buzos tácticos. —Enrique se interrumpió para tomar un trago —En fin, todos los demás chiches vinieron después.

-¡Pero qué bien!.. —el alemán parecía encantado.

-Así las cosas, —prosiguió Enrique— con el tiempo lo organicé como negocio. Solo “part time”, claro. Luego gané algunas licitaciones. Con el tiempo, también, llegué a interesarme en los naufragios famosos; especialmente en los viejos naufragios, de los cuales llegué a reunir un buen archivo de datos. ¿Se acuerda del capitán Cyrus Glengarry?...

-¡Pero cómo no!, si ha sido todo un precursor en el manejo de información sobre naufragios —exclamó entusiasmado Herr Werder—, recuerdo incluso que vivía en Connecticut en un tiempo.

-Así es, New Haven, Connecticut. —acotó Enrique —Bien, yo compré sus publicaciones, con aquellas enormes listas de naves hundidas, y en base a ellas inicié mis propios registros. ¿Suena a folklore, verdad?

-Literalmente, me fascina, créame. —tronó la voz del alemán —Pero, continúe Vd., no quiero interrumpirle, esta casualidad debe ser aprovechada.

“Bueno, ya te embalé... ahora vas a ver” —se dijo Enrique, que en ese momento había terminado de ver el juego urdido entre Werder y la “negra” para que él lo llevase “casualmente” al tema. Tema ignorado aún, pero relacionado con el buceo, seguramente. Todo sin que quedase constancia de que Verónica era el nexo consciente.

Había decidido, por fin, tirarles todo al diablo y hacerlos salir al descubierto. Agregó para sí: “¡Qué joder!.. ¡estoy podrido de tantas vueltas!”.

-Hay muy poco más que decir, —habló bajo y con aire de resignación —ya nada, diría yo y, por otra parte, Vd. me va a tener que perdonar. —agregó levantándose y mirando el reloj —¡Qué cabeza la mía Sr. Werder!.. No va a creerme.

-¿Qué ocurre? —preguntó el otro, alarmado.

-Acabo de recordar que tengo un compromiso... y ya se me ha hecho tarde. ¡¿Por qué no llevaré agenda?!...

-Bueno, tal vez pueda contarme algo mas mañana, cuando vayamos rumbo a San Fernando. –El tono de Klaus Werder era receloso –Porque... ¿usted viene conmigo, verdad?

-Me temo que no... Nada me gustaría más, pero no va a poder ser. La lancha la traerán mañana, a primera hora, dos empleados de Verónica, que la tripularán mientras es remolcada; porque yo, luego de atender mi... compromiso de esta noche, partiré inmediatamente en un aerotaxi, rumbo a Córdoba y al norte; donde pasará algún tiempo. –blofeó, descaradamente, Enrique. –Le ruego que la deje en el amarradero, ya está todo arreglado por teléfono. Los muchachos de Vero regresarán a Uruguay por sus propios medios.

-Otros compromisos, claro –murmuró el alemán, que había comprendido perfectamente.

-En efecto. Soy, como puede ver, candidato a un infarto prematuro.

Herr Werder, que era bastante bueno con las cartas, sabía que había llegado el momento de mostrar el juego. Ya no había margen de tiempo y, curvando los labios, dio vuelta sus naipes.

-Comprendo Sr. Falkenburg. –dijo, y agregó lentamente –Lo único que no voy a creerle es que, con respecto a sus actividades como buzo, no tenga mas que decir.

-¿Perdón?... No lo entiendo

-¿Realmente tiene muy poco mas que decir Sr. Falkenburg? –el alemán siguió hablando sin hacerle caso –¿Realmente tiene muy poco mas que decir, el que ha organizado, dirigido, y llevado a cabo con éxito, el rescate de los treinta millones de dólares en barras de plata del “Aurora”?... Y todo eso sin que las autoridades uruguayas se enteren de nada. Créame, mi apreciado señor... Vd. se tiene en muy poca estima. ¡Esa sí que es una historia que me gustaría oír!..

Enrique se quedó helado. El Aurora había sido un galeón español, hundido en 1772 en aguas de lo que ahora era Uruguay.

El primer indicio lo había encontrado, precisamente, en una de las guías de barcos hundidos de Cyrus Glengarry; pero los datos, muy escuetos, no alcanzaban para intentar una búsqueda.

Recordó que él, con indecible trabajo y una paciencia de chino, había también investigado hasta localizar, por fin, el lugar exacto del naufragio. El asesoramiento jurídico, con que pudo contar entonces, no le aclaró nada con respecto a la forma de encarar, legalmente, el rescate de la carga de un galeón español naufragado doscientos años atrás. Se carecía, aquí, de experiencia en tal sentido.

El “Aurora” dormía semienterrado en el fango a una profundidad de 4 brazas, y en un momento llegó a pensar que seguiría allí para siempre con su fabuloso cargamento de plata: No estaba interesado en revelar el lugar para que, luego, con toda probabilidad, el permiso demorase años porque los burócratas carecían de antecedentes. Eso, si era, finalmente, concedido. Podía que no ocurriese y el dato de la ubicación, tan trabajosamente rastreado, tendría ya estado público.

La solución la aportó finalmente un gran barco de hierro, que muy cerca del Aurora, se oxidaba semihundido desde la década del sesenta. Poco trabajo le costó comprar el trasto viejo para desguace; dado que ofreció un buen precio. No excesivo, naturalmente, para no llamar la atención.

Así fue que, mientras parte de su gente se dedicaba a cortar, con sopletes de acetileno, las corroídas chapas del buque metálico, un grupo selecto, provisto con mangueras de succión, equipos especiales, y trabajando casi a ciegas por la turbieza de las aguas, logró, en quince días, rescatar prácticamente la totalidad de las barras de plata chilena, que yacían entre el barro y las maderas podridas.

Pero esto nadie lo había sabido, salvo su gente. Ni siquiera Verónica estaba enterada. Evidentemente los oídos del alemán tenían mucho más alcance que el que se podía esperar. Si había querido, de paso, demostrar su poder, revelando que sabía lo del Aurora, lo había conseguido.

-Herr Werder. –dijo, con toda calma, Enrique, luego de un largo momento que empleó para mirar parsimoniosamente las armas de la panoplia –Debo inferir de sus palabras, que no solo me va a remolcar hasta San Fernando, sino que no le va a quedar más remedio que hacer arreglar mi lancha a cargo suyo. ¿Verdad?

El rostro del alemán cobró un aire pícaro, luego sus labios se curvaron otra vez, echó el cuerpo atrás y con la más estruendosa carcajada saludó la ocurrencia de Enrique. Éste, muy a pesar suyo y viéndolo reír así, se tentó, a su vez, uniéndosele.

El ataque de hilaridad de Werder era contagioso y prolongado. Le caían lágrimas.

-...¡Herr Falkenburg!... –pudo articular finalmente –¿Vd. lo sabía incluso antes de que yo hablase, verdad?...

-Todo el tiempo –mintió, de nuevo, Enrique, que, en realidad, estaba seguro recién ahora.

-Es inútil, Vd. es demasiado inteligente... bien, mejor así. –dijo, el alemán, alzando una mano –En fin, no me va a decir que no fue divertido, después de todo –agregó como si se tratase de una broma escolar.

-Oh sí... sí, muy divertido –contestó Enrique con sorna, y añadió para sí “ya veré quién es el hijo de puta que ha abierto la boca con lo del Aurora”. –Pero luego pensó que era inútil, porque habían pasado varios años desde aquello y había gente de entonces que ya no trabajaba para él.

-Bien, pongamos las cosas totalmente en claro –dijo el alemán al rato—; es obviamente inocultable ya, que yo necesitaba de Verónica para hacer contacto con usted y no quiero ser injusto con la Srta. Rivadavia, pero es preciso que le diga algo: Personalmente hubiese preferido un método más directo; por ejemplo una presentación lisa y llana a través de ella misma. Pero, creo adivinar que ya debe estar al tanto de cómo nos movemos en nuestros mutuos intereses con Verónica. Ella prefiere mantener nuestra relación en secreto y que, incluso, no se nos vea juntos...

-Lo sé, –repuso Enrique –ella me lo ha dicho.

-Sí, como Vd. sabe, las mujeres son todas muy imaginativas, y yo no soy quién para torcer el libre vuelo de las ideas de nuestra común amiga. Así que opté por respetar su voluntad y sus...mmm... prejuicios; por así decir. –Klaus Werder, que se había estado paseando de arriba abajo por todo el salón de la goleta, se sentó finalmente –De este modo –prosiguió –quedó convenido también que mi contacto con Vd., de quien, como habrá podido ver, ya tenía noticias muy precisas, –agregó con una sonrisa –se haría de tal forma que pareciese incidental, sí, porque eso, finalmente, resultaría inevitable, pero dentro de otro marco; en otro contexto, digamos, más diplomático: El del favor de llevar la lancha a la otra orilla y la amable reunión que esto generaría. Allí Vd. vería, por supuesto, como lo hizo, al cabo, que la cosa estaba armada, o, al menos, lo supondría fuertemente; como no podría ser de otro modo, dada su inteligencia y su perceptividad. No obstante, aunque usted tuviese la casi certeza de que todo lo que estaba sucediendo era incidental, el no poder asegurarlo nunca del todo lo contendría dentro de los términos diplomáticos, ya que siempre nos quedaría a nosotros el recurso de sostener que todo era accidental y obra de la casualidad, y evitaría que Vd. se arriesgase a

expresar lo que sospechaba, por temor a quedar descolocado. Pero ahí nos equivocamos: Vd. se arriesgó, pero sin expresar nada previamente, solo pateó el tablero... y yo no quise apostar más y “confesé”, por llamarle de algún modo. De no voltear las fichas, como lo hizo, podríamos haber tratado el hecho de dedicarnos los dos al buceo, como una coincidencia, y yo profundizar cada vez mas en el tema hasta llegar al ofrecimiento, que aún desconoce, tratando a las circunstancias dadas como una “cadena de felices coincidencias”...

-Mientras yo me hacía el boludo –terció Enrique.

-Exacto –continuó Klaus –pero, bueno... la cosa resultó así, de esta manera.

-Mejor, Sr. Werder, mejor.

-Puede que tenga razón. De cualquier manera he querido desarrollar totalmente las causas de la adopción de la “vía indirecta”, de la que, como ha dicho muy bien, me hago totalmente responsable en su... pequeña consecuencia –aclaró presuroso—. Esto, de paso. Ahora, otra cosa: Lamentablemente la Srta. Rivadavia ha tenido que quedar muy en descubierto; mucho más de lo que habíamos imaginado: No quisiera que por esto se alterase su relación con ella. No dude de su lealtad. Ha hecho de nexo simplemente porque consideró, que la propuesta que voy a hacerle es beneficiosa en alto grado para usted.

“Y, también –pensó Enrique— porque debe haber ido prendida con una buena cometa; la muy turra”.

-Nooo, no se preocupe, no pasa nada. –replicó, en cambio –Todo seguirá como siempre; se lo aseguro.

-Bien, en cuanto a lo del viejo galeón, lo he sabido por otros conductos... chismes de puerto, Vd. sabe.

-Lo imaginaba, porque ella nunca supo de eso.

-Ah, magnífico. Ahora, Sr. Falkenburg, –el alemán se repantigó en el sillón donde estaba –vamos a entrar derecho en la “cosa”.

Enrique, que se había quedado con los brazos cruzados, apoyado contra el bar, se sentó a su vez frente a él.

-En primera instancia, es fundamental que Vd. entienda lo vital que es para mis planes su intervención en ellos. Entonces verá claro y me justificará plenamente.

-Sí, eso precisamente iba a sugerirle. –dijo Enrique –No es que quiera apresurarlo, pero coincido plenamente con Vd., Sr. Werder: Me vendría muy bien, a estas alturas, el saber dónde encajo yo en todo esto –puntualizó con cierto retintín—.

-A eso iba, precisamente. –agregó Klaus Werder con un amplio gesto de la mano y haciendo caso omiso del tono de su interlocutor –Si me lo permite, quiero hacer referencia a ello guardando cierto orden cronológico y le pido un poco mas de paciencia porque la historia es algo larga; así que, si le parece bien...

-Adelante “mein Herr”, soy todo oídos.

El alemán sirvió más “malt” y luego dirigió la vista al apretado conjunto de objetos colgados detrás del bar. Sus ojos se achicaron y su expresión mostró el esfuerzo de la memoria que precede al relato:

-El 20 de junio de 1945; o sea un mes y algo después de la rendición del 3er. Reich, una flota alemana de cinco submarinos –dijo con tono lejano –recaló en un punto de la costa patagónica, e incluso se reabasteció para luego seguir hacia el sur.

Hacia ya algo así como cincuenta días que había zarpado de algún lugar de Noruega. Recuerde que Noruega permaneció ocupada hasta la capitulación. La tal flota transportaba, hacia algún lugar desconocido, documentación secreta de la época, lo que en este caso no interesa; no sé si a algún personaje del Tercer Reich, lo que tampoco,

por lo menos a mí; y... tres toneladas en barras de oro puro, además de 150 millones de dólares auténticos, lo que sí capta mi atención y mucho, como usted comprenderá.

-Créame que también la mía –repuso Enrique, enderezándose en su sillón.

-Bien, si esa flota cumplía órdenes directas de Hitler, no lo sé, pero a principios de Abril de aquel año, ni él mismo podía llamarse a engaño con respecto al resultado final de la guerra, y aunque, según dicen, había tomado la decisión de permanecer en Berlín, puede que haya decidido que algo se debía poner a salvo en algún lugar alejado del mundo. No lo sé y no puedo decir, en última instancia, de quién fue la decisión de armar ese convoy, solo sé que existió y eso es lo concreto –bebió un corto sorbo de whisky—.

No voy a hacer un análisis político de los hechos históricos que le estoy refiriendo, Sr. Falkenburg. Simplemente me ciño a la narración objetiva de los mismos; a los que, por otra parte, conozco por fuentes de primer agua que no vienen al caso, por ahora; pero créame ¡de primer agua! –repitió.

La carga, –dijo Werder, retomando el hilo central –consistía, le reitero, en documentación: Puede haber sido del tipo “herencia política” o, tal vez, archivo; e incluso, a lo mejor, algunos datos técnicos y científicos seguramente ya pasados de moda. No puedo afirmar tampoco esto. Pero también, y de eso sí estoy seguro, consistía en fondos... Fondos, como ya le dije, que iban en dos de los sumergibles: Los 150 millones de dólares en la nave insignia y las tres toneladas de oro en otro de los submarinos.

El destino de la flota a la que yo me refiero era solo conocido en el buque insignia. ¿Sería la Polinesia?, ¿los Canales Fueguinos?, ¿La Antártida?, como se ha llegado a decir... ¿¡Quién puede asegurarlo!?... ¿Algún ignoto lugar del planeta donde ya hubiera un asentamiento previo para recibir a la flota?... ¡Vaya a saberse!...

En Argentina e, incluso, en Europa, se habló mucho, en un tiempo, de una flota y se especuló acerca de su destino. Pero todas estas disquisiciones, se basaron en la aparición de tres submarinos alemanes que se entregaron luego de terminada la guerra: Uno frente a Leixoes, en Portugal, el 4 de Junio de 1945, otro en Mar del Plata el 10 de Junio, y otro frente a Mar del Plata el 17 de Agosto del mismo año.

Sin ir mas lejos; Ladislao Szabo publicó aquí, en la Argentina, un trabajo en el que se sostuvo que los tres submarinos que se entregaron luego de la rendición, formaban parte de un “convoy fantasma” que se dirigía a la Antártida. Allá, en una zona remota, en una extraña región de clima templado, habría habido, según él, un asentamiento nazi ya preparado para recibir a los que iban en los submarinos. *(ver epílogo)

En fin, Sr. Falkenburg, yo no puedo decirle que los submarinos, a los que se refieren estas opiniones, hayan pertenecido a la flota a la que me refiero yo. Ni siquiera sé si los de Leixoes y Mar del Plata en algún momento formaron parte de alguna. Personalmente no alcanzo a ver un nexo claro; pero... es mi opinión solamente. En cuanto al oasis antártico... En fin, no lo veo muy comfortable, je je. –rió entre dientes –¿Mas whisky?... –Preguntó levantando la botella.

-¡No, gracias!.. –Se apresuró a decir Enrique, tapando su vaso con la mano.

-Macanudo; continuó

-Adelante.

-Lo cierto es que el “convoy fantasma” de las versiones no interesa aquí. Ni si existió, ni si, de haber existido, es mi “flota secreta” o no; porque esto no hace a lo que me preocupa. Volviendo a mi flota –remarcó el mi—: Si llegó a su destino o no, fuese cual fuese, lo desconozco. Lo que sí, sé; sin lugar a dudas, es que uno de los submarinos no llegó al final del viaje y que el que se perdió, por una de esas jugarretas del destino, fue el que transportaba las tres toneladas de oro. ¡Qué me dice!..

-Fantástico, pero... ¿Vd. sabe qué le pasó?... ¿Dónde está el oro?... –Dijo Enrique, que comenzaba a interesarse en serio en el relato del alemán.

-El oro está todavía dentro del submarino en el lugar donde lo dejó su tripulación al salir boyando de él; luego de un terrible accidente que le impidió emerger: En el fondo del mar. En cuanto a la posición, sé quien conoce el lugar exacto del naufragio; porque debo agregar que hubo un solo sobreviviente del desastre. Este hombre, es el, entonces, joven comandante del sumergible; que vivió una historia por demás curiosa y arriesgada, pero que logró finalmente sobrevivir, mientras que todos sus compañeros murieron.

Este hombre, Sr. Falkenburg, vive en los alrededores de Buenos Aires y es el que nos puede llevar hasta el lugar donde el oro aguarda. –Enrique notó el “nos” y repuso:

-Pero sigo sin entender dónde entro yo. Vd. ha dicho “nos”.

-¿No lo adivina? –Klaus Werder hizo la pregunta mientras cargaba una pipa.

-No. Francamente no entiendo por qué tiene que compartir tres toneladas de oro conmigo, cuando bien puede ir usted y tomarlas solo; sin tener que dividir el botín. Después de todo también tiene un grupo de buzos.

-Ah, ¡mi joven amigo!.. no puedo creer que eso que dice sea un fruto de la ingenuidad. Présteme atención: ¿Yo hubiera podido alzarme, como lo hizo usted, con treinta millones de dólares en barras de plata, extrayéndolas del galeón frente a las narices de la prefectura uruguaya y haciéndole creer a todo el mundo que se interesaba en un casco viejo para vender los restos?... No, Sr. Falkenburg; piénselo un poco: En principio, su estructura técnica es muy superior a la mía; empezando por su nave, el “Orejano”, para dar un solo ejemplo. En segundo lugar, y lo que es mas importante aún, a mí me hubiesen inspeccionado todo el tiempo. No tengo sus contactos aquí, que le facilitan todo, y soy extranjero, además.

-En Uruguay también yo.

-¡Oh, vamos!...¿bromea, verdad? Uruguayos y argentinos, hoy por hoy, no reciben trato de extranjeros en sus respectivos países, además, en este caso no se trata del Uruguay sino de la Argentina.

-Me decía a mi mismo hace un instante, que sus oídos llegan muy lejos, Herr Werder, demasiado lejos –dijo Enrique lentamente.

-Nunca es demasiado, créame; la llave del poder es la información. –replicó el alemán- Pero esto lo sabe Vd. tan bien como yo, no es necesario que se lo diga.

Hace mucho tiempo que lo conozco, en realidad. –prosiguió –Sé de sus extraordinarias andanzas e incluso he llegado a tenerle simpatía sin haber hablado nunca antes con usted. Sí, mis oídos llegan lejos... y aún mis ojos, y ellos me han indicado, cuando este tema surgió, que para que la empresa que encaro llegue a buen puerto, es fundamental su presencia. Ah, y no crea que le voy a proponer una operación ilegal como la del Aurora, no.

Es fundamental, le decía, porque, en primer lugar, creo que jamás obtendría un extranjero ni siquiera el permiso de rastreo, en el lugar donde se encuentra el submarino. La cosa se complica siempre irremediabilmente en ese sitio; además nunca falta el perro del hortelano.

Siendo, entonces, imprescindible un socio argentino: en mi opinión, ¿quién mejor que usted?... Mi red es amplia y efectiva, pero aquí la suya lo es mucho más; yo carezco de las relaciones suficientes y de los contactos necesarios.

Su compañía, “Operaciones Submarinas Medusa s.a.”, ha trabajado en todo el Atlántico Sur; especialmente en las costas argentinas. Incluso en zonas próximas al lugar del naufragio. –Enrique permanecía callado –Y, por último, –concluyó Klaus

Werder –no hay otra persona argentina con sus conocimientos en esta materia. ¿Le parecen razones suficientes?

-Creo que Vd. me sobreestima.

-¡Herr Falkenburg!.. No estamos para falsa modestia.

-O.K., convengo en que hay algo de verdad en lo que dice; pero Vd. da por descontada mi aceptación y eso es algo, ¿cómo le diría?... por lo menos... aventurado.

-No, no me malinterprete; solamente esto: Estoy seguro de poder convencerle. Por el peso de mis argumentos y porque creo que le va a convenir mi propuesta. Lo sé razonable, práctico y aventurero a la vez. Solo hace falta sumar dos mas dos. ¿O me equivoco?..

Enrique hizo caso omiso de la última pregunta de Klaus Werder.

-Necesito más precisiones. –dijo –Le aclaro, porque tampoco quiero ponerme en escondedor con Vd., que el tema me interesa, en principio... y no estoy diciendo que acepte, ojo, pero sí, me interesa. Ahora, bien, se dará cuenta de que necesita explayarse un poco más; porque así no basta para que yo pueda decidir.

No le voy a pedir la posición exacta; que, por otra parte, usted también desconoce, según entiendo... y, aunque la conociera, tampoco me interesa saberla antes de aceptar; -el tono de Enrique se había vuelto preciso y profesional- y, entiéndame bien, porque esto es la clave de todo. –prosiguió –Tampoco le voy a pedir pruebas de lo que me dice; a nuestro nivel es imposible que no sea cierto. Además, la intervención tácita de Verónica, en el contacto, rubrica la seriedad de todo; por si fuera necesario. Esto, a pesar de la agachada que se mandó; a la que coloco en un plano totalmente impersonal. No, no se trata de dudas sino de “lagunas”.

Ante todo: Quiero saber en qué aguas sitúa Vd., aproximadamente, el naufragio; a qué profundidad... –Enrique señalaba con el índice de su mano derecha en la palma de la izquierda –esto último, si lo sabe; y... bueno, como todo lo demás depende, como seguramente verá, de estas dos primeras respuestas: Lo escucho.

-Me parece perfectamente atendible lo que me pregunta y le digo ya: La zona es la Isla de los Estados. La profundidad aproximada 33 brazas, es decir, unos 60 metros. Fondo irregular.

-¡¿Nada menos?!... –exclamó Enrique abriendo los ojos –¡Isla de los Estados!..¡Ya veo por qué me necesita a mí!.. Perdone la aparente pedantería Sr. Werder; pero sucede que son las peores aguas de La Tierra... y alrededores; y conste que no computo la temperatura bajísima porque, hoy en día, eso ya no es problema insoluble.

Las corrientes son francamente endiabladas, las neblinas, súbitas, bajan en un instante hasta el nivel del mar, –siguió enumerando calamidades—...el aprovisionamiento es difícil. En fin, todas las contras imaginables... ¡Caramba! Se la ha buscado, eh...

-Comprendo, sí. No es sencillo; e incluso los inconvenientes son más. Pero los que acaba de enumerar son los más importantes.

-Y, ¿cuál es su propuesta concreta? Porque, según creo adivinar, la debe tener pensada hasta en sus más mínimos detalles.

Sonrió el alemán y repuso:

-Acertó; es la siguiente: La ganancia limpia será repartida en partes iguales. Yo hago la inversión inicial, que, naturalmente, será descontada del producido. Ambos nos ocuparemos de todo, sin delimitaciones rígidas de tarea: estas irán surgiendo sobre la marcha y serán seguramente equitativas; dada nuestra índole personal. Por supuesto que me cabrá a mí aportar más en lo que hace a datos y a Vd. en lo que respecta a los contactos; pero sin fronteras “duras” de ninguna especie –insistió—. Aunque, claro, en lo específico del buceo, le toca el comando supremo, sin duda. Esta es la propuesta. Los

planes detallados los discutiremos entre los dos, si es que acepta. ¿Qué me dice?... ¿O prefiere pensarlo?

-No sé. -Enrique miró más allá del alemán y quedó en silencio un rato. Luego dijo lentamente -Le daré mi respuesta mañana... justamente a esta hora, ni un minuto después. ¿De acuerdo?

-En todo; así quedamos. No se hable ya más de esto hasta dentro de veinticuatro horas exactas. -Herr Werder parecía conforme -Ahora, qué le parece si comemos algo antes de irnos a dormir. -preguntó -Tenemos bastante movimiento mañana.

-¡Estupendo! Esto me ha dado hambre. -aceptó Enrique riendo.

Ninguno de los dos mencionó el falso compromiso de esa noche, ni tampoco el igualmente falso viaje a Córdoba, que Enrique usara para hacer salir a la luz el plan de Verónica Rivadavia.

El remolque a Buenos Aires, utilizando el motor de la goleta, se hizo en cuatro horas. Es decir, no a Buenos Aires, precisamente, sino a San Fernando; donde la lancha quedó en manos de gente de confianza de Enrique.

Entre remolque, mecánica y charla se fue pasando el plazo. La Zarzamora amarró también en San Fernando y el alemán quedó a la espera de la decisión de Enrique. Éste, después de dejar todo encaminado, fue hasta Buenos Aires, donde luego de bañarse y cambiarse en un piso que tenía en Retiro, se dedicó a atender algunos asuntos importantes que ya no podían esperar mas; aunque fuese Domingo. Todo quedó solucionado alrededor de las 7 p.m.; cuando todavía faltaban cuatro horas para expirar el plazo, que se había puesto a sí mismo, para responderle al alemán.

De regreso en su departamento pidió un remisse; había venido sin coche, y se tiró en la cama a esperar.

Con la vista perdida en el vacío lejano, más allá de una de las ventanas, pensó que todavía no había llegado a conclusión alguna. No porque fuese difícil la decisión, sino porque inconscientemente evitaba tomarla.

A lo largo de las veinte horas que habían pasado desde su conversación con Werder, había logrado encontrar treinta mil pretextos para posponer, no ya la decisión, sino incluso el pensar en el tema. No sabía qué le pasaba, en realidad, con este asunto; máxime que nunca procedía de ese modo. Nunca fue amigo de dejar para luego, pero en este caso... era como si una lejana, muy lejana campana sonara en su mente.

Lo que sonó de pronto fue el timbre del interno.

-Señor... ¿Vd. pidió un remisse?... -la voz común sonó deformada por el aparato. Tardó unos instantes en responder.

-Sí, ya bajo. -Recogió el portafolios, tomó una campera liviana y dando una última mirada en torno, salió.

Libertador, como siempre, era un infierno de tránsito. El murmullo del motor lo adormecía y reconoció, en esto, otro intento de evasión. Trató de hacer un esfuerzo y dominarlo. "Tengo que decidirme ahora; debo pensar en forma totalmente objetiva. Si no, cuando me encuentre con este tipo, voy a tener que tirar a cara o seca" Se decía. "¿Qué puedo perder?...¿Unos pocos mangos?... Debo interpretar esto como unas vacaciones largas; que por otra parte debo tomar desde hace tiempo. Pienso que se

puede hacer de modo tal que no haya ningún tipo de problemas con las autoridades. En definitiva, unas verdaderas vacaciones” volvió a decirse “Claro, con todos los riesgos físicos de la empresa. Pero esos no son mucho mayores que los que se corren todos los días... incluso, aquí, en Libertador”. Pensó, viendo como un automovilista hacía una maniobra imposible para pasar al remisse y a un jeep Mercedes que tenía a la derecha.

-¡Andá, aprendé a manejar; animal! –gritó el chofer—. Perdone señor, –se disculpó— pero hay cada tarado en la calle... etc., etc. –lo de siempre. Cuando el remisero se calló finalmente, Enrique retomó el hilo de sus pensamientos: Sí, la cosa no estaba para decir que no, y si, todavía, resultaba bien todo, se podía alzar con una buena ganancia... A ver cuánto era: Para hacer un cálculo conservador, el oro valdría (1982) unos U\$S 10.000.- el kilogramo, o sea, unos diez millones de dólares la tonelada. Contando, como hipótesis de trabajo, que a ellos les tocaría por lo menos la mitad. (calculando pérdidas de oro imprevistas, comisión de Verónica, etc.): De las tres toneladas, seguramente una y media quedaría para repartir entre Werder y él : 750 Kg. a cada uno; lo que equivaldría a U\$S 7.500.000.-, con unos U\$S 250.000.- de gastos proporcionales a su parte. Es decir U\$S 7.250.000.- limpios. No estaba nada mal por ir con su grupo de buzos al sur.

-¡A la mierda con mis dudas!.. –dijo en voz alta.

- ¿Me decía algo señor? –preguntó el chofer.

- No, nada. Estaba hablando solo. –explicó , y se arrepintió enseguida de haberlo hecho “Este va a pensar que estoy loco.” se dijo “Ya me está junando por el espejito... y, bueno, ¡qué se le va a hacer!”.

“Sí, le voy a decir que sí al viejo; a ver qué pasa. Porque, si le digo que no, me voy a arrepentir toda la vida, y si encima llega a sacar el oro solo, me corto las bolas.”

Tiempo después andaban por San Isidro; faltaba poco para llegar y todavía quedaban como tres horas para las 11 p.m.

Habían abandonado Libertador a la altura de Núñez; ya que, los fines de semana y los feriados, a partir de las seis de la tarde, ésta se transformaba, desde allí, en “mano única” hacia el centro.

-Espere un poco; lléveme a la catedral –le indicó al conductor.

-¡Como no, señor! –El chofer dobló a la derecha. Cuando llegaron Enrique bajó del auto y dijo:

- Aguarde aquí que ahora vengo –el hombre asintió, pero con un dejo de inquietud.

“Éste se cree que me voy a rajar sin pagar. Bueno, ¡qué sufra!” Pensó, y se puso a caminar por la vereda de la catedral. Al rato, cruzó la plaza y tomó en diagonal hacia la parte de abajo.

Despacio, pegó una vuelta larga. Trataba de relajarse. De regreso, volvió a atravesar otra vez Plaza Mitre. Todavía había algunos artesanos vendiendo cosas. Alzó los ojos: Los árboles siempre lo serenaban. “Pensar que un funcionario quiso sacar una vez los árboles de San Isidro.” se dijo “¡Que extraño! Periódicamente se desatan en el país oleadas destructivas y demolidoras. Como si un ejército de hormigas saliese a hacer su recolección de otoño. Éstos talan árboles que han tardado cincuenta años en crecer y los otros te tiran abajo media ciudad para hacer una autopista. En algunos casos, solo para iniciar una autopista.”

Respiró hondo; de las hojas brotaba ya el cálido y húmedo aroma del crepúsculo. Nada estaba a salvo al parecer, pensó; y se acordó de un programa radial, casi diez años atrás; en el cual, alguien, otro funcionario también, si la memoria no le fallaba, dijo que había que llenar City Bell de monoblocks para que dejase de tener el aspecto de una zona de privilegio.

Era una especie de constante. Una suerte de larga guerra, llena de justificativos, en la cual le tocaría el turno, algún día, al Delta, y otro, al Parque Pereyra Iraola. Una guerra sin límite de espacio o tiempo: Otra de las manifestaciones del mal en el mundo, tal vez; se explicó a sí mismo. “Bueno, mejor no darse manija” pensó finalmente, y volvió hacia donde estaba estacionado el remisse.

-¡Arriba!.. Seguimos para San Fernando –dijo, y se rió para adentro al ver la expresión de alivio del conductor. Tentado estuvo de decirle <<¿Vd. sabe que tiene el honor de estar llevando al General Bonaparte?..>> y de poner los ojos bizcos y cara de loco para ver cómo reaccionaba el otro. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para permanecer serio.

El día había terminado, por fin, cuando, a las 8:15 p.m., caminó por la planchada de “La Zarzamora”.

-¿Dónde está el capitán? –le preguntó al tripulante que se encontraba ostensiblemente de guardia en cubierta. Herr Werder evidentemente hacía las cosas a la antigua.

-Lo aguarda en el salón, señor.

Bajó los escalones de roble y percibió el aroma de las maderas y del buen tabaco. Recitó para sí: <<A los que gustan de los hachazos sonoros, la madera quemada, el amor compartido...>> Así decía la vieja propaganda de cognac que había leído hacía ya una punta de años. Le había llamado la atención porque estaba muy bien hecha y podía recordarla casi toda: <<...las mañanas de otoño, las perdices al vino...>>

-Ah, mi querido Sr. Falkenburg. –la voz del alemán lo tomó de sorpresa –¿Cómo le ha ido por la gran ciudad?

-Dentro de todo, bien. ¿Cómo está Vd. Sr. Werder? Lo veo de excelente humor.

-Sí, por cierto. Resulta que el tiempo tiene una influencia decisiva sobre mi carácter, y el aire que ha empezado a hacerse sentir, hace quince minutos, es realmente limpio y tonificante... El Pampero, como le llaman ustedes –efectivamente, Enrique también había notado, al abordar la goleta, que un fresco sud-oeste se acababa de levantar, barriendo con el calor del día.

-¡Ah, sí!.. Es nuestro mejor viento. Al menos aquí, en la Provincia de Buenos Aires.

-Así es; –convino el alemán –además, hasta ha inspirado un tango que me gusta mucho y que se llama igual.

-Sí, “Pampero” –dijo Enrique.

-Mi “argentino” no es perfecto del todo, pero me alcanza para apreciarlo, Enrique. ¿Me permite que lo llame por su nombre de pila?

-Claro, hombre; y yo a usted lo llamaré Klaus. Además, ya es hora, porque voy a cerrar trato. He decidido aceptar su ofrecimiento.

El alemán se quedó un momento sin saber qué decir. No es que esperara una respuesta negativa, pero no estaba acostumbrado a recibir una contestación de ese modo. “Vaya, que este tipo sí que es realmente sorprendente” pensó sonriendo, y sacudió la cabeza de un lado a otro mientras se acercaba a estrechar vigorosamente la mano de Enrique. Estaba convencido de que éste no abordaría el tema antes de las once de la noche, como había dicho.

-Me alegro muchísimo, ¡no va a tener de qué arrepentirse!.. Le agradezco infinitamente su decisión y no tengo ningún pudor en confesarle que me vería muy mal, pero, muy mal parado, sin su colaboración. Pero esto Vd. ya lo sabe de todos modos— Herr Werder estaba realmente aliviado y no se preocupaba en ocultarlo. –Ya verá que juntos llevamos esto a buen puerto... Ya verá –repitió—. Pero...¿Qué estamos esperando para festejar? –dijo sin dejar hablar a Enrique –¡Vamos a cenar opíparamente! –exclamó en chistoso castellano y arrastrando la “r”, mientras tocaba un timbre oculto en el bar, que resonó en algún lugar lejano de la goleta.

Me he tomado la libertad de adivinar sus gustos. Hice preparar un “Sauerbraten”, que estoy seguro aprobará.

-Es uno de mis platos preferidos; pero quiero decirle que...

-Ya me dirá ahora, mientras esperamos la cena con un buen whisky. –dijo, tomando una botella del bar de caoba y sirviendo generosamente la bebida en los vasos –¡Salud!.. ¡Por el éxito!..

-¡Por el éxito! –Enrique saboreó un buen trago –Le decía, Klaus, que no ha sido fácil mi decisión. No porque fuese tema de meditación la seriedad de su proyecto, como ya le dije. Sino porque soy un hombre muy ocupado y no puedo desatender mis cosas por mucho tiempo. Pero, para serle sincero, debo admitir que no puedo resistir la tentación de ir un poco a la aventura.

Yo, como usted, soy un aventurero nato y necesito entrar, cada tanto, en ese mundo tan extraño a la demás gente. De él saco mi fuerza; como Anteo la sacaba de la tierra, a la que tenía que tocar constantemente.

-Le entiendo perfectamente.

-La vida normal, llevada por mucho tiempo, me agota, me enferma. –prosiguió Enrique –Además está el asunto del oro: Tres toneladas es decir bastante; aunque Vd. sabe que no puedo llamarme, precisamente, pobre. Pero... todo ayuda ¿no?..

Así que, finalmente, opté por responder que sí a su requerimiento. Con todo lo que implica aceptar una propuesta entre gente que no necesita firmar; sino, solo dar un apretón de manos –y allí remarcó un poco las palabras.

-Valoro en toda su magnitud lo que me dice, –una leve sonrisa se había dibujado en el rostro de Werder –y ya que ahora hemos entrado en otra etapa: Ahora que somos socios en este proyecto hasta el fin del mismo. –ahí fue el alemán el que remarcó sus palabras— Creo que es tiempo de que pongamos manos a la obra y comencemos a hablar detalladamente de todo. Es decir, estimo que debo comenzar yo con la disección de esto, y Vd. me va interrumpiendo a medida que avanzo. Agregando, quitando, o pidiendo aclaraciones. ¿Le parece bien el método?

-Excelente, excelente.

-Entonces, veamos. Las generalidades las conocemos, ya se las he contado.

Recapitulando: Como dijimos, en Alemania siempre se habló vagamente de la flota submarina, que, poco antes de finalizar la guerra, había partido de Noruega con un cargamento presuntamente valioso.

Yo, como le dije, tuve la oportunidad de confirmar esto, en buena fuente, allá. Pero, el caos de posguerra, al parecer, borró toda otra pista, que pudiese haber escapado al natural interés en eliminarlas de los organizadores del convoy. O tal vez no hubo mas pistas.

En fin, lo que hablábamos ayer en Colonia; ya sea: confirmado, como en mi caso, o no confirmado, como en el de Szabo.

Ahora, bien. El primer contacto con el otro extremo del hilo cortado en Alemania, lo tuve aquí hace poco más de un mes. Más precisamente en La Patagonia. Surgió, casualmente, en una charla con un antiguo poblador alemán de la zona.

Este señor, hace cuarenta años, manejó una estación clandestina de abastecimiento de submarinos, que funcionó durante toda la guerra. El 20 de Enero pasado, hallándome de visita en su estancia y mientras charlábamos de viejos tiempos, decidió confiarme un secreto:

La famosa flota, de la cual yo tuve noticias en Alemania, había existido en verdad y no solo eso, sino que su estación la había aprovisionado por última vez. Sin embargo, no es esto lo mas interesante: Anton Hartmann, que así se llama el viejo estanciero, aunque todos le dicen Don Antonio, supo luego, por el comandante de uno de estos submarinos,

a quien conocía de antes, del triste fin de su nave y, también, que la misma había sido, a la sazón, ¡la portadora de las tres toneladas de oro!...: el U538. Esto, bajo las siguientes circunstancias:

Un año después de haber tenido, por última vez, contacto con él y los submarinos; se presentó en su casa, a pedir ayuda, este mismo oficial, que no conocía a nadie aquí, salvo a Don Antonio.

El hombre le refirió como su nave, llevando las tres toneladas en barras de oro y los documentos, se había averiado chocando contra las rocas del fondo, durante una tormenta que estalló con tremenda furia mientras salían del Estrecho de Le Maire. También le contó que el U538 había quedado allí para siempre; y como, él, único sobreviviente de la maniobra de “escape”, apenas consiguió salvarse y llegar a la costa de la Isla de los Estados.

Allí vagó por un tiempo el desdichado, sufriendo lo indecible, hasta que fue recogido por unos loberos. No sin antes levantar un plano minucioso del lugar del hundimiento, con todos los datos posibles.

Intentó asociar al Don Antonio Hartmann en una empresa de rescate. Pero en aquellos tiempos no se disponía de los equipos que tenemos ahora y el estanciero, aunque le creyó, no tuvo interés en meterse en semejante lío sin tener los medios. Corriendo, incluso, el riesgo de que saliesen a la luz sus actividades durante la guerra. Al menos así me lo dijo. Finalmente, el oficial se fue para Buenos Aires con unos pesos que le facilitó Herr Hartmann, y allí se instaló en las afueras dedicándose a no sé qué cosa.

Se siguió carteando con el “viejo”, por lo cual éste nunca perdió el rastro del marino, que finalmente se casó, y todo eso.

Al decirle yo, a Anton Hartmann, que el tema me interesaba y me parecía realmente apasionante; se limitó a responderme:

-Para Vd., que puede ser hijo mío; yo ya no estoy para bailes. –Acto seguido se levantó y, de una gaveta del escritorio, sacó la libreta de direcciones. La abrió y escribió en un papel mientras iba repitiendo en voz alta lo que anotaba. Finalmente me dijo:

-Tome, vaya a verlo de parte mía. –Eran las señas del capitán sobreviviente.

-Espere quince o veinte días; para ese entonces yo ya le habré anunciado su visita por carta. Vd. solo muéstrela esto y dígame: Soy Klaus Werder y le traigo saludos de Don Antonio. –Y me puso en la mano un pequeño señuelo de pesca.

-Será suficiente. –dijo, lacónico, y agregó –Creo que todavía debe continuar interesado... Además no anda muy bien económicamente y con toda seguridad escuchará una propuesta, si yo lo recomiendo. Porque...eso es lo que irá Vd. a hacerle, ¿verdad?... Una propuesta...

Insistí en que debía participar de algún modo en los beneficios, si los había; pero fue tajante:

-No, ya no me interesa. Estoy muy bien así y solo aguardo la muerte con toda tranquilidad... y no insista, mi amigo. –con lo que cambió de tema. Le aclaro que Don Antonio tiene ya noventa y dos años.

Klaus Werder respiró hondo, permaneció un momento en silencio, como ordenando sus ideas, y luego prosiguió:

-Kurt Flamme, el ex comandante del U538, aguardaba mi visita cuando le vi en Villa Ballester veinte días después, el 9 de Febrero.

Al identificarme con el señuelo me recibió sin recelos. El hombre estaba bastante apurado de plata y la negociación fue fácil: No quiso correr el riesgo de la empresa. Me propuso entregarme los datos y responder con su vida por la certeza de los mismos, a cambio de doscientos mil dólares. Incluyendo el convenio: el venir en la expedición como guía, hasta tanto terminase ésta en éxito o en fracaso.

Acepté y quedó el trato cerrado. Convinimos en llevar a cabo la transacción quince días después; el 24 de Febrero. Esto es decir el Miércoles; dentro de tres días; estamos a Domingo 21.

Ese tiempo me lo tomé para aquilatar, con toda precisión, las dificultades que surgirían al paso de la aventura. Efectivamente resultaron tantas como imaginaba y aún más.

Finalmente, jugué, con respecto a esto, mi as de espadas: Usted.

“El alemán juega también al truco” pensó Enrique.

-Y aquí estamos hoy. –prosiguió Klaus –asociados ambos. Planes de aquí en adelante. Primero: Ir juntos a ver al sobreviviente Capitán Flamme; para que yo le pague los U\$S 200.000.- y él nos dé el plano. Explicando, además, detenidamente, todos los detalles: posición, profundidad, características del fondo, etc., etc. ¿Me sigue?

-Sí, claro, perfectamente, –asintió Enrique –no tengo nada más que agregar, por ahora.

-Segundo: Mientras Vd. hace gestiones en Buenos Aires, aprontaremos nuestras naves para la expedición. La goleta andará muy bien como auxiliar. Su motor es potente. No puede compararse, para lo que planeamos, con su pesquero transformado: “El Orejano”, pero va a ser de gran utilidad, igualmente.

“Éste sabe, seguramente, hasta el papel higiénico que uso” pensó Enrique. Werder continuó:

-Tercero: Navegar hasta Ushuaia y atracar allí. Llevando a cabo todos los trámites necesarios ante las autoridades locales.

Enrique sintió hambre de pronto y pensó que la cena estaba demorando mucho en llegar. La mesa del salón estaba tendida.

-Estimo que Vd. tiene muy buenas relaciones aún en Ushuaia, ¿verdad? –inquirió el alemán.

-Sí, efectivamente –No sabía si Verónica había hablado también de esto o si, realmente, el otro tenía tanta información de él, que espantaba.

-Bien, allí completaremos cargamento, especialmente combustible, y, con todo en orden, zarparemos rumbo a la Isla de los Estados. En ella estableceremos campamento o permaneceremos en las naves; según las circunstancias, y empezaremos a trabajar. Eso es todo.

-Al menos el esquema general. –acotó Enrique –Mire, el arreglarse con las autoridades es asunto mío. En cuanto a la preparación de la expedición; bueno, ambos somos duchos en ese tema. Todo depende de: a) La precisión del mapa. b) La precisión de los recuerdos de este hombre. c) Lo practicable que sea el lugar del naufragio. d) El tiempo que nos toque en el teatro de operaciones. La profundidad ya la sabemos.

Estas variables, que son, mejor dicho, incógnitas, vamos, sin duda, a despejarlas en el orden en que se las acabo de enunciar. Agregar más comentarios sería, por ahora, totalmente de balde. No tengo nada que corregir; por ahora. –reiteró— Vd. parece saber lo que hace y yo no soy de borrar o corregir por puro gusto. ¡Actuemos!.. ¿Cuándo íbamos a lo del capitán Flamme?

-El Miércoles 24 de Febrero; dentro de tres días. No tenemos necesidad de anunciarnos; el nos espera a las 8:00 p.m.

En ese instante un mucamo entró anunciando que ya estaba lista la cena.

-Cena tarde, para ser alemán, Klaus. –dijo Enrique, levantándose para dirigirse hacia la mesa.

-¡Pero, Enrique!.. –exclamó Herr Werder –¡Si esta es mi segunda cena!..

Sentía los pies hinchados. Cada vez se le hinchaban más. “Claro, los años no vienen solos” –se dijo, y enseguida se preguntó por qué siempre tenía que andar repitiéndose esa boludez.

La charla le venía de lejos; como cuando uno está resfriado. Las palabras le sonaban carentes de sentido. No era que no se entendieran. Percibía claramente el sonido y las identificaba; a cada una de ellas. Pero no las podía unir en una cadena comprensible. Era como si llegasen a sus oídos y él no estuviese allí.

Últimamente le ocurría con más frecuencia que al principio. Lo mas extraño, sin embargo, era que las palabras eran, en su mayor parte, las suyas

Había estado tratando de convencer a Adib, de que los estuches de joyería iban a sufrir un gran aumento el mes entrante y que debía aprovechar ahora.

-¡Pero, alemán!... ¿Cómo querés que aproveche? ¿Con qué querés que aproveche?.. Vos te crees que por que soy joyero tengo guita. ¡Piojos, tengo!.. Yo soy un joyero de barrio. ¿Me entendés?.. Y estoy reventado... fusilado. A mí, la guita no me da bola. ¡Me ve y dispara!... No es que yo no quiera...

El “turco” Adib se calló al reparar en la palidez del rostro de Kurt Flamme. Hacía años que lo conocía al alemán. “Tiene mala leche; mas mala leche que la mierda” –se dijo. Y pensó que ahora, encima, andaba jodido. Además, ...todo ese delirio de persecución...

-¡Kurt!.. ¿te sentís mal?.. ¡éi, alemán!...

-¡Eh!.. –exclamó Kurt Flamme como saliendo de un repentino sueño. Se había ido lejos... lejos.

-¿Te sentís mal, che?.. Estás pálido como una sábana. –Adib se asustó.

-No... no es nada. De repente me marié un poco –dijo por decir.

-Sentate che. Vení que te preparo un café, eh. –Lo agarró del brazo y lo hizo sentar en uno de los banquitos que había detrás del mostrador, mientras él iba a preparar dos tazas de café instantáneo en la trastienda del tenducho.

-¡Ái está!..¡Bien cargado!... –dijo Adib, trayendo el café luego de un rato.

-Debo tener baja la presión... Sí, eso debe ser... baja presión. –comentó el capitán Kurt Flamme. –¿Sabés, turco? Por ahí estoy hablando y me viene como un mareo: Me pianto... me pianto, ¿viste?, y ya no sé ni lo que digo... Lo curioso es que sigo hablando igual, como si tuviera un “casette”. Todo bien, igual; pero yo no estoy allí. ¡Qué sé yo!...

-¿No fuiste a ver al médico?

-No, por esto no. Fui por la hinchazón de las piernas y me dio un diurético.

-¡Pero, boludo! ¿No ves que es el diurético que te está tirando abajo la presión?... ¡Y vos que ya la tenés baja!..

-¿Te parece?..

-¡¿Cómo, “que me parece”?!.. ¡¿Cómo, “que me parece”?!.. ¡Andá a otro médico!..

-Pero si no tomo el diurético se me hinchán las piernas... –de pronto se acordó de algo y le dijo al “turco”. –Ah, che. ¿Me tenés bien guardado lo que te di?

-Quedate tranquilo, no hay problema.

Así siguió la conversación por un rato, hasta que se despidió y salió a la calle mas animado. “Es buen tipo el árabe” –pensó Kurt Flamme. –Finalmente había comprado algo. No mucho; porque era cierto que andaba con “la malaria”; pero algo era algo... servía para durar. Aunque, ¿valía la pena durar?.. Se lo había preguntado varias veces. ¿No sería mejor amasijarse?.. ¡Había pensado tanto en eso!: Vencido... camino de viejo, enfermo, sin guita. Teniendo que patear por la calle, todos los días, con una valija auestas. Una valija con el muestrario de las cajitas para chucherías; de cartón, de plástico, acolchadas... ¡Qué hondo era el pozo!... Tan hondo que nada parecía ser

verdadero; salvo el mismo pozo. Menos aún el increíble trato hecho con el Werder ese...: La posibilidad de que se verificara finalmente y que, de repente, se viera en posesión de doscientos mil dólares, le parecía un cuento contado en esperanto.

Hoy tenía que venir con la plata... ¿vendría?. El otro había pedido quince días para realizar la transacción. Pero ambos se habían comprometido a llevarla a cabo y, pese a su visceral descreimiento, no tenía motivos para poner en tela de juicio la palabra y la cordura de Werder. Éste se había mostrado serio en todo momento. Por otra parte, venía con la recomendación de Don Antonio. “Sí, ¡hoy tenía que suceder!..” –Así se lo dictaba la lógica y se esforzaba por entenderlo de ese modo; pero el corazón seguía muerto. “Tanta mishiadura, –se dijo— tanta mufa durante tantos años”. Tal vez la buena suerte había llegado tarde... Tal vez nada podía hacer revivir un corazón muerto hacía tiempo.

Además, estaba ahora esa sensación nueva de que algo fatal rondaba. Y los tipos raros esos que había visto... o creído ver.

¿O era que, en el fondo, tenía tantas ganas de que sucediese y tanto miedo de que se fuera todo al diablo, que un mecanismo de defensa secreto le impedía emocionarse y sentir esperanzas?...

Cada vez que había tenido esperanzas había ido a parar todo al tacho. “Mejor no hacerse ideas”.

Por eso había seguido como siempre; con la valija a cuestas, vendiendo las cajitas de plástico que él mismo compraba en El Once... y las forradas de la calle Libertad. Aguantando las piernas que se hinchaban y volando en pos de la mente que se iba... se iba; como si ya estuviese aburrida de estar encerrada en ese cuerpo reventado, yeta.

¡Doscientos mil Dólares! ¡No era poco eh!... Faltaban tres horas... Pero, ¡Qué iba a venir!... ¡Qué boludo!.. ¡¿Cómo había podido creerle?! El tipo debía ser un rayado, y el viejo Don Antonio... ¡ya debía tener una arterioesclerosis, el pobre!.. ¡Cómo lo había empaquetado el loquito este!... ¡Doscientos mil Dólares!... ¡por favor!... ¿O lo habría soñado?.. Muchas veces se planteaba esto: Lo que estaba viendo, ¿sería realidad o sería sueño?.. Él, ¿estaría vivo? ¿o lo que creía vivir era el sueño de la muerte y nada sucedía en realidad? Entonces, se pensaba a sí mismo como a un muerto inmerso en una especie de limbo, pero angustiados, viendo todas estas pesadillas por toda la eternidad.

Hacia cinco días le había agarrado el miedo de que lo mataran. Por eso había hecho el trato con el turco. Aunque ya el recibir la carta de Herr Hartmann lo había inquietado. “Bueno, –se dijo— mejor paro la mano porque me voy a chiflar del todo”. Total, dentro de un rato vería con sus propios ojos. Y, de a poco, fue sintiendo un inmenso deseo de que todo fuera verdad. Apuró el paso, también de a poco, pero cada vez más ligero y con más ritmo... ritmo, compás.

La sangre también comenzó a correr más de prisa. Ya veía la casita sencilla y aislada, pintada de blanco, al final de la cortada. Iba a ordenar un poco y a preparar café... De repente se dio cuenta de que no arrastraba los pies.

Cruzó el jardín. Sacó las llaves y notó que estaba bastante excitado, cuando, al querer dar con la cerradura, tuvo que intentarlo tres veces porque las manos le temblaban como si estuviese borracho. Por fin abrió y entró.

Fue cuando había terminado de cerrar y se daba vuelta, que las luces se encendieron sin que él hiciera nada.

Los tres hombres le apuntaban con pistolas provistas de silenciador. El más viejo le dijo en tono cortés:

-Buenas noches, Capitán Flamme. Llegamos a tiempo, creo...

La figura atada a la silla se veía sin vida y totalmente impersonal. Podía haber sido cualquiera. Todo había tomado un opaco color gris oscuro: La cara hinchada por los golpes, el torso desnudo mojado por los vómitos... todo.

El hedor de los vómitos era pesado, acre, y se mezclaba con el olor de la sangre y de la carne quemada, tornando el aire del cuarto irrespirable. Sin embargo, los hombres que rodeaban al capitán Flamme parecían no percatarse de ello. Todos estaban hechos a la tarea y eran duros; muy duros.

No ponían, por lo común, especial crueldad en la faena. Simplemente estaban acostumbrados al trabajo y lo hacían aceptablemente bien; eso era todo. Solo que éste tipo había resultado un problema. Había rebasado todas las marcas, y ellos, finalmente, algo nerviosos, incursionaron fuera de la ortodoxia, para intentar arrancarle aunque fuese un solo dato positivo.

Al comenzar la sesión, los terminales eléctricos iban, desde el transformador, a diferentes puntos del cuerpo de Kurt Flamme: A los lóbulos de las orejas, a los labios, a los genitales.

El interrogatorio había dado comienzo así, dentro de los límites de lo clásico: Preguntas, silencio, corriente eléctrica. Preguntas, silencio, corriente... Cada vez descargas mas prolongadas.

El capitán Flamme se ponía rígido y gritaba como un animal... con un aullido sin final. Hasta que interrumpían el fluido. Enseguida... preguntas:

-¿Dónde tenés los mapas alemán de mierda?.. ¡Vas a hablar porque te voy a cortar a pedazos!.. ¿Dónde está hundido el submarino?.. ¿Dónde tenés guardados los datos?.. ¡Hablá, carajo!..

-No tengo nada y me olvidé del lugar... ¡Hijo de mil putas! –Rompiendo por fin su mutismo, la voz de Kurt Flamme surgió, de pronto, como si fuese la de un ventrílocuo.

Entonces empezaron los golpes. El de más edad retiró la pincita fuertemente mordida en el labio inferior y le hizo una seña a uno con aspecto de mono. Este tomó impulso y le pegó a Flamme de lleno en la boca... con toda la fuerza.

Con un sonido sordo la cabeza del capitán cayó hacia atrás y golpeó en el respaldo de la silla. La sangre comenzó a brotar de su boca junto con los dientes delanteros, y él empezó a toser y a hipar mientras los insultaba.

-Hijo de puta... Hijo de puta... Hijo de puta... hic... hic.

El viejo paró, con una señal, al gorila que ya tomaba impulso de nuevo.

-Pero Capitán Flamme, se está portando como un imbécil. Si sabe perfectamente que nadie puede resistir indefinidamente. Todos hablan al fin. ¿Por qué no ahorramos tiempo a nosotros y sufrimientos a Vd.? Nos dice dónde están los mapas, o conviene en describir todo plenamente, y entonces se acabará el dolor. Podrá descansar... dormir.

Sea razonable. Ya ha demostrado que es un valiente; pero, de qué sirve un valiente estúpido. ¡Decídase, Kurt!.. ¿Por qué se empeña en algo que es imposible?..

Francamente, no lo entiendo. Ya le he dicho que nosotros igualaremos cualquier trato que puedan proponerle. Con que solo nos diga...

Pero Kurt Flamme había volado ya con su mente a otra parte. Por fin, se había adueñado de su alma la ausencia que le acometía más frecuentemente cada vez. La de la baja presión; como mas temprano en lo de Adib.

Sí, ahí estaba, en su otro mundo. El cielo estaba lleno de explosiones brillantes. Muy lejos... muy lejos... unas aves majestuosas volaban lentamente sin mover las alas.

-¿No me oís? ¡cornudo hijo de puta!.. –chilló el viejo, y él mismo comenzó a golpearle en la cabeza. El anillo de sello hizo una extensa labor destructora en el cuero cabelludo

del capitán Flamme; que empezó a desprenderse a tiras. La sangre le bañó toda la cabeza y la cara.

Finalmente, encendieron papeles de diario y lo quemaron a fondo, despaciosamente. Jugando las últimas cartas en el intento de quebrantar su voluntad. Primero en los testículos y en el pene; luego en la cara y en el pecho. De última, le habían prendido fuego al pelo.

Los tipos estaban desesperados porque habían registrado, minuciosamente, toda la casa, antes de la llegada del capitán, y no habían encontrado nada. Ni en los cuartos ni en la cocina, ni en el tanque del inodoro ni en el galponcito del fondo. Nada por ninguna parte. Y el maldito alemán parecía que se les iba a morir sin hablar.

Cuando empezaron a quemarle los testículos Kurt Flamme volvió de su retiro. Se retorció y escupió sangre, puteó y quiso voltear la silla.

-¡Hablá, basura!.. ¡Hablá de una vez!.. –el viejo había perdido todo control.

-¡No, no, no!.. –brotó la negativa final de esa boca imposible; de esa boca que ya no existía porque era un agujero, un pozo abierto del que caían cuajarones de sangre.

Entonces lo siguieron quemando... por todas partes; mientras surgían de su garganta sonidos cada vez más guturales. Quemándolo hasta convertirlo en una gran llaga ennegrecida; humeante.

Por fin, perplejos, pararon de lacerar su carne... agotados.

-¡Basta ya!.. –dijo el viejo mirándolo al capitán con un asombro rayano en el temor— Es inútil, no hablará. ¡A ver, Alex! ¡revisalo!...

El así llamado entró en el círculo de luz, auscultó al prisionero y dijo con gesto cansado:

-Ya muró, jefe. Seguro que no hablará...

Y la muerte se arrastró por la casa como una negra víbora de humo.

Los dos hombres contemplaron al capitán Flamme en silencio, o, mejor dicho, a lo que quedaba de él. No terminaban de creer lo que veían. La destrucción causada por la tortura, en el cuerpo de la víctima, era tan grande, que difícilmente se le podía reconocer. Pero, de todos modos, a Klaus no le cabía duda de que se encontraba ante los despojos del hombre que, veinte días antes, lo había recibido en esa misma casa de Villa Ballester.

-¿Es él? –preguntó Enrique después de un largo silencio.

-Sí, es el Capitán Kurt Flamme; aunque cuesta, en realidad, reconocerlo.

-Alguien se nos adelantó, Klaus. Alguien que está detrás de lo mismo que nosotros. Pero, ¿cómo habrán sabido? –se preguntó Enrique.

-En efecto, y alguien que no se detiene ante nada, por cierto. Vea Vd., es increíble. He visto gente torturada, he visto horrores sin cuento. Pero créame, Enrique, que lo que han hecho con este pobre hombre no es común; se ve pocas veces. Me provoca náuseas; y no soy ningún niño de teta.

-¡Mi Dios! –repuso Enrique –Pero, si esto es para hacer temblar a las piedras –y, echando una mirada en torno, agregó –Por otra parte, no han dejado nada en pie. Todo ha sido registrado; todo sin excepción: Muebles, colchones, carpintería, basura.

Me pregunto si habrán hallado los datos del submarino; porque éstos, seguramente, andarán tras el oro, ¿no? –insistió.

-De eso no le quepa la menor duda. Tres toneladas de oro son una tentación para cualquiera. Diría que hasta para la Mafia, inclusive –se apresuró a responder Klaus. –En cuanto a si han obtenido lo que querían... No es seguro, por supuesto, pero me inclino a pensar que sí.

No sé si porque el Capitán Flamme terminó confesando, o si porque, finalmente, dieron con los datos en el registro de la casa. Pero, me temo, mi querido amigo, que este asunto ha concluido para nosotros. –dijo, abatido –Por lo menos, por ahora. Aunque... echemos primero un vistazo por aquí –agregó.

Durante la siguiente media hora, Klaus y Enrique se dedicaron a ver si algo había escapado al registro exhaustivo de los asesinos. Pero la tarea fue vana. Si hubo alguna vez un registro bien hecho, fue ese, y les bastó poco tiempo para hacerse cargo del hecho: Allí no había nada de lo que les interesaba. Al menos ya no lo había.

-Tal como lo imaginábamos; –dijo Klaus –¡nada!

-Era de esperarse. Todo ha sido sistemáticamente revuelto. Bien, y ahora, ¿qué hacemos?...

-Y... Ahora, nos vamos. –respondió el alemán –Nos vamos sin dejar rastros ni huellas. Total, nada se puede hacer ya por este hombre y no nos conviene estar dando explicaciones.

-Sí, tiene razón. –convino Enrique— Aunque nosotros no tenemos nada que ver, pero... es preferible, de todos modos, no hacer barullo alrededor del submarino. Uno nunca sabe. Tal vez... ¡quién le dice!

-Macanudo. De acuerdo, entonces. Por suerte es de noche ya, y hemos dejado el coche en la otra cuadra. Además, esto es bastante apartado. A buena distancia daremos, anónimamente, parte a la policía.

En un momento limpiaron los picaportes con sus pañuelos y se retiraron sin hacer ruido; tal como habían llegado.

El capitán Flamme había dicho: “Venga a pie, deje el coche en otro lugar y entre directamente. No toque timbre. La puerta estará abierta y yo estaré aguardándolo”.

Así habían hecho. Solo que quien esperaba era cadáver.

Klaus Werder y Enrique llegaron a la goleta como a las 10:00 p.m.; bastante fatigados por las tareas del día, y con el ánimo deprimido por el triste espectáculo del cuerpo martirizado del marino. Aunque, también, por sentir que, sin lugar a dudas, la operación rescate se iba irremisiblemente al diablo.

Enrique se había llegado a entusiasmar con la idea y lamentaba el fracaso antes de empezar.

En cuanto al alemán: La frustración revestía para éste carácter mas profundo; ya que, el llegar hasta el U538, era una idea acariciada por él desde bastante tiempo atrás. No lo demostró mucho, sin embargo; al menos, con palabras. Convino, incluso, con Enrique, en que no tomarían decisiones apresuradas.

El llamado a la policía lo habían hecho, de paso, en una cabina pública, y, como ya no quedaba nada por hacer esa noche, se quedaron charlando hasta tarde; pese al cansancio.

Ambos trataban de explicarse quién había terminado con el capitán de ese modo. Pero los datos concretos arrojaban poca luz, realmente.

-Dado por seguro que esta gente anda detrás de lo mismo que nosotros, –el alemán hablaba con tono preocupado y paseándose con las manos en los bolsillos –¡pueden ser tantos!.. Cualquiera banda grande de delincuentes internacionales...

-Con capacidad para encarar una operación de buceo importante e ilegal... –acotó Enrique dubitativo.

-O de encargarla
 -Ya es más difícil
 -Bien... admitido. –convino Klaus –Pero la gama de posibilidades es tan amplia, igualmente: Ex combatientes entrenados en operaciones submarinas, la misma Maffia, como ya dije... ¡Qué sé yo!...

-¿Y una gran potencia, Klaus?.. Quiero decir, los “servicios” de una gran potencia.
 -¿Por tres toneladas de oro?.. ¡Absurdo!... –Klaus se detuvo en su paseo –Esto es significativo para nosotros; para una organización criminal, incluso; pero no para una gran potencia. No, ni siquiera para una republiqueta.
 -No por las tres toneladas de oro, sino por los documentos que las acompañan.
 -Mire, Enrique. ¿Qué valor pueden tener esos documentos? Actualmente, digo. Si son datos técnico-científicos, deben ser, a estas horas, verdaderas piezas de museo. ¿”Herencia Política”?... Solo material de historiadores. No, una potencia no se moviliza por eso.
 -Vd, dijo que podían ser datos de archivo, también. Eso puede interesarle a la Unión Soviética o a los Estados Unidos... Tal vez a Israel.
 -No le digo que no, de plano, en ese caso, pero... lo veo difícil. Enrique: ¡¿Semejante asesinato por unos datos de archivo?!.. Hum. –movió la cabeza incrédulo y continuó su paseo con los brazos cruzados a la espalda –Hay un dato que es preciso tener en cuenta también –agregó, de pronto, deteniéndose nuevamente.
 -¿Cuál?..
 -Que el capitán Flamme algo temía, Esto lo veo claro ahora, aunque en su momento no me llamó demasiado la atención.
 -¿A qué se refiere?
 - A las recomendaciones que me hizo para cuando le visitase nuevamente: Dejar el coche lejos, no tocar el timbre y todo eso.
 -Sí... puede ser, –dijo Enrique, pensativo –puede ser. –repitió –Ahora, también subsiste la incógnita principal.
 -¿Cuál?
 -¿Cómo se enteraron de que estaba por llevarse a cabo una transacción, o un convenio, entre Vd. y Kurt Flamme? Porque es evidente que, si en casi cuarenta años nadie lo molestó al pobre capitán, y lo liquidan justo cuando nos va a dar los datos, hay una filtración en algún lugar.
 -¡Eso sí me quita el sueño!.. –El Rostro de Klaus se ensombreció aún más. Sirvió una copa de un licor amarillo claro para sí y otra para Enrique. Sin consultarle si quería o no, se la alcanzó. Éste la tomó en silencio –Eso sí me quita el sueño. –repitió –Porque no veo dónde puede estar la brecha: En lo que a mí respecta, el manejo de esto es totalmente personal.
 -En mi caso es exactamente igual –aclaró, prontamente, Enrique.
 -¡No lo dudo ni por un momento! –exclamó el alemán, y añadió –¿Habrá hablado con alguien el capitán Flamme?..
 -No lo creo...

Cabizbajos y pensativos se retiraron a dormir, después de una buena dosis de licor, como conciliador del sueño. Pero, así y todo, una hora después, Enrique seguía sin poder relajarse y completamente despierto.

Un ojo de buey dejaba paso a un rayo de plata. La luna bañaba todo con su espectral manto y allá, en el fondo de su conciencia, sentía Quique sonar, de nuevo, aquella

campana indescifrable que le indicaba que algo no encajaba... Pero, ¿qué?.. ¿Qué era lo que no encajaba?... Y pensando así, de pronto, se quedó dormido.

“Sé que el mal me está rondando. No puede ser de otro modo. No creo que la mala suerte se venga a cortar ahora. Es por eso que he decidido tomar esta medida de seguridad. Si todo sale bien y resulta innecesaria, mejor. Si no, esta carta llegará a sus manos; porque, además, estoy seguro de que ese mal no puede venir de Vd., Sr. Werder.

“De esta manera, aunque me alcance a mí y me destruya, podrá cobrar mi hija el dinero convenido; que yo sé, Vd. le pagará; tal como le encargo ya, a cambio de explicaciones y mapas, si muero.

“Si recibe esta carta, el que le estará hablando será un muerto, y el contenido, la última voluntad del mismo. La respetará, estoy seguro. Pero, en el caso de que no lo hiciese, yo lo maldeciré desde el mas allá, en el que creo, y jamás el dulce gusto de la paz volverá a ser saboreado por Vd. y ni ninguno de los suyos.

“¡Estoy sorprendido! Ni siquiera sé por qué he escrito lo anterior. Siempre he sido un ser racional. Pero brotó desde el fondo de mi corazón y así lo puse; sin cambio alguno, porque sé que no tiene nada de tonto y es capaz de percibir las oscuras fuerzas que mueven a los pensamientos; tal vez mejor que yo mismo. Así que, le ruego, no se ofenda. Por otra parte, le repito, ¡sé que cumplirá!.. Bien, basta con esto, ¡al grano!:

“Adjunta a esta introducción va a encontrar tres mapas. El primero es la carta general de la Isla de los Estados, con la posición de los restos del U538 (54° 49' 24" S. 64° 05' 0" W.), el segundo es un detalle de Bahía Vancouver, el lugar del siniestro, también con la “posición”, naturalmente, pero todo mas especificado.

“El hecho es que tuve tiempo de sobra, en la Isla de los Estados, para fijar con minucia todo dato útil a una posterior búsqueda del submarino.

“Cuando estuvimos juntos, hace unos días, no hubo tiempo de que yo le contase mas detalles. Así que, resumiendo:

“Al salir del U538, el agua invernal tenía una temperatura de 2° centígrados —para una supervivencia de no mas de diez minutos—. En aquellos tiempos no había trajes isotérmicos ni nada de eso, como Vd. sabrá perfectamente. Además, la tormenta era tremenda y el mar arbolaba (mar 7), con olas de entre 6 y 8 metros.

“Esos dos factores fueron los que determinaron la muerte de todos mis hombres. Algunos de cuyos cuerpos, incluso, devolvió el mar y yo enterré, usando una madera como pala, durante mi permanencia en la isla.

“Mi salvación fue totalmente casual, o milagrosa, si lo prefiere; pero el hecho es que el océano finalmente me perdonó y me arrojó a la costa aún vivo.

“Llevaba conmigo: Encendedor y bencina, chocolate, anzuelos, etc. Es decir, un reducido pero efectivo equipo de supervivencia; además de mi pistola reglamentaria y bastantes balas; y, lo que es muy importante, brújula de bolsillo.

“Fue también providencial que, en ese clima tan lluvioso, pudiese hallar leña seca para empezar una fogata. Luego, fui secando más combustible húmedo.

“Me hice un refugio en poco tiempo, cacé cabras y lobos marinos, pesqué, e, inclusive, armé, sobre una roca elevada, una fogata permanente, con la esperanza de que alguien la viese desde el mar. Menudo trabajo me costó mantenerla encendida con ese clima.

“De este modo, me aboqué solo a subsistir y esperar, durante dos meses o poco menos. En ese lapso, tuve tiempo de fijar, en dibujo y en palabra escrita, todo lo necesario para ubicar, posteriormente, el lugar donde descansa el U538.

“Finalmente fue la fogata la que me salvó; pues la vieron unos loberos. Estos explotaban el lobo marino de dos pelos en la Isla Grande, pero, como la población de los mismos comenzaba a mermar allá, cruzaban a cazarlos ilegalmente en la Isla de los

Estados. En ésta, habían descubierto una lobería que nadie conocía. Precisamente en Bahía Vancouver.

“Fue una increíble suerte que su venida fuese por motivos “non sanctos”; pues yo no quería revelar la existencia de la flota secreta, y me hubiese visto en figurillas para explicar a las autoridades mi aparición allí sin hablar del submarino, su fin, y las razones de su presencia en el área. Así que, aprovechando que ellos estaban igual en falta, y por medio de uno de los cazadores, que, a la sazón, también era alemán, hice un “pacto de malandras” con los loberos: Ellos no me denunciarían al gobierno ni harían demasiadas preguntas, y yo, entonces, no hablaría nunca de sus correrías por Bahía Vancouver.

“Además, me quedaría un tiempo ayudándolos a cazar lobos; un año, por lo menos, para aprender el idioma y poner mas distancia con respecto al fin de la guerra. Ésta, en realidad, había terminado hacía pocos días, con la caída de Japón.

“Pasado ese lapso de tiempo, me llevarían hasta Río Gallegos; donde era fácil conseguir papeles chilenos apócrifos, hechos en Punta Arenas. Estos eran imprescindibles para poder moverme, por mis propios medios, hacia el norte.

“Obrando de tal forma, mis salvadores no tendrían que hablar de sus visitas a la Isla de Los Estados, lo que hubiese sido hartos sospechoso, dada su condición de loberos, ni yo contar mi verdadera historia.

“Fue así que, mas o menos un año después, aparecí, como usted sabe, por lo de Don Antonio; donde, gracias a su generosidad, obtuve la ayuda monetaria que necesitaba para llegar a Buenos Aires.

“Al poco, me instalé en Ballester; después de arreglármelas para conseguir, no importa cómo, documentos definitivos que me acreditaban como un inmigrante alemán recién llegado. El resto de mi vida carece de importancia.

“Volviendo a los mapas. Además de los dos primeros, que, le reitero, tienen todos los datos necesarios, va también un tercero, de toda Tierra del Fuego, con indicaciones precisas para que Vd. llegue, sin ningún tipo de problemas, a donde vive Erika, mi hija. Ella es soltera y está radicada, desde hace tiempo, allá, en el centro de la Isla Grande. Lo que la coloca, por una ironía del destino, mucho mas cerca del oro que yo.

“Acompañando a todo lo anterior, adjunto, además, una “relación”, con todos los pormenores necesarios que no pueden anotarse sobre un mapa, y que son producto de mi observación directa; tales como: Accidentes geográficos de la zona del siniestro, como referencia para la localización del mismo, clima, temperaturas del agua, opiniones, consejos, etc., que completan lo que Vd. puede encontrar en el “Derrotero Argentino”, hoy en día muy completo, por cierto.

“Casi olvido decirle que también he incluido un “plano interno” del U538, donde está perfectamente señalado el lugar exacto donde se halla la caja estanca con el oro y los viejos documentos; éste no es otro que mi ex-camarote. Al dorso de este plano hay unas notas explicativas, donde he descripto claramente el funcionamiento de llaves, puertas, cierres, etc., etc.

“Con todo eso en sus manos mi parte del trato está cumplida, ya que la “relación” es tan minuciosa y extensa, que suple con creces mi presencia allí durante la expedición. Los mapas hablan por sí solos.

“De suceder, entonces, lo que temo, y con el contenido de este sobre ya en su poder, Vd. deberá cumplir con su parte: Verá a mi hija, le explicará todo y le pagará. Pero antes le enseñará esta carta de mi puño y letra como prueba. De otro modo ella no aceptaría el dinero; la conozco bien, tiene su carácter: A causa del mismo nos separamos hace ya tiempo. O tal vez del mío; pero eso ya no importa.

“Así que a ti, Erika, que también leerás esto, te ruego, desde aquí, que me perdone si la culpa de nuestros desencuentros fue mía. También te pido que recibas este legado de tu padre, que no pudo darte nada en vida porque fue perseguido por la adversidad.

“Recíbelo y empléalo bien. ¡Sé que lo harás! Y yo, donde me encuentre, estaré contento. Adiós, te amo.

“Volviendo a Vd., Herr Werder: Este sobre va a llegar, si muero, a sus manos, gracias a la incorruptible fidelidad de un amigo de muchos años. Un tipo sin vueltas que nunca hizo preguntas de más... ni de menos, porque están los que no preguntan nada por las dudas.

“Él lo tiene, con la indicación mía de despacharlo cuarenta y ocho horas después de que algo me suceda; sin decirle nada a nadie, o de dármelo cuando yo se lo pida.

“Se llama Adib, vive también en Villa Ballester, en la calle (...). Desconoce el contenido del envío y se lo va a mandar... sin conocerlo: Yo respondo por él.

“Quiero que, de los U\$S 200.000.-, U\$S 20.000.- sean para él. Vd. se los entregará como mejor le parezca, pero vea que los acepte.

“Todo sin excepción está en este sobre; no guardo conmigo ninguna copia. Mi plan es que si, cuando llegue usted a mi casa el día de la cita, no se ha producido ninguna novedad, nos vamos a lo de Adib. Allí lo abrimos, saco los papeles, se los entrego y me paga. No así la presente carta, que, en ese caso, nunca verá.

“Si, en cambio, alguien logra llegar antes a mí, no me encontrará nada encima y tampoco hallará dato alguno en casa. Yo, por mi parte, no hablaré bajo ninguna circunstancia. Ya cerré trato con Vd. y no lo reveeré ni por dinero ni por presión, de cualquier clase que sea ésta.

“Ahora me despidió de usted para siempre. Perdón que lo utilice como albacea testamentario; pero creo que es un pequeño favor, después de todo. ¡Adiós, Herr Werder!... He vivido como un miserable todos estos años, arrastrándome por la vida porque no he tenido el valor de quitármela; como quizá debí hacerlo una vez. Pero algo me dice que ahora voy a morir, y que finalmente me reuniré con mis hombres del U538. No sé si, en definitiva, este pensamiento resultará cierto; pero, si así lo fuera, trataré de volver a ser un oficial alemán.

El nudo que tenía Enrique en la garganta era tan grande que le parecía que se iba a ahogar. Realmente le hacía mal y creía que no iba a poder respirar más.

Klaus, que había leído ya la carta, pues él la había recibido, miraba en ese momento a Enrique y no pudo dejar de advertir la emoción de éste al final de la lectura. Había sentido lo mismo.

El silencio se prolongó y la escena tornó a hacerse interminable. Detenida como en una representación de Teatro “No”.

-Murió como dijo, después de todo –el alemán, finalmente, quebró la opresión del momento.

-¿Se ha puesto a pensar –articuló Enrique, al cabo de un rato –en que podríamos no habernos enterado de nada? ¿En que aquí tuvo lugar un drama tremendo y complejo, que podría no haber salido nunca a la luz?... Por ejemplo, si el amigo del capitán Flamme se asustaba ante los hechos y, sencillamente, para no hacerse problemas, quemaba el sobre. Y no digo abrirlo y quedarse con el contenido, sino solamente quemarlo. ¿Se ha puesto a pensar en eso?

-No, pero tiene razón. Y, es mas, creo que en el mundo deben suceder muchas de estas cosas: Acciones como la de este hombre; la mayor parte de las cuales no trascienden, por circunstancias como la que usted señalaba.

-Sí, es posible que la mayoría de los héroes sean anónimos.

-Es que tal vez la regla sea la soledad, y la compañía del sentir de otros la excepción; en estos casos –dijo Klaus, y agregó –...o en todos los casos: Somos hojas en una tormenta nocturna y casi siempre estamos solos... muy solos.

-¡Pobre Flamme!.. –dijo Enrique, con pena –Armó todo perfectamente para que, sucediese lo que sucediese, salieran las cosas tal como se pactaron con usted. Y no habló... no habló en ningún momento; si no, sus asesinos habrían ido derecho a lo de Adib para sacarle los datos. No, nada les dijo, seguramente, y, gracias a su sacrificio, ahora, nosotros tenemos todo y nuestros desconocidos competidores nada. Según creo...

-Soportó una tortura espantosa y una muerte que no le deseo a nadie, –en la voz de Klaus había admiración –por legarle una pequeña fortuna a su hija ...y por cumplir su palabra. Porque hasta es posible que hubiera podido pactar con ventaja con sus captores. Aunque, claro, eso nunca se sabrá.

-Créame, no puedo apartar de mi vista la imagen de ese cuerpo desecho.

-Bueno, Enrique... –dijo el alemán, finalmente, palmeándole el hombro –Dejemos eso ya. No podemos concederle una cruz de hierro de primera clase, pero Vd. y yo sabemos que la mereció. Ahora nos cabe solo seguir adelante, cumplir con su hija... y con toda la tarea, que nuevamente vuelve a ser posible.

Al día siguiente de la muerte del capitán Kurt Flamme, Klaus y Enrique habían decidido no desmontar la operación inmediatamente, sino aguardar unos días, por lo que pudiera suceder. Realmente fue una medida acartada.

Los diarios de la mañana trajeron un adelanto bastante jugoso del caso. Pero, claro, no habían tenido tiempo para recabar información suficiente. La policía llegó muy tarde en la noche a la casa de Ballester y, durante las primeras horas, no dejó acercarse a la prensa.

Los de la tarde, en cambio, hicieron ya un uso espectacular del suceso: Los de mayor circulación le dedicaron la primera plana, e, incluso, uno de ellos ocupó un cuarto de página con la foto del cadáver del capitán.

La televisión, la radio, la gente; en fin, todo el mundo comentaba el hecho; como no se había visto desde el caso Schocklender, el 31 de Mayo del año anterior. Esto, naturalmente, se prolongó por varios días.

Al trascender que la víctima era “un alemán venido al fin de la guerra”, las consideraciones acerca de la presunta llegada al país de elementos del Tercer Reich, al terminar el conflicto, cobraron nuevamente actualidad; como suele suceder periódicamente por distintos motivos. Pero, como ningún rastro había quedado en los antecedentes de Kurt Flamme que lo asociara con el mar, nadie acertó a pensar, siquiera, en los submarinos, ni en nada que se le pareciese.

Con el paso del tiempo, la falta total de pistas concretas y la ausencia de otras novedades referentes al crimen, hizo que los medios de difusión se empantanasen en historias repetidas sobre el Dr. Mengele, Martín Bormann, el Mariscal Stroessner y la época de Perón, mientras la realidad marchaba por carriles totalmente distintos. Tal como se verá más adelante.

Así pues; se encontraba la opinión pública inmersa en este poco fructífero ejercicio de la pluma y la palabra, al cual Klaus y Enrique asistían con desgano, cuando, el Lunes 1º de Marzo, el voluminoso envío llegó por expreso al estudio que atendía los asuntos de aquél en Buenos Aires. Durante el transcurso de su entrevista con el capitán Flamme, le había dado al antiguo oficial submarinista la dirección de las oficinas, ya que éste le

había pedido un punto de contacto, para el caso de tener que comunicarle algo urgente antes de su segundo encuentro. Una hora después, el sobre estaba en “La Zarzamora”.

Esa mañana Enrique había tenido que ir hasta el centro; así que, el primero en leer todo fue, obviamente, el alemán. Cuando volvió, el otro ya había revisado el material y también se había repuesto de su sorpresa. El contenido estaba intacto y el sobre, evidentemente, no había sido violado. Adib había cumplido su misión al pie de la letra, y aparentemente merecía la consideración de la que lo había hecho objeto Kurt Flamme.

Era evidente que los primitivos croquis levantados por el marino, durante su involuntario aislamiento en la Isla de los Estados, habían sido pasados en limpio posteriormente.

La carta general era la editada por el Servicio de Hidrografía Naval. En ella, el capitán Flamme había marcado la posición del U538. En cambio, el segundo mapa, era totalmente hecho por él mismo. Éste mostraba específicamente el lugar del naufragio: Bahía Vancouver, y la factura manual se debía seguramente a que, por ese entonces, no había sido aún editada la carta H-469, que incluye ese sector con todo detalle.

El “plano” del submarino estaba asombrosamente completo; con abundantes pormenores e indicaciones anexas; tal como decía la carta. Además, marcado con bolígrafo colorado, el lugar del tesoro, en el camarote del capitán.

La “relación” escrita, finalmente, estaba hecha con una minucia tal, que muchas explicaciones eran, a todas luces, prescindibles. Pero el comandante, evidentemente, había sido de la vieja escuela y pensó, con toda seguridad, que era mejor pecar por abundancia.

Todo estaba manuscrito, en alemán, con caracteres de la antigua “Deutsche Schreibschrift” (escritura manuscrita alemana; también llamada, comúnmente, “Frakturschrift”), que a veces denotaban una influencia latina: Una letra magnífica, clara y pequeña, de trazos finos y perfilados; como hecha con pluma “cucharita”, o, mejor dicho, con plumín; a la manera de la gente de antes, que, de ese modo, hacía entrar una carta completa en el dorso de una tarjeta postal.

Cuando Enrique, a las cuatro de la tarde, recibió, de manos de un silencioso Klaus Werder, el abultado sobre de papel marrón, no imaginaba siquiera de qué se trataba; lo abrió, displicente, y permaneció así alrededor de diez segundos. Lo necesario para leer las primeras dos líneas. Fue entonces cuando se puso rígido y comenzó a devorar el contenido de la carta, con emoción e interés cada vez mayores. Sin detenerse hasta llegar al final, que, como ya vimos, lo dejó, en principio, sin habla y atragantado y, luego, muy acongojado y lleno de oscuros y profundos pensamientos... hasta que Klaus lo hizo volver al concreto presente.

-¿No va a revisar el resto?... Le aseguro que es muy completo. –lo instó el alemán, cuando terminaron de hablar de la muerte del capitán Flamme –A ver qué opina usted de todo esto. –Enrique, hasta ese momento había leído solo la carta.

-Sí, ya estoy en eso –repuso éste, y comenzó enseguida a analizar mapas y “relación”.

Le llevó casi media hora más, porque lo hizo detenidamente y volvió en repetidas ocasiones sobre los párrafos. Leer alemán escrito en cursiva antigua necesita de cierta práctica, especialmente cuando el texto se torna algo técnico, y, aunque Enrique entendía perfectamente, la falta de hábito le hacía ir más lento. Casi nadie usaba ya este tipo de letra, ni aquí ni en Alemania; es decir: menos aún en Alemania, y solo se la podía ver ocasionalmente en la correspondencia de gente muy mayor. Pero, evidentemente, el contenido del “dossier” le satisfacía; porque Klaus, que lo observaba,

lo vio asentir en silencio repetidas veces. De tanto en tanto pedía o hacía alguna aclaración; para enseguida seguir adelante. Así, hasta terminar.

-¡Increíble! –dijo, finalmente, dejando los papeles sobre la mesa –Mas exacto imposible. Hemos tenido una suerte loca. Si dejamos de lado el trágico final del capitán, claro. ¡Quién nos hubiera dicho esto ayer!..

-Sí, es realmente increíble. Pero, la realidad supera a toda ficción, mi estimado amigo; así que, mejor creer: No cabe duda, tenemos todo en nuestras manos. Como Vd. bien dijo hace un momento. Y ayer, no jugábamos un centavo a nuestra empresa; a la que no dimos por terminada por no sé qué pálpito irracional.

-¡Que resultó muy acertado! –replicó Enrique mientras acomodaba cuidadosamente los papeles.

-¡Qué le parece!.. –exclamó Klaus –Bueno, y, ahora, ¿qué me cuenta? –preguntó luego de una pausa.

-¿Ahora?... Y, ahora nos toca organizar la expedición como si nada especial hubiera pasado. –contestó Enrique y agregó –Pero, con veinte ojos en vez de cuatro. Y cuando estemos allá, podremos, en principio, ir a ver a la hija de Kurt Flamme. –se había repuesto ya de la lectura de la carta y hablaba animadamente –Por cierto que podríamos encontrarla hoy en la casa de su padre. –prosiguió –Debe haber venido inmediatamente y, casi seguro, se quedará unos días para ayudar a la policía en lo que pueda. Pero, me parece que, abordarla ya, es un riesgo. Va a ser mejor esperar y verla en Tierra del Fuego, cuando esté mas tranquila.

-Sí, yo también pienso como Vd. –respondió Klaus, y agregó –Entonces, de acuerdo, Enrique: Armemos la expedición, vayamos a Tierra del Fuego, y veamos a la hija del capitán, allí.

Además, ¡quién le dice!.. A lo mejor nos puede ser útil en algo. O tal vez nosotros le podamos ser útiles ella; aparte de pagarle, digo. Creo que la memoria de su padre lo merece.

-Estupendo. –dijo Enrique, y agregó –Ah, otra cosa: Don Antonio, el viejo de La Patagonia. ¿No estará pensando que Vd. despachó a Kurt?

-Ya hablé por teléfono con él. Además... es imposible. De todos modos, al enterarse, enseguida se dio cuenta de que se nos habían adelantado. Pero hace bien en decírmelo: Me pondré en contacto personalmente. Iré a verlo. Ah, y a no olvidarse que, antes, tenemos que ir a lo de Adib y llevarle los veinte mil dólares. Eso lo haremos lo más pronto posible. Él también puede estar haciéndose preguntas.

La Zarzamora tenía, además de sus velas, un potente motor Diesel de solo seis años de antigüedad. El primero había sido cambiado al ser comprada por Klaus Werder. Éste había optado por un modelo mas potente; aunque el otro estaba en perfecto estado. En este tipo de cosas el alemán prefería andar sobrado. De todos modos, usarlo era poco frecuente, ya que la goleta, por lo común, navegaba con el viento.

En lo que a todo lo demás respecta: Un sobrio buen gusto reinaba por doquier; y, técnicamente, podía decirse que se trataba de una nave totalmente equipada. Medía 27m de eslora total y 7m de manga. Con dos palos y aparejo de cangrejas, el preferido por Klaus, podía dar 12 nudos con vientos buenos. Con el motor desarrollaba una máxima de 20 nudos; éste, a la sazón, era de 500 H.P.- Poseía , para 1982, un instrumental muy actualizado: Compás electrónico con sensor remoto, navegador satelital, ecosonda con lectura quilla y lectura hélice, corredera normal, corredera Doppler y Radar. Además, estaba provista de un compresor y todo lo necesario para bucear; aunque no tenía cámara hiperbárica. La goleta era tripulada, generalmente, por quince personas,

incluyendo a Klaus. Pero tenía, a popa, comodidades para cuatro invitados más. De la dotación estable, seis eran buzos profesionales, además de buenos marinos; en cuanto al resto, podían llegar a defenderse bajo el agua, llegado el caso.

Como puede verse, el grupo de Klaus Werder, y su nave, resultaban un apreciable complemento a la expedición. Complemento, porque, de todos modos, la estrella de la partida sería, sin lugar a dudas, “El Orejano”, el barco de Enrique, especialmente preparado para las actividades sub-acuáticas.

Éste, era un pesquero de “media altura”, reformado. En el cual, la capacidad de bodega había sido destinada a: Sala interna de buceo, mas camarotes, y a aumentar enormemente el espacio destinado a tanques de combustible. Llevaba una carga de 30.500 litros del mismo, y estaba equipado con un motor Diesel de 350 H.P. y otro, de alternativa, de la misma potencia. A una velocidad de crucero de 10 nudos tenía una autonomía de 16 días. El Orejano era tripulado por diez personas en total, desplazaba en lastre 56 toneladas y medía 25 m de eslora. Asimismo, estaba dotado de cuatro estabilizadores retráctiles, dos por banda, que le permitían desempeñarse muy bien con mar gruesa, y de un extraordinario “dispositivo dinámico”, copiado de ciertas perforadoras flotantes.

El tal dispositivo, consistía en dos hélices laterales suplementarias, también retráctiles, que usualmente estaban ocultas dentro del casco; pero que se proyectaban hacia fuera, cuando era necesario que El Orejano permaneciese al paio (pero absolutamente “clavado”), en un punto del mar donde no se podía fondear; ya fuese por la gran profundidad o porque el ancla no pudiese “hacer cabeza”, a causa de las características del fondo.

Cuando se ponía en funcionamiento “el sistema”, se conectaban y proyectaban las hélices laterales, y una computadora pasaba a gobernar el motor y los mandos. Una vez recibida, por ésta, la orden de permanecer sobre un sitio determinado del mar, el juego de fuerza de las tres hélices, que actuaban independientemente compensando las derivas por corrientes y vientos, dejaba a la nave literalmente fija sobre la posición dada; sin error apreciable.

En lo que hace al instrumental, estaba también totalmente provisto: Compás electrónico, girocompás, navegador satelital, ecosonda, etc. No tenía sonar, porque, cuando Enrique lo compró, el pesquero no estaba provisto de éste, y nunca le fue incorporado porque resultaba poco útil para la función a la cual se lo había destinado finalmente.

En lo referente a equipos para el buceo en sí, aventajaba con creces a La Zarzamora: El compresor, con un sistema de distribución de aire hacia cubierta, para cuando se deseaba cargar tubos en ella, estaba situado en el interior de El Orejano; en la “sala interna de buceo”: Esta era el sector de la bodega, reformado a propósito, donde estaba también la entrada del “pozo de inmersión”; inspirado, indudablemente, en el que tenía el “Calypso” de Cousteau: El tubo metálico que, atravesando el casco, llegaba hasta el agua, era para entrar en ella cuando el mar estaba muy movido.

En la “sala interna” estaban también las dos cámaras hiperbáricas, o cámaras de descompresión. De múltiples aplicaciones en este tipo de trabajos, pero, fundamentalmente, para el caso en que algún buzo se viese obligado a ascender sin respetar las paradas.

La provisión de trajes acuáticos de varios tipos era también completa, y, en una gran medida, los aprontes se reducían, en ambas naves, al reaprovisionamiento. Pese a todo, alguna inversión en equipo se hizo igualmente. Por ejemplo: otro compresor de repuesto y tubos cargados con mezcla de helio con aire; por las dudas de que llegasen a necesitarlos al entrar al submarino. Éste estaba a las 33 brazas; la zona límite de trabajo

con aire comprimido solo. Mas allá, si no se respira mezcla, se sufren los efectos de la narcosis de nitrógeno; y las 33 brazas, en realidad, bien podían ser 40.

La disponibilidad de dos naves, venía muy bien en un lugar donde los puertos de abastecimiento iban a quedar trasmano. Tanto Ushuaia como Río Grande, estaban a unas 135 millas náuticas del lugar donde yacía hundido el U538, y esto era lo más cercano donde podían obtener algo que necesitasen. Sin contar, claro, con las estancias de la costa sur de la Isla Grande, o con las que dan sobre el este. Porque, en estos lugares, solo podrían hallar algunas provisiones en caso de emergencia; pero nunca algo más importante, como repuestos, equipo, o atención médica especial, en el caso de que, bajo algunas circunstancias, no alcanzasen los esfuerzos del médico que iría permanentemente embarcado en El Orejano. Lo mismo podía aplicarse al pequeño apostadero naval, que la Armada Argentina tenía habilitado en Puerto Parry, desde el 24 de Diciembre de 1978, a causa del problema del Beagle, con Chile. La dotación de éste era solo de tres suboficiales al mando de un Teniente de Navío y quedaba en la propia Isla de los Estados, pero del otro lado de la cordillera, en un fiordo de la costa norte, distante, y de muy problemático acceso desde Vancouver.

Llegado el caso, entonces, de un imprevisto que obligara a ir hasta cualquiera de las dos ciudades, un barco podía hacerlo, quedando el otro en operaciones; sin tener que abandonar, en ningún momento, el teatro de los hechos... y sin dejar de vigilar. Porque, dicho sea de paso, la aparente calma, que había sucedido a la muerte del capitán Flamme, no llamaba a engaño a los dos aventureros. Sea quien fuese el enemigo, no iba a abandonar la partida así como así; eso era seguro, y no les cabía duda de que eran vigilados día y noche en todos sus movimientos.

En un principio, pensaron que lo más conveniente sería zarpar de San Fernando y dirigirse a Montevideo; organizando la expedición desde allí. Pero, luego de meditarlo, convinieron en que sería de balde: Con toda seguridad los seguirían. A los misteriosos competidores, solo les acarrearía esto algo más de dificultad; en cambio a Enrique y a Klaus les traería un sinnúmero de complicaciones; dadas las diligencias que aquél estaba llevando a cabo en Buenos Aires.

Así que decidieron obrar a cara descubierta y aguantar lo que viniera. Por otra parte, era muy difícil que fuesen atacados ahora: Desde la óptica del enemigo oculto, los planos secretos ya tenían estado “público”, por así decirse: Ya eran conocidos por “la otra parte” —Klaus y Enrique—, y, presumiblemente, multicopiados. O sea que, robarlos y salir disparando para el lugar del naufragio, no iba a beneficiarlos en nada; y sí, posiblemente, echarse encima a los dos socios, que de este modo los encontrarían indefectiblemente. Eso, si es que éstos no habían contado todo a las autoridades; que, aunque no lo habían hecho, los asesinos no lo podían saber. En ese caso, si robaban los datos, no tendrían que vérselas con los equipos de Klaus y Enrique coaligados, sino con la ley. No... por ahora estaban seguros, o casi. Si el enemigo volvía a atacar, sería mucho mas adelante; con el objetivo logrado, probablemente.

Fue de este modo que los preparativos se llevaron a cabo donde estaban, en el amarradero habitual de El Orejano.

El Martes 2 de marzo, es decir, al día siguiente de recibir el sobre, fueron a visitar a Adib.

No tuvieron problemas con el árabe, al que enseñaron, de entrada, la carta del capitán Flamme. Al leerla, se emocionó tanto como lo había hecho Enrique, y por un momento

permaneció en silencio. Se veía que el hombre no quería hablar, porque no confiaba en que no se le quebrara la voz. Al cabo de un rato, aquél lo tomó de un brazo y el joyero se animó por fin.

-Era un buen tipo, sí... –dijo entrecortadamente, y agregó –Fuimos muy amigos...

¡Muy amigos!... No sé si debo aceptar.

-¡Debe aceptar!.. –intervino el alemán, forzándolo a tomar el sobre con los veinte mil dólares –Es parte del sacrificio de su amigo y Vd. no puede ahora torcer su voluntad.

El argumento no tenía réplica. Adib dejó el sobre encima del mostrador y se lo quedó mirando.

-¿Quién fue? –preguntó con voz neutra.

-Sabemos tanto como usted –le dijo Enrique.

Estaba muy avanzado el alistamiento de los dos barcos, cuando Enrique aún seguía pugnando, en Buenos Aires, por obtener información reservada que esclareciese los aspectos legales del caso. Era muy cuidadoso y, antes de decidirse por una u otra modalidad de acción, quería tener todo en claro. A todo esto, ya habían transcurrido cuatro días desde la llegada de la carta del capitán Flamme. Al día siguiente de la recepción de la misma, inmediatamente después de la entrevista con Adib, Klaus Werder voló en un “Cessna” de Enrique hasta la costa patagónica. Allí se entrevistó con Don Antonio.

El estanciero parecía más viejo que nunca y más allá de todo; pero estaba puntillosamente enterado, a través de los diarios, de lo ocurrido con Kurt Flamme. Además, naturalmente, de lo que sabía por el escueto diálogo telefónico con Klaus.

Cuando éste le relató todos los hechos vividos por él y Enrique, Anton Hartmann escuchó en silencio. Al terminar dijo, entre abatido y distante:

-Ni por un momento imaginé que Vd. tuviera que ver con la muerte del capitán. Por varias razones; la primera de las cuales es que lo conozco desde hace tiempo. Por otra parte. ¿Por qué? ¿Qué motivo tendría para matarlo?.. Él tenía necesidades y usted mucho dinero... y no es precisamente miserable con él; por lo que sé.

En un tiempo, como ya le dije, Kurt me ofreció, a mí, intentar un rescate, y Vd. fue con mi recomendación. Además, me manifestó su acuerdo en recibirlo y negociar. Eso, en un expreso, que, a vuelta de correo, me mandó cuando le llegó la carta que le envié... Carta que él quemó luego de leer, tal como le pedí que hiciese.

No... Quédese tranquilo en ese aspecto. Vd. está fuera de toda sospecha. El interrogante es: ¿Quién fue?.. –y aquí se animó su semblante –Luego de tantos años; ahora, precisamente, cuando se iba a intentar el rescate de la caja estanca... Evidentemente hay una fuga de información. Pero, ¿dónde?.. ¿Suya? ¿Mía?..

Dada por supuesta ésta fuga, –prosiguió el “viejo” –puede ser cualquiera: Aventureros o delincuentes interesados por el oro, los servicios de espionaje de una gran potencia también... Que ande tras los documentos que acompañan al tesoro. ¡Vaya a saberse!.. Nunca supimos qué eran esos papeles. Lo que hay allá abajo puede ser tentación para muchos. Herr Hartmann repitió las posibilidades ya barajadas por Enrique y Klaus.

-Naturalmente. –dijo éste –El espectro es muy amplio y las conjeturas, con tan pocos datos, son un callejón sin salida. Pienso que solo cabe estar alerta y esperar.

De este modo continuó la charla entre los dos hombres. De a ratos se sentía el ruido lejano del mar, que entraba por las ventanas abiertas. El viento, que soplaba de afuera,

refrescaba bastante el interior de la amplia sala. Y los panzudos fanales, a ambos lados de la chimenea, se agitaban en una lenta danza.

Una mucama trajo un servicio de té y encendió las lámparas de la estancia. La oscuridad había ganado rápidamente el interior de la casa. En ese momento, Don Antonio pareció distanciarse de todo lo que lo rodeaba. Klaus lo notó, y no queriendo interrumpir el secreto pensamiento del anciano, calló y aguardó.

Aquel había retrocedido en el tiempo y se encontraba, ahora, aquí mismo, en la misma sala y ante un crepúsculo igual; pero en el invierno de 1945... y, frente a sí, tenía a otro hombre, al joven Capitán Kurt Flamme, que acababa de llegar a su casa en un bote; mientras su submarino lo esperaba a poca distancia de la costa... Cuando la guerra recién había terminado.

Alma lo había visto por televisión a eso de las 7:30 de la tarde. La noticia la había dado el propio conductor del boletín y, luego, las cámaras habían mostrado a los periodistas encargados de los exteriores, recorriendo la casa de Ballester; ambiente por ambiente. Hasta el baño se vio. Con los calzoncillos y las medias puestas a secar en la soga; que, atada de la ducha al calefón, cruzaba por arriba de la bañera.

Al principio, la gordita, que era algo simple, no captó la cosa. Ya habían pasado unos días y medio se le había borrado el asunto.

Acostumbraba a contarle tantas cosas a su novio, que luego se le confundían. Todas las que podía recordar; solía decirse, divertida. Hasta lo que hablaba su abuelo con sus amigos; esos otros viejos que lo venían a visitar a veces.

Las conversaciones no tenían mayor interés: Campo, ovejas, pesca. A veces se referían también a hechos del tiempo de la guerra: Charlas de ancianos, que no significaban para ella nada en absoluto. Pero tenía bastante retentiva, aunque no entendiese demasiado, una retentiva de loro; al menos hasta hablar con Rodolfo.

Todo comenzó cuando una vez le contó que habían dado una fiesta en lo del abuelo Anton, en la que se emborracharon un poco.

Los invitados habían cantado hasta desgañitarse. Todo tipo de canciones; es decir, las de siempre: “Am Golf von Biscaya”, “Muss I denn”, y otras por el estilo; y también “Oh Strassburg” e “Ich hatte einen Kameraden”. Con esta última el abuelo se había puesto serio y lejano; como se ponía a veces. En fin, todo el repertorio. Las canciones que había oído desde chica y que coreó, sentada junto al viejo, ella también un poco alegre. Así se lo dijo a Rodolfo, y también le dijo que, al final, los presentes casi no se podían tener en pie. Él se rió mucho de todo esto. Pareció hacerle tanta gracia, que, de puro placer, le empezó a hacer cosquillas para hacerla reír a ella también. Luego, la poseyó allí mismo; al pie de la barda que había al norte del casco de “La Lechuza”.

Al abrigo de los retorcidos arbustos, su novio se había portado como nunca lo había hecho.

Alma casi se había desmayado durante el orgasmo. Cuando volvió en sí: Relajada, magullada y feliz, pensó que si las gracias del abuelo lo ponían tan bien dispuesto a Rodolfo, se las iba a contar más seguido.

Luego se había reído de su propia ocurrencia. Pero, de ahí en más, le siguió contando todo. Aunque él a veces se aburría.

De pronto, se dio cuenta de lo que estaba viendo en el noticiero. Recordó, de golpe, el nombre y la dirección. El nombre y la dirección que su abuelo le había dado a ese otro

tipo con barba llamado Klaus Werder; el de maneras distinguidas, que venía de tanto en tanto a hacer negocios con lana.

Alma se quedó petrificada. Sí, no cabía la menor duda, las señas eran esas. Las había escuchado cuando su abuelo leyó en voz alta el papel donde las había escrito, antes de entregárselo al otro alemán.

Desde su escondite en el hueco, del otro lado de la biblioteca, había alcanzado a oír, además, la historia completa del oro y los documentos. Allí se ponía, siempre que quería enterarse, sin que la vieran, de lo que Anton Hartmann hablaba con otros.

Todo se lo había ido a contar enseguida a Rodolfo; porque pensó que esto no lo iba a aburrir.

<<...Kurt Flamme, desde hacía muchos años radicado en Argentina...>> –decía ahora el periodista. Alma escuchaba por pedazos. <<...terriblemente torturado y muerto por desconocidos. Con lo que queda planteado uno de los casos mas extraños de los últimos tiempos...>> etc., etc. –Y ahora ese hombre había sido brutalmente asesinado, pensó, mientras un estremecimiento de horror la sacudía por unos instantes. Luego, se quedó un largo rato sin atinar a nada.

¡Buen quilombo se había armado con el asunto del alemán ese que habían boleteado!.. Se dijo Rodolfo, que hacía dos horas que estaba tirado en la cama. Tenía un dormitorio en el fondo de la pizzería que había puesto en el puerto de la costa patagónica, a tres cuadras de la calle principal.

Había bebido la mitad de un vaso de ginebra con hielo, lleno hasta el borde, que se había preparado cuando se enteró, por la radio, del asesinato de Kurt Flamme.

El hijo de puta del gordo Chiche había hecho una tremenda cagada. Fue su primer pensamiento. El gordo era su jefe.

-“¡Qué inútil es ese tipo!” –se dijo. El gordo había armado un “circo” de agente especial con red propia, que le había “vendido” a la C.I.A. por medio de unos contactos que tenía en Buenos Aires. A él lo había encargado de informar sobre los movimientos de los pesqueros del bloque oriental. –“¡Qué cuento les ha hecho a esos yanquis tarados!” –pensó. –“No sabe hacer un carajo, y los “vive” ¡dale que va!; sacándoles guita, viajes, “minas”, y pasándoles informes inventados. Al final lo van a echar a la mierda... o a “limpiar”, tal vez; como escarmiento”. “Y ahora, este asunto”.

Pensar que cuando, hacía un mes, había viajado, especialmente, a la Capital, para contarle lo del submarino, en vez de escribir un informe en clave, le había dicho claramente:

-Este caso va en serio. Es un fato que puede ser muy importante. No te quedés papando moscas ahí, pensando en si te podés convertir en buzo, de la noche a la mañana, para quedarte vos con el oro; o en cualquier otra idiotez que se te ocurra. Mandá rápido el informe arriba; porque la documentación hundida en la caja estanca puede ser de interés. ¿Nos paga para eso, no?...

-Sí, sí. ¡Quedate tranquilo!, quedate tranquilo... –le había dicho el gordo chanta, sudando en su rompeviento blanco de paño. Los dos habían hablado, mientras tomaban mate en la cocina del “Gimnasio y Baños Turcos”, que los yanquis le habían puesto a Chiche de pantalla y que éste manejaba gastándose toda la plata.

Rodolfo había vuelto a la Patagonia no muy tranquilo, mientras el gordo se había quedado pensando en el gimnasio. Lo que no sabía ninguno de los dos, es que el teléfono del instituto había sido monitoreado por el negro Babalú. Uno de los mejores alumnos.

El negro Babalú, en realidad, se llamaba Saldívar, era cubano y había sido entrenado por el KGB en Rusia; y puesto aquí, especialmente, para infiltrar la red del “Gimnasio y Baños Turcos”.

Chiche la pensó quince días antes de pasar el informe. Tal como había dicho Rodolfo, quería el oro para él; mas, no tenía la menor idea de cómo encarar semejante empresa. Por fin, el 9 de Febrero, se dio por vencido y le habló por teléfono a su contacto; pero diciéndole que recién había recibido el dato. Ese día, el KGB supo del U538... al mismo tiempo que la C.I.A.

¡Cómo lo habían reventado a ese pobre tipo!... Rodolfo releía por tercera vez el diario. No es que le importase mucho, pero le gustaban los trabajos limpios; y el gordo seguramente se había querido alzar con el oro. No era posible que fuese obra del alemán amigo de Don Antonio. Con ése iba a haber arreglo seguro. Además, estaba el viejo de por medio... ¿O habría sido la C.I.A. “verdadera”, en vez del gordo Chiche, después de todo?... ¿Quién podría afirmar una cosa o la otra con certeza?... Chiche, naturalmente, negaría todo.

-“Bueno, a qué preocuparse tanto” –se dijo, finalmente. –“Yo estoy completamente en las sombras”.

Vació el vaso de ginebra y, ya más relajado, se dispuso a prepararse otro. De pronto, alzó la vista y vio la cara de Alma que entraba. Se le pararon los pelos de la nuca: ¡No estaba nada en las sombras!... se dijo horrorizado, y se levantó de un salto.

Le había costado convencer a la joven, pese a que había hecho de todo: Las “fiestas” mas ocurrentes de su repertorio erótico, habían sido descargadas como latigazos, una detrás de otra, sobre la gozosa e insaciable rubia; olvidada de a ratos de lo que la traía. Pero, después de una larga hora, recién pudo hacerle entender, que él no había ido en persona a torturar al capitán Flamme para que le dijese dónde estaba el oro.

En la penumbra del cuarto, Rodolfo, cansado, pudo al fin comprobar como el remedio había hecho cierto efecto sobre Alma. Ésta, luego de permanecer un rato en silencio, dijo:

-Entonces, ¿quién lo habrá matado?... Tal vez ese Klaus Werder, el alemán de la barba.

-No, no lo creo posible... pero, ya dejá de ocuparte de ese asunto: No nos concierne.

-Pero ¿cómo que no nos concierne? Si yo sé, quién, seguramente, lo visitó, muy poco tiempo antes de morir. –la nieta de Don Antonio empezó de nuevo –Creo que tendría que decírselo a la policía.

-¡Querés terminarla gorda pelotuda!... –estalló, por fin, Rodolfo, furioso. Su enojo, más que nada, surgía del hecho de darse cuenta que, si no podía controlar a Alma, tendría que matarla ya; allí, incluso, en su cuarto. –¡Qué mierda te has pensado! ¡Que estás en Suiza, imbécil!... Aquí te tenés que callarte la boca, estúpida. –la situación lo ponía fuera de sí –Mirá , escuchá, y tratá de entenderme: En primer término, si alguien se entera, no solo lo van a encanar “al alemán-de-la-barba”, sino a tu abuelo. ¿Me oís?... –Rodolfo jadeaba. Sin esperar respuesta, continuó –En segundo lugar, te van a llevar presa a vos también, por las dudas. –casi gritó, mientras la sacudía de un brazo con brusquedad –Te van a poner la picana en la cajeta para hacerte decir cualquier cosa. ¡Boluda!.. Y, cuando terminen, te van a mandar a una cárcel de mujeres... y allí, te vas a tener que acostar con las otras internas; que son todas tortilleras. ¿Eso querés? ¿eh? ¡Decime!...

-¡No!... No, Rodolfo. No, por favor.

-Para rematarla, como vas a cantar todo, me van a encanastar a mí. Porque también supe de esa conversación y paso a ser sospechoso. ¿O, vos misma, no me viniste a

preguntar si yo lo había matado a Flamme para sacarle el asunto del oro... ¿eh?.. –la joven estaba aterrorizada. Su novio jamás le había levantado la voz, siquiera. –¡Ahí sí que no me ves mas el pelo!... ¿Querés volver a hacerte la paja todo el día, como antes? ¡Infeliz!...

-¡No, Rodolfo!... No me hables así, Voy a hacer lo que vos digas.

-¿Y, cómo querés que te hable?... ¡Pava!...

Alma se echó a llorar despacio. Él, al rato, le puso la mano en el vientre y empezó a acariciárselo. Ya más calmo y moderando el tono, le dijo:

-Escuchame bien, Alma... ¿Me oís?...

-Sí, Rodolfo, no te enojés.

Bueno. Lo que vamos a hacer con este asunto, es callarnos bien la boca. El tipo está muerto y nosotros no podemos hacer nada ya, salvo... jodernos irremediabilmente si hablamos. ¡Callarnos! Para proteger a tu abuelo y para protegernos nosotros. Para que nadie nos encarcele y podamos seguir juntos ¿eh? –La mano de Rodolfo, a medida que hablaba, acariciaba el amplio abdomen de Alma; cada vez más abajo. Hasta que llegó al pubis.

-¿Me vas a hacer caso? –le preguntó un momento después. La muchacha miraba el techo con los ojos vidriosos.

-Sí. Te voy a hacer caso... Te lo prometo. Te lo prometo. Pero no me dejes nunca, Rodolfo... Dale...Dale... Como el otro día. Por favor. Como el otro día...

La voz de Alma sonaba hueca y opaca. Entonces, él, deslizó su cabeza entre los muslos de la joven.

El martes 2 de Marzo, cuando tuvo lugar la última visita de Klaus Werder a Don Antonio, Alma se apresuró a ocupar su escondite de costumbre y, desde el mismo, escuchó toda la conversación sostenida entre los dos hombres. Ésta, alejó de la nieta de Hartmann toda sospecha, con respecto a la participación del “alemán de la barba” en el asesinato del capitán Flamme... Y así corrió a decírselo a Rodolfo, tres horas después.

Las averiguaciones hechas para tener una idea del encuadre legal de la aventura, llegaron, el Viernes 5, a un punto más allá del cual, aparentemente, no se podía avanzar.

Las charlas con los abogados de Enrique derivaron en una consulta con un experto en derecho marítimo, que, en definitiva, no pudo aportar ningún dato concreto.

La dificultad consistía, en primer término, en el status militar de la nave hundida. Esto hacía que fuesen inaplicables los términos generales de la Ley de Navegación 20.094; que, en el artículo 4, excluye expresamente de su ámbito a este tipo de barcos.

En segunda instancia, la carencia de antecedentes, en la Argentina, con respecto a la recuperación, por iniciativa civil, de cargas en barcos de guerra hundidos, hizo que los letrados, a los cuales se pidiera opinión, no supiesen, en principio, qué actitud tomar.

Enrique, por otra parte, no quiso que se recabase, formalmente, todavía, el parecer oficial. A su entender, la consulta lisa y llana a las autoridades, sin tener antes todo teóricamente resuelto, podía poner en movimiento instancias ingobernables que quería evitar. Fue asaltado por los mismos temores que tuvo cuando se presentó el caso del “Aurora”; y, aunque tenía la intención de encarar esta operación legalmente, juzgó prudente no jugar las cartas ahora y en Buenos Aires.

Finalmente, luego de mucho cavilar, logró determinar un curso de acción; pero los movimientos los haría en Ushuaia. Como, por otra parte, era lo que correspondía; ya

que, pese a ser aún Territorio Nacional, lo que ocurría en la isla y sus alrededores se manejaba todo desde allá. Entretanto, sus abogados, seguirían investigando con calma y sin levantar oleaje.

Pese a su aparente infructuosidad, todos estos preliminares llevados a cabo en la Capital Federal, fueron imprescindibles para el ulterior desarrollo de la empresa en Tierra del Fuego: Allá, por ejemplo, no iban, casi con certeza, a disponer de abogados especializados en derecho marítimo para conformar un cuadro de lo que debían hacer. Aunque más no fuese, informándoles cabalmente que era un tema del cual se sabía poco y que debía verse más a fondo.

En este orden de cosas Klaus Werder había tenido razón: Si no hubiese sido por los contactos de Quique Falkenburg, él solo, no hubiese podido, sin despertar sospechas, acceder a los niveles donde aquél dio forma a su plan de acción definitiva: Cancillería, Prefectura, Secretaría de Intereses Marítimos. Enrique tenía amigos en todo lugar adonde iba. Lo que le permitía, en cierta medida, obtener información sin tener que recurrir a las vías administrativas normales y ponerse en descubierto. En cambio, la condición de extranjero de Klaus, hubiese sido una barrera prácticamente infranqueable. La presencia de extraños en una zona crítica, como era el extremo sur del territorio, se tomaba con suma desconfianza.

Paralelamente, el apronte de las naves se terminó el Domingo 7. Así que se fijó como fecha de partida el Lunes 8. Zarparían a las 10 a.m. del mismo; para lo cual faltaban 24 horas.

El humor de ambos aventureros mejoraba conforme los hechos se aceleraban, y Klaus parecía rejuvenecer con el clima de vísperas que les rodeaba.

Enrique, por su parte, se mostraba contento e, incluso, gracioso, y le gastaba bromas al alemán:

-No debe trabajar tanto, Vd. debe cuidarse un poco.

-Si Vd. pretende llamarme viejo...

-Por favor... no fue mi intención. Está muy bien conservado... ¡ya quisiera llegar yo!...

-Enrique, decididamente, estaba de broma.

-Sepa que tengo apenas sesenta y tres años... Los primeros sesenta y tres años.

-¡Caramba!... Yo hubiera dicho que...

-¿Qué? ¿Me va a decir que aparento más? -el alemán le seguía la corriente. -A ver, ¿Cuántos represento?..

-A ver... a ver... Mirándolo bien, se diría que... -Enrique fingía mirar apreciativamente, mientras se reía para sí, pensando en la barbaridad de años que le iba a decir. Pero su atención se desvió porque, en ese momento, llegaron al embarcadero dos mujeres que cortaban el aliento. Venían en un MG Sport 47, muy bien tenido. Las dos en bermudas y camisa. Una de ellas muy joven y algo ñatita; la otra un poco mayor; pelo oscuro y una cola fuera de serie.

-¡Atención!... -Enrique señaló con la cabeza en dirección a las recién llegadas.

-Sí, ya las vi.

-Su edad pasa a las páginas interiores de los diarios. Fíjese que par de aviones. ¿Cuál le gusta más?...

-Como gustarme, me gustan las dos.

-¿Las dos? Muy bien. Pero elija una. -dijo Enrique, divertido, y agregó -Algo tiene que dejar para mí. ¿O quiere las dos para usted?...

-¿Por qué no?... –replicó Klaus con una carcajada –No sé si se lo había dicho, pero soy un convencido partidario de la poligamia. Es una gran institución que occidente tendría que copiar, sin tardanza, de los musulmanes o de los mormones disidentes.

Enrique se desternillaba de risa.

-¡Eso sí que está bien dicho!... –exclamó –Pero... –reflexionó, dubitativo, un momento después. –Klaus, si ya aguantar una es tarea de mártir. ¿Cómo se hace para soportar a varias?...

-Ah, es mucho más fácil: Tener una única mujer es como tener un hijo único. Dígame, Enrique, ¿no es acaso el hijo único el insoportable? –éste no respondió. Se limitó a reír de nuevo; pero con menos convicción que antes. Klaus Werder prosiguió:

-No digo que sea exactamente lo mismo. Pero, ¿es algo parecido, verdad?

-Vd. parece hablar en serio –dijo Enrique, dudando.

-Claro, ahora estoy hablando en serio, sí. Mire: La mujer única es el interlocutor único. Algo así como si un monarca tuviese un solo consejero. Como un comandante en jefe con un estado mayor integrado por un solo general. No se da el equilibrio: La fuerza que se derrama sobre ese hijo único, ese único consejero... o esa mujer única, es demasiada y le hace mal: Se hipertrofia monstruosamente o se consume y anula: ¡Esto debe ser evitado!... –Enrique guardaba silencio –Vea... –continuó el alemán. –Casi le diría que es la causa de la decadencia de la familia entre nosotros. O, al menos, una de ellas. Una causa siempre presente, y latente, en las sociedades monogámicas.

-Le diré por qué no estoy de acuerdo: –Enrique, que ya no reía para nada, había seguido atentamente el argumento de Klaus. –Vd. parece establecer una enorme diferencia de calidad entre los sexos; que no sé si es real. ¡Yo conozco cada mujeres!... –pensó en Verónica.

-Sí. Pero Vd. me interpreta mal. No establezco diferencias de calidad en absoluto; sino... cómo decirle..: de “campo de fuerza”, o de “longitud de onda”; si lo prefiere. Para hablar en el lenguaje de la física. ¿Me entiende?

-Sí. Más o menos. Prosiga.

-Bien, pero... –continuó el alemán –si usted considera que hombres y mujeres son de “igual onda”, o de “campos de fuerza iguales”, esta partiendo de principios distintos a los míos. Y negando, creo, lo evidente en la naturaleza: La especialización en las funciones; típica de las especies superiores. En ese caso, me temo que jamás nos pondríamos de acuerdo. Para mí, eso es una regresión hacia la indiferenciación; por cierto francamente involutiva... Resumiendo: En mi opinión, hombres y mujeres son, como en el caso de las ondas del espectro electromagnético, iguales en calidad pero de longitudes distintas. Esa es la diferencia, para expresarlo de un modo didáctico. Con todos los riesgos que encierra una simplificación, naturalmente.

-Sí... entiendo lo que quiere decir, –masculló Enrique en voz baja –pero, supongamos... solo supongamos –agregó, alzando un poco el tono –que admito la diferencia de “campo de fuerza” que Vd. plantea... o como quiera llamarla: Las mujeres, basándose en el mismo argumento, ¿no pueden invertir los términos y plantear la poliandria como alternativa?... Que se da, por ejemplo, entre los campesinos del Tibet.

-Pueden... De hecho, algunas lo hacen, como Vd. lo acaba de señalar. Aunque le recuerdo que un hombre puede dejar embarazadas a varias mujeres en un relativamente corto lapso de tiempo; en cambio, una mujer solo puede tener una preñez por vez y ésta dura nueve meses. La naturaleza humana, por lo que ve, no parece ordenada hacia la poliandria.

-Macanudo. Todo lo que quiera; pero pueden plantearlo. No va a faltar la que diga que, en realidad, el marido único es el insoportable y que hay que tener varios, como las tibetanas.

-Sí, es posible. Si creen en ello.

-¿Entonces?

-¿Entonces qué?

-¿En qué queda su argumento?

-En lo mismo... Mire, veo que Vd. no me ha entendido del todo: Yo no estoy negando la posibilidad de existencia de la poliandria, porque, le repito, de hecho, existe. Como tampoco estoy negando la existencia de la monogamia, ya que es el modo de relación más común entre nosotros. Ni la de parejas homosexuales; dado que también son una realidad. No, Enrique, yo solo digo que, de todos estos sistemas de asociación sexual humana, en mi opinión, –recalcó esto último –el mejor es la poligamia. Eso es todo. No pretendo pontificar; ni mucho menos obligar a que la gente sea polígama. Solo pienso que es mejor. Quien sostenga lo contrario, en el Tibet o en el polo, que haga lo que le parezca... y veremos qué sale de eso. Veremos lo que produce un sistema matriarcal poliándrico; o el que sea.

El mundo actual no está como para que vengan con imposiciones salvadoras... Ya es muy tarde. Pienso que es hora de que, en el juego de las cosas, subsista lo que sea mas apto. Lo otro perecerá. Así en todos los aspectos. En éste, el de los modos de organización familiar, yo, reitero, estimo que la poligamia es el mejor y el que más chances tiene. Sobre todo, para el ciclo que vendrá. –esto último lo dijo con un cierto aire de misterio –El tiempo dirá si tengo, o no, razón. Mejor –prosiguió –para la familia, el hombre, y para la mujer en particular.

-¿Para la mujer en particular? –repitió Enrique con renuencia.

-Sí, como lo oye.

-¿Está verdaderamente seguro de lo que dice?

-Naturalmente. –replicó Klaus –Atiéndame bien, por favor: Profundizando en el somero análisis del tema ya comentado: evitar la mujer “hijo único”, me atrevo a decirle que, superado el trauma de adaptación al nuevo estado de cosas poligámico, estoy seguro de que las mujeres serían así mucho mas felices. Porque, fíjese, Enrique: El ámbito normal, diario, de las mujeres, es, naturalmente, entre mujeres. Ellas tienen sus temas, sus intereses, y así; siendo varias en una casa, yo diría que tres; se acompañan, tienen con quien hablar a su mismo estilo, se reparten las tareas. En definitiva: Todo les va a resultar más llevadero de este modo. Tendrían el ámbito social femenino dentro de la casa. Aunque se envidien un poco y aunque, de tanto en tanto, se saquen los ojos entre sí... Porque ¿acaso no se los sacan de todos modos?...

Enrique rió moviendo la cabeza como se hace ante un caso de escopeta. En principio había tomado en broma los conceptos del alemán; pero ya no cabía duda de que estaba hablando en serio.

Lo más curioso era que, aunque no compartía el planteo, debía admitir que, en el fondo, no le sonaba tan descabellado. Pese a que le parecía estar en alguna mezquita del interior de Arabia, escuchando las enseñanzas de algún docto en la ley islámica.

-¡Bueno, hombre!... No me mire así. –exclamó Klaus, bruscamente –Piénselo un poco y verá que tengo razón. Tal vez mi teoría no esté aún de moda aquí. Pero eso se debe a que es demasiado moderna; como es todo lo verdaderamente antiguo. Además... qué importa la moda. Considéreme, si quiere, un partidario de la vuelta a las fuentes. Aunque, claro, hay que interpretarme...

-Eso es lo que estoy tratando de hacer. Pero insisto en que me preocupa la opinión de las mujeres. ¿Qué dirán, en definitiva?

-No lo sé. Probablemente, si Vd. lo plantea en la televisión, en una ronda con mujeres, lo van a correr a puteadas. Pero eso es irrelevante con respecto a la bondad o maldad del sistema. Lo van a tomar como una agresión a sus derechos y todo eso; ya sabe.

Aunque, –reflexionó –tal vez alguna realmente inteligente entienda. ¡Quién puede decirlo!... Pero, atención: No se haga problemas de receptividad de las masas para con mi teoría. Le repito: No pienso promocionarla.

-Dígame, Klaus. –Enrique, de pronto, había recordado algo –¿Por qué dijo tres esposas?... y, otra cosa, ¿No pueden formar un frente común y terminar rompiendo el equilibrio para su lado?

-¡Qué bien que ha hecho las dos preguntas juntas!... Porque tienen una sola respuesta. La da la tradición musulmana y es más o menos así; aunque en este caso no le puedo dar la cita exacta: “Una sola mujer pasa el día peleándose. Dos mujeres se pelean todo el tiempo entre sí. En cambio, cuando son tres, mientras dos pelean, una estará bien dispuesta para contigo.” Por eso, tres. –continuó el alemán –Eso responde a su primera pregunta; aunque, justo es decirlo, un poco humorísticamente, como lo hacen la mayoría de los refranes.

-No está mal. –convino Enrique –Debo reconocer que es ingenioso.

-En cuanto a la segunda, también la contesta. –concluyó Klaus –Pues, muestra, tal vez de manera algo exagerada, que varias mujeres juntas no aumentan su poder rompiendo el equilibrio, sino que... ¿cómo expresarlo?...solo lo mantienen, gracias a las actitudes que surgen de la propia naturaleza femenina...

Enrique sonrió ante el sibilino modo de presentar las cosas de su flamante socio.

-Viejo... Su capacidad discursiva es brillante –dijo—; pero subsisten puntos oscuros.

-Los puntos oscuros que subsisten son los que su alma temerosa tiene en sí misma. –el tono de Klaus ahora era, adrede, oriental, y parecía, de veras, un santón árabe –Vamos Enrique, confiese que no se animaría a vivir con un bien provisto harén a cuestras, ja-ja-ja. –Se rió, tomándole el pelo.

-No se trata de eso. Es decir; no sé si me animaría a vivir casado con varias mujeres. Porque ahí está el asunto: Serían esposas, y todas juntas por añadidura... humm. Pero yo iba a otra cosa.

-¿Cuál?

-Por ejemplo: ¿Qué diablos va a hacer con los hombres que sobren? Porque, evidentemente, al concentrarse varias mujeres alrededor de un hombre, y al hacerse normal este comportamiento, van, fatalmente, a quedar varones sin pareja. –Enrique calculó que, con esta pregunta, lo había colocado a Klaus en un verdadero aprieto del cual no iba a poder zafar –Dígame usted qué van a hacer.

-Embromarse.

-¿Cómo?...

-Embromarse –repitió—. Óigame bien, Heinrich: –era la primera vez que le llamaba por su nombre de pila en alemán –Eso es una de las partes positivas del sistema.

-En realidad, no lo entiendo. –el asombro de Enrique era genuino.

-Es sencillo. En la naturaleza, al menos en la mayoría de las especies más evolucionadas, ocurre lo mismo: Los machos fuertes, los más aptos, son los que logran hacerse con las hembras. Los otros, los no aptos, se quedan con las manos vacías. Es decir que forman grupos de célibes que no se reproducen.

-Repunta tropilla el más cojudo –dijo Enrique, pensativo. De pronto se había acordado que el caballo criollo era un producto de ese tipo de selección.

-Perfecto... Veo que nos vamos poniendo de acuerdo. –el alemán sonrió complacido mientras asentía con la cabeza. –Así ocurre en las sociedades poligámicas: Pueden tener

mas esposas los mas poderosos, los mas fuertes, es decir: los que les da el cuero para tenerlas y atenderlas. En una palabra, reitero, los más aptos. Eso mejora la especie.

Claro que esto no es del todo exacto. –prosiguió—. Puede haber un cretino rico teniendo hijos con mujeres hermosas. Pero es todo lo exacto que un ordenamiento humano puede ser. Si le agrega las ventajas que le enumeré al principio... creo que solo falta sumar dos mas dos.

-Dígame, Klaus. Si la poligamia tiene todos esos puntos a favor, ¿por qué no tiene Vd. un harén? –preguntó, de pronto, Enrique, mientras pensaba para sí: “Va siendo hora de que entremos en el terreno de las realidades”.

-¿Y quién le ha dicho que no lo tengo?

-Caramba... Voy de sorpresa en sorpresa; y... ¿dónde lo tiene?

-Ah... Se está poniendo demasiado curioso, amigo. –dijo el alemán y rompió a reír seguido por Enrique –Tampoco le he dicho que lo tuviera –añadió enseguida—. Bien puedo ser de esta opinión desde un punto de vista puramente teórico y no tener ningún harén. Lo que no invalida en absoluto lo dicho. ¿No le parece?

-Es cierto. Pero le daría más crédito a sus palabras si lo viera ejercer ese estilo de vida en la práctica. –Enrique intentaba que el otro hablase más. Imaginaba una historia picante tras la repentina reticencia de Klaus Werder.

-Mi joven camarada. Hay que obrar con suma delicadeza cuando se trata de costumbres muy arraigadas –el alemán habló en tono cauteloso. Daba la impresión de no querer llevar las cosas al terreno personal. Enrique se preguntó si sería porque tenía en realidad un harén; porque no tenía ninguno; o porque no quería dar indicios que condujesen a develar el secreto de su vida privada, en ninguno de sus aspectos. Insistió:

-Cuando se trata de cambios, alguien tiene que empezar de una buena vez.

-No le he dicho tampoco que no he empezado.

-¡Ah, no!... ¡Me está haciendo el cuento de la buena pipa!...

Klaus Werder estalló nuevamente en una estruendosa carcajada.

-Tiempo al tiempo. –dijo un momento mas tarde, con voz entrecortada por la risa –Por ahora, lo importante es que esas dos espléndidas damas, que dieron origen a toda esta charla, desaparecieron sin que nosotros lo notásemos.

-¡Tiene razón!... Pero, ¿adónde se fueron? –Enrique miró hacia todos lados.

-No lo sé. Tal vez embarcaron en el crucero aquél, frente al cual dejaron el MG; pero no estoy seguro –dijo Klaus y agregó enseguida—. Tome nota, Enrique: Esto es lo que ocurre cuando uno se enzarza en charlas “desde un punto de vista teórico”: –repitió sus propias palabras –Se le escapa el presente... Ah, y, a propósito de mi edad. ¿Cuántos años tiene Vd.?

-Treinta y seis.

Al día siguiente, Lunes 8 de Marzo de 1982, Enrique y Klaus zarparon de San Fernando a bordo de La Zarzamora. Aquél, al concluir la tarde del Domingo, había impartido instrucciones de último momento al Orejano, para que partiese enseguida. Cabezas, su segundo, al que decían “Napo”, porque tenía cierto aire a Napoleón I, recibió el encargo de recoger algunos elementos en La Plata y continuar, luego, para esperarlos en la desembocadura del río. A la altura de la Ría de Ajó.

Una vez que superasen la latitud de Punta Médanos, pocas millas más al sur, navegarían más o menos con un rumbo general 200. En dirección a Río Grande.

Aunque el casi permanente viento “de jeta”, como decía Enrique, haría que la goleta tuviera que ir frecuentemente bordeando. Había quedado establecido que por nada del mundo se iban a perder la navegación a vela. Además, el excelente aparejo de cangrejas, muy perfeccionado, le permitía a La Zarzamora ceñir algo menos de cuatro cuartas; casi como si aparejara “Marconi”; con el que se puede ceñir tres cuartas. Con lo que la demora no iba a ser tan grave, como hubiese sido en los viejos veleros de aparejo redondo, que podían ceñir solo seis cuartas.

No los corría un tremendo apuro, porque el otoño es más sereno que el verano en Tierra del Fuego, y estaban seguros, además, de que los asesinos del capitán Flamme no tenían la posición del submarino hundido.

Durante la navegación decidirían si el barco de Enrique seguía con ellos, o si lo mandaban adelantarse para lo que fuese. Ya se vería eso.

Abandonaron el amarradero a las 10:00 a.m., con la ayuda de los motores. Una sensación de alivio y de júbilo invadió a todos cuando se apartaron del muelle; e incluso algún “hurra” se escuchó, coreado por la tripulación de la goleta.

Se hallaba ya a unos trescientos metros del embarcadero, cuando un hombre que estaba sentado en un banco de plaza, a la vera del agua, al parecer entretenido en empalmar un cabo, alzó la vista y miró a la nave durante un instante. Luego, metió la mano en el bolsillo y la retiró con un pequeño “handy”, que cabía perfectamente en la palma. Acercándose a la boca, dijo, sin que nadie, en el muelle, lo oyera:

-¡Ya zarparon!... ¡A ustedes!... –con lo que volvió a guardar el aparato; esta vez en un bolso de playa color verde, con letras amarillas de agencia de viajes, y se enfrascó nuevamente en la sogá que tenía sobre las rodillas.

El encuentro, tal como se había convenido, se produjo veinticuatro horas después; en un punto cercano a la boca de la Ría de Ajó, donde El Orejano ya estaba esperando desde hacía rato.

Algunos miembros de la tripulación se habían puesto a pescar.

-A mí me dijeron que es mentira que la corvina negra se va al Brasil al fin de la temporada –le comentó a Enrique su segundo, “Napo”, y agregó—: Parece que, en realidad, se retira bastante de la costa pero permanece aquí.

-Así dicen. Pero no pica. Solo se engancha en el trasmallo. –replicó aquél.

El día era glorioso y se percibía, a veces, la separación entre el agua verde del mar y la marrón del río.

A eso de las dos de la tarde, por orden de Klaus, fue bajada una lancha con la cual éste se dirigió a Lavalle junto con Enrique. Allí tenían que recoger al segundo de la goleta, Claudio Dos Santos, que estaba en la zona de Ajó desde antes del encuentro de Colonia; aunque permaneciendo en constante comunicación con La Zarzamora. Enviado por el alemán para encargarse de varios negocios con ovejas, éstos demoraron, al parecer, bastante; puesto que, al momento de zarpar de San Fernando, aún no había regresado. Cuando avisó a Klaus, por radio, desde una estancia de las inmediaciones, que se les reuniría por el camino, recabó también instrucciones acerca del lugar y el momento del encuentro. Éste le indicó que se quedase en el propio pueblo de Lavalle y que tomase una habitación en el hotel que está junto a la Ría. Aguardando allí todo el tiempo necesario, hasta que fuesen por él. Así lo había hecho y ahora los dos aventureros iban en su busca.

El riomar tenía aquí el olor salobre típico de la boca del estuario. En esta zona, la división entre aguas fluviales y oceánicas es más o menos incierta; según los vientos y las mareas; pero el tenor salino de la masa líquida es siempre notable.

La calma era total y, a medida que se acercaban, comenzó a distinguirse, cada vez mejor, una costa baja, sosegada y vacua; cubierta por matorrales, verde oscuro, de juncos y cortaderas. Eran los famosos “cangrejales” de Lavalle. O, mejor dicho, los cangrejales del Tuyú; porque Lavalle es el comienzo de la gran región que lleva ese nombre.

Ésta, se extiende como zona geográfica típica, desde aquí, hasta que las tierras se elevan al acercarse a Mar del Plata, y unas cuarenta leguas hacia el interior (200 Km.).

Por lo menos, así fue denominada la vastísima área por los misioneros que la recorrieron en el siglo XVIII. Ellos venían acompañados por auxiliares guaraníes y, en guaraní, tuyú quiere decir barro. Quien conozca esta región de cañadones, no necesitará que le expliquen por qué le pusieron ese nombre.

Dentro del Tuyú, al lugar que después fue el Partido de General Lavalle, se lo conocía desde antiguo con el nombre de Ajó. Probablemente aludiendo a los médanos, que comienzan a aparecer por aquí, en Cabo San Antonio. Ya que Ajó parece significar arena, en alguna lengua indígena perdida. Y así, precisamente, se llamó durante muchos años este partido: Partido de Ajó. Desde que Rosas lo bautizara con ese nombre, al crearlo, el 25 de Diciembre de 1839, con tierras segregadas del de Monsalvo; hoy Maipú. La denominación fue cambiada por la actual el 19 de Octubre de 1891.

¡Los famosos cangrejales! Tan cangrejales serán, que se extienden hasta la orilla misma del boulevard costero de General Lavalle; ése que bordea la ría por el sudeste.

Al finalizar el pueblo, hacia el lado del río, los cangrejos están al mismo borde de la calzada y uno los ve correr asustados cuando pasa un coche, o cuando, curioso, se aparta un poco del centro de la calle para verlos.

Media hora después entraban en la ría misma. Así se llama porque no es un río, sino una entrada del mar en la tierra, como las rías gallegas. Salvando las diferencias geológicas y geográficas, claro está.

Es decir, desde el punto de vista de lo que se ha convenido, aceptado internacionalmente y puesto en los mapas: La Ría de Ajó sería una entrada del Río de la Plata tierra adentro. Pues, para las cartas, éste termina en Punta Rasa; un poco más allá. Pero, en realidad, la ría siempre tiene agua salada y, a todas luces, marina; aunque un poco sucia. Y está justificada la pretensión de los lugareños de llamarle “entrada de mar”, y no, de río.

Por otra parte, no nos olvidemos que, para los mapas, Piriápolis es costa de río, e incluso, la “Mansa”, en Punta del Este, también lo es... y ¿quién puede sostener que eso no es agua de mar? Por más geógrafo que sea. Admitamos, en todo caso, que el río, en su último tramo, tiene agua de mar. A veces más, a veces menos.

Lavalle está a unos 8 Km. tierra adentro y la ría discurre entre un paisaje igual al que se ve desde aguas afuera. Pero en el cual, conforme se avanza, van apareciendo arbustos. Melancólico, indudablemente, pero de una triste y destemplada belleza que mantenía en silencio a los hombres.

A los diez minutos avistaron el puerto. Este queda sobre la margen derecha, o sea, sobre el pueblo; y aunque ahora es puerto, casi exclusivamente, para excursiones de pesca embarcada, en un tiempo fue un activísimo puerto comercial.

La primera actividad de la zona fue la de los saladeros; abierto el primero de ellos por Pedro Luro.

En esos años, ésta fue una verdadera estación de embarque de carne salada. La misma, por lo general, era traspasada desde unos lanchones a buques de mayor porte que esperaban afuera.

Al irse extinguiendo la industria saladeril, las jabonerías, que procesaban grasa vacuna de las estancias vecinas, dieron ocupación a los lugareños hasta su cierre, en las postrimerías de la década del treinta. Pero el puerto, en realidad, murió cuando cesaron los embarques de salazón al exterior, y desde entonces no se ha vuelto a reactivar.

Mudos testigos de este pasado movimiento, se erguían los dos guinches manuales, que en la época en que tiene lugar esta historia, aún se empleaban. Aunque no, claro, con la frecuencia de los tiempos de oro.

La lancha atracó casi frente a la prefectura y los dos socios subieron por una escalerilla. Cruzaron en diagonal hacia el hotel que distaba cincuenta metros y entraron.

En la barra estaba sentado Dos Santos. Tomaba café, mientras, distraído, escuchaba una melodía hawaiana, que, totalmente fuera de contexto, salía de un pasacasette. No los sintió llegar hasta que Klaus le puso una mano en el hombro. El hombre dio un respingo.

-Hola. –dijo el alemán –¿En qué estás pensando?!...

-¿Me sorprendieron!... –repuso el segundo de la goleta.

-Menos mal que nuestras intenciones son buenas –terció Enrique—. Solo queremos un poco de café... con algo para la humedad.

-Pero, claro, hombre... –¿Señora!... –llamó Dos Santos a la dueña. Café doble para los señores, ¿y...?

-Coñac

-Yo también –agregó Klaus—: Reserva San Juan, por favor. –Enseguida se volvió y dijo con ceremonia:

-Enrique, le voy a presentar al Segundo Comandante: Mi amigo, el Sr. Claudio Dos Santos. El alemán había utilizado, para referirse a Dos Santos, la designación jerárquica usual en la Marina de Guerra.

-Llamame Yáñez... Todos me dicen así. –dijo sonriente Dos Santos, mientras estrechaba la mano de Enrique. Apenas era mayor que éste. –Por el amigo de Sandokán, ¿viste? –agregó señalando al alemán con la cabeza.

-¿Ah!... ¡Magnífico!... –exclamó, riendo, Enrique. Se había acordado de lo que le había dicho a Verónica, cuando ésta le habló de la goleta por primera vez. –Me alegra mucho conocerte, Yáñez. –y pensó para sí: “¿Qué casualidad!”

-¿Ahora sí!.. –dijo Klaus cuando estuvieron servidos. Enseguida tomó un largo sorbo de café y lo bajó con un trago de cognac.

-¿Otra cosa es con guitarra! ¿eh? –dijo Enrique.

-No –replicó el alemán—. Lo que pasa es que hay una humedad tremenda. Parece como si en la ría fuese más elevada que aguas afuera. Además, se ha puesto fresco.

-Sí, claro; todos los curdas dicen cosas por el estilo. Yo, en cambio, no me justifico: soy feliz. –Enrique estaba de buen humor.

-¿Ah, los jóvenes! –dijo Klaus, haciendo un vago gesto con la mano –¿hace cuánto que llegaste al pueblo? –le preguntó a Yáñez.

-En realidad, puede decirse que estuve casi todo el tiempo en Lavalle. Porque, aunque me moví por los campos, el eje fue siempre este lugar.

-¿Te aburraste mucho? –inquirió Enrique.

-No, en verdad, me gusta esto; e, incluso, aunque no lo crean, fui a un baile el Sábado.

-¿A un baile?... –dijeron, a coro, Klaus y Enrique –¿Y, dónde?... –prosiguió este último.

-Aquí mismo. El hotel organiza bailes... y con orquesta...

-¡No jodas!...

-En serio, te digo. Al baile viene toda la gente de las estancias vecinas. Pero la condición es que sea con orquesta; si no, ni se arriman.

-¡Me encanta! –dijo Enrique –Evidentemente es un pueblo fuera del tiempo.

-Vd. es un enamorado de la pintura costumbrista ¿eh? –intervino el alemán.

-Ah, sí. Soy un tipo folklórico... de todos los folklores. –convino Enrique y agregó enseguida –Me gustan las cosas en su propia salsa; como a Vd. –recordó la “conferencia” sobre el whisky de malta.

-Es cierto; a mí también –admitió Klaus—: Negras en Bahía al son del candomblé. Dos rubias en Finlandia; pero tomando juntos un sauna –agregó con gesto lascivo. Sabía que lo había impresionado a Enrique con su defensa de la poligamia y ahora pretendía hacerlo aún más; para tomarle el pelo luego. Pero éste lo vio venir.

-Chau. ¡Ahí salió el maníaco sexual!... ¡Pare, viejo!...; y, encima, tomando un sauna. Le va a fallar el “bobo”. ¿No sabe que el sauna hace mal al corazón?... Finlandia tiene el más alto índice mundial de infartos. ¡Con dos minas!... No, usted se manda la parte. ¡A mí no me engrupe! –los tres rieron y levantaron las copas:

-¡Por los supermachos! –brindó Quique Falkenburg y vaciaron lo que les quedaba.

-“Viejo choto” –pensó.

-¡Otra vuelta! –mandó Yáñez –Pero, doble... y más café.

-¡Así se habla!... –exclamó Enrique, y agregó, más bajo: –¿y, qué tal, tuviste suerte en el baile?

-Y... más o menos –dijo Yáñez, modesto.

-¡Ah, guacho!... Y Klaus que decía: que, “pobre Yáñez”, y qué sé yo...

Se quedaron allí por una hora. Luego cruzaron, embarcaron en la lancha y salieron buscando la boca de la ría. Menos de dos horas más tarde estaban en la goleta; que se mecía suavemente en la entrada del estuario. Éste tenía ahora un color plomo verdoso indefinido. A la media hora, ambos barcos estaban navegando rumbo a Tierra del Fuego.

El 11 de Marzo de 1982, el buque de la Armada Argentina “Bahía Buen Suceso” zarpaba de Buenos Aires; como lo había hecho ya en innumerables oportunidades. Solo que, en esta ocasión, su misión se apartaba un tanto de la rutina habitual:

Su destino eran las Georgias del Sur, en el arco de las Antillas Australes. O, más exactamente, Puerto Leith. Allí, los cuarenta y un pasajeros que llevaba a bordo, desembarcarían para ocuparse del desguace de la factoría ballenera de la Compañía Christian Salvensen.

Este movimiento era el comienzo de ejecución de una operación comercial pactada, en 1979, entre Constantino Davidoff, un fuerte chatarrero de Avellaneda; de ascendencia griega, y la Salvensen.

Dos días antes, el 9 de Marzo, Davidoff había hecho saber sus intenciones a la embajada británica en Buenos Aires. La representación del Reino Unido no puso reparo alguno.

Casi tres meses antes, Davidoff había ido, a su vez, en gira de inspección, a la zona, embarcado en el rompehielos Almirante Irizar. En esa oportunidad estudió todos los detalles técnicos de la empresa.

Aquel viaje provocó las airadas protestas del gobernador Rex Hunt; pero la cosa no pasó a mayores.

Ahora todas las luces estaban en verde y la operación marchaba a toda máquina... hacia el abismo.

El barco desplazaba 43.000 toneladas. Estaba pintado de blanco grisáceo y pertenecía a la flota pesquera soviética.

En ese momento, se encontraba operando en el límite de las doscientas millas a partir de la costa. El mismo era el fin del área de explotación económica estrictamente argentina en el Atlántico.

Un nombre resaltaba, en grandes caracteres cirílicos negros, sobre la pintura del casco: “Krásniy Sókol”; lo que significa “Halcón Rojo”.

Para ser mas exactos; ese 13 de Marzo de 1982, por la mañana, la nave se hallaba justamente a los 42° S.-58° W. y la acompañaban trece barcos satélites; que estaban desparramados en una superficie no muy amplia hacia el este.

El “Krásniy Sókol” era un “buque madre factoría” de la clase “Vostók”; que, luego de unos cuantos años de servicio, había sufrido algunas adaptaciones.

En lo que se podía ver desde afuera, solo había sido reacondicionado para llevar dos helicópteros en vez de uno; como es lo usual entre los buques de esta clase.

Esto se había logrado, en parte, sacrificando uno de los “balleneros-satélite”; que, en número de catorce, llevaban los Vostók sobre cubierta.

El Krásniy Sókol, en consecuencia, transportaba una flotilla de trece barcos dependientes. Los mismos eran de fibra de vidrio, estaban dotados de dos hélices movidas por motores de 350 H.P., y tenían capacidad de bodega para 60 toneladas de pescado, cada uno.

El buque madre los descargaba y depositaba en el mar, mediante potentes grúas a propósito.

Dos turbinas de hélice movían al gran barco; que podía hacerlo a 19 nudos; con una tripulación normal de 600 hombres, entre obreros y marineros. Un alto porcentaje de los primeros eran mujeres.

Estaba dotado, además, de pileta de natación, salones de esparcimiento, un cine con 200 asientos, varias boutiques, y un hospital de 70 camas. Una cocina gigante atendía a un comedor general, pero tenía también pequeñas cocinas-comedor individuales.

El Krásniy Sókol y sus satélites de fibra de vidrio, empleaban una combinación de métodos pesqueros que incluía: redes barrederas enormes, fuertes corrientes eléctricas para adormecer a los peces, mangas de succión, y potentes faros para atraer a la pesca de noche.

Con el concurso de todos estos artilugios específicos, ayudados además por sonares y otras técnicas mas complejas, se las arreglaba el buque-fábrica para cumplir con el papel de caballo de Atila en el mar; en lo que a pesca se refiere.

Las capturas eran procesadas en sus propias entrañas; en el vientre-factoría de la nave. Allí, en ese infierno de actividad, se limpiaba y congelaba en bloques la pesca. O bien, se la trozaba, cocía, enlataba y esterilizaba. Incluso se imprimían las latas.

También se extraía aceite de pescado; al cual se desodorizaba, en parte, para consumo humano.

Con los restos y con los ejemplares excedentes, se elaboraba harina para el ganado.

Todo se almacenaba en las bodegas, y hasta en los tanques de combustible, a medida que se vaciaban. De modo que, al finalizar una campaña, las cajas conteniendo pescado en lata, los bloques de congelado, los envases con aceite, e incluso las bolsas de harina, eran desembarcados en Odessa; o, a veces, en el vecino puerto de Iliechovsk; cuando el Krásniy Sókol tenía que entrar en reparaciones. Allí estaban los más grandes talleres navales de la Unión Soviética.

Sí, el Krásniy Sókol en poco se diferenciaba, aparentemente, de sus hermanos de la clase Vostók: Una barca menos, un helicóptero demás. Pero esto era solo la fachada; porque, si un observador ajeno a la nave hubiera podido pasar a lo que se llamaba “nivel J”, y este observador hubiese sido entendido en sistemas de inteligencia, se hubiera llevado una gran sorpresa.

El “nivel J” poco tenía que ver con las actividades económicas que se desarrollaban en el resto del barco. Se hallaba dotado de todo lo imaginable en métodos de espionaje ultrasofisticados y, para la época, ultramodernos: Un complejo sistema de detección de largo alcance. Comunicaciones vía satélite. Equipos de escucha tan sensibles que podían “tomar” la conversación sostenida entre dos personas en la cubierta de un barco, enfocándolas con una lente parabólica especial. Éstos eran de empleo tanto diurno como nocturno y daban resultado aunque el barco se hallase en la línea del horizonte. Un modelo de telemagnetófonos que podía captar, a kilómetros de distancia, las comunicaciones alámbricas que se hacían en una tierra distante. Computadoras. Cifradoras de codificación y decodificación instantáneas. Sonares ultrasensibles. Rastreadores infrarrojos, etc., etc.

Todo, atendido eficientemente por personal experto perteneciente al KGB.

Este personal vivía en un régimen distinto al de los hombres de mar y al de la gente que procesaba el pescado: Cubría turnos más cortos, organizados de otro modo, y estaba a las órdenes directas del Coronel Valérian Pávlovich Makárov. A las órdenes de quien estaba, asimismo, en realidad, el comandante de la nave: Capitán Aléxei Alexéievich Borúsco.

El Capitán Borúsco también cumplía las funciones de “Comodoro” de la flota de cuatro buques-factoría; a la que se hallaba integrado el Krásniy Sókol. Cada uno con sus “satélites” y dispersos en un área mayor.

En el momento que nos ocupa, el coronel Makárov, un hombre de unos cuarenta años, que a veces hacía alguna broma por el hecho de llamarse igual que el almirante zarista, estaba parado a espaldas de un agente técnico. Éste operaba algo que parecía un radar.

-¿Contacto?.. –preguntó.

-No, todavía –contestó el otro. –Pero no puede tardar en aparecer. Si los datos de rumbo y velocidad proporcionados por el submarino son correctos...

-Son correctos. –cortó, tajante, Makárov.

-Entonces, es cuestión de minutos, továrich coronel.

-Bien. Infórmeme inmediatamente. –dijo, y, sin esperar mas, se dirigió a otro panel, donde los sonaristas montaban guardia.

-¿Algún submarino?

-No, továrich coronel. –respondió el que parecía estar a cargo. Un tipo de pelo de zanahoria y ojos algo oblicuos. –Ningún submarino; al menos, por ahora.

-Bueno... –dijo, pensativo, el coronel Makárov, y por una angosta puerta lateral pasó a la sala de comunicaciones.

Recorrió todo, durante un rato, sin decir nada. Deteniéndose aquí y allá. Ante un operador de radio, un electricista, o a espaldas de los especialistas en cifradoras, que, advertidos de su presencia, hacían como que controlaban los equipos o realizaban algún ajuste imaginario.

El coronel Makárov sonrió divertido, sin que nadie lo notara. Les conocía todas las tretas a sus hombres. Lo mas práctico hubiera sido que, si estaban obligados a hacer sebo frente a sus aparatos, no se gastasen aparentando actividad. Pero así era la mentalidad del KGB... del GRU, del ejército, la marina, y de toda oficina pública. No solo en la Unión Soviética, sino en los Estados Unidos y en todas partes del mundo.

Bien sabía él eso; que había tenido oportunidad de ver bastante de “el resto del mundo” durante su carrera.

Su carrera... Muchas veces pensaba en como había empezado su carrera. Precisamente del modo en que no debía empezar, por así decirse.

Se podía llegar a revistar en el KGB por dos caminos normales. El primero: Si el “servicio” lo sintonizaba a uno como elemento útil, o posiblemente útil, lo más probable era que lo abordaran, o, mejor aún, que le tendieran una trampa. De modo tal que el candidato cometiera un delito con el cual lo pudiesen tener agarrado y, así, presionarlo para que ingresara. Éste era el procedimiento más común en la época heroica y se usaba todavía. El segundo, que fue poniéndose cada vez más en boga: Por herencia o recomendación.

La carrera en el Comité Estatal de Seguridad (Komitét Gosudárstvennyi Bezopásnosty), o sea, lo que nosotros conocemos por su abreviatura: KGB, era buscada y envidiada por mucha gente en toda la U.R.S.S.

El calzar en el “servicio” era la puerta de entrada a una vida distinta; y si en algo consistía la obsesión nacional, por esos años, en Rusia, era, precisamente, en escapar a la gris rutina de todos los días y hacer una vida distinta. Aunque se pagara un alto precio.

Por eso, cuando la polvareda de la toma del Palacio de Invierno entró para siempre en los libros de historia; para nunca mas salir de ellos; los padres y tíos “chekistas” comenzaron, paulatinamente, a pensar en sus propias carreras como en herencias transmisibles, por derecho, a sus hijos y sobrinos, respectivamente. Junto con los sueldos mejores, las vacaciones en Crimen, y los destinos lejanos de la U.R.S.S. (cuanto mas, mejor): Desempeñar en remotas comarcas corruptas y capitalistas, tales como París, Nueva York, Marbella, o Río, el papel de heroicas avanzadas de la futura sociedad comunista, era también un modo de luchar por la paz.

Así fue que, esta vía, la del acomodo, se convirtió en el segundo, y más vigoroso, método de ingreso en el selecto servicio.

Ninguna de las dos había sido transitada por Valérian Makárov. Él, había entrado... ¡por concurso!... Sí, por concurso... Ni él mismo lo terminaba de entender: Pruebas con la máquina de escribir, taquigrafía, matemáticas. Como para entrar a cualquier trabajo; y muchos tests: Métodos de Thorndike, Mc Call, Rorschach; además de otros de origen soviético. Todos muy en boga en aquellos tiempos.

Corría el año 1961 y la idea había sido de Khrushchev. ¡Cuándo no!...: “-todos los jóvenes deben tener acceso a esas honrosas tareas, y las realizarán los mas capaces. Los que demuestren ser los mas aptos de todos los que se presenten” -parece que había dicho el gordito campesino; granjeándose el odio de la alta burocracia de los “órganos” de seguridad. Mas, el concurso se hizo... para cubrir noventa y seis vacantes. Una cifra irrisoria; pero, algo era algo. Todo desfiló ante sus ojos en un segundo. Él, Valérian Pávlovich, había obtenido uno de los primeros puestos -nunca supo en realidad por qué

se anotó-; y así, como un estudiante que consigue su primer empleo, había saltado de la escuela recién terminada al siniestro KGB de la Plaza Lubianka.

De pronto, el coronel se acordó que ahora se llamaba Plaza Dzerzhinskaiá, en honor al creador de la “Cheka”. Pero enseguida se dijo que todos la seguirían llamando para siempre Plaza Lubianka. El nombre tenía una carga demasiado densa como para ser borrado de la memoria colectiva; aunque fuese la antigua denominación zarista.

-“Mas de veinte años ya” –pensó. Mucha agua había corrido bajo los puentes del Móska.

Pasado el tiempo, asistió a la escuela superior del organismo, en la Leningrádskiy Prospékt. Cerca de la estación “Bielorrusia” del ferrocarril...

Se sirvió té, de un samovar eléctrico; que, anacrónico, campeaba en un rincón, atornillado a una repisa. Como recordando, entre tantos aparatos impersonales, que se estaba en un barco ruso, pese a todo.

-¡Contacto, tovarich coronel!...¡Contacto! –dijo el radarista, atropellándose para entrar por la puerta angosta.

-¿Estás seguro, Metódiy?

-Totalmente: Llevan el rumbo indicado por el submarino. ¡Venga! –urgió el hombre, y haciendo una seña, desapareció de nuevo por la abertura.

El coronel Mákarov lo siguió al compartimiento contiguo, y, con fastidio, apartó a los tres técnicos que se habían reunido alrededor de la pantalla. Dos puntos titilaban intermitentemente. Estaban empleando un “radar trans-horizonte”.

Se quedó un rato mirando las señales de las dos naves. No le cabía la menor duda de que eran las que estaba esperando.

-Mantengan contacto permanente –dijo al radarista, y agregó: –Al superar nuestra posición los empezaremos a seguir a distancia.

Luego volvió al cuarto de comunicaciones.

-¡Misha! –llamó a un codificador que se levantó de un salto. –Procesen este parte y envíenlo inmediatamente a Moscú: “Contacto establecido según cálculos. Identificación positiva. Comenzamos fase B. Q 22. stop.”

-Sí, továrích coronel. Inmediatamente. –contestó presuroso el técnico mientras tomaba nota. –¿Canal?...

-Máxima prioridad. –dijo, y se volvió hacia la taza de té que había dejado en la mesita junto al samovar.

Lentamente tomó el líquido áspero y cargado.

<<El destino de la Unión Soviética toda, tal vez dependa del éxito de su misión>>, había dicho el propio Tupólev, que en persona lo había entrevistado en Puerto Madryn.

Esto, había sido hacía cuatro días; el Martes 9 de Marzo. El jefe máximo del KGB había venido especialmente desde Angola, para ponerlo en conocimiento de su nueva comisión. Con lo cual, había dejado, ostensiblemente, de lado el organigrama.

En rigor de verdad, lo referente a inteligencia en el extranjero, especialmente en esta parte del mundo, era de la competencia del “Segundo Directorio Principal”; de quien dependía directamente el coronel Makárov. Pero, evidentemente, en ciertas cosas, Tupólev prefería manejarse “de persona a persona”.

Todos eran sus subordinados; pero, parafraseando a Orwell; “algunos eran mas subordinados que otros”; y él, era elemento de total confianza.

El viaje desde Luanda, en un jet de Aeroflot, lo hizo Tupólev mezclado con una tripulación pesquera que venía a relevar a parte del personal del Krásniy Sólol. Naturalmente, iba provisto de documentación en regla. El aparato había alterado su ruta para recogerlo en África.

Desde el aeropuerto de Trelew, donde aterrizaron, el “jefe”, en realidad uno de los hombres mas poderosos del mundo comunista, había viajado en una “Kombi” hasta Madryn; junto con un grupo de marineros. En el puerto, el “buque madre factoría” los estaba esperando.

Makárov se quedó mudo cuando se enteró de lo que se trataba en realidad. Solo acertó a articular, finalmente:

-“lo haremos, camarada Tupólev... lo haremos...”

-El camarada Tupólev había regresado en el mismo avión, con los tripulantes de vacaciones.

Así comenzó el seguimiento por mar. Porque, aunque el KGB, al igual que la C.I.A., conocía, por la información filtrada desde la casa de Don Antonio, la zona general donde yacía el U538, Yuri Tupólev había decidido que se hiciese una vigilancia lo mas estrecha posible de la expedición. No confiaba del todo en el dato.

No había querido limitarse, sencillamente, a que su gente aguardase en las cercanías de la Isla de los Estados la llegada de Klaus y Enrique. Pues, consideraba posible que el capitán Flamme, por seguridad, hubiese mentido al viejo, en cuanto a la zona general del naufragio, y que éste hubiese tenido lugar en otro lado, conocido, ahora, de algún modo que no acertaba a desentrañar, solamente, por los dos aventureros. Y, aunque esto no era así, ya que el submarino descansaba efectivamente bajo las aguas de la Isla de los Estados, de cualquier manera, no hay que perder de vista que, salvo Enrique y Klaus, nadie supo del sobre que Flamme dejó en manos de Adib, y que constituía un enigma, tanto para rusos como para americanos, cómo se habían hecho los dos socios con el dato de posición preciso, que de seguro tenían; cual fuese éste. Esto, dicho con toda seguridad, ya que sin el mismo ni se hubiesen molestado en armar la expedición.

Es necesario aclarar, que los radares normales no perciben objetos situados debajo de la línea del horizonte, porque, salvo en circunstancias excepcionales, sus ondas no siguen la curvatura de la tierra. Sin embargo, más o menos alrededor de 1979, los rusos pusieron en funciones un nuevo sistema que hacía refractar estas ondas en las altas capas ionizadas de la atmósfera. Logrando de este modo, a voluntad, prolongar el alcance de aquellas debajo del horizonte.

Esto superó una seria limitación y aumentó enormemente la performance de la radiolocalización.

Las primeras noticias de la existencia de esta nueva modalidad de radar, se tuvieron cuando empezaron a ser captadas por los receptores, especialmente los de los radioaficionados, unas extrañas interferencias que semejaban el ruido de las palas de un helicóptero. En nuestro medio, y por esa razón, se bautizó al fenómeno con el nombre de “el helicóptero” o “el pájaro carpintero”. Tiempo después, la novedad tomó estado público y la incógnita quedó develada. Al poco, también los Estados Unidos poseyeron el sistema.

Éste era el radar que constituía la unidad de detección a distancia del Krásniy Sókol, y que le permitía contactar a los barcos de Klaus y Enrique mucho más allá de la línea del horizonte. No obstante, el deseo de poner en uso las lentes parabólicas, para ver si se podía escuchar alguna conversación sostenida en la goleta, hizo que Makárov dispusiese, luego, una mayor aproximación; aunque no constante, para no llamar la atención.

También es preciso puntualizar que, por ese entonces, los rusos no poseían ningún tipo de satélite que transmitiese imágenes televisivas directas de objetivos en superficie (como los K.H. 11 americanos, que funcionaron desde 1976). Su tecnología, en ese

sentido, se limitaba, en 1982, a los satélites tomadores de fotos; que luego lanzaban, en cápsulas, hacia la tierra, para ser reveladas. Obviamente, este sistema, muy útil y muy nítido para relevamientos topográficos e investigaciones de blancos fijos, resulta bastante engorroso para “seguir” un objetivo que se desplaza; como, p.e., una nave. De allí, la modalidad adoptada por el KGB para controlar la marcha de la expedición.

No está demás recordar, también, que, en 1982, la Tierra no estaba, como hoy, cubierta por una inmensa red de satélites, que todo lo ven. Así que también Estados Unidos se preocupó por tener prontamente el “radar trans-horizonte”; en cuanto supo de su existencia. Asimismo es de señalarse que, incluso en el presente, sigue siendo útil esa tecnología (al igual que el radar común), cuando se quiere detectar radialmente un objetivo sin usar un satélite; o por que no hay disponible o por que no se quiere dejar rastros de búsqueda.

La navegación en un barco grande, de motores, con rumbo fijo por una ruta preestablecida; tiene mucho de prisión. Prisión de lujo, en algunos casos, y, en otros, algo más modesta.

La cosa, sin embargo, cambia totalmente cuando se trata de navegar yendo adonde uno quiere. Especialmente cuando se hace a vela. En una nave impulsada por el viento no hay tiempo para aburrirse; sea uno capitán, esté al timón, se ocupe de la maniobra, o, incluso, siendo simple pasajero. Las variantes de situación, durante toda la jornada, son infinitas. Sutiles, a veces, y notables, otras; pero siempre las hay.

La navegación en un transatlántico es como recorrer el país por las supercarreteras, sin apartarse de ellas. Hacerlo en una goleta como La Zarzamora es, en el mar, lo que, en tierra, recorrer un país a caballo: Cruzando los campos, llegando hasta los pueblos apartados y trotando por los senderos vecinales. En La Zarzamora se vivía realmente el mar.

Enrique gozaba con esto, y, en bermudas y quemado por el sol, se daba el gusto de ayudar con las velas o de timonear, de a ratos.

Las tres toneladas de oro perdían importancia ante la vida diaria; de la que aprovechaba cada minuto. Aunque sin que le abandonara del todo una cierta inquietud. Mientras tanto, hora tras hora, bajaban hacia Tierra del Fuego.

La tarde del Sábado 13 de Marzo estaba Enrique en la proa de la goleta, viendo como ésta cortaba el agua, cuando se acercó Klaus.

-¿Buscando coral?... -le dijo, en broma, haciendo alusión a los peligrosos arrecifes que se encuentran a flor de agua en otros parajes; especialmente, tropicales.

-Querido amigo Klaus, el coral, aquí, prácticamente no existe, y, en todo caso, estaría muy abajo... No, aquí, el peligro no consiste en el coral sino en los tiburones... Los tiburones de la peor especie; la humana.

-¿Algo a la vista? -preguntó el alemán oteando a la distancia.

-No, nada... Todo está tranquilo. Pero, los presiento. Sé que están por allí. En alguna parte. Tras el horizonte, tal vez. Bajo el agua. ¿Quién sabe?... En algún lugar están; lo sé.

-Yo también creo que nos pueden vigilar y seguir; pero, igualmente, pienso que no estamos todavía seguros de que sean tan importantes -Enrique no respondió—. Claro que hemos visto varios barcos en el horizonte. -prosiguió Klaus. -Siempre los hay; y puede que alguno de ellos... Pero, no lo podemos saber aún. Solo vamos a tener algún

indicio, mas o menos seguro, de que nos siguen, cuando se pueda establecer con certeza que alguno de esos buques lleva, por largo tiempo, un curso coincidente con el nuestro.

-Al menos que lo hagan con un submarino. –lo interrumpió ahora Enrique.

-Sí, por otra parte, nuestros presuntos seguidores pertenecen a una gran potencia mundial, –prosiguió Klaus –creo que a eso se refiere cuando dice “submarino”, muy posiblemente nos van a vigilar con varias unidades. Ya sean estas de superficie o sumergibles... o de ambos tipos. En ese caso, tal vez nos sigan por turno; esperando nuestro paso. Con lo cual, va a ser muy difícil darse cuenta de que lo hacen. Eso, si es que no emplean algún otro método que desconocemos. Por lo tanto, mi querido Enrique...

-Sí, hombre, ya lo sé: Mejor no calentarse, –dijo éste, moviendo la cabeza, –ya lo sé... Fue solo una charla de tiburones. –añadió sonriendo –Es todo.

-Y de coral. –agregó Klaus, también sonriendo.

-... Y de coral. –convino Enrique –No se preocupe. Nada, hasta ahora, ha logrado hacerme perder la capacidad de disfrutar del viaje, y espero que sigamos así por un largo tiempo.

-También yo. –repuso el alemán y miró hacia el oeste. En ese instante, navegaban teniendo la Península de Valdés a 188 millas en esa dirección; porque el rumbo elegido los mantendría lejos de tierra hasta Río Grande. Allí recalarían y atracarían, para seguir, luego, la costa de la Isla Grande hasta llegar a Ushuaia.

Lo mas corto hubiese sido poner rumbo directo desde Cabo San Antonio al Estrecho de Le Maire. Pero, ambos socios convinieron en recorrer el litoral de la isla a partir de Río Grande y, fundamentalmente, en tocar puerto antes de lanzarse a doblar la Península Mitre.

Algunas toninas seguían, de a ratos, la ruta de La Zarzamora, y, a veces, grandes grupos de delfines cruzaban por su estela o jugueteaban en torno suyo.

El velamen cantaba su canto de siglos y las maderas crujían rumorosas y cargadas de secretos.

Los sonidos de un barco de madera, especialmente si es un velero, son como esos ruidos de la noche que hacen preguntarse al insomne de dónde provienen. Uno queda silencioso, como suspendido, esperando que se repita para ver de dónde es: ¿Qué lo produce?... ¿Un ladrón?... ¿Un mueble?... ¿Uno de los palos?... ¿La tablazón?... Y de nuevo el crujir fugitivo... En aquél lugar... No... en este otro.

A medida que la latitud subía, se hacía más sensible el descenso de la temperatura. Los vientos traían rachas más frías y fue necesario algo más de abrigo.

En ocasiones, Yáñez y Enrique practicaban desde la popa una especie de “trolling” sui-generis. La mayor parte de las veces inútilmente. Este último, de vez en cuando, pasaba a su propio barco; donde permanecía algún tiempo. Le gustaba atender sus negocios desde el mismo; utilizando sus propias comunicaciones. Incluso, alguna noche que otra, dormía en El Orejano; en su propio camarote. Pero, de todos modos, la mayor parte del tiempo estaba a bordo de La Zarzamora; donde se hallaba francamente a gusto.

Fue, precisamente, en una de esas escapadas a su nave, cuando tuvo un primer indicio de que eran vigilados.

Recién se había despertado, luego de una noche de sueño profundo en su propia cama, cuando “Napo” Cabezas golpeó la puerta del camarote; entrando, a continuación, sin esperar respuesta.

-¡Arriba Enrique!... –dijo, golpeando las manos. –Vení a ver, que creo que tenemos algo.

Eran las 7:00 a.m. del Lunes 15 de Marzo y estaban a los 47° S.

Los dos hombres estaban parados ante la pantalla del radar; donde unos puntos se iluminaban intermitentes.

-Estoy observando esto desde el Sábado por la noche –explicó Napo. –No quise decirte nada antes porque no tenía verdadero fundamento. Pero ahora me parece que sí... Ahora sí. –recalcó, y agregó, enseguida, señalando la pantalla: –Pienso que estos cuatro barcos llevan un curso mas o menos parecido al nuestro y nuestra misma velocidad. Por lo menos desde hace treinta y seis horas. Se alejan y se acercan. Desaparecen detrás de la línea del horizonte y vuelven a aparecer; casi siempre de noche.

Los enfoqué con los prismáticos, en las pocas ocasiones en que se dejaron ver durante el día; pero ha habido poca visibilidad hacia el este y la distancia es grande. Sin embargo, juraría que son siempre los mismos –dijo, convencido. –Algunas veces, otros barcos también parecieron llevar el mismo curso. Pero, no. Eran casualidades. Estos, en cambio, creo que nos acompañan.

Velo vos mismo: Aquí están unas anotaciones de tiempo, distancia y velocidad, que tomé. –y, así diciendo, le alcanzó a Enrique una hoja de papel, sujeta a una de esas tablas de madera con un “clip” alargado en la parte superior; especiales para apoyarse a escribir.

-Hum... podría ser. –dijo éste, despaciosamente, luego de mirar la planilla –Sí. Realmente es bastante coincidencia. Aunque, todavía es poco tiempo... Tal vez sean pesqueros. ¿Están más allá de las 200 millas?...

-No, ahora están adentro. –respondió Napo, mirando fugazmente una carta –No mas allá de las 150 millas. Nosotros estamos a 140 de Cabo Tres Puntas. Pero, –añadió –si son pesqueros no parecen estar pescando...

-Grandes pesqueros, en todo caso. –murmuró Enrique, concentrando su atención en la pantalla de radar –Buques factoría, tal vez.

-Puede ser; ya te digo: No los he podido ver bien.

-Vamos a echar un vistazo ahora. –dijo Enrique, tomándolo del brazo. De poco sirvió el vistazo. Al dirigir los anteojos en la dirección en que, según el radar, estaban las naves, la bruma oriental y el resplandor del sol naciente les impidieron toda visión. Cuando levantó la cerrazón los barcos habían desaparecido y no se los volvió a ver en todo el día.

-Quienes sean, y sea lo que sea que hagan, lo mas probable es que, ahora, también, nos estén siguiendo a nosotros por mar. Pero, con eso contábamos desde un principio.

¿Verdad?... –el alemán habló con tono pausado.

-Naturalmente. El hecho de que alguien nos siga no agrega ni quita nada al caso. Estaba previsto –dijo Enrique, mientras Yáñez asistía en silencio; y agregó—. Pero, el que lo hagan cuatro buques grandes pareciera avalar mi idea de que puede tratarse de una gran potencia.

Estaban reunidos en el salón de la goleta y bebían té caliente. Klaus lo acompañaba con el licor amarillo del botellón y los otros dos lo hacían con ginebra. Atardecía y el

tiempo era frío a esa hora. El sistema de calefacción de del velero se había descompuesto durante la tarde y aún lo estaban reparando. Enrique se había enfundado en su viejo gabán azul y el alemán llevaba puesto un astroso sweater de las Feroé, que despedía un fuerte olor a lana. Lo había comprado personalmente, hacía como quince años, en aquellas frías islas danesas del Atlántico Norte y no se decidía aún a tirarlo, aunque era un solo remiendo. Estos se tejen allá, con la lana nativa, a la que le dejan gran parte de la grasa natural. Como resultado, se obtiene una prenda tremendamente abrigada, pero algo olorosa, por cierto. Yáñez, que no parecía tener frío, se conservaba, todavía, fiel a la remera.

-Pensaba –dijo este último –si no sería conveniente que Enrique se adelantara con El Orejano. Así, los tipos verían dificultada su tarea; porque tendrían que seguirnos a los dos por separado...No sé. Digo yo...

-Sí, es una idea. –repuso Enrique –Pero si son cuatro, por lo menos, sencillamente nos seguirán a los dos y finalmente terminaremos juntándonos todos. Eso, si es que, además, no nos siguen con submarinos; en el caso de que sea gente de una gran potencia, quiero decir. –insistió otra vez con lo mismo.

-Efectivamente; –admitió Klaus –y, por otra parte, estaríamos divididos... solos... ¡No! No me gusta. Y menos ahora, que pareciera cobrar fuerza la tesis de Enrique. ¿Quién sabe, si, de todos modos, no hay algo importante, y aún valioso, en esos documentos? –concluyó.

-Eso me temo. –dijo éste, y agregó: –Sí, es mejor no darles bola y seguir como hasta ahora.

-Bueno, visto así, tienen razón. –aceptó Yáñez, mientras sacaba un paquete de cigarrillos –Francamente, reconozco que no ganaríamos gran cosa. Tal vez un poco de tiempo; si es que Enrique se adelanta con su barco y llega antes a Ushuaia. Pero no podríamos burlar a los que nos siguen.

-Bien. Continuamos así, entonces –Klaus Werder decidió por todos, mientras encendía un cigarrillo que había tomado del paquete de Yáñez.

El jueves 18 de Marzo se presentó gris y desapacible. Pero, de todos modos, eso era lo habitual en la Georgias. Así que ninguno se preocupó por lamentarse.

El día anterior el grupo de Davidoff había llegado a Puerto Leith, y la gente, contemplando las viejas instalaciones, pensó que le aguardaba un duro trabajo.

“Buen negocio habrá hecho el griego, seguramente” fue la opinión general.

Después, alguien enarboló una bandera argentina en la torre de un generador eléctrico. Allí quedó, restallando con el viento, hasta el día siguiente, en el que la bajaron.

Los ingleses habían protestado y pedido formalmente que fuese arriada.

Al amanecer del viernes 19 de Marzo, la expedición estaba muy cerca de Río Grande. Cuando el sol salió faltaban solo 48 millas y todo el mundo tenía ganas de ver tierra. El último contacto visual con ésta había sido a la altura de Mar del Plata y Enrique pensó que se la llegaba a extrañar; por más que a uno le gustase el mar.

-Estamos a la latitud de “El Páramo”. –le dijo a Klaus, que lo acompañaba en cubierta.

-Ah... Vd. se refiere a esa península delgada que cierra la parte norte de la Bahía de San Sebastián.

-Sí... sí. –sonrió Enrique –Naturalmente. Pero, aquí, en la isla, cuando se dice “El Páramo”, casi seguramente se está pensando en Julio Popper... ¿No sé, si sabe?...

-Ah, sí. Algo he oído decir; pero no mucho –Klaus trataba de penetrar el brumoso horizonte del oeste.

-Otro asunto de oro. –dijo Enrique, mirando en la misma dirección.

-Como el nuestro. –agregó el alemán, mirándolo.

-No, exactamente –Enrique movió la cabeza de un lado a otro, lentamente. –Aquel oro no estaba en un submarino sino en la arena.

-¿Son muy ricas las arenas auríferas de la isla?

-No mucho. La concentración es bastante baja y ninguno de los intentos posteriores se prolongó demasiado en el tiempo. Aunque parece ser que, a Popper, sí llegó a irle bien.

-Y, ¿cómo fue eso?

-Vea. Popper era un tipo extraño y, en su tiempo, muy resistido aquí; pero de una gran capacidad. Era rumano e ingeniero de minas, y, en base a su empuje y conocimientos, logró montar, en la isla grade, dos lavaderos de oro bastante importantes. Esto, a fines del siglo XIX.

-¡Ah, caramba!... Había oído hablar solo de uno: El de El Páramo, precisamente

-Tuvo también otro en Bahía Slogget. En la costa sur de la isla. Aunque, éste, de aquí, era el mas grande y rentable.

-¿Cómo eran de grandes?

-Bueno, entre los dos llegó a emplear más de quinientas personas.

-¡A la flauta!... –dijo Klaus –Bastante, para la época y el lugar. ¿No?

-En efecto... Y parece que el relativo éxito de la explotación se debió, tanto a sus dotes de organizador, como al hecho de haber inventado una sencilla máquina lavadora de arenas. La “Cosechadora de Oro”. A menos, ese fue el nombre con al que la registró.

-Y, ¿cómo era?

-Muy simple, pero ingeniosa. Algún día le mostraré los planos, si quiere. Yo los tengo. Quiero decir, las fotocopias.

-Ah, con mucho gusto. ¡Qué interesante!...

-Sí. Un aparato realmente bien pensado. –dijo Enrique, mirando nuevamente hacia el oeste.

-Y, ¿Qué pasó, finalmente?...

-Popper apareció muerto, el 6 de Junio de 1893, en su departamento de Buenos Aires. Creo que era en la calle Tucumán... Sí, Tucumán. Digo bien.

-¿De muerte natural?...

-Sí, de congestión pulmonar... o del corazón. No me acuerdo exactamente. Aunque, en Rumania, se llegó a sugerir que la muerte había sido dudosa. Pero... ¡¿Quién puede afirmar tal cosa?!... Vd. sabe que, cuando se trata de oro, la gente tiende a imaginar.

¿Verdad? –dijo, volviéndolo a mirar al alemán.

-Tiene razón. –admitió éste –Es uno de los mas grandes activadores de la imaginación conocidos.

-Lo que es indudable es que fue una muerte... inesperada. Diría yo. Porque Popper tenía una salud de hierro.

Una muerte que terminó no solamente con él, sino también con todos sus planes. Casi se puede decir, que, luego de su desaparición, nadie mas logró hacer “gran negocio” con el oro. Al menos, en forma sostenida.

Aquí, en El Páramo, terminadas las actividades de “Lavaderos de Oro del Sur”, que era la compañía formada por Popper, no hubo mas extracciones en escala significativa. En cuanto a Bahía Slogget: Fue explotada, a principios de este siglo, por una compañía británica, si mal no recuerdo. Ah... y, luego, por mineros independientes de origen

Yugoslavo. Pero, hasta éstos se fueron finalmente del negocio del oro. Por suerte la mayoría se quedó en la isla. Dedicándose a otras cosas, claro. Aquí, muchísimos pobladores son de ascendencia yugoslava; croatas en su inmensa mayoría. ¡Buena gente!... –agregó Enrique, pensativo.

-Sé, que Popper tenía un carácter bastante dominante –insistió Klaus –y, a veces, según se dice, utilizaba métodos... no del todo ortodoxos.

-Es cierto. Hasta acuñó moneda e hizo imprimir estampillas propias. Se le fue la mano. Le gustaba cortarse solo. Tuvo varios enfrentamientos: Con las autoridades, con los indios... en fin. –Enrique tomó a Klaus del brazo y agregó: –¿Qué le parece si vamos a desayunar?... Me muero de hambre.

-Vamos.

Cuando arribaron a Río Grande, hacía dos noches que los cuatro barcos, que llevaban la misma ruta, habían dejado de aparecer en las pantallas de radar. En cuanto a mostrarse de día, la última vez había sido el Lunes 15.

Río Grande fue un puerto activísimo en el pasado, pero ya hacía tiempo que había sido superado por Ushuaia. La causa de esto es el sedimento, que obstruye los canales, sumado a una amplitud de mareas de casi siete metros. En consecuencia, la actividad depende de la pleamar; quedando, en el ínterin, los buques grandes varados adentro.

La permanencia de la expedición, fue solo la necesaria para abastecerse de algunos elementos faltantes y de combustible para El Orejano; que estaba al límite de sus reservas.

Así fue que, el Sábado 20, ya se encontraban nuevamente rumbo a Ushuaia, costeano la Isla Grande.

De aquí en más, se podía decir que entraban en “zona de operaciones”. Menos de 80 millas faltaban para avistar el Monte Campana, que, del otro lado de Tierra del Fuego, les indicaría que se acercaban al Estrecho de Le Maire. De Río Grande a Cabo San Diego habían 108 millas náuticas, más o menos, y el Cabo San Diego era el comienzo del Estrecho de Le Maire: Allí enfrente, la Isla de los Estados, con su agreste atractivo y su secreto bien guardado por las turbulentas aguas. Pero, claro, ellos no irían directamente hacia allá, sino que, primero, tendrían que ocuparse en Ushuaia de los aspectos legales de la expedición. O, mejor dicho, tendría que ocuparse Enrique.

Menos mal que estaba éste tras esos asuntos. Se repetía, una y otra vez Klaus. Así y todo, con sus contactos inclusive, la cosa sería algo compleja... ¿Cómo hubiese sido sin él?... Directamente, no hubiese sido de ninguna manera. Así cavilaba, mientras, ante sus ojos, discurría el paisaje triste de Cabo Peñas; con la negra torre metálica del faro. El alemán pensó que parecía una torre petrolera pequeña. De pronto, notó que tenía frío y entró.

El buque transpolar A.R.A. “Bahía Paraíso”, había sido construido en los astilleros “Príncipe y Menghi”. Sobre el Riachuelo, del lado de Avellaneda; mas precisamente en la llamada “Vuelta de Badaracco”, en la desembocadura del arroyo Maciel.

Fue incorporado a la flota, a fines de 1981, como apoyo del A.R.A. “Almirante Irizar”, y el Sábado 20 de Marzo de 1982 se encontraba navegando cerca de las Georgias.

Se trataba de una nave de 128 metros de eslora, 19,50 de manga y 6 de calado. Con un desplazamiento de 9.200 toneladas y 4.000 de porte bruto. Una velocidad de crucero de 16 nudos y una máxima de 18; con una autonomía de 12.000 millas.

Su tripulación normal era de 120 hombres, con una capacidad, además, para 450 pasajeros.

Estaba dotado de dos helicópteros Sikorski “Sea King” del más moderno diseño.

La misión que cumplía era llevar a Puerto Leith un contingente de tropas especiales, los “Lagartos”. La situación en el Atlántico Sur se tornaba más densa de hora en hora.

El mismo Sábado 20 de Marzo moría en Moscú, a los 82 años, el Mariscal Vasíly Chuikóv.

Con la desaparición del que, al frente del 62º ejército, había logrado derrotar a las fuerzas de von Paulus en Stalingrado, se iba una de las últimas viejas glorias militares de la Unión Soviética.

Su velatorio del día siguiente, sería, sin lugar a dudas, un motivo de cita de toda la “Nomenklatura” comunista; y, también, un momento propicio para que los expertos pudiesen juzgar, por el juego de los símbolos establecidos, la marcha de los asuntos rusos. O, al menos, intentarlo con fortuna diversa.

La confitería “Mustapic” quedaba en el tercer piso del “Hotel Mustapic”, en Piedrabuena y De Loqui. Desde sus ventanas, la vista de Ushuaia y el canal, con el telón de fondo de las montañas del otro lado del Beagle, era sencillamente sobrecogedora. A la luz del sol de esa mañana del Lunes 22 de Marzo, las alturas de la Isla Navarino, hacia el sudeste, brillaban con tonos imposibles de describir.

Los tres hombres daban cuenta de un copioso desayuno: Café con crema, medialunas, tostadas, fiambre, queso y manteca. Además de una generosa porción de dulce de calafate.

Habían llegado a la una de la tarde del Domingo. Si esperar mas, Enrique había empezado a ver a sus contactos ese mismo día. De todos modos eran relaciones y se los podía visitar en la casa. Incluso era mejor así.

Sus movimientos fueron tan eficaces que, a la media mañana del Lunes, había conseguido salvar todas las dificultades burocráticas y se hallaba en posesión del “permiso de rastreo”. Éste, los autorizaba a operar en la zona del naufragio del U538.

EL TEMA HABÍA SIDO ENCARADO, FINALMENTE, DEL SIGUIENTE MODO:

- a) Solicitar un “permiso de rastreo” de “buque hundido de bandera desconocida” -que los facultase a operar en la zona del siniestro-, sin decir que se trataba de un submarino alemán.
- b) Mientras tanto: los abogados, en Buenos Aires, estudiarían, con más tiempo, la forma de obrar legalmente una vez localizado el U538.
- c) Producido el hallazgo del mismo -y ya con la faz legal aclarada-: Denunciar el descubrimiento “fortuito” de un sumergible, en vez del “buque de bandera desconocida”, que, pretendidamente, habían buscado, y, procediendo conforme a derecho, arreglar los términos del salvamento de la carga.

Enrique creyó prudente, además, decir que el navío desconocido tenía, según sus noticias, un cargamento de oro en las bodegas. Primero, para que se justificase el interés por la búsqueda en una zona tan inhóspita, y, segundo, para que la mentira se acercase un poco más a la verdad... Lo cual, opinaba, era siempre útil.

Un alto funcionario del gobierno del territorio, viejo amigo, al que pescó, viendo televisión, la tarde del Domingo, había hecho que las cosas marcharan rápido con la autoridad naval encargada de dar el permiso.

El prefecto se dijo que, de todos modos, prefería que hubiese un argentino trabajando en aquellas aguas; para lo que fuese. Aunque el objetivo consistiese en una chifladura de tal magnitud como ésa.

-“Rastrear un buque de bandera desconocida en un área tan amplia... Y en el culo del mundo; para colmo” –pensó para sí; no dando crédito a lo que oía. Al que, por añadidura, pensaban hallar siguiendo unas instrucciones compradas... ¡a un filipino en un boliche de Quequén!...

Además, le había dicho este inmaduro irremediable de Enrique Falkenburg, el buque se había hundido con un cargamento de oro de varias toneladas; de las cuales hablaba como si ya estuviesen en su poder. ¡Qué personaje!... Ya tenía noticias de él desde tiempo atrás: Un aventurero con mucha plata y, por lo visto, maneras extravagantes de perderla.

Bien, decidió. ¡Que hiciera de su culo un pito!... No iba a ser él quien se lo impidiera. Los gustos, en vida. ¡Qué joder!... Más, siendo amigo de Parreño; con el que solía jugar golf los Sábados a la tarde. Por otra parte, no iban a hacer nada que perjudicase al estado, más bien, al contrario: Sería bueno, se repitió, que una expedición argentina importante operase por aquellas soledades durante un tiempo -especialmente ahora, que sonaban todos esos rumores-, ya que, los cuatro muertos de frío ésos de Puerto Parry, no alcanzaban para nada, ni tenían estructura suficiente. Así que, si tiraban su plata sería cosa de ellos; y si el loquito éste había logrado embalar al alemán, bueno, en ese caso, que se jodiera el alemán... ¡Claro!... ¡Eso debía ser!.. ¡Cómo no lo había pensado!... Seguro que lo estaba currando. “Es inútil” –se dijo. “Nosotros siempre vendiendo buzones”. “¡Qué fama, che, qué fama!”. –Pensó finalmente, meneando la cabeza. Con lo cual estampó firma y sello en el “permiso de rastreo” y dio luz verde.

-Macanudo, ahora solo falta ver a la hija del capitán Flamme. –dijo Klaus, apurando el café.

-Tenemos que ir por la ruta 3 hacia el norte –explicó Enrique –y, pasando el Lago Fagnano y el Antuk, a la altura de la estancia “María Cristina”, tenemos que doblar por la ruta “h” hacia la izquierda. A unos 25 Km. nos encontraremos en los terrenos donde Erika, la hija del capitán, ha hecho levantar su casa de bosque. Por acá se la conoce como a una artista en el trabajo del peltre, y tiene fama de ser buena en lo suyo. –aclaró, mientras doblaba un mapa. Se había estado informando acerca de la chica.

-Bueno. Pague y vamos que yo no tengo cambio –le dijo Klaus a Enrique, haciéndose el vivo. Éste sacó la billetera sin chistar; rechazando con un gesto el ofrecimiento de Yáñez, que también echó mano a la suya. Tomó nota mental de la broma y se dispuso a hacerle algo parecido al alemán en cuanto pudiera.

Desde el desembarco en Río Grande se habían puesto en la tesitura de tomarse el pelo, acusándose, mutuamente, de amarretes, y haciendo, con las más diversas excusas, que el uno pagase las cuentas del otro.

La cosa divertía sobremanera a Yáñez, y, en realidad, divertía también a Klaus y a Enrique, que lo hacían, mas que nada, de puro tensos que se iban poniendo, conforme el tiempo de la acción directa se acercaba.

-¿Cuánto es, mozo?...

-Seiscientos mil pesos.

-Ahí tiene. –dijo, pagando y dejando una propina.

-Pensé que iba a salirle más caro. En general, aquí en el sur, le sacan la cabeza a uno.

-Ah, ¿por eso me hizo pagar a mí? –preguntó Enrique fingiéndose serio.

-Bueno, si hubiese sabido que le dolía tanto, traía cambio –el alemán se moría de risa.

-¡Miren quien habla!... Si Vd. más que alemán parece suizo.

-Se equivoca, joven. Soy bien del norte.

Yáñez los interrumpió.

-Lo que yo digo, y ahora hablando en serio, es que, cuanto mas al sur, mas te cobran la comida y el alojamiento. Será una cuestión de mercado, como dicen, o, tal vez, la distancia que hay, desde aquí, a la fuente de producción de la mayor parte de los artículos de consumo. No sé. Lo cierto es que todo resulta bastante caro.

En la calle montaron en un “Land Rover” blanco, que estaba estacionado frente al hotel.

Luego de llevar a Yáñez hasta el puerto, donde bajó, siguieron por Maipú. Al poco rato salían del pueblo por la ruta 3, rumbo a las montañas.

El resplandor de la lumbre llegaba a través de las ventanillas de mica de la salamandra y las piezas de peltre brillaban como si surgiese de ellas un fuego profundo filtrado por la pátina opaca.

Por otra parte, no reflejaban la luz todas del mismo modo. Las había, jarros y tazas, que al hacerlo revelaban un alma gris y dura; medidas de líquido, que parecían refulgir de a ratos con chispazos rojizos; y platos, que asociaban al gris-estaño básico un fugitivo e inefable dejo dorado.

También las formas se veían libres de mayores patrones. Quien las había creado no se había ceñido, en general, a los estereotipos comunes a esta clase de trabajos: Aquí, las clásicas producciones de inspiración medieval, alemana o francesa, se veían mezcladas en profusión con otras de evidente originalidad. Ora de diseño moderno y lineal, ora de traza compleja; hasta alucinante... onírica.

Sobre una mesa, un gran jarrón se veía totalmente cubierto por un tenue cincelado de hojas de lenga. Mas allá, en una estantería repleta de piezas, una alta jarra de cerveza presentaba toda su superficie cruzada por esos antiguos dibujos zoomorfos entrelazados, que se ven en las más viejas tallas escandinavas.

El conjunto todo, obra y entorno, formaba un “pequeño mundo”. Un pequeño mundo que, enmarcado por las paredes de troncos y piedra de sillería, podría haberse dicho... “convocante”. Sí, ese era el término justo: Hay lugares, situaciones, horas, estados de ánimo o imágenes, que parecen ponernos ante la puerta de entrada a otra realidad. Esto, se diría, cae en el ámbito de la magia o de la mística, y tal vez sea así, pero es cierto: Hay cosas en las que anida, en verdad, una magia. Sitios donde siempre se muestra a

punto de rasgarse la tela del tiempo y el espacio; y así era aquel. O, al menos, así le pareció a Enrique al Entrar.

Puede que la impresión haya sido fortificada, por el hecho de que los últimos kilómetros discurrieron por un camino algo incierto:

Al doblar a la izquierda, en el cruce de la ruta 3 con la “h”, iniciaron un recorrido que se prolongó, a buena marcha, durante unos quince minutos; hasta que la senda tornó a hacerse algo difusa.

Diez kilómetros mas adelante, aproximadamente, se adentraron, otra vez, en una comarca de colinas tupidamente boscosas. Con lengas y algunos ñires cubiertos por unos largos musgos verde-grisáceos; que colgaban como barbas fantasmagóricas agitadas por el viento. Al mismo tiempo, del cielo bajo y negro, comenzó a caer una triste e impalpable llovizna.

Las señas que tenían eran teóricamente precisas; pero, lo cierto es que, en un momento dado, se sintieron desorientados. Poco después de dejar atrás las casas de la “Estancia Ushuaia”, pasaron las alturas de la sierra Náhuin. Al pie de la misma, tres kilómetros más allá del aserradero “El Americano”, debían encontrar un camino de entrada a la izquierda. Pero el bosque continuaba tan cerrado e impenetrable, a ambos lados, como debió estarlo al comienzo de la historia.

-Tendríamos que estar ya sobre el camino que nos indicó el capitán Flamme –dijo Enrique. –Hasta ahora, sus instrucciones fueron muy exactas.

-Sigamos un poco mas, no debe faltar mucho –agregó el alemán, dándole ánimo—. Todavía tenemos muchas horas de luz por delante. –Pero, aunque esto era cierto, quinientos metros mas allá, entraron en un banco de niebla baja, que, adherida a todas las cosas, redujo la visibilidad más aún que la más negra noche.

-Klaus disminuyó sensiblemente la velocidad, de por sí moderada, que llevaban; y siguieron así, a menos que media marcha, dando cada vez mas tumbos; hasta que notaron que no había ningún camino; no obstante, continuaron..

-Creo que hemos perdido la ruta. –el tono de Enrique era preocupado.

-Intentaremos retroceder, aunque, con esta niebla... –dijo Klaus, mirando para atrás. Ésta se pegaba a los vidrios, y los limpiaparabrisas, que funcionaban desde el comienzo de la llovizna, pasaron a ser totalmente inútiles.

-¡Alto!... –exclamó Enrique, de pronto, mirando hacia un costado –Pare, Klaus. Creo que pasamos frente a una entrada; o algo así.

El alemán, que había clavado el Land Rover, dio presurosamente marcha atrás. A unos cinco metros había, efectivamente, una entrada en el bosque, hacia la izquierda, y una huella se internaba por ella. Una huella con espacio para que el jeep apenas pasara.

La visibilidad en ésta, era peor aún que en la senda por la cual venían. No se veía a más de un metro por delante de la trompa del vehículo. Además, por el suelo corría un río de agua, producto de la lluvia que estaba cayendo cada vez más fuerte.

-Supongo que llevará a alguna parte –comentó, resignado, Enrique.

-Esperemos... Esperemos que no sea una senda perdida. –agregó Klaus, y, en ese preciso momento, un largo estruendo comenzó a sentirse bajo las ruedas –¿Qué es eso? –preguntó, asombrado, el alemán.

-Una “planchada”. Buena señal –repuso Quique Falkenburg. –Eso quiere decir que no es una senda perdida.

-Y ¿qué es una planchada?

-Un camino elevado sobre un terreno húmedo. Construido con rollizos, unos junto a otros. –explicó aquél –Luego se los cubre con tierra para evitar el “efecto serrucho”.

-Pues, veo que aquí no lo han hecho.

-Sí, pero las lluvias han lavado la tierra en varias secciones. Se ve que está bastante mal tenido –aclaró Enrique, mientras el “serrucho” se sentía de a ratos. Hasta que, finalmente, el terreno se elevó un poco.

Un kilómetro mas adelante, la niebla comenzó a rasgarse y a presentarse en capas estriadas a diversas distancias del suelo. Por fin, la huella torció bruscamente hacia la derecha y desembocó en un prado, casi al pie de las montañas: Un amplio claro, por el que corría un arroyo que bajaba de la “Sierra de las Pinturas”.

En ese instante el manto de nubes altas se abrió un poco y un rayo de sol, en uno de esos fenómenos típicos de Tierra del Fuego, iluminó la escena de una manera inesperada:

Estratificaciones de niebla, que parecían sólidas, cruzaban el campo, y el arroyo resplandeció como enjoyado de esmeraldas; ya que el intenso chorro de luz dorada había dado de lleno en las verdes hierbas de sus márgenes. La tierra se mostró cubierta por flores blancas y amarillas. Un puente de madera cruzaba el agua crecida y murmurante. Del otro lado estaba la casa.

-La señorita Erika los espera en el “atelier” –dijo la mujer con cara de torta, encabezando la marcha y haciendo ademán de que la siguieran.

-No se había mostrado demasiado sorprendida cuando llamaron a la puerta. Como si fuese habitual que, a este remoto lugar Tierra del Fuego, llegasen de visita, en plena lluvia, unos desconocidos caballeros preguntando por la señorita Erika.

-La casa era de sillería no concertada y troncos. Un modo de construir poco habitual en la isla; donde, aunque parezca mentira, la edificación tradicional es de chapa corrugada, y la nueva se hace con bloques o prefabricada en tablas de lenga; en el mejor de los casos.

Un corredor central atravesaba la planta baja, a partir de un gran hall-living, y desembocaba en una puerta de doble hoja, abierta de par en par.

Al llegar a ésta, la mujer dijo, haciéndose a un lado:

-Adelante señores. Por aquí.

Fue en ese instante cuando Enrique percibió el clima del lugar, y se sintió repentinamente como si recordara la escena. Es decir, no exactamente la misma, sino una similar... en otro tiempo y en otro lugar. Pero que volvía a repetirse aquí.

Todo le sugería algo. Algo inasible; que, sin embargo, estaba allí, al borde le la conciencia. Aunque, igualmente, tras un muro infranqueable. Por mas que esforczase su mente.

Las dos mujeres se habían puesto de pie y la más alta se adelantó con la mano extendida. Era extremadamente bonita: Una chica espléndida, alta y rubia. Con tipo mas nórdico que alemán; ojos separados y algo hundidos, de un azul acero; con cejas bastante pobladas. Vestía jeans, pullover y un gran chaleco de pana negra ribeteada con bordados campesinos.

-Soy Erika... -dijo, y estrechó las manos de Klaus y Enrique, en ese orden, mientras éstos daban sus nombres con una ligera inclinación de cabeza –Mi amiga es la señorita Henderson.

-Renata Henderson –se presentó la otra. También rubia, pero bastante mas delgada, y algo mas joven, incluso. Vestía ropa de montar.

-Señores. Antes que nada. ¿Tomarían una taza de chocolate?... –la pregunta fue de Erika. Klaus pensó que aquí todavía se daba de beber al sediento, antes de preguntarle de dónde venía.

-¡Bárbaro! –dijo Enrique –¡Chocolate!...¡Qué rico!... –las dos mujeres se echaron a reír mirándolo.

-“Les ha caído bien a las dos” –Pensó el alemán, y agregó en voz alta:

-Estupendo, yo también apruebo. ¡Venga ese chocolate!

Durante quince minutos la conversación se centró en los habituales lugares comunes: El viaje, el tiempo, la lluvia y la dificultad para encontrar la entrada. Era claro que Erika pensaba que habían venido de Ushuaia para comprar peltre.

Al parecer, había resultado cierto que la joven era una artista muy conocida en el ambiente de la isla. En los últimos tiempos, su creciente fama había hecho que, incluso, gente de Ushuaia, Río Grande, y también de Punta Arenas, llegase hasta aquí para hacer algún encargo especial, o, simplemente, a ver si encontraban alguna pieza a su gusto. Por lo común, vendía su producción a través de varios negocios instalados en estas ciudades. Sin duda, no disponía de un mercado como para hacer fortuna, pero, según sus propias palabras:

-Cada vez se acercan mas personas a ver qué es lo que hago. Lo que no deja de ser una satisfacción... Al menos, espiritual. –completó, sonriendo, la frase, luego de una pausa.

Poco rato después, Renata Henderson se paró y dijo:

-Bueno, ya va siendo hora de irme. Tengo todavía bastante que hacer.

-El padre de Renata –aclaró Erika –es dueño de una estancia cercana y, como se ha retirado de los negocios, ella está ahora al frente del campo. Así que –agregó, volviéndose hacia la otra joven, –ya le queda poco tiempo para los amigos.

-No, vos sabés que no es así. –contestó Renata el velado reproche –Pero sucede que el manejo de un campo tan grande no tiene nada de sencillo. –explicó, dirigiéndose a los hombres –Mas bien, al contrario... Y no somos de los que ponen mediero y vienen dos veces por año.

-Está bien... Era una broma. No te enojés. –le dijo Erika, mientras le daba un tirón de pelo. Todos rieron. Luego intentó acompañarla hasta la puerta, pero aquella no la dejó:

-Quedate con los señores, yo soy como de la casa. Hasta siempre. –dijo, estrechando las manos de los hombres, y salió; dejando a los tres solos.

-Les mostraré lo que hago... A menos que tengan en mente algo especial. –Erika se detuvo en su camino hacia los estantes.

-Señorita, no vinimos por el peltre. –Klaus se animó con lo que Enrique estaba tratando de expresar desde hacía unos instantes. El gesto de la joven fue de extrañeza; pero, al momento, pareció comprender.

-Entonces deben ser Vds. de la policía –dijo con una nube de tristeza en los ojos –y vienen por lo de mi padre... Regresé hace poco de allá.

-No somos de la policía. –terció Enrique, y, antes de que Erika tuviese tiempo de habla, le dijo: –Lo que tenemos que contarle es sumamente curioso. Pero, afortunadamente, tenemos un medio bien seguro para que Vd. tome en serio lo que le haremos saber. –se detuvo buscando las palabras adecuadas –Dígame. –prosiguió, al poco –¿Reconocería, sin duda alguna, la letra y el estilo de su padre en una carta manuscrita en alemán?...

Por unos instantes, ella permaneció muda y tensa. Luego habló con recelo:

-El estilo y la letra de mi padre, en alemán, son inconfundibles para mí; más allá de toda duda... ¿Por qué me lo pregunta? –sin decir palabra, Klaus, que se había callado al intervenir Enrique, le tendió la carta del Capitán Flamme.

Erika daba la espalda a los dos hombres. Hacía rato que había dejado de llorar. Miraba hacia el gris exterior.

El cielo se había vuelto a cerrar del todo y la lluvia arreciaba. Klaus y Enrique, algo incómodos, permanecían callados. No habían intervenido cuando las lágrimas de la muchacha habían comenzado a correr en silencio; ni tampoco cuando, al terminar de leer, con la cara tomada entre las manos, sollozó durante un largo rato, sin ruido. Solo se notaba su llanto por un ligero espasmo, que, rítmicamente, le sacudía los hombros.

Ellos dos sabían lo inútil que era decir cualquier cosa. Especialmente cuando a uno no se le ocurre nada y se esfuerza por hablar.

Finalmente, sin darse vuelta, siempre mirando mas allá de la ventana, Erika dijo muy lentamente, en tono bajo:

-La vida es una gran trampa... Una sucesión de equívocos, de desencuentros: Una gran trama sosteniendo la nada.

Lo que realmente importa ocupa muy poco lugar... Creo que la sabiduría consiste en reconocerlo... A tiempo. –luego de una pausa, continuó: –Todos nosotros, los tontos, reparamos en las cosas cuando ya pasó su momento: La flor cuando ya no es, el día cuando ha muerto... Hacemos el culto de la semilla, del mañana, de la promesa. Vivimos “ojalando”. Es decir, no vivimos. No tenemos tiempo para esa flor... ahora. Nos quedamos con la “idea de la flor”.

Ahora yo me he quedado con la idea de mi padre. Pero, cuando vivía, fuimos los dos lo bastante estúpidos como para no darnos cuenta de que nuestro encuentro en este mundo era único y singular, y que no debíamos malgastarlo... Malgastarlo, sí.

Erika se dio vuelta y enfrentó a los dos silenciosos aventureros.

-La vida de papá fue una sucesión de derrotas. Pero él fue siempre tan orgulloso conmigo, que prefirió, prácticamente, echarme de su lado, antes que tener que mostrarse en su miseria. De ayuda mía... ¡Ni hablar!... ¡Por Dios!... Aunque yo también debo haber tenido la culpa. Tal vez si hubiese sido mas flexible –su voz se quebró..

-No se mortifique ahora –dijo Enrique. –Las cosas son como son, señorita. De nada vale. No se pueden cambiar.

Haciendo un visible esfuerzo, Erika se impuso retornar a la realidad presente.

-Bien. Veamos, caballeros. La carta de papá, si bien es auténtica, lo sé, me plantea mas interrogantes que los que me aclara. Ante todo: Conozco sus nombres y la carta lo nombra a usted, señor, –dijo mirando a Klaus –a quien, por otra parte, está dirigida. Pero... ¿Quiénes son Vds., en realidad?... ¿Qué papel desempeñan en esta historia que entiendo a medias?... O, menos que a medias. Les escucho.

El coronel Valérian Makárov no las tenía todas consigo. Si algo lo sacaba realmente de las casillas, era la inacción obligatoria a la que se veía forzado ahora.

Los dos malditos barquichuelos, como los llamaba, no solamente habían pasado de largo por la Isla de los Estados, sino que, ahora, se habían metido donde él no los podía

vigilar, al menos directamente; ya que no quería mostrarse con el Krásniy Sólkol por el puerto de Ushuaia.

Por supuesto que había todo otro tipo de vigilancia funcionando perfectamente. Tenía gente destacada en Ushuaia, entre otras cosas. Pero, en realidad, no se trataba del hecho en sí, de saber dónde estaban en ese momento los barquitos. Lo que realmente lo tenía volado era la posibilidad de que se diese lo que Tupólev había temido desde un principio: Que el capitán Flamme hubiese mentido, en cuanto a la posición del submarino, en su conversación con Don Antonio.

Eso era la clave. Pues, si había mentido, podía estar en cualquier parte: En el Canal de Moat, en las islas al sur del Beagle, o en donde cuernos fuese. Y una cosa era esperar la oportunidad en aguas internacionales; por ejemplo, en un lugar aguas afuera de la costa patagónica o fueguina, aguardando a que los dos tipos esos hiciesen el trabajo para él, y muy otra si, por desgracia, el U538 dormía su sueño entre las islas, muy dentro de aguas argentinas o chilenas; con tierras insulares cercanas.

En una circunstancia así, la vigilancia se tornaría mucho más difícil, porque el problema jurídico se complicaba:

El famoso límite de las 200 millas marinas a partir de la costa, no marcaba el comienzo de las aguas territoriales, sino el de las “aguas de explotación exclusiva” del estado Ribereño. O sea que la navegación allí era totalmente libre. Lo que permitía acercarse hasta las 12 millas de la costa sin que el país costero pudiese protestar. Mas adentro, sí son aguas territoriales.

En cambio, la situación dentro de una zona llena de islas varía totalmente: El caso es aquí, que casi todas éstas, del extremo sur de América, tienen alguna otra a menos de 24 millas, o poco más o menos. De modo tal que las 12 millas a partir de una, se superponen con las 12 millas a partir de la isla vecina; tornando, a todo el océano que las baña interiormente, “agua territorial”. No es necesario explicar aquí, por supuesto, que la Isla de los Estados queda afuera de esta descripción, ya que se encuentra prácticamente aislada, hacia el este, cual una prolongación de Península Mitre del otro lado del Le Maire.

Si el capitán Flamme había mentido, por seguridad, a Don Antonio, y si al maldito submarino -se repetía el coronel Makárov por centésima vez- se le había ocurrido hundirse entremedio de las islas, la cosa iba a ser como para arrancarse los pelos uno a uno.

Iba a tener, entonces, que quedarse rondando, vaya a saberse cuán lejos del lugar de los hechos, y, cuando diera el golpe de mano, este sería asestado a una distancia inconveniente del barco-base.

Además, estaba ese otro asunto que sonaba cada vez mas fuerte, pensó, y del que había recibido un reporte desde Moscú esa misma mañana del 22 de Mayo, confirmando lo que ya barruntaba: El KGB tenía noticias concretas, vaya a saberse de dónde, en el sentido de que la Argentina había puesto en marcha una acción “de alcances inciertos”. El incidente de las Georgias no era tan estúpido como parecía en primera instancia y, para la operación que tenía entre manos, nada sería peor que una agitación militar en el área.

Lo más terrible de todo era que lo único que podía hacer al respecto era tomar té, o fumar... y fumaba. Un cigarrillo tras otro. Americanos o argentinos. Ni siquiera pensaba en fumar rusos. Esos cigarrillos de mierda hechos en la U.R.S.S., se dijo, traían tan poco tabaco que, al ritmo que llevaba en la última semana, hubiera tenido que consumir cinco atados por día para estar satisfecho.

Ahora tenía la garganta como un rallador y tomaba té para aliviarse. No se permitía a sí mismo, durante el día, tomar bebidas alcohólicas, y la botella de vodka dormiría en su

armario hasta el atardecer. Momento en el que se empinaba siempre dos vasos de cincuenta gramos. Como los que se usaban en los lugares de Rusia donde se vendía licor, e incluso en las propias casas.

Para ser ruso era realmente parco con las bebidas espirituosa, y así se lo hacían notar, a veces, sus amigos, entre bromas. Pero Valérián Makárov lo prefería de ese modo; especialmente cuando estaba en alguna misión. Lo que ocurría casi todo el tiempo, por cierto.

Ahora tenía la confirmación de que, tanto La Zarzamora como El Orejano, estaban en Ushuaia desde el Domingo, y de que los dos insufribles ésos habían ido hacia el interior de la isla. Seguramente a visitar a la hija del capitán Flamme -ya había averiguado todo acerca de ella-.

Aunque eso ahora no importaba mucho, porque ya no interesaba si la joven sabía algo del naufragio o no: Desde el momento en que se supo que Werder y Falkenburg organizaban una expedición y que reforzaban el equipo para aguas frías, se tuvo la certeza de que la localización del pecio había salido de la esfera secreta del capitán Flamme. Esto, unido al cruento asesinato del mismo, perpetrado por Tumánovich y su comparsa de ineptos, vedaba al KGB el participar de ninguna carrera más, para llegar primero a poner las manos sobre el objetivo. Más aún, cuando “el Enrique ése”, aparentemente, había hecho todo legalmente y contaba con el apoyo y la anuencia de las autoridades argentinas; además de una influencia familiar tremenda.

-“¿Qué les habrá contado?...” –se preguntó. –“¿Les habrá hablado solo del oro a los de la prefectura?... ¡Vaya a saberse!...” –De eso no había podido obtener dato alguno. A veces faltaban contactos en los niveles mas banales, y grandes huecos de información, realmente fácil de obtener, campeaban donde mas necesaria era.

Ah, Tumánovich; el viejo imbécil ese, que jugaba al capomafia y copiaba los métodos de las novelas de espionaje que leía. Si él le pudiera poner las manos encima... Aunque también tenía la culpa la clásica tacañería del KGB...

Estaban en Ushuaia... Solo esperar. Esperar a ver si seguían, si volvían... o qué era lo que hacían finalmente; y rogar al cielo -aunque fuese un buen ateo-, para que el lugar del naufragio estuviese donde Kurt Flamme le había dicho a Anton Hartmann. O, al menos, en algún sitio que pudiese tener a tiro de piedra desde el Krásniy Sólol.

-“Malditos miserables.” –pensó furioso, y enseguida se dijo que ahí también tenía la culpa el propio Tupólev, en forma personal: Si hubiese ordenado, expresamente, duplicar... o quintuplicar la oferta que pudiera haber hecho el alemán... Total, ¿Qué importancia podía tener eso para el tesoro de la Unión Soviética?... Pero, no... Lo autorizaron a Tumánovich, tal vez un poco a la ligera, a “igualar la oferta que pudieran hacerle”, y el viejo inútil lo tomó al pie de la letra. Posiblemente quiso demostrar, que él era capaz de obtener, a precio módico, el dato mas buscado por Rusia (*) en los tiempos modernos... Y ahora no tenían nada. Además, estaban por verse los resultados finales de todo este embrollo, al que día a día se le sumaba otra complicación. Ya, de movilización solamente, llevaban gastados varios millones de dólares. Más que todo lo que hubiese podido pedir el capitán Flamme.

Tal vez el alemán no hubiese hablado de todos modos; pero se podía haber intentado. O, en todo caso, se lo podía haber “levantado” para interrogarlo tranquilamente en otro lugar. Incluso por medios más científicos.

Con paso de oso recorrió, de arriba abajo, su camarote, por media hora más. Puteando

(*) En el lenguaje cotidiano, un buen ruso de la época, usaba indistintamente los nombres propios “Rusia” o “Unión Soviética” para designar a su país.

por lo bajo y maldiciendo a todo el mundo; sin saber qué hacer. Hasta que, como recordando algo, se detuvo. Luego, tocándose la mejilla sin afeitarse y relajándose un poco, se dirigió a un intercomunicador; donde vaciló por un momento. Finalmente pulsó un botón.

-¡Que venga la camarada Nádía Vasiliévich! –ordenó rápidamente.

-¡Enseguida, camarada coronel!...

Eran las cinco de la tarde y el Krásniy Sókol pescaba con su flotilla a los 55° S. 58° W. Al este de la Isla de los Estados y al sur del Banco Burdwood. Ese mismo día los “lagartos” desembarcaron en la Georgias.

La explicación, en su mayor parte, había estado a cargo de Klaus y, durante el transcurso de la misma, Erika había permanecido impasible; interrumpiéndolo solo en contadas ocasiones.

Mucho de lo que se le decía era, desde bastante tiempo atrás, conocido por ella. Sabía la historia de su padre y lo del submarino se lo había contado éste, a los dieciocho años, con el encargo de no repetirlo bajo ninguna circunstancia.

Esto no dejó de sorprender a los socios, que, inmediatamente, pensaron, inquietos, en el peligro que podían estar corriendo: En efecto; si la joven, ante el asesinato de su padre, se hubiese sentido liberada de su compromiso de secreto y hubiese informado de todo a la policía, para tratar de aportar pistas, cualquier cosa referente al submarino y a su área de hundimiento estaría comprometida y en conocimiento de las autoridades.

La facilidad con la que el prefecto les concedió el permiso de rastreo, podría ser solo con la intención de darles soga para que se ahorcasen. De ocurrir esto, terminarían cargando con la muerte de Kurt Flamme... y vaya a demostrarse lo contrario; con carta y todo.

Pero la incertidumbre duró solo un instante: La hija del capitán había permanecido, pese a las circunstancias, fiel a la promesa hecha a su padre. Evidentemente, el antiguo oficial submarinista sabía lo que hacía cuando les mandó a verla.

Naturalmente que el relato de los dos aventureros le aportó, a Erika, precisión en muchos puntos; pero el esquema general, como puede verse, no era novedad para ésta. Solo extremó su atención en la inserción de Klaus y Enrique en todo el asunto:

Escuchó, con cuidado, como Werder supo de la flota submarina que transportaba oro, allá en Alemania; como se perdió el rastro de la misma y como, fortuitamente, lo recuperó al hablar con Don Antonio.

-Herr Hartmann ayudó a papá en todo lo que pudo. Pero Vd. ya sabe como era papá...

-Sí –asintió el alemán. –Lo sé. –y prosiguió, refiriendo sistemáticamente su asociación con Enrique. Aquí, sin dar demasiados detalles y con una actitud embarazosa que hizo sonreír a éste.

El tema de los autores del asesinato fue abordado por Klaus al final. Expuso todas las teorías que habían barajado con Enrique en tal sentido.

Al igual que con Don Antonio, resultó claro que la joven no abrigaba sospechas para con ninguno de los dos. No había razón. Además, en ese aspecto, la carta, indudablemente auténtica, lo aclaraba todo.

Erika, como había ocurrido con Enrique desde un principio, enseguida se inclinó por pensar que, detrás de todo, podía haber una gran potencia. En cuyo caso, naturalmente,

pasaban a tener, también a su criterio, mas importancia los papeles que el oro. Este razonamiento, en realidad, se iba afirmando cada vez más en todos.

Cuando Klaus terminó el relato, dijo:

-Bien, señorita, eso es todo. Ahora, –prosiguió luego de una corta pausa –nosotros hemos venido aquí para hacer efectivo, con usted, el trato pactado con su padre. Como en pocas horas partimos hacia la Isla de Los Estados, no sabemos el tiempo que este asunto nos demandará y, además, como se dará cuenta, los resultados son dudosos; al igual que en toda empresa de este tipo: hemos preferido cumplir antes con la entrega de los U\$S 180.000.- que le corresponden; luego de descontada la parte de Adib.

-Señor –lo interrumpió Erika, –le voy a pedir que me deje hablar a mí, ahora. Pero le ruego que, mientras lo haga, no me interrumpa. No lo tome a mal, –agregó, sonriendo, al ver la cara de sorpresa de los dos hombres –pero, como sé que van a estar tentados de pararme y convencerme de lo contrario, mientras esté diciéndoles lo que voy a decir, les aclaro, de entrada, que no lo hagan... ¿Me expliqué con claridad?...

-¿...?

-Bien, escuchen: No tengo la costumbre de fingir cuando no es necesario. Como ahora, por ejemplo.

No voy a ser yo, por lo tanto, quien haga un berrinche y diga que voy a rechazar ciento ochenta mil dólares... U\$S 180.000.- que mi padre ganó con su vida y que, por otra parte, me ha legado expresamente. Eso está claro, creo.

Pero también quede claro que, si acepto, es con la condición de cumplir totalmente con lo pactado por mi padre con Vd.: Él debía acompañarlo... ¡Voy a ir en su lugar!... Por más precisos que sean los mapas y las indicaciones de papá, siempre va a ser útil la presencia de alguien que, como yo, conoce la historia de memoria. ¡No me interrumpa!... –dijo, al ver que Enrique quería hablar. Éste desistió resignado y algo corrido. –Además. –agregó, y aquí hizo una pausa: –He estado en el lugar.

Los dos hombres la miraron interesados.

-Sí, no se asombren –prosiguió Erika. –Hace ya ocho años que vivo en Tierra del Fuego y tuve oportunidad de ir a la Isla de los Estados con gente amiga... A la que, por supuesto, no conté nada de la historia del U538. –añadió. –Estuve en Bahía Vancouver y he recorrido , uno por uno, los accidentes geográficos citados por papá; con el que tuve, luego, en Ballester, ocasión de cotejar observaciones. O sea, que, antes de que digan que no, señores, quede bien claro: Acepto los U\$S 180.000.-, pero soy parte de la expedición; tal como él lo hubiera sido: Esto es condición “sine qua non”. He navegado muchas veces y ya se habrán dado cuenta de que no soy del tipo “mujer desprotegida”... ¡He dicho!...

-Pero, señorita, la...

-¡La nada, amigo!... ¿no se ha dado cuenta todavía?... ¡Es inútil que insista!.. –cortó Erika Flamme a Klaus. –Ahora, si va a empezar a hablar de los peligros y del frío, puede irse, con su plata, por donde vino. –y, al ver la cara de estúpidos que ponían Enrique y el alemán, exclamó divertida: –¡Bueno!... ¡No se queden como si hubiesen visto un fantasma!... Tengo un muy buen whisky de malta. –agregó, y se levantó yendo hacia un armario.

-Ah... –dijo Klaus, con algo más de ánimo. –¿De malta?... –casi no había podido emitir sonido durante la perorata de la hija del capitán.

-¡Maldita marimacho de mierda! –decía Enrique, por lo bajo, tirado en su cama—. ¡Seguro que esta walkiria pelotuda anda en algo raro con la amazona esa!...

Klaus, que ocupaba otra de las camas del cuarto, se sacudía de risa.

-¡Qué mente proclive a lo extravagante, mi querido Enrique!... ¿Cómo se le ocurre pensar tal cosa? –el alemán le daba manija

-Que, cómo se me ocurre...: <<No soy del tipo “mujer desprotegida”>>. –recitó Enrique, imitando la voz medio ronquita de Erika. –<<¿No se ha dado cuenta todavía?>>. –remedó otra vez... –Y, ahí no mas, nos cagó a pedos a los dos. ¡No, a esta mina le faltan solo las pelotas!.. y, no sé, eh. –dijo, sacudiendo el dedo hacia Klaus.— Usted, que habla de poligamia, ¿por qué no vive con tres de éstas, eh?..

El alemán no podía contestarle porque la risa lo hacía llorar. Se tiraba de la corta barba.

-Y, para colmo, nosotros, como dos boludos, –Enrique siguió despotricando –nos quedamos ahí, asintiendo a todo, en definitiva. Aceptando que viniese a jodernos la existencia; e, incluso, que traiga a su amiga como acompañante: <<No estaría bien que fuese sola>> –volvió a imitar el tono de Erika. –¡Qué recato, che!.. ¡victoriano, casi!... ¡No señor!... yo no soy partidario de llevar mujeres en expediciones problemáticas. Uno, al final, siempre tiene que cuidar que no metan la pata. Por más que digan que van a ser útiles, acaban haciendo perder el tiempo. Eso, cuando no termina habiendo quilombo.

-Pero, Erika, al menos, parece bastarse sola –agregó Klaus, cuando pudo hablar; –y, siendo así, su conocimiento del lugar puede sernos especialmente útil.

-Especialmente útil, para una operación de buceo, es únicamente el que ha buceado en el lugar y ha localizado y visto el pecio. Que haya paseado por la Isla de los Estados filmando una película, no sirve absolutamente de nada... ¡De nada! –su posición era terminante.

-Pero, al menos, no me va a negar que las dos son muy buenas de ver. Lo que yo diría: Dos espléndidas mujeres. ¿No es cierto?

-¡Ah, bueno!.. ¡yendo de joda!.. –replicó Enrique, haciendo un gesto elocuente con su cara. –Si vamos de joda, métale no mas; podemos llevar cuatro si quiere; yo no tengo problemas.

-No hablo de “joda”, exactamente, sino de un ambiente... amable –señaló el alemán. No veo por que no podamos unir lo útil a lo agradable, Heinz. Por mi parte, –agregó— no estoy convencido de que la presencia de mujeres en una expedición sea siempre una carga. Creo que, fundamentalmente, depende de las mujeres: Las he visto en mi vida, especialmente en los últimos tiempos, bastante emprendedoras y arriesgadas, por cierto. Como parecen ser estas dos jóvenes.

¡Ah!, y esto, en otro orden de cosas, no invalida mi teoría poligámica –bromeó el alemán: –La mujer, en una familia poligámica, debe ser muy eficiente.

-¡Bah! –gruñó Enrique, escéptico. –Pero, aunque estas dos sirvan para algo, ¿Vd. se olvida de que existe una amenaza, aún desconocida, que se cierne sobre todo este asunto? No, ésta no es una tarea común; no es un desguace o un rescate normal.

Ya hemos visto lo que le pasó al capitán Flamme y creo que eso no deja lugar a dudas: Quien, además de nosotros, está detrás del U538, no anda con delicadezas. Entonces veremos qué tal son estas chicas si se arma en serio.

-Sí... es cierto –dijo Klaus. –En ese aspecto admito que tiene razón. Pero Erika nos puso entre la espada y la pared. Lo que tendríamos que haber hecho es decirle que no, en firme –reflexionó, –y que, si no tomaba entonces los U\$S 180.000.-, peor para ella. Mas, como Vd. dice, nos quedamos parados como unos boludos y aceptamos todo.

Tenemos inhibiciones decimonónicas y es ahí donde las mujeres aprovechan... Por otra parte; ahora Vd. putea a lo loco, pero, en el momento, tampoco dijo nada.

-Y ¿qué iba a decir?.. No dejó alternativa intermedia. –replicó Enrique –O blanco o negro ¡Nos madrugó!...

-¡Por eso!.. –convino Klaus. –No , si no lo estoy acusando. Pero está claro que funcionaron para los dos los mismos mecanismos. Bueno –concluyó, –al fin de cuentas, ¡ya está hecho!... Si les ocurre algo, ¡allá ellas!... Pasémosla lo mejor posible... y, en otro aspecto de la cosa, –dijo, poniendo cara de sátiro –he estado observando que, pese a su enojo, no dejó en ningún momento de atender a las curvas de la Srta. Flamme...¿O me he engañado?...

Enrique movió la cabeza como se hace ante quien no tiene remedio y, finalmente, sonrió.

-No se ha engañado –dijo, mas animado –...en ese “otro aspecto de la cosa” –y terminaron riéndose los dos juntos ahora.

Así siguieron charlando durante un largo rato. Hasta que, finalmente, se durmieron en el cuarto de huéspedes de Erika, al otro lado del atelier.

El resplandor del fuego iluminaba tenuemente la habitación a través de las ventanillas de mica de la salamandra y el viento bajaba aullando desde la Sierra de las Pinturas.

Erika y Renata se habían tomado todo el Martes para hacer sus preparativos. Esta última, en especial, tenía mucho que arreglar antes de poder partir tranquila. Debía dejar todo organizado en la estancia, si quería alejarse un tiempo para satisfacer el repentino pedido de su amiga. La situación le había creado, obviamente, algunos inconvenientes; pero ninguno de ellos resultaba insoluble y en ningún momento pensó siquiera en negarse a acompañarla. Erika la había ido a ver ni bien terminó de hablar con los dos hombres y la había puesto al corriente de todo.

Esta demora impacientó, aún más, a Enrique, que originariamente había hecho planes para regresar a Ushuaia el Martes 23 por la mañana.

Klaus, con muy buen criterio, optó por llevárselo a pescar por los alrededores para distraerlo un poco: Nada mejor que una buena pesca para relajar la tensión.

La comarca era de una belleza poco común y el tiempo otoñal se presentaba calmo y, ahora, sin viento. El encanto de la región se fue imponiendo, poco a poco, en el espíritu de Enrique, abstrayéndolo.

Ambos caminaban sin hablar, cargando sus cañas y mochilas por el terreno irregular. Éste se mostraba quebrado y lleno de cursos de agua semiocultos y pequeñas lagunas. La solemne grandeza del lugar no movía a una conversación trivial.

El bosque silente dotaba de una luz vegetal a todas las cosas, grandes o chicas, y Enrique experimentó nuevamente la sensación de estar entrando en otro plano.

Las pisadas sonaban apagadas en la verde penumbra, y los extraños líquenes, que largos y deshilachados colgaban ahora inmóviles de algunos árboles, se veían mas espectrales que de costumbre. Como si éstos fuesen velludos gigantes petrificados en un tiempo muy remoto.

La búsqueda, ya bastante prolongada, en pos de un punto adecuado para probar suerte con las moscas, paso insensiblemente a ser un asunto trivial: Una fuerza que parecía venir del bosque mismo los impulsaba a seguir internándose en él. Gozaban intensamente con la agotadora caminata. Como si una atracción magnética irresistible les impidiese detenerse y los empujara permanentemente un poco más allá. Como si fuese imposible dejar de llegar a “ese” lugar que estaba siempre “un poco más allá”... Así siguieron por una hora y hubieran seguido más aún, si una extensión de agua no los hubiese detenido.

Los dos, extenuados, miraron el pantano y respiraron tragando el aire a bocanadas; dándose cuenta recién de lo cansados que estaban.

Finalmente, Klaus dijo, entrecortado:

-¡Un dique de castores!... –y señaló con la mano el amontonamiento de ramas y troncos que, hacia el norte, mantenía las aguas detenidas.

Les llevó un rato largo contornear la laguna de los castores por su margen oriental, para dirigirse al punto donde el chorrillo entraba en el embalse. Pero, ese trayecto, roto ahora el encanto, lo hicieron despacio y charlando; aunque no muy fuerte.

El gran espíritu del bosque se había retirado de nuevo a su cueva y había liberado de su magia a los dos hombres; que ya no corrían tras de nada. Finalmente, en el lugar donde las aguas que bajaban de la sierra perdían su fuerza, en la propia cabecera del lago, descargaron de sus mochilas los equipos de pesca y comenzaron a preparar todo.

Unas grandes piedras parecían prometedoras. Entre ellas se habían formado unos pozos hondos, donde podía estar la trucha en espera de algún insecto que rompiera la superficie. Provistos de una buena reserva de moscas, Klaus y Enrique se dispusieron a trabajar a fondo el lugar.

Tres truchas grandes y un beatífico agotamiento fue el resultado de la pesca del día.

Se las habían arreglado con unas pocas provisiones: Galleta, queso fundido, salchichas frías, latas de cerveza; y eran las cinco de la tarde pasadas, cuando, fusilados y con un hambre de lobos, regresaron de la incursión.

Las mujeres, para entonces, tenían todas sus cosas listas, y Enrique debió admitir que se habían portado eficientemente. Pero ya no valía la pena salir a esa hora para Ushuaia. No convenía que los agarrase la noche al cruzar las montañas. Además, estaban las truchas; que debían ser comidas... y el cansancio. Así que optaron por lo más sensato: Cenar en compañía de Erika y Renata, irse a dormir y partir con el alba.

Las truchas estaban en su punto. Aderezadas, además, con una salsa espesa de crema de leche y perejil y espolvoreadas con almendras molidas, resultaban realmente excelentes.

Ellos, los hombres, habían esperado hacerlas en un pozo de brasas, tapadas con hojas verdes y tierra, tipo “curanto”. Pero la anfitriona insistió en que la mujer de la cara de torta, que, además de hacer de mucama, cocinaba, había sido bien entrenada para preparar una trucha de primera. Así que, la agreste pesca tuvo un final más que civilizado y, en fin, del agrado de todos. Pues, hay que admitir que, a muchos entusiastas de la vida primitiva, les gusta, cuando están cansados de tanto aire libre, variar un poco de estilo: Bañarse con abundante agua caliente, tomar bebidas destiladas y comer manjares complicados, nada macrobióticos, acompañados por el vino adecuado. Además de ingerir respetables cantidades de café... y fumar, por supuesto; que, por aquellos años, es oportuno señalar, no era tan mal visto como ahora ni tan perseguido.

Eso fue, precisamente, lo que, esa noche del 23 de Marzo de 1982, hicieron todos en la casa de los bosques a las ocho de la noche. Manteniendo a raya, de paso, a los fantasmas de la floresta, con el brillo de la platería importada y el peltre propio, el suave resplandor que la luz de las velas arrancaba a la porcelana de Sajonia y el musical tintineo del cristal tallado.

Sabían vivir las dos chicas. Se dijo Klaus, mientras asociaba al vino blanco salteño los sabores del pescado. Y, luego, volvió a repetírselo, cuando las cerezas flambée trajeron, por un momento, a sus caras, un resplandor del infierno.

-La trucha de la zona tiene un gusto especial. –explicaba Erika, con aire de conocedora. –Posiblemente sea por el agua, que debe tener una calidad mineral muy...

de aquí, o por la turba... o por lo que comen. No sé; lo cierto es que he probado trucha en varios lugares y nunca me ha resultado como ésta. Incluyendo Europa y Canadá, donde se supone que uno debe encontrarse con las mejores truchas del mundo.

-Aquí, las truchas y los salmones los trajo John Goodall en el año 35. –Terció Renata Henderson, con tono de maestra normal. –Pero no crean que los chorrillos de la isla estaban desiertos antes. Ya había peces... Hay otros peces nativos. –añadió mientras alcanzaba una taza de café a Enrique. En tanto, éste, disimuladamente, miraba de reojo el escote en “v” del sweater; que ella llevaba esa noche directamente sobre la piel. El aroma de la joven lo turbó.

-Claro –asintió Erika, –pero había solo peces mas chicos, y no esos tremendos matungos que salen hoy en día.

La charla siguió en un tono trivial y ligero; incluso cuando derivó al asunto del submarino y el oro; como no podía ser de otro modo.

Se habló del tema como de una aventura que un grupo de jóvenes mochileros estuviese a punto de emprender; y, pese a que ninguno ignoraba los peligros reales que rodeaban a la operación, éstos no afloraron esa noche. Evidentemente, la velada placentera no solo servía para aventar a los espectros del bosque.

Las once de la noche, los tomó sentados ante el fuego abierto del hogar de piedras grises del comedor. Éste, crepitaba, y sus llamas danzaban en los rostros de los cuatro, que, en semicírculo, lo miraban, ahora, callados.

El cansancio ya se había hecho presente, especialmente en los dos hombres; como era de esperarse.

Enrique, entre sueños ya, había fijado la vista en el pelo de Renata Henderson. –“Qué extraña coloración tiene.” –se dijo—. Era rubia, como Erika, pero con un tono totalmente distinto. Su rubio -natural, por supuesto- era casi blanco; con algunas estrías mas oscuras, como de un gris con reflejos verdosos; y sus ojos, intensamente grises.

Erika era una nórdica típica, actual; mientras que Renata parecía extraída de una vieja leyenda de la época del Rey Arturo. No se hubiese sorprendido si ésta le hubiese dicho que vivía en una alta torre redonda; como ésas que aún quedan en Irlanda. Y fantaseó con que una sangre muy antigua corría tras ese rostro de otro tiempo.

Miró a Klaus, que sostenía la pipa entre los labios, y luego a Erika; que seguía perdida en el fuego.

-“Extraña vida la de estas dos mujeres aquí aisladas” –pensó al rato. “¿Irán seguido por Buenos Aires?..” –y casi estuvo a punto de preguntarles... Pero no dijo una palabra.

Nada, en este mundo, hay más imprevisible que el clima del archipiélago fueguino; en especial en la zona sur del mismo. Es decir, la que tiene como eje la Cordillera de Los Andes; que aquí se desplaza de occidente a oriente. Esta zona sur, influida por las montañas, está, en general, poblada por bosque de lenga al oeste y de cohigüe al este, con densa selva de ñire sobre la costa atlántica oriental.

Asimismo, es mucho mas húmeda que la norteña, la cual tiene un aspecto patagónico y pelado; con precipitaciones en escala sensiblemente menor.

Aquí, en los montes de la isla grande, la variación climática puede hacer que el sol brille y llueva, alternativamente, varias veces en el día, y el arco iris llega a ser, en ciertas épocas, un fenómeno casi cotidiano.

Para decirlo de un modo más o menos sistemático: La primavera trae consigo los vientos, que se prolongan hasta Diciembre. En Enero suele caer abundante agua. Febrero es quizá el mejor mes; muy estable y con buena temperatura, generalmente fresca; pero que puede elevarse hasta los treinta grados, aunque en muy contadas

ocasiones; lo normal son los 20°/25° C. El otoño es, tal vez, la estación mas linda de ver: Aceptablemente serena y, con los bosques de lenga, rojos, en su vestido de despedida. Finalmente, el invierno, mas sereno aún y con nevadas abundantes; especialmente en las florestas del norte de las montañas.

Pero, esto, es, en sí, un esquema que nunca se da de una manera precisa; ya que lo imprevisible reina en la isla, en cuanto a clima; y así como, en pleno Febrero, una buena racha de tiempo soleado y tibio puede ser cortada por una sorpresiva lluvia, el invierno puede, también, deleitar con días espléndidos y nada rigurosos; aunque cortos.

Al mejor estilo del norte de Europa, el verano tiene luz desde las 2:00 a.m. hasta las 11:20 p.m. Mientras que en invierno recién hay luz desde las 9:00 a.m. hasta las 4:00 p.m.

En este aspecto, el día de la partida desde la casa de Erika fue típicamente fueguino. Pues, entre las ocho y las once, salió el sol tres veces y llovió dos.

Ya a las 8:00 a.m. habían salido para Ushuaia. La primera parte del camino de regreso resultó ahora bastante pesada y la hicieron con la doble tracción todo el tiempo. Al entrar en la ruta 3 no fue mas necesaria; pero esos iniciales 25/30 Km. los demoraron sensiblemente. En consecuencia, recién a las once de la mañana alcanzaron la cabecera del lago Fagnano, donde pararon a tomar café y a echar algo al estómago.

Durante el trayecto poco se había hablado; no mas de las palabras estrictamente necesarias. Todos parecían ensimismados y sacados abruptamente de cauce. Daba la impresión de ser Lunes a la mañana, y la sensación era de que nadie tenía ganas de empezar lo que se iba a hacer. Por eso, la idea de parar en la “Hostería Kaikén” -idea de Enrique- fue acogida casi con un aplauso general.

El café doble y bien cargado, acompañado por pastel de grosellas, entonó el día de todos. Como por encanto, a los cinco minutos de engullir, se empezaron a soltar las lenguas. Enrique, hasta pidió los diarios -del día anterior- para echarles una ojeada.

-Vamos a ver qué hay de nuevo. —dijo, y comenzó a leer los titulares a media voz—:

-“La cancillería informó respecto de tareas de un buque argentino, contratado por un empresario privado, en Georgias del Sur.” —luego, continuó con el artículo en silencio. Tenía en sus manos la edición del diario “La Prensa” del 23 de Marzo.

Al cabo de un rato, exclamó:

-Pero, vean esto. ¡Escuchen!.. Les leo: “El izamiento de la bandera nacional y la instalación de un campamento, por parte del personal de una empresa argentina encargada de dismantelar las instalaciones de una factoría en la isla Leith -que integra el archipiélago que forman las llamadas Georgias del Sur- dio motivo ayer a la difusión de un comunicado del Foreign Office pidiéndole al gobierno argentino una aclaración al respecto y un posterior comunicado del Palacio San Martín. Etc., etc...” —eran las primeras noticias publicadas acerca de la crisis del Atlántico Sur.

-¡Qué me dicen!.. —exclamó Erika, dirigiéndose a todos, cuando Enrique terminó de leer.

-Lo veo feo al asunto. —contestó éste.

Klaus movió la cabeza con aire indefinido y sin hacer comentario alguno se enfrascó en otro diario.

-Escribe bien este tipo. —gruñó el alemán al terminar con la columna política. El artículo analizaba la situación polaca. —Se ve cuando se trata de un periodista de raza. Hay otros, en cambio, que toman papel y lápiz y, muchas veces, no saben realmente lo que están haciendo. —se interrumpió para tomar un sorbo de café. —Eso se nota, entre otras cosas —continuó monologando luego de la pausa—, en la falta de poder de síntesis... o en el mal poder de síntesis, mejor dicho.

-¿Cómo es eso del “mal poder de síntesis”? —preguntó Erika.

-Yo digo que alguien, que escribe en un diario, sintetiza mal –explicó Klaus—, cuando presencia un hecho complejo, político, por ejemplo, y, al volcarlo, obligadamente en una síntesis, no incluye en ella detalles fundamentales y sí otros que no lo son.

-Es que hay muy poca gente que entiende lo que pasa; incluso entre los periodistas de profesión. –dijo Renata –¿Cómo va, entonces, a elegir lo esencial alguien que no comprendió el hecho?

-¡Qué se dedique a otra cosa! –replicó Klaus, y añadió enseguida: –Pero, asimismo, hay gente que entiende y que no sabe resumir.

-Tengo un amigo en Buenos Aires que va a la escuela de periodismo y que, incluso, debe estar por recibirse. –dijo Erika –Pero, si tengo que decirles la verdad –agregó—, a mi no me parece que tenga pasta para eso.

He leído algo de lo que escribe y me parece muy técnico: Soso y sin “ángel”, diría yo. Sin el “toque” para ser periodista. ¿Me entienden?

-Ese toque, como Vd. muy bien lo define, no se lo va a dar, de ninguna manera, la escuela de periodismo –dijo Klaus.

-La única escuela de periodismo esa la calle... –terció Enrique. –y oler tinta en la redacción. Además, para tener ese “toque” que dicen, hay que ser periodista por naturaleza. –aclaró, dirigiéndose a Erika.

-Sí, es cierto. –convino ésta.

-Uno puede ir, por ejemplo, a la escuela de bellas artes, –prosiguió Enrique –y de allí va a salir profesor de pintura o escultura. Pero no va a salir ni pintor ni escultor. Como, tampoco, por más que pongan en la universidad la carrera de genio, va a producir ésta ningún genio de nada... O sos genio o no lo sos.

-Naturalmente. Hay regiones de la mente o el espíritu que son patrimonio de sí mismas... o de cierta inspiración. –Renata dijo esto de pronto. Enrique se la quedó mirando:

-Claro. Ese es mi pensamiento; hasta lo has dicho con las mismas palabras que tenía en mente: “regiones de la mente o el espíritu”... ¡Que bien!...

-¡Telepatía! –exclamó Erika, aplaudiendo. –Ren es medio dotada para eso. A veces me adivina el pensamiento... Tiene algo de bruja. –Renata pareció sentirse un poco incómoda.

-Ahora, bien. –siguió Enrique, retomando el hilo—. Hay, desde hace un tiempo, una propensión a crear escuelas para todo. En mi opinión personal, lo malo de esta tendencia no consiste en las escuelas en sí, sino en que ellas son, a veces, solo una barrera limitativa más, promovida por ciertos grupos o colegios profesionales. Es decir: lo grave es que tienden a transformarse en “escuela obligatoria”, y esto no es bueno en todos los casos. ¡Ojo!... Sí, en algunos, pero no en otros.

-Sí, en algunos... No en otros. –repitió Erika.

-Así es. –dijo Enrique –Mirá, para verlo mas claro –continuó, –analicemos profesiones concretas. Empecemos con el periodismo, ya que estábamos en eso. En líneas generales, el proceso podría darse de este modo:

Primero surgen una o varias escuelas; de nivel universitario, en lo posible. Hasta aquí no pasa nada; pero luego la cosa se complica:

Al tiempo, el sector identificado con dichas escuelas, hace lobby e impulsa proyectos de reglamentación profesional; en primer lugar, tendientes a la colegiación obligatoria y, en una etapa posterior, a que, desde un límite determinado en el tiempo, puedan colegiarse solamente los egresados de los institutos. Ahí se terminan las posibilidades de trabajo de los que no son salidos de ellos: Una verdadera monstruosidad...

Se trata de “cuidar la quintita” de algunos con un pretexto fútil: “Solo sabe ser verdaderamente periodista el que pasó por la escuela.” ...¡Falso!...

Yo admito que para ser ingeniero o médico –continuó Enrique –se tenga que estar sometido a rigurosos controles: Se puede matar si no se sabe curar, o se te puede venir un edificio abajo si no sabés hacer los cálculos. Pero es estúpido aplicar el mismo esquema a todo; ya que cada realidad tiene características propias.

Vds. quieren decirme ¿para qué diablos tenés que pasar por los mismos filtros para escribir en un diario que para dedicarte a la medicina?... No tiene sentido alguno.

Hay que entender que muchas cosas son buenas, o no, según las circunstancias: No hay “sistema universal”. No pueden equipararse todas las variantes. –hizo una pausa para terminar el contenido de su segunda taza. Luego prosiguió: –Un grupo de docentes médicos, puede juzgar acerca de qué técnicas médicas debo aplicar para sanar a un paciente; y esto es de la mayor importancia, porque estas técnicas son el meollo de la medicina. Por lo menos, en el ámbito de la medicina ortodoxa. No ocurre así con el periodismo. Un grupo de periodistas profesores, también puede juzgar sobre qué técnicas debo aplicar para hacer un reportaje o escribir un editorial. Pero, en este caso, en cambio, no es eso lo importante. Es más; es prácticamente irrelevante, porque estas técnicas no son el meollo del periodismo sino su cáscara más superficial. –Klaus y las dos chicas lo seguían con verdadero interés. Enrique prosiguió:

-El meollo del periodismo es lo que se pone en el artículo: Su contenido esencial; como nos acaba de decir Klaus hace un momento. Esto, al igual que lo que se pone en un libro o en un cuadro, es producto del genio, de la inteligencia, y de la inspiración personal. No lo da ninguna escuela. Ésta solo proporciona técnicas.

En la medicina lo son todo... o casi; al menos como punto de partida insoslayable. En cambio, en el periodismo, tienen una significación infinitamente menor: Un cirujano sin técnicas mata gente. Un periodista sin técnicas solo se perjudica él; por que lo bueno o pernicioso de su artículo o reportaje lo lleva en el corazón, y, si va a ser un envenenador de mentes, ninguna escuela lo cambiará, y, si no va a tener genio, ninguna escuela se lo dará tampoco. Si, por el contrario, tiene genio; aprenderá con la práctica lo que deba saber. Mejor para él si lo hace y peor si no. Incluso, si quiere, puede ir a una escuela; pero, en este caso, no debe ser obligatoria.

No, no pueden compararse las técnicas periodísticas con las de la medicina o la ingeniería... o las de la bioquímica. Por eso dije: “Sí, en algunos casos... no, en otros”.

La principal técnica periodística se aprende en la escuela primaria: escribir.

¿En qué protege a los consumidores -mejor dicho, lectores- que un periodista sepa encuadrar, más o menos, un artículo?... ¡En nada!... <<Carece de técnica>>, dirán. ¿Y, qué? Pregunto yo. La ponzoña que pueda esparcir, o no, es lo importante, y ésta es incontrolable por la mesa examinadora. Además, si carece de técnica, lo más probable es que, hasta que la adquiera, no le publiquen nada.

La índole del mal que se puede hacer con la palabra, escrita o expresada de viva voz, es tal, que éste es imposible de frenar con técnicas y recomendaciones. Pero, después de todo... ¿Quién está en condiciones de reglamentar acerca de la verdad?...

Esa es la materia del periodismo: La verdad. Así como la del arte es la belleza. Pero no se pueden enseñar “las técnicas de la verdad”; y, si una escuela no puede abordar la enseñanza de su propia materia esencial, por inasible, no vale la pena que sea obligatoria.

Enrique tomó un respiro y vio que todos continuaban pendientes.

-Agudicemos aún más el ejemplo –prosiguió. –Supongamos que, fieles a la misma manía, se junten no ya los periodistas sino los escritores; o, mejor dicho, un grupo de escritores.

Imaginemos que éstos tienen fuerza política y que, finalmente, logran la creación de la “carrera de escritor” en la universidad.

Supongamos, también, que logran llevar todo el proceso a buen puerto y que, luego, tengamos que cursar una carrera de cuatro años, en la facultad, antes de poder publicar un libro: ¡Sería la muerte definitiva de las letras!...

El pretender que un ciclo docente-administrativo deba encuadrar, obligatoriamente, la chispa de la inspiración, es francamente siniestro.

Permitir un estado así de cosas, sin rebelarse de algún modo, –prosiguió –sería aceptar, sin chistar, la persecución y el aniquilamiento del genio.

Todavía no estamos en eso, pero vamos de camino; y ¿cuál es la causa de que hayamos empezado a andar en ese sentido?... Una grave crisis estética.

-¿Estética?... Explícate. ¿Qué tiene que ver esto con la estética? –inquirió, Erika, confundida.

-Sí, estética, porque es, fundamentalmente, una crisis de equilibrio, y, para mí, es por vía de la estética que el equilibrio entra en el alma de los hombres o se retira de ella.

En el caso que nos ocupa, la crisis se manifiesta en el hecho de no percibirse que un sistema bueno, en cierto número de ocasiones, aplicado masivamente es desastroso, que unos miligramos de esticnina, en una gran dispersión, pueden ser un tónico cerebral, pero que una cucharada te manda al otro lado.

El hombre ha perdido el sentido de la proporción: ¡Esa es la crisis estética!... No sé si está claro –le preguntó a Erika.

-Se entiende –replicó ésta, pensativa.

-Todo se juzga hoy demasiado en blanco y negro. Más aún: Contra blanco y a favor de negro... o al revés –prosiguió Enrique. –Vean. Sin ir más lejos; si alguien ajeno a esta reunión me oyese opinar, como lo he hecho, acerca de la colegiación obligatoria de los periodistas o de los escritores, me preguntaría, probablemente: <<Pero...¿Vd. está en contra de las corporaciones o a favor? ¿Es corporativista o anticorporativista?>>.

-¿Y, qué le respondería usted? –intervino Klaus.

-Que no estoy ni en contra ni a favor. Estoy porque cada cosa ocupe su lugar: La corporación, el colegio profesional reglamentarista, el gremio examinador, o como quiera llamárselo, está bien para los escribanos, los médicos, los farmacéuticos, los ingenieros, etc.; con sus facultades o escuelas obligatorias, matrículas, y todo eso.

Es decir, está bien hasta un punto, no sé bien cual; lo confieso. Pero, indudablemente, no está bien que alguien se atribuya el derecho de juzgar cuándo un tipo puede pintar, escribir en un diario, hacer un libro, esculpir, o meterse a ebanista y fabricar muebles, ¡Qué locura!... <<No, señor. Vd., antes de publicar esta obra de teatro, tiene que ir a la escuela de escritores -cuatro años- y de ella saldrá “licenciado escritor”. Se ha dispuesto así para garantizar la calidad de la obra que llegue a los miembros de la comunidad.>>

—Enrique imitaba ahora la voz de un burócrata, ante lo cual todos rieron—.

-Parece que te da bronca en serio –dijo Renata.

Enrique se sumó entonces a la risa general.

-Sí, ¡mucho bronca!... –exclamó, al cabo de un momento. –¿Sabés?... Lo que mas quiero yo en mi vida es mi libertad, y realmente la siento amenazada por toda esta maraña que va creciendo un poco todos los días; aunque no tenga pensado escribir en ningún diario. He podido ver que la hormiguización viene por diferentes caminos; aun los mas insospechados.

La eterna presión de los mediocres que pugnan por nivelar, mitigar, desembalar, hacerte perder el tiempo, se siente en todos los terrenos y en todos los climas. Bueno, ¡terminé!... –dijo, y volvió a sonreír a Renata. –Creo que es bastante por un pastel de grosellas –agregó.

-Pero, una mayoría parece estar de acuerdo, puesto que el proceso avanza. –insistió Erika, haciendo caso omiso del corte que había hecho Enrique.

-Es cierto, pero, a menudo la mayoría piensa lo que la televisión le hace pensar. —intervino Klaus. —Además, viéndolo bien, eso de poner trabas al prójimo ha sido siempre muy humano. Eterno, como acaba de decir Enrique. Solo que hay épocas en las cuales se vuelve insoportable. Por eso —añadió, —apoyo calurosamente lo que él sostiene; en el sentido de que cada cosa debe ser: en su lugar y en su cantidad.

-“Todo en su medida y armoniosamente”... Como decía “el-que-te-dije”, ¿eh? —acotó Erika, refiriéndose a Perón y guiñando un ojo.

-Exacto —convino el alemán. —Esa frase es la llave de la existencia. Solo que es difícil la articulación de esto con la realidad; como es difícil el arte de vivir.

Tenga por ejemplo los conventos de monjes: En su lugar y medida cumplen una tarea, de manejo de fuerzas positivas, importantísima para el universo. Yo creo en las “ondas” y todo eso. —aclaró —Católicos o tibetanos... lo que sea.

Pero esa misma estructura, buena en su lugar, si se la intenta utilizar como modelo para todo el orbe, da como resultado un despropósito: Imagínese un mundo de “pobreza, obediencia y castidad”: Un verdadero plomo, como dicen Vds. —explicó con su acento chistoso. —Bueno, no tienen necesidad de un gran esfuerzo para representárselo mentalmente —prosiguió el alemán, ahora, dirigiéndose a todos. —Vean a China, por ejemplo: Pobreza, obediencia... y castidad, para colmo. Aunque ahora se les nota un poco aburridos de todo eso.

Ahí, Vds. se pueden explicar por qué es posible el contacto entre muchas mentalidades católicas y marxistas: Una ruptura del equilibrio en un intelecto conventual, puede llevarlo a soñar con un universo que sea “como un monasterio”. Solo que, la organización de una orden religiosa, volcada al mundo, da un perfecto hormiguero. De ahí la eventual coincidencia con los ideólogos comunistas: Un hormiguero, como el de ellos, pero con Dios... Bueno, no sé si con tanto Dios, pero... en fin. —permaneció un instante pensativo, mientras los demás guardaban silencio.

-Y, fíjense que curioso —agregó Klaus finalmente—: El motivo de esta “extrapolación monástica”, cuando se presenta, es esencialmente ético; en el sentido de perseguir el triunfo del bien sobre el mal en la tierra: Tal pareciera, entonces, que, la propia ética, sin la medida, también es una huérfana irremediable.

Sí, sumo, sin reservas, mi voz a la de Enrique —concluyó—: El fundamento del mundo es la proporción... el equilibrio; y éste es el núcleo de la **estética**... ¡Prosit!... —dijo, alzando la taza vacía, mientras Erika, muy seria, le correspondía con la suya.

Renata asentía ahora con la cabeza.

-Se entiende bien, sí. —se dirigió a Klaus hablando lentamente —Vd. se explica muy claramente, y el ejemplo de las órdenes monásticas, vale; porque, incluso, nos alerta en el sentido mas profundo: La transformación de lo bueno en malo es un problema de cantidad. Hablar de “poco”, “mucho”, y “justo”, explica mejor al universo que discurrir acerca del bien y del mal...

-¡Bravo! —exclamó Enrique. —Razonamiento perfecto... No tenemos aquí una bruja sino una intelectual... e inteligente; lo que no es lo mismo. Un espécimen bastante raro, por cierto.

-Vos querés decir que es raro que una mujer entienda ¿no? —dijo Renata, volviéndose hacia él. En el tono de la muchacha no había “agresión de feminismo herido”, sino una ligera bonhomía, y esperó la respuesta de Enrique con la cabeza ladeada y una tenue sonrisa, algo sobradora, que lo desarmó.

-No, de ninguna manera, no. —Enrique quedó un poco cortado pero reaccionó bien—: Quiero decir que, en general nos encontramos con intelectuales que son una manga de chantas. No me refiero a sexo; no. De todos modos, reitero que no es común una

comprensión tan clara de esto; que es el nudo de toda la realidad. No es común ni para mujeres ni para hombres.

Por eso, y solo por eso, me admiro de que lo conceptualices tan bien y en tan pocas palabras: “La transformación de lo bueno en malo es un problema de cantidad...” –repitió Enrique, y agregó—: Me gusta, me gusta. Además, esta definición demuestra, claramente, como el mal no tiene existencia propia; es solo la ruptura de la proporción entre las cosas; que son todas “bien”, mientras aquella existe. –concluyó satisfecho, y agregó, señalando con el dedo a Renata: –Haré mía la frase...¿puedo?

Renata asintió sin cambiar la expresión de su rostro.

-Anotala. –dijo –No te la vayas a olvidar. Pero, ojo: Cuando la digas aclarará que te la enseñé yo ¿eh?

-Juro que lo haré. –prometió Enrique, levantando la mano derecha con el meñique y el pulgar unidos. –¡Palabra de boy scout!...

A las dos menos cuarto de la tarde doblaron bruscamente a la derecha, siguiendo la ruta 3. El Río Olivia quedó atrás y comenzaron a costear la bahía de Ushuaia. La ciudad estaba a la vista y, al poco, las feas fábricas del barrio industrial comenzaron a desfilar sobre la derecha. A las dos en punto estacionaron en el puerto y, finalmente, embarcaron todos en la goleta, donde las mujeres fueron conducidas a sus camarotes.

Enrique y Klaus se dedicaron a atender los asuntos de la expedición; un poco retrasados a causa de su ausencia; a pesar de los esfuerzos de Yáñez.

Había, en realidad, un montón de cosas de que ocuparse, y, durante tres horas, mas o menos, nadie se detuvo para nada; excepción hecha de unos cinco minutos, que tomó cada uno por su lado, para ingerir un insulso sándwich en el rincón que pudo.

A las cinco, Enrique fue solo para su barco, que estaba amarrado a continuación de la goleta, pero mas hacia tierra; como entre La Zarzamora y lo que quedaba de esos tres cascos viejos, que se iban deshaciendo frente a la Administración General de Puertos y la Aduana: Uno de ellos, el mas deteriorado, era el “Fortunato Viejo”-la “goleta blanca” de los Beban-; que, luego de recorrer todos estos mares, se pudría en el mas inmerecido abandono.

En El Orejano, la gente hacía las cosas con bastante parsimonia, y Enrique, que ya se lo imaginaba, unos metros antes de subir por la planchada, dejó de tararear la cancioncilla que se le había pegado la semana anterior y puso su mejor cara de perro.

Ya a bordo, dispensó tres o cuatro “carajos” y algunos gritos por el estilo; con lo que, a la media hora, todos estaba trabajando a la carrera y poniendo expresión de giles.

-“Nunca se puede dejar de verduguear” –se decía, al rato, tirado en su cama. Se había sacudido los zapatones; que habían ido a parar a la otra punta del camarote, y sostenía en su mano un generoso vaso de whisky; sin hielo ni nada.

Éste no era el “puro de malta” que tomaba Klaus, sino un mas impersonal “blended”, pero de buena marca. Realmente, ahora, la estaba pasando bien. Aunque no sabía, a ciencia cierta, si lo que le daba placer era el alcohol o el hecho de estar solo.

La compañía de Klaus y las chicas era agradable, sin duda, pero era bueno disponer, de vez en cuando, de unos momentos de verdadero aislamiento.

Tomó otro trago de whisky e inspiró hondamente el aire que entraba por el ojo de buey abierto: Tenía un fuerte olor a azufre. Había observado, hacía mucho, que el agua de la zona portuaria, y también la de la bahía interior, del otro lado de la pasarela, despedían una emanación sulfurosa. Tal vez fuese porque tiraban el agua cloacal ahí no mas, delante del pueblo. Hasta unas piedras gris pizarra, que el Domingo había recogido en la playa, al lado del “Náutico”, conservaban, todavía hoy, tres días después, el mismo olor.

Ahora le llegó, distante, la sirena de un barco que se anunciaba con dos toques cortos. Seguramente era el buque de Transportes Navales que se acercaba. Tal vez el “Tierra del Fuego”, con carga general para Ushuaia.

El murmullo constante de los coches y las motocicletas venía desde Maipú insistente y molesto.

-“Quién hubiese dicho, hace unos años, que el ruido del tránsito, en Maipú y 25 de Mayo, iba a resultar molesto... ¡Qué increíble!” –se dijo. –Ya sus pensamientos se mezclaban en la zona claroscuro del sueño. Verdaderamente estaba cansado. No había hecho ningún esfuerzo especial; pero estaba cansado. Apoyó el vaso en la mesita.

La sirena del barco lo sacudió... Ahora había sonado más cercana. Se había quedado dormido: Unos minutos... Un instante, tal vez.

Sintió un escalofrío. Se levantó para buscar una manta.

Estaba refrescando, sin duda; no era solo un escalofrío de sueño. Si se quedaba dormido con el ojo de buey abierto y bajaba mucho la temperatura, podía engriparse, y la cosa no estaba para demoras. La calefacción estaba muy baja. Napo quería ahorrar combustible.

Ahora se sentía el viento restallar, de a ratos; como para que todos supiesen donde se hallaban.

Con la manta gris de la marina sobre los hombros, miró por el ojo de buey. A unos doscientos metros se destacaba la silueta grisácea del “Saint Christopher” durmiendo su sueño final; aquí, en su último destino.

-“Pobre barco” –pensó. Había venido para intentar reflotar al “Monte Cervantes”, hundido desde el año 30, pero, después de una serie de líos, terminó aquí con un timón roto.

Sobre la playa se veían otros dos cascos de madera, mucho más chicos... También ellos dormían el sueño de las naves muertas; esperando los temporales que los irían rompiendo de a poco.

Se sirvió otro whisky. Ahora sentía mas frío.

La vista de los navíos que ya no navegarían más, le había infundido una infinita tristeza.

-“Mejor va a ser ponerse en movimiento enseguida”, –se dijo –y, echando una última mirada por el ojo de buey, se disponía ya a volverse, cuando algo le llamó la atención.

Volvió a mirar. Como a 150 metros, una mujer estaba sentada sobre la baja parecita de la costanera. Algo inconfundible en el pelo no le dejó ninguna duda de que se trataba de Renata. Junto a ella, una figura corpulenta y alta la acompañaba de pie.

Instintivamente, Enrique tomó los prismáticos y enfocó a la pareja. Sí, efectivamente, era Renata, y conversaba animadamente con el desconocido. Éste era muy alto y tenía una poblada barba que no dejaba adivinar muy bien su edad; pero frisaría en los 60/65 años, calculó: Como Klaus, más o menos.

Ajustando los anteojos, Enrique logró una mejor visión de los dos. De pronto, se dio cuenta de que estaba tenso y en guardia, observando ávidamente cada movimiento de Renata Henderson el extraño; como si fuesen enemigos, como si se tratase de dos presas para cazar.

Se sintió avergonzado y bajó los prismáticos casi con violencia.

-“¿Qué diablos es esto?” –se preguntó. ¿Había pescado una manía persecutoria?... Como esos espías profesionales, que, luego de muchos años de servicio activo, terminan, medio chiflados, creyendo que los escucha todo el mundo... No, no era posible.

Aún bajo las presentes circunstancias, había que tratar, por todos los medios, de no perder la calma y de no vivir en un estado de excitación inútil, que minaría los nervios de cualquiera.

¿Qué tenía de particular, que una nativa de la isla, como Renata, charlase con un tipo en la esquina de Maipú y 9 de Julio, en Ushuaia, a las cinco y pico de la tarde?... Y más, aquí, donde los viejos pobladores se conocen todos.

No, no había que exagerar; no había que entrar en la del “persecuto” porque perdía, seguro. Y sonrió al pensar en esto, porque lo hizo acordar del tano Calegari, que siempre le decía así: “persecuto”; y que era tan zafado y gracioso.

Pero, enseguida se llevó de nuevo los largavistas a los ojos y enfocó a la pareja otra vez: Ahora caminaban como hacia Triunvirato, y los veía de espaldas, alejándose.

Reparó en que el hombre llevaba una “parka” de piel de foca. “Qué linda parka” –se dijo. Ésta era una especie de annorak. A él siempre le había gustado tener una; pero solo se conseguían en el Canadá, o había que mandarlas hacer. En los negocios de importados no se vendían.

Pensó que el tipo éste había comprado los cueros de lobo marino y se la había hecho hacer, o que tal vez había cazado los animales él mismo.

-Son muy abrigadas. –murmuró para sí; y de pronto se dio cuenta que hacía un frío bárbaro.

Muy temprano en la mañana, luego de supervisar la marcha de las cosas y de desayunar en compañía de Klaus -las mujeres dormían todavía-, Enrique se había largado solo a caminar por la costa.

Fue por la pasarela hasta la península, y se acercó al hangar del aeroclub; donde cruzó unas palabras con Martín Lawrence. Éste había llevado a los nietos a ver como una avioneta iba y venía con turistas. Lawrence puteaba porque los conejos le habían roto la pista de aterrizaje, allá en su estancia “Moat”.

Enrique regresó pronto al puerto. A lo lejos se veía una embarcación pequeña. Venía como de las Islas Bridges y, a la distancia, parecía que se iba a hundir en cualquier momento, de tan cargada; con la borda casi a ras del agua.

La mañana era brillante y la gente aprovechaba para tomar sol; pero persistía el fresco; que se hacía sentir en la cara. Al menos, Enrique lo sentía en la cara.

Se quedó mirando como se acercaban; ya estaban muy próximos a tierra. Venían derecho a donde él se encontraba; a unos veinte metros del náutico, hacia el lado del puerto.

Los borceguíes hacían crujir el cascajo marino que formaba la playa. El murmullo del tránsito llegaba, como siempre, desde Maipú; a pocos metros. Pero ahora parecía venir desde más lejos; como si una invisible barrera, a la altura del bajo muro de la costanera, le impidiese invadir la vieja playa con su cacofonía traída desde otra parte... ajena.

El Gordo del Club Náutico se acercó a recibirlos. Los cuatro tipos saltaron a tierra y vararon el bote de madera, haciendo, al arrastrarlo, ese ruido característico que le hacía mal a los dientes. Enrique se acercó despacio, con las manos en los bolsillos del gamulán.

-Buen día.

-Buen día, jefe –contestó uno; chileno, sin duda. Ya cargaba sobre el hombro una bolsa de arpillera mojada y bien llena de algo.

-¿Qué tal?...¿Anduvieron con suerte?

-Y... al mar hay que salir con suerte; si no –respondió, con una sonrisa, un petiso con traje de agua amarillo, completo; con sombrero de hule y todo. Llevaba una horquilla de hierro en la mano izquierda.

-Me refiero a la pesca... o a la mariscada –dijo Enrique, y miró por encima de la borda. El bote no era tan chico como aparentaba a la distancia, y, embarrancado en la playa, se veía, incluso, bastante importante.

-Ah... Bien; todo bien.

-Vea. –dijo el tercero; flaco, de bigotes y con una boina de resero; y abrió el cuello de una arpillera atada con una vuelta de alambre de fardo: Estaba llena de centollas bastante grandes.

-¡Paaaajarito!... –dijo Enrique. –En serio que fue con suerte... ¡Qué lindas centollas!... y se las quedó mirando. Éstas se movían lentamente.

El olor fresco a marisco le hizo llenar la boca de saliva. “¡Qué cosa!”... “Siempre me pasa lo mismo”. –se dijo.

Desde chico había sido así: El intenso aroma de los frutos de mar le provocaba hambre; pero un hambre irresistible, con algo de dolor de estómago. Sí, sin duda tenía predilección por los mariscos.

-¿Solo centollas? –preguntó.

-No, de todo: Mejillones, choro zapatos, erizos, cochayuyo(*) –ahora le contestó el cuarto hombre.

-Ah. ¿Cochayuyo también?

-Sí, “nosotros” lo comemos. Es muy rico... ¿Erizo?... –dijo, estirando la mano con algo negro. –Sacamos mucho ¿Quiere?

-No se moleste.

-No es molestia; pruebe un poco. –el cuarto hombre lo animó con una sonrisa sin los dientes de adelante y le puso un erizo en la mano.

-¿Me permite? –dijo el encargado del náutico, y le sacó a Enrique el erizo que el otro le había dado.

Con el lomo de un cuchillo le dio varios golpes en la cáscara. Luego, se lo alcanzó abierto.

-Coma lo amarillo.

-Sí, sí. –Asintió Enrique, y metió los dedos.

Al quinto erizo dijo gracias.

-¿Sabe cómo es rico? –intervino el petiso de la horquilla. Los otros ya habían terminado de bajar las bolsas ayudados por el gordo del club—: Se mete lo amarillo de muchos erizos en la licuadora –explicó –con un poco de sal, limón y vino blanco.

-¡Que bueno!... Lo voy a probar.

-¿Qué tal? ¿Le gustó? –preguntó el gordo.

-¡Sí!... Me encanta el erizo. –Enrique se estaba chupando los dedos para limpiárselos.

-¡Muchas gracias! –les dijo a los chilenos.

-¡Esta noche no va a poder dormir boca abajo!.. –gritó el que no tenía dientes; y todos se rieron festejándole la broma. –No...sí... ¡Es muy bueno!... Con esto la saca como la pone, jefe.

Hasta el gordo se reía ahora.

(*) Cochayuyo: *Durvillea Antártica*; una especie de alga comestible.-

Se alejaron con las bolsas y las herramientas al hombro; ayudados por el taciturno encargado del club, que, con boina a la francesa, grandes mostachos y su aire reservado, parecía un ex-legionario disfrutando de su retiro.

Enrique miró la hora: las 9:00 a.m. Habían fijado la 10:00 a.m. para zarpar y quería estar un rato antes, por las dudas.

Durante la cena de la noche anterior, Renata le había dicho a Erika:

-Me encontré con Niels... el botánico.

-Ah... sí –dijo ésta, luego de dudar un momento. –El viejo Ohlsen. ¿Qué dice el sueco pirata ése?... Tené cuidado; mirá que es medio Don Juan, eh.

Renata había reído, divertida, con una chispa de picardía en los ojos.

-Es pintón el viejo –explicó a Klaus y Enrique. –Al estilo de Kurt Jurgens, pero con barba.

El alemán se había tocado instintivamente su propia barba.

-Sí, pero mas alto. –aclaró Erika –¿Qué tipo personal!... Es botánico. Se larga siempre solo, por la isla y por Santa Cruz... y por Magallanes también. Busca especies que luego clasifica. Hasta creo que ha escrito un tratado. ¿Verdad, Ren?

-Así es, y muy bueno. –contestó la joven.

Enrique se había sentido inexplicablemente aliviado.

Subió por la planchada de la goleta. La caminata le había hecho bien, y, luego, los erizos terminaron de tonificarlo.

Se dirigió a la cámara principal, donde Klaus estaba inclinado sobre unas cartas. En su propia nave había dejado todo arreglado y solo se remitirían a seguirlo.

-¿Qué tal? ¿Todo bien? –la pregunta era innecesaria, pero la hizo por decir algo.

-Sí, todo en orden. –le contestó el alemán, que en ese momento se enderezaba. –Creo que podemos zarpar a la hora prevista. ¡Mire que sol!... Creo que no es tan frecuente un día así por estos lados ¿no?

-No crea. No es tan frecuente como en otras partes, pero los hay... los hay; y a medida que entre el otoño los va a haber mas.

Pasó un rato sin que hablaran. Ahora, a través de los vidrios, se podía ver que Erika y Renata andaban por la cubierta.

-¿Café?... –preguntó Klaus, finalmente, alcanzándole un termo.

Enrique dudó un instante, pensando en qué tal iría le mezcla de erizo con café; pero enseguida tendió la mano aceptando. Recordó que, antes de comerlo, ya tenía el desayuno en el estómago y, sin embargo, no le había hecho mal.

-Estuve comiendo erizo.

-¿Dónde?

-Allá, por el Club Náutico. Unos tipos habían salido a mariscar y me convidaron. Tocaron tierra al lado del club. Parece que son amigos del encargado.

-¿Sabe que la parte amarilla que se come es el aparato sexual?

-Sí, así dicen. El erizo tiene fama de afrodisíaco. Estos me cargaban con que esta noche no iba a poder dormir boca debajo de parado que iba a tener el pito.

-Sí, sí. Pasa por ser un gran vigorizante; pero yo no lo puedo afirmar porque nunca lo he probado. No me atrae el aspecto de la pulpa –explicó, mientras se servía más café—. De todos modos –añadió–, si se ve en algún aprieto, puede tratar de conseguir la comprensión de alguna de las chicas. Mire, parecen bastante inquietas.

-Es el aire de mar. –se la siguió Enrique– Están acostumbradas a vivir allá en las sierras y el yodo les debe acelerar las glándulas.

-Ah... En ese caso, va a tener que andar con cuidado; porque puede ser que les haga cambiar, también, de hábitos alimentarios: Vd. recordará lo que pasa con las arañas.

-Sí, la hembra se come al macho después. Con el “tata dios” pasa lo mismo; pero eso es porque los machos son muy chiquitos.

La llegada de las dos mujeres cortó este diálogo de colegio secundario. Poco después se encontraban los dos, lo mas solícitos, dándoles, a aquellas, explicaciones acerca de la goleta.

La bahía de Ushuaia estaba en calma, pero, ni bien pasaron a aguas mas abiertas, se empezó a sentir el movimiento.

Ya a la altura de la estancia “Túnel”, a unos 10 Km. hacia el este, el oleaje imprimía a los dos barcos un cabeceo bastante pronunciado; y el viento del oeste era lo suficientemente intenso, como para impulsar a La Zarzamora a una velocidad de 8 nudos.

-“Bien, ahora sí... ¡Adelante!” –se dijo Enrique apoyado en la borda. Porque, aunque hacía rato ya que estaban metidos en la búsqueda del tesoro, y el viaje desde Buenos Aires también era parte del mismo, recién empezaba la etapa final.

Enrique repasó, mentalmente, un asunto que ya habían considerado en San Fernando cuando alistaron la expedición. Tenía la útil manía de recapitular y recontrolar todo constantemente: Allá, en la Isla de los Estados, no iban a contar con la apoyatura de ninguna ciudad a tiro de piedra, ni nada parecido, y, si bien, Ushuaia y Río Grande quedaban, las dos, mas o menos a 250 Km.; eran 250 Km. sin caminos ni comunicaciones de ninguna especie; salvo marítimas. Las aéreas no podían tenerse en cuenta, ya que ellos no llevaban helicóptero y los únicos dos existentes en Ushuaia estaban descompuestos. En cuanto al aterrizaje con avioneta en las playas de la isla; era siempre muy problemático. Eso, sin contar con que el único lugar mas o menos practicable para un aeroplano pequeño, quedaba en Puerto Roca, en el lado norte. Justamente en el extremo opuesto de donde iban a operar. En cuanto al pequeño apostadero naval de Puerto Parry, como ya tenían en claro, no les serviría de nada. El disponer de dos naves era, en este aspecto de las comunicaciones físicas, la única válvula de seguridad, si las circunstancias lo requerían: Una iría a donde fuese necesario y la otra permanecería en Vancouver.

La suerte estaba echada; todo había sido bien planeado y previsto, hasta el límite de lo posible. El equipo era el adecuado y lo habían probado y controlado mil veces. Las tripulaciones eran eficientes y de fiar, e, incluso, contaban con médico en El Orejano.

Muy poco, en realidad, había quedado librado al acaso; y, por el momento, éste parecía favorable, pues, hasta el tiempo acompañaba; que, aunque ventoso, lo era moderadamente, en comparación con lo que podía llegar a ser por aquellas latitudes.

Enrique pensó en qué le pediría, en este momento, a la fortuna, ya que ella, en última instancia, decidiría. No dudó al responderse: La dosis de suerte necesaria para localizar un pecio; que no es poca, por mas precisos que sean los datos. Y que los otros, los desconocidos enemigos, no pudiesen sorprenderles; pedir que se olvidaran del asunto sería estúpido. Sí, eso era lo fundamental... y, también, que no hubiese accidentes graves.

En fin, ya se vería. Creía firmemente que, pasado un punto en la previsión y cuidado de las cosas, se entraba en la zona del “riesgo calculado”; del riesgo que si no se asume, mejor dedicarse a otro tipo de tareas: Aceptar un cargo de no mucha responsabilidad,

coleccionar vitolas de cigarros, o aplicarse a la contemplación de la luna. Lo que fuese, menos las grandes empresas... de ninguna especie: Nada importante había sin riesgos, y eso lo sabía casi desde antes de nacer.

De pronto advirtió que no estaba solo. Tan ocupado lo habían tenido sus pensamientos, que no se percató de que Erika se había acercado sin hacer ruido con sus suelas de goma.

Solo la notó cuando ésta, a su vez, se acodó en la borda y le hizo:

-¡Buuu!... -Enrique dio un respingo y la joven se echó a reír. -¡Qué navegante que sos! -le dijo. Se había peinado en trenzas. Dos trenzas gordas que salían debajo de un gorro tejido. Un "Montgomery" verde oliva ocultaba sus formas.

-Bueno, creo que lo de navegante, en este caso, me hace estricta justicia. -repuso Enrique, e hizo un gesto que abarcaba toda la goleta.

-No... nada de eso. No es ese "navegue" al que me refiero. -replicó, codeándole levemente el costado. -Ya te pesqué varias veces poniendo la cara y yéndote. ¿Sos siempre así?...

-No siempre. Aunque reconozco que en los últimos días me he vuelto un tanto... No sé. -quiso explicarse haciendo un vago gesto con los dedos... -Pero, me "voy" un poco, sí. Y, vos ¿cómo sos?... ¿Acaso también "viajás"?... Porque yo te veo muy centrada.

-No te engañes. Yo también navego cuando estoy sola. Pero, en mí, no son los últimos días solamente. Es habitual -sus ojos se posaron en un gigantesco albatros que se recortaba contra las montañas— ...Será porque soy de la isla... o, como si lo fuera. Todos los de aquí somos bastante pensativos en comparación con la gente del norte. Sí, tal vez sea la isla. -agregó, bajando la voz— Tiene una magia. Así, propiamente, dicen aquí...: <<la isla tiene una magia... algo como-que-te-va-serenando...>>.

No sé qué será, pero es cierto: El pensar mucho es una característica fueguina; especialmente de los que vivimos alejados.

"Un tipo de bosque", dicen, cuando un hombre es muy... así como te digo ¿me entendés? -le preguntó y lo miró directamente a los ojos, para ver si comprendía.

-Sí, entiendo. -dijo Enrique. -En mí, no sé si es la influencia de la isla; como vos decís. Hace muy pocos días que estoy de vuelta. Pero convengo en que mis tendencias a la ensoñación se han agudizado. Aunque lo mas probable es que sean los problemas de todo este asunto; que cansan un poco.

-No tenés edad para cansarte. -el tono era ahora alarmanamente maternal.

-Cualquiera, a cualquier edad, puede cansarse cuando la tensión es grande. -respondió. -Te aseguro que todo esto, que parece una excursión de los Exploradores de Don Bosco, es en realidad bastante pesado. Sí, creo que uno bien puede tender a "navegar" un poco más en estos días.

-Vos ya has estado antes aquí. -Erika cambió de tema mientras sacaba un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Enrique, que éste rechazó con la cabeza. -Conocés bien esto.

-Sí, más o menos. No tanto como quisiera. ¿Sabés? Yo soy un enamorado de tu isla mágica. -el albatros seguía evolucionando sin mover para nada las alas; ahora, muy alto. No se recortaba más contra las montañas, sino contra el cielo. -Incluso he buceado antes en estas aguas: ¡Frias!... Bastante frias, sí... Pero, con estos equipos secos de ahora, no hay problema alguno. -la miró. Ella estaba pendiente de lo que le estaba diciendo. "¿Le gustarán las historias de barcos hundidos, o tendrá bastante con la del submarino de su padre?" -se preguntó— Aunque, en realidad, él no tenía muchas ganas de contar nada ahora. Por momentos, todo lo vivido se le antojaba sin ninguna importancia.

-¿Cómo fue que viniste a bucear aquí? -preguntó Erika. Eso lo decidió:

-En 1968... –comenzó con el relato de su primera campaña en la costa de la isla— estaba trabajando cerca de Cabo Frío, en Brasil, cuando un amigo de Comodoro Rivadavia me habló para proponerme un trabajo de rescate aquí, en Tierra del Fuego. Se trataba de un buque con un presunto cargamento de mercurio. En las aguas de la isla, como vos sabés, han ocurrido muchos naufragios. Sin ir mas lejos, allá está hundido el “Monte Cervantes”. –y señaló en dirección al faro “Les Eclaireus”.

-Sí, eso lo sé, incluso he pasado bien cerca, mas cerca que ahora; no se ve nada.

-Es cierto, pero un italiano -creo que se llamaba Simoncini- hizo mucha plata sacando la maquinaria y las válvulas de bronce, antes de que el terremoto del año 49 lo mandara del todo para el fondo...

Su voz se perdía, de a ratos, por causa del viento, que ahora silbaba fuerte en las orejas. Pero Erika se le arrimó más y el levantó el tono hasta casi gritarle en el oído. Ella parecía encantada como una nena, y Enrique se dijo que podía ser casi candorosa.

Cuando media hora después concluyó la historia, se dio cuenta de que él mismo había terminado por disfrutar de su propio relato.

-Bueno, al final de aquel asunto, -dijo –tuvimos que conformarnos con sacar cholgas, porque, como habrás podido ver, en el barco no había nada que valiera la pena.

-Y...¿qué tal eran las cholgas?

-¡Mucho mas grandes que las de ahora! –exclamó Enrique, y pellizcó la cara fría de la muchacha. Ella le apretó la mano.

En la central operativa de Yury Tupólev, en Moscú, el clima no era lo que podía llamarse apacible esa mañana del 25 de Marzo.

El edificio no tenía ninguna indicación que lo identificara como perteneciente al Comité Estatal de Seguridad. Lo que no era extraño, ya que no se trataba del famoso cuartel central de la Plaza Dzerzinskaya, sino de las oficinas “reservadas” de Tupólev; amo absoluto del KGB desde hacía muchos años.

Éste era un hombre de costumbres bastante personales; al decir de muchos “aparátchiki”. En primer lugar, era dado a manejar su área con extrema independencia; no carente, por cierto, de una sensible dosis de imaginación. Ambas cosas, inquietantes, a los ojos de la generalidad de los funcionarios.

Una muestra de su estilo era que, para conducir el intrincado entretejido del KGB, prescindía, por lo general, del uso de las instalaciones de la Lubiánka, y localizaba su acción en esta suerte de bulín privado: Mucho mas a su gusto, amueblado según sus deseos, y atendido por unos pocos empleados de confianza, elegidos por él mismo muy cuidadosamente.

Esto le servía, también, para reducir al mínimo las probabilidades de verse rodeado, todo el tiempo, por los alcahuetes del primer ministro y, fundamentalmente, por los del influyente Shevchénko; siempre interesado en saber lo que hacía

En segundo término, siguiendo con las costumbres “personales” del jefe máximo del KGB, a éste le gustaba viajar. Sí, a diferencia de casi todos los anteriores ocupantes del temido sitio, gozaba desplazándose por el mundo; especialmente por las zonas de calor. Porque a Yury Tupólev también le gustaba el calor; mejor dicho, no le sentaba el frío. Había sufrido demasiado con éste, durante la guerra, allá en el norte, y huía de él en cuanto podía.

En esto consistía, a los ojos de muchos, otra de las grandes extravagancias del “Czar” del servicio secreto, como le decían.

“Un buen ruso no puede huir del frío.” “Un buen ruso etc., etc., etc.”

-“Lo que pasa” –se decía, divertido, el chekista, –“es que yo no soy un buen ruso; tengo algo de sangre turca”. –y, en efecto, era así: Una de sus abuelas lo había sido. De Crimea, pero turca al fin; y a eso atribuía, en parte, su gusto por las regiones cálidas. Además de su imaginación “oriental”; como se complacía en decir a su círculo de íntimos.

Ahora bien, afuera, teóricamente, debía reinar la primavera, puesto que, según el calendario, hacía cuatro días que la estación había entrado; pero, como suele ocurrir en Moscú para esta fecha, el frío había vuelto por sus fueros en la última semana, y el día era, lo que se dice, de perros.

Esto, de por sí, tenía mal a Tupólev; pero lo hubiera podido soportar. De todos modos, aunque no le gustaba, estaba acostumbrado. Además, había tomado bastante sol en Angola, de la que había llegado el Domingo 21 para asistir a los funerales del mariscal Tchuikóv, y su reserva de calor tropical le duraría algún tiempo. No, lo que realmente lo tenía tenso, lo que hacía que no las tuviera todas consigo y que transmitiese inquietud a la totalidad de sus colaboradores, era una combinación desafortunada de circunstancias, que, por separado, hubiesen sido buenas... o muy buenas.

Sin que esto implicase desatender el resto del mundo, puede decirse que Tupólev estaba con la atención puesta en la Argentina, Angola, y el Atlántico sur en general, desde fines del otoño europeo. Varios asuntos importantes requerían, en dicha área, un control casi permanente.

Así que, cuando el 10 de Febrero recibió el cifrado de Buenos Aires, quedó atónito. Hasta puede decirse que éste le molestó en un primer momento:

Lo descolocaba el hecho de tener que incorporar una realidad tan distinta, al cuadro de la misma zona donde otras cosas tenían monopolizados sus pensamientos.

Mas, enseguida, no sin esfuerzo, se acomodó a la situación. Entonces cayo en la cuenta de que, si esto no era otra de las idioteces de “ese inepto de Tumánovich”, se encontraba ante el caso mas sensacional de su carrera... y, tal vez, de la historia de su país; incluyendo el período del antiguo régimen.

Obró con pies de plomo. –“Aquél es capaz de cualquier torpeza.” –se dijo. Verificó la fuente y se cercioró de que el dato provenía del propio Don Antonio Hartmann; a quien, inmediatamente, hizo investigar en forma exhaustiva. Esto le demoró doce días. Entretanto, había ordenado a Tumánovich vigilar a Flamme sin intervenir para nada en su vida; salvo circunstancias extremas. Por ejemplo: Que apareciese Klaus Werder.

Como sabía, por la conversación escuchada por Alma, que, recién dentro de quince días, éste podía ir a ver al capitán; y como ignoraba, al igual que la C.I.A., que el gordo Chiche había demorado tanto en informar; falseando, además, las fechas; Tupólev creyó que tenía tiempo.

Tuvo que reconocer que la idea de infiltrar el instituto de cultura física, había, por fin, dado sus frutos; aunque de casualidad.

Finalmente, luego de pensarlo lo suficiente, el último día que creyó tener antes de que los dos alemanes se viesan, mandó al frente a Tumánovich... con los resultados conocidos.

Su desesperación no tuvo límites. En principio atribuyó toda la culpa a su hombre en Buenos Aires y se prometió deshacerse de él en cuanto pudiese: Se dijo que cuando le había dado a éste instrucciones de ofrecer la igualación de cualquier oferta, lo había hecho como proposición sobreentendidamente flexible, y que jamás imaginó que Tumánovich lo tomaría al pie de la letra. La presunta rigidez del agente -pese a sus

protestas- cargó, entonces, en principio, con la responsabilidad del fracaso. Pero, luego, ya mas sereno, Tupólev terminó por admitir, a regañadientes, que, tal como aquél sostenía, era casi seguro que el capitán Flamme no hubiese hablado de ningún modo. Esto salvó el cuello de Tumánovich... y, también, el hecho de que no contaba allá con nadie que conociese el ambiente porteño como éste. Lo cierto es que dio la operación por perdida, mientras se debatía en la mas profunda amargura: Por las razones que fuesen, el secreto de la ubicación del submarino se había perdido para siempre. De eso no le cabía la menor duda.

Fue por estas circunstancias que no pudo creer en su suerte cuando volvió a recibir noticias de Tumánovich: El subordinado informaba tímidamente, en un cifrado llegado unos días después, que se había permitido, pese a todo, someter a vigilancia a Werder, y que esto parecía haber dado resultado, puesto que el alemán, junto con otro llamado Falkenburg, organizaba una expedición de buceo para aguas frías.

Ahí fue cuando Yury Tupólev pensó que era posible que, el capitán Flamme, hubiese tenido tiempo de pasarle los datos a Klaus Werder, de alguna manera que él desconocía. Tampoco se explicaba bien que hubieran hecho contacto antes de los quince días indicados por Don Antonio; pero eso carecía de importancia: La preparación de una expedición para aguas frías, era demasiado significativa como para no relacionarla con el submarino. Así que, sintiendo renacer las esperanzas dentro de él, cursó nuevas órdenes.

La misión del U538 estaba ahora totalmente en manos del coronel Makárov; y él, confiaba en Valérian; al que había protegido y, prácticamente, conocía desde muchacho; cuando escribía a máquina y hacía de pinche en su oficina.

Pero la cosa se había complicado para el jueves 25 de Marzo, y Tupólev no sabía lo que quería en realidad.

Tal situación no era de ninguna manera frecuente en la vida del experimentado chekista, y la misma lo movió a pensar que un día de estos su corazón iba a estallar:

El Lunes 22, el Foreign Office había hecho público un comunicado, no dejando lugar a dudas acerca de la actitud a asumir por Inglaterra con respecto al asunto Georgias. Éste, tenía las características de un virtual ultimátum al canciller argentino.

“La Prensa”, de Buenos Aires, había traído las primeras noticias del caso el Martes 23, y, el 25, Tupólev, que no necesitaba leer los diarios para estar informado de todo lo que sucedía en Buenos Aires y Londres, no abrigaba ya dudas de que el lío, que había ido creciendo entre Gran Bretaña y la Argentina, se precipitaba.

De ahí que no supiese, en realidad, qué desear ahora. Porque un suceso tal, como que argentinos e ingleses hubieran llegado finalmente a una situación de ruptura, en circunstancias normales, hubiese sido celebrado, por el jefe del KGB, como la realización de un sueño largamente acariciado. Mas, ahora no sabía si quería que ocurriese o no. Porque una de las tan bienvenidas reyertas en el seno de occidente; tan prometedora y propiciatoria en el caso de Argentina, se iba a dar en la misma zona, o cerca, en que estaba hundido el objetivo mas buscado por la U.R.S.S. desde que había terminado la guerra. Tal cosa, dificultaría hasta lo indecible la acción de hacerse con el contenido de la caja estanca, cuando ésta fuese hallada por los dos aventureros.

Porque a eso se había reducido su papel ahora: A esperar; adoptando una actitud pasiva, mientras que, los que verdaderamente sabían donde estaba el submarino, actuaban.

Otra cosa habría sido si él hubiese echado mano a esos datos: Los hubiera empleado en el momento oportuno.

Primero, hubiera esperado a que la Argentina e Inglaterra llegasen hasta donde fuera que lo hiciesen, con este asunto del Atlántico Sur, y, finalmente, cuando todo estuviese de nuevo en calma, hubiera mandado a sus hombres a bucear en el U538. Pero ahora no tenía la posibilidad de la iniciativa y solo podía aguardar. Otros eran los dueños del tiempo.

¿Qué buscarían?... ¿El oro?... ¿O sabrían lo de las fórmulas? A juzgar por los antecedentes de Werder, se dijo, lo más probable es que esos hijos de puta supiesen todo.

Para completar el cuadro, Brezhnev había tenido una seria descompostura, ayer, en Tashkent; durante una gira por el Turkestán. Parecía que se trataba de un derrame cerebral,

Miró el reloj pulsera, y se dijo que tendría que salir dentro de un rato a recibir el avión que lo traía desde Asia Central. El viejo líder venía en una unidad móvil de terapia intensiva.

Otra circunstancia, pensó, que, sola, hubiese sido manejable y propicia: Él se las podía haber arreglado para sacarse de encima a Shevchenko, aprovechando la enfermedad del jefe de estado. Pero ahora eran demasiadas cosas a un tiempo.

Tiró una pelota de papel que embocó perfectamente en el cesto.

Vasíly, el de la cara juvenil, entró con otro cifrado en la mano. Se lo tendió sin decir palabra, pero con un dejo de temor en los ojos; ya venía transcrito.

Con toda la aprensión del mundo, tomó el mensaje como quien toma un escorpión y leyó: “Las corbetas argentinas Drummond y Granville van, desde anoche, rumbo a Georgias”.

El Orejano iba a una milla tras la goleta, que se desplazaba ahora a 12 nudos, con fuerte brisa del S.O. Era cerca de la una p.m. y se encontraban en el paso Mackinlay; a 57 Km. de Ushuaia.

Hacia veinte minutos que habían dejado atrás Puerto Williams, en el lado chileno del canal. Ante su vista se extendían, a estribor, las montañas de la Isla Navarino, y, a babor, las elevaciones mucho menos dramáticas de la isla Gable; que pertenecía a la estancia Harberton, de los Bridges-Goodall, o Goodall Bridges, según como se mire; que, a la sazón, constituyen el clan fueguino mas antiguo.

Visiones de un cielo color celeste desvaído, se alternaban con nubarrones grises, blancos y negros, que parecían correr atropellándose y rodando sobre sí mismos.

No había olas muy grandes, pero penachos de blanca espuma coronaban toda la extensión del canal, y una fina llovizna salada salpicaba por momentos a los que estaban en cubierta, cuando una racha fuerte deshacía una cresta a barlovento.

El momento de intimidad que, hacía unos instantes, se había dado entre Erika y Enrique, fue, en realidad, bastante efímero, ya que había sido interrumpido por los gritos de Renata; que salió a cubierta acompañada por Klaus:

-¡Miren los delfines!... Vean que cantidad de delfines...

Enrique, que era un incondicional amante de la naturaleza, en ese momento, sin embargo, la hubiese tirado por la borda sin más trámite. La proximidad de la joven artista le había arrancado de un estado melancólico que lo embargaba poco a poco, y había sentido como la sangre volvía a circular nuevamente por sus venas.

Cuando, al pellizcarle la cara, ella le había apretado la mano, una descarga eléctrica terminó de tonificarlo. La mirada de Erika se había puesto turbia... de un azul lechoso, y, de pronto, todo lo demás había pasado a un rincón perdido de la conciencia: Los ruidos del mar, el sonido del viento, el albatros, y el cabeceo del barco que crujía. Todo seguía allí, pero Enrique lo percibía ahora como a una conversación que escuchase estando con fiebre en la cama... Lejano.

Estaban los dos en ese instante que existe inmediatamente antes de que todo suceda, cuando el encanto fue roto por la llegada de los demás.

Erika fue la que reaccionó primero:

-¿Dónde?...¿Dónde, Renata?... –su capacidad de disimulo sorprendió a Enrique, que, por unos segundos, no atinó a decir nada y permaneció con la vista fija en las aguas.

-“¡Qué mina boluda!” –se dijo, con rabia– “¿Por qué no se irá al carajo con los delfines?”

-Allá, sobre el lado chileno... Deben ser como doscientos... o, más.

Pasaron corriendo a la otra banda, y el movimiento lo desempantanó un poco a Enrique.

-Son delfines australes –acertó a decir, finalmente. –Los que más se ven aquí, en el Beagle.

Estos seguían un curso paralelo a la nave, a unos doscientos metros hacia la isla Navarino, y se desplazaban con la característica sucesión de zambullidas.

-Se los reconoce por el dibujo. –aclaró, y trazó con el dedo unas líneas en el aire; como tratando de mostrarles como era éste.

Klaus le dijo algo a Renata, que rió a carcajadas.

-“Un tanto exageradas” –pensó Enrique–. “Para mí que ésta nos junó desde el salón y nos vino a interrumpir a propósito”. –Se volvió hacia Erika y le hizo una mueca. Ella miró a los delfines y sonrió, distante. Supo, entonces, que esa noche dormirían juntos.

-Las que suelen varar en la playa son las ballenas piloto –le había dicho, en ese momento, Renata a Klaus. –Son esos delfines grandotes muy parecidos a las orcas.

La voz de la joven se oyó claramente, porque, de pronto, había calmado el viento. Por unos instantes fue solo una brisa débil.

-Sí, sí, conozco a las ballenas piloto –respondió el alemán. –Lo que no sabía era que varaban con frecuencia en las costas.

-Bueno, no sé si en las costas en general. Lo cierto es que suelen varar en las costas fueguinas.

-Pensaba que el fenómeno de la varadura de las ballenas era excepcional.

-Sin embargo, aquí ocurre a menudo, y generalmente no se puede hacer nada, porque las playa son, por lo común, desiertas, y uno no las descubre hasta que es demasiado tarde.

El tiempo había transcurrido lentamente para Enrique.

Por fin, a la una en punto, Yáñez hizo, desde la entrada de la cámara, la señal de “comer”.

-Bien, parece que tenemos que comer. –el tono de Enrique era casual cuando le habló a Erika.

-¡¿Que tenemos?!... –exclamó ésta, como volviendo en sí. –¡Por Dios!... Tengo un hambre de lobos y vos lo decís como si fuese una carga pública.

Enrique rió:

-Sos muy vital, “chica de bosque”.

-¡No tenés idea de cuanto! ¡Vamos que se enfría!... –le dijo, y lo tomó del brazo arrastrándolo hacia la cámara. Con la otra mano sujetó, al pasar, a Renata. –¡Vamos, ustedes también!... –se dirigía también a Klaus –que no tengo ganas de andar esperándolos.

Yáñez estaba aguardándolos, cuando, cinco minutos después de su llamada, entraron a la cámara principal y se dirigieron al área del comedor.

En rigor de verdad, era la primera comida, más o menos formal, que reunía a todos juntos abordo, y el mucamo, aparentemente cumpliendo órdenes de Klaus, se había esmerado con el servicio.

En La Zarzamora, en la que navegaban, normalmente, quince hombres, incluyendo a Yáñez y al alemán, solo estos dos ocupaban la popa y tomaban sus comidas en el salón principal. Excepción hecha, naturalmente, de los ocasionales invitados, que muy rara vez tenían abordo, y para los cuales había siempre listos dos camarotes con dos cuchetas cada uno; también hacia popa.

El salón, o cámara principal, hacía las veces de central de operaciones de Klaus, además de comedor, living, bar y biblioteca. Pero, de todos modos, había lugar de sobra. La mesa era enorme, y el servicio, para cinco, pudo ser cómodamente desplegado en ella.

En esta ocasión se decidió dejar de lado la habitual y espartana sencillez, de la que habían hecho gala en sus comidas durante la travesía. Las circunstancias así lo requerían; era el verdadero comienzo de todo.

Erika, por otra parte, también había recibido magníficamente a sus visitantes; allá, en la finca de la Sierra de las Pinturas; y era preciso corresponderle. Naturalmente, en la medida de las posibilidades de una goleta de madera; como gustaba llamarla Klaus..

Aunque, dicho sea de paso, esta “goleta de madera” estaba bastante bien provista de gambuza y vajilla; ya que, aunque normalmente se prefería lo práctico, el alemán era, en el fondo, un hombre de gustos refinados, y disfrutaba sentándose a una mesa bien puesta. Más aún, si esto sucedía en compañía de gente que le agradase.

En este aspecto, la reunión en torno al almuerzo de ese 25 de Marzo, no podía ser más interesante; pensó Klaus. Yáñez era su amigo de siempre. Enrique, un magnífico tipo, lleno de aventuras; con una vida llevada vertiginosa y totalmente fuera de los carriles comunes. En cuanto a las dos mujeres: Muy buenas de ver. Casi podía decirse excepcionalmente hermosas. Además, inteligentes; y, también, todo lo indicaba, poseedoras de experiencias poco usuales.

El alemán sonrió complacido cuando indicó los lugares y se sentó luego de hacerlo las chicas. Enrique y Yáñez lo hicieron al final.

La más formal cortesía se manifestaba, en ciertos momentos, entre estos hombres, que, paradójicamente, parecían estar al margen de todos los moldes y encarar los acontecimientos con reglas absolutamente propias.

-La situación en las Georgias se está complicando de hora en hora.

Yáñez inició la conversación, mientras Hron, el mucamo-ayudante de cocina y comodín de abordaje, servía una entrada de róbalo en escabeche y cholgas. Todos prestaron atención.

Yáñez le hizo una indicación a Hron y continuó:

-Me dijeron esta mañana que, en Buenos Aires, la prensa habla del envío del H.M.S. "Endurance" a Georgias.

También me dijeron, todo en los pasillos de la casa de gobierno, en Ushuaia –agregó–, que, desde anoche, navegan hacia las islas las corbetas A.R.A. Drummond y Granville. Por otra parte, la B.B.C. dice que Argentina desembarcó personal militar, para apoyar a los obreros que van a desarmar la factoría de Puerto Leith.

En fin –agregó mientras todos seguían guardando silencio; –veremos hasta dónde llega esto, y espero que no nos afecte en nuestra tarea –dijo, finalmente, llevándose una cholga a la boca.

La cholga es, lamentablemente, de lata –explicó luego de comérsela. –No hubiéramos hecho a tiempo para recogerlas con buzos. –se disculpó.

Los demás habían quedado pensando en el asunto de Georgias.

-“Yáñez no ha estado lo que se dice oportuno”. –pensó Enrique, mientras se tomaba una copa entera de vino blanco– “Si ahora quiero comer tranquilo, me voy a tener que poner en pedo antes”.

-Polaco, dame mas vino, por favor –le dijo a Hron, que no era polaco, sino eslovaco.

-Sin duda es preocupante todo este asunto de las Georgias –Erika miró por un instante a través del salón antes de continuar—. Pero, exactamente. ¿A qué te referís vos cuando decís: “Espero que no afecte nuestra tarea”?... Que yo sepa, las Georgias están como a dos mil kilómetros de la Isla de los Estados.

La pregunta iba dirigida a Yáñez, y éste miró fugazmente a Klaus antes de contestar.

-Me refiero a lo siguiente: Aunque es cierto que las Georgias están a unas 1.100 millas náuticas de la Isla de los Estados, pertenecen a una gran zona única que es la de las Islas del Atlántico Sur.

No te olvides que, incluso, en teoría, al menos, el gobernador de Tierra del Fuego es también gobernador de la Antártida... e Islas del Atlántico Sur. Lo que incluye a Georgias... y a las Malvinas; y, naturalmente, a la Isla de los Estados.

-Pero, eso es abstracto –replicó Erika–. La distancia sigue siendo la misma. Un pequeño incidente en un lugar a 2.000 Km. de otro no lo compromete mucho; por mas que en el atlas estén pintados del mismo color.

-Es cierto –Klaus vino en auxilio de Yáñez. –Salvo que el “pequeño incidente” deje de serlo, y se convierta en uno grande que comprometa toda la zona.

-Ah... pero. ¿Vd. cree que puede suceder de ese modo?... –inquirió Erika, mientras sus movimientos con la comida se hacían mas lentos.

-Para decirle la verdad, no sé. No creo nada en forma absoluta ni dejo de creer; ni tampoco me parece que debemos preocuparnos seriamente. De momento, nuestro objetivo sigue estando, efectivamente, a 2.000 del entredicho. Ahí estoy de acuerdo con usted. Pero no podemos dejar de ver que estas situaciones, a veces, se escapan de todo control... y entiendo que a eso apuntaba el comentario de Yáñez. ¿Verdad?... –con la mirada buscó la aprobación de éste.

-Así es. –se apresuró a decir el segundo de a bordo, que en ese momento miraba a Renata– Uno nunca sabe en qué puede terminar este tipo de cosas. Especialmente cuando son inéditas, como en este caso. Es decir: Fuerzas navales argentinas –si es cierta la versión de la Drummond y la Granville– y una nave británica, la H.M.S. Endurance, que, parece, se encontrarán... en una zona de conflicto mutuo... Inédito en esta época, quiero decir.

Francamente, yo tampoco sé qué pensar. –concluyó, y volvió a mirar a Renata, que seguía en silencio la charla.

Enrique, que ya había bajado hasta la mitad su segunda copa de vino, firme en su propósito de no amargarse por lo que, tal vez, pudiera suceder en el campo de las relaciones anglo-argentinas, intentó dar por terminado el asunto:

-En definitiva. Solo cabe esperar los hechos con respecto a este tema; dado que no los podemos torcer.

En este sentido puede decirse que somos “objeto de la historia”. ¿De qué vale entonces nuestra mala sangre?... Está muy bien estar puntualmente enterados, claro –dijo, mirando a Yáñez con tono de disculpa–; pero hay muy poco más que pueda hacerse ¿verdad? –la pregunta era general, pero, como la dijo mirando a Renata, ésta se sintió obligada a contestar.

-Desde ya. ¿Qué otra cosa si no?... –Renata miró en torno suyo–. Solo concéntrense en lo que tienen que hacer. Lo que tenga que suceder, sucederá de todos modos.

-No hay alternativa, ciertamente. –Yáñez atacó su róbalo en escabeche y esto pareció una señal para que todos volvieran a ocuparse de la comida.

Durante los siguientes cinco minutos no hicieron otra cosa y Hron circuló alrededor de la mesa, ya reponiendo vino en las copas, ya preguntando si querían más cholgas o róbalo.

Finalmente retiró los platos y se marchó, volviendo enseguida con una fuente de conejo guisado.

Había sido una verdadera casualidad que Hron encontrara conejo en Ushuaia, cuando, la tarde anterior, salió a completar las provisiones de la gambuza; pues, aunque éste es tan abundante en la isla que constituye una plaga, resultaba totalmente excepcional hallarlo en las carnicerías y, más raro aún, verlo en los restaurantes. Salvo en el del aeropuerto.

De todos modos, esto no debe extrañar: Por entonces, más inexplicablemente aún, sucedía, también, lo mismo, con el cordero. Encontrándose sí, abundante carne de vaca, llegada a veces desde Buenos Aires. Ahora la cosa ha cambiado un poco, pero no demasiado.

La preparación en salsa de vino, con mermelada de arándano y mostaza, resultaba ciertamente excitante, y Erika estaba encantada con el resultado:

-¡Qué salsa estupenda!... He comido el conejo de la isla preparado de varias maneras; también a la cacerola, naturalmente, pero nunca con esta salsa. Espero que la receta no sea secreta ¿no? –dijo, dirigiéndose a Hron, que se puso más colorado que de costumbre; si eso era posible.

-No para usted, señorita. –respondió éste, bajando los ojos, como tímido; aunque, en realidad, lo que hizo fue posar su vista nuevamente sobre las tetas de Erika; de las que había estado pendiente todo el tiempo con el mayor disimulo.

Enrique, que se había dado cuenta, pensó, divertido: -“el polaco, esta noche, antes de dormir, se va a tener que dar un baño frío”.

-¡Ay... Qué amable, Hron!... –exclamó aquélla, derritiéndolo con una sonrisa capaz de hacer caer un gobierno. –Entonces, en cualquier momento me explica como lo hace...

-Sí, quédese tranquila, señorita. Se lo voy a dar todo escrito y se lo explicaré también.

-Magnífico, muchas gracias. –Erika retornó al conejo y Hron fue hacia uno de los mamparos del salón, donde permaneció en silencio,

-¡Muy bueno, che! –dijo Enrique. –Hacía tiempo que no comía conejo... y tan rico. Además, aquí, en la isla. ¡Qué cosa! Un bicho tan abundante y, como no lo cacés vos mismo, no lo encontrás hecho en ningún lado.

-En el campo sí –intervino Renata-. Afuera es necesario cazarlos porque se comen todo, y muchas veces se los prepara.

-Bueno, pero es lo que yo digo: Aquí, en Ushuaia, no lo encontrás por ninguna parte. Cazado y preparado por uno mismo, sí, pero en los restaurantes y hoteles es inhallable.

-Y pensar que, hoy por hoy, son todo un problema: Pelan los campos, llenan de cuevas los lugares más insólitos. –Erika dijo esto mientras llevaba la copa a sus labios. Bebió un largo trago de vino. –Hasta sé que le han destruido la pista de aterrizaje a Lawrence. –prosiguió-. Allá, en Moat.

-Sí, yo me enteré por él mismo. –añadió Enrique.

-No te digo...

-Así ocurre siempre que se introduce una especie extraña sin pensar en la cadena ecológica. –terció Renata.

Evidentemente, ésta tenía sus temas preferidos, pensó Enrique, y la ecología era seguramente uno de ellos.

-Trajeron conejos porque pensaron que, teniendo a éstos para comer, los zorros no atacarían a las ovejas. Finalmente, los zorros siguieron comiendo ovejas y los conejos se reprodujeron hasta extremos inimaginables.

-No sé hasta qué punto es conveniente traer especies foráneas a un lugar. –intervino Klaus, a quien también interesaba el tema. –Tal vez lo ideal sea dejar a una región solo con sus especies nativas. Entiendo que también ha pasado algo parecido con el castor.

-Con el castor –dijo Enrique– pasó que lo trajeron sin pensar siquiera en controlarlo con su depredador natural, que, creo, es el linco, y así, se ha reproducido, también, por demás. Hacen diques por demasiados lugares. Inundan enormes extensiones. ¿Vd. se acuerda de aquél que encontramos por donde viven las chicas?... –le preguntó a Klaus-. Bueno, de esos hay por todos lados.

-De cualquier manera, si hubiesen traído lince a esta región, que es ovejera por excelencia, me parece que algunos hubiesen puesto el grito en el cielo. ¿No es verdad? —Yáñez dijo esto mientras le hacía señas a Hron pidiéndole mas vino—.

-No te quepa la menor duda. –convino Erika, vivamente-. Al de la idea lo habrían colgado. Por eso, hay que pensar bien antes de hacer las cosas. Nada de : “...hacerlas mal...pero hacerlas”.

-De todos modos –prosiguió-, el castor es un problema menor que el conejo. En primer lugar, son menos, y, además, tienen una piel valiosa: Autorizada la caza, muy probablemente puedan ser “controlados por el rifle”, como se dice; aunque en este caso sería mejor decir “controlados por las trampas”.

Con los conejos es otra cosa: Son millones y su piel vale mucho menos. Además, ya hace años que se los caza libremente y su número no ha disminuido; mas bien, por el contrario.

-En cuanto a eso que dijo Vd. –intervino Renata dirigiéndose a Klaus-, en el sentido de que es preferible que en cada zona existan solo las especies nativas: En principio es mejor... y lo mas seguro. Sin embargo, la realidad plantea, a veces, cosas distintas, como es obvio. El problema consiste en cómo manejar estas alternativas: Vea. –prosiguió- Tampoco la oveja es nativa, ni el caballo... ni la vaca; pero la acción del hombre hace, en esos casos, de factor efectivo de control.

-Tiene razón. –convino Klaus.

-Y, por otra parte, ¿qué significa que una especie sea nativa?... Ese término no tiene mayor sentido; si lo analizamos a fondo: De alguna parte vino. En una migración, o como sea. No la trajo el hombre pero vino. Se adaptó o desapareció y el equilibrio se dio naturalmente: Encontró sus depredadores naturales, o, si no, afectó tan sensiblemente al medio que, al quedar sin sustento, se autodestruyó.

-Bueno –bromeó Yáñez–. Los conejos, entonces, también pueden llegar a autoeliminarse de esta última manera... Es una alternativa.

-No –dijo Renata, ignorando el tono de éste–, porque esos ciclos pueden ser, a veces, muy largos, e, incluso, catastróficos, en zonas pobladas. Aquí solo cabe el exterminio: Tendríamos que irnos todos de Tierra del Fuego antes de que se muriesen de hambre los conejos.

Lo que yo quise hacer notar es que, especies “nativas” y “no nativas” están sujetas a las mismas fuerzas de la naturaleza, en busca de su propio nivel sustentable. Puede decirse que las nativas son las que ya lo alcanzaron; pero recordemos que alguna vez no lo fueron, en la mayoría de los casos: O sea, que, en el fondo, la diferenciación no tiene razón de ser. A eso iba con esta digresión; ya que solo fue eso, una digresión. En realidad el tema era: Cómo manejarse con las especies introducidas.

-En efecto, ese era el punto. –convino Klaus

-De acuerdo. –prosiguió Renata—: Hoy en día no es obligatorio quedarse solo con las especies autóctonas, para no alterar el medio natural de una región. Pero, antes de importar alguna, hay que estudiarlo mucho -ahora se está en condiciones de hacerlo- y, luego, hay que cumplir a rajatabla un conjunto de pasos: Si algo se introduce –agregó, como recitando–, hay que poner en funcionamiento una nueva cadena ecológica, mas extensa, que incluya la cadena preexistente: Su depredador natural, como decía Enrique, pero no solo eso, sino el depredador del depredador, y así, sucesivamente, hasta la cúspide de la pirámide. De lo contrario, hay que resignarse al control por la intervención humana directa y permanente; cosa que no siempre se logra.

-Ren es profesora de ciencias naturales. –aclaró Erika.

-Desde ya que lo menos problemático es hacer como dicen -o decían- los chinos: “No muevas aquello que se halla quieto”. Pero esto puede ser excesivamente quieto. —concluyó Renata; llevándose, por primera vez, la copa de vino a los labios. Bebió la mitad de ella y la volvió a dejar sobre la mesa.

-Es curioso –intervino Enrique– como, desde ayer, estamos rondando el tema del equilibrio; y observo que, éste, resurge permanentemente cuando se discute la manera de hacer que una cosa funcione bien.

Fíjense Vds. –prosiguió–. Por ejemplo: Durante largo tiempo hubo una enconada polémica entre cazadores y conservacionistas. No obstante, visto desde otro ángulo, ambas posturas son absolutamente válidas y compatibles:

La figura deseable, en realidad, es la del “cazador-conservacionista”. Un individuo que tenga conciencia de que él debe, ante todo, conservar el medio en el que caza, para que éste no retrograde.

Sí, la polémica era absurda. La clave era, otra vez, un problema de cantidad. –concluyó Enrique, pensativo y con la voz algo pastosa, porque ya había tomado demasiado. En realidad no había parado de beber.

-Con la centolla ocurría que con las redes se la exterminaba. –agregó Erika –En cambio, ahora, con las trampas, que permiten escapar a las mas chicas, la cosa va mejor. Esta sería una “pesca conservacionista”, igual a la “caza conservacionista” de Enrique.

-Es decir –Klaus continuaba interesado–, la clave está en reducir la agresión del hombre al medio a niveles... naturales; por decir de algún modo. No en eliminarla, sino en regular su volumen.

-La suspensión de la agresión al medio es totalmente imposible de plantear siquiera; porque la vida misma es una constante agresión al medio. —Renata marcó el ritmo de sus palabras agitando un dedo—. Pretender, como dicen algunos ecologistas a la violeta, que el hombre ha comenzado a agredirlo cuando dejó de ser recolector y se convirtió en agricultor o ganadero, es una estupidez redonda:

Siempre se agrede al medio. El hecho de arrancar una fruta es agresión, y el hecho de que, no digo ya un hombre, sino un elefante, voltee un árbol para comer las hojas, constituye un acto de agresión fenomenal.

No, sin agresión no hay vida...

-Es verdad –dijo Yáñez; que la seguía con atención.

-La cuestión es encarrilarla, trazarle contornos, ordenarla. –prosiguió Renata– En los animales está naturalmente limitada por las reducidas, o nulas, posibilidades de inventiva de éstos. Al hombre, en cambio, su capacidad mental le permite crear, constantemente, nuevas maneras de agredir; cada vez más eficaces. Pero allí mismo radica la facultad de ponerles coto... Como Vd. dijo recién. –se dio vuelta hacia Klaus. El alemán asintió con la cabeza.

-Sí. –dijo– Aunque debo agregar que a veces resulta difícil; especialmente cuando se han pasado ciertos límites. Hay un “punto de no retorno”.

-Y ¿Vd. cree que lo hemos pasado?

-Francamente; a veces pienso que sí.

-Pero eso ya se inscribe en una realidad más universal. –Enrique habló mientras Hron le retiraba el plato con los restos del conejo. –Vds. han pasado ahora de lo particular a lo general. Ya no se están refiriendo a la retrogradación, recuperable o no, de una especie animal, o a la destrucción de la selva brasileña por las motosierras.

-Me sigo refiriendo a eso... también –replicó Klaus—; ya que los ejemplos puntuales que acaba de citar, están integrados dentro de lo que usted llama “una realidad más universal”... Realidad que veo marchar en una dirección cada vez más clara...

-La del fin de esta humanidad. —la intervención de Renata detuvo la conversación por un instante.

La referencia había sido demasiado precisa, pensó Klaus: “Esta” humanidad, había dicho, no, “la” humanidad. Como dice todo el mundo cuando habla del peligro de una guerra nuclear.

-Ah... “esta humanidad” –le dijo a la joven–. Sospecho, entonces, que Vd. admite la existencia de, al menos, otra... Anterior, tal vez.

El alemán había dicho esto con una sonrisa.

-Le confieso –respondió Renata– que me siento atraída por esas historias que nos hablan de cataclismos y cambios muy remotos; y del fin de civilizaciones muy desarrolladas. Éstas también habrían pasado “el punto de no retorno”: El hundimiento de La Atlántida, el diluvio universal... o los diluvios.

Pienso que todo eso ha sido histórico; que ha sucedido realmente.

-En cuanto al tema de La Atlántida –intervino Enrique–, la fuente conocida es solo Platón, que en el Timeo y en el Critias nos cuenta la historia. Pero hay científicos que sostienen, que las fechas del diluvio bíblico y de la catástrofe atlántica coinciden.

-Es evidente que la “gran catástrofe” está en el recuerdo común de casi todos los pueblos. Asiáticos, americanos, europeos.

Klaus dijo esto mientras Hron le servía el postre.

-Además de en la Biblia –prosiguió–, figura en la undécima tablilla de barro del poema de Gilgamesh y en otras dos versiones mesopotámicas. En los griegos encontramos referencias a tres diluvios o inundaciones: el de Deucalión, el de Ogiges y el de Dárdano.

En cuanto a Platón y la Atlántida, yo lo tomo por separado, si Enrique me lo permite, ya que la fuente, según el propio Platón, es egipcia.

-No se olvide de Beroso –acotó Renata.

-¡Tiene Razón! ¡Soy un torpe!... Aunque se conserva de manera muy parcial.

-Sí –respondió la joven–, solo fragmentos que nos han llegado a través de las obras de Josefo y de Eusebio de Cesárea.

-¿A qué se refieren? –preguntó Yáñez, intrigado. –Nunca oí hablar de Beroso.

-Les confieso que yo tampoco. –dijo Enrique.

-Ni yo –agregó Erika, mirando a Renata y riéndose. –Evidentemente no conozco a todas tus amistades.

-Beroso –dijo Klaus–, era un sacerdote babilonio; historiador y astrónomo. Pero del tiempo en que Babilonia ya había sido helenizada.

Nació, probablemente, en Coos, allá por el año 340 antes de Cristo, y escribió, en griego, -muy malo, por lo que sabemos- una Historia de Babilonia, en tres libros. El segundo de ellos trataba de “Los 432.000 Años Anteriores a la Gran Inundación”, y ésta, era, obviamente, el diluvio.

De todo esto –prosiguió el alemán, con tono didáctico–, lamentablemente, nos quedan solo fragmentos; que desde muy antiguo se conocen como “Fragmentos de Beroso”. ¡Ya quisiera yo contar con una versión original y completa!... –exclamó, volviéndose hacia Renata.

-La culpa de que eso no sea posible, probablemente la tenga Omar. –dijo ésta.

-¿Omar? –preguntó alguien.

-Sí, hay quienes han sostenido que se guardaba un ejemplar completo en la Biblioteca de Alejandría... y que fue quemado, junto con todos los demás libros que se conservaban, por orden del califa.

-¡Basta el Corán! –dijo Enrique, y engulló un trozo de pastel de ruibarbo, mientras se decía que Renata era una chica para tomar en serio.

Para ser justos con el Califa Omar: Cuando éste ordenó la quema de lo que quedaba de la Biblioteca de Alejandría, la misma ya había sido dañada irreparablemente durante varios siglos; ya que, incluso, los sucesivos gobiernos de Egipto, helenísticos y, posteriormente, romanos, hasta alimentaron las calderas, para calentar el agua de los baños, con miles de rollos de papiro, que contenían inapreciables obras literarias de la antigüedad. No obstante, es cierto que a Omar le cupo el dudoso honor de dar a las llamas el resto. Es posible que el trabajo de Beroso, que tal vez se conservaba, haya desaparecido en este último acto de barbarie.

Un cuarto de hora después estaban todos tomando café en el otro extremo del salón; donde los sillones de cuero de hipopótamo formaban un semicírculo.

Las paredes de ese sector estaban cubiertas por una heterogénea mezcla de cosas; algunas de las cuales le recordaban a Klaus su paso por los siete mares y tierras adyacentes:

En panoplia: Un antiguo arpón esquimal de hueso, varios kukris Gurkhas de diferentes tamaños, sables, pistolas, y una espingarda norafricana.

Más allá: Cuatro colmillos de morsa, navajas marineras de diversos modelos y épocas, algunas granadas vacías, y una curiosa línea de espinel, que, clavada, se extendía por el forro interno del costado de estribor y el mamparo que daba hacia popa. Parecía hecha con una fibra vegetal y estaba armada con unos rudimentarios anzuelos; de metal, algunos, y otros, de hueso y espinas de pescado.

El conjunto era, en sí, bastante abigarrado, y se veía que el plumero no había sido pasado con el mismo esmero por todos sus componentes; pero creaba un ambiente muy cabinero y acogedor.

En un rincón, dentro de un exhibidor de numismática con tapa de vidrio biselado, campeaban varias monedas, también de diferentes épocas, puestas sin ningún orden de catálogo: Cinco rublos de plata de Nicolás II, una pieza de bronce romana, ocho chelines de Gambia acuñados en 1970, con el hipopótamo característico, y, en el medio, dominando el conjunto, un “moidoro” portugués del siglo XVII, que se imponía, no por su tamaño, sino por ser indudablemente de oro. Tres dólares de plata y varios cobres de veinte reis, de Luís I de Portugal, cerraban, en el borde inferior, la exposición.

-¡Qué hermosa moneda de oro! —exclamó Erika, levantándose para verla.

-Es muy antigua —repuso Klaus. —Portuguesa. La conseguí en Brasil en el año cincuenta y ocho, en un pueblo de Minas Geraes donde estaba de paso.

Aproximadamente de 1690; aunque la fecha de acuñado ya está algo borrada.

-¡Qué misterio el del oro!...eh. ¿Por qué atraerá tanto al hombre?...—dijo Erika, dirigiéndose a los demás—. No creo que solo sea cosa de economía. —volvió a sentarse y tomó en sus manos la taza de café con su platillo.

Enrique la había mirado moverse y había sentido como crecía su deseo. Haciendo un esfuerzo por apartarlo de su mente, se concentró en lo que se hablaba y acotó:

-“Esa bárbara reliquia”, lo llamó Keines. Sin embargo sigue teniendo importancia; pese a la desaurización de la economía, a que ya no vale U\$S 800.- la onza, como en el año setenta y nueve... y todo lo que se quiera decir. —revolvió con parsimonia el contenido de su pocillo. —Si no, véase nuestro caso: No hemos podido resistir a su embrujo y al poder que trae consigo —tomó un sorbo de café antes de seguir—. Y henos aquí, firmes tras las huellas de algo que ya ha costado una vida. Sin embargo, no estamos dispuestos a cejar en el empeño; aunque marchemos hacia un futuro incierto.

No hablo por ustedes —se dirigió a las chicas—. Poco interés tienen en esto: Erika ya recibió sus dólares y viene por puro sentido de responsabilidad, y Renata lo hace porque es amiga de Erika; en esto no va en un mango.

Pero, nosotros —hizo un gesto que los abarcaba a él y al alemán—. A nosotros nos mueve la pura codicia. La codicia por el resplandor amarillo tras del cual puede acechar la muerte... ¡Pero eso no importa!... Nada detiene ya al que ha sentido el imán del oro... —evidentemente, ahora, Enrique daba en romántico.

-Es cierto, y siempre su obtención se asocia a aventuras, a situaciones fuera de lo común —añadió Erika, que seguía, excitada, las palabras de Enrique—, a misterio. Suena a esclavitud y huele a sexo... Sí, tal vez haya alguna magia sexual dentro del oro.

-Tal vez. Es el metal del sol y el sol es el calor, la vida... y el sexo es vida. —convino Enrique, cambiando ahora a la línea sugerida por la joven.

Klaus tomaba lentamente su café, al que había agregado unas gotas de whisky, y Renata permanecía en silencio.

Ésta parecía obrar como un gran felino depredador, o como un iniciado en las artes marciales, pero de los de verdad: Nunca estaba en semi-tensión. O intervenía plenamente en algo, o estaba relajada y en descanso; en cuyo caso no se la notaba. Era como un “ninja” que se hace invisible. Uno se olvidaba de que existía. Permanecía en un plano casi deslucido. Sin embargo, su belleza no tenía nada que envidiarle a la de Erika y su cuerpo era tan atractivo como el de ésta. Aunque había más músculo en ella. Su acero parecía más duro: “Como templado en un rito secreto”. —Se dijo Klaus—. Era una lástima, pero, probablemente jamás llegase a descubrir qué había verdaderamente allí.

-“En fin, a otra cosa”. —pensó, y, mirando a Enrique y a Erika, agregó, también, para sí —“Estos no llegan a la noche”.

-Bien, ya que hablamos de oro –los interrumpió—: ¿Cómo les parece que se presentará el trabajo?... Sin entrar a analizar lo que puedan hacer “los otros”, porque creo que éstos atacarán cuando ya tengamos la caja en nuestro poder, me refiero a la faz técnica.

-Si el sumergible no se ha movido –respondió Enrique—, el entrar en él y localizar la caja estanca, va a ser una tarea relativamente sencilla. Si no se ha movido, digo. Tampoco presenta mayores problemas sacar la caja a la superficie. He hecho tareas parecidas o peores.

El clima, en esta zona, puede darnos sorpresas constantes; pero se trabajará solo con buen tiempo, y eso solo se traducirá en demora.

-Bueno, la demora es lo que menos me atrae en estas circunstancias –replicó el alemán.—Me refiero a las circunstancias políticas que se insinúan. Incluso lamento no haber venido más rápido.

-De acuerdo, pero el clima es incambiable; por lo tanto, no me preocupo por eso. Lo que sí me preocupa un tanto es la localización.

-¿La localización?... Sin embargo, la carta y los datos de mi padre parecen muy precisos. —Erika intervino algo molesta.

-No me cabe la menor duda de que los son –repuso Enrique.—Pero, bajo el agua, todo cambia. Uno puede pasar largo tiempo buscando un barco hundido, que está en un círculo de dos mil metros, sin verlo, especialmente si es una nave pequeña.

En este caso, el submarino es una nave mediana, y tu padre salió a duras penas de él, en medio de una tormenta helada que mató a todos los demás.

Yo opino que puede hallarse en cualquier parte, dentro de un círculo de 1.000 ó 2.000 metros de diámetro, que tenga como centro el sitio que señala tu padre.

Una exactitud así, dadas las circunstancias, es lo mas que se puede pedir... y para encontrar un submarino que está sobre un fondo tremendamente frágil, dentro de un círculo de 2.000 mts., vamos a tener que trabajar. Yo sé lo que les digo.

En resumen, y respondiendo a su pregunta, –dijo, dirigiéndose a Klaus— la etapa mas ardua va a ser la de la localización. Pero no hemos de morir por eso; en definitiva.

-Comparto su opinión –convino el alemán—; pero –añadió—, no se olvide que tenemos la ayuda del detector de metales.

-Aunque tengamos la ayuda del detector de metales, –replicó Enrique, –va a ver que, igual, va a ser trabajoso. Por otra parte, éste tiene sus limitaciones. –bebió un largo trago de whisky puro. –No, viejo, no se engañe: Va a haber que laburar tupido... Aunque, sí, el detector de metales puede ser de gran ayuda. –admitió finalmente.

Enrique miró a las chicas, que asistían mudas a la exposición, y sonrió complacido: Por fin estaba tocando un tema en el que Renata no tenía nada que decir.

El interior del “pilot house” de la goleta no tenía nada que ver con el estilo imperante en el resto del barco.

En realidad, al entrar, se recibía la misma impresión que sufriría alguien que, luego de deambular a gusto por un castillo roquero, abriese de pronto una puerta y se encontrase con una sala de computación moderna. El nudo técnico de La Zarzamora pertenecía, ciertamente, al mundo de la ciencia avanzada.

Pastorius leía una revista cuando Klaus se le acercó por detrás.

-¿Qué tal... Alguna novedad?... –dijo, sentándose en una silla al lado del taciturno frisón.

-Con un gruñido, Pastorius dijo que no, y sacó del bolsillo de su camisa un paquete de pastillas de anís. Le ofreció una a Klaus.

-Son buenas para hacer la digestión. –aclaró, mientras éste se ponía una en la boca; él tomó otra.

-Todo normal. –añadió después de un rato. –Nada fuera de lo común. Ahí, justamente, viene un barco en sentido contrario. Va hacia Ushuaia, seguramente.

Luego, mientras movía la pastilla de un lado a otro en la boca, se quedó esperando a ver qué quería el “Kapitän”. Cuando le pareció que en realidad no quería nada, volvió a su revista.

Klaus se quedó un rato mirando el techo y chupando la pastilla de anís.

Minutos después sacó un paquete de cigarrillos y repitió, a la inversa, el rito del convite con Pastorius. Éste dudó un instante. Casi no fumaba; pero finalmente aceptó.

-“Todo sea por acompañar al Kapitän, que parece estar preocupado”. –se dijo.

-No creo tener que decirte que vigiles todo con cuatro ojos. –Klaus habló, finalmente, pero se arrepintió enseguida al ver la cara ofendida del frisón.

-¡Herr Kapitän!... ¡Claro que no tiene que decírmelo!...

-Ya lo sé, hombre –se disculpo–. Es solo una expresión.

Pastorius estaba con él desde 1960, cuando lo había conocido subsistiendo, malamente, como camarero, en un hotel de segunda clase de Barcelona. En todo el tiempo transcurrido, siempre había cumplido su trabajo sin dar lugar a la menor queja, y era de esas personas que pedían poco a cambio de su dedicación, pero que exigían un reconocimiento moral pleno de su valor. En esto se mostraba tremendamente celoso... y con razón, pensaba Klaus.

-Confío en tu trabajo –añadió–. Solo que esto es tremendamente importante: Cualquier cosa rara que notes. Por más pequeña que sea. En el radar, en las radios... donde sea: Me la haces saber inmediatamente... A la hora que sea. Aunque esté durmiendo. ¿Eh, Pastorius? Aunque te parezca una pavada...

-Quédese completamente tranquilo capitán. –cuando algo le sonaba misterioso el frisón hablaba en su Platt (*), que solo Klaus le entendía, y, además, en un susurro.

-Yo me encargo de todo. –finalizó en castellano, cambiando el tono por el que se emplea para conformar a un chico tonto.

-Perfecto, gracias. –dijo Klaus, y se levantó, saliendo enseguida.

Al llegar a cubierta se dirigió hacia popa, donde las chicas charlaban animadamente con Enrique, mientras gesticulaban y señalaban hacia un buque que acababa, en ese momento, de pasarlos.

En la cubierta del mismo algunos marineros saludaban con las gorras. Erika y Renata les respondían con la mano.

No necesitó de los prismáticos para ver el nombre escrito en la popa de la nave, en letras cirílicas y latinas: Akadémik Maiák.

-¿Rusos, eh?... –preguntó a espaldas de Enrique. Éste se dio vuelta. Su expresión no decía nada.

-Sí... pero, no sé... Tal vez no tenga nada que ver. Este es un barco oceanográfico que siempre anda dando vueltas por aquí: Va a La Antártida; vuelve... —Enrique se volvió a mirar al “Akadémik Miák”, mientras que la distancia que separaba a las dos

(*Platt: Cualquiera de los dialectos del “bajo alemán”, hablados en el norte de Alemania. En este caso el frisón; de uso corriente en el norte de Alemania y de Holanda; además de en todas las Islas Frisias; desde Holanda a Dinamarca.

embarcaciones aumentaba segundo a segundo—. Yo diría que, por el rumbo, si es que tiene que ver con algo, más bien está vichando a causa de la tensión política. Por otra parte, aún no sabemos quienes son realmente nuestros enemigos... Estoy tratando de no darme manija. —concluyó, mientras las chicas se volvían hacia ellos frotándose las manos. La temperatura estaba bajando. Ya la distancia era considerable y habían dejado de saludarse con los rusos.

Antes de que pudiesen decir nada, el alemán propuso:

-Está haciendo frío... ¿Por qué no tomamos otro café?

Nadia Vasiliévich estaba totalmente desnuda, acostada de espaldas, en la cama de dos plazas que el coronel Makárov tenía en su camarote del Krásny Sókol.

Con una pierna cruzada sobre la otra miraba el techo mientras fumaba.

-“¿Por qué diablos habrá tanta calefacción en este maldito buque?” —se preguntó. Era un fenómeno que había observado, de un tiempo a esta parte, en muchos lados: En Moscú, en Leningrado, en Riga. Por todos lados se les había dado por excederse con el calor. Incluso en este pestilente barco; con su perenne olor a pescado que no se podía sacar de la nariz. Se dijo, frunciéndola, cuando pensó en el olor.

Hasta aquí llegaba también; de a ratos, en vaharadas lejanas; pero mucho mas atenuado que en su oficina. Ésta daba a la parte trasera del nivel “J”; donde parecía que se concentraban los efluvios provenientes de la planta procesadora interior.

Para colmo, hacía ya cuatro días que se trabajaba casi sin pausa.

Sí, el cuarto estaba demasiado caliente y Nadia sudaba. Se levantó y caminó hasta el ojo de buey. Lo destrabó y abrió de un tirón. El aire frío le azotó la cara y ella lo respiró golosamente... Hondo. Varias veces.

El mar se veía gris-blanquecino y encrespado. El aire era salado. Hasta dejaba gusto a sal en la boca.

Desde el baño le llegaron los ruidos que hacía Valérian Pávlovich en la ducha.

Prestó atención. Más lejos, por encima del murmullo del mar, se oían los espasmódicos sonidos de los aparejos y las cabrias: Estaban levantando la pesca de uno de los barcos satélites. Luego, seguiría el ajetreo en las entrañas del Krásny Sókol: Clasificación, limpieza, fileteado... Sí, la consigna era que debían funcionar a pleno en las dos actividades. La pesca y el espionaje. Salvo en circunstancias muy especiales, volvían a casa con la carga completa.

Cerró la ventana de un golpe y se dirigió de nuevo al lecho. Al pasar frente a la puerta del baño sintió que Valérian Pávlovich canturreaba a media voz:

“Ia mogýlu myloy yskal...”

Recordó la vieja canción. Era la misma que cantaba Dzórik, su hermano. Pero éste no la había aprendido en la clase de música de la escuela: Se la había enseñado Nemóy, el georgiano que se pasaba todo el tiempo cantando en la feria de la aldea; allá, cerca de Kazán.

“...gde zhe tü moiá Sulyko.”

Sí, así se llamaba, “Sulyko”, y era muy antigua. Tenía buena voz Valerian.

De pronto se dio cuenta que estaba parada frente a la puerta del baño.

Ésta tenía un espejo que la cubría totalmente, de arriba abajo, el cual, ahora, le devolvía su figura de cuerpo entero: Delgada, bien formada y morena; con senos pequeños, pelo negro y lacio, boca grande y pómulos altos; ojos algo rasgados... Un aceptable conjunto, se dijo. Pero nada espectacular.

Francamente, se preguntaba, qué le habría visto el coronel de especial... o tal vez sería la soledad del mar. Valérian Pávlovich parecía un tipo totalmente solitario.

Soltero, no hablaba nunca de la familia... ni de nadie en particular. En los dos meses que eran amantes, se había preguntado también, con frecuencia, si tenía de quién hablar, en realidad, si venía de alguna parte o si, en verdad, había salido de la nada.

También lo había sorprendido, algunas veces, en la noche, sentado despierto en el lecho, y se había hecho la dormida para espiarlo a la luz del pequeño velador que él dejaba encendido. No le gustó lo que había visto: La mirada lejana, el ceño cruzado por arrugas, perdido en vaya a saberse que pensamientos de los que nunca hablaría. Le había resultado insoportable la idea de no poder ver nunca detrás de su rostro infranqueable.

Un cambio en los ruidos que venían del baño la sobresaltó. Éstos le indicaron que Valérian estaba por salir. En puntas de pie regresó a la cama.

La asustó el pensar que la pudiese encontrar ahí parada como una tonta.

Cuando el coronel Makárov salió, también desnudo, secándose los pies con una toalla, Nadia estaba nuevamente de espaldas en la cama, con las piernas cruzadas y fumando.

-¿No te vas a bañar? -le preguntó él.

-Sí, pero me voy a bañar con agua helada. La calefacción está muy fuerte. Es insoportable. -dijo, resoplando.

-¿Por qué no abres un poco el ojo de buey para que entre aire?

-Ya lo hice, pero lo volví a cerrar. -dudó un momento antes de proseguir. -Pensé que la corriente de aire te podría hacer mal al salir del baño.

-No hay cuidado, no te preocupes. -dijo, y fue él mismo hacia la abertura caminando descalzo. La abrió nuevamente, y se quedó un instante, a su vez, mirando el mar grisáceo y oyendo el bramido del viento.

Nadia saltó de la cama y se metió en el baño.

Valérian Makárov recordó como había reparado en ella, al poco tiempo de hacerse cargo de esta comisión en la flota pesquera.

Parecía, en principio, un destino más rutinario que de costumbre; y al comienzo así lo fue. En cinco meses no sucedió nada en la costa Argentina; al menos, que él supiese.

Deambulaba aburrido por todos los sectores de la nave -de inteligencia y de pesca-, al poco de embarcar, cuando, en la última oficina del sector "J", casi tropezó con el pequeño escritorio de ella. Estaba en un ángulo de un cuchitril delimitado por delgados mamparos; como todos los demás en ese extremo del sector.

La joven descansaba ante una máquina de escribir y no aparentaba más de veinticinco años. Ni siquiera la saludó. Se limitó a recorrer todo el lugar con su cara de poker y las manos a la espalda.

Todos habían iniciado el consabido rito de hundir la nariz en sus papeles, aún antes de que él llegase. Es decir, casi todos, porque la joven de la máquina de escribir prendió un cigarrillo.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Era un acto evidente de independencia. Un acto pequeño, pero que él sintió como un vivo chorro de luz. -"He ahí un ser libre, pese a todo"- Se dijo.

No se dio cuenta de que había perdido por un instante el control de sí mismo, y que se había quedado parado a espaldas de ella, como lo hacía con casi todos, pero sin su cara de ogro.

Cuando la muchacha giró y lo miró directamente a los ojos, supo que lo había tomado sin guardia y que, incluso, había percibido la tenue chispa divertida que se había encendido en ellos.

-¿Fuma, camarada coronel? –le había dicho tendiéndole el paquete de Camel. Mientras las miradas de reojo de los que, desde los otros cubículos cercanos, atisbaban la escena disimuladamente, trasuntaban horror... por lo menos. Él también se había quedado algo cortado, pero enseguida reaccionó.

-Oh, sí, claro que fumo... y mucho. Aunque no debiera... Muchas gracias. –y había aceptado un Camel, tomando también la caja de fósforos que ella le alcanzó; porque pensó que hubiese sido una descortesía rechazarlos y sacar su Dupont.

Valérián Makárov se tiró en la cama con los brazos cruzados tras la nuca, y pensó que, por fin, parecía terminarse la inactividad.

Esa misma mañana, un cifrado de los agentes del K.G.B. en Ushuaia, le había anunciado que la goleta y El Orejano se habían puesto en movimiento por el Beagle hacia el este. Además, hacía poco rato, esto había sido confirmado por un cifrado del “Akadémik Maiák”, que los acababa de cruzar.

Nadia hacía ruido en el baño. Le gustaba jugar con el agua y solía quedarse largo rato bajo la ducha. Hasta le había dicho que era una lástima que no hubiese bañera; pues se hubieran podido meter juntos en ella. Él se había reído mucho, pero le había gustado la idea.

-“¿Dónde mierda estará hundido el U538, exactamente?”. Se preguntó por milésima vez. Mas, enseguida se dijo que ya faltaba poco para que la incógnita quedara develada. Los aventureros llegarían muy pronto a su destino; cualquiera que éste fuese.

-¡Coronel Makárov! –la voz de Pátzak resonó en el pasillo.

-¡Un momento! –dijo en voz alta, mientras saltaba de la cama. Apresuradamente se puso los pantalones y abrió la puerta a medias.

-Moscú, camarada coronel. –Pátzak le tendió un cifrado decodificado.

Comenzó a abrirlo, mientras despedía al miembro del Dpto. de Comunicaciones con un gesto. Iba a leerlo en la misma puerta abierta, cuando, los sonidos que llegaban desde la ducha, le recordaron que Nadia estaba con él.

Se apresuró a cerrar y se sentó en la cama acercando el papel a la luz del velador. Las letras y números del encabezamiento eran el código de Tupólev. Leyó:

<<Corbetas argentinas Drummond y Granville rumbo al área del conflicto stop. Brezhnév muy grave; ha tenido colapso en visita a Turkestán. Posible derrame cerebral stop. Todo se complica stop. Fin.>>

-“Noticias buenas y noticias malas” –pensó– “Primero las que prometen acción. Ahora, éstas de Tupólev”. Un conflicto en el área, si llegaba a extenderse, tornaría muy dificultosa la operación. No sería fácil trabajar en aguas argentinas con clima de guerra. Para peor, el estado de salud de Brezhnév haría que allá comenzaran a sacarse los ojos con más intensidad que de costumbre; y eso podía repercutir aquí: Un pésimo cocktail.

Nadia salió del baño con el pelo mojado y peinado, y, aunque se había secado el cuerpo, algunas gotas de agua provenientes de aquél, brillaban sobre la piel; que se le había erizado.

-Brrrr... Está helada –dijo, y él la miró en ese momento, saliendo de sus pensamientos. Los oscuros pezones se veían chiquitos y duros por el frío y los dientes le

castañeteaban. Pero ella había hecho su hazaña cotidiana: Se había bañado con agua helada.

Debía desafiar a alguien todos los días. Hoy le había tocado el turno a la neumonía.

-¡Pedazo de idiota!... Quieres dejar de jugar al niño pionero –le espetó mientras lo invadía el enojo. Él, cargado de preocupaciones buscaba un poco de reposo, de relax; y la muy infantil se dedicaba a darle exhibiciones de heroína “girl scout”.

Lo miró sorprendida. Valérian no era dado a ese tipo de expresiones con ella. Se sintió avergonzada. Hasta buscó algo para cubrirse.

Pero, él se paró, y con cara contrariada le quitó la toalla que tenía en su mano derecha. Luego comenzó a secarle vigorosamente la espalda.

Sintió que la friega le restituía el calor y, lentamente, se fue dando vuelta. Valérian Pávlovich la siguió secando por delante, hasta que de pronto dejó caer la toalla y la estrujó con las manos tan fuerte que se mordió para no gritar.

No iba a gritar... Lo miró, y sus ojos parecían los de un loco.

La arrojó con violencia sobre la cama.

Un rato después, ella jugaba ensortijándole el pelo mientras yacían agotados. Valérian con los ojos cerrados.

-¿Para esto me preguntaste si no me iba a bañar? –le dijo Nadia al oído.

Él abrió un ojo y le tapó la boca con la mano.

A las 5 p.m. todos estaban nuevamente en torno a la mesa del salón; mientras Hron servía el té. Un té apenas acompañado por unos bizcochos.

En la expedición se había convenido fijar una hora temprana para la cena, y no podían juntarse demasiado dos comidas.

Iniciados los trabajos, la hora del té iba, seguramente, a resignar todo resto de formalidad, y las tazas se trocarían en jarros de lata que se beberían vestidos con los trajes de neoprene, o con los overalls; según el caso.

Pero todavía no habían llegado a la Isla de los Estados, y hoy tomaban, entonces, tal vez el último té civilizado en no se podía saber cuanto tiempo.

Éste no había sido preparado según la tradición japonesa, pero, de todos modos, surgía del servicio una atmósfera acusadamente oriental. En primer lugar, por la frugalidad, y luego, porque el juego de porcelana era chino. No muy antiguo; pero de una excelente factura cantonesa de antes de la guerra. Además, no había café; todos habían optado por el té.

-Ya hemos recorrido toda La Zarzamora, creo. –dijo Renata

-Me parece que solo nos falta meternos en la sentina. –Erika tenía puesta una vieja y descolorida campera de “denim”, que mostraba recientes manchas de aceite lubricante.

–Y eso porque no encontramos cómo. –añadió.

-Yo les voy a indicar luego como hacerlo. –Intervino Klaus, solícito. –Pero no se los aconsejo. Hay muy poco espacio. Además, estos barcos de madera son todos de “sentinas sucias”. Están generalmente llenas de agua de las filtraciones y mugre de todo tipo.

-¡Pero, no! –exclamó Renata–. Era una broma. ¡Ay, Erika... Mirá que sos loca! –aña-

dió, mientras ésta sonreía maliciosamente y Klaus ponía la cara del que descubre que lo están cargando.

-Tal vez le venga bien una revolcadita por la sentina. —masculló Enrique—. Es un excelente remedio para los curiosos. O, mejor, una pasada por la quilla.

-Vos callate y andá aprendiendo a aguantarme —replicó Erika—, porque vamos a tener que pasar un tiempo juntos y va a ser mejor que te llevés bien conmigo —su voz era un poco mas grave que de costumbre.

-Me estoy muriendo de miedo. —el tono de Enrique era sobrador.

-Puedo llegar a ser una enemiga terrible. —dijo ella entrecerrando los ojos y cerrando los puños.

-¿Cinturón negro, eh?... Bah...

-Pasame la azucarera, Erika. —le dijo Renata, cortando la pavada. Cuando terminó de servirse dos terrones, se la ofreció a Klaus.

-No, gracias.

-¿Lo toma sin azúcar?

-No siempre... según. Hoy sí, lo voy a tomar sin azúcar. Posiblemente cuando empecemos a bucear le ponga mucha. Aporte calor.

-Pero, hoy prefiere sentirle el gusto.

-Exacto, sí. Pienso que al té se le toma el gusto cuando viene sin azúcar ni leche ni nada.

Yáñez tomaba su taza sumido en sus pensamientos. O, al menos, así lo parecía.

Enrique y Erika, mientras tanto, seguían jugando a enojarse. Eran los maullidos de los gatos en la noche.

-En Japón, donde lo saben tomar, el té, y, más aún, el de la ceremonia del té, es sin azúcar —Renata revolvía su taza—. Yo confieso que no soy, en ese sentido, una buena tomadora de té: Le pongo azúcar... e, incluso, un chorro de leche. A la inglesa.

-No vaya a creer —repuso Klaus—. No quiere decir que Vd. no sepa tomar té el hecho de que le agregue algo. En Japón no siempre se lo ha tomado como ahora; ni en China tampoco. Precisamente, la costumbre de agregarle cosas al té, viene de allá.

-¡No me diga!... En cuanto a agregarle cosas, yo solo sabía lo del té mantecado y salado de los tibetanos.

-Eso es una perduración de viejas usanzas que ya no tienen vigencia en China o Japón, pero que un día fueron la modalidad corriente.

-¿En qué período, Sr. Werder?

-Bien. En “El Libro del Té”, Kakuzo Okakura —el célebre Tenshin— nos dice que la historia de esta bebida tiene una época primitiva, y, luego, los tres períodos de desarrollo que lo han llevado a su modo actual de preparación:

El del té en pasta hervido, que corresponde a la dinastía “Tang”; el del té en polvo batido, que es propio del período “Sung”; y, finalmente, el té en infusión de sus hojas, que es el que usamos nosotros, adoptado durante los “Ming”.

Pero, para contestar su pregunta: El té de la época primitiva es el que lleva aditivos de todo tipo; vale decir, el que se tomaba con anterioridad al siglo VIII de nuestra era.

Se partía, entonces, de una pasta hecha con las hojas machacadas, que, a su vez, se hacía hervir con arroz, jengibre, corteza de naranja, especias y leche.

-¡Dios mío, qué menjunje!...

-Pero fíjese que, de tal mezcla, derivan el té tibetano —con grasa de Yak y sal—, el té mongol, e incluso el té con limón —a la rusa—, puesto que los rusos lo tomaron, en su marcha hacia el extremo oriente, de las posadas chinas que conservaban las formas antiguas... Siempre según Okakura; aunque casi todas las opiniones coinciden en esto.

-Y, seguramente, nuestro té con leche —dijo Renata.

-Me inclino a pensar que eso es una adición europea posterior, pero que, por casualidad, reproduce formas primitivas de ingerir el brebaje. Por eso, le reitero: No crea una herejía tomar té con leche. Los inventores de este asunto nos precedieron en mas de dos mil años en hacerlo, y fue necesario que apareciese en China un Lu Wuh, a mediados del siglo VIII, para iniciar el camino que lleva al té con su forma y etiqueta actuales.

Klaus tomó un sorbo y Renata permaneció atenta.

-Este Lu Wuh –prosiguió el alemán–, comenzó por quitarle todos los aditivos excepto la sal –por que hay que puntualizar que en tiempos de Lu Wuh se siguió bebiendo té salado–, luego, regimentó todo lo referente a esto en un tratado famoso: El “Cha King”; que, al decir de “Tenshin”, puede ser tomado como la Biblia del té.

-De todos modos –dijo Renata–, con o sin leche es un verdadero tónico.

-Mire la importancia que le concederán en Japón, que para decir que un tipo tiene “algo”: tacto, savoir faire, capacidad estética, cancha, que está de vuelta de todo, se dice –o, al menos se decía en tiempos de Okakura– que “tiene mucho té”, y del tipo inverso se dice que “carece de té”.

Renata sonrió pensativa.

-Está bien –dijo lentamente y ladeando la cabeza, según su costumbre. –Aunque hay que ser japonés para entenderlo del todo, sin duda. Pero, vale... Aunque sea para hacerse una pálida idea de todo lo que encierra para ellos el “tener mucho té”: El haber vivido a través de muchas ceremonias de té. Como si esto, diese cierta garantía de que, quien ha hecho la experiencia, ha entrado en otro nivel... Algo así como la contemplación de los símbolos en la mística occidental, ¿verdad?

-Sí, ciertamente. Cada pueblo, o al menos muchos pueblos, han conservado, y en algunos casos desarrollado, diferentes vías para acercarse a “lo-que-no-se-ve-a-simple-vista”... Sí, creo, como usted lo sugiere, que esto es tal vez el fondo de la pasión japonesa por el té: No solo como bebida sino como... gimnasia estética, diría yo. O podemos decir, más cumplidamente, estético-mística; ya que ha mencionado el término.

-No debemos olvidar que el té ceremonial japonés es una práctica Zen –dijo Renata.

La conversación se realizaba a media voz. La joven, tomando la tetera, ofreció más a Klaus, que aceptó, y se sirvió a sí misma otra taza. Volviendo la cabeza hacia Enrique, Erika y Yáñez, preguntó:

-¿Mas té? –y sirvió a Yáñez, que estaba a su lado. Luego le alcanzó la tetera de porcelana a Erika, para que se sirviese y sirviera a Enrique.

-No debemos, por otra parte, interpretar la etiqueta, y todo lo que rodea al té en Japón, como algo solemnemente pesado —Klaus parecía decidido a agotar el tema—. No, el culto de la forma es evidente y estricto, pero apunta a suscitar realidades sensibles que son de lo mas vivas; además de ser tenues y ligeras como el aire.

-¿Vd. ha sido invitado a tomar el té ceremonialmente? –le preguntó Renata.

-Sí, y recuerdo esas ocasiones como algo nada aburrido.

Lo que he experimentado en ellas, le soy sincero, no lo puedo definir. Pero, sí, en cambio, creo que lo puedo comunicar a los demás con este pasaje de Tenshin. A quien, como ve, sigo exprimiendo –dijo disculpándose–. Pero ahora es una cita textual. Es también del Libro del Té, y la guardo en mi memoria como a un tesoro:

“...; we await the great Avatar. Meanwhile, let us have a sip of tea. The afternoon glow is brightening the bamboos, the fountains are bubbling with delight, the sighing of the pines is heard in our kettle. Let us dream of evanescence, and linger in the beautiful foolishness of things.”

Klaus citó en inglés y tradujo enseguida.

“...; esperamos el gran avatar. Mientras llega, tomemos un sorbo de té. La luz de la tarde dora los bambúes, las fuentes gorjean deliciosamente y el suspiro de los pinos resuena en nuestra marmita. Soñemos con lo efímero y dejémonos arrastrar por la bella locura de las cosas.”

-La bella locura de las cosas –repitió Renata.

-Tal vez la bella locura de las cosas –dijo el alemán– sea también una buena vía para acercarse a “eso-que-no-se-ve-a-simple-vista” de que hablábamos hace un momento.

-¿Por qué una vía?... —preguntó Renata—; ¿y si ella fuese, en sí misma, lo que buscamos?...¿No estaremos inmersos en “eso-que-no-se-ve-a-simple-vista”; solo que estamos ciegos y no lo percibimos como “bella locura”, sino como a esta pedestre realidad cotidiana?... La vía, en este caso, me parece el té ceremonial: Un camino para la apertura del ojo cerrado; como cualquier otra gimnasia ritual-mística.

Es curioso. —prosiguió, mientras el alemán la escuchaba en silencio—. Normalmente, buscamos la esencia tras la forma que tenemos delante, y casi nunca intentamos ver a ésta misma con otro modo de percepción. Procuramos develar los secretos de la trama que sostiene por detrás al tapiz; pero... ¿no será lo realmente importante el propio dibujo del tapiz?... Quizá sea mejor desempolvarlo y darle brillo, antes que levantar un ángulo de la tela.

-Me he preguntado muchas veces –dijo Klaus, casi en un susurro–, si realmente separa un abismo a esencia y forma, o si son la misma cosa. He buscado trabajosamente la respuesta a este interrogante, sin poder hallarla nunca del todo.

-¿No ha pensado que tal vez esté tan cerca que no la ve? –Renata se llevó un bizcocho a la boca y mordisqueó una punta.

-Puede ser que sea así -veo que lo dice muy segura-, pero siempre he desechado la tentación de las interpretaciones rápidas.

Renata sonrió sin decir nada. Luego, de pronto, cambió de tema.

-Tengo que decirle que su inglés es muy bueno.

-Sí, realmente –convino Enrique, que, cuando Klaus citó a Okakura, había dejado de hablar y hecho una seña a Erika y Yáñez para que guardasen silencio—. No sabía que lo hablaba así... no tiene ni pizca de acento alemán.

-De todos modos —intervino Erika—, resulta sorprendente el escuchar, de pronto, en ese inglés impecable, una cita referida al té... de un autor japonés. Sonó tan redondo, que parece mentira que sea una traducción.

-Es que no es una traducción –repuso el alemán.

-.....

-Kakuzo Okakura –explicó Klaus– escribió El Libro del Té, y lo publicó, en 1906... en inglés.

Luego de un instante de sorpresa, la risa fue general.

Renata se había retirado al camarote que compartía con Erika. Después del té había dicho que estaba cansada y que se iba a recostar hasta la hora de la cena. Ahora se hallaba tirada en su cucheta con los ojos cerrados y respirando lentamente.

“Esperemos el gran avatar, mientras llega tomemos un sorbo de té...”, recordó las palabras de Tenshin, dichas por Klaus.

Cuando, un rato después, ella le había preguntado qué había querido decir Okakura con aquello de “el gran avatar”, él le había contado la historia de Niuka; la diosa venida

a la China desde el mar oriental, para ordenar el caos y recomponer el cielo... Y que lo había hecho fundiendo en un caldero los colores del arco iris.

Le había dicho también que, para Tenshin, el “gran avatar” que debíamos esperar era la llegada de otra Niuka. Ésta vendría a reparar el gran desastre: El cielo moderno irremediablemente roto por el hombre, que tanto en oriente como en occidente ha perdido la piedra preciosa de la vida.

<<Pero –había agregado el alemán–, todo el cielo tendrá que hervir en el caldero de Niuka para hallar el color perdido... y también la tierra >>.

El ritmo de su respiración era lento y profundo... cada vez más lento. El pulso se iba espaciando.

Era curioso, no sentía sueño ni pesadez, sin embargo sabía que “eso” le estaba sucediendo.

Una paz indescriptible la invadía, poco a poco, cada vez que venía; y, luego, en vez de sentirse agotada, experimentaba una nueva fuerza. Como la que otorga un verdadero descanso con relajamiento total.

Era su fuente de vida, A veces pasaba tiempo sin sentir lo que ahora le llegaba; un mes, tal vez. Hasta dos meses.

En otros períodos era mas frecuente. Pero, de cualquier manera, era seguro que, luego de un esfuerzo o tensión inusitados, se presentase. Como si su propia naturaleza inconsciente buscase, en esa otra dimensión, su recomposición espontánea. No sabía, a ciencia cierta, cómo volaba su yo; pero salía realmente de sí, para transportarse a la comarca del tenue resplandor dorado.

Erika conocía este secreto. Así que, cuando Renata sintió que el trencé se aproximaba, dio las excusas del caso y se retiró, haciéndole al salir una señal disimulada. Aquella la entendió instantáneamente; aunque nada se le notó en su cara, que permaneció impassible. Solo una imperceptible inclinación de cabeza, mientras seguía hablando, le indicó que, desde ese momento, velaría para que nadie la interrumpiese mientras viajaba a su tierra secreta.

Le había sucedido, a veces, ser cortada en el trance. Por ejemplo, cuando alguien la había sacudido preguntándole qué le pasaba. El retorno había sido inmediato; pero, una fea sensación le había durado todo el día.

Nadie necesitaría de ella; pero, si así fuese, Erika cuidaría de que no la molestaran en su camarote.

Lentamente, los contornos del cuarto se fueron disolviendo en la suave claridad que crecía, y se sintió sin peso; leve y flotante.

Ahora era todo luz dorada... Pero, una luz dorada gentil, cálida, como de oro viejo.

Pronto le llegó el perfume... Un perfume tan cálido como el oro de la luz.

El olor, sí, podía decir qué era: Era un aroma de cera de abejas mezclado con una pizca de resina de pino. Todo, como caldeado por el sol de un mediodía de verano.

Y se sintió bien... muy bien, en paz. Una tibia brisa soplaba desde lo alto, y entre la luz -que se tornó más débil ahora- comenzaron a surgir nuevas formas.

La comarca era siempre la misma; de eso estaba segura, naturalmente. Pero no siempre llegaba a ella en el mismo lugar.

Bosques profundos, colinas cubiertas de flores, arroyos de plata, lagos insondables, y lejanas nieves rosadas y azules coronando aquellas montañas de jade. Mas, todo sumergido en el resplandor que suavizaba el clima y en el perfume de la cera de abejas y la resina cálida, que, traído por la brisa, se percibía por momentos.

Su cuerpo fue, de pronto, nuevamente consciente de sí; pero como si fuese otra.

Se encontró sentada en una piedra asoleada y con sus cabellos movidos por la caricia del aire.

El claro del bosque era pequeño. No hacía frío alguno.

Una melodía distante e inefable comenzó a llegarle, como susurrada por muchas voces jóvenes, y por entre los árboles del límite del bosque vio venir un nutrido grupo de personas.

Lo encabezaban tres hombres muy altos cubiertos con capas azules y tocados con yelmos de oro. Sus barbas eran rubias al igual que su pelo, y tenían la piel de un tono translúcido y a la vez ligeramente tostado.

Los seguían treinta mujeres. Treinta mujeres hermosas parecidas a ella misma. Jóvenes y maduras.

Sus vestimentas eran largas y de diferentes colores; pero no llevaban abrigo alguno, y sus brazos, totalmente desnudos, dejaban ver fugazmente que tenían las axilas con todo el vello. Éste era muy largo y denso, lacio y sedoso.

Cerraba la marcha un grupo de jóvenes que cantaba a media voz. Cuatro de ellos llevaban antorchas encendidas; éstas despedían aquel olor a cera de abejas y pino.

Permaneció sentada en la roca hasta que la procesión se detuvo a cinco pasos.

Enseguida, el mayor de los tres hombres dirigió su mano derecha hacia ella y la luz dorada pareció avivarse.

Sintió un fuego ardiente dentro de sí; como una corriente inmensa y vivificadora. Se puso de pie.

La sensación duró un rato.

Luego, el hombre bajo su mano y, sin dejar de mirarla, hizo una seña.

Una de las silenciosas mujeres se acercó trayendo un cuenco, mientras el coro, entretanto, comenzó a elevar su volumen.

Renata bebió el licor con la avidez de siempre, y aun lo estaba haciendo cuando la visión se desvaneció en un mar de luz.

Cuando despertó se sentía como nueva. Estaba solo con la ropa interior puesta y su cuerpo se veía flexible y armonioso,

Se desperezó y estiró. Entonces sus axilas quedaron a la vista: Estaban cubiertas por un vello muy largo, denso, lacio y del mismo color que su cabello. Pero, su implantación llegaba mas abajo que en el común de las gentes.

La puerta se abrió y entró Erika, que cerró tras de sí.

Enrique se había quedado, después de cenar, tomando una copa de cognac con Klaus. Cuando las dos mujeres se disculparon y se retiraron diciendo que estaban muy cansadas, pensó que su intuición había fracasado, y que, finalmente, no iría a suceder nada con Erika; al menos esa noche.

Ninguna señal, ninguna mirada durante la comida, le indicó que algo fuese a ocurrir. Más aún, el tono de ella había sido general y distante, y concentró su atención en Renata hasta tal punto, que esto le hizo pensar de nuevo en cosas raras.

La cena había sido servida a las 8 p.m. y a las nueve ya se habían ido las mujeres.

Conversando con Klaus se hicieron las once. Yáñez también se había ido: Tenía que tomar algunas disposiciones con la tripulación, ya que se calculaba el arribo a Bahía Vancouver para las dos de la mañana.

Cuando, involuntariamente, Enrique miró el reloj y vio la hora, no pudo reprimir un bostezo.

-¿Acto reflejo? –preguntó Klaus.

-Tal vez. –contestó Enrique –Aunque no es hora como para estar cayéndose de sueño. A lo mejor ya entré en regresión y me estoy volviendo otra vez un niño de teta.

-No es mala idea... dadas las circunstancias. —repuso Klaus, y preguntó, mientras cargaba una pipa de espuma—: Y...¿no pasa nada?...

-Nada... Dormiré como un monje en su celda.

-Por las dudas, átese las manos... Mire que comió erizo en el desayuno –el tono de Klaus era zumbón

-Sí, y también, por las dudas, enciérrense todos con llave. –dijo mientras se levantaba del sillón. –Bueno, querido amigo –agregó enseguida–, espero que la acción me canse menos que la tensión: Hoy no hice un carajo y estoy totalmente filtrado. Me voy a dormir.

-Chau, hasta mañana.

Gracias a los años de vida alerta, Enrique tenía desarrollada una suerte de percepción aparte, que le había salvado, en más de una ocasión, de peligros y otras circunstancias adversas. Por eso, cuando entró en su cuarto, a oscuras, notó inmediatamente que en él había alguien más.

Lo notó como una llamada indefinida en la superficie de su piel y en la boca del estómago; y todos sus músculos se pusieron en tensión como una ballesta lista para disparar.

Fue un instante. Una décima de segundo en la que hubiera podido golpear certeramente a pesar de la oscuridad. Como un kiudoka que, cruzando al galope la noche cerrada, hace blanco con sus flechas en las pequeñas botellitas colgadas de hilos invisibles.

Luego percibió el perfume y se relajó...

Sin encender la luz, se sacó los zapatos náuticos y comenzó a desnudarse... Lo hizo con deliberada lentitud. Como quien va retardando adrede el momento del orgasmo.

Se acercó a la cama marinera que ocupaba buena parte del pequeño recinto y, al llegar al lado de esta, se arrodilló en el piso y puso ambas manos sobre la misma; tanteando. El olor se hizo mas intenso. El perfume caro se mezclaba con el almizcle de la hembra humana en celo.

Cuando tocó el cuerpo fragante, este se retorció con un gemido. Sintió que necesitaba hacer fuerza para respirar. Las sienes le latían.

La mano de ella tomó con fuerza la suya y la atrajo hacia su bajo vientre.

Cuando no pudo soportar más su excitación y su erección fue dolorosa, montó en la cama y la penetró brutalmente.

Erika lanzó un grito ronco y encendió el velador. La luz atenuada por el pergamino los iluminó mientras se amaban con un ritmo feroz, rodando hasta caer al piso cubierto por un enorme cuero de oso.

La cabeza de Enrique descansaba sobre el hombro de Erika, y esta lo acariciaba suavemente.

Eran las dos de la mañana y no habían vuelto al lecho, que, por otra parte, resultaba algo chico como para que estuviesen totalmente cómodos. Permanecieron en el piso cubierto por la piel de oso.

Cuando ella sintió algo de frío tiró una manta encima de los dos; pero, luego, la había hecho a un lado otra vez.

Tres veces llegaron juntos al momento que borra todo recuerdo, y, ahora, reposaban completamente extenuados, aunque despiertos.

Enrique pensaba en la actitud de la joven: Astuta como un mono, había logrado engañarlo a él mismo con su parodia de irse a dormir, para sorprenderlo, luego, brindándole esta vigilia de intensidad insospechada; plena de un primitivismo candoroso, totalmente exento de culpa.

Evidentemente no era una experta, pero, esto, estaba ampliamente compensado por una vitalidad sin control; que fundía como una erupción solar todo lo que tocaba.

Se esforzó por revivir, una y otra vez, los graves sonidos y las palabras de excitación desbordada que profería Erika en sus paroxismos. Se le habían grabado obsesivamente y, pese a su cansancio, lo excitaban, golpeando en sus oídos como emitidos por un gigantesco timbal subterráneo.

-¿Dormís?... —la voz de la muchacha sonó pastosa.

-No... estaba pensando.

-¿Qué pensás?

-Nada. —murmuró, e inmediatamente se dio cuenta de lo estúpido de la respuesta.

-¡Tonto! —le dijo ella y le revolvió el pelo.

-¿No creés que se pueda estar pensando en nada?

-No

-Bueno, no... Tenés razón. Entre otras cosas pensaba en cómo te las habías arreglado para disimular en la mesa. Hasta a mí me engañaste.

-¿No te gustó?...

-Sí

-Pensás que soy una hija de puta —afirmó.

-No... de ningún modo. Pienso que...

-Soy demasiado viva para tenerme confianza...

Enrique calló por un momento.

-No... pienso que, en eso, has demostrado ser astuta y con un control absoluto. No en todo... en eso, dije. Por otra parte, dejemos en claro una cosa: No se da el caso, al menos por ahora, de que tenga que ponerme en tus manos para nada; que yo sepa. O sea que, si sos calculadora o inocente, da lo mismo. No obstante, llegado el momento, sé, por experiencia, que los inocentes son los peores. Prefiero a los astutos —dijo, mirando a la piel de oso, —a la gente con recursos... Se parecen más a mí, y sé que, en última instancia, van a resistir mas... Sí —concluyó—, viéndolo bien, me gusta como actuás.

-¡Oh!... ¡Pero, qué bien! —dijo ella y le tiró del pelo, como solía hacer.

-¡Ay!..

-¡Maricón!

-¡Ah, bueno!.. esto es el colmo. —Enrique se enderezó en un codo y le agarró un pecho con las dos manos. —¡Repetí eso!... —dijo, y apretó con fuerza.

-¡Hijo de puta! ¡Soltame la teta!... —exclamó, riendo, Erika; mientras le pegaba en la cara.

-¡Puerto Vancouver!... —la voz de alguien anunciaba que llegaban a destino. Eran las 2:15 a.m. del 26 de Marzo.

-Posiblemente le hemos pasado por encima –dijo Enrique surgiendo de las sombras–
...me refiero al U538.

-¡Oh, sí! —exclamó Klaus, dándose vuelta—. Es muy probable. —estaba fumando una pipa con hornillo de abertura hacia delante; especial para evitar salpicaduras. —Parece que se les ha ido el sueño a todos. —agregó.

A Enrique lo seguía Erika, envuelta en una manta y calzada con pantuflas de piel de cordero.

-Sentimos el barullo y salimos a ver. —explicó. Ya no se preocupaba en absoluto por ocultar nada. La gimnasia del disimulo a la hora de la cena había sido precisamente eso, gimnasia... y un deseo de mostrarle a Enrique como podía sorprenderlo; pero, la opinión de los demás, por lo visto, había dejado de importarle.

-Llegamos en hora. —dijo Enrique, mirando la esfera luminosa de su reloj.

-Tal como lo calculamos, ni mas ni menos. —asintió el alemán.

-Bien... Puerto Vancouver... —anunció, innecesariamente, Enrique, volviéndose hacia Erika, que tiritaba un poco. —Un buen lugar para hacer base. ¿Tenés frío?...

-No

-¿Y por qué temblás?...

-De emoción. —le dijo al oído, burlándose. Su aliento olía a amor y Enrique sintió que le venían ganas de llevarla de nuevo a la cama.

-¡Ahí fondeamos!... —gritó Klaus, mientras las dos anclas de La Zarzamora caían al agua. Yáñez se estaba encargando de la maniobra. —el lugar es bastante reparado —explicó—, y hay quince brazas de profundidad.

-Ahí está El Orejano. —señaló Enrique en la oscuridad. Las luces de posición de éste se reflejaban en las aguas negras; como las linternas de una taberna en los adoquines mojados por la lluvia.

El Orejano ancló a babor de la goleta, ambos con proa al W.S.W.

Las cadenas del barco de Enrique rechinaron hiriendo el silencio de la noche con su ruido de puente levadizo.

Puerto Vancouver quedaba a poco más de una milla y media al norte de la futura zona de rastreo.

Es el lugar mas abrigado de la costa sur de la Isla de los Estados. Cerrado al W. Por Punta Rinoceronte y al N.E. por Punta Castillo, tiene, además, en su interior, un magnífico fondeadero, en un brazo -casi una cala- que avanza tierra adentro hacia el W., por alrededor de media milla. Allí la profundidad oscila entre 13 y 15 brazas; con fondo de arena y pedregullo donde el ancla hace cabeza muy fácilmente. No obstante, el “derrotero” aconseja, y con razón, fondear siempre a dos anclas para evitar el borneo. Así lo hicieron los dos barcos de la expedición, que, enseguida, fueron abarloados con mucho cuidado. Esta maniobra consiste en colocar a dos buques de modo que sus costados se toquen -defensas por medio-; uniéndolos bien, luego, por los cabos de popa y proa; y también por otros varios cabos intermedios, para dejarlos bien seguros. De este modo se facilita mucho el tránsito de uno al otro.

-¿A qué hora amanece? —preguntó Erika.

-¡Eh... Pará!.. —se rió Enrique. —¿Tan apurada estás?..

-A las 7:30, más o menos, sale el sol. —respondió Klaus.

-Me he dejado, yo también, contagiado por la fiebre de la búsqueda... Aunque no sé por qué digo “yo también” —añadió la joven, después de pensarlo. —Vds. se ven de lo más calmos.

-Hay que dosificar las emociones, señorita. —la apreciación fue de Klaus, que sonreía con la pipa rara en la boca. Erika se preguntó a qué se refería en realidad.

-Qué pipa tan original. —dijo, en cambio,

-Cruza de pipa y cigarro. –la corrigió Enrique.
-Así es, pero un cigarro que no se consume; al menos, por fuera.
Klaus parecía querer calar la noche entrecerrando los ojos.
-Parece todo tan tranquilo. –Erika miró en la misma dirección que el alemán.
-Sí, así parece. –dijo éste– Bueno... ya estamos aquí. —añadió, mirando a todos—
¿Todo en orden?... –preguntó, alzando la voz en la dirección de Yáñez; que en ese momento se acercaba.
-Al pelo... todo bien. ¿No sé si hay alguna otra cosa? –respondió éste.
-No me parece... No, no creo. –Klaus lo pensó un rato. –No... y si hay algo mas, que espere. Yo pienso que lo mejor es que nos vayamos todos a dormir. Mañana tenemos baile.
-Eso es lo que pienso hacer ya mismo. –dijo Yáñez, enfáticamente. –Encargué anoche que me despertasen al llegar; pero ahora me vuelvo al sobre.
-Es decir –se disculpó Klaus–, el que quiera irse a dormir, naturalmente.
-Pero, sí. Es lo más sensato –aprobó Enrique. –Nosotros también vamos enseguida.
Klaus y Yáñez bajaron, y Erika y Enrique se quedaron apoyados en la borda.

A las 3:00 a.m. del 26 de Marzo —media hora después de la llegada de las dos naves de la expedición al fondeadero—, emergía un submarino nuclear frente a la entrada exterior de Bahía Vancouver. Es decir, a poco más de una milla al S.E. de donde se encontraban abarloados El Orejano y La Zarzamora.

La salida a la superficie la hizo al abrigo de cualquier observador que, desde el fondeadero, pudiese penetrar la noche con una vista de gato o una lente óptica nocturna; dado que las últimas estribaciones del Monte Tres Puntas cortaba la visión hacia la cala.

El ruido del agua, al escurrir como tinta china del cuerpo de la nave, se perdió en el viento, que había empezado a soplar nuevamente. Por una de las entradas laterales de ésta salieron varios hombres. Los que, enseguida, lanzaron al mar –a sotavento– un paquete que se infló solo, al tocar el agua, transformándose en un gran bote.

Rápidamente y sin cambiar una palabra entre sí, cargaron equipo, y, finalmente, embarcaron ellos mismos.

Impulsados por un motor fuera de borda especial, totalmente silencioso, comenzaron a acercarse a la costa.

Cuando estuvieron a unos doscientos metros, el submarino se hundió nuevamente en el mar; sin hacer esta vez el menor ruido.

La tierra distaba 600 m. cuando el monstruo desapareció, pero el motor era potente y el bote los cubrió en pocos minutos. La orilla, es decir, el lugar en el que la ladera de la montaña se hundía en el mar, tenía una gradiente acusadísima y parecía, a simple vista, inabordable. Pero el ángulo de entrada en el agua disminuía en algunos puntos, descubriendo, de tanto en tanto, minúsculas playas de pedrejones.

Ni bien el sonido de los guijarros se sintió bajo la panza del bote, saltaron todos a tierra y corrieron, arrastrándolo, hasta embarrancarlo.

Durante los diez minutos siguientes se afanaron, a toda prisa, por desinflarlo y plegarlo; y por cargar el equipo, que ya venía metido en unas mochilas con armazón que colgaron a sus espaldas.

Cuando todo estuvo listo y los once hombres —que vestían mamelucos enterizos, verdes, sin ninguna identificación— chequeaban al tanteo sus respectivas cargas, el que

parecía conducir el grupo miró su reloj y, levantando el pulgar, sonrió mostrando unos blancos dientes bajo un poblado bigote.

-O.K. boys... —dijo, alzando la vista y mirándolos apreciativamente por última vez—. Well... Let's go!... —ordenó, un momento después, e indicó la dirección del Monte Tres Puntas; hacia el cual se pusieron en marcha.

La C.I.A. había actuado al principio con cierta lentitud —diez días de verificaciones—, a la que había también que agregarle la demora inicial; producto de la ineficiencia del gordo Chiche.

Pero, luego, puesta en marcha la maquinaria y, sobre todo, tomada conciencia de lo que se jugaba, Andrew Mc Callum, el jefe de la sección sudamericana de la Agencia, pidió una conferencia con el director.

Mc Callum, a la sazón, conocía el caso del U538 y la caja estanca, desde la época en que había estado destacado en Alemania; así que resultó ser, casualmente, el hombre indicado para darle al asunto su justa dimensión.

El director lo recibió ese mismo día —Viernes 19 de Febrero— a las 12:30. Este comía: Un sandwich de pollo y una taza de café. Afuera, el invierno de Langley, Virginia, era claro y duro.

-Adelante, Andy —le dijo con la boca llena, desde su escritorio, y, sin levantarse de su asiento, le indicó una silla frente suyo.

-Mc Callum se sentó y sacó cigarrillos.

-¡No!.. Espere, Andy... Por la cara que tiene, creo lo que va a decirme ha de ser bastante largo. Así que, mejor le pido, a Vd. también, un sandwich y un café. Así almuerzo, eh...

-Buena idea. Tengo hambre y no sé por dónde empezar.

-Pues, no empiece, hijo... coma primero.

La reunión duró hasta las 3 p.m., y Mc Callum había tenido necesidad de contar todo desde el principio; ya que, el director, pese a ser un hombre aplicado, no tenía la menor idea del tema. Con el correr del relato, pareció interesarse en la historia -Mc Callum la comenzó en 1943-; mas, cuando la exposición llegó a su término, éste tuvo la impresión de que su jefe no había quedado del todo convencido.

Recibió la confirmación de esto, cuando el viejo amigo del Presidente le dijo:

-Realmente interesante, Andy... Déjemelo ver un poco: Según Vd. tenemos que ofrecerle, al alemán ese, una buena suma, para que nos dé el dato a nosotros... Hum... Bien, creo que lo pensaré y luego le daré mi respuesta... A propósito. ¿Cómo está Lucy?...

Mc Callum había salido desesperado de la reunión con el director. En realidad, éste estaba, últimamente, absorbido por las desinteligencias con uno de sus sub-directores, y no pareció darle, al tema del U538, la importancia suficiente como para dejar lo otro de lado y abocarse enseguida al análisis del nuevo caso.

“Tiene la cabeza en otro lado”, se dijo, y no había mucho que él estuviese en condiciones de hacer.

No podía gastar, pasando por sobre su jefe, la gran suma -tal vez mas de un millón de dólares- que seguramente exigiría el capitán Flamme a cambio de la localización del submarino. Tampoco sería prudente “levantarlo” para someterlo a interrogatorio; porque existiendo la lejana, pero en cierto modo real, posibilidad de que el ex-oficial hubiese tomado medidas de seguridad, para con los datos y para consigo mismo, esto solo complicaría la situación: Ante un secuestro, el probable sistema de protección de Kurt Flamme se podía poner en marcha y pasar cualquier cosa. Incluso, hacerse público todo —como medida calculada de extrema defensa—, con la consecuente movilización de las autoridades argentinas; lo que arruinaría todo el asunto.

Eso, si es que no lo estaba ya de antemano —pensó—, porque ofreciéndole dinero podría ocurrir lo mismo... Pero, ese era el grado indeclinable de riesgo y por allí se debía empezar. De cualquier manera era lo menos peligroso.

La actitud del director, entonces, que a todas luces había decidido tomarlo con calma, trababa la única vía más o menos sensata de ejecución. Ante lo cual, Andrew Mc Callum se encontraba atado de manos. En un momento, hasta pensó pasar todas las normas por alto y pagar, por su cuenta y riesgo, con los fondos del “área”; pero, luego, lo consideró con mas cuidado y, finalmente, descartó la idea,

Por otra parte, la falsa cronología inventada por el gordo Chiche, obviamente, paralizaba aún más la situación; ya que, como sabemos, a raíz de esto, ni la C.I.A. ni el K.G.B. estaban enterados de que todo se había puesto en marcha quince días antes; con el primer contacto entre Klaus y el capitán Flamme.

Ambos servicios operaban con un calendario irreal. Si no hubiese sido así, posiblemente, los hechos se hubieran precipitado antes; arrojando otro resultado. Pero lo cierto es que se dieron de este modo.

En consecuencia, en principio, rusos y americanos se limitaron a vigilar a Kurt Flamme. Tumánovich, a la espera de la decisión de Tupólev, y los agentes de Mc Callum, aguardando que éste les diese vía libre para hacer su oferta, o que viniese él mismo a tratar. Los dos grupos, dispuestos a intervenir si Klaus Werder se mostraba por allí, y rogando para que la autorización de negociación de sus respectivas centrales, llegase antes que el alemán de la goleta.

Ahora, bien, la C.I.A. de Buenos Aires -que ni soñaba con la filtración en el gimnasio del gordo- puso solo dos agentes para seguirlo al capitán Flamme; y eso fue precisamente lo que hicieron, ...seguirlo: Todo el tiempo y a donde quiera que fuese. De modo tal que, cuando, el 24 de Febrero, entró en su casa y los rusos ya estaban esperándolo adentro, nada advirtieron, y se quedaron por allí dando vueltas: En la Argentina, al menos, un coche ocupado por dos personas desconocidas, no se puede quedar ocho o diez horas estacionado en una calle suburbana -como en las películas- sin llamar la atención.

Cuando en una de esas “pasadas” vieron salir al circo de Tumánovich en pleno -estos habían dejado su automóvil a la vuelta- se quedaron estupefactos y no atinaron a hacer nada. No esperaban a esta gente sino, eventualmente, al Sr. Werder, a quien conocían por fotografías, y no, saliendo, sino llegando.

Solo acertaron a pensar que era un procedimiento de la policía o de alguna fuerza de tareas argentina, y pusieron pies en polvorosa; sin siquiera preocuparse por averiguar qué había pasado -eran recomendados del gordo Chiche-. Esto sucedía a las 8 p.m. del 24 de Febrero.

En ese mismo momento, en Langley, Andy Mc Callum recibía la autorización del director de la Agencia, para pagar todo lo que el capitán Flamme pidiese por los datos del submarino. El viejo amigo del Presidente en verdad se había tomado su tiempo; pero ahora parecía ansioso e inquieto al dirigirse a su subordinado:

-Tiene todas las luces en verde Andy...muchacho. Pero, vaya Vd. mismo... y, ya. Pero "ya" era demasiado tarde.

Cuando Mc Callum, a la mañana siguiente, llegó a la Argentina en el Boeing que lo depositó en Ezeiza, no tuvo que esperar a que Tom Evans le dijese nada para darse cuenta de que algo andaba mal. Éste le estaba esperando del otro lado de las puertas de vidrio y, cuando las transpuso, solo le alcanzó el diario doblado en la página cinco.

En principio el suceso lo desconcertó totalmente. Los dos cagones esos juraban que era un operativo de algún servicio del país, y estuvo a punto de creerles. Pero algo no encajaba: Los tipos habían actuado con mucho apuro, y la rotura de toda la casa indicaba que, tal vez, el alemán no había hablado y se habían ido sin nada.

"No", se dijo, "a éstos no los banca nadie de arriba".

Desechó, también, por improbable, que fuese obra de gente de Werder: Consideró teóricamente posible que el contacto entre los dos alemanes se hubiera adelantado, y que hubiese surgido una desinteligencia por el precio de los datos; pero este final no era del estilo del aventurero de La Zarzamora; cuyos antecedentes había estudiado a fondo. Además, una acción de esta naturaleza lo desacreditaría totalmente ante sus propios compatriotas radicados en Sudamérica; cosa que él no se podía permitir.

Finalmente, llegó a la conclusión de que lo mas factible era que otra potencia, Rusia, con toda seguridad, hubiese llegado a tomar, también, el rastro del capitán Flamme (no cabía duda de que la Unión Soviética estaba, de antiguo, tan al tanto como ellos de la historia de la flota submarina). De ser así, la cosa podía plantearse de éste modo:

Si la localización exacta del sumergible estaba ya en poder de los rusos, no había nada que hacer.

Si, en cambio, el ex-marino no había hablado y el allanamiento tampoco había arrojado resultados positivos... Bueno, ahí se le quemaban los papeles, pues, era evidente que no quedaba lugar donde buscar.

Andy Mc Callum pasaba revista a todos estos razonamientos, tirado en la cama de su cuarto, en la residencia del embajador, la misma tarde de su llegada.

Fumaba y bebía, alternativamente, de un vaso lleno de refresco de granadina, cuando, de pronto, se le ocurrió lo mismo que a Tumánovich: Sabía que La Zarzamora de Werder estaba en San Fernando desde el Domingo -al menos eso lo habían averiguado- y pensó que, pese a todo, el estrafalario alemán podía ser una pista. Además, había llegado desde Colonia un día antes del asesinato. "Qué raro", se dijo. La sospecha lo asaltó de nuevo, "y si fuera Werder el responsable, después de todo..."

La vigilancia la hizo hacer con personal selecto, elegido por él mismo, y enseguida tuvo los primeros resultados: Uno de sus hombres descubrió a los agentes soviéticos haciendo lo mismo que ellos; mientras fingían que pescaban. No había duda posible, aseguró su agente, eran los hombres de Tumánovich; a los cuales, él, sí, conocía.

Esto lo reconfortó y lo hizo pensar que si los rusos vigilaban a Klaus Werder era porque no tenían los datos precisos, y que, por lo que fuese, la goleta constituía, también para ellos, un punto de partida.

El 3 de Marzo supo que no se había equivocado: La Zarzamora era equipada para una expedición en aguas frías.

La red de satélites espías de los Estados Unidos, era, por ese entonces, en el cono sur, como ya dijimos, a todas luces más eficaz que la de la Unión Soviética; lo que le permitió a Mc Callum encarar el seguimiento de la expedición, de una manera

sensiblemente mas sofisticada que los rusos. Éste, por las mismas razones que Tupólev, pensó que no bastaba con esperar, sin más, en las inmediaciones de la Isla de los Estados. Todo el trabajo fue hecho con un satélite KH11 -que, por otra parte, reveló que los rusos vigilaban desde el mar- y los movimientos de La Zarzamora y El Orejano fueron siendo controlados, constantemente, por la gente de Mc Callum, desde las pantallas que tenía instaladas la Embajada de los Estados Unidos en Palermo. Éstas se hallaban conectadas, directamente, a la base de Fort Belvoir, cerca de Washington, donde eran recibidas las imágenes tomadas por el KH11.

Así las cosas, el Sábado 20 de Marzo -un día antes de que Enrique y Klaus arribasen a Ushuaia- Andy Mc Callum había salido, a eso de las 6 p.m., a dar una vuelta por Recoleta. La tensión se le hacía opresiva por momentos, y pensó que lo mejor era tomarse unas copas antes de cenar. Por lo general, esto le daba más resultado que los tranquilizantes.

Ni bien su visión se adaptó a la semi-oscuridad del boliche al que había entrado, reparó en las voluminosas espaldas del tipo que estaba sentado en el bar. Algo en el aire del sujeto le hizo quedarse parado, mirándolo, en vez de ir derecho hacia una de las mesas vacías.

“No puede ser. ¡Qué diablos!..”, se dijo, mientras se acercaba hacia el parroquiano que permanecía inmóvil en su taburete.

-¡Mike! –exclamó, cuando, ya al lado del gigante, no tuvo ninguna duda– ¡Michael Disney!... ¡Qué me ahorquen!...

-¡Andy!... ¡Pedazo de escocés borracho!... –rugió el otro, mientras pasaba un brazo por encima del hombro de Mc Callum y lo estrujaba..

-Pero... ¿en qué demonios andas? Te hacía en Langley... Aunque, tal vez lo mejor sea no preguntarte...

-¡No!.. Nada especial. Solo estoy atendiendo algunas cosas por aquí. Eso es todo.

-Bien, bien. –Andy Mc Callum no tenía ganas, ni de forzar a su amigo a que le contase nada, ni de cargar con otro asunto que no fuese el que traía entre manos.

El General Michael Disney, había sido su antiguo jefe en la C.I.A., hasta que, un buen día, renunció a la Agencia para dedicarse a la política. Hoy por hoy, pasaba por ser uno de los personajes de mas confianza de Reagan, y Mc Callum guardaba un grato recuerdo del corpulento “marine”, que había sabido ser, además, su amigo; cosa rara, por cierto, en los servicios de inteligencia.

-¿Se puede saber qué es eso, “marine”? –gruñó Mc Callum, mirando lo que Disney tomaba.

-“Bloody Mary” –murmuró lúgubrementemente Disney– ...una bebida para católicos.

-Hum... Mala cosa para un escocés borracho —replicó Andy Mc Callum en el mismo tono—. ¡Camarero... Scotch on the rocks!... –ordenó.

Mc Callum recordó que Mike Disney bebía como un pirata y comía como tres. En el discreto restaurante donde fueron a cenar a las 7 p.m., tuvo Andrew la oportunidad de comprobar que el tiempo no había hecho mella alguna en esas cualidades. Comenzó a sentirse mejor y la noche se hizo corta.

-¿Sabes que el jueves 18 un grupo argentino izó la bandera en las Georgias?... –dijo, de pronto, Disney.

-Sí... Recibimos, en la embajada, la comunicación reservada ayer a la noche.

-Y, ¿sabes también que el “Bahía Paraíso” navega hacia allá con un grupo especial de la Armada?...

-También. Pero, creo que es teatro... ¿No?...

-No, no lo es —murmuró el general Disney, mientras elegía, cuidadosamente, un postre de la larga lista que ofrecía el restaurante.

-¡Vaya! —dijo Mc Callum; y se quedó esperando que su amigo prosiguiese.

-No, Andy, no lo es —repitió—. Este asunto es de peso completo. Los argentinos se cagan en las Georgias... El objetivo que llevan es Malvinas, y creo que esta vez va en serio.

-Estoy a cargo del área sudamericana y tú me dices qué es lo que ocurre, en realidad, en mi casa... en un rincón de La Recoleta, una noche de un Sábado perdido —dijo Andy, sonriendo amargamente; y agregó—. Ya ves, de algún modo sigo dependiendo de ti... Dime Mike. ¿Tienes idea de en qué emplean su tiempo mis hombres aquí?... Aparte de gastar el importe de su cheque, digo.

-No es para tanto, Andy... no es para tanto. El director sabe menos de este asunto que tú; si vamos al caso.

-¡Gran consuelo!...

-No. Lo que ocurre es que la Agencia es algo burocrática: El escalafón y todo eso; tú sabes. Yo me fui para no jubilarme. —Mike Disney le tomaba el pelo, ahora; Andy no le hizo caso.

-¿Y crees que, en verdad, pasará la cosa a mayores? —preguntó inquieto.

-Me parece que sí... Bueno, atención: ¿Quién puede decirlo con total seguridad?... Argentina es Sudamérica, pese a todo. Además —agregó mientras le hacía una seña al mozo—, ¿de qué te preocupas?... Si los de aquí se quedan con las islas, no vamos a salir perjudicados por eso. Tal vez sea la oportunidad de arreglar, por fin, con ellos, la defensa del Atlántico Sur. Mucha gente piensa así; incluso alguna que otra “preclara eminencia gris”.

El mozo llegó e hicieron sus pedidos de postre. Luego, Andy Mc Callum siguió guardando silencio, mirando a su interlocutor.

Disney prosiguió -Mira, Andy, yo creo que, si los argentinos muestran la nariz por allí, el león apolillado se limitará a toser roncamente sin moverse de su cueva. Todo lo más, pegará algún arañazo para salvar el rostro. Luego, será cosa de esperar para que el viejo gato retorne a su siesta interrumpida... y hablar con los de aquí en serio. Un poco de agitación en el Almirantazgo: Esa será la respuesta británica... y mucha alharaca en los foros. —concluyó.

Andy Mc Callum tenía, en realidad, más confianza en el general Disney que en su actual director, al que, por otra parte, conocía poco. Así que, mientras aquél le estaba hablando de Georgias y Malvinas, se preguntó si debía contarle, o no, en lo que andaba. Finalmente se dijo que, si alguien le podía dar alguna idea que sirviese de algo, ese era el “marine”. Además, se le antojó que el dato del hallazgo de la pista del U538, también iba a serle útil al viejo Mike. Se decidió:

-Vaquero. —le dijo—. Tengo una historia de un millón de dólares.

Cuando Andy Mc Callum concluyó, en el semblante del general Disney se veía preocupación y asombro a la vez.

Desde un principio, había dejado hablar a su antiguo subordinado, interrumpiéndolo muy pocas veces; pero, a medida que éste avanzaba en la historia, su expresión se había vuelto más y más seria; hasta que se limitó solo a escuchar.

-Caramba... Pues, sí que es una historia de un millón. —dijo en voz baja, cuando Mc Callum terminó, mientras hacía girar una copa vacía en su mano. Luego agregó, casi en un susurro—: Hasta puede que sea una de un billón, Andy. De un billón de dólares... ¡Sí señor!...

-Así lo pensé también yo, Mike —convino Mc Callum, y agregó—: O sea que te puedes imaginar la maldita gracia que me hace, eso de que los de aquí vayan a armar una de peso completo, cerca de donde voy a tener que acechar con mis muchachos, vaya a saberse cuanto tiempo... y, luego, intentar birlarles la cosa a los dos tipos esos.

Isla de los Estados —prosiguió— es el punto de Argentina mas cercano a las Falkland, y, tú sabes, Mike, por mas que me digas “que el león apolillado” o “la próstata del Imperio Británico”, que con estas cosas nunca se está seguro del todo.

Disney Guardó silencio.

Cuando se separaron, como a las dos de la mañana del Domingo 21, dejaron establecido un arreglo: Como Mike Disney se había ofrecido a ayudar incondicionalmente en la operación, Andy Mc Callum, que tenía facultades para elegir como colaboradores a quienes quisiese, nombró a su antiguo jefe —a sugerencia de éste— “enlace personal ante el staff de Washington”. Con la misión de hacer, desde allá, todo lo posible para apoyar la operación en caso necesario, e, incluso, contrarrestar cualquier instancia que pudiese perjudicarla. Esto incluía, también, ponerse en frecuente contacto personal con el actual director.

Buena cara, pensó Mc Callum, pondría éste cuando tuviese que tratar con el gigantesco marine como enlace de él mismo. Pero, luego se dijo que tal vez recibiese con alivio la colaboración del ex-alto funcionario de la Agencia: El problema con el sub-director rebelde le seguía demandando gran parte de su tiempo.

Andy no podía saber, entonces, que este presentaría su renuncia dos días después -el 23-, y que el detonante del largo proceso sería, justamente, la reaparición del general Disney en la C.I.A. como activador suyo. (*)

Cuando, ese mismo Domingo 21, fue notificado del arribo de La Zarzamora y El Orejano a Ushuaia, decidió trasladarse sin demora al submarino nuclear “Golden Oak”, ya puesto en alerta por el Pentágono, y que, a la sazón, permanecía, desde unos días atrás en las inmediaciones del Banco Burdwood, a los 60° S – 56° W.

El Hércules de la U.S. Air Force los llevó el Lunes -a él y a los diez hombres que ya había hecho venir desde Atlanta, Georgia- hasta Puerto Stanley, en las Malvinas, vía Montevideo.

El Gobernador tenía órdenes de Londres y no hizo preguntas. El movimiento lo encuadró la Agencia, ante los ingleses, a través del Pentágono, como uno de tantos otros, dentro de los planes de cooperación previstos entre los miembros de la N.A.T.O.

(*) En esos días, precisamente, presentó su renuncia por carta al Presidente Reagan, Robert Inmann, uno de los sub-directores de la C.I.A.- Ésta recién se haría pública un mes después; el 23 de Abril... Pura coincidencia, claro, ya que esto es una novela.-

A las 11:00 p.m. del Martes 23, el Golden Oak, que se había corrido hasta Malvinas, emergió frente a la costa sud-oriental de la Isla Soledad, y destacando un bote con motor fuera de borda, esperó hasta que éste trajo a bordo a los once hombres que, con equipo y ropa especial, aguardaban desde hacía rato a la orilla del mar. Luego, volvió a sumergirse, mientras que los tres Land-Rover de la F.I.C. (Falkland Islands Company) volvían a Stanley.

Esta vez la espera fue mas corta para el hombre de la C.I.A., pues, antes de que pasaran dos días -el jueves 25 de Marzo-, los sistemas del submarino indicaron que, según los satélites, la goleta y El Orejano se estaban moviendo hacia ellos.

Se habían estacionado a los 56° S. 65° W. Muy cerca, en realidad, y sin saberlo, del sumergible hundido; e incluso de la flota pesquera soviética, que, con el Krásniy Sókol, merodeaba entre el Banco Burdwood y el extremo oriental de la Isla de los Estados.

Los hilos comenzaban a juntarse, y cuando La Zarzamora y el barco de Enrique pasaron a su misma longitud, Mc Callum pidió al capitán del submarino atómico, se pusiese en marcha con un curso convergente... Pero, no tuvieron que andar mucho.

El diario “La Prensa”, de Buenos Aires, del viernes 26 de Marzo, informaba que en el día de ayer se decía en Londres: “Comienza a moverse la flota argentina...”. Pero esa noticia, casi sin duda, debía referirse al desplazamiento de la Drummond y la Granville; las corbetas que, desde la noche del Miércoles 24, habían puesto rumbo definido hacia la zona de conflicto. Era imposible que aludiese al grueso de la flota, que, surta en Puerto Belgrano, recién el Domingo 28 zarparía... Pero no rumbo a Georgias, sino a Malvinas.

Entretanto amanecía en el fondeadero de Puerto Vancouver, en la cámara principal de La Zarzamora se hallaban reunidos, Klaus, Enrique, Yáñez, y las dos mujeres. Eran las 7 a.m. y todos estaban parados alrededor de la mesa, sobre la que se amontonaban cartas y mapas; entre ellos, los jarros de metal con café humeante y un plato con rosquillas.

-Bien, la idea es la siguiente —Enrique dejó su jarro de lata encima de una carta—: La posición del naufragio está marcada aquí, en el mapa del capitán Flamme, con esta cruz —señaló con el dedo—. Lo que queda exactamente al sur de donde estamos; a 3.750 metros en línea recta, y unos 5.000 metros navegando; para hablar en medidas que entiendan también las chicas —acotó. Renata sonrió—; pero —prosiguió Enrique—, hay que ver que el Capitán no tenía sextante en ese momento; aunque sí brújula de bolsillo y conocía la declinación magnética del lugar. Por lo tanto, para levantar el plano, grabó en su memoria el lugar del naufragio y lo relacionó con los accidentes geográficos notables; especialmente la Punta Rinoceronte, que utilizó para fijar el rumbo del naufragio con respecto a ella —sur exacto—, o, mejor dicho, con respecto a la elevación que la limita al N.N.W.

En el tema del rescate, Enrique llevaba la voz cantante, y Klaus, aunque, en cierto modo, también era su oficio, guardaba silencio; puesto que aquél tenía más experiencia, y el alemán no creía necesario hablar cuando otro lo hacía bien. Para esto lo había ido a buscar y, consecuentemente, lo dejaba hacer con toda confianza.

-Bien —continuó Enrique—, cuando los loberos lo rescataron y volvió a la civilización, trazó la posición sobre esta carta general de la Isla de los Estados, y dibujó

un mapa mucho mas detallado, que incluye Bahía Vancouver, Bahía Blossom, que está del otro lado de los Islotes Gilbert, y, por supuesto, el Cabo Kendall.

Aquí también marcó la posición y, en ambos casos, lo hizo no solo con una cruz, sino poniendo las coordenadas. Ahora bien, dichas coordenadas las tomó de la carta oficial de la isla, no las obtuvo “in situ”, dado que no llevaba sextante consigo; ni cronómetro, según creo. Por lo tanto yo no las tomaría demasiado en cuenta como tales —Klaus asentía y llenaba la pipa—. Lo importante son, en realidad, las líneas cruzadas que marcan el sitio donde está el submarino; y que se proyectan desde éste hacia los puntos de referencia concretos: -lugares de la costa y demás accidentes notables-; dando, además, las distancias estimadas, que allí están anotadas. Es decir que, aquí, lo fundamental es la toma de distancias desde dichos puntos, por los rumbos dados, hasta coincidir con un centro -ideal- donde empezaremos a explorar.

Se detuvo para terminar con el resto de su café. Erika miró a Renata. Enrique continuó: -Esa toma de distancias, la vamos a empezar a hacer hoy mismo, y no solamente mediremos desde el mar utilizando el radar, sino que, también, lo haremos desde tierra, por otros medios. En primer lugar porque el radar lo hace con un error de un cable, más o menos, y yo soy maniático —dijo, convencido—. Un cable es la décima parte de una milla náutica de 1852 metros, es decir 182,20 m. —aclaró, para las chicas—. Y, en segundo término, porque así lo hizo el capitán Flamme cuando estuvo aquí: Todas sus referencias aclaratorias son las de un hombre que ve desde tierra.

De este modo, aplicaremos sobre el terreno las mil y una indicaciones tan precisas que nos dejó tu padre —dijo, volviéndose hacia Erika, que lo miró con un extraño brillo en los ojos.

-¿Hay algún método para determinar la distancia exacta, desde tierra, hasta un punto en el mar? —preguntó Renata.

-Casi exacta...—corrigió Enrique—... nunca del todo; pero sí, con una aproximación casi total.

-¿Cuál es?

-Yo le digo “sistema agrimensor”, y consiste en usar el distanciómetro. Pero, mejor que explicárselos va a ser que lo vean funcionando; total, ya salimos.

-“El que prueba un grano de semilla de mostaza, conoce mejor su sabor que el que ve un elefante cargado de ella”. —Klaus habló, rompiendo el silencio, y, como lo hizo con la pipa en la boca, que le deformó la voz, y tenía calada hasta los ojos la vieja gorra de capitán de patacho griego, a todos les hizo mucha gracia y lo festejaron, espontáneamente, con un aplauso general. La formalidad se había roto y la mañana había empezado.

En resumidas cuentas, los datos fundamentales del capitán Flamme eran los siguientes:

POSICIÓN

54° 49' 24'' de Latitud Sur - 64° 05' de Longitud Oeste

Primer dato: Tomar como punto de referencia la elevación que limita Punta Rinoceronte hacia el NNW. A la que yo bauticé “Las Orejitas del Rinoceronte”. Por ésta pasa el meridiano de los 64° 05' W. El punto de intersección de dicho meridiano con la costa sur de la isla, es el sitio desde donde se deben medir 2.125 m. hacia el sur, para llegar al lugar donde yace el U538.

Segundo dato: El paralelo de los 54° 49' 22" S. es el que pasa por sobre el submarino hundido. El segmento de este paralelo, que va desde la posición del U538, hasta el punto de la costa E. de Cabo Kendall señalado en el mapa, mide 1.700 m.

Aclaración: El punto del siniestro fue **estimado** por mí -creo que con exactitud-, ya que nunca pude avistar el boyarín de la cuerda-guía utilizada para el escape. Posiblemente se desprendió, luego, con la tormenta, y el cabo se fue al fondo.

Enrique estaba parado en la playa con una mano metida en el bolsillo de su mameluco, mientras que en la otra sostenía un “walkie-talkie” con caja metálica; de modelo militar y a prueba de golpes; por lo que se veía.

Con un alto gorro de lana negra, tejido, calado hasta los ojos, escudriñaba el horizonte. Es decir, trataba de ver a través de la niebla que había descendido de golpe sobre la isla; pero, era solo un acto reflejo, ya que se trataba de una bruma espesa e impenetrable, a la que se podía tocar de puro consistente.

Tenía el color gris amantecado del papel vegetal de dibujo, y, en menos de diez minutos, parecía haber estropeado las posibilidades de un día que había amanecido excelente; para la región, al menos.

Erika, sentada sobre una piedra, con los codos apoyados en las rodillas y las dos manos cruzadas bajo el mentón, guardaba silencio.

Los cuatro habían trasbordado a El Orejano a las 7:30 a.m.; allí, Enrique y Klaus conversaron con “Napo” Cabezas, el segundo:

No necesitó de mayores explicaciones, porque no era la primera vez que iban a emplear, además del radar, el método elegido por Enrique; pero, igualmente, éste se ciñó a su habitual sistema de repetir las cosas diez veces, por las dudas, y se cercioró que la coordinación entre Napo y el alemán fuese perfecta.

Así, a las ocho de la mañana, ya bien salido el sol, mientras Yáñez quedaba en la goleta y Klaus y Renata se hacían a la mar en El Orejano, Erika y Enrique se dirigieron, en una lancha con motor fuera de borda, a la playa que distaba medio cable. Allí, cargados con dos pequeñas mochilas y un trípode, comenzaron el trayecto que los separaba de Punta Rinoceronte; es decir, de la pequeña entrada de mar que quedaba inmediatamente al oeste de la misma y al sur de la elevación de dos puntas a la que el capitán Flamme había bautizado: “Las Orejitas del Rinoceronte”.

La distancia era corta. Unos dos kilómetros. La cubrieron con el mar a su izquierda y, a la derecha, el Monte Tres Puntas; por cuyas últimas estribaciones caminaron. Éstas, cubiertas por una densa jungla de cohigüe y canelo, descendían hasta el mar, precisamente en la Bahía Vancouver.

A las 9:00, luego de una marcha lenta y pesada, habían llegado a destino. Fue entonces cuando la niebla descendió; paralizando todas las tareas.

-Vos ya has estado aquí... justo en este lugar –dijo Enrique, dejando de mirar hacia el mar.

-Sentada en esta misma piedra. El refugio que se hizo papá estaba allí. –Erika señaló hacia atrás.

-Se te va a enfriar la cola.

-Tengo unos pantalones de franela muy gruesos, debajo del mameluco.

-Igual. El frío de la piedra pasa cualquier tela. —replicó Enrique, mientras volvía de nuevo la cara hacia el mar.

-¿Por qué no te sentás un poco? —le dijo Erika. La ponía nerviosa verlo allí, parado, esperando que se fuese la niebla. —Mirá, te pongo la mochila en el suelo, así te sentás arriba.

-No, dejá. Estoy bien así. ...Enrique a Klaus... —dijo, llevándose el “walkie-talkie” a la cara.

-Sí, aquí Klaus. —la voz del alemán le llegó clara—. ¿Ve algo?... Cambio.

-Nada... No veo nada a mas de un metro de mis narices —repuso—. No tiene trazas de aclarar. Cambio.

-No... desde aquí tampoco se ve nada. Napo trata de mantenerse al sur del área del hundimiento, para estar bien lejos de toda tierra; por las dudas. Las corrientes son muy fuertes y tiran hacia Cabo Kendall.

-Sí, pero todo está en buenas manos, no se preocupe. Bueno... habrá que esperar. No hay otra.

-No, qué se le va a hacer. Según el radar estamos a dos mil metros al sur de Vd...

-Quédense allí. Fuera.

-Chau.

-En ese momento comenzó a soplar una ligera brisa del oeste, cortante y fría.

-El viento, Enrique —dijo Erika, poniéndose de pie— ...va a levantar —afirmó.

-Puede ser... Parece buen viento. —admitió Enrique, oliendo el aire.

El mar, que hasta entonces había estado silencioso, con solo algún gorgoteo apagado por la niebla, comenzó a rumorear entre las rocas y romper sobre las pequeñas playas de cascajo grisáceo y conchas.

-Puede ser... —repitió— ...Si se sostiene un rato.

-¡Seguro que puede ser!... —le dijo ella, tomándolo del brazo. Se había interpuesto entre él y el mar, y su pelo, que brotaba suelto debajo de un sombrero viejo, azotó, hacia delante, la cara de Enrique— ...No va a durar toda la vida, tonto. —le dio un rápido beso en los labios y luego le tocó la nariz con la punta del dedo.

Algunos años atrás, Enrique había comprado un viejo teodolito Kern, suizo, con brújula incorporada. Lo había estado buscando con empeño, dado que ya no eran comunes, con este aditamento.

En realidad, no fue la intención que tuvo dedicarse a medir ángulos, pero el teodolito resultaba una base perfecta para colocarle, arriba, un distanciómetro, y, además, quería tener brújula en el mismo conjunto.

No tuvo problema alguno, en cambio, para conseguir el distanciómetro. A éste lo adquirió en una casa del ramo, digital y de último modelo; junto con veinticuatro prismas de primera calidad.

Disponiendo de este equipo, la manara de marcar en el mar el sitio que señalaba el mapa, a la cual Enrique le decía “sistema agrimensor”, era la siguiente:

Un observador situado en la costa —en este caso, él—, en uno de los puntos de referencia precisos, orientaba el distanciómetro mediante la brújula; teniendo en cuenta, por supuesto, la declinación magnética local. Éste, quedaba, entonces, apuntando exactamente hacia el rumbo dado. Luego, hacía venir la nave por ese rumbo, portando en un lugar bien visible el conjunto de prismas, donde rebotaba el rayo del

distanciómetro. Cuando el indicador digital señalaba la distancia requerida, desde el barco se boyaba el lugar.

Las distancias también se tomaban con el radar, desde el mar, pero, como ya Enrique había explicado, los equipos de El Orejano y La Zarzamora, podían arrojar un error de un cable, o más, incluso, contra apenas cinco o seis metros del distanciómetro.

Este procedimiento, normalmente, se repetía desde todos los puntos de referencia, si es que había varios, y las boyas iban delimitando un espacio, que, cuanto más reducido, más exacto. Lo ideal era que todas las boyas estuviesen en un punto, pero eso era casi imposible. Este espacio se transformaba en el “centro del área de búsqueda”.

No era ésta, por cierto, la única manera de marcar un sitio, pero sí la que usaba Enrique en circunstancias como la que ahora tenía entre manos. “Su modo”, como decía, a veces, haciéndose el mejicano: Un exceso de celo, tal vez, ya que se esperaba tener que rastrear una amplia zona. Pero, él era así, y todo esto era lo que esperaba se ejecutase a la perfección esa mañana del 26 de Marzo... de levantarse la niebla, naturalmente.

Si el clima es imprevisible en Tierra del Fuego, más imprevisible aún lo es en su extremo oriental; especialmente en la Isla de los Estados. A las diez de la mañana, la niebla que había ocultado todo a la vista, como una masa de crema, se había desvanecido sin siquiera dejar rastro. Además, se daba la no frecuente suerte de una falta total de nubes, ya que, por estos lados, casi siempre las hay dando vueltas. Así que, con un ánimo eufórico, ahora, Enrique, ayudado por Erika, montó el conjunto sobre su trípode y lo asentó en una superficie plana de la playa.

Durante un momento, dejando la radio en poder de la joven, manipuló para apuntar el distanciómetro hacia el sur geográfico; basándose en la brújula y tomando en cuenta una declinación —para ese año de 1982— de E. 11° 39' 51". Ignoró, naturalmente, la presencia de El Orejano. Finalmente, cuando, mirando a través del objetivo, vio que el barco estaba justamente allí, sonrió satisfecho.

-Bueno... No hay problema. —dijo Enrique, tomando el “handy” de manos de Erika— ¡Quédense allí que está bien!...

Encendió el distanciómetro y centro el rayo en el conjunto de prismas, que había sido colocado por encima del puente.

...rrrrrrrrrrrr... —la chicharra emitió un ruido molesto, y el indicador digital marcó 2.968 m. Cuando el chirrido cesó, el indicador siguió repitiendo la cifra.

-¡Ya está!.. ¡Ya lo tengo!.. Vení a ver. —le dijo a Erika y la tomó del brazo— Fijate...

Erika espío a través del objetivo, luego se irguió y miró hacia el orejano, directamente.

-Ahora, la cuestión es la distancia —dijo, sin volver la cabeza—. Papá la calculó a ojo.

-Pues, confiemos en el ojo de tu padre, no tenemos más remedio por ahora. Él era marino y de la vieja escuela. Se supone que debía tener una muy buena capacidad de estima. —Enrique dijo esto, más que nada, para conformar a la muchacha. Ella no contestó.

-Bien, empecemos. —Enrique se llevó nuevamente el transmisor a la cara—. ¡Klaus!... —gritó, porque el viento estaba aumentando de intensidad y las olas hacían un barullo del infierno.

-Sí... —se oían ruidos de estática y la voz del alemán no llegaba, ahora, tan clara.

-Bueno ¿me escuchan?... ¿Está Napo allí?...

-Sí... Escuchamos bien. Aquí está.

-Atención... Tienen que venir desde donde están. Derecho norte, hacia mí... ¿Oíste Napo?... —gritó de nuevo.

-Sí, sí. —Napo había tomado el micrófono—. Te oigo, ya vamos.

Desde tierra se vio, claramente, como El Orejano comenzaba a acercarse.

-Eso... Eso... Bueno, atenti a cuando diga basta, eh...

-Sí, ya estamos yendo.

Rrr-rrr-rrr —hacia la chicharra cada vez que el rayo pasaba sobre los prismas.

-¡Putá, carajo!... ¡Qué movido que se está poniendo esto!... —masculló Enrique, mientras manoteaba un cigarrillo prendido que le alcanzaba Erika. Entretanto, se veía a El Orejano subir y bajar montando en las olas, mientras se acercaba al lugar preciso. Las Rocas Vasallo, a poco más de una milla al W.S.W. del punto del naufragio, se mostraban orladas de espuma blanca como la nieve, marcando el lugar donde el Cabo Kendall se perdía en el Atlántico Sur; y los albatros que seguían al barco, planeaban, con su imperturbable vuelo de siempre, contra el cielo sorprendentemente azul.

-Ya falta poco. —la voz de Erika se perdió en el viento.

...rrrr-rrrr —el indicador digital marcaba 2.180 m.

-¡No se desvíen!... —gritó Enrique, por la radio—. ¡Despacio!... despacio... Un grado a estribor... Así, así... ¡Mas despacio!.. —Enrique daba la impresión de encontrarse él en el puente.

Con un último chirrido, el indicador marcó 2.120 m.

-¡Alto!... ¡Ahí no más!... ¡Boyen!...

Desde tierra se vio, nítidamente, como arrojaban la boya.

-Perfecto... Muy bien, muy bien. —murmuró Enrique, totalmente abstraído—. Bueno, Napo, escuchame: Desde ahí donde estás, verificá las distancias vos también: A dónde estoy yo, y también derecho al oeste, hasta la costa de Cabo Kendall. ¿Entendiste?..

-Sí, comprendo... Te paso los datos.

Así siguieron durante un rato.

La referencia del capitán Flamme decía con toda precisión: "...El segmento de este paralelo, que va desde la posición del U538, hasta el punto de la costa E. de Cabo Kendall señalado en el mapa, mide 1700 m.". Pero, según las mediciones con el radar del barco, al oeste de la boya, habían entre 1.500 y 1.600 mts. de agua, hasta el cabo. Un error de 200 metros. Dentro de poco comprobarían con el distanciómetro.

No se demoraron mucho en comer. Apenas un sandwich y un sorbo de cacao caliente de la termo-cantimplora.

Así fue que, a las dos de la tarde, ya estaba todo el mundo de nuevo manos a la obra.

Enrique y Erika, habían seguido por la escarpada orilla del mar con un rumbo S.S.W., y a las tres horas de marcha, habían alcanzado el punto de la costa oriental de Cabo Kendall, que quedaba exactamente al oeste de la primera boya. Eligieron pasear en vez de ser llevados en lancha.

El tiempo se mantenía estable y con mucho menos viento que cuando levantó la bruma. El cielo era de un azul claro y los efluvios de yodo y sal, que venían del océano, bañaban sus caras. Las aguas marcaban su compás eterno y, de a ratos, las rachas de viento les traían el penetrante olor a medicamento de los cachiyuyos, que, arrojados en montones sobre la costa, se descomponían lentamente (*).

(*) Cachiyuyo o Kelp: *Macrocystis pirifera*. Es el alga más grande de Tierra del Fuego. Puede medir hasta 30 ó 40 metros de largo.

-¿Cuándo estuviste por aquí, hacía buen tiempo, como ahora? –Enrique habló mientras trabajaba tratando de ubicar el distanciómetro.

-Mirá, yo estuve cuatro días en Febrero del setenta y nueve. Tres días fueron buenos; el otro, terrible; con una tormenta espantosa, que se desató en menos de una hora y duró toda la tarde y la noche. Fue algo dantesco; de verdad.

-Parece que, esta vez, hemos venido con suerte. Ojalá nos dure. Aquí, a veces, las tormentas duran una semana seguida, o mas.

-Sí, pero eso debe ser a fines del invierno y en primavera, posiblemente. –repuso Erika, ajustando su sombrero.

-No, necesariamente; en este lugar se dan tormentas todo el año, según dicen. Es mas lluvioso que donde vos vivís, e, incluso, que en Ushuaia... ¡Mucho mas!... Aunque ya estamos a fin de Marzo, y mirá... —dijo Enrique, señalando vagamente al cielo con un ademán de de su mano izquierda mientras continuaba trabajando con la otra—. Bueno, creo que ya está. ¡Eso es! al este justo... —concluyó finalmente, y pasó la mano cariñosamente por el aparato, como haciendo unos ajustes imperceptibles.

Inmediatamente, comenzó a hablar con El Orejano, que ya, hacía rato, esperaba un poco al oriente de la boya; proa hacia ellos y balanceándose suavemente.

Renata, en cubierta, los miraba con sus prismáticos, saludándolos. Erika, que había tomado los de Enrique, le contestaba agitando también la mano.

-¡Bien. Ahí, no más! –dijo, al poco, Enrique. La boya fue lanzada al agua, con toda la precisión de la que eran capaces, a 1.700 m. al este de donde Enrique y Erika se encontraban. A unos 100 m., también al este, de la primera. La apreciación del capitán Flamme resultaba, igualmente, muy exacta, dadas las circunstancias.

El primer trabajo estaba cumplido.

-Un premio. –dijo Enrique, alcanzándole a Erika la otra caramañola, llena de whisky.

-Bueno... Dará calor a mis viejos huesos –aceptó ella, tomando un largo trago, directamente del pico. –Ah... el fuego de la vida. –dijo, devolviéndosela a Enrique, que también tomo un largo sorbo. Luego, éste la tapó, colgándola enseguida del mosquetón del cinto de paracaidista, con el que ceñía el “overall” de dril verde-amarillento. Enseguida, se puso a desmontar el conjunto teodolito-brújula-distanciómetro.

-Macanudo, che —dijo, cuando terminó—. Vamos yendo que todavía hay mucho que hacer.

Cargando sus respectivos bártulos, se acercaron a la orilla para embarcar en la lancha que ya los venía a recoger. Frente a ellos, el mar, ahora tendido, latía muy lentamente; hinchándose y deshinchándose como en un inmenso pulso cósmico.

Cuando, a las 3 p.m., Enrique y Erika abordaron El Orejano, que permanecía en el área boyada, Andy Mc Callum bajó los largavistas y, abandonando su puesto de observación en la ladera del Tres Puntas, regresó con sus hombres. Aún era temprano; ese día 26 de Marzo de 1982, el sol se pondría aproximadamente a las 7:10 p.m., y para eso faltaban mas de cuatro horas

-¡Bien hecho!... –les había dicho Klaus, con una sonrisa, al recibirlos.

-Sí, creo que sí. –le había contestado Enrique, mientras tomaba con las dos manos el jarro de té, negro y fuerte, que le había alcanzado Vodopivec, el experto en detectores de metales.

-Hola, Napo –saludó a su segundo, que en ese momento salía del puente. Este le respondió alzando el pulgar y guiñando el ojo derecho. –No se ilusione demasiado... El lugar que hemos marcado es una entelequia –agregó, volviéndose nuevamente hacia el alemán; mientras Erika iba al encuentro de Renata–, una mera construcción ideal, una hipótesis de trabajo para empezar a moverse. No me voy a cansar de repetir que puede estar bastante alejado.

-Me doy perfecta cuenta de ello —repuso Klaus, cargando una “corncob pipe”, una pipa de marlo al estilo del viejo Missouri—; pero, en algún lugar tenemos que comenzar, ¿verdad?..

-Exacto. Ese es el real sentido de todo el esfuerzo que hemos hecho hoy: Un lugar para empezar; nada mas –miró hacia barlovento, tratando de interrogar al horizonte, pero éste no parecía ocultar sorpresas. –Vds. se preguntarán por qué diablos, ya que es así, me he tomado todo este trabajo... —de pronto, sintió necesidad de explicarse mejor— Bien podríamos haberlo marcado usando el radar. Total, cable, cable y medio mas o menos, era igual... Lo que ocurre –continuó–, es que, ya que tenemos que medir, mejor hacerlo así: Ha servido para verificar sobre el terreno, y con el instrumental mas exacto, parte del valor de las referencias del padre de Erika. Ahora sabemos que la traslación al papel del punto donde, por lo menos, “creyó” que había tenido lugar el naufragio, se corresponde bastante con la realidad. Recordemos que no contaba con una carta detallada de Bahía Vancouver, y que la ampliación hecha a partir de la carta general de la Isla de los Estados, es obra de su propia habilidad cartográfica... y de sus recuerdos. Tomando en cuenta esto, un error de 100 m. es poquísimo. Ahora, bien: todo esto no podría haber sido comprobado así, tomando las distancias solo con el radar; al menos con el mío y el suyo.

-Es cierto —Klaus movió la cabeza en sentido afirmativo, mientras convenía en ello—. Además, tomando la distancia desde el mar, como Vd. ya dijo al principio, no hubiese tenido la “perspectiva terrestre”, que también deseaba experimentar. La misma que tuvo Kurt Flamme en aquellos días.

-Sí, eso aparte –admitió—. Pero, ojo... —agregó, mirando para donde estaba Erika, antes de seguir. La joven se hallaba en la puerta de entrada al puente, fuera del alcance de su voz; secreteando animadamente con Renata, mientras ésta le arreglaba el sombrero y los cabellos—... Insisto...—prosiguió—... Esto tiene una segunda parte: No nos olvidemos que, la verdad, es que el capitán Flamme puede haber equivocado la apreciación del punto donde emergió –dijo a media voz. Klaus callaba, pensativo—. Salió a la superficie en medio de una tormenta de la gran puta, con una temperatura de casi cero grados. Tan jodido habrá sido, que se ahogaron o murieron de frío todos menos él; y eso que estaban a menos de dos kilómetros de tierra; ... así que, fíjese Vd: Un hombre que llega en esas condiciones a la costa, tiene que tener el sentido de orientación de una paloma mensajera para, luego de pasada la tormenta, decir, señalando tranquilamente con el dedo: <<yo emergí allí>>. ¡No!.. No soñemos, Klaus... El capitán Flamme, cuando salió a la superficie, con semejante oleaje, no debe haber sabido ni para dónde nadar. Llegó a tierra de pedo y con una mamúa de antología; sin lugar a dudas.

-Sí, tiene razón.

-Lo que ocurre –prosiguió Enrique–, es que yo evito decirlo ante Erika con esta claridad, porque es muy susceptible en cuanto a su padre, y puede interpretar que estoy depreciando los datos que nos dejó, pero, es así no más: Por lo que hemos podido ver, marcó con mucha exactitud, en el mapa, el punto donde, como ya le dije, “creyó” haber emergido... Vamos a ver si en ese punto emergió realmente.

-Sí, eso es lo que está por verse; pero, por ahí era un fenómeno el capitán Flamme—. Klaus tenía el ceño fruncido y masticaba la boquilla de su pipa.

-Ojalá.

-Bueno –agregó el alemán–. Qué le parece si hacemos algo. Todavía es temprano: son las 3:20.

-Sí, mire; como primera medida, vamos a hacer una “pasada” con el detector de metales; a ver qué ocurre... ¡Napo!.. —llamó a su segundo, que estaba vigilando el desmontado de los prismas—. Atendeme, Napo –le dijo cuando éste se acercó–: Vamos a pasar con el detector, ida y vuelta, por donde están las boyas. Así no más, sin mayor sistema, para ver qué ocurre. Si no hay suerte, mañana vamos a bajar a ver, y, si tampoco pasa nada, nos ponemos a trabajar en serio, eh... Pero, ahora se trata de algo informal: El “tiro de fortuna”...eh, Napo.

Enrique había dispuesto el orden de trabajo, invirtiendo, ahora, los roles de las embarcaciones. La goleta, que en un principio fue la “nave insignia”, pasó a desempeñar el papel de “buque base”; a raíz de que tenía la amplitud y las condiciones para serlo, y, también, de que no estaba tan perfectamente dotada para tareas de buceo como El Orejano; adaptado especialmente para éstas.

El pesquero reformado llevaría, en la parte activa de la búsqueda, la carga mayor. Estaría en el mar todo el día, desde él se bucearía y los protagonistas de la acción pasarían casi todo el tiempo a bordo suyo; cuando no estuviesen sumergidos, naturalmente.

Mientras tanto, La Zarzamora permanecería en Puerto Vancouver, bien fondeada a dos anclas, cumpliendo la función de “pontón-hogar”; donde pasarían las noches y tomarían sus cenas Klaus, Enrique, Yáñez y las chicas.

En cuanto a la propia “acción sobre el terreno”, o, mejor dicho, sobre el agua: Yáñez se estaba encargando junto con Napo, siguiendo instrucciones de Enrique, de marcar, sobre la carta, una criba que dividiese el área en 36 cuadrados de 300 metros, de lado, cada uno; lo que hacía un gran cuadrado de casi una milla (ver mapa), cuyo centro era el punto señalado por el capitán Flamme. **(los mapas están al final del libro; verlos).**

Estos 36 cuadrados serían señalados por una boya en cada uno de sus ángulos, y se rastrearían, en su totalidad, con el detector de metales; empezando por los cuatro centrales.

De no arrojar resultados esta primera pasada total, se los rastrearía de nuevo, del 1º al 36, pero esta vez empleando buzos, además del detector, hasta dar con el submarino. Todo esto, naturalmente, si no se obtenía un milagroso resultado en el tiro de fortuna, justo en el centro del área; ya que, como Enrique le había dicho a Napo, se haría un informal recorrido por él, con detector y buzos.

Con respecto a los recursos electrónico-técnicos de que se iba a servir la expedición para rastrear al U538, la situación era así (1982, recordar):

En primer término, lo que hay que hacer notar es que: los sonares comunes no son de gran utilidad para localizar objetivos apoyados sobre el fondo, ya que éstos tienden a enmascararse contra el mismo. Situación que empeora cuando éste es frágil. Esa es la causa por la cual, cuando, en la guerra, un submarino quería esconderse de los sonares que lo buscaban, se dejaba hundir hasta el lecho marino y esperaba allí.

Consecuentemente, el sonar normal tiene su plena aplicación en objetivos que van, por decir así, “a media agua”. Por ejemplo, un submarino que no esté enmascarándose

contra el fondo; y los cardúmenes de peces; de los cuales detecta las burbujas y el aire de las vejigas natatorias, pues, tampoco rebotan sus ondas en los cuerpos blandos.

Como puede verse, entonces, su uso se encamina, la mayor parte de las veces, al área militar o pesquera. Por lo que ni Enrique ni Klaus tenían sonares en sus naves. En el caso de El Orejano, ni siquiera por el hecho de haber sido éste, originalmente, un pesquero, dado que, cuando Enrique lo compró, estaba semi-desmantelado y el instrumental ya había sido vendido.

Hay, empero, algunos tipos de sonar, que, bajo ciertas circunstancias, podrían haber sido de gran ayuda para el caso. Por ejemplo: el “Sonar de Barrido Lateral”. Pero, su uso no fue tomado en cuenta por las siguientes causas:

El transductor de este tipo de sonar, consiste en un “towfish” (literalmente “pez de remolque”), o angosto torpedo, que debe ser arrastrado muy cerca del fondo. De este modo, “barriendo lateralmente”, toma casi “de costado” todo lo que hay en el lecho, dando un dibujo del relieve submarino y de lo que está apoyado en él.

Es obvio, sin embargo, que en un fondo de características montañosas, quebrado y fragoso, no se lo puede remolcar “casi contra el mismo”, pues, se rompería, y, de no ser así, vería el alcance de sus ondas muy limitado por los obstáculos pétreos permanentemente cercanos.

Si, para solucionar esto, se opta por remolcarlo “por encima de las mas altas crestas”, se transforma en un sonar común; es decir, con respecto al fondo, al menos, deja de “barrer lateralmente” y reproduce las limitaciones de aquél. Enrique sabía de este tipo de sonar, aunque nunca lo había usado, pero, conociendo la clase de formaciones rocosas sumergidas con las que iban a tener que vérselas –aparte del costo–, optó por no pensar siquiera en el asunto.

Lo que sí había usado, a veces, era un detector de metales de origen americano, también en forma de torpedo-remolque, que, en varias oportunidades le había dado buen resultado.

En lo que hace a éste, el modelo que poseía Enrique era para detectar ferrosos. Según las especificaciones técnicas del mismo, en condiciones óptimas, al menos, era capaz de captar un envase metálico de cinco litros a 1,80 m. de distancia, un tambor de doscientos litros a 7,50 m., una chata hundida a 60 m. y un barco grande a 240 m.

En las circunstancias actuales, pensó, el submarino podía equipararse a una chata, o sea que el detector tenía que captarlo a 60 m. de distancia.

Por otra parte, a éste no tenía necesidad de llevarlo “pegado al fondo”, como si fuese el tow-fish de un sonar de barrido lateral; con lo que resultaba alejado el problema del temido enganche-rotura. “Alejado”, pensó, “No, eliminado”. Puesto que era muy deseable hallar también todo resto del submarino que se pudiese haber desprendido del mismo; p.e. el “Schnörchel” (snorkel); para lo cual, tampoco tenía que poner demasiada distancia entre el detector y el fondo. Éstos, los restos, servirían de guía a la expedición y, también, como señal de que se hallaban en el buen camino.

Así que, ya que lo tenía, decidió emplear el detector. El sistema normal sería el siguiente: Una pasada cada 30 m., a 2 nudos, con el tow-fish remolcado apenas por encima de las mas altas crestas —o mas o menos; eso se lo iría indicando la sonda—. Esto le daba una velocidad teórica de 3.704 m. por hora, o sea, casi una hora por “cuadrado” de 300 m. de lado, cruzado en 10 “pasadas” y contando las vueltas; aunque, en la práctica, debería calcular dos horas.

De fallar el “tiro de fortuna” en el centro, el repaso a detector de toda el área demoraría, entonces, 72 horas. Tal vez, se dijo Enrique, tuviese la suerte de localizar al submarino en esos primeros escauceos; sino... “¡A bucear como Dios manda!” pensó

para sí “Con buzos y mirando bien”. De esta manera, cada cuadrado de 300 por 300 m. le demandaría un día de trabajo; haciendo las cosas tranquilo.

El buque recorría en zig-zag por una amplia área, pasando varias veces entre las dos boyas.

Klaus y Enrique estaban de pie en el puente, pendientes de los instrumentos, que eran atendidos por manos verdaderamente expertas y sensibles. El propio Napo Cabezas estaba con la vista clavada en la sonda, y Vodopivec trabajaba ante el indicador del detector de metales.

De todos modos, los resultados obtenidos eran negativos. La sonda mostraba un perfil de de cordillera sumergida, con profundidades de -50 a -75 m., en bruscas oscilaciones.

Finalmente, a las 6 p.m., Vodopivec alzó la cabeza y miró a Enrique.

-Absolutamente nada —articuló, con fuerte acento, el croata—. Ningún submarino debajo... No creo, aquí en medio.

Afuera, el viento estaba aumentando su fuerza y, por momentos, les llegaban sus bramidos como si el puente no tuviese vidrios.

El Orejano había comenzado a bailar, y como estaban yendo de este a oeste, y viceversa, y el viento soplaba ahora de la Antártida, el oleaje, que se agitaba cada vez mas, comenzaba a tomarlo de flanco haciéndolo rolar, pese a los estabilizadores.

Enrique se dijo que, si el viento cobraba más fuerza, tendría que suspender el rastrillado, o al menos hacerlo de sur a norte. “Macana que aquí sopla solo del oeste, como dicen algunos...” pensó, mientras acariciaba la cintura de Erika, que le apoyó la cabeza en el hombro. Después se acordó que, de todos modos, el sol se pondría en media hora.

-¿Nada, che?.. —preguntó, innecesariamente, a cualquiera.

-Nada. —gruñó Napo— Ya, con dos o tres vueltas mas, creo que es suficiente.

-Sí, no, es inútil. —dijo Enrique— Ahora, terminemos, porque, ya que estamos... Pero, mañana, si se puede, bajamos a ver en persona. Aquí... en este centro mismo. —agregó, señalando para abajo con el dedo.

-Decime —lo interrumpió Erika; a la que se le ocurrió algo—. Papá nos dice que el submarino quedó encajado contra una cresta rocosa. ¿No salió ahí? —preguntó, señalando a la sonda—. Algún perfil parecido a una cresta... o que pudiese ser una cresta...

-Señorita. —le contestó Napo— Le puedo asegurar que ya el fondo ha mostrado, por lo menos, seis veces, relieves como el que decía su papá —ella pareció desconcertada—. Lo que ocurre es que en esta zona se repiten mucho. —agregó, para consolarla. Pero Erika se sintió peor..

A las 6:45 p.m., Enrique, de común acuerdo con Klaus, suspendió el rastrillado. El sol se estaba poniendo y las condiciones habían empeorado. No era cuestión de dar vueltas por el solo hecho de hacerlo. De todos modos, a esa hora, ya habían terminado con el área central; en lo que hacía a la búsqueda con instrumental. Mucho mas provechoso sería ocupar el tiempo en repasar el equipo a utilizar mañana, y en irse, luego, a dormir. Los planes de acción del día venidero ya estaban hechos, y la jornada, si se podía trabajar, prometía ser agotadora.

El retorno al fondeadero de Puerto Vancouver, fue como el regreso al hogar perdido. Las montañas, cubiertas en parte por el espeso bosque y coronadas por algo de nieve, brillaban, incendiadas en llamas de oro rojo, a la luz oblicua del sol que sangraba herido de muerte.

La vista del Arrecife Ramos les anunció que llegaban a casa, y, como quien entra apurado huyendo de una tormenta, gobernaron en busca del brazo de mar donde los esperaba la goleta; ni bien se vio clara la barra blanca en la costa sur del mismo.

Por casi media milla navegaron entre dos sólidos cordones de “cachiyuyos”. Éstos, suelen formar, a poca distancia de las costas, una especie de escolleras móviles y protectoras, que hacen de rompeolas y dejan unos estrechos canales interiores a salvo de la marejada.

Cuando arribaron a su sitio junto a la goleta, echaron las dos anclas y abarloadon.

Luego de cambiarse y descansar, a las 8 p.m. se sentaron en el salón de La Zarzamora y Hron les sirvió la comida enseguida: Guiso de bacalao y vino tinto espeso. Plato único.

Todos repitieron y Enrique comió cuatro veces; lo que provocó las pullas de los demás. Pero él no les hizo caso; no tenía su sentido del humor a la vista en ese momento, se limitó a sonreír con aire distraído y a engullir su cuarto plato.

-Juntando fuerzas para mañana ¿eh? —le dijo Yáñez.

-Sí, así es —respondió, sin mayor entusiasmo—. Las vamos a necesitar todos.

La conversación giró —como era de esperarse— en torno a lo del día siguiente; pero, decayó al poco. Finalmente, Enrique se levantó.

-Vds. me van a disculpar —dijo—, pero yo voy a ver cómo les va a Napo y a los muchachos con el equipo que vamos a usar mañana.

-Te acompaño —dijo Erika.

-Bueno, vamos. —el tono no era muy convencido. Salieron al viento.

-Si no querés que vaya con vos, andá no mas. Me quedo con Renata.

-No... cómo no voy a querer. Vení; así ves como son los equipos. Es muy interesante.

—Enrique solo pensaba en los equipos en ese momento— Quiero verlo todo yo; en persona ¿viste? —explicó.

-Entiendo, pero, vos tenés unos tipos magníficos aquí —Erika tomó la mano de Enrique para cruzar a El Orejano—. Parecen tan eficientes.

-“Confianza y control” es mi lema, querida. Son eficientes y buenos tipos, pero... mejor estarles encima.

El buque bullía de actividad. Napo supervisaba meticulosamente las tareas y nadie se iba a ir a la cama mientras no estuviese todo listo: Compresores, tubos cargados de aire comprimido, los extraños trajes de buzo autónomo, color lacre y totalmente enterizos. Estos llamaron la atención de Erika.

-¿Qué son, Enrique?... Nunca vi trajes como esos —preguntó, señalándolos.

-Son para trabajar en aguas extremadamente frías —aclaró él, sin entrar en mayores explicaciones.

Cuando, finalmente, Enrique —una hora después— quedó satisfecho con todo, se volvió sonriente hacia Erika, que lo contemplaba callada desde hacía un rato.

-Vení —le dijo, y la condujo hacia su propio camarote.

Éste era bastante cómodo. El mobiliario era el propio para una embarcación de la naturaleza de El Orejano: Poco y funcional. La calefacción hacía el ambiente agradable.

-¿Una copa? —preguntó Enrique—. Tengo Ron... ¿te gusta?...

-No recuerdo haber tomado nunca... A ver —dijo, decidida—.

Enrique sirvió dos generosas porciones de un Ron de Jamaica, blanco y de muy alta graduación.

-¡Salud!.. Por el éxito —brindó, alzando el vaso de vidrio grueso. De un solo trago vació la mitad del contenido.

-¡Salud! —respondió, a su vez, Erika; quemándose cuando intentó imitarlo. Le brotaron lágrimas, pero no dijo nada. Él se dio cuenta.

-¡Aguantate, macho!.. No llore —le dijo, dejando el vaso y atrayéndola hacia sí.
-Oh... ¡Qué estúpido!... ¡¿Cómo podés tomar eso?!.. ¡Mi Dios!...
-Es para digerir el bacalao —explicó Enrique, mientras se sentaba en el lecho y comenzaba a sacarse la ropa. Los pantalones primero.
-Pero... ¿Qué estás haciendo?...
-Me saco los pantalones. ¿Por?... —dijo Enrique con expresión perpleja—. ¿Vos no te desvestís?... —le preguntó, a su vez, realmente intrigado; mientras comenzaba a quitarse el sweater de cuello alto; que se le quedó trabado en la cabeza—. ¡Putá, carajo!... ¡Esta porquería tiene cuello muy angosto!... —añadió, mientras tironeaba.
Erika no sabía si reírse o qué. Finalmente, moviendo la cabeza como ante un chico tarado, se quitó rápidamente su propio sweater. No llevaba nada debajo y se quedó en tetás, solo con los jeans puestos. Se acercó a Enrique, que aún se debatía y, tomando las mangas, ya sueltas, del pullover de éste, dio un fuerte tirón y lo liberó.
-¡Cuidado, bruta!... Casi me arrancás las orejas —exclamó él, mientras se las tomaba con las dos manos.
-¿Cómo?... ¿Vos no sos el macho?... —le preguntó ella, poniendo los brazos en jarras. Sus pechos eran grandes y firmes. Se acercó a Enrique y éste se paró.
-No... —dijo Erika, y, poniéndole las dos manos en los hombros, lo obligó a sentarse de nuevo en su litera. Luego lo empujó y cayó encima de él con todo su peso.

-¿Te parece, Enrique, que encontraremos el submarino?... —la voz grave de Erika rompió el silencio del camarote, luego de mucho tiempo. Aquel miró la esfera luminosa de su reloj antes de contestar. “Es medianoche” se dijo.

-Pienso que sí —respondió, finalmente—. Uno nunca puede estar seguro del todo, en estos casos, pero no veo por qué tengamos que tener tanta mala suerte... Está ahí, sin duda —dijo con convicción—. ¿Por qué?... ¿Qué te pasa?... ¿Has perdido tu confianza?... —preguntó.

-No, pero...

-Pero, hoy has visto como se buscaba inútilmente... eh. —la interrumpió—. -¿Sabés, por ahí, todo lo que vamos a tener que buscar antes de hallarlo? —sonrió en la oscuridad y le acarició la espalda—. No... no es tan sencillo. Pueden pasar días... o meses.

-Pero, ¿están preparados para tanto tiempo?... —en su voz había, ahora, algo más de fé.

-Naturalmente. Esto es una inversión cara, y puede ser largo... muy largo... Pero, yo sé lo que te pasa —Enrique hizo una pausa antes de proseguir—... A vos no te importaría nada si no te pareciera que está en juego la palabra de tu padre. —Erika iba a hablar, pero él no la dejó—. ¡Escuchame! Voy a decirte algo, y de una vez por todas: No dudo, por un instante siquiera, de la veracidad de tu padre. No existe la menor posibilidad de que lo que él haya dicho no sea toda la verdad... La más pura verdad.

Yo no lo conocí vivo. Solo tuve de él... sus papeles, su palabra escrita... y la visión ... —Enrique volvió a hacer una pausa, pero esta vez más larga y tensa—... la visión tremenda de su fin. Pero, me basta. Jamás se me ocurriría dudar de quien soportó semejante trato, precisamente, para cumplir su palabra. ¡Hubiese sido tanto más fácil aflojar y, al menos, no sufrir!

No, Erika. La figura del Capitán Flamme está más allá de toda sospecha. Aquí, se trata de trabajar más o menos eficientemente y de tener la dosis de suerte que espero tengamos... y nada más.

No quiero ver que cada día que pasa, sin que hallemos el submarino, te preocupes y amargues mas y mas. Es estúpido... y te puedo asegurar que el pensamiento de Klaus es exactamente igual al mío.

Ella lo escuchó, sin interrumpirlo, hasta el final. Luego, sin decir palabra, le tomó la mano y, llevándosela a la cara, la frotó contra ella.

Afuera, el viento de la Antártida rugía con la fuerza del huracán; pero La Zarzamora y El Orejano estaban bien seguros, al abrigo de las montañas de Puerto Vancouver.

El Sábado 27 de Marzo, la salida del sol fue a las 7:30 a.m. y a las 8:00 había luz de sobra como para sumergirse. La búsqueda iba a comenzar en el mismo lugar que, el día anterior, había arrojado resultado negativo con el detector de metales.

Se iba a trabajar, naturalmente, en parejas, y se emplearían todos los buzos, tanto los de Enrique como los de Klaus; que no eran tan duchos como aquellos. Por eso, para la formación de las duplas, se puso siempre a un hombre de gran experiencia y responsabilidad, juntamente con alguien no tan avezado para acompañante. Asegurándose así que, abajo, habría siempre alguien totalmente confiable y de quien se estuviese absolutamente seguro que no iba a pasar nada por alto.

Enrique y Kruger ya estaban enfundados en los equipos para aguas frías; que mantendrían sus temperaturas a nivel normal (36°/37°).

Kruger era el buzo con mayor experiencia con el que contaba Enrique. Ambos estarían a cargo de la primera ronda.

Para el boyado del área total se había decidido, para ganar tiempo, sacar de su fondeadero a la goleta, que, durante toda esa mañana, procedería a hacer el trabajo; mientras el orejano apoyaba a los buzos. También aquella, desde las 7:00, aproximadamente, al mando de Yáñez, estaba dando vueltas por ahí, dedicada a su cometido.

Klaus y Rufrancos —otro hombre de Enrique—, que se iban a hacer cargo del segundo turno, estaban aún sin trajes, junto a la borda, cuando Enrique y su acompañante saltaron de espaldas al mar.

Las aguas estaban moderadamente movidas, tenían en el lugar unas 32 brazas de profundidad promedio (unos -58 m.), y, en ese preciso instante, una temperatura aproximada de 4° C.

Renata y Erika también estaban allí, en silencio.

La tarea de esa mañana, como ya se sabía, era, en realidad, un poco atípica y fuera de normas; pero, obedecía a una razón bastante atendible —si se la veía bien—: No podían dejar de tirarse el lance de que el submarino estuviese hundido mas o menos en el centro del lugar señalado por Kurt Flamme. Un verdadero milagro, de ser así; pero, había que hacer la prueba; aunque el repaso con el detector hubiese sido infructuoso el día anterior.

De no tener resultados, se aplicaría el orden de trabajo ya descripto, rastreando toda la milla cuadrada. Primero, por medios electrónicos solamente, y, luego, sector por sector, empleando buzos además del detector.

Mientras éstos estuviesen abajo, El Orejano quedaría allí, de apoyo. No se consideraba práctico ir adelantando el segundo barrido, a detector, del sector siguiente, puesto que se tendrían que alejar de los buzos hasta 600 m., en un mar, por lo general, movido.

Se emplearía, en los tanques, aire comprimido solo, y, cuando el fondo descendiese mas allá de los -60 m. —dado que estaban en un sector de desniveles—, el explorador

seguiría su recorrido, en lo posible, sin bajar más, y mirando desde arriba; para no entrar en la región de la narcosis de nitrógeno; donde es preciso llevar una mezcla de helio/aire en los tanques, para no experimentar la borrachera tan característica y tan peligrosa.

La expedición llevaba una buena cantidad de tanques cargados con mezcla de helio, pero debían cuidarlos más que a sus vidas, ya que aquí no había manera de reponer esa carga; reservada solo para la eventualidad de que el U538 estuviese a más de -60 m. Entonces serían usados, solamente, para entrar en él y sacar la caja estanca.

Enrique y Kruger descendieron, por la cuerda de una de las boyas, hasta un fondo de rocas negras y cochilla grande. Los indicadores de profundidad de sus mini-consolas de muñeca les señalaron -60 m., la zona límite. Obviamente, allí no había ningún submarino y no tenían mucho tiempo que perder, porque, a esa profundidad, superados los 10/12 minutos, la descompresión saltaba bruscamente de 3' a -3 m., a 32' a -9 m., cuando se permanecía 15' abajo. Consecuentemente, los turnos se habían fijado en 10' de recorrida útil, a -60/-70 mts., con una corta descompresión de precaución a -3 m., de 5' de duración. No estaban, pues, para sufrir demoras o accidentes.

Los dos buzos, siguiendo el plan convenido para el reconocimiento del punto central, comenzaron a recorrer los alrededores abriéndose en espiral con centro en la cuerda de la boya, manteniéndose a unos 6 ó 7 mts. sobre el fondo, para abarcar más con la vista, y separando las "pasadas" unos 20 m., para cubrir 10 m. a cada lado.

Había suficiente luz como para ver nítidamente el fondo con todas sus irregularidades; con su relieve andino sumergido de picos rocosos gris-pardo y sus extensiones de cascajo anaranjado oscuro y marrón.

La vida subacuática no tenía aquí la exuberancia ni la profusión del trópico. Mas bien, era todo un tanto tétrico. Cuando iban descendiendo, a los -40 m., más o menos, la oscuridad parecía ya total; pero, al llegar al fondo, la luz proveniente de la superficie, al rebotar en él, les proporcionó luminosidad suficiente como para ver sin problema alguno.

Ya, en la cuarta pasada, se habían alejado bastante del centro (80 m.) y hacía rato que se había dejado de distinguir la cuerda. Sobre un fondo rocoso-arenoso se veían una serie de pequeñas esponjas y, cerca de la base de las piedras, crecían unas algas violeta intenso, con apariencia de "luche" (porphiria). Un cardumen de pequeñas sardinas fueguinas irrumpió, de pronto, en el campo visual de ambos, y desapareció tan súbitamente como había llegado.

Enrique vio como Kruger consultaba la consola de su muñeca, e hizo lo propio. Estaban en los diez minutos. Este lugar del fondo se veía igual que el día de la creación. Por lo que a él hacía, podían subir ya.

El paseo de Klaus con Rufrancos extendió el espacio revisado hasta los 190 m. del centro, pero, había sido, igualmente, infructuoso.

Ahora estaban los cuatro, Enrique, Kruger, Klaus y Rufrancos, en el cuartito de los buzos, hacia la popa de El Orejano. La última pareja acababa de emerger, y los otros dos, que estaba en ajustado osito de lana, les ayudaban a sacarse los "trajes secos": La versión moderna del antiguo "traje de volumen constante" de Cousteau.

Eran de grueso neoprene, como los inundables isotérmicos comunes, pero, totalmente herméticos; lo que permitía conservar el calor del cuerpo a las temperaturas más bajas. Un requisito indispensable para bucear en aguas muy frías o directamente polares. Para

esto, también, contaban con el auxilio de unos calentadores a pila recargable, que, colocados en el equipo de respiración, elevaban la temperatura del aire que salía de los tubos.

Los cascos —de material rígido— cubrían totalmente la cabeza y no dejaban lugar alguno en contacto con el agua. El ajuste de los mismos al traje era por el cuello, y la unión hermética consistía en un aro metálico fijo en éste, que, con un sistema de “clap” y por medio de una palanquita, amordazaba instantáneamente el reborde inferior del yelmo. El ingreso del buzo al traje se hacía por una abertura en la espalda, que luego cerraba perfectamente.

Era una verdadera suerte que Enrique contase, desde tiempo atrás, con todo esto, ya que, luego, la importación se había tornado problemática. Había comprado diez equipos “secos” en la época de la “plata dulce”; como solía decir, haciendo un juego de palabras, y continuaba felicitándose todavía.

-Bueno —dijo—, cuando suban éstos, damos por terminado el repaso del centro.

Una pareja de buzos estaba haciendo la última ronda; con la que llegarían a una distancia de 260 m. del centro. Un hombre atendía el sistema de comunicaciones submarinas que los ligaba con la nave, y, afuera, Napo y las dos chicas permanecían acodados en la borda.

-Sí, creo que, como “lance”, ya es suficiente —convino el alemán. En su mano tenía una manzana que mordisqueaba de tanto en tanto—. A la tarde empezaremos a barrer toda el área —agregó.

-Sí, claro —Enrique estaba atento a los movimientos de Rufrancos con el traje—.

¡Napo!... —gritó a través de la puerta. Éste vino trayendo un termo.

-¿Sí?

-Che... ¿Cuál es el primer sector?... El número uno...

-El que queda al N.W. del centro.

-Bien, hoy vamos a dar comienzo a la rastrillada, con detector, de toda el área.

Empezando por los sectores 1, 2, 3 y 4. Yendo de oeste a este, eh...

-Macanudo —dijo Napo, mientras servía café en la tapa del termo, con un equilibrio admirable.

-Decime —prosiguió Enrique—, después de éstos sectores, ¿a dónde saltamos?...

-8, 23, 24, 9 —contestó rápidamente, mientras le alcanzaba el tapón con café—.

¿Café?... —preguntó.

-¡Turro!... Lo tenés todo en la cabeza —exclamó Enrique, con orgullo—. Napo se limitó a sonreír y a volver la cara para un costado, diciendo:

-Psssss. ¡Por favor!...

-Bueno, che... otra cosa: ¿Yáñez, terminó de balizar?...

-¡Noooo!... ¡Son cuarenta y nueve boyas!... Espero que, como va, termine para el mediodía... Espero.

-Bueno, perfecto, es todo, viejo, andá, no mas, a ver si los de abajo necesitan algo; que ya deben estar por salir. —le indicó Enrique, mirando el reloj que había fijo en un mamparo. Napo salió, dejando el termo. Enrique repartió café en los jarros de lata, que sacó del cajón que estaba en una de las esquinas del cuartito. Bebieron en silencio. El aliento les salía vaporoso.

-¿Una manzana?... —ofreció Klaus, levantando del piso una bolsita de papel. Los otros hicieron gestos de rehusar. El alemán insistió. —¿Enrique?... —dijo, acercándole la bolsita.

-No, Klaus, gracias. Me da frío.

-Lo que hace falta es esto —terció Kruger, y, agachándose, sacó de otro cajón una botella con un líquido incoloro.

-¿Qué es?... ¿Ginebra?... —preguntó el alemán.

-¡Schlibovitz!... —aclaró Kruger, con aire diabólico. —La hace un tío mío... El de Piñeiro. —añadió, dirigiéndose a Enrique, y echó un buen taco dentro de los jarros de café que le extendían.

-¡Ahí salieron!... —exclamó éste, mirando hacia fuera. Los dos hombres venían, acompañados por Napo Cabezas.

... Clop-clop-clop —hacían al caminar sobre cubierta. Con los trajes de aguas frías parecían unos habitantes de la Atlántida sumergida.

-¿Y?... —gritó— ¿Vieron algo?... —la pregunta era de balde, porque, si hubiesen hallado alguna cosa interesante, lo habrían dicho por el “wet-phone”.

-¡Nada! —respondió el buzo que venía adelante, y que ya se había quitado el casco—. Nada en absoluto. —agregó, deteniéndose. Napo y Kruger comenzaron a sacarle el traje.

A mediodía, la goleta había terminado de boyar toda el área; con lo que Yáñez pasó a El Orejano y la mandó al fondeadero de Bahía Vancouver.

El orden, en el barco de Enrique, era más informal, y las comidas las tomaban todos juntos en la cámara principal; salvo los que estaban ocupados o de guardia. La gran mesa era de madera y tenía todo un sistema de tarugos de encajar, para sujetar la vajilla y evitar que ésta saliese volando cuando el mar estaba muy movido.

El clima era bastante festivo, por ser que no se había obtenido ningún resultado; pero eso entraba dentro de lo normal: Nadie esperaba encontrar al submarino ese día y lo que ponía a la gente contenta era la acción propiamente dicha.

A los postres, Napo tocó la concertina de marinero como un verdadero virtuoso y Klaus cantó, en alemán, acompañado por Enrique; que también sabía muchas canciones del mar; en varios idiomas.

A la 1:30 p.m., dada buena cuenta del cordero con papas y de los bollos fritos en grasa de capón, acompañados por café —de postre—, pegaron los hurras finales y todos fueron a sus puestos: El rastreo total, con el detector de metales, iba a comenzar.

La tarea se complicó de entrada, por el hecho de que el océano comenzó a agitarse casi desde el comienzo. A las 2:30 p.m. ya había “mar 3”, y las olas alcanzaban 1,20 m. de altura. Solo ayudaba el hecho de que el viento se sostenía del oeste, tomando, el oleaje, de costado, a El Orejano, únicamente cuando viraba en redondo al terminar una pasada.

El movimiento, cada vez más pronunciado, hacía más problemático aún el empleo del detector. El fondo, donde alternaban altas crestas rocosas con angostos valles, era lo más a propósito para un enganche del “tow-fish”.

El mayor trabajo le tocaba, ciertamente, a Vodopiovec; el más ducho detectorista del grupo. Puesto que, aunque no estaba todo el tiempo atendiendo, él solo, el equipo, y era relevado por Enrique y Napo con bastante frecuencia, igualmente, siempre permanecía de pie frente al “display”. Como si no confiase, enteramente, en nadie. Al menos, tanto como para alejarse tranquilo.

Erika y Renata preparaban y servían café sin decir palabra. Se habían sumado al silencio de los demás, que, tensos, estaban atentos a las novedades del detector y la sonda. Con ésta, se sabía cuando el fondo presentaba alguna elevación peligrosa, entonces, se cobraba cable para alzar el tow-fish y protegerlo.

El recorrido se hacía a muy baja velocidad —2 nudos—, y las idas y venidas, con sus vueltas, se sucedieron hasta las seis de la tarde sin novedad.

Fue en el ángulo N.W. del sector 2, donde se produjo el temido enganche. Las razones no fueron muy claras: Tal vez un descuido del que atendía la sonda en ese momento; pero... solo tal vez. El hecho es que, de pronto, un fuerte tirón cortó el cable que unía al tow-fish con El Orejano, quedando sin tensión. Vodopivec se dio cuenta, ante su display, al mismo tiempo que los que vigilaban el cable afuera.

Como aún quedaba una hora de sol, una pareja de buzos bajó a buscar el detector, por el pozo de inmersión. Lo encontraron enseguida, metido en un ángulo rocoso. Les costó bastante trabajo desencajarlo, y, allí mismo, mientras lo hacían, advirtieron que estaba destrozado. La carcasa de plástico no había aguantado.

Cuando fue revisado en el puente, por Vodopivec, éste, solo alzó los ojos hacia Enrique, con expresión patética, y dijo:

-Capitán... No sirve mas.

El sol ya había caído. Solo restaba seguir rumbo norte para entrar en Bahía Vancouver, y torcer luego al oeste, en demanda del fondeadero. Allí les aguardaba La Zarzamora, flanqueada por las algas, y un resto de jornada dedicado al descanso y a meditar acerca de las tareas en los días por venir.

La cosa prometía ser pesada y, posiblemente, larga. Ya no contaban con el detector de metales y el hallazgo tendría que ser visual.

Una inspección mas detallada confirmó que el arreglo era imposible, y pedir uno a Estados Unidos y ponerse a esperar que lo mandaran, mas imposible aún.

-¡A la mierda con este cachivache!... —exclamó Enrique, y de un puntapié lo mandó al otro lado del puente. —Tal vez encontremos al U538 antes de lo que imaginamos—. Concluyó; haciendo un esfuerzo por mostrarse optimista.

En “La Prensa”, de ese día Sábado 27 de Marzo, se publicaron las declaraciones hechas por el canciller Costa Méndez el día anterior. En ellas, el ministro decía, haciendo referencia al incidente de las Georgias, que se trataba de “...un serio incidente.” Allí, recién, reconocía el envío del Bahía Paraíso “...que anclará en las inmediaciones...” (éste había llegado a Puerto Leite el 22). Pero, sintomáticamente, La Prensa, cuando dio las características del Bahía Paraíso, agregó también las de la Drummond y la Granville; que ya habían zarpado el 24 a la noche.

El gran público comenzó a tomar conciencia clara, de este modo, de que sí se trataba de “un serio incidente”; mientras que, paralelamente, los que estaban en la cosa y los servicios de inteligencia de las potencias, sabían, sin lugar a dudas, que se trataba de mucho mas que “un serio incidente”.

Del envío del A.R.A Granville y del A.R.A. Drummond, la opinión pública tendría noticias oficiales, por medio de las declaraciones de Costa Méndez, dadas a la prensa ese mismo Sábado 27; pero, éstas recién salieron en los diarios de la noche.

Los receptores de la goleta fueron recogiendo toda esta información de tipo público, y también la que la B.B.C. y otras radios del mundo emitían.. Por lo que, ya desde la cena, el grupo de a bordo disponía de abundante material de comentario. Durante el transcurso de ésta, inclusive, los juicios sobre la situación política monopolizaron la

primera media hora; pero, la falta de datos mas precisos, hizo, finalmente, que se abandonase el tema, y el momento de irse a la cama los alcanzó en silencio y ensimismados.

Cuando Enrique y Erika salieron a cubierta, el cielo estaba despejado de nubes, aunque, una tenue neblina baja que no alcanzaba a ocultar la luna, había creado uno de esos extraños efectos que suelen verse en estos mares lejanos: La luz bañaba totalmente la isla, quedando, sin embargo, difusos sus contornos; como si fuese un fantasmal desierto gris con dunas muy agudas; un desierto frío habitado solo por muertos. Ambos permanecieron un largo rato mirando las montañas sin decir palabra alguna. El espectáculo resultaba atractivo como un abismo y los tenía atrapados.

Finalmente, Enrique notó que Erika estaba temblando de frío.

-Vamos... —le dijo, tomándola del brazo, y los dos pasaron a El Orejano.

Rayaba el alba, a las 6:55 a.m., del Domingo 26 de Marzo, cuando el barco de Enrique pasó frente a Punta Rinoceronte, rumbo al sector N°1 del área; al cual iban a rastrear, concienzudamente, con los buzos..

Parte del mismo ya había sido examinado, al igual que los otros tres que rodeaban al centro; pero, como la primera exploración había seguido un esquema espiraloide —con un alejamiento máximo de 260 m. del centro—, quedaba un buen rincón, de cada uno de ellos, sin revisar. Así que, para estar bien seguros, se los barrería de nuevo totalmente; con lo que, no quedaría ninguna duda con respecto al área central.

-Veo que tienen sus propios planes. —dijo Enrique a Renata, que, con una mochila a la espalda, seguía a Erika rumbo al interior del orejano.

-Sí, planes de cocina.

-¡Ah, magnífico!... —gritó, casi, Klaus—. ¿Y, a qué se deben?...

Las chicas se detuvieron.

-A que hoy es Domingo. —Intervino Erika.

-Bien, pero, en vez de dedicarlo al descanso, parece que han decidido hacerlo mas laborable que los demás días —repuso el alemán, mientras, entrecerrando los ojos, trataba de ver las boyas del “área”, que ya estaba cercana.

-Bueno, en realidad, ocurre que hemos visto que no podemos hacer mucho ahora y, ya que no va a haber día de tregua, al menos queremos contribuir a que el Domingo sea lo mas soportable posible. ¿Qué le parece?

-Ah... A mí, diez puntos. Solo hay que ver lo que opina el cocinero de Enrique.

-Ya lo tiramos por la borda. —contestó Erika, mientras seguía su camino con la caja de provisiones traídas de la goleta.

Habían decidido que la gambuza de Enrique era demasiado escueta: Demasiadas latas de salchichas y puré en cajas. Le faltaba el toque de vida que hallaron, luego de revolver por una hora, en las entrañas de La Zarzamora: Una lata, también, pero enorme, con un gigantesco jamón cocido danés dentro de ella; ananá; azúcar negra; naranjas. El resto estaba en El Orejano.

Ya verían esos comedores de huevos fritos lo que era bueno. No por haber empezado el trabajo en serio iban a dejar de comer bien.

Así que, un rumor acerca de que el cordero del día anterior, sería lo último civilizado comido a mediodía por mucho tiempo, las decidió a tomar cartas en el asunto y las hizo descubrir, sin proponérselo, algo en lo que podían tomar intervención sin interferir demasiado.

Las dos chicas eran lo suficientemente inteligentes coma para darse cuenta que, metidas a exploradoras submarinas, en esas aguas, no serían de gran utilidad. No porque

no hubiesen muchísimas mujeres que buceaban... y muy bien, sino porque ellas no tenían experiencia en esto, y el lugar y el momento no eran muy a propósito para ponerse a aprender, ni para pretender que les enseñasen. Máxime, cuando la decisión tomada era no parar ni siquiera los Domingos, si se podía trabajar, y aprovechar para dormir bien y descansar solo los días de tormenta; que, por otra parte, iban, seguramente, a se muchos.

Enrique las miró irse, y volviéndose en dirección a proa, dijo:

-Bien, ya estamos llegando.

Un espeso manchón de aves marinas, flotaba entre las boyas que marcaban las divisiones de los sectores del medio. En la semiclaridad no se distinguía bien de qué especie se trataba, pero, sin duda, habían pasado la noche allí; meciéndose en esas negras e inhóspitas aguas.

Enrique se estremeció. Era extraño. Miles de especies animales poblaban el mar; sin embargo, esos pájaros de sangre caliente y plumas, durmiendo, a la deriva, en ese lúgubre océano, se le antojaba como un ejército de pobres condenados al exilio.

El tiempo, frío, y la luz, que, sin fuerzas, venía inundándolo todo muy lentamente, vaticinaban una jornada destemplada y triste.

A una milla al oeste, las cumbres del Monte Verón comenzaban a teñirse con los tintes del día, y, a unos once o doce cables al sudoeste, la espuma que festoneaba las Rocas Vasallo se iba haciendo visible, con ese indefinido color, entre rosa y gris, que toman las rompientes al alba.

A lo lejos, en la misma dirección, las Islas Dampier, empezaban también a mostrarse tras el velo fugitivo de la noche; y, de pronto, como por arte de magia, aparecieron los albatros en el firmamento. “Como si todo el tiempo hubiesen estado allí” se dijo Enrique, mientras tragaba un sorbo de café de su jarro de lata.

-Bueno... —la voz de Napo Cabezas sonó ronca y, todavía, con sueño. Habían llegado al ángulo S.W. del sector 1.

-Espacio. —Enrique desconoció su propia voz, cuando dio la orden. Napo, al timón, colocó a El Orejano proa al oeste. Unos instantes después el ancla se hundía en el agua.

-¿Empezamos? —preguntó el alemán, impaciente.

-Sí, adelante —dijo Enrique.

Poco después, los buzos saltaron al agua desde la plataforma de popa.

La rutina, por la semi-conocida zona central del área, se desarrollaba normalmente. Abajo, el fondo subía y bajaba, oscilando entre los -57 y los -75 mts.; pero, los exploradores, tal como estaba calculado, abarcaban con su vista todo, sin necesidad de pasar de los -60 m. Sin embargo, a veces, cuando alguna oquedad se veía sospechosa, entraban fugazmente en la zona de la borrachera de las profundidades; aunque lo hacían muy rápido y, por otra parte, siempre en pareja.

Kruger era muy dado a este tipo de licencias, al igual que Enrique, que, en ocasiones, parecía disfrutar violando las reglas que él mismo imponía. Mas, de cualquier manera, las “escapadas” hacia abajo no eran demasiado frecuentes. La zona no era de una vegetación submarina como para crear falsos fondos o dificultar la visión en las hondonadas; mas bien, todo lo contrario: Un casi serio panorama siguió desenvolviéndose ante los ojos de los buzos, a medida que el día transcurría.

La permanente agitación de las aguas no ayudaba en nada al trabajo en superficie. Hasta tal punto que, al promediar la tarde, se hizo necesaria, nuevamente, la utilización del pozo de inmersión, que se abría en el fondo del casco: El estado del mar hacía ya muy difícil que los hombres pudiesen abordar la nave, cuando regresaban de hacer su

turno. En cambio, entrando por el pozo -que Enrique había copiado de Cousteau-, éstos evitaban las olas que se alzaban a ambas bandas de El Orejano.

La única interrupción del día fue para dar cuenta, a mediodía, del “Jamón Virginia” que habían preparado las chicas; pero lo hicieron en media hora. Fuera de esto, trabajaron sin parar hasta las 6:50 p.m.; a esa hora empezó a faltar luz.

Para entonces, el sector 1 había sido revisado palmo a palmo y grieta por grieta... Con el resultado de estar totalmente seguros de que allí no había submarino alguno.

Una cruz marcó, en la carta, el lugar del primer desengaño formal de la expedición; los de los días anteriores habían sido solo lances fallidos. Pero no iba a ser el último; quedaba mucho, aún, por andar.

Esa noche del 28 de Marzo, poco antes de las doce, la flota de mar argentina partía desde Puerto Belgrano rumbo a Malvinas.

En Gran Bretaña, entretanto, el almirante John Woodward daba los primeros —y acelerados— pasos, para la estructuración de la Task Force; mientras que el submarino nuclear “Conqueror” apuntaba su proa hacia el teatro de los acontecimientos. Éstos ya se perfilaban, nítidos.

Los dados del destino rodaban, ahora, rápidamente, sobre el verde tapete de las olas.

A las 6:00 a.m. —hora de Moscú— del día 29 de Marzo (medianoche del 28 en Argentina), Tupólev fue informado de que la flota se había hecho a la mar. La novedad había sido recibida por el K.G.B., casi en el momento de producirse el movimiento de las naves.

Esto no lo sorprendió en lo mas mínimo, aunque aumentó su preocupación por las operaciones en torno al U538. Como venía haciéndolo desde días atrás, cruzó los dedos para que el conflicto del Atlántico Sur, diese tiempo a que “los aventureros esos” sacasen la caja estanca. Entonces, con los documentos secretos en su poder, podría sentarse tranquilo a disfrutar, viendo como se desarrollaban aquellos otros acontecimientos. De los cuales, con un poco de suerte, la Unión Soviética sacaría su buen rédito.

Pero, esto último, por ahora, era solo una expresión de deseos. Lo concreto era que cada vez dormía peor.

Por otra parte, se dijo, para complicar más las cosas, el panorama político del propio Kremlin se había vuelto irrespirable desde el Jueves 25; cuando a Brezhnev se le ocurrió enfermarse. Las dos principales fracciones —la de Shevchenko y la suya propia— habían, inmediatamente, iniciado un complicado y mortal ballet; del cual, él mismo, no podía dejar de participar.

Su persona era una de las claves fundamentales dentro del difícil ajedrez del poder soviético; lleno de complicaciones victorianas, intrigas orientales y contundencia eslava. Pero, maldita la gracia que le hacía, ahora, este juego; que, en otro momento, le hubiese apasionado, y que, además, él había ayudado, en gran medida, a montar.

Se imaginó como uno de esos galanes, que, luego de cortejar por largo tiempo a la dama de sus sueños, en la primera visita, como novio, a la casa, se enamoran perdidamente de la hermana y no saben qué hacer. Era dado a las comparaciones pasadas de moda.

Finalmente, decidido que él, sí, sabía lo que hacer en circunstancias como ésta:
Mandar todo a la mierda... al menos, por un rato:

Tomaría la tarde libre.

A las 12 del mediodía, hora de Moscú -6:00 a.m. hora argentina-, hizo enviar un cifrado al Krásniy Sókol, dándole cuenta a Valerian de la puesta en movimiento de la flota argentina. “Si es que ya no lo sabe” se dijo. Porque, si bien éste no tenía acceso a la red terrestre del K.G.B. en Buenos Aires, como no fuese vía Moscú, era probable que a estas alturas, todas las naves rusas destacadas allá, tuviesen novedades directas, acerca del desplazamiento de los barcos de guerra de la nación sudamericana.

Luego, se dispuso a ir a su casa; pero, después de barruntar, indeciso, un rato, optó por otra alternativa y salió caminando.

La primavera moscovita seguía brillando por su ausencia y las nubes estaban estacionadas sobre la ciudad como si constituyesen su perpetuo marco. Enfundado en su abrigo de pieles, maldijo por lo bajo al frío y estuvo tentado de volver a su despacho... o de estar en África... o donde diablos fuese, menos aquí.

La nieve se acumulaba en las veredas y contra las casas. Un par de muchachos pasaron a su lado con los esquís al hombro; ni lo miraron. Siguió su camino. Al rato entró en calor. Había dejado atrás el centro de la ciudad.

La pequeña plaza tenía una estatua de bronce de Pedro el Grande, y, del otro lado, los edificios viejos formaban un ángulo. La muestra sobre la puerta decía “Zóltan”.

“Sí” pensó “Aquí, en lo de Zóltan, estaré bien, un rato” y, cruzó.

Abrió la puerta y cerró cuidadosamente tras de sí. Luego, se dirigió a la angosta entrada lateral por la que salía música.

Unos estrechos peldaños lo llevaron al plano inferior, donde funcionaba el restaurante.

Estaba instalado en un viejo sótano de arcos de cañón, muy bajos y gruesísimos, que soportaban al edificio que se alzaba arriba. La estructura era muy antigua y había sido pintada de un blanco cremoso, de base; pero, la totalidad de la estancia estaba cubierta por unos filetes o arabescos color rosa viejo; con formas de plantas estilizadas.

La luz mortecina era proporcionada solo por las velas que había en algunas mesas, y por una linterna de cristales biselados, color pergamino; perdida entre las botellas que tapizaban las paredes del bar.

-Jo napot kivanok. —Yúry Tupólev saludó en húngaro.

-Buenos días. —la voz de Zóltan parecía salir de uno de sus toneles. Tenía un aspecto, mas bien, de gitano, antes que de húngaro propiamente dicho, y guiñaba un poco el ojo izquierdo cuando hablaba, como remarcando lo que decía.

El violinista seguía tocando su melancólico aire ruso. Tupólev se acercó al bar y estrechó la mano de Zóltan.

-Hacía bastante que no venía. —dijo éste, luego de los saludos de rigor, y agregó:

-¿Mucho trabajo?... —era el límite máximo a donde se permitía llegar el viejo con sus preguntas.

-Oh, sí... mucho, últimamente.

-Bueno, hay que tomarse un descanso cada tanto. ¿Qué le sirvo?... Va a comer, por supuesto...

-Sí, sí... Tengo hambre. La caminata me abrió el apetito... Diga, Zóltan: ¿Tiene aquel pollo a la húngara, que...?

-Sí... Justamente, hoy es plato del día.

Yúry Tupólev buscó, con la mirada, una mesa vacía. Casi todas estaba ocupadas: Parejas mayores, algún “aparátchik” por allá lejos, funcionarios de las embajadas, y

hasta algunos turistas. Pero era como si el lugar los absorbiese a todos y no se notase su presencia. Las mesas estaban dispuestas, mas bien, contra las columnas, y éstas eran tan anchas que las tapaban, en parte. Finalmente dijo:

-Me voy a sentar allí. —y señaló a una de las dos libres; la mas cercana—. Venga el pollo, entonces —ordenó—... y lléveme también una botella de Tokay... De ese que guarda tan celosamente, eh... —le hizo un guiño malicioso al gitano. Éste tomó nota con aire de misterio y, sin decir palabra, asintió.

Había devorado el medio pollo a la húngara y tomado casi toda la botella de Tokay, cuando el violinista se le acercó.

-Toque algo húngaro... Pero ¡bien húngaro!... —al decir así, se acordó de aquello de que su sangre no era totalmente rusa, y sonrió como al que le viene a la memoria un chiste pícaro.

-Tocaré para Vd., sí —respondió el violinista, pensativo. —Tocaré, no uno, sino dos aires húngaros. No son muy conocidos aquí, pero estoy seguro de que los apreciará...—y comenzó a arrancar de su instrumento unos sonidos que sugerían irremediables soledades y que hablaban, sin palabras, de tremendas agonías del alma.

“Realmente, toca con gran maestría este hombre” se dijo Tupólev, y se acordó de Budapest y de todas aquellas muertes de las que había sido en gran medida responsable. Muchos lo recordarían allí, todavía, con odio, pese al tiempo transcurrido, pensó.

Sin embargo, Yúry Tupólev había quedado ligado, de algún modo oscuro e indisoluble, a Hungría: Posiblemente había un ingrediente morboso en su concurrencia frecuente al establecimiento que regenteaba Zóltan; un no-sé-qué de obsesivo en buscar lo que le hiciese recordar aquellos años. Era algo así como el cazador enamorado de la presa. Un buen tema para Hemingway, si todavía viviese.

Cuando el ritmo cambió y se hizo mas irregular, con esas aceleraciones y estiramientos de las verdaderas melodías magyares, notó que el violinista estaba ejecutando el segundo tema... y, éste, le gustó mas que el primero... Mas, a medida que crecía el clima embrujado que creaba la música, fue sintiendo una terrible fuerza que le apretó el corazón. Se vio, de pronto, a sí mismo, como lo que era en realidad: Un hombre solo... no muy saludable, marchando un camino sin fin, hacia no sabía qué nada... y, de vez en cuando... muy de vez en cuando, un momento, un momento, a penas, de algo... que, para llamarlo de algún modo, le decía felicidad.

Miró a una muchacha, que, también como él, estaba pendiente del mágico violín.

“¡Qué linda es!” pensó; pero dio vuelta la cara enseguida. No era cosa de actuar como un viejo tonto.

“El terrible Tupólev, con su estupenda colección de honores y su rastro de sangre, es un viejo tonto.” Se recitó a sí mismo, y quedó horrorizado pensando en ello.

Al rato, hizo un esfuerzo para arrojar todos sus fantasmas lejos de sí.

“¿Qué diablos está pasando conmigo?” se preguntó, con furia. Debía ser ese maldito Tokay... Sí, eso era. Últimamente lo había notado demasiado fuerte. Zóltan lo debía estar falsificando.

Lo vio venir a Vasíly, cuando éste aún bajaba por las escaleras.

-Para qué les habré dicho donde me podían encontrar —murmuró.

-No puedo alejarme un minuto, que ya están ustedes persiguiéndome. ¿Qué carajo quieren ahora?... —dijo, cuando su subordinado llegó junto a él.

-Disculpe, tova... —la mirada helada de Tupólev paralizó a Vasíly, que se quedó sin saber qué hacer ni decir.

-Si me llegas a decir, aquí, por mi apellido, te juro que te hago fusilar en la Lubianka y que yo mismo mandaré el pelotón. —siseó como una víbora, mientras lo tomaba de la solapa y lo hacía sentar en la silla que había frente a él.

El confundido Vasíly se preguntó por qué insistiría su jefe con esa tontería, si, de todos modos, los del restaurante seguramente sabían quien era.

Bien... Yúry Mijáilovich —pronunció el nombre de pila y el patronímico del temido Tupólev, como si fuese obligado a escupir sobre la tumba de Lenin, ante todos los visitantes—. Avisó Shevchénko —prosiguió en voz baja— que el camarada Brezhnev se ha agravado...

-¡Maldito viejo de mierda!... Justo a la hora del almuerzo.

El rostro de Vasíly se puso pálido. Nunca había podido acostumbrarse a los exabruptos de Yúry Tupólev.

-Bueno, es inútil lamentarse —concluyó éste, y llamó al mozo.

Enseguida de pagar la cuenta, se levantó y comenzó a dirigirse hacia la salida empujando a Vasíly por delante, mientras, con una mano, saludaba a Zoltan y llamaba al violinista.

-¡Bien hecho!... Toca Vd. muy bien, pero, dígame: ¿Cómo se llama esa hermosa melodía?... La última...eh.

-Ah... es muy bella, camarada, muy bella —dijo el músico, poniendo los ojos en blanco. —¿Le gustó?...

-Mucho, pero...¿cómo se llama?

-“Keserü a Borostyánfa levele”, Amargas son las Hojas del Laurel.

Tupólev lo miró sorprendido, y trató de percibir en el rostro del otro alguna señal de ironía. Pero, el hombre permanecía impassible y sonriendo con una buena sonrisa de tipo bueno. El jefe del K.G.B., lentamente, sonrió también. Vio que Vasíly ya estaba muy adelante. Inclinandose, apretó el brazo del violinista.

-¡Todo un título!... eh. ¿No le parece camarada?... —le dijo.

-Ciertamente. Sí... tiene razón, camarada: ¡Todo un título!... —convino el otro, un momento después, como descubriendo algo; y los dos se echaron a reír, mientras Yúry Tupólev le introducía en el bolsillo un billete de cinco rublos.

En ese preciso momento, éste se percató de que la conversación se había desarrollado junto a la mesa de la joven, que lo miraba con ojos interrogantes. Evidentemente, había escuchado el críptico diálogo. Tupólev inclinó la cabeza en un breve saludo.

-Do svidaña —dijo, mientras salía.

-Do svidaña —contestó la muchacha, que, sorprendida, se lo quedó mirando, mientras él marchaba hacia la salida sin mirar atrás.

“Sí que son amargos los laureles” se dijo Tupólev “muy amargos, a veces”. Luego, lo alcanzó a Vasíly en las escaleras:

-¡Vamos!... ¿siempre estás dormido? —le gruñó, y lo volvió a empujar por delante.

El coronel Makárov miró la fosforescente esfera del despertador que había empotrado en su mesita de luz.

6:00 a.m. indicaba. Se quedó un instante tratando de ubicarse. Algo le había arrancado, de pronto, del sueño, y tuvo que luchar contra la fea sensación que le quedaba siempre que esto sucedía: Era como encontrarse, de pronto, en el lugar equivocado.

Luego, los golpes sonaron, de nuevo, en la puerta, y comprendió.

-¡Adelante!... –gritó desde el lecho.

-Permiso... —la voz de Pátzak parecía velada por una sordina. Daba la impresión de que estuviera en el pasillo de un hotel y no quisiera despertar a los durmientes de las habitaciones. Valérian Makárov pensó que lo iba a terminar odiando, si seguía interrumpiéndolo en sus mejores momentos; pero, enseguida desechó la idea.

-Moscú, camarada Coronel —dijo Pátzak, acercándose a la cama y extendiéndole la hoja. —Llegó hace unos minutos.

Valérian leyó cuidadosamente el texto después que Pátzak hubo salido. Tampoco él se sintió impresionado porque la flota hubiese partido de Puerto Belgrano. Era previsible, según todo lo que se iba dando. Ahora, faltaba saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

“Bien” se dijo, arrojando el texto arriba de la cama “Que sea lo que sea. Ojalá los de la expedición tengan suerte y encuentren rápido al U538”.

Tiritó, descalzo, sobre el piso frío, mientras se vestía. Había pensado dormir un poco mas, hoy, pero, ya no podría conciliar el sueño. Nadia había dormido en su propio cuarto. No era cuestión de habituarse demasiado, ni de que las habladorías subiesen mucho de tono.

Salió al pasillo vestido con pantalones de corderoy castaños y un sweater a rombos. Cuando se fue acercando al espejo que había en el ángulo del corredor, vio su figura y sonrió, pensando que parecía un profesor universitario americano. No acostumbraba presentarse así ante sus subordinados, pero, últimamente... Bueno, el que no estuviese de acuerdo que se fuera al diablo.

Pasó por la puerta que daba ingreso al sector de comunicaciones, y se dirigió a los equipos de radio, mientras se daba cuenta, al tambalear, que la nave se movía bastante. No lo había notado hasta ese momento; aún no estaba totalmente despavilado.

-¡Qué diablos!... ¿Es que hay tormenta, entonces?... –preguntó.

-Sí, camarada coronel, el baile empezó pasada la medianoche —la voz era de Ovrág. Éste le respondió desde la penumbra creada tras el cono de luz de la lámpara de escritorio, con la que iluminaba los papeles que tenía delante.

-¿Alguna comunicación del “Shchúka”?

-No, la última fue la de ayer, cuando finalizó el trabajo del grupo de Werder: El “sin novedad” que Vd. sabe. Hoy no creo que salgan a bucear.

-Bien, pero, que vigilen igual; tienen como.

Aunque el Krásniy Sókol seguía moviéndose por el lado norte de la Isla de los Estados, Valérian Makárov había pedido que el sumergible atómico “Shchúka” (Lucio: Un pez de río muy voraz.) se situase en las inmediaciones del “área de búsqueda”, para vigilar, directamente, la acción de rescate. En muy poco tiempo, éste llegó desde la base submarina secreta “Morskáia Cháika” (Gaviota Marina); instalada bajo las aguas del Atlántico Sur en 1980, a los 54° S. 50° W, es decir, entre el Banco Burdwood y la Rocas Cormoranes, mas o menos. Así que, a estas alturas, Enrique, Klaus, y su gente, ya se encontraban bajo vigilancia directa de los Americanos, que la hacían desde tierra, apostados a cierta altura en la ladera S.E. del monte Tres Puntas, y de los rusos, que, por el momento, la efectuaban desde el mar, con su Shchúka, estacionado a distancia suficiente como para no ser detectado por nadie. Cabe aclarar que esta circunstancia no

afectaba demasiado su misión, puesto que, a 8 millas, como estaba, y sumergido, podía, con sus modernísimos periscopios, ver perfectamente todo lo que sucedía en el “área de búsqueda”, y no se le escaparía si los exploradores cambiaban el ritmo de trabajo y comenzaban a sacar cosas del océano.

Por otra parte, el submarino atómico “Golden Oak”, luego de desembarcar a Andy Mc Callum y a su grupo, se había retirado 40 millas al S.E.; lo que hizo que los sumergibles no se detectasen entre sí, en forma directa.

Sin embargo, la estrategia adoptada por el coronel Makárov -mantenerse en contacto radial con el Shchúka-, había hecho, pese al empleo de una frecuencia especial, que las transmisiones fuesen captadas por el submarino americano... y también por el equipo de Andy Mc Callum, en tierra. A pesar de que las mismas no pudieron ser decodificadas, sirvieron, empero, para mostrarles a los americanos el “modus operandi” soviético, hasta ese momento, y, también, la posición del submarino nuclear ruso -la del Krásniy Sokól y el resto de la flota la conocían por los satélites-.

No sucedía a la inversa con ellos, ya que Mc Callum había dispuesto el mas terminante silencio de radio y había cortado todas las comunicaciones, de su grupo en la isla, con el resto del mundo; para evitar ser localizado. Solo se rompería esta medida de seguridad en caso de extrema urgencia. Por ejemplo, que vieran que la caja estanca era sacada y que se la llevaban directamente, sin ir al fondeadero de Puerto Vancouver, u otra eventualidad por el estilo. En cuanto a la información general, se remitirían a escuchar las radios, y en lo que hacía a la que le enviaba la Agencia o Michael Disney, la recibían sintonizando determinada longitud de onda, pero, limitándose solamente a escuchar.

Valérian Makárov se dirigió al samovar eléctrico y se sirvió un poco de té. Estaba muy cargado y el áspero gusto sobre su lengua le hizo hacer una mueca de desagrado. Le puso limón y le agregó azúcar. “Así está mejor” se dijo, mientras se agarraba de un pasamanos. El balanceo aumentaba, por momentos.

Apuró un último trago de té y se dirigió al comedor. Le aguardaba un día tedioso e inútil. Pensó en Nadia.

En el fondeadero, entretanto, La Zarzamora y El Orejano estaba al abrigo del temporal del S.W., que ya a las 7:00 a.m. se había convertido en furioso. Ese brazo de mar es especial para protegerse de los vientos del 3er. Cuadrante, y, como ya se dijo, solo era necesaria la precaución de fondear a dos anclas. Pero, esta disposición se cumplía desde el primer día y la tormenta hallaba a las dos naves bien seguras. Por otra parte, para mayor tranquilidad, la goleta también había sido amarrada a tierra mediante un cabo.

La decisión de no salir se había tomado esa mañana a las 6:00, cuando se vio que no había señales de mejoría. El mar arbolaba, aún dentro de la bahía exterior, donde presentaba olas de hasta 6 m. y de un aspecto siniestro y oscuro. De modo que la determinación de descansar ese día no necesitó siquiera discutirse, y todos se dedicaron a hacer lo que les viniera en gana; conservando, naturalmente, la atención mínima necesaria para las circunstancias. Estaban en puerto seguro y la mayoría optó por

regresar a la cama para dormir hasta tarde. Esa era, de todos modos, la consigna: Descansar los días de mal tiempo y trabajar los otros.

Alrededor de las once, Enrique se acercó al salón de la goleta. Ya se hallaban allí, charlando animadamente, Erika y Klaus. Aquélla había dormido esa noche en su litera, en el camarote que compartía con Renata. Había insistido en ello porque, según le dijo a Enrique, había hecho venir a su amiga para que le hiciese compañía y no era justo que, tan pronto se había organizado con él, la condenase a pasar todas las noches sola.

Enrique se rió mucho, pero, convino en que tenía razón, no sin antes hacer unas bromas acerca de por qué no se arreglaba Renata con el “viejo” Klaus; ya que parecían entenderse tan bien jugando al ajedrez. Además, no se preocupó demasiado, porque se hallaba realmente cansado, y siempre había sostenido que para “dormir, dormir”, mejor hacerlo solo.

-Buenos días –dijo, entrando con una amplia sonrisa.

-Hola, hermano dormilón –le dijo Klaus, saludándolo con la mano.

-¿Dormiste bien?... –en la pregunta de Erika había un cierto tono burlón.

-Sí, muy bien, ¿y Vds. dos?... –se refería a ella y a Renata. Erika lo pensó una fracción de segundo antes de contestar, pues, creyó percibir también una leve ironía en la repregunta de Enrique, pero, casi enseguida, dijo:

-También... toda la noche. ¿Café, Enrique? —levantó, ofreciéndola, una cafetera con manija lateral de madera—. Nosotras también estábamos muy cansadas –añadió, finalmente.

-¿Algo para comer, viejo?... —Klaus señaló una bandeja con galletas, manteca y mermelada, que Hron había dejado sobre la mesa.

-No, gracias. Estamos bastante cerca del mediodía y creo que voy a esperar el almuerzo... porque...¿hay comida dentro un rato, no?... —preguntó, algo alarmado, recordando el clima de vagancia que reinaba ese día en las naves. Los otros rieron.

-Él, solo piensa en lo que está debajo del ombligo –explicó Erika a Klaus. —Sí, nene, no se va a quedar sin su papita.

-Vamos, vamos... no me vengas con el cuento del ombligo. —replicó Enrique. En ese momento entró Renata, y, como la goleta cabeceó fuertemente, lo hizo casi corriendo.

-Buuuu...enos días, chicos.

-¡Epa!... cuidado... Se mueve, eh... —Enrique la sostuvo del brazo, al pasar, evitando que se fuera encima de la mesa, y notó la dureza de la masa muscular.

-Gracias. Casi me caigo. ¡Qué baile, eh!...

-Imaginate como debe estar mar afuera. —dijo Enrique, soltándola. Nunca había estado tan cerca de Renata como en ese momento. Percibió un aroma muy particular, algo indefinido y mezclado. Su Sweater despedía un cierto olor a lanas, como el del Sweater de las Feroé que tenía Klaus, pero también había algo mas, como si fuese el perfume de la miel, o el de la cera de abejas. “¡Eso es!” se dijo “Cera de abejas”. “Qué extraño, debe ser alguna crema” pero enseguida pensó que ese olor era demasiado intenso como para ser el de una crema.

-Venga a desayunar, Renata –le dijo Klaus a la joven.

-Díganme ¿ustedes no cocinan hoy, verdad?... —la pregunta era de Enrique, que en ese momento salió de sus pensamientos.

-No... Solo lo hacemos ocasionalmente, en el Orejano, y únicamente en días de trabajo —explicó Erika, haciendo “no” con el dedo—. Hoy... descanso de compañía –agregó.

-La cocina de la goleta está abierta hoy. —aclaró Klaus, mientras untaba una galleta con mermelada. —A las doce, en punto, comemos.

-Ah, eso me deja mas tranquilo; –dijo Enrique– ...hoy no estaremos en manos de improvisados.

-¡Qué hijo de puta!... —exclamó Erika, incorporándose. —La próxima comida que haga en tu barco te la voy a dar envenenada.

-¡Un momento!... que los demás no tenemos la culpa —se interpuso el alemán, divertido—. Si Vd. quiere poner veneno en el plato de él, no voy a ser yo el que se oponga; pero, por favor, Erika, no nos envenene a todos... no hay derecho. La llegada de Yáñez, desde afuera, interrumpió la broma.

-Hola, qué tal... —dijo, algo excitado. —Che, oigan: en la boca del fondeadero se han concentrado un montón de ballenas.

-¿Dónde?... —gritó Renata, poniéndose de pie de modo tal, que casi derribó la silla.

-Aquí, no mas, a tres cables al este... Algo menos de seiscientos metros —aclaró.

-Vamos, vamos. —las chicas, ya se dirigían hacia fuera empujando a Yáñez.

-¡Los abrigos!... —gritó Klaus. —Nadie sin los abrigos, por favor. —Intervino al advertir que las dos mujeres salían en sweater. Éstas fueron, entonces, derecho a su camarote, a buscarlos. Los de los hombres estaban a mano, en la cámara principal.

A unos dos cables de donde estaban anclados los barcos, —a menos distancia de la que había dicho Yáñez— se hallaban las primeras ballenas. Éstas se habían introducido en la boca del fondeadero y parecían acercarse. Por momentos, eran claramente visibles los chorros que lanzaban al aire cuando soplaban, y los mismos se veían surgir, también, mas hacia el este.

Evidentemente, se trataba de unas cuantas ballenas, que se habían acercado siguiendo esos impulsos inexplicables, que llevan a los cetáceos a hacer, a veces, cosas igualmente inexplicables.

En realidad, aquí daba la impresión de que se habían acercado a la cala buscando refugio de la tormenta; pero, eso no tenía mayor razón de ser: las ballenas no se refugian de las tormentas.

-¡Son cachalotes!...¡Cachalotes! —la voz de Renata sonaba entre el viento, totalmente entusiasta.

De pronto, los demás vieron, también, con claridad, lo que la joven ya había señalado: La enorme giba frontal de un soberbio ejemplar se alzó por unos instantes, nítidamente, por encima de la agitada superficie del mar.

-¡Caramba! —exclamó Klaus, y agregó: —¿No es un poco temprano para encontrarse con ballenas por aquí?... Yo creía que a Tierra del Fuego llegaban en Julio.

-Mire... no sé —replicó Renata—. ¿Quién puede decir qué van a hacer los cachalotes? Las ballenas, en general, son bastante desconcertantes. A veces rompen con las estadísticas. Veán, deben ser diez o doce —agregó. Y así se quedaron un largo rato, mirando como los cachalotes iban y venían lentamente, sin acercarse a menos de doscientos metros. Legaban hasta la distancia de un cable de las naves, y allí, como ante una barrera invisible, pegaban la vuelta y se alejaban. Era en ese momento cuando mas claramente se percibían sus soplidos y se hacían mas altos sus surtidores; recortándose, por encima de las olas, contra el fondo de las montañas cubiertas de bosque.

Finalmente, cuando volvieron a entrar, la mesa estaba tendida y Hron aguardaba. Eran las 11:55 a.m.

-¿Sirvo ya, capitán? —preguntó el eslovaco.

-Sí... creo que ye es tiempo —convino Klaus. —¿O prefieren una copa, antes? —dijo, volviéndose hacia sus acompañantes.

Naturalmente, los cachalotes ocuparon las conversaciones de todos, y Renata aprovechó para hacer una acalorada defensa de los intentos por prohibir totalmente la caza de los grandes cetáceos.

-Vos sos una verdadera ecologista. —le dijo Yáñez, cuando, ya terminada la comida, estaban repantigados en los sillones—. Nunca he visto nada igual.

-Si estuviese en Alemania sería del “Partido Verde”. —agregó Enrique, levantando la vista de un “Skin Diver” que estaba leyendo.

-Probablemente, no —contestó la joven, riéndose—. Aunque, hay mucho de positivo en los verdes... o, al menos, en sus dichos. —añadió, luego de pensarlo un momento.

-Veo que tenés tus reservas con los verdes. —dijo Yáñez, mientras se estiraba en el sillón,

-Algunas, sí...

-Yo también. Es mas, pienso que -dicho en términos simples- son parte integrante de la política que siempre da por resultado un poco mas de avance soviético —explicó, y añadió enseguida—. Ellos también nos mueven a pensar que “besser rot als tot”, mejor rojo que muerto. Y así se va ajustando, poco a poco, el dogal. Te diría que son la cara blanca del chantaje nuclear; entre otras cosas.

Renata permaneció en silencio, atendiendo a lo que decía Yáñez. Éste prosiguió:

-Es una lástima, porque es lindo lo que dicen. A mí me gusta, como a vos. Pero el mundo está en jaque mate y el que no entiende eso no entiende nada.

Nadie podía, claro, durante esa tormenta de fines de Marzo del 82, vaticinar seriamente y en público, que muy pocos años después comenzaría a derrumbarse la U.R.S.S., y que desaparecería, formalmente, en Diciembre del 91; pero así son las cosas.

Afuera, el viento aulló en los palos, con tanta fuerza, que todos alzaron la vista, instintivamente. Erika se abrazó los hombros con sus propias manos, en un gesto de frío. Pese a que adentro se estaba bien abrigado.

-Aunque... viendo bien la cosa... —Enrique habló mientras se inclinaba hacia delante y dejaba caer la revista al suelo— ...en esto hay mucho de incongruente. —Se quedó un momento pensando en lo que iba a decir. —Es algo así como un gran malentendido...

-¿Dónde está el malentendido?... —intervino Erika.

-En el hecho de que un movimiento ecologista sea “camarada de ruta” con el marxismo, o poco mas o menos... No tiene gollete alguno.

-¿Por?

-Porque el ecologismo es, en última instancia, un movimiento naturalista, y, para mí, es imposible ser naturalista y ser marxista.

Renata prestó atención.

-A ver. ¿Por qué no se explica mejor? —Klaus intervino desde el brazo del sillón, donde se había encaramado hacía un momento. Sostenía un vaso en una mano y una pipa en la otra. —Otros parecen pensar algo diferente —añadió.

-Me refiero, concretamente, a que: El que vive, en serio, al ritmo de la naturaleza, no puede ser marxista. Es totalmente imposible. —bebió café de su taza, y en los demás se notó la contrariedad de quien quiere que le cuenten todo de una vez. Finalmente prosiguió: —Si uno se mete, se sumerge en la naturaleza, y no se queda vagando en una declamación ecologista, va a descubrir que ésta no es solamente paisaje, pasteles de choclo con ensalada... y pan integral, sino, fundamentalmente, lucha y competencia. La lucha es el sostén de la naturaleza. Ésta vive una guerra constante y por medio de ella se libra de sus debilidades y sus desechos.

El trueno lejano anunció a la lluvia; que ahora se sumaba al viento.

-Todo compete en la naturaleza —continuó Enrique—. Está llena de guerras entre personalidades distintas; ya sea en las tribus humanas primitivas o en las colonias de elefantes marinos; y de este entrecocar constante surgen las diferencias. Esto es antitético con el marxismo —me refiero al teórico, claro—: En la selva o en el desierto se es depredador o se es presa; a veces, alternativamente. Así está establecido y no hay otra cosa. Sino, el ecosistema degeneraría; como en el caso, que ya hablamos, de los castores sin lince.

A ver. ¿Cómo cuadra esto, por ejemplo, con la dictadura del proletariado?... ¡Díganmelo Vds.!... ¿Puede pensarse en una dictadura de las cebras sobre los leones?... ¡Qué absurdo!... —Enrique se echó hacia atrás, riéndose a carcajadas de su propia ocurrencia. Su risa se contagió a todo el grupo—. ¿Ven la incongruencia?... ¿Ves, Yáñez?... —prosiguió, cuando dejó de reírse—. Ecologistas -por la razón que sea- favoreciendo al marxismo... Naturalistas circunstancialmente marxistas... ¡Qué idiotéz! Si lo son, es porque no ven mas allá de sus narices y creen que el culto de la naturaleza consiste en plantar chauchas en el fondo de casa. No —repitió—. Si son forro de los comunistas es por desconocimiento... Es mas, creo recordar que en una época los propios neonazis se aproximaron a ellos en un intento por alzarse con todo el paquete “verde”; aunque fracasaron,

-Sí, recuerdo eso, aunque no sé bien qué paso finalmente. Lo cierto es que, ahora, son forro de los comunistas. —los demás escuchaban.

-No te estoy diciendo que no. Lo que quiero dejar en claro es que, si es así, o no leyeron a Marx, o son ecologistas de camelo, o no saben que están haciendo de forro, y, entonces habría que contarles cómo Mao hizo matar a todos los pajaritos de China,

Yáñez guardó silencio; conocía la historia. Se decía que, en tiempos del viejo líder, a alguien se le había ocurrido -no recordaba si al propio Mao o a algún funcionario- que los pájaros comían una elevada proporción del grano que producían las comunas rurales. Así que, sin mas, se decidió eliminarlos. El día elegido por el gobierno, al amanecer, todos los campesinos de China habían comenzado a golpear latas, llenando el aire de un ruido ensordecedor. Las pobres aves permanecieron aterrorizadas, volando, sin posarse en ningún lado, hasta que empezaron a caer sobre el campo con el corazón reventado por el esfuerzo. Una alfombra de pequeños cuerpos emplumados cubrió ese día la tierra.

No murieron todos los volátiles, pero sí un altísimo porcentaje. Lo que se tradujo, no en un aumento, sino en una merma de la cosecha: El grano que no comieron, ese año, los pájaros, lo devoraron, multiplicado, los insectos; ya que, al no haber aves que los controlasen, se reprodujeron de manera asombrosa.

Si era cierto o no, Yáñez no lo podía asegurar; pero, de ser verdad, resultaba, sin duda, espeluznante.

-¿Cómo es eso de los pajaritos de China? —preguntó Erika.

Enrique contó, entonces, su versión; que no difería mucho de la que Yáñez conocía. Klaus también estaba en antecedentes, pero, las chicas, para las cuales el asunto era una novedad, se extendieron un rato en diversas consideraciones sobre el hecho.

Lo que hagan los verdes como movimiento político no me interesa demasiado —prosiguió, finalmente, Enrique—. Lo que sí me interesa, es poner de manifiesto que un verdadero naturalista-ecologista, inteligente y que sepa de qué se trata, no puede dejar de darse cuenta que la tribu, la selva, el bosque, y el mar, no tienen nada que ver con una teoría política que, entre otras cosas, establece la dictadura del proletariado y propugna una sociedad sin clases. Salta a la vista que -si vamos a hablar de agrupamientos naturales- desde una aldea zulú hasta una manada de lobos, tienen clases. ¡Pero, che, si el planteo marxista parece tomado de un manifiesto antinaturalista! —exclamó.

-De acuerdo —replicó Yáñez. —Entonces, será porque los verdes no se han puesto a pensar... o por lo que sea; pero, en la práctica, es como yo digo.

-Aún admitiendo, lisa y llanamente, eso; al menos como hipótesis de trabajo —dijo Enrique—, considero que el ecologismo es un enemigo potencial del marxismo y, si este prohibió a los verdes, se creó un problema. Algún día, indefectiblemente, se van a poner a pensar -usando tus propias palabras- y, cuando lo hagan... Bueno: Esto no se ve

ahora muy claramente, pero, el retorno a la naturaleza, llevado a sus últimas consecuencias, puede ser una enzima sumamente destructiva para el marxismo. Y, naturalmente, una especie de tranquilo fuego purificador para la sociedad contemporánea occidental, que está pasada de revoluciones; como decíamos la otra vez, hablando de la diosa Niuka. Aunque, en aquella charla, a la venida de Niuka y al Gran Avatar, aquí le dimos un sesgo mas bien dentro de lo catastrófico, si mal no recuerdo.

Enrique sacó cigarrillos y ofreció, Erika y Yáñez aceptaron.

-No olvidemos —prosiguió— lo que ya hablamos, de la capacidad de desmesura del hombre, y, como contrapartida, su poder de limitarse. Quién sabe... A lo mejor no está todo perdido. Puede ser una alternativa menos dramática que las otras. Al menos contribuiría a redimensionar la realidad, ya que el hombre inmerso en la naturaleza tiende a darle a las cosas una medida humana; incluso a sus propias luchas: Las guerras de los hombres mas o menos primitivos, son incomparablemente mas chicas que las guerras “civilizadas”.

Hron entró con la cafetera nuevamente llena.

-¿Mas café, señores?

-Sí, dejalo ahí, muchas gracias. —Yáñez le indicó al eslovaco una mesita baja con un aro de bronce alrededor. Luego, dijo:

-Ahora, Enrique, suponiendo... solo suponiendo que tengas razón: ¿Pensás que habrá tiempo para que ese sentimiento -que apoyo- se expanda universalmente?... Porque yo creo que no. Quisiera equivocarme, pero...

-Ah... eso sí que no lo sé —Enrique miró de reojo al alemán. —¿Quién puede estar seguro de lo que va a suceder realmente?...

-¿Y, Vd. qué opina, Klaus? —preguntó Renata, dirigiéndose a éste. —Me refiero a “todo” lo que se ha dicho —agregó.

-Que ambos tienen razón... en parte —la respuesta fue inmediata, como si hubiese estado esperando que le preguntaran eso—. Creo que marchamos hacia una catástrofe. Vds. ya saben lo que pienso en ese sentido —explicó—. Pero, si ésta se produce, indefectiblemente, la armonía con la naturaleza será el espíritu que anime a los que queden —la voz de Klaus surgía desde las sombras de su rincón. Se había bajado del brazo del sillón y hundido en el mismo—. Por otra parte, en este aspecto, no va a haber alternativa; al menos por un largo tiempo —añadió, con humor negro, mientras encendía la pipa.

-¿Quedarán algunos?... —Erika hizo la pregunta, mientras, con las dos manos, se estiraba el pelo hacia la nuca. Los pezones se le notaron, nítidos, bajo el pullover. Enrique la miró descaradamente. Ella le hizo un guiño.

-Es de esperarse que sí —respondió el alemán, entre una nube de humo—: porque, si no, es el fin de éste cuento. Pero —continuó—, volviendo a la discusión entre Enrique y Yáñez: Pienso que, aunque se crea en la posibilidad de apartar a la raza humana del precipicio, lo que es un error, desde todo punto de vista, es pensar que se pueda encontrar alguna solución a este matete planetario, con medidas aplicables solo en la mitad del mundo —trazó un círculo en el aire con su pipa—: Los “verdes” operan fuera de la Unión Soviética —prosiguió, con ritmo mas pausado—; y, consecuentemente, el fermento del que habla Enrique, tiene poca, o nula, posibilidad de ser desparramado allí; con lo cual, ya nos falta una enorme porción de la Tierra. Si mi geografía no falla.

Ahora, bien. —continuó, luego de una pausa que empleó en dar otra chupada a su cachimbo—. Veamos la parte ideológica: Aunque actuasen en Rusia, ¿tendría allí la enzima naturalista el efecto de chocar con la estructura social establecida?... No lo creo. Al menos, por las razones que nos da Enrique. Me temo que las cosas no son tan así

como las planteaba él hace un momento: Rusia, en la práctica, es una sociedad con clases, y de dictadura del proletariado tiene solo el nombre...

-Bueno, yo hablaba del marxismo teórico —se defendió Enrique.

-Entiendo. Hace bien en puntualizarlo otra vez —dijo el alemán con una sonrisa—.

Entonces, convengamos en que puede darse cierta contradicción intelectual profunda en un naturalismo marxista, **pero no, necesariamente, en un naturalismo soviético.** —recalcó—. Por lo menos, desde el punto de vista del ordenamiento humano concreto...

Enrique permaneció en silencio. El alemán los miró a todos, uno por uno.

-Bien, entonces, finalmente y volviendo a occidente —prosiguió, al cabo de una pausa—: Aquí, los verdes dejan un saldo negativo: La conciencia tendiente al desarme a cualquier precio —aunque éste sea, hacerlo por una iniciativa unilateral—. Tal como decía Yáñez. ...Y otro muy positivo —lo que piensa Enrique y que también es parcialmente cierto—: La creación de un nuevo espacio de pensamiento “naturalista”, que puede hacer de contrapartida a la tecnocracia y al marxismo “occidental”. Aunque, insisto, no creo que alcance para torcer el rumbo que llevamos. —concluyó.

Enseguida, Klaus volvió a encender la pipa, que se le había apagado.

-¿Qué actitud tomaría Vd.? —preguntó Renata, mientras revolvió su segunda taza de café.

- Hablar en términos de un ecologismo realista —contestó el alemán—; que se dedique a determinar qué se puede hacer ahora y qué no, y qué se puede evitar y qué no. Pero, fundamentalmente, que piense en el futuro... En lo que vendrá después.

-Pero, a nivel de las naciones y de los estados, ahora... para tratar de evitar el holocausto del que habla —insistió Enrique.

-Creo que lo que Vd. pregunta tiene una magnitud mayor que todo el pensamiento ecologista junto —dijo Klaus, divertido— y le reitero, yo no tengo mayores esperanzas de que algún prodigio detenga la marcha de los acontecimientos. Pero, ya que insiste en el plano de las utopías, le diré que la única que se me ocurre es un despropósito total: La neutralización controlada de toda la Tierra. De ambos bloques... y de todos los países que no los integren, también; ya que éstos, poco a poco, van accediendo a las tecnologías nucleares ...y a otras igualmente peligrosas. Además, un control estrictísimo de la libertad de las personas, que, de poder instrumentarse, sería oprobioso: En definitiva, el “1984” de Orwell. Hay quienes piensan así como en el futuro modo de vida universal... Yo me pregunto qué sería peor...¿la hecatombe o “el gran hermano”?...

Vea, Enrique —se sirvió él mismo otra taza de café—... Aquí y ahora —prosiguió—, a nivel de las naciones, como Vd. dice, no creo que haya otra alternativa que bailar el baile de los tiempos. Haciéndose, naturalmente, el menor daño posible. Por ejemplo, sería infantil que un país decidiese no tener armamento nuclear, con la esperanza de sustraerse así al desastre: Lo tendrían sus vecinos, sería dominado, y, finalmente, sufriría igual las consecuencias del holocausto; si éste se da. Pero, también sería estúpido andar tirando desperdicios nucleares por ahí... o en el mar. En fin, los estados solo pueden ir sorteando escollos, pero, no, salirse de la corriente. La posibilidad de esto último está, en todo caso, reservada solo a pequeños grupos —concluyó, finalmente.

Enrique se pasó la mano por el pelo y miró hacia la panoplia sin agregar nada más; mientras Renata asentía moviendo la cabeza.

En ese instante, la lluvia se descargó furiosa y el cabeceo se tornó molesto, pese a lo abrigado del fondeadero. El silencio había caído, por fin, sobre el grupo del salón.

Tiempo después, Yáñez se puso a hacer un solitario; luego de que un intento para juntarlos a todos en una partida de poker fracasara rotundamente.

Klaus dormía en el sillón y Erika jugaba al ajedrez con Renata. Las dos mujeres estaban en una actitud entre pensativa y somnolienta.

Enrique miraba la partida y también las observaba a ellas. Por momentos, parecían, ante el tablero, dos alumnas aplicadas, estudiando. Al principio habían empezado a jugar con el riquísimo juego de plata y lapislázuli que usaba Klaus; pero un movimiento violento de la goleta había tirado todo al suelo. Entonces, Yáñez, les fue a traer un juego de viaje con piezas de encajar.

Estaba bastante oscuro y la única luz provenía de una lámpara de latón; que salpicaba todo con su calidez de pub. Afuera rugía el temporal y las algas gigantes, que bordeaban el brazo de mar en dos cordones compactos, subían y bajaban con una ondulación que las hacía parecer enormes serpientes marinas. Mas arriba, el viento del S.W. azotaba, sin tregua alguna, la densa selva de cohigüe; que llegaba hasta el océano por las laderas de los montes Ávila y Tres Puntas. Entretanto, en lo alto, los albatros, siempre presentes, jugaban con la tormenta.

Precisamente, en la ladera este del Tres Puntas, once hombres se apretujaban en dos carpas para alta montaña. Estas estaban colocadas entre los árboles, a mitad camino entre la cumbre del monte y las elevaciones de Punta Rinoceronte; en una suave terraza de la ladera.

El lugar quedaba completamente oculto a la vista, incluso desde el aire -al menos, con los medios normales-, ya que las carpas tenían el mismo color de la floresta que las cubría.

Andy Mc Callum había elegido este lugar, para su campamento base, por su posición camuflada y porque, a 30 m. de distancia hacia el este, estaba la pequeña cresta que limitaba el desnivel de la ladera donde se encontraban. Ésta se elevaba un poco, sobre dicho desnivel, antes de descender nuevamente, y tenía una zona de vegetación mas rala, que permitía observar, sin ser visto, en dirección nor-este y sur; con absoluta claridad. Allí instaló un puesto de observación, desde el cual, dos hombres, por turno, seguían los movimientos del barco de Enrique en el “área de búsqueda”, y vigilaban la goleta en el fondeadero. Además, controlaban, también, toda la Bahía Vancouver, y la ruta posible, por tierra, entre la cala y la zona de Punta Rinoceronte y Bahía Rodríguez; frente al área de trabajo.

Asimismo, la receptividad radial era buena desde ahí -lo había comprobado cuidadosamente-, e incluso un minúsculo chorrillo los proveía de agua potable.

Los inconvenientes eran los inherentes al clima y al lugar, pero a estos no tuvo mas remedio que aceptarlos: La húmeda selva destilaba constantemente agua y, como no había querido poner el campamento en un claro, caían todo el tiempo gotas sobre las carpas.

Las hojas y ramas que, con el tiempo, habían dado en el suelo, al no descomponerse por el clima frío, formaban una capa, de hasta un metro de espesor, que dificultaba los desplazamientos. Y, de hacer fuego, no se podía ni hablar: Solo podían calentar sus latas con las pastillas de alcohol, pues, el humo de la leña hubiera podido delatar su presencia. Así que, tampoco podían contar con el consuelo de la lumbre. Pero, en cambio, sus equipos eran muy buenos: Las carpas, realmente aislantes, y sus ropas, abrigadas y a prueba de humedad. Además, todos, incluso él, eran hombres entrenados y aptos para soportar situaciones incómodas.

“Y, ¡vaya que era incómoda ésta!” se dijo Andy Mc Callum, mientras jugaba a las cartas con sus hombres esa tarde del Lunes 29 de Marzo.

A todos los inconvenientes se sumaba el hecho de no saber cuando iba a terminar la búsqueda. Eso, si lo encontraban al maldito submarino, pues, ¿Quién podía estar seguro en estos casos?...

-¡Diez dólares!... —Murphy arrojó un billete sobre el piso.

-Veo. —dijo Graham., arrastrando mucho su acento de Tejas.

-Veo, y que sean diez mas. —Deveraux los miró con cara desafiante. Era un “cajun” del Bayou Lafitte, y usaba una boina negra todo el tiempo porque disfrutaba haciéndose el francés.

Andersen arrojó los veinte dólares sin decir nada. Nunca decía nada. Era un tipo tan frío y silencioso como sus ojos azules y helados.

-Veo. ¿A ver, qué hay? —Andy alzó la vista, luego de poner su dinero. Miró a Deveraux.

-Full —el cajun mostró las cartas.

-¡Poker de reinas! —gritó Murphy.

-Son buenas —Graham. dejó caer sus cartas boca abajo, sobre el piso de tela de la carpa, donde todos estaban sentados con las piernas cruzadas.

-Para mí también. —La voz de Andersen sonó opaca. Tomó un trago de una petaca de metal.

-¿Y Vd., Andy?... —Deveraux estaba impaciente, aunque él mismo ya no tenía chance.

-¿Eso es todo lo que tienen?... —preguntó Mc Callum mientras daba vuelta el juego—. ¡Poker de Reyes!... Disculpen señores. —dijo, mientras levantaba las apuestas entre un coro de puteadas y carcajadas.

-Es como robarle a los chicos. —agregó, dirigiéndose a Crosby, que no jugaba y permanecía leyendo a la luz de su linterna, metido en la bolsa de dormir. Éste levantó una ceja y esbozó una sonrisa desdeñosa.

-Unos verdaderos críos, señor. Por eso yo he decidido no jugar más con ellos. El orgullo no me lo permite.

-Pues, yo veré de esquilmarles un poco mas antes de imitarte. —Andy mezcló las cartas. Pensó en qué estarían haciendo en la otra carpa y trató de aguzar el oído para ver si se los sentía; pero el viento y la lluvia no lo dejaron percibir nada.

Por suerte las carpas estaban bien aseguradas, se dijo. Así y todo se sacudían de lo lindo.

Temprano, cuando tuvo la seguridad de que El Orejano no saldría a trabajar, retiró a los dos hombres de guardia en el puesto de la cresta. No existía la menor posibilidad de que buceasen antes de mejorar el tiempo, y no tenía sentido dejar gente a la intemperie; inútilmente y con estas condiciones climáticas.

Siguió jugando por un largo rato y, luego, salió para dirigirse a la otra carpa. Ésta era mas grande y allí también estaban instalados la radio y los equipos. Además, era la suya propia. La compartía con los otros cinco miembros de su “team”.

Tuvo cuidado de no enredarse en los “vientos” de las tiendas, que, en vez de clavados en el suelo con las grampas, estaban atados a los árboles; para mayor seguridad.

-¡Hey Andy!... —La voz de Bob Larkin era la de un muchacho y, en efecto, era muy joven, pero su enorme tamaño hacía que lo llamasen “Little John”.

-¿Qué hay?...

-Esos tipos han vuelto a hablar entre sí. ¡Maldita sea!... No tener la clave, eh...

-No importa Little John. Tú cerciórate de que siempre estén allí.

-¡Oh, sí, Andy!... siempre están allí... —el que habló era Perry Fernández; un delgado y moreno muchacho de Santa Mónica, que también se ocupaba de las radios—. Me pregunto cuándo habrá un poco de acción en todo este condenado asunto —agregó.

-Calma, calma. Si ya empiezan así a los cuatro días de estar aquí, cómo estarán dentro de un mes. —Andy sacudió el hombro de Fernández.

-¿Un mes?... ¿Es que piensa que los tipos de allá abajo van a pasar un mes sin encontrar esa cosa?... ¡Ay, madre santa!... —agregó en español.

-Los demás dormían en sus bolsas: Winny Mc Adam, de Georgia, Pat Pilsudski, del Bronx, y Ennoch Higgins, de Boston.

Andy los miró a todos por un instante, y se dijo que él también se hacía, a veces, las mismas preguntas que ellos. Pero, se limitó a sonreír, y, sin contestarle a Fernández, tomó un estuche de prismáticos, que colgó de su cuello, y salió al exterior.

Se dirigió a la cresta, trabajosamente; hundiéndose, a veces, hasta las rodillas, en el colchón de ramas y hojas húmedas y heladas.

Allá, el viento, arrachado, soplaba más fuerte aún, al estar más descubierto el lugar. Literalmente, ululaba entre las rocas y los árboles. La lluvia golpeó con tal violencia en su rostro, cuando miró al sur, que le hizo doler los ojos, y el frío lo insensibilizó.

Lentamente, ajustó el mecanismo del anteojo nocturno que se había llevado a la cara: Era del tipo “mira óptica”; de los que intensifican cualquier partícula de luz. Allá, en el mar, no había nada, naturalmente; solo olas inmensas.

Despacio, fue girando hacia su izquierda, hasta completar 180° y enfocar el fondeadero de Puerto Vancouver. De pronto, una explosión luminosa lo cegó por un instante.

Inmediatamente bajó los prismáticos y se tomó los ojos, mientras maldecía por lo bajo.

“El diafragma automático se debe haber dañado” se dijo, al cabo de un momento. Al enfocar, de golpe, los barcos, la súbita luminosidad de la luz de éstos, amplificadas, lo había privado momentáneamente de la vista.

Pasados unos minutos, cuando empezó a ver, claramente, de nuevo, las formas que lo rodeaban, ajustó manualmente el sistema amplificador y enfocó las lentes directo al fondeadero:

Allí estaban La Zarzamora y El Orejano... balanceándose. Los veía, como en una rara película, a través del mecanismo; pero las luces que salían por las aberturas le resultaron insoportablemente atractivas, casi sensuales. Y deseó estar allí abajo, comer buena comida elaborada, emborracharse lentamente, tener calor... y dormir en una cama. Aunque solo fuese una litera pequeña; en una pequeña nave como esas.

La tormenta terminó, súbitamente, durante la noche, y el Martes 30 de Marzo amaneció con un mar levemente agitado; pero apto para seguir con la búsqueda. Además, el cielo despejado prometía un día de buena luz. Luz, por demás, necesaria, cuando se bucea a profundidades de -60 m.

A las 7:30 a.m. ya estaba El Orejano en el área balizada; dando comienzo una tarea de búsqueda que duró todo ese día y el Miércoles.

Se revisó prolijamente el lecho marino en los sectores 2 y 3. Estos mostraron -sin resultados positivos- un panorama casi lunar, que discurría entre los 57 y 80 mts. de profundidad, con el habitual relieve de montaña. Los Andes mostraban su lado oculto a los buzos.

En los sectores 2 y 3 la fauna y flora bentónica eran especialmente escasas; particularmente en éste último. En su ángulo S.W., es decir, la parte no tocada por la primera revisión a partir del centro, se registraron las mayores profundidades vistas hasta el momento: con -80 m. en algunos puntos. Pero, igualmente, los buzos veían todo muy bien desde su “nivel de seguridad”.

Finalmente, al terminar la jornada del 31, el tiempo comenzó a desmejorar y, al anochecer, la mar gruesa no dejó lugar a dudas acerca de las intenciones de los

elementos. Éstos estallaron, por fin, en un furioso temporal que se prolongó durante todo el Jueves 1° de Abril; comenzando a mejorar, recién, cerca de la medianoche del mismo. El 2 de Abril amaneció bueno.

Entretanto, el día Martes 31, en Buenos Aires, la cancillería argentina solicitaba a los embajadores soviético y chino, que sus respectivos países vetasen, en el concejo de seguridad, “cualquier iniciativa que atentase contra los intereses argentinos”.

Esto, a las pocas horas, hizo cundir la alarma a nivel mundial; pensándose, en Washington y Moscú, que el desembarco en Malvinas -pues no había dudas ya, de que la flota estaba apostada en su torno- era cuestión de momentos. Y, si no fue así, se debió a la misma tormenta que retuvo a los expedicionarios en el fondeadero de Puerto Vancouver.

El 1° de Abril, mientras el temporal paralizaba todo el sur, Constantino Davidoff concurrió a Palacio San Martín, acompañado por su abogado, el Dr. Juan Carlos Olima, y se entrevistó con el embajador Lucas Blanco. Ese mismo día, a la tarde, en Nueva York, el embajador Parsons convocaba a sesión del consejo de seguridad.

Entretanto, en Moscú, Yúry Tupólev seguía los acontecimientos desde sus oficinas “personales”. La solicitud argentina -de la que se enteró una hora después de haber sido hecha en Buenos Aires- le quitó toda esperanza, en el sentido de que los acontecimientos se retardasen; y se vio inmerso en una de sus situaciones mas tensas y activas.

Sin mas, se dispuso a movilizar toda su influencia, para tratar de sacar partido a esta instancia ingobernable. Había pasado la hora del misterio. Ahora, la propia cúpula de la Unión Soviética debía saber tras de lo que él andaba: El mas asombroso secreto atómico de todos los tiempos. Y debía, también, tomar conciencia de que el U538 había pasado a ser la “prioridad uno”, sin lugar a dudas.

Aunque pareciese absurdo -mas, siendo él el que lo decía-, el interés del estado, radicaba, en ese momento, en detener el conflicto anglo-argentino... Al menos, por un tiempo. Así fue que, esa misma tarde, se reunió con el Politburó del Comité Central del Partido Comunista, del que era miembro: El verdadero poder.

Por la noche, Reagan logró, por fin, hablar por teléfono con Galtieri, tras haberlo intentado, infructuosamente, durante todo el día.

La charla lo convenció de que la suerte estaba echada y de que no había nada que hacer al respecto.

Durante la noche anterior y la primera parte del día, Michael Disney había insistido, constantemente, en que el presidente debía hacer todo lo posible para detener lo que se iba a desencadenar en las próximas horas. En un momento de la tarde, éste le hizo notar a Patricia O’Keefe, la alta funcionaria asesora, que Disney parecía desusadamente alarmado con el asunto de las islas aquellas. No era que no tuviese importancia el caso, ya sabía él que la tenía, y mucha, pero Disney era siempre tan medido... Sí, hasta parecía que había perdido totalmente la calma.

A las 11:30 p.m. (23:30), aproximadamente, de ese 1° de Abril, un grupo de buzos tácticos de la Armada Argentina hacía pie en una pedregosa playa de Las Malvinas. El desembarco fue trabajoso porque el temporal aún insistía en complicarlo todo; pero ya se percibían las señales de mejoría. La próxima mañana del 2 de Abril iba a ser seguramente de buen tiempo.

La Prensa, Buenos Aires
Viernes 2 de abril de 1982

Hacia las Malvinas

Por J. Iglesias Rouco

Por primera vez en muchos años, un gobierno argentino hace algo, y además lo hace bien. Nuestras previsiones de enero se han cumplido: la Argentina decidió ayer recuperar las Malvinas, tras 150 años de usurpación británica. Adoptó la determinación, en el momento justo y en las condiciones adecuadas, esto es, antes de que nuestro propio gobierno, o el británico, se vieran obligados a tomar la iniciativa de una confrontación de proporciones mayores, arrastrados por las circunstancias. Ahora, todo dependerá de la firmeza del presidente y de las fuerzas armadas. Lo cierto es que Londres ha rechazado la contrapropuesta del domingo por la cual la Argentina intentó que Gran Bretaña reconociera su soberanía sobre el archipiélago.

Esta operación, que con toda justicia satisface hoy las exigencias de nuestra dignidad nacional, será recordada, si no hay pasos atrás —y anoche casi todo indicaba que no los habría— como el principal logro del régimen militar, junto con su triunfo sobre la subversión; con la diferencia de que los métodos empleados y el costo político y moral de la obra, no entorpecen, como en el caso de la llamada "guerra sucia", el espíritu, ni la vida pública, ni la conciencia de los argentinos. Por el contrario, los magnifican, y hasta cierto punto

suavizan el complejo de aislamiento y decaimiento al que está sometida la nación desde hace décadas. Las fuerzas armadas y el general Galtieri y su gabinete han ganado así, al margen de los resultados finales de esta acción, una posición respetable, dentro del desbarajuste, claro está, del actual "proceso" y de los que le antecedieron.

Para conservarlo, tendrán que abstenerse de introducir esta demostración de voluntad y buen gobierno en lo que podríamos llamar sus previsiones políticas de poder. De ninguna manera, el retorno de las Malvinas al suelo patrio puede transformarse, ni en la práctica se transformará, en más tiempo o réditos políticos para el régimen o cualquier otro sector argentino que pretenda asufructuario. Únicamente le permite recuperar una parte de la confianza perdida; pero sólo de la confianza que le otorgaron a comienzos de este año aquellos sectores que en él vieron una última posibilidad, no de imposibles continuidades "sine die", ni de "salidas" apresuradas, o "concertadas" en la sombra, sino de construcción de bases económicas y políticas mínimas, a muy corto plazo, que preserven de la presente incertidumbre, tanto a las instituciones militares como la idea de libertad.

El Beagle

Indudablemente, el reasentamiento ar-

gentino en las Malvinas abrirá, si se consolida diplomática y estratégicamente, nuevas perspectivas a las negociaciones de Roma sobre el Beagle, que desde hace tiempo están poco menos que paralizadas. La Iglesia no ha aceptado todavía la propuesta argentina de renegociación del esquema papal del 12 de diciembre. Pero en la medida en que el plan de recuperación total de las Malvinas llegue, como suele decirse, a buen puerto, el Vaticano verá seguramente en ese acontecimiento la posibilidad de alcanzar un entendimiento también aceptable para Chile, y quizás esté dispuesto a modificar aquellos capítulos de su proyecto inadmisibles para la Argentina. Esto significaría, a su vez, que Buenos Aires, sin renunciar al principio biocéánico y a enclaves firmes en las islas que le ofrezcan seguridad jurídica en las aguas, podría estudiar acaso nuevas sugerencias, cuya viabilidad le era difícil entrever en 1980, a causa, justamente, de su debilidad general en la zona austral.

Con Occidente

Pero el primer paso de anoche hacia las Malvinas le abre además a la Argentina, quizá por primera vez en estos últimos años, un panorama prometedor, diplomático y estratégico, de cara a los Estados Unidos y toda la alianza occidental, si Buenos Aires evalúa cor-
(Cont. en pág. 8, col. 5)

(Viene de pág. 1, col. 8)

tamente la situación general, tras la ofensiva diplomática que el mercado común europeo, alineado con el Reino Unido, lanzará ahora en su contra. En ese aspecto, los efectos benéficos de una concertación firme y leal con occidente para la defensa de la región austral, unido a un alejamiento paulatino de los lazos ocasionales, tecnológicos y comerciales, que la atan a la Unión Soviética, serían con el tiempo muy superiores a los que puedan derivarse de la simple recuperación de las Malvinas. Y tal concertación no puede tener alcances meramente estratégicos, militares o siquiera

económicos; será imprescindible además que la Argentina entre de lleno en el mundo del Estado de derecho, es decir, en las formas de vida nacional, jurídicas y políticas, que hacen a la esencia misma de occidente, sin las cuales toda alianza sería pasajera y, a la postre, vacía de contenido para el país y sus amigos.

Ahora, firmeza

En el curso de las próximas horas, y dada, el régimen militar y toda la nación deberán afrontar, unidos, con firmeza y ánimo constructivo, esta emergencia de las Malvinas, frente a las in-

evitables presiones, de diversa naturaleza, que lleguen del exterior. La decisión de ayer no tiene retorno, ya que cualquier retroceso implicaría no sólo la "salida" más que apresurada de este gobierno, sino un trastorno de consecuencias imprevisibles para toda la comunidad. Lo que se está haciendo es sensato, justo e históricamente honorable; para los argentinos y también para Gran Bretaña y los habitantes del archipiélago, a quienes Buenos Aires ha garantizado sus derechos en plenitud. La Argentina puede seguir actuando, pues, en la confianza de su propia raza.

En las primeras horas del Viernes 2 de Abril llegaron las noticias, por las radios, a Bahía Vancouver: ¡Argentina había recuperado las Malvinas!...

En realidad, la novedad no tenía por que sorprender mucho al grupo de exploradores. Ya que, durante el obligado descanso del día anterior, habían captado las diversas emisoras internacionales; con comentarios de hora en hora mas alarmantes. Pero, de todos modos, el hecho fue motivo, igualmente, de una agitación general que los atrapó por completo.

Además, el mejoramiento de las condiciones climáticas, permitió captar las radios con mayor claridad, aún, que el día anterior; en el que, la estática, a causa del temporal, estorbó durante todo momento.

A las 11:00 a.m. se encontraban, todavía, todos reunidos en torno a los equipos de comunicaciones de la goleta. Seguían las novedades con el receptor-transmisor de la misma, de gran potencia, y con dos radios mas, transoceánicas, que tenía Klaus en la nave.

Mas o menos entonces, fue cuando Enrique se percató de que habían perdido el día; en lo que hacía a búsqueda del submarino.

-¿Saben qué hora es?... —dijo, mirando su reloj.

-¡Las once, ya!... —exclamó Napo, que había pasado a la Zarzamora ni bien comenzó a irradiarse la noticia del desembarco. Habitualmente, si tenía algo que decirle a Enrique y ambos se encontraban en naves diferentes, le hablaba por radio. Pero, con el increíble sentido de prudencia que lo caracterizaba, optó, esta vez, por no salir al aire. Luego se lo explicó a Enrique en estos términos:

<<Preferí venir personalmente y no irradiar. Con todo este quilombo, mejor, ahora, no hacerle acordar a nadie que existimos... A ver si a algún “cráneo” se le ocurre hacernos volver, para hacerse el maestro ciruela, y nos cagan... ¿No te parece?...

<<¡Bien, Napo! Tenés razón. —aprobó Enrique—. Pero, fijate que, por ahí se acuerdan igual —añadió finalmente.

<<Sí, pero, mejor no hacer olas...

-Bueno —continuó Enrique—: Como habrán podido darse cuenta, hemos perdido el día... Pero, ¡Qué se le va a hacer!... —agregó, meneando la cabeza de un lado a otro—. Hoy, de todos modos, la gente laburará con la oreja en otro lado.

-¡Pero, sí!... Habría que tener sangre de pato para hacer como si no pasara nada —intervino Erika, que estaba parada junto a él, escuchando con audífono una de las radios a transistores. Enrique le pellizó, fuerte, la cola, y la joven saltó un tanto hacia delante, mirándolo con cara de estar molesta.

-Sin protestar. —le dijo éste, llevándose un dedo a la boca, y le preguntó, por lo bajo—: ¿Te dolió?... —Sin esperar respuesta adelantó de nuevo la mano abierta hacia el trasero de Erika. —Sana... sana... —susurró; pero ella se corrió y Enrique quedó con la mano en el aire; como un tonto; porque todos se volvieron en ese momento y lo vieron.

Los miró con un aire de desafío tan cómico, que Klaus tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no estallar en carcajadas. Yáñez y Napo miraron para otro lado, con los rostros congestionados por la risa contenida. La otra chica estaba como abstraída y no notó nada.

-¿Qué le pasa a Renata? —preguntó, poco después, el alemán.

-Está convencida de que ahora la vamos a confinar en la bodega, cargada de cadenas, por ser de origen británico —el tono de Enrique era de broma y carecía de animosidad.

-En realidad, soy de vieja cepa americana, y nací aquí, en la isla —el tono de Ren fue cortés, pero frío.

-¡Por Dios!... —se apresuró a decir Enrique. —Solo estaba bromeando.

-Naturalmente. —dijo ella, con una sonrisa.

Los comentarios y la escucha de radio siguieron durante el almuerzo y se prolongaron por la tarde. El tono de las discusiones fue el mismo, poco mas o menos, que el que tuvo lugar en todas las casas de la Argentina en aquellos momentos; con sus extremistas y sus moderados.

Enrique opinaba que, producido el hecho, con prescindencia de la mayor o menor oportunidad del mismo, la actitud debía ser de apoyo al gobierno. Erika sostenía que se debía haber insistido, aún mas, en una solución diplomática, pero que, en última instancia, compartía la posición de Enrique. Klaus opinaba poco, y Renata no manifestó demasiado entusiasmo por el asunto.

La polémica fue aquietándose hacia el anochecer, y la hora de la cena los halló a todos en una relativa paz. Aunque las radios seguían prendidas, la ola ya había pasado, y el “staff” de la expedición tomó las medidas necesarias, como para que, al día siguiente, se reanudase la actividad normal. Y así fue:

Durante el 3 y el 4 de abril se trabajó intensamente en los sectores 4 y 5. En este último, a profundidades algo menores, ya que tiraba mas hacia la costa de Cabo Kendall.

El fondo del mismo alternaba la cordillera de siempre con pequeños valles cubiertos, en este caso, de conchilla finísima, y, durante toda la jornada del día 4, se notó la presencia de abundantes delfines que, con su curiosidad habitual, acompañaron a los buzos durante todo el día, de arriba a abajo.

Fuera de este detalle, las novedades brillaron por su ausencia. Lográndose, solamente, en lo efectivo, agregar dos tachaduras más a la cuadrícula; antes de que la llegada de una nueva galerna interrumpiese, otra vez, los trabajos durante todo el Lunes 5.

Entretanto, el día 3 –Sábado-, los “Lagartos” entraban en Grytviken y Yúry Tupólev, que había tomado el desembarco del día 2, con la filosofía propia del que asiste a un desenlace esperado, era presa de una rabieta mayúscula: El embajador soviético ante las Naciones Unidas, Óleg Troianóvski, finalmente, había recibido órdenes de abstenerse en la votación y de no vetar la resolución 502 del Consejo de Seguridad, de ser aprobada —como lo fue—; pese a su inequívoca recomendación en sentido contrario.

Previamente, mucho había cavilado Tupólev, en corto tiempo, alrededor de éste asunto, cuando tuvo la confirmación anticipada de que la resultante de la reunión del Consejo, consistiría, en esencia, en ordenar el retiro de las tropas argentinas de las islas.

Por fin, se hizo la siguiente composición de lugar:

Si la resolución no era vetada y Argentina se retiraba de las Malvinas -esto, cosa poco probable-, se aventaría el peligro de la guerra y él tendría tiempo de ocuparse del U538. Pero, se perderían los beneficios de un conflicto y quedarían mal con los argentinos, sin duda alguna.

Si la resolución no era vetada y Argentina no se retiraba -lo mas posible-, no se alejaría el peligro de guerra y, más aún, Inglaterra se sentiría internacionalmente respaldada por el consenso de las grandes potencias. Con lo cual -estaba seguro de eso- llevaría hasta sus últimas consecuencias una expedición punitiva en forma.

De este modo, no ganaría ningún tiempo para la operación U538 y la imagen de la U.R.S.S., en Buenos Aires, quedaría mas dañada aún. Aunque, tuvo que admitir que era el método mas seguro, si el objetivo único hubiese sido atizar el fuego de la guerra. Pero, estaba el submarino.

Si la resolución era vetada por ellos, en cambio: Argentina no se retiraría de Malvinas, pues se sentiría respaldada por la Unión Soviética. En ese caso, Inglaterra podía adoptar dos actitudes.

La primera: Sentirse sin sostén internacional y desinflarse. Con lo cual desaparecería el riesgo de un conflicto armado, él tendría tiempo para esperar que la expedición sacase la caja del submarino, y Argentina se saldría con la suya, ganando Rusia notable prestigio allá. Pero, naturalmente, se perderían las ventajas de un enfrentamiento directo grave, entre miembros del bloque occidental.

La segunda: Si Inglaterra, en cambio, seguía adelante, pese al veto, lo hará con más cautela, mas lentamente. Con lo que se ganaría igual un tiempo precioso, en el cual, tal vez, él pudiese hacerse con las fórmulas secretas de todos modos. La U.R.S.S. aumentaría, también así, su predicamento en la nación sudamericana -por el hecho de haberla ayudado en el Consejo de Seguridad-, y si, finalmente, llegaban a las manos también... Bueno, sería como ganar dos premios en la misma lotería.

Obviamente, Yúry Tupólev decidió que, de cualquier manera, lo más lógico era ejercer el derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Así se lo dijo a Shevchénko, que llevaba la batuta del grupo político a raíz de la enfermedad del premier, y que, por ser miembro, también, del politburó, estaba en antecedentes del asunto del U538, desde la reunión del 1º de Abril.

El jefe del K.G.B. era un hombre práctico y sabía que ésta sería la vía más rápida. En un momento pensó en un acercamiento directo al canciller Gromýko, pero lo descartó enseguida.

El camarada Shevchénko lo escuchó atentamente y le manifestó que hablaría “con los demás” antes de las once de la mañana. Luego había cambiado de tema: La delicada salud del camarada Brezhnév lo tenía sumamente preocupado. Eran las 8:30 a.m., hora de Moscú, del Sábado 3 de Abril.

-Ahora, ¿quiere decirme Vd., Tatiána Alexéievna, en virtud de qué, han hecho, precisamente, lo contrario a mi recomendación?... Sí. ¿En virtud de qué?... —Tupólev expresaba su desagrado en voz alta, ante su secretaria privada, en una “dacha” al sur de Moscú—... <<Para guardar las formas con respecto a lo de Yalta>>... Así me lo ha dicho Shevchénko... ¡Yalta, nada menos!... Como si no nos hubiésemos cagado, en público, cien veces, en Yalta. ¡Vea Cuba, si no!...

No, Tatiána Alexéievna. ¡A otro perro con ese hueso!... Tampoco me van a hacer tragar el anzuelo de que nadie se anima a dar pasos concretos hallándose Brezhnév enfermo -otro argumento de ese hijo de puta de Shevchénko-. Bien que se atropellan en dar todos los pasos que pueden, en todo lo demás...

¿Qué hubiera costado un veto?... —siguió mascullando, entre dientes, mientras Tatiána soportaba heroicamente el berrinche, en silencio—. Finalmente, el bastardo pretendió que creyese que él pensaba, que, de este modo, los argentinos, tal vez, se retiren, y entonces yo dispondré de tiempo para el asunto del submarino. ¡Es como si no hubiesen escuchado mi explicación anterior a la votación!... Y lo peor es que no alcanzo a ver la razón de su actitud.

-Vd. hizo lo que pudo... y más aún. —lo interrumpió Tatiána.

-¿Y, con eso, qué?... ¿con eso, qué?...: Veo que no sirve para un cuerno lo que yo puedo. Veo que puedo muy poco... ¡El todopoderoso Czar de la Plaza Lubiánka, como me dicen muchos, descubre, después de quince años, que su poder es de cartón piedra!...

Ni siquiera lo que hay en el submarino pareciera importarles nada. ¡Como si fuese la manía de un loco!...

La situación ponía nerviosa a Tatiána Alexéievna; pero no sabía qué hacer. Si, al menos, viniese Vasíly. Pero, el muy gallina no vendría. Más aún, se iría bien lejos, a la otra punta de la dacha.

-Políticos... ¡Puajjj!... –ahora, Tupólev, hablaba otra vez en voz muy alta. —¡Salirme a mí con eso de Yalta y de guardar las formas!... ¿Tan pulcros somos?... Como si yo fuese un chico de los “pioneros”... ¿Y los chinos?... Bueno, de esos qué se puede esperar...

Guardó silencio un momento y, luego, se volvió hacia su secretaria:

-¡Diga algo, Tatiána Alexéievna!... ¡No se quede ahí, callada todo el tiempo!...

-¡Yo lo veo manos claro que Vd.!... ¡Qué quiere que le diga, camarada Tupólev!...

Tatiána perdió, finalmente, la paciencia, y alzó la voz al replicarle. Eso lo calmó un poco. No estaba acostumbrado a que su secretaria le gritase. Siguió paseando de arriba abajo, pero, ahora, en silencio.

Finalmente, se detuvo junto a unas de las grandes puertas-vidriera que daban al parque. La visión de los árboles y el prado, que descendía en una suave sucesión de pendientes hacia el Moskvá, lo serenó.

“Kerulén” y “Urga”, la pareja de enormes “borzói” blancos, jugaban como si fuesen aún cachorros, persiguiéndose y rodando por los charcos de nieve, que, aquí y allá, manchaban todavía la hierba nueva.

Se los habían regalado durante una gira por Mongolia, y él mismo les había puesto los nombres que llevaban. El de un río: Kerulén, y el de una ciudad: Urga; que era la antigua denominación de la actual Ulán Batór; la capital. Sonaban tan lejanos como la música de Borodín que solía escuchar en las tardes de lluvia.

Permaneció así, de pie, durante un largo rato. Cuando se quiso dar cuenta, un manto de nubes negras había cubierto el cielo por completo y el interior de la estancia estaba casi a oscuras. Iluminado solamente por las lánguidas brasas que quedaban en la chimenea.

Tatiána Alexéievna todavía estaba allí, esperando... siempre esperando. Faltaba poco para mediodía.

-Creo que estamos dejando apagar el fuego. –Tupólev rompió el opresivo silencio.

-Oh, sí... sí. Deje Vd., voy a llamar para que traigan mas troncos. Ya no hay leña en la canasta.

-No, deje... Quédese sentada. Iré yo mismo –dijo, y salió.

El Sábado 3 de Abril de 1982, a las 17:00, hora argentina, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas votó afirmativamente la Resolución 502, que exigía el retiro inmediato de las tropas argentinas de Malvinas (el punto principal), el cese de las hostilidades, y se entablaran inmediatas negociaciones de paz. Argentina, oficiosamente, había requerido de la U.R.S.S. un voto contrario a la 502, y, en caso de ser aprobada, lo que era seguro, UN VETO A LA MISMA; cosa que la U.R.S.S. podía hacer, como miembro permanente del Consejo de Seguridad: El “voto” de la Unión Soviética fue una abstención, y NO EJERCIÓ EL DERECHO DE VETO; para el asombro del gobierno del “proceso”, que mantenía cordiales relaciones con los rusos; como consecuencia de proveerlos permanentemente de trigo y otros granos, con los que, la potencia comunista, pudo superar el embargo cerealero que se le había impuesto a raíz de la invasión a Afganistán. China, igualmente contactada y requerida, tuvo un comportamiento idéntico.

El mismo 2 de Abril, Disney, el asesor Kent, y la asesora O’Keefe, se reunieron en el departamento de esta última, en Washington.

Disney les puso al tanto, detalladamente, de la situación en la Isla de los Estados, y de la importancia extrema que tenía para la seguridad de la nación, el obtener el secreto atómico alemán guardado en el viejo submarino.

En realidad, el día anterior, ya habían sido someramente informados, por él mismo, de lo que se estaba jugando en la pequeña isla al este de Tierra del Fuego. No en vano eran amigos y formaban, de algún modo, un frente común, en la complicada red de influencias palaciegas que medraba a la sombra de la Casa Blanca. Pero, la de ese viernes, fue una explicación con todas las de la ley.

-Hay que tener presente dos cosas —enfaticó al terminar—. Primero: Que la caja estanca es lo mas importante que tenemos entre manos, y que la interpolación de esto en la madeja política del cono sur, deja en un segundo plano bien distante, toda otra consideración que pudiese haber en ese rumbo. Y segundo: que, a la luz de la información mas reciente, la actitud de Inglaterra no parece encaminada a dejar las cosas así; sin mas ni mas. Como era la opinión que cierta “intelligentsia” ha venido expresando. Algo no funciona en ese sentido. Todo parece andar mal, y me temo que la cosa va en vías de ponernos entre la espada y la pared. Por mas que haya quien insista en que no va a pasar nada; cada día estoy mas seguro de ello.

-Te confieso que yo también estoy seriamente preocupada, ahora. —intervino Patricia O’Keefe.

-Y yo... —terció el asesor Kent—. Se me ocurre que esto puede terminar con un gran estrépito. Recuerdo cuando... —se extendió en consideraciones históricas por el término de diez minutos.

-Muy bien —dijo Disney, cuando el otro concluyó. —Recapitulando, entonces: Esto hay que pararlo urgente, ya... Porque, además de arruinar la operación del U538, nos puede conducir, como Vd. dice, Mr. Kent, al peor de los desastres: A perder Latinoamérica...o Inglaterra, o, incluso a algo peor. ¡No quiero imaginar lo que puede pasar si esto termina en una guerra!... No quiero ni pensarlo.

Solo les repito... —hizo un alto, para tomar respiro, y los miró—... que esto tiene que detenerse de algún modo... y no acierto a ver claramente cómo. —miró a la asesora O’Keefe—. Tengo algunas ideas al respecto que quiero discutir con Vds. —añadió. —a ver qué es lo que sacamos en limpio.

También el Domingo 4, mientras Tupólev estaba en la dacha, Brezhnév dejó el hospital; lo que hizo aquietar, un poco, las expectativas de descabezamiento inminente de la cúpula del Krémlin. Además, la actitud del canciller Gromýko, que ese mismo día partió tranquilamente para Belgrado, también distendió un poco el ambiente: Si el influyente y eterno ministro de relaciones exteriores, dejaba Moscú en el momento en que Brezhnév salía del hospital, esto era señal, sin duda, de una innegable mejoría del anciano líder. Además, era Domingo y el tiempo también había mejorado. Ese día las peleas por la sucesión se acallaron un tanto.

No así, todo lo relacionado con la crisis de Malvinas, que cobró súbito impulso al mediodía, cuando llegaron noticias de Buenos Aires, en el sentido de que se empezaba a hablar del T.I.A.R.: Una puesta a prueba del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, frente a Inglaterra, colocaría a los yanquis en el lugar donde muchos, desde hacía tiempo, habían querido verlos.

Incluso Tupólev -que se enteró de esto después de la siesta- pensó que era una situación tal como él mismo la había soñado muchas veces. “Si no fuese por el submarino” se dijo.

A las tres de la tarde, Vasíly anunció la llegada del general Óleg Krílov, jefe del G.R.U., el servicio de inteligencia de las fuerzas armadas.

-Vengo a decirte personalmente. —se explicó el gordo militar, tirándose en un sillón, luego de los saludos—, que la gente de Shevchénko te está jugando sucio. —Tupólev permaneció impassible—. Tú sabes, me refiero a los “políticos prudentes”. —prosiguió el otro—. Esos que ayer decidieron no vetar la resolución 502 en el Consejo de Seguridad, para guardar las apariencias y para desinflar a los argentinos... Así-tú-puedes-jugar-con-tu-submarino. —añadió, con una sonrisa burlona. Yúry Tupólev no demostró sorpresa alguna. Era perfectamente lógico que, a estas alturas, el G.R.U. estuviese enterado de todo—.

Pues, bien. —continuó el gordo Krílov-. Hoy, están dándole con todo lo que tienen a la impulsión de la guerra: Ofreciendo en Buenos Aires, a quien quiera oírlos, información, armas, dólares, poner un satélite, etc., etc. ...Ojo, que digo “ofreciendo”, eh... Del dicho al hecho... Hasta tal punto que allá han empezado a desconfiar.

-Son unos abribocas imbéciles, y ahora, de pronto, se han puesto a correr atropelladamente, tratando de hacerlo todo en un día —se despachó, por fin, a gusto, Tupólev; que no pudo aguantarse mas.

-Lúch-she Sórak rádz pa rázu, chém za rádz vsicié Sórak rádz. “Mejor cuarenta veces de a una, que las cuarenta en una vez” (mejor despacio pero seguro). —convino, sentencioso, el gordo Krílov; que era dado a los viejos refranes.

-Es verdad... es verdad; pero son unos incapaces. Ni eso, tan simple, entenderían. ¿Y lo del T.I.A.R.?... —preguntó Tupólev.

-No, eso se les ocurrió a los propios argentinos.

Se hizo una pausa.

-¿Shevchenko?... ¿Estás seguro?...

-¿Quién otro?...

Tupólev guardó silencio otra vez, pensativo. Luego dijo:

-Bien, yo haría otro tanto, Óleg. Hay que aprovechar todo...¿no?

-Ah... ¿y por qué no lo haces?... Tú, el belicista de Afganistán... El hombre directamente interesado en este tipo de cosas... Dime. ¿Por qué no?... —insistió.

-Sabes tras lo que ando: No quiero guerra; por unos días...

-¿Y, entonces, por qué lo hacen las “palomas”, cuando el ogro se ha puesto a obrar, manifiestamente, con prudencia?... No se entiende. —Krílov dio un golpe en el brazo del sillón, con la mano abierta—... A menos que el Politburó no haya comprendido bien la índole de lo que hay dentro del submarino. ¿Seguro que te explicaste bien?... —preguntó, riéndose—. A lo mejor creen que te has vuelto loco...

El general puso los pies sobre una banqueta que tenía frente a sí, y se sirvió vodka de una botella que había sobre una mesita cercana, junto a unos vasos.

-Te serviré también a ti. Hará bien a tus gastados riñones. —llenó otro vaso— ¿Y Tatiána Alexéievna?... ¿Dónde está?... —dijo, mirando en torno— ¡Tatiána Alexéievna!... —gritó— ¡Ven a emborracharte con nosotros!... —se levantó y, teniendo su vaso en una mano, le alcanzó el otro a Yúry Tupólev, mientras le decía:

-Parece que les importa un carajo de tu submarino viejo, ¿eh?... Y de todo lo que encierra... Pero, no te preocupes, el gordo Óleg te cree, Yúry Mijáilovich... ¡Salud!...

Los dos bebieron de un trago.

-Ahhhhh... —suspiró, satisfecho, Krílov; luego eructó. —¡Buen vodka, camarada!... ¿Sabes una cosa?... Me pregunto qué dirá el “jefe”, de todo esto... cuando sane.

-Y tú, ¿qué piensas que dirá? —repreguntó Tupólev, con tono neutro.

El gordo no contestó y se limitó a menear la cabeza, sonriéndole. Luego le puso la mano derecha en el hombro y con la izquierda le dio un suave puñetazo amistoso en el pecho.

-Ji, ji, ji. —rió— ¿Qué siente el gran director de la “Cheka”, cuando ve que alguien quiere armar grandes golpes en el exterior sin decirle nada?... Como si fuese un leproso. —volvió a reírse y enseguida, como recordando algo de pronto, añadió—: Yúry Mijáilovich... ¿Por qué no te casas con Tatiána Alexéievna?... ¿Te has fijado con los ojos que te mira?...

El general Krílov se había ido alrededor de las 7:00 p.m., luego de bajarse una botella de vodka, una generosa porción de caviar, un plato de “blini” y una fuente de arenques con cebolla. Tupólev apenas había tocado la comida; que había sido traída por Vasily. Tatiána no apareció en ningún momento; no soportaba las bromas del jefe del G.R.U.

Sentado en el sillón que antes había ocupado su amigo, Yúry Tupólev caviló en el silencio y la oscuridad. A las nueve se levantó de pronto y marchó hacia la gran mesa directorio. Encendió un velador y se sentó ante un montón de papeles, teléfonos y timbres. Había tomado una decisión. No poco esfuerzo le costó hacerlo, pero, finalmente, por medio de un acto de voluntad había logrado deshacerse de sus dudas; y el conflicto interno que lo obsesionaba, súbitamente, dejó de existir: Nada en el mundo tenía la importancia del secreto nuclear guardado en el submarino alemán. Era la clave extraviada de un poder inmenso. Aunque los burros del Politburó no se diesen cuenta. Aunque nadie se diese cuenta ni creyera. Él creía.

Ni el mejor rédito político que se pudiese recoger del conflicto entre Argentina y el Reino Unido -y él sabía que podía ser de gran magnitud- era ni remotamente comparable, en importancia, a lo que había dentro de la caja estanca alemana. Por eso era que necesitaba la paz a todo trance... hasta obtenerlo.

Por eso fue que, desde ese momento, se dio, sin reservas, a la tarea de atacar, en forma directa, a los que, desde Rusia, querían atizar, inoportunamente, la hoguera del Atlántico Sur. Quedando colocado, dicho sea de paso, en la más irónica de las situaciones que le había tocado vivir.

Hasta ese entonces, su actitud había estado revestida de cierta pasividad. Incluso cuando aconsejó el veto de la 502, pesó en su juicio tanto el submarino como los demás elementos políticos. Pero ahora no, se había acabado. Si los demás se cagaban en lo que él pensaba sacar del U538, él se cagaría en ellos y detendría sus planes; si podía. Y esperaba que, en última instancia, sirviese de algo. Porque la cosa iba ya camino de estar fuera de todo control.

Pulsando uno de los timbres levantó el teléfono y enseguida oyó la voz del encargado del conmutador que le contestaba.

-Aquí, conmutador.

-Habla el camarada Tupólev. Póngame en contacto con nuestro hombre en la embajada de Buenos Aires. —dijo rápidamente. Luego, colgó el tubo y se quedó esperando.

El lunes 5 fue de pésimo tiempo en toda Tierra del Fuego, y la expedición permaneció retenida en su refugio de Puerto Vancouver.

El mismo día, Costa Méndez hablaba ante el Concejo Permanente de la Organización de Estados Americanos, y, a través de su discurso, se supo, oficialmente, de las intenciones de reunir al T.I.A.R.

También, ese Lunes, tomó estado público, en Londres, la renuncia de Lord Carrington. Mientras que, en Washington, el secretario de estado Haig, se ofrecía como mediador para llevar a cabo una gestión de paz entre las partes.

Para Michael Disney, Clark, y la asesora O'Keefe, el día fue, lo que se dice, aciago. La renuncia de Carrington fue una señal mas de que Inglaterra no reaccionaría blandamente. Y, luego, la ovación a Costa Méndez en la O.E.A. y la certeza de que la mediación la encabezaría Haig, completaron un cuadro demasiado denso, para ser comienzo de semana.

Lo de la O.E.A. los convenció de que, si en verdad no lograban parar el drama que se venía encima, el daño de las relaciones con Latinoamérica sería de largas e imprevisibles resonancias; fuera cual fuese el resultado de aquel. Lo de Haig les dio la seguridad de que la cosa sería aún mas difícil: No tenían ninguna confianza en la sutileza diplomática del general, para enzarzarse, con éxito, en un problema latinoamericano, y, para mejor, argentino.

No era, a criterio del trío de Washington, una elección acertada. Pero Haig había lanzado su propia candidatura con su habitual vitalidad desbordante, y no había ya nada mas que se pudiera hacer en ese sentido.

En el Krásniy Sólkol, el coronel Makárov fue informado por Tupólev, desde Moscú, de todo lo que estaba ocurriendo. Pero, esto no introdujo ninguna variante en la vida que llevaba abordo. Por el momento no tenía otra alternativa que permanecer en su puesto, en el desagradable trance de esperar. Así, se le fue avinagrandando cada vez mas el carácter, hasta el punto de no buscar la compañía de Nadia y deambular solo por los mas recónditos lugares de la nave.

Ésta, por otra parte, seguía dedicada a sus tareas de pesca y procesamiento; con el personal de industria totalmente ajeno al drama que se desarrollaba en el nivel “j”.

Las cintas sin fin transportando pescado, los fileteadores con sus hábiles cuchillos, las monstruosas enlatadoras, los autoclaves, y los tubos desecadores, le aportaban al coronel Makárov alguna distracción.

Así vagaba horas, mirando los diferentes procesos; desde el embarque de la pesca traída por los “satélites”, hasta el etiquetado de las latas.

El barco era un verdadero mundo, y él no tenía otro lado a donde ir; así que recorría su mundo.

De este estado fue sacado a la media tarde de ese Lunes 5 de Abril. Estaba, con las manos en los bolsillos de su gabán, mirando como una enorme red, con una gran captura, era izada a bordo, cuando se dio cuenta de que no estaba solo. No se dio vuelta, pero, luego, sintió como una mano le aferraba el brazo.

-Valerian. —la voz de Nadia sonó llevada por el viento.

El Martes 6 a las cuatro de la mañana, Enrique, insomne desde hacía rato, miraba el techo de su camarote. Lo había despertado la relativa calma que siguió al temporal. Pensó que siempre sucedía de ese modo: Un gran bochinche puede llegar a hacerse costumbre, e incluso se puede dormir profundamente en él. Pero, si para de pronto: ¡Zas!... uno se despierta.

El fuerte movimiento del mar —al cual estaban ya acostumbrados— le produjo el mismo efecto: Durante el día de ayer éste no había parado un minuto; de modo tal que, al ir a su camarote, lo hizo sin darse cuenta de que todo se movía; pero la relativa

quietud, que había sucedido a la tormenta, lo había sacado de sus sueños y desvelado completamente.

Erika yacía a su lado. La joven, a la medianoche, había abierto silenciosamente la puerta de su dormitorio, y, luego de tres días, había vuelto a entrar en su lecho sin decir palabra.

Enrique la miró en la penumbra, apenas rasgada por la poquísima claridad que entraba por el ojo de buey, y se dijo que su llegada había sido oportuna.

No se había sentido inclinado hacia ella en los últimos tres días. El fin de semana había sido dedicado al trabajo, y el Lunes, aunque la tormenta los había dejado presos en su refugio, la fatiga acumulada en las últimas horas, y la tensión, que iba en aumento, lo habían encerrado en un silencio hosco; apenas roto por las conversaciones mas necesarias.

Solo, cuando, después de hacer el amor, reposó al lado de la joven, cayó en la cuenta de lo mal que había terminado por sentirse en esos días, sin notarlo.

Erika parecía tener un sentido especial para elegir el momento. Nunca resultaba cargante: Su trato sexual era de una concupiscencia desbordante y franca, que tenía mucho de gimnasia exploratoria, agua limpia y camaradería. Luego, todo se resolvía en una ternura confortable y benéfica, con el efecto relajante de un baño de vapor seguido por un largo chapuzón en la piscina.

A las cinco, finalmente, Enrique se levantó y tapó a la muchacha con las mantas; pero ésta abrió los ojos.

-¿Qué hora es?... –preguntó.

-Las cinco.

-Oh ¿ya te levantás?...

-No puedo dormir mas.

-¿Qué te preocupa?

-Nada... Lo mismo que a vos. –se corrigió, luego de pensarlo.

-¿Qué, de lo que me preocupa a mí?... A mí me preocupa todo.

-Todo, también.

-Pensás que no está el submarino.

-No... Me preocupa el lío que parece que se viene. En cualquier momento puede llegar de Ushuaia la orden de que volvamos. Nos pueden revocar el permiso. —se puso los pantalones—. Al principio todos hablábamos, pero la cosa era mas o menos teórica. Ahora... -se calló mientras se abrochaba.

-Pero, ¿no siguen operando los pesqueros de cabotaje y de altura? –dijo Erika. –Los oímos por radio.

-Sí, naturalmente, pero, ¿por cuánto tiempo, eh?... Yo creo que puede ser, incluso, que se olviden de nosotros; como quiere Napo. Es decir, que no nos concedan importancia; con todo el lío que tienen. Pero, es estar en la cuerda floja. Eso es lo que me tiene intranquilo.

-¿Eso fue lo que te despertó?

-No. Me despertó el silencio. ¿Notaste que pasó la tormenta?...

-Tenés razón... ¿Y, eso te despierta?

-A veces.

-Bueno, entonces, yo tampoco duermo –dijo, saltando del lecho.

-Volvé a la cama. Podés dormir una hora mas. Incluso, hoy se pueden quedar en la goleta, si quieren, vos y Renata.

-Eso, ni pensarlo. La bazofia de tu cocinero puede, incluso, indigestarlos. —dijo, mientras se ponía sus jeans—. De todos modos, no trabajamos mucho. Nuestra tarea en la cocina es, mas bien, disponer lo que se va a hacer. Tu gente sigue haciendo la parte

pesada. —alzó un pullover con capucha que, cuando se desnudó, había dejado caer al suelo. Pero, antes de ponérselo, se manoseó los pezones hasta enrojecerlos—. Para que tomen color. —dijo.

Enrique la miró. Luego repuso:

-Las tetas de las mujeres son muy lindas, pero un poco sosas. Sería mejor que al chuparlas largasen una especie... como de juguito vaginal...

Erika estuvo riéndose a carcajadas hasta que le saltaron las lágrimas. Luego se puso el sweater; aún sacudiéndose.

A las 8:30 a.m., El Orejano comenzó a atravesar el 6° sector del área. Según la línea que marcaba la sonda, el relieve del fondo se hacía endiablado hacia el oeste de aquella. Y, especialmente, en ese sector, aún más que en el 5°, el instrumento sugería agudos perfiles que se alzaban y hundían en el curso de pocos metros. La profundidad, en cambio, era, en promedio, menor. Pero, esto, por otra parte, era normal. Ya que el fondo del mar descendía hacia el sur y el este.

Para el que no lo sabe, diremos que la sonda tampoco sirve para localizar una nave en el fondo. Especialmente si este es frágil. La misma no barre una, más o menos, amplia área, sino que toma una sucesión lineal de datos puntuales de profundidad; justo debajo del barco. Datos éstos que luego se visualizan en la nave, como una señal luminosa en un display, que va indicando las brazas en esos puntos alineados, o como una línea que va saliendo impresa en un papel; según el modelo.

A las 9:00 a.m. entró en el agua la primera pareja de buzos, y lo hizo por el pozo de inmersión, dado que el mar estaba aún un poco agitado.

El segundo turno iba a ser cubierto por Enrique y Klaus, que, esta vez, habían decidido bucear juntos.

Todos estaban reunidos abajo, donde el tubo de inmersión emergía y donde se reproducían, más o menos, las condiciones del cuartito de popa.

A Enrique le gustaba descender por el pozo. Lo hacía acordar a la ballena que tragó a Jonás. Pero, antes que por el Antiguo Testamento, la imagen llegaba a su mente a través del sermón del Reverendo Mapple, del “Moby Dick” de Melville, que había leído de niño. La escena de la capilla de New Bedford le había resultado tan impresionante, que no la había olvidado jamás; y usar el pozo de inmersión se le antojaba como un modo de entrar y salir del cetáceo, sin que éste se diese cuenta.

En un rincón se veía un compresor, que tenía una toma de aire al exterior, para comprimir aire puro y no el viciado de la sala.

El aire comprimido se distribuía desde el tanque, por medio de cañerías, hacia el cuartito de popa, donde se obtenía de tres bocas con llave, y hacia otras tres bocas más, que estaban allí mismo, al lado del pozo, para llenar tubos en los días en que se trabajaba desde adentro del barco. Así, sin desplazarse, los buzos tenían como cargar, fácilmente, su vital provisión de aire a 150 atmósferas.

Mientras Napo atendía el intercomunicador y conversaba con los que estaban sumergidos, Klaus y Enrique se desnudaron completamente y se vistieron, primero, con el osito de lana; destinado a ayudar al traje seco a la retención del calor. Servía, también, para deslizarse cómodamente dentro de éste. Y así lo hicieron a continuación.

Finalmente, ajustaron sus cascos, cuando la primera pareja apareció por el tubo, luego de unos 20' de inmersión total. Comprobaron los reguladores, para ver si entregaban aire sin dificultades, y, levantando los pulgares, se dirigieron al pozo por el cual desaparecieron.

Los primeros metros de inmersión son los más críticos, desde el punto de vista de la física; pues, la presión que el agua ejerce sobre el cuerpo se duplica a los 10 m. de profundidad y solo se triplica a los -20 m.; es decir, es de tres atmósferas. No se registra una multiplicación de la presión, sino solo una suma de una atmósfera cada -10 m..

Así, las molestias de oído, suelen darse en esa primera zona, y Klaus, buceador menos experimentado y entrenado que Enrique, sufrió la obstrucción de las trompas de Eustaquio, cuando su indicador de profundidad señalaba los -15 m.. Tuvo que tragar varias veces antes de destaparlas.

A partir de los -8 m. dejó de sentirse todo vestigio de movimiento de las capas superficiales. Aunque, de haber mar de fondo, la influencia de éste solía notarse hasta los -15 m.; pero no era el caso del día de hoy.

Un grupo de “merluzas de cola”, con su vaga semejanza a la anguila, pasó entre ellos, y, a los -20 m., una gran “raya de hocico largo” proyectó su sombra sobre los dos hombres; que continuaron rápidamente el descenso.

La diferencia de temperatura de las capas de agua, se notaba pese al aislamiento que les proporcionaba el traje seco. Éstas se presentaban en zonas tan bien definidas como en otras latitudes, y también se percibían diferentes corrientes tirando a niveles distintos; incluso en sentido opuesto.

Por ahí se veían, dando vueltas, unos pintarrosos, pero, en realidad, estaban más lejos de lo que parecían. Bajo el agua, los objetos aparentan estar, más o menos, a $\frac{1}{4}$ de distancia más cerca de la real; debido a un fenómeno óptico.

Enrique y Klaus descendían cabeza abajo, ayudándose con el impulso suave de las piernas.

La zona de los -30 m. se presentó súbitamente oscura; pero eso no fue lo que alarmó a Enrique, que ya sabía de ese fenómeno, muy habitual, por otra parte, sino la turbiedad excesiva de la capa que ahora atravesaban. Si persistía, iba a ser una molestia, se dijo, y se preguntó, a continuación, de dónde provendría el sedimento suspendido y cómo era que el turno anterior no había reportado el hecho.

La respuesta a esto último fue sencilla: El agua turbia tenía un espesor de unos 10 m., y, tan pronto como apareció, fue dejada atrás por los exploradores; que desde esa altura ya pudieron distinguir, a la distancia, el relieve complicado del fondo; como iluminado por una luz fantasmal.

Cuando el profundímetro indicó los -60 m., detuvieron su descenso. El relieve del 6° sector del área, era, tal vez, el más complicado de todos los que habían visto hasta el momento; confirmando los ojos lo que ya había adelantado la sonda.

Una cresta, al parecer, granítica, estaba situada justo debajo de sus pies. Era el lugar donde los buzos anteriores habían concluido su recorrido y estaba marcado por un boyarín.

A ambos lados de la cresta descendían las paredes rocosas, en un ángulo no menor de 50°, hasta otras angostas zanjales, 15 ó 20 mts. más abajo. Zanjales, porque inmediatamente volvían a elevarse las paredes, como si la naturaleza se hubiese complacido en crear, con dirección más o menos norte/sur, en ese punto preciso, una serie de desfiladeros submarinos paralelos; que constituían otros tantos puntos de cuidado.

-Y, bien... —dijo Klaus, a través del “Wet-Phone”.

-Ojo bien abierto, y... adelante. —le contestó Enrique, señalando hacia el norte, luego de orientarse con el compás incorporado a su miniconsola de muñeca—. Mantenerse a los -60 m.. Si hay que bajar más, bajamos los dos. —agregó, y se puso a patlear lentamente. Klaus lo imitó y se colocó a su lado. No tenían demasiado tiempo para perder.

A los -60 m. los dos hombres estaban sometidos a una presión de 7 atmósferas, pero, la disolución, en sus cuerpos, del aire comprimido de sus tanques, la equilibraba; haciendo que no se sintiese ningún efecto. Además, los trajes secos, o, mejor dicho, de “volumen constante”, resultaban de una utilidad invaluable en esta agua de temperaturas sumamente bajas, proporcionando -junto con los calentadores de aire- una defensa absoluta contra el frío.

El sistema al cual debían su verdadero nombre técnico, “traje de volumen constante”, consistía especialmente en que, parte del aire exhalado por el buzo -en este caso, dentro del casco- pasaba al interior del traje; quedando equilibrada, de este modo, la presión exterior; no solo dentro del cuerpo, sino también en la vestimenta.

Se evitaba así, que la indumentaria estanca se “clavase” en el buzo, paralizando sus movimientos.

En definitiva, condiciones muy cómodas, en relación con el intenso frío y la intensa presión.

Los dos exploradores se desplazaban, plácidamente, a 2 nudos; poniendo atención en los lugares de relieve especialmente complicado.

Algunos picachos pasaban a su lado, como si volasen junto a las cumbres de las montañas. Y era así, literalmente. Aunque estas cumbres no conocían del rugir del viento, y permanecían condenadas al eterno silencio, de este medio ochocientas veces más denso que el aire.

De vez en cuando contorneaban alguna cresta sumergida, para ver “del otro lado”; o descendían, para hurgar de cerca entre algún embrollo de algas. Pero, estos embrollos de algas eran poco frecuentes aquí.

Hubiesen podido usar los propulsores submarinos, ganando un nudo más en velocidad de desplazamiento; pero Enrique había opinado que, en este tipo de búsqueda minuciosa, solo eran un encórdio. Así, las idas y venidas en torno a alguna forma sospechosa, eran más lentas pero más seguras, y sin tener que ocuparse de “ese trasto”.

La fauna y flora bentónicas seguían caracterizándose por la misma modestia de siempre.

-No es el Caribe... ¿verdad? —gruñó Enrique, a través del intercomunicador. Sin aguardar la respuesta de Klaus, agregó, dirigiéndose a Napo y Yáñez, que estaban escuchando arriba—. ¡Eh! ¡Vds.! ¡Arriba!... Creo que nos acercamos a un punto bastante prometedor.

-¿Está cerca?... —preguntó Napo Cabezas.

-Unos 30 m. —respondió Enrique, y, dirigiéndose a Klaus, añadió—: Vamos a ver un poco.

-Vamos... El fondo desciende bruscamente. Mire. —el alemán señaló hacia delante: La zanja entre dos crestas, por la que se desplazaban ahora, se perdía en dirección a una oscuridad azulada, rumbo al norte. Enrique consultó el indicador de profundidad de su miniconsola: Marcaba -67 m.. Se encontraban en la zona crítica. Unos metros más allá se hallaba el reino de la peligrosa narcosis de nitrógeno, que euforiza como una droga y lleva a cometer desatinos... Pero, el fondo descendía justo allí, se dijo, y no podía dejar pasar ninguna posibilidad sin chequear.

Entre la penumbra, se distinguía, hacia delante, una larga cicatriz borrosa cubierta de algas. Calculó que se debía encontrar a unos 25 m. más abajo de donde se encontraban: A -90 m., tal vez. Continuaron descendiendo oblicuamente.

Klaus sintió, de pronto, el gusto metálico del nitrógeno comprimido, pero no dijo nada y siguió acompañando a Enrique.

Las primeras algas estaban ya al alcance de la mano. Sin ninguna clase de aviso previo, una enorme cabeza con gruesos labios surgió ante sus ojos y se lo quedó mirando, curiosa. El alemán tuvo una incontenible gana de reírse a carcajadas -el nitrógeno hacía su efecto-. En cambio, le hizo una reverencia al pez y lo saludó con la mano. Ahora se sentía Superman.

-Atención. —la voz de Enrique sonó en los oídos del alemán, como lanzada en un anfiteatro—. Ese bicho es un “Toro de los Canales”. Suelen vivir en los naufragios.

-Hay que revisar bien este manchón. —Klaus se sacudió los fantasmas para contestar—. Me siento como si hubiese estado pitando marihuana. —añadió.

Había un tono de alarma en la voz de Enrique, cuando lo tomó del brazo y le dijo:

-No se aparte de mí. Damos una mirada por este amasijo y rajamos.

Arriba, Napo y Yáñez se pusieron en tensión. Aquel dejó pasar un rato y preguntó:

-¿Vos, cómo te sentís, Quique?... —la voz de Cabezas sonó, intranquila, por el intercomunicador.

-Bien. Es Klaus, que ya está medio en pedo, pero yo lo cuido —explicó Enrique, en un súbito arranque de buen humor.

Yáñez pensó que el buen humor era demasiado, dadas las circunstancias, y si, él mismo, no estaría, también, medio borracho por el nitrógeno.

-No hay cuidado... —gritó Klaus—. Estoy bien.

-La selva de algas era extraña para el lugar, y la formación ahusada era una acumulación de roca y sedimentos de las capas superiores, que había, a su vez, formado una cresta. De ésta, surgía la vegetación, que danzaba al ritmo de la corriente producida por el desplazamiento de los hombres.

Una enorme colonia de erizos gigantes, le daba a todo el lugar el aspecto de un basurero, donde algún despreocupado hubiese descargado una buena cantidad de minas de contacto inservibles.

-Me parece totalmente imposible que el U538 esté oculto por ese sedimento —dijo Enrique. Pero, de todos modos, hurgó con su bastón el manto de cosas, en varios lados—. Por las dudas —explicó.

-Nada... —agregó Klaus, que se unió a los intentos de Enrique, pinchando la arena.

En realidad, la actitud de los dos era bastante ilógica, y se debía a que tenían ya el entendimiento embotado por la narcosis.

Al llegar al final del lugar que exploraban. Enrique sintió que nada había más fácil que seguir hacia abajo, y extendió los brazos.

La inmersión, pensó, es como volver al vientre de la madre. El mar es el líquido amniótico. No en vano, en aquel test de la clase de psicología de cuarto año, el que contestaba que quería ser mar, era porque se identificaba con la madre... ¿O, no había sido en cuarto año?... El vientre de nuevo... el “Gran Sueño”... salirse de la vida... Es la muerte...

Se aterró de su propio pensamiento y miró el profundímetro.

-¡92 metros!... —gritó—. ¡Volemos de aquí!... —agregó, y, dándose vuelta, tiró de Klaus, que estaba, como un idiota, con su cara contra un erizo, al que le hacía muecas.

Cuando Enrique entro, de nuevo, en el nivel de los -70 m., se sintió completamente despejado y consciente. Miró a Klaus, al que todavía tenía del brazo:

-¿Se siente bien?... —preguntó por el sistema de comunicaciones.

-Sí... sí, estoy bien. —repuso el alemán. Y pensó que habían cruzado rápidamente por frente a la entrada del valle de las sombras, pero que habían pegado la vuelta a tiempo:

Una voz les había gritado: <<¡Aún no es tiempo!>>... <<¡Fuera!... dulce veneno del sueño.>>... <<Aún no es tiempo.>>...

Todo había sucedido en menos que canta un gallo, y aún tenían tiempo para terminar su recorrido. Así lo hicieron, pero esta vez sin bajar de los -60 m..

Cuando los relojes señalaron 10' de inmersión, comenzaron el ascenso. Las miniconsolas computarizadas les indicaban la hora, el tiempo de inmersión, la profundidad y el rumbo. Y, también, automáticamente, les señalaba cuántas descompresiones debían hacer y a qué profundidades.

Ellos no se habían excedido del tiempo previsto, pero sí de profundidad. Por eso, como tenían una buena provisión de aire en las botellas, hicieron, por las dudas, una parada larga (32') a -9 m. y otra mas corta (5') a -.3 m..

Aprovechando que tenían trajes secos, ascendieron inflándolos un poco demás y usando el dominio de la vertical. Como los viejos buzos de manguera, que, llenando y vaciando de aire sus escafandras, subían y bajaban a voluntad y sin ningún esfuerzo.

Mas, lo hicieron teniendo el cuidado de soltar aire, cuando llegaban al nivel de las paradas de descompresión; porque, si no, hubieran seguido irrefrenablemente hacia la superficie, pasando por alto las estaciones. Con el resultado seguro de ser víctimas de las aeroembolias y terminando en la cámara de descompresión. Era una suerte que el barco de Enrique estuviese equipado con dos de ellas. Pero, cuanto menos se usaran de urgencia, mejor sería.

-¡Qué mamúa, eh!... —Enrique se reía mientras hablaba con Klaus en las duchas.

-Por supuesto que no es la primera vez que bajo mas allá de las 33 brazas. —el alemán se daba masaje en la espalda, con el fuerte chorro de agua. —Pero, le puedo asegurar que nunca me dio tan fuerte la “borrachera”.

-Depende de muchas circunstancias. —dijo Enrique, tosiendo. El vapor llenaba el cuarto de duchas. —Hay días mejores y peores; yo también me mamé bastante.

-Pero, el menos, reaccionó. Yo quería darle un beso al erizo. Si no me arranqué la boquilla, fue porque esos trajes vienen con sistema de casco total.

Enrique se desternilló de risa. Luego tuvo ganas de preguntarle si ni pasaba nada con Ren. “Tanto hablar de la poligamia, éste” pensó. Pero, en vez de eso, dijo:

-Ahora, buen rato de agua caliente, para recuperar el calor, y un sueñito de tres horas. Napo y Yáñez se ocuparán de todo.

-Espero que Vd. se dedique realmente a dormir. —el alemán le había facilitado las cosas.

-Oh, sí... ”Nunca bebo cuando estoy de servicio” —repuso Enrique, imitando el doblaje de un policía americano. —Y, dígame, ¿por casa cómo andamos?... ¿No pasa nada con la inglesa?...

-Es muy circunspecta. Distante, diría yo, aunque amable. —Klaus comenzó a secarse vigorosamente con la toalla. —Y, yo... —prosiguió— Yo estoy con la mente demasiado puesta en esto para... en fin. Vd me comprende... Además...

-No me va a salir con esa boludez de que puede ser su padre, y todo eso...

-No, no... —Klaus rió de buena gana. —¡Vaya una idea!... No, las cosas se dan cuando se dan, eso es todo. —dijo, y cambió de tema.

Ese martes, el canciller Gromýko sorprendió a todo el mundo, declarando que el primer ministro se encontraba descansando.

No era que llamase la atención de nadie, una declaración, que, según la sospecha generalizada, distaba de ser toda la verdad. Lo realmente insólito era que la hiciese el ministro de relaciones exteriores, que, según la memoria de todos, nunca se había ocupado de esas cosas.

A consecuencia de esto, nadie creyó que Brezhnév estuviese de descanso.

Si las intenciones del canciller eterno fueron las de acallar rumores, logró un efecto precisamente opuesto.

Entretanto, en Londres, Pym reemplazaba a Lord Carrington.

El Miércoles 7 de Abril fue día de tormenta en el sur, y también en otros lados: Inglaterra declaró la zona de exclusión en torno a Malvinas... El mismo día en que Haig partía hacia el Reino Unido para iniciar su misión de paz. La tormenta se prolongó también durante el Jueves Santo (8), lo que mantuvo otra vez atados a los expedicionarios en el fondeadero.

-¡Malditas tormentas!... —exclamó Enrique, pegando un puntapié en una silla. Ya eran las siete de la noche pasadas. —No sé, en realidad, qué me cansa mas -rezongó-, si, bucear, o esperar en esta maldita seguidilla de mal tiempo.

-Es lo normal, aquí, en el este y en esta época del año. —dijo Erika.

-Sí, pero corremos una carrera contra las circunstancias... y sin rumbo claro: La B.B.C. ha anunciado que Inglaterra declaró una zona de exclusión en torno a Malvinas. Fijate y vas a ver que, por poco, no nos tocó a nosotros.

-Lo único que faltaría, para hacer esto mas insólito aún, es que nos hundan los británicos. —dijo Renata, levantando la cara del barquito embotellado que estaba examinando.

-Y no creo que, en este caso, puedas anteponer tus buenos oficios... ¿eh?... —le tomó el pelo Enrique, que seguía haciendo bromas con su “origen británico”; pese a que la chica le había dicho que era de raíz americana.

-Ay. Enrique... ¡Qué plomo que sos! —Erika siempre se creía en la obligación de proteger a su amiga, aunque lo que se dijese fuera ostensiblemente en broma.

-¿Qué quieren tomar?... —Klaus hacía ruido revolviendo botellas y copas.

-Whisky solo —respondió Enrique.

-Para mí, con hielo. Pero, un tanto así. —Erika hizo una marca con los dedos en el aire. Cuando el alemán miró a Renata, esta hizo una seña negativa.

-¡Eso es!... —Erika tomó el vaso que la alcanzaba Klaus, mirando la cantidad que le había puesto.

-Enrique... —el alemán le alcanzó su vaso a éste. Cuando lo tomó, pensó que Klaus podía haber insistido un poco más en ofrecerle una copa a Renata.

-Tomá una copa, Ren... —le dijo, y se puso de pie. —yo la preparo.

-... Es que no pensaba tomar alcohol, ahora, Quique.

-¡Vamos, que hace frío!... Un poco siempre viene bien. ¿Te parece un cognac?...

-Bueno, sí. Un cognac creo que está bien. —Enrique fue a servírselo. Klaus ya se había sentado en un sillón.

Al rato, aquél volvió con la copa hasta la mitad.

-¡Oh!, creo que es mucho... —exclamó ella. En ese momento el barco cabeceó y Enrique perdió el equilibrio; un instante antes de llegar con la copa hasta Renata.

-Oh, perdón. —dijo, y se sostuvo, con su mano izquierda, en la mano de ella, que en ese momento estaba tendida.

Por un solo instante, hasta recuperar pie, se aferró a la chica, y creyó sentir como ésta apretaba la mano un poco más de lo necesario. Una corriente recorrió su cuerpo, pero en sentido literal: No se trataba de corriente eléctrica, pero percibió como si la joven irradiara algo, y, por una fracción de segundo, sus ojos se encontraron.

Luego, todo pasó. Tan rápido que, al momento, Enrique pensó que había sido idea suya. Soltó la mano de la muchacha y le puso la copa en la otra.

No es mucho... Tomalo despacio. —le recomendó, y se volvió hacia Erika. Esta lo estaba mirando con expresión divertida.

Medianoche del mismo Jueves 8 de Abril de 1982:

“Puerto Cook”, en la costa norte de la Isla de los Estados, es, sin duda, uno de los lugares más apropiados que hay allí para brindar refugio seguro a un buque. Son varias las ventajas que ofrece: Buen tenedero, con braceaje proporcionado, una cierta regularidad de los vientos dominantes, etc.. En fin, un puerto apto, si los hay, en esta difícil isla... De paso, digamos que “puerto”, en el lenguaje naval, y muy especialmente en Tierra del Fuego, no necesariamente significa puerto habitado e instalado, sino, más bien, un accidente geográfico costero capaz de servir como apto refugio y fondeadero de una o varias naves.

El otro, muy bueno, de ese lado, es “Puerto San Juan del Salvamento”, al N.E. de Cook, que fue asiento de la Sub-prefectura, el faro, y un presidio, allá por los tiempos heroicos de 1884 a 1902.

Pero, Cook, a las ventajas descriptas, comunes a ambos, si se quiere, suma que es el punto de la costa norte que más fácilmente se relaciona con la sur. En efecto, un istmo de menos de 700 m. lo separa de las orillas meridionales; trayecto que se cubre a pie en unos 15' ó 20' de marcha. Tal vez, esto decidió, en 1902, el traslado hacia Puerto Cook del presidio y la Sub-prefectura; donde permanecieron hasta 1906.

Ahora, bien, el lugar del sur con el cual está tan fácilmente comunicado Puerto Cook, no es otro que Bahía Vancouver; base y teatro de las operaciones del grupo de Klaus y Enrique.

Esta suma incontrastable de razones, fue la que inclinó al Coronel Makárov a elegirlo como punto de desembarco; cuando decidió que había llegado la hora de ver las cosas más de cerca, y no guiarse, solamente, por los informes del submarino atómico Shchúka.

Así que, un poco antes de la medianoche del Jueves 8 de Abril, cuando las condiciones climáticas ya habían mejorado lo suficiente como para permitirle operar, lanzó sus hombres al agua.

Desde temprano, el Krásniy Sólkol había iniciado una lenta aproximación desde su zona de pesca, hasta colocarse en un punto más o menos equidistante entre la Isla de los Estados y las de Año Nuevo; unas 4 millas al norte de aquella.

A la 11:00 p.m., con un mar más tratable —también por el hecho de hallarse a sotavento de la Isla de los Estados—, enfiló derecho hacia la entrada de puerto Cook, guiándose solamente por el radar, que es aquí, además, el único medio de recalada durante la noche o con tiempo cerrado.

11:20 p.m., muy despacio, dejó a babor el Islote Pleamar, gobernando hacia el fondo del puerto; situado a unas 3 millas de la entrada y encajonado entre altos faldeos cubiertos de bosques, que se elevaban hasta los seiscientos metros.

Este desierto refugio, tiene, en el fondo del “saco”, una diminuta playa, de arena gruesa y pedregullo, con muy acusado gradiente, que en pleamar descubre no mas de diez pies, pero que es el único punto abordable.

Las aguas de Puerto Cook, pese al viento mas moderado, se hallaban agitadas por grandes remolinos -el inconveniente de este fondeadero- y las rachas, que aún llegaban esporádicamente, alzaban tornados de agua pulverizada hasta 15 o mas metros de altura.

11:45 p.m., el Krásniy Sókol fondeaba a 13 brazas, filando 4 grilletes de cadena. El ancla hizo cabeza fácilmente en el fondo de arena.

El coronel Makárov y el capitán Borúska revisaron varias veces en torno, con los prismáticos ópticos nocturnos. Pero, solo la soledad reinaba allí, y la única huella humana, por los alrededores, la constituían los restos del viejo muelle y las patéticas ruinas de una casilla que había conocido mejores tiempos. El destacamento de Parry quedaba muy lejos.

A la medianoche, una lancha dejaba en tierra, en dos viajes, su carga de gente y equipo. El grupo estaba formado por veinte hombres, al mando del mayor Pável Kikvádze, y las órdenes eran: Ponerse en marcha, inmediatamente, hacia Bahía Vancouver; para seguir, luego, paralelamente a la costa este de la misma, hasta instalar campamento oculto, en las estribaciones S.W. del último cerro del grupo de Los Tres Gorosito.

Éste, el mas bajo de ellos: Un picacho de 490 mts. de alto, iba a dar, con sus boscosas laderas, en el lado opuesto de la bahía al que utilizaban como asiento los elementos de la C.I.A.; siendo así que, por casualidad, los dos grupos que vigilaban a la expedición, quedarían frente a frente, solo separados por las aguas de Puerto Vancouver. Aunque, si se ve bien, no era tan por casualidad, dado lo que debían vigilar y los puntos de desembarco de ambas fuerzas.

Entretanto, en Moscú, Yúry Mijáilovich Tupólev, saboreaba la primera amarga victoria de su cruzada solitaria: Moviendo su paquete de influencias y operando con la red propia de agentes, infiltrada en el interior del mismo “grupo político” soviético, había logrado que se embrollase el ofrecimiento de información de inteligencia a Argentina. No era mucho, y no sabía por cuantos días sería efectiva la demora que había creado; pero, algo era algo, y ninguna ayuda podía dejarse de lado, si servía para enfriar el conflicto por unos días... o unas horas. O, mejor dicho, para evitar que se recalentase mas.

Al día siguiente, 9 de abril (Viernes Santo), desde temprano ganó las calles de Buenos Aires el rumor de que los satélites yanquis pasaban datos a los ingleses. La opinión pública se definió, rápidamente, en el sentido de que, si los americanos brindaban el apoyo de una sofisticada red de información al Reino Unido, Argentina no debía dudar en pedir alguna ayuda parecida a los rusos.

Paralelamente a que los corrillos de la calle Florida debatían a los gritos este tema, y se lo conversaba en voz baja en los pasillos de Palacio San Martín, el embajador cubano, por expresa orden del canciller Malmierca Peoli, retornaba a su asiento en Buenos Aires; después de una ausencia de cerca de un año.

A todo esto, en Bahía Vancouver, El Orejano abandonó su fondeadero a la mañana temprano y se dirigió al sector N° 7, para iniciar las tareas allí. Pero, no habían pasado 30 minutos, cuando las condiciones del tiempo empeoraron nuevamente; de tal modo que se vio obligado a retornar, sin cumplir con los planes de búsqueda de esa jornada.

Los miembros de la expedición ya se habían habituado a ser prisioneros del malísimo clima de la zona, y una apática languidez los iba insensiblemente ganando; como manifestación superficial del desgaste que les causaba este ritmo imposible.

Aunque, en verdad, en el fondo de sí mismos, acumulaban tensión. Sorda tensión, pero tensión al fin. Y el deterioro se fue haciendo, poco a poco, manifiesto, en un diálogo menor y en un aumento sensible del consumo de alcohol... Incluso en las mujeres.

Michael Disney se sintió, de pronto, muy cansado, un pequeño hormigueo le recorrió las piernas cuando las estiró, desperezándose, y le castañetearon los dientes en un chuchó de frío. Pero, aquí no hacía frío, pensó, mirando el fuego que, en la chimenea de cerámica craquelé, contradecía aquello de “París en Abril”. Aunque, en realidad, París, en Abril, solía ser siempre así: Frío, húmedo y nublado. Al menos, hasta bien avanzado Abril.

La enorme biblioteca de la mansión del Faubourgh St. Honnoreé estaba atestada de volúmenes, encuadernados y en rústica. Todos ellos puestos en los anaqueles de una manera heterogénea y desordenada. Algunos en pila, otros alineados. Y los tomos de noble cuero, alternando con los de tapas de cartón de color, formaban una mezcla que rompía, estudiadamente, la regularidad clásica de la estancia.

Su vista se detuvo, finalmente, en un costoso reloj de viaje hecho por “John Roberts”, de Londres, a mediados del siglo XVIII. Estaba, como siempre, en la repisa de la chimenea, y sobre su elegante silueta de ébano, de más de medio metro de alto, relucían, sin estridencias, las aplicaciones de bronce dorado. Su dueño actual le había contado la historia de esta pieza, a poco de adquirirla en “Rasmussen” de Copenhague, unos años atrás: Un tema para coleccionistas.

Pensó que Ariel Galante colocaba bien su dinero. Sin duda había recorrido un largo trecho, desde sus comienzos en un barrio al sur de Buenos Aires, hasta ahora... y el hombre había demostrado que sabía subir.

Él también había subido desde muy abajo hasta donde se encontraba. Aunque los caminos habían sido distintos, se dijo. Y se vio a sí mismo, muchos... muchos años atrás, saltando de una lancha “Higgins” en una remota playa del Pacífico. Corriendo... Huyendo hacia delante. Aullando y disparando como un loco la “Thompson 45”, cargador tras cargador, tratando de zafar de la trampa japonesa en la que habían caído; mientras sus camaradas se derrumbaban como bolos bajo el eficiente fuego nipón. Aunque no todos, recordó, los que se acobardaban caían bajo el fuego del sargento Malone... pero, eran muy pocos.

Nunca olvidaría ese día, había sido el 19 de Febrero de 1945, cuando recién se había incorporado al 5º Cuerpo Anfibio. A él lo habían condecorado en Iwo-Jima; pero aún gritaba por las noches y se despertaba sentado en la cama y bañado en sudor.

Se preguntaba a menudo, por qué el sueño era siempre con Iwo-Jima, habiendo estado en sitios peores; pero no había respuesta.

Para eso tenía siempre junto al lecho un porrón de whisky de maíz. “Una bebida ordinaria” decía Kate. Pero él se cagaba en las cosas de Kate.

-¡Querido amigo!... —la figurilla entrada en carnes avanzó con la mano extendida. Michael Disney se levantó. —Discúlpeme la demora, pero estaba en el baño aún. —explicó, bajando la voz cuando dijo “baño”. Estrechando la mano del americano, le indicó el sillón. —Por favor.

Disney redujo los cumplidos de rigor a lo estrictamente necesario. Tenía, en realidad, poco tiempo, y fue al grano enseguida; cortando con un gesto a Galante, que pareció querer hablar.

-No hay duda de que esto está peor de lo que parecía en un principio. —atacó de lleno.

-Ciertamente. —la voz de Ariel Galante fue totalmente neutra y se quedó esperando a que Disney continuara.

-Bien, —prosiguió éste. —pese a todo, el “león apolillado” parece dispuesto no solo a toser, como opinábamos algunos... Lo han dicho claramente en Londres; hace apenas un rato.

Como cae de maduro, —continuó— a esto hay que pararlo como sea, y no va a ser posible manejar a la gorda chiflada esa; se ha atascado como un mero en su cueva... Al menos, Haig no lo logrará.

Todo el esfuerzo lo hacía Disney, Ariel Galante solo escuchaba. “Me cortó al principio, ahora que se joda” razonó.

-Por eso, viejo amigo —Michael Disney hablaba ahora en “español argentino”, al que dominaba como un porteño—, vengo a pedir tu ayuda en este bodrio. —se produjo un profundo silencio—. Quiero que hables a Buenos Aires y hagas presión en los lugares apropiados y con los amigos precisos.

-Querido Mike. —Galante buscaba las palabras—. Te comprendo perfectamente y comparto tu punto de vista: Esto está yendo demasiado lejos, pero... —hizo otra pausa para suspirar— ...es necesario que comprendas también mi posición.

-¡Al diablo con tu posición!... —la salida de tono tomó por sorpresa a Ariel Galante, que solo atinó a decir:

-Pero... yo. Desde aquí, tan lejos... Llevo tiempo lejos de Buenos Aires.

-Pero, viajás seguido, y siempre te escuchan... Te escuchan atentamente. Yo lo he visto. Lo he podido comprobar personalmente.

Muchos... es mas, casi todos mis contactos allá fueron iniciados por vos.

-Nadie me va a dar pelota, Mike... Convencéte.

-No lo creo. Además, hay que hacer el intento. Es hora de que todos pongamos el hombro, y vos estás en mi lista como V.I.P. —Disney no estaba dispuesto a irse con un “hands off” de Galante—. Ahora las cosas están muy feas y espero contar con tu apoyo; ya que hemos estado juntos en las buenas... —al decir esto último, el tono de Disney perdió su color y adquirió, de pronto, una helada inflexión. Galante miró hacia la alfombra un rato, con aire preocupado, antes de responder.

-Bien... Haré todo lo que pueda. Te lo prometo. Pero, no garantizo resultados.

-Me basta con eso. —convino con aire, de pronto, distraído, Michael Disney. En ese instante había sentido como que toda esta charla era inútil.

Le vinieron ganas de irse. Aquí no tenía mucho que hacer, pensó.

-Bien. —dijo Galante—. Dentro de un rato hablaré con Buenos Aires...

La reunión continuó por media hora mas, y, al cabo de ella, el propio Ariel Galante acompañó hasta la puerta de la mansión al general Disney; donde se despidieron con un efusivo abrazo. El americano entró en la limusina negra, sin identificación, que lo aguardaba, y partió a buena marcha hacia Orly, donde abordaría un Lear-Jet.

Ariel Galante esperó hasta que el vehículo hubiese desaparecido por las dobles puertas de hierro forjado que cerraban el parque, y luego entró de nuevo en la casa.

Con vivo paso cruzó la biblioteca y salió por una puerta pequeña, que pasaba desapercibida entre la “boiserie” de roble de Eslovenia.

Dentro del pequeño recinto que había tras ella, se dirigió directamente a una mesa, sobre la cual, habían dos teléfonos con varias líneas cada uno. De pie ante los aparatos, alzó el que estaba a su izquierda y, pulsando una característica, aguardó.

Menos de un minuto después oyó un zumbido y una voz que lo atendía.
-Comuníqueme con Buenos Aires. —ordenó, y, arrimando una silla, se sentó.

El Sábado 10 de Abril, la expedición buceó con grandes dificultades en el sector 7, a causa de la marejada, que no daba tregua durante el trabajo y arruinaba el descanso de los que estaban fuera de turno.

En Buenos Aires, el general Galtieri impresionaba hondamente a Haig, con el espectáculo de la Plaza de Mayo llena y rugiente. Mientras que la prensa argentina reproducía el anuncio ruso de que la U.R.S.S. permanecería neutral.

Mientras la reunión con Haig continuaba, por la tarde, en la casa rosada, Mike Disney, con autorización abierta del director de la Agencia, se puso en contacto radial, desde la embajada americana en Buenos Aires, con el submarino nuclear “Golden Oak”, que velaba en el mar.

Luego, por la onda especial, emitió un escueto informe para Andy Mc Callum. Este lo recibió, y fue, al punto, decodificado en las laderas del Monte Tres Puntas. Pero, tal como en otras circunstancias, no transmitió ninguna respuesta.

El Domingo 11 (Pascuas), el buen tiempo permitió un trabajo completo en el sector 8. Pero, el Lunes 12, una niebla absoluta, paralizó, de nuevo, la actividad, por falta de luz.

El mismo Domingo 11, la 10ª Brigada llegaba a Malvinas, mientras, a las 9:00 a.m., Haig partía para Londres con el convencimiento de que su gestión había fracasado. Todos los argumentos y presiones habían resultado absolutamente inútiles, y la mediación resultó, literalmente, empantanada.

Michael Disney también compartía el mismo estado de ánimo, pero ya tenía el presentimiento del resultado, desde su reunión con Ariel Galante, en París. En el avión se sintió, de nuevo, cansado, agotado, y pensó que los viajes habían comenzado a afectarle... y los años a pesarle.

Lo curioso es que, en ese momento, en la otra punta del mundo, el director del K.G.B. se decía lo mismo, casi con las mismas palabras.

Tenía en sus manos el texto decodificado de las conversaciones que habían sostenido, hacía minutos, el general Haig desde su avión, con el presidente Reagan en la Casa Blanca.

El Lunes 12 de Abril, mientras en la Isla de los Estados se descansaba debido a la niebla, la situación política pareció cobrar una mayor densidad: Junto con el anuncio del ministro de defensa británico, en el sentido de que los submarinos atómicos ingleses ya se hallaban en el área de exclusión, se notó un endurecimiento de Margaret Thatcher que, incluso, fue patente en su conversación con Haig. Hasta tal punto que éste pareció acoquinarse y ceder ante el embate de la primer ministro; llegando a plegarse a sus razones.

El anuncio a Haig, por parte de Costa Mendez, de que se habían agregado mas exigencias a la propuesta argentina, dio el toque final a ese día.

A las 11:30 p.m., hora del este, en Nueva Cork, Patricia O'Keefe, reunida con el asesor Kent, analizó, por centésima vez en ese día, las posibilidades de salida que tenía el conflicto, ahora... Y convino, también por centésima vez, que eran pocas, muy pocas.

El Martes 13 de Abril de 1982, al salir el sol, El Orejano llegó al "área", y los miembros de la expedición comenzaron enseguida los aprontes para la búsqueda en el sector 9: Un cuadrado al N.N.E. del centro, con profundidades oscilantes entre los -60 y -75 mts..

La primera pareja hizo lo suyo sin novedad y a las 9:35 entró la segunda, formada por Kruger y un hombre de Klaus, llamado Francisco Barrera.

Kruger, como se sabe, era un elemento probado en muchas campañas y, después de Napo, el mejor de los que integraban el grupo de Enrique Falkenburg. El otro también se desempeñaba con total eficacia, aunque, como pasaba con casi todos los del equipo de Klaus, tenía algo menos de experiencia. Por ejemplo, nunca había buceado, antes, con traje seco, ni usado wet-phone.

Pero, a esto, que en definitiva era una combinación normal, se agregó un componente fuera de libretto, aunque previsible entre gente de mar: Kruger era supersticioso. No quiere decir esto que los demás no lo fueran. Al contrario, estaban todos llenos de dientes de lobo marino, patas de conejo, anillos de la suerte, y todas esas cosas a las cuales, los que cabalgan sobre las olas o vuelan debajo de ellas, suelen confiar la custodia de sus temores. Pero, con Kruger ocurría que, además de estar bien provisto de ritos y talismanes para mantener a raya las oscuras fuerzas del océano, profesaba una aversión especial al martes 13. Es decir, no creía que existiese talismán alguno, capaz de contener la nefasta influencia de la fecha.

En circunstancias así, una salida hubiese sido: relevarlo de su tarea de ese día. Pero, en primer lugar, Enrique no se acordó del asunto, y, por otra parte, aunque lo hubiese recordado, lo mas probable es que tampoco hubiera tomado ninguna medida de excepción para con Kruger. De haberlo hecho, tendría que haber consultado con cada uno, a ver quién quería bucear en Martes 13 y quién no, o suspender el trabajo por ese día.

La situación hubiera creado un clima de deliberación e indisciplina, de adoptarse el primer criterio, y la pérdida total de un día de buen tiempo; en el segundo caso: Totalmente imposible, cuando que los días aptos eran tan escasos -y valorados como perlas negras- en esta expedición que tenía la permanente y angustiosa conciencia de que se le acababa el tiempo.

Así que, puteando por lo bajo y con un humor de todos los diablos, cruzando los dedos, tomándose de los genitales, haciendo los cuernos para abajo y todo eso, entró Kruger en el agua cuando le llegó su turno. No sin antes haber atemorizado, también, con sus cuentos de desgracia, a Barrera; que lo siguió con un nudo en la garganta, pese a ser nada cobarde. Y... no hay nada que hacer: Cuando uno va con miedo, todo sale mal.

El primero que notó que algo no andaba bien, fue Napo; que estaba, en ese momento, a cargo de la estación embarcada del intercomunicador.

No hablaba todo el tiempo con los buzos, ni, tampoco, los de abajo conversaban mucho con el barco; pero lo hacían bastante entre sí. Y, el segundo de a bordo, que, en ese momento, consultando el reloj, notó que ya se estaban pasando un poco de los 10', tuvo, de pronto, la impresión de que hacía rato que no escuchaba el parloteo de los muchachos.

Fue en eso, cuando le llegó la voz de Kruger y se quedó prestando atención.

-Che, Paco... Estás bajando demasiado por esa zanja...

-No... —se ve que el otro miró el indicador de profundidad— ¡A la puta!...

¡Profundidad 77 m.!... —exclamó, sorprendido—. Pero... pará, un cachito mas... —añadió—. Miro un poco mas, detrás de esa piedra grande.

-¡Volvé, boludo!... ¿No ves que te estás poniendo en pedo?... —se le oyó decir a Kruger.

-¡Ya voy! —a Napo Cabezas, el tono le llegó como el de un tipo al que le costara mover la lengua.

-¡A ver, Vds. dos!... —Napo intervino—. Ya están rebasados de tiempo. ¡Regresen inmediatamente!... Y hagan dos paradas: una a -9 m., de 32' y otra a -3 m., de 3'.

-¡Carajo... Me enganché en una hendidura!... —el tono de angustia de Paco Barrera, indicaba que el percance le había hecho pasar la borrachera de las profundidades, o, al menos, comprimírsela.

-¡Ya voy!... Pero, que pelotudo... ¡Ya sabía yo!... —el tono de Kruger llegó, por el intercomunicador, lo suficientemente preocupado como para poner a todos en alerta.

-¡Turno N° 3!... —la orden de Enrique restalló como un latigazo—. ¡Listos para inmersión de rescate!... —los dos hombres se pararon y quedaron tensos como cuerdas de piano, esperando órdenes—. ¡Mi equipo completo!... —otro hombre de Enrique ya estaba en camino con el traje seco y los tubos de éste.

-¡Tranquilo, no tirees!... —la voz de Kruger seguía llegando por el intercomunicador—. Tranquilo, que vas a romper el traje.

-Conserven la calma... Ya va ayuda para allá. —Napo lograba dar un tono reposado a su voz.

-¡Traigan una barreta! Metió la pata en una grieta y no puedo sacarlo. —se oía el jadeo de Kruger; ya pasaban los 16' de inmersión. —¡Paco!... ¡ei...Barrera!... Ché, este se acaba de desmayar.

Napo Cabezas pensó que iban a tener que subirlo sin paradas de descompresión, y rogó porque fuese realmente un desmayo, y no un paro cardíaco por el miedo.

-¡Alisten cámara hiperbárica!... —gritó.

-¡Turno N° 3 conmigo!... ¡Las barretas!... —la voz de Enrique carecía ahora de toda inflexión. —¡Klaus!...

--¿Sí?... —Klaus Werder estaba listo, esperando órdenes en una calma total y sin decir palabra. Sabía que, en esos momentos, el que es superado por otro, en algún tipo de entrenamiento, no debe moverse ni opinar, solo obedecerlo.

-Quédese arriba con el turno 4, por las dudas. Si lo llego a necesitar, lo llamo ¿eh?...

-Entendido.

-¡Vamos!... —ordenó a los buzos, y saltaron hacia atrás.

Con las barretas, el desatasque de Barrera fue fácil. El accidente era uno de esos que se dan cada mil años... o toda vez que uno se descuida, violando las normas de seguridad: Al respecto, no puede dejar de venirnos a la mente, que toda esta historia también

empezó con algo por el estilo, en 1945, y que, en su momento, lo caracterizamos, incluso, con palabras parecidas. La moraleja: No descuidarse jamás.

Paco Barrera, al transponer la roca que le impedía ver “mas allá” en la zanja descendente, había visto, en la penumbra azul, un amontonamiento de rocas grandes quebradas, y algas extrañas -algas, éstas, que en realidad no debían encontrarse a tal profundidad-. Con el control de sus actos algo perdido ya, por la narcosis de nitrógeno, y sin hacerle caso a Kruger, descendió de cabeza por el lado opuesto de la piedra, largando todo el aire y pateando muy fuerte; con lo que lo hizo demasiado rápido. Al notarlo, invirtió, en el trayecto, su posición de descenso, poniendo los pies hacia abajo; lo que hizo que aterrizase parado sobre el fondo y con cierta fuerza...-posiblemente tuviese, incluso, demasiado lastre-, ...con tanta mala suerte, además, que el pie, dentro del traje seco, se le introdujo hasta la rodilla en una grieta.

El “encaje” quedó hecho de tal modo, que, al tironear, se fue atascando mas aún; como en una trampa de monos.. Un accidente imposible, en verdad. De esos que ningún buzo sensato podría creer si se lo contaran; pero, ahí quedó Paco, sin poder ser sacado por Kruger y al límite de su tiempo de seguridad a tal profundidad. Por suerte, aún contaba con buena provisión de aire.

El “turno 3”, con Enrique, pudo desatascarlo enseguida y, prontamente, lo cargaron hacia arriba. El hombre parecía muerto. No podían saber si estaba sencillamente desmayado o el percance era de índole mas grave. Pero, al menos, por las burbujas, se notaba que respiraba.

Antes de partir hacia arriba con el accidentado. Enrique -que tenía el último wet-phone- le ordenó a Kruger:

-Vos te quedás piola, y subís haciendo las paradas correspondientes. Consultá la miniconsola. Arriba no te necesitamos.

Por suerte, al rato, se vio que la cosa no había pasado del susto. Barrera recuperó el sentido cuando le estaban sacando el casco, y se comprobó que no presentaba problemas cardíacos ni respiratorios. Pablo Visser, el médico de a bordo -un “boer” de Alto Río Sengerr, Chubut-, lo examinó rápidamente y encabezó la comitiva que lo llevó a la cámara hiperbárica. Allí fue sometido a 8 ½ atmósferas -la presión de donde estaba abajo- y dejado, bajo vigilancia, durante casi una hora. Para completar, así, una descompresión lenta y segura.

Eso evitaría que el nitrógeno comprimido se convirtiese en espuma dentro de él, al expandirse de golpe; provocándole dolores horribles en las articulaciones, con las posteriores torsiones (“bends”, en inglés) y la temida invalidez, como ocurría con los viejos buzos de manguera, o, incluso, la muerte por embolia.

Kruger se tuvo que comer una larga descompresión, siguiendo las indicaciones de su computadora. Así que, cuando salió, Paco Barrera hacía rato que estaba en la cámara hiperbárica.

Trepó auxiliado por Napo y por Enrique, que también lo ayudaron a sacarse el equipo. Ya, en osito, lo primero que dijo fue:

-Yo sabía... ¡Martes 13!... —sin la menor señal de aviso, Enrique lo acostó de un puñetazo.

La lavada de cabeza que éste les dio a los dos buzos fue, realmente, de las que hacen época.

-Son un par de imbéciles... y vos, Kruger, sos el mas imbécil de los dos. Diez años de buzo y todavía me venís con lo del Martes 13.

-Pero...

-Pero, ¡una mierda!... —Enrique estaba furioso. Es decir: El alivio que le producía el que, en realidad, no hubiese pasado nada, le permitía dar rienda suelta a todos sus nervios contenidos. De algún modo tenía que desahogarse y, como Kruger se daba cuenta, no decía nada y ponía cara de compungido. Se hubiera dejado matar por Enrique... como casi todos ellos.

“Pega fuerte este turro” pensó, objetivo, mientras se masajeaba la mandíbula “Nada personal... Pero, un día de estos le voy a dar una paliza” se dijo, en el fondo, medio divertido.

-Pero, una mierda... —repitió Enrique. —En primer lugar, se los manda en parejas de un veterano con otro de menos experiencia, para que el veterano conduzca... Y vos, lo dejás ir donde él quiere, y me hablás del Martes 13.

-Vos querés que ande todo el tiempo tras él, como una niñera.

-Sí, eso es lo que quiero.

-Es un buzo.

-¡Es un boludo!... Solo un boludo. —Enrique golpeó la mesa.

-Yo tengo la culpa. —balbuceó Barrera.

-¡Esto no es un confesionario!... ¡Callate la boca y escuchá!... ¿Estaban buceando mas abajo de los -60 m., los dos?... ¿sí o no?...

-Sí.

-Tienen terminantemente prohibido pasar de la cota de los -60 m.; ¿por qué carajo lo hacen?... Vos, Kruger... ¿Por qué?...

-Porque todos lo hacemos, todos los días, Enrique.

-Bien... —era cierto, pensó. Incluso él lo hacía: Recordó su aventura con Klaus del pasado Martes 6— ...Desde este mismo instante se acabaron los vagabundeos al pedo. Desde los -60 m., se ve, perfecto, un submarino apoyado a los -80 m.. No hay necesidad de ir a tocar las piedras del fondo. Cuando uno lo hace es porque está medio borracho; pero, para no estarlo, hay que mantenerse en una profundidad segura. No va a estar el submarino enterrado...: Aquí no hay fango. —luego agregó—: Además... ¡Prohibido separarse!... Es la regla de oro. Si alguno se dedica, otra vez, a hacerse el vivo por su cuenta, se va a pelar papas a la goleta. ¿Entendido?...

Una media hora después, despidió a los dos hombres y se fue al comedor; donde Klaus lo esperaba con las chicas. Éste, circunspecto, le tendió un vaso.

-Schlibovitza. La del tío de Kruger. —dijo, simplemente. Enrique lo apuró de un trago. Luego se volvió hacia Ren y le habló, aunque medio distraído:

-¡Martes trece!... Fijate un poco... —y le tendió, de nuevo, el vaso a Klaus, que se lo volvió a llenar. —El éxito o el fracaso... la suerte o la mala suerte, están dentro de nosotros. —masculló; esta vez sin dirigirse a nadie en particular. Y levantó el vaso, llevándoselo de nuevo a los labios.

-Sí... —dijo Renata—... Dentro de nosotros y afuera. En todas las cosas.

A la tarde, el trabajo recuperó su ritmo normal. El sector 9 arrojaba el mismo resultado que todos los anteriores, es decir, ninguno, y los buzos subían y bajaban; otra vez en su rutina.

Renata y Erika, en la proa de El Orejano, se aferraban a la borda, mientras, frente a ellas, hacia el norte, los rayos del sol sureño hacían resplandecer la húmeda cornamenta de Punta Rinoceronte; a una milla de distancia.

Algunos cormoranes pescaban, despreocupados, a un cable hacia el oeste. Una pareja de buzos emergió en ese momento.

-Nada... Siempre nada. —Erika se mordió el labio inferior.

-Ya lo van a encontrar. Vas a ver que sí.

-Quisiera tener tu seguridad.

-Te la presto. —le dijo Renata, y le puso la mano en el hombro.

-¡Ay, Ren!... Si no lo llegan a encontrar, les voy a devolver la plata.

-No fue así el trato que hizo tu papá... Pero si eso te va a dejar tranquila...

-Sí, no podría quedarme con ella. Te lo aseguro. Es mas, vine para no desentenderme de las cosas, para...

-Para sufrir con ellos. —Renata le acarició el rostro.

-Algo así.

-Bueno... De todos modos, la estás pasando bien. ¿No?... —le hizo un guiño.

-¡Oh!... ¡Sí!... sí. —se rió Erika—. Pero, todo se empaña con esta incertidumbre. De todos modos —añadió enseguida—, creo que la podríamos estar pasando aún mejor. ¿No? —Ren la pensó un poco, antes de contestar:

-Podríamos.

El mismo Martes 13, atracaba en el muelle fiscal de Ushuaia, el buque de investigación pesquera soviético “Akadémik Knipóvitch”; un barco dotado de un instrumental técnico altamente sofisticado. La unidad rusa permaneció hasta el día siguiente en el puerto.

Al mismo tiempo, el Pentágono denunciaba, el propio Martes -la prensa lo publicó el Miércoles- la presencia de barcos rusos en el Atlántico Sur, merodeando por los alrededores de la zona crítica. Ante la requisitoria periodística, los americanos rehusaron dar la posición de los propios.

Mientras el día Miércoles 14, el “Akadémik Knipóvitch” se hacía a la mar nuevamente desde Ushuaia, la agencia oficial T.E.L.A.M. hacía extensas declaraciones acerca del poder de espía del barco soviético, y de la alta tecnología de sus sistemas de inteligencia.

Esto abonó, de nuevo, entre la gente, la idea de que la Argentina iba a tener a los rusos de su lado.

Incluso, Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy, sostuvieron, posteriormente, en “Malvinas. La Trama Secreta” (p.174), que el Jueves 15, a las 7:00 p.m., en comunicación telefónica con Reagan, el general Galtieri le señaló la posibilidad de ingerencia de terceras potencias en el conflicto; en clara referencia a la Unión Soviética.

Entretanto, a las 10:30 p.m., el general Haig arribaba nuevamente a Ezeiza

El 14, 15, y 16, el trabajo en Bahía Vancouver continuó sin detalles dignos de mención; terminándose, a las 5:00 p.m., de este último día, con el sector 12. Nadie, en El Orejano o en La Zarzamora, llegó a imaginar, siquiera, el drama que, paralelamente, se desarrollaba en tierra:

Cumpliendo órdenes del coronel Makárov, el mayor Pável Kikvádze destacó un grupo de seis hombres, al mando del teniente Plisiétkîy, a fin de establecer un puesto de observación avanzado, del otro lado de la bahía. Es decir, en un lugar mas cercano al área de búsqueda.

El silencio de radio absoluto, que se habían impuesto los americanos, había, asimismo, demostrado ser efectivo; pues, hasta el momento, las fuerzas soviéticas -aunque sospechasen-, no tenían ningún indicio concreto de la presencia de la C.I.A. en tierra. No así los yanquis, que, aunque seguían sin poder descifrar el código ruso, continuaban captando regularmente sus transmisiones.

Esto les había permitido, al menos, enterarse de su instalación en las faldas del mas pequeño de Los Tres Gorosito. Localizando por radiogoniómetro la posición de la nueva emisora, ni bien empezó a emplearse.

Demás está decir, que todas estas transmisiones no fueron nunca captadas en el pequeño destacamento meteorológico de Puerto Parry. Esto obedeció, sin duda, a la frecuencia especialísima en la que eran emitidas. Además, es posible también que en el refugio de la Armada Argentina no hubiese una permanente guardia radial, dada la índole específica de su cometido.

Así las cosas, cuando los rusos emprendieron la marcha hacia el área de Bahía Rodríguez -que tal era su destino-, lo hicieron sin saber, en lo absoluto, que cruzarían por el sector controlado por la C.I.A.. Es preciso hacer notar, sin embargo, que los americanos tampoco supieron nada de esta avanzada, hasta que la tuvieron encima, ya que no conocían la clave del K.G.B., lo que les hubiera permitido descifrar las órdenes de Makárov.

La marcha, dando toda la vuelta a Bahía Vancouver, era un fatigoso trayecto de unos ocho kilómetros; casi todo a llevarse a cabo por faldeos boscosos y húmedos, con el característico piso de ramaje y hojarasca muerta.

Los seis hombres partieron al amanecer, calculando que, con un lento desplazamiento de no mas de dos kilómetros por hora, estarían a eso del mediodía en destino; cumpliéndose sus previsiones al pie de la letra hasta las 11:15 a.m.. Allí, los planes se vieron súbitamente alterados.

La columna, que iba encabezada por el teniente Plisiétzkîy, cruzaba en ese momento, despreocupadamente, por una línea imaginaria que unía el campamento americano con la Orejitas del Rinoceronte.

Desprevenidos, como estaban, con respecto a la presencia yanqui en ese preciso lugar, su única preocupación había consistido en evitar ser vistos por la gente de la goleta, cuando contornearon el fondeadero; y ahora, superado éste, la tensión se había relajado, y el teniente hasta se permitió admirar los árboles y respirar el profundo olor a humedad yodada.

“Tiene que haber hongos” se dijo “Lástima, no tener tiempo de juntar algunos”. Y recordó los bosques de Karelia, donde había crecido. Luego, quizá, tuviese tiempo de recoger unos cuantos, pensó. Le gustaban crudos, con un poco de sal, nada más.

De pronto, vio al hombre... En el preciso instante en el que el otro alzaba la vista. Y se quedó paralizado por una fracción de segundo.

Lo que lo hizo demorar en su reacción, fue que creyó que se trataba de uno de los miembros de la expedición. No tenían planes al respecto: Eliminar a un miembro del grupo de buceo podía acarrear la suspensión de las actividades y el fracaso de toda la misión. Solo cabía evitarlos, no dejarse ver... Todavía estaba así, cuando la muda ráfaga de la “Ingram” con silenciador le entró en el pecho.

El turno de las 11 a.m. a las 2 p.m., en el puesto de observación de la cresta, estaba cubierto, desde hacía 15', por Little John (Bob Larkin), el tejano Graham., y Perry

Fernández. El equipo saliente, en pleno, había decidido estirar un poco las piernas antes de retornar a la cercana base. Así que, echaron a caminar por el bosque hacia Las Orejitas del Rinoceronte, distantes unos 700 m. hacia el este de donde se hallaban.

El grupo de tres hombres estaba compuesto por Andersen, Pat Pilsudski, y Higgins. Hacía un cuarto de hora que marchaban, con Pilsudski algo adelantado, cuando se produjo el encuentro.

El muchacho polaco del Bronx llevaba la pistola ametralladora colgando del hombro. Todos tenían la directiva expresa, de Andy Mc Callum, de llevar sus armas siempre, y, además, siempre con el silenciador puesto.

Pat vio la columna avanzando por el bosque al mismo tiempo que el teniente Plisiétkîy lo vio a él, pero corrió con ciertas ventajas: En principio, la sorpresa no fue tanta como la del ruso, porque sabía que había gente del K.G.B. en la isla; aunque no que estaban tan cerca. Además, acostumbrado a vigilar con prismáticos potentísimos a la gente de la expedición, desde varios días antes que los rusos, ya los conocía a todos de vista y supo que no eran ellos.

También está el hecho de que, mientras el Tte. Plisiétkîy lo vio a él solo, él vio a toda la columna: Una columna armada con vestimenta uniforme. Y, por otra parte, un hecho indefinible, pero, igualmente importante: Pat Pilsudski “percibió” a los rusos... “supo” que eran rusos; aún una fracción de segundo antes de que su mente procesase todos los demás datos.

Así, una carga de varios siglos tiró de la cola del disparador, mientras sus dientes se apretaban hasta casi romperse, y sus ojos, habitualmente azules, se inyectaban en sangre.

Andersen y Higgins, que iban a unos seis metros detrás de Pilsudski, vieron el movimiento de éste y oyeron el siseo de la “Ingram”. Eran hombres largamente entrenados. No corrieron en dirección a Pat, que ya se había echado al suelo, sino que apuntaron sus armas en la misma dirección en la que lo hacía el “polaco”, y, a su vez, abrieron fuego ni bien tuvieron a la patrulla rusa en sus miras.

Pilsudski recibió enseguida, -aún estando en el aire-, un impacto que le atravesó el hombro. Perdió la sensibilidad del brazo izquierdo, que quedó inerte a lo largo de su cuerpo, mientras él disparaba con la derecha y rodaba por la pendiente.

-¡Aquí!... —gritó Higgins. Aunque, no demasiado fuerte. Calculó que desde El Orejano no podían oírlo y que la goleta, fondeada tras 1.500 m. de bosque cerrado, también estaba fuera del alcance de la voz, si no la elevaba mucho—. ¡Aquí... Murphy, Larkin...!

Fue Perry Fernández el que los oyó. Un buen oído, ya que el encuentro se había producido a unos 180 m. del puesto de la cresta y los disparos, de ambas partes, no hacían mas que unos leves zumbidos, inaudibles a tal distancia. Los rusos también llevaban silenciadores en sus armas.

-¡Ei!... Creo que allá abajo están en apuros. ¡Vamos!... —les dijo en voz alta a los otros dos y saltó, como un muelle, ladera abajo; seguido de cerca por Murphy y Larkin.

Cuando llegaron corriendo, las posiciones estaban parejas, pues los rusos se habían repuesto ya de la sorpresa. Aunque tenían dos bajas hechas durante los primeros instantes: La del Tte. Plisiétkîy y la de un soldado llamado Kaménev, que había recibido un certero disparo de Andersen en el medio de la frente. Éste, habitualmente frío y taciturno, en medio del combate era mas frío aún. Se había dispuesto a no desperdiciar un solo cartucho y hacía fuego tiro a tiro; ya que él era capaz de apuntar bien hasta con una “Ingram M 11”.

La llegada de refuerzos cambió radicalmente las cosas. Los rusos se sintieron desbordados.

Tomados con fuego cruzado, comenzaron a retirarse, abandonando los dos cuerpos sin vida y cubriendo la retirada con ráfagas cortas.

Uno de los cuatro sobrevivientes iba herido en la cara, y era ese mismo, el más rezagado, el que cubría más específicamente el regreso de los otros tres. Evidentemente tenía mucho parque consigo, porque no escatimaba disparos.

De pronto, Fernández, que se expuso demasiado al saltar de un árbol a otro, se sintió herido en ambas piernas. Había intentado flanquear al rezagado para ir tras los otros.

-¡Me dieron!... me dieron. —gritó ahogadamente, mientras se tenía los muslos con las dos manos.

-¡Maldito ruso de mierda!... —gruñó Pilsudski. —Nos tienen aferrados, si se pudieran usar granadas... Pero, yo lo voy a arreglar.

-¡Chit!... ¡Quieto! ¿Es que quieres hacerte matar, “polski”?... —Andersen habló con el costado de la boca, mientras apretaba el otro lado de la cara, contra el árbol caído tras el cual se guarecían. —Escucha, haz lo que te digo: Toma esta rama podrida. —y le empujó una con el pie. —Cuando yo te diga, arrójala hacia allá. —señaló hacia un lugar a la derecha del ruso. Pat asintió, tomó la rama y esperó.

-¡Ahora!... —susurró Andersen, unos instantes después. Pat Pilsudski lanzó el trozo de madera, sin que su brazo se viese tras el tronco que los cubría. Éste fue a caer en un lugar hacia la derecha del ruso, y un poco atrás. El hombre, sorprendido por lo que creyó un ataque proveniente de otro lado, expuso su cabeza por una fracción de segundo. El arma de Andersen hizo un “plop” apagado, y la cabeza del otro saltó hacia atrás como una pelota.

La persecución que intentaron continuar Pilsudski y Andersen, de los tres elementos sobrevivientes del K.G.B., fue inútil. El último hombre les había proporcionado suficiente tiempo como para ponerse a salvo.

Cuando volvieron, ya estaba Mc Callum en el lugar. Crosby —que, además, era el médico—, atendía a Fernández, que se hallaba pálido en el suelo.

-No es nada —dijo, finalmente—. Nada grave, al menos; pero, se acabó el juego para ti, muchacho. Debe ser evacuado. —agregó, volviéndose hacia Andy. —éste asintió en silencio. Luego dijo:

-¿Se escaparon, verdad?... —la pregunta iba dirigida a Andersen y era inútil; sabía que se habían escapado. De pronto vio el brazo de Pilsudski, lleno de sangre.

-Ei... estás herido... a ver.

-Sí, no creo que sea grave. —contestó el polaco, pero lo cierto era que le había empezado a doler como el mismo demonio.

-Bien, Crosby. Luego de que termine con Fernández, vea el hombro de Pat. Van a ser dos los evacuados. —Pilsudski trató de protestar, pero Mc Callum le impuso silencio llevándose un dedo a los labios.

-¿Y, esos tres?... —le preguntó, un instante después, a Higgins, que revisaba los bolsillos y el armamento de los cadáveres.

-K.G.B. —fue la lacónica respuesta del bostoniano. Andy suspiró aliviado. Por un momento, descartando que fuesen de la expedición, pensó que podían ser soldados argentinos. Menudo lío hubiera sido.

-Bueno. ¡A la mierda con el “silencio de radio”!... —dijo, frotándose la pera con la mano; como hacía cada vez que estaba realmente concentrado. Ya no tenía que preocuparse de que los rusos lo localizaran por sus transmisiones. En cuanto a los argentinos, éstos, estaba seguro, no tenían todavía los elementos técnicos necesarios para rastrearlo, dado el tipo de equipo que emplearía: El mismo, consistía en un registrador de comunicaciones cifradas, más o menos extensas, que al ser lanzadas al

aire, se comprimían en una emisión cortísima, imposible de “tomar” por medios normales.

-Que “Little John” reemplace a Fernández con las radios —ordenó—. Está igualmente bien entrenado. Y que ya mismo hablen al submarino pidiendo que esta noche vengan por Pat y Perry. Se acabó el paseo para ellos. De nada vale ahora el silencio —insistió, dirigiéndose siempre a Higgins—. Ahora saben que estamos aquí.

-O.K., Sir... —Higgins se dio vuelta para transmitir las órdenes, pero, McCallum lo detuvo.

-Ah, Higgins. Doble la guardia, y...

-¿Sí?...

-... Que entierren a los rusos.

-¿Dónde será mejor, señor?...

Andy Mc Callum miró un rato en torno; finalmente señaló hacia el norte.

-Por allá. —dijo— Por allá estará bien. Luego cubran las tumbas, otra vez, con la capa de ramas.

Así fue como el teniente Plisiétkîy quedó para siempre en ese bosque, donde crecían los hongos que le gustaban tanto. Parecidos, tal vez, a los de las frías selvas de Karelia. Pero, no iba a estar solo allí... El soldado Kaménev y el sargento Bakáiev le harían compañía por toda la eternidad.

El Sábado 17 de Abril, a la tarde, Yúry Tupólev estaba en Minsk. En la cancha del “Dýnamo”.

“Sí, los muchachos del Dýnamo de Minsk se ven un poco fuera de forma” se dijo, mientras sorbía despaciosamente su chopp de “Jlébnîy Kvás”; esa cerveza liviana, hecha de pan cuajado, que siempre tomaba cuando venía a esta cancha: Un resabio infantil, posiblemente. Una bebida para chicos... pero, le encantaba el Jlébnîy Kvás.

Su compañero de platea, el camarada Mírski, también pensaba que el Dýnamo estaba bastante bajo.

-De nada vale que durante todo el invierno jueguen al hockey sobre hielo. —había sentenciado éste—. No, camarada, es inútil: La pastilla no es la pelota y la cancha de hockey no es la de fútbol.

Él había convenido en que tenía razón; mas, había agregado:

-Pero... atención, que este partido está totalmente fuera de programa. Téngalo en cuenta; es solo un ensayo de pre-temporada... Espere Vd. que estos muchachos jueguen dos o tres mas... Espere Vd. un mes, y verá.

Minsk era una ciudad que estaba muy en su corazón, y el Dýnamo era parte de ella. Había transcurrido algo de su juventud aquí, y en sus bosques sobre onduladas colinas. Siempre disfrutaba de cada escapada a Minsk -aunque no fuese una zona de calor, precisamente- y trataba de hacerlas lo mas frecuentes posibles.

Ahora, que el primer tiempo había terminado, se había sacado de encima al camarada Mírski, jefe del K.G.B. de Bielorrusia, diciendo que iba a orinar. En realidad, fue a orinar, pero, mas que nada, quería estar un poco solo.

Abandonó el sector de plateas y se dirigió, por el caminito lateral, hacia arriba; mientras, con una seña, le indicaba a Vasíly que lo dejase en paz. Vasíly estaba sentado en la fila detrás de la de él y se disponía a seguirlo, cuando el gesto de Tupólev lo volvió a su asiento.

La cancha del Dýnamo de Minsk está construida contra una colina, de modo tal que un sector de tribunas se recuesta en ella y tiene su entrada a nivel de las graderías mas elevadas. Ese acceso, da a un parque que se extiende por la cima de la colina, y al que se

entra transponiendo unos portones pintadas de verde. Estas, obviamente, son también las “puertas de arriba” del estadio. El acceso bajo está en la otra punta: En el sector de tribunas que da a la calle; hacia la base de la colina.

Yúry Tupólev, con los brazos cruzados a la espalda, llegó, casi, ante los portones verdes. Allí estaba el carrito que vendía Jlébnîy Kvás; junto al de la cerveza. Se le hizo agua a la boca... pero, decidió ir al baño, primero.

-Diez kopéki. —dijo el vendedor, mientras le alcanzaba el espumante jarrito de vidrio. El aparato era una choppera que arriba tenía un lavadero de vasos. Cuando el parroquiano terminaba y devolvía el vacío, el hombre lo ponía en el receptáculo y el chopp se enjuagaba solo.

El líquido, fresco y ligeramente amargo, lo llenó de placer.

“Ya los yanquis comenzaron a querer irse de la Argentina” pensó. Esa mañana le habían dicho que el personal de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires había solicitado visas para el Uruguay.

“Bah” no era eso lo que le preocupaba “Los diplomáticos de todo el mundo son una manga de afeminados” se dijo. Apuró otro trago de Jlébnîy Kvás y pensó en qué diría el camarada Mirski, si se enteraba que él había ido a beber solo, sin convidarlo “Bueno, que reviente” concluyó. Ese era, después de todo, uno de los privilegios que tenía: No tener que preocuparse mucho por lo que pensasen sus subalternos.

Otra cosa lo había tenido mal las últimas veinticuatro horas: Según creían sus agentes, el propio Shevchénko había hecho llegar, por intermedio de sus “canales habituales”, un ofrecimiento a Galtieri, en el sentido de hundir naves británicas con submarinos soviéticos; haciéndole creer a todo el mundo que se trataba de una acción argentina: Un buen golpe, sin duda, como le gustaba decir al gordo Krílov, que él, Tupólev, hubiese aplaudido de buena gana... de no estar detrás del U538.

El peligro no se había concretado, de momento, porque parece que allá no les había gustado del todo el asunto. Por lo menos, todavía.

Pero no era cosa de quedarse completamente tranquilo.

-Sí, al menos, ese alemán delincuente se decidiese, de una buena vez, a encontrar al submarino. —murmuró para sí. Y se rió, pensando que le gustaría estar en la expedición: Sería divertido, sin duda... aunque a él no le gustase el frío.

“Maldita sea... ¿Es que habrá submarino, o, finalmente, será todo un cuento como el del lago Töpliz?...” se preguntó, de pronto. Pero rechazó la idea con un sacudimiento de cabeza.

“Mierda” prosiguió, diciéndose a sí mismo, impaciente “Ya va siendo tiempo de que lo haga. Porque me parece que a esto no lo controla mas nadie. Aquí esta perdiendo importancia lo que pueda hacer Shevchenko o no” Y pensó que el factor humano era lo que, en definitiva, siempre terminaba decidiendo las cosas: El caso se parecía cada vez mas a una puja entre la chiflada esa de Londres y la Junta de Buenos Aires; que tampoco estaba dispuesta a ceder.

El partido terminó con un mustio 1 a 1 entre el Dýnamo de Misk y el Sparták de Moscú.

No estaba prestando atención a la charla del camarada Mirski, cuando se dirigían al coche estacionado del lado del parque. Ya, antes de llegar, notó que los dos agentes del K.G.B. que estaban esperando, el chofer y el acompañante, tenían algo que decirle.

-La central de Moscú le pide que se ponga en comunicación con ellos enseguida, camarada Tupólev.

Habló desde el coche y lo atendió Tatiána; que en pocas palabras lo puso al tanto del enfrentamiento que había tenido lugar a las 5:15 p.m., hora de Moscú, del día de ayer, (11:15 a.m., hora argentina).

Los tres sobrevivientes habían retornado a su base, recién a las seis de la tarde, o sea, a la medianoche de Moscú, porque tuvieron que cargar con uno de ellos, herido en la espalda, con un pulmón atravesado por un balazo.

Ocupado por lo urgente del rescate del soldado, que tuvo que hacerse vía Puerto Cook, ya que, esa noche, en Bahía Vancouver, emergió el submarino americano para hacerse cargo de sus propios heridos, el Cnel. Makárov solo habló con Moscú a las 8 de la mañana, hora argentina, o sea, a las 2:00 p.m. hora local. Y ella, Tatiána Alexéievna, había decidido que lo dejaran ver el partido del Dýnamo hasta el final.

Tupólev pensó si debía gritarle, hacerla arrestar... o qué.

Está bien. Tatiána Alexéievna, hizo muy bien, gracias. —Le dijo, en cambio y cortó.

-Bien, tenemos todas las cartas sobre la mesa. —añadió, en voz alta, pero hablando consigo mismo.

-¿Decía Vd., camarada?... —la voz solícita de Mirski lo trajo de nuevo al presente.

-¡Oh, perdone Vd.!... Nada, nada de importancia. —respondió, y le hizo un guiño al camarada Mirski. —Solo hablaba conmigo mismo. Cada vez lo hago con mayor frecuencia—. Aclaró, y se llevó el índice a la sien, haciendo el gesto del loco.

Mientras el coche lo llevaba al aeropuerto de Minsk, pensó:

“Los muy hijos de puta estuvieron todo el tiempo allí, en silencio” y, dándose vuelta le dijo a Vasíly:

-Cuando saquen la caja del submarino, si es que la sacan algún día, el choque va a ser muy duro... muy duro.

-Sí, eso creo. Sí. —contestó Vasíly. Pero no sabía, en realidad, por qué lo decía su jefe, ya que, no había oído la charla telefónica con Moscú y Yúry Mijáilovich no le había contado nada. Vasíly pensó que se refería al choque que iban a tener con los miembros de la expedición... y, en eso, él también tuvo razón.

En Bahía Vancouver, a todo esto, los hombres trabajaban, cada vez mas, como autómatas. Desde el 14 al 16, se buceó, sin novedad, en los sectores 10, 11 y 12. El Sábado 17 hubo otro percance en el sector 13, a causa, también, de la narcosis de nitrógeno -era un sector de gran profundidad-, quedando, de este modo, definitivamente anatematizado el número 13, como de yeta verdadera. Pese a la reticencia de Enrique, que, de todos modos, ya no parecía tan convencido de que no fuera así.

De cualquier manera, tampoco pasó nada verdaderamente importante, siendo, al fin de cuentas, lo mas grave, la reprimenda de rigor, que Enrique le aplicó a la pareja de turno; esta vez compuesta por Rufrancos y Baron, este último un hombre de Klaus -el del percance en cuestión- que también se separó de su mentor y descendió mas de la cuenta; emborrachándose y excediéndose mucho de tiempo.

Cuando estaba efectuando la larga descompresión, obligada por esta circunstancia, advirtió una fisura en una de las mangueras. Esto no le permitió completar el período. Debiendo hacerlo en la cámara hiperbárica.

El Domingo 18 y el lunes 19, se terminó con los sectores 14 y 15; también con aguas de entre -70 y -95 mts..

Todas las noches, desde el 14, se hicieron sentir los vientos del tercer cuadrante. Y, aunque éstos no se resolvieron en tormenta, dificultaron el descenso de los expedicionarios, de tal modo, que se hizo imprescindible decretar un “descanso general” para el día 20; pues, el agotamiento era visible en todos, a un grado alarmante.

De paso, Enrique, que deseaba reabastecer a las naves de agua potable, decidió bajar a tierra, cerca de mediodía y después de dormir bien, para tirar una manguera hasta la desembocadura del chorrillo que desaguaba en el límite occidental del fondeadero. El agua era muy buena allí, y serviría para beber, cocinar y bañarse; sin ningún problema.

Legó en un semirrígido con motor fuera de borda, acompañado por Erika y Renata. Klaus había rehusado ir con ellos porque tenía un tremendo dolor de cabeza.

-¡Los años no vienen solos!... —lo había pinchado Enrique.

-En efecto. —se había limitado a responder el alemán.

No les costó trabajo poner la manguera en un buen lugar y asegurarla debidamente. Una vez hecho esto, hizo señas agitando el brazo, para que, en la goleta, que era la que iba a recargar primero, pusiesen en marcha el motor de la bomba.

De ahí en mas, tenían todo el tiempo libre y habían decidido aprovecharlo paseando un poco por la isla. Aunque no habían trazado itinerario, dejando al acaso la elección del trayecto a seguir.

Tenían buen abrigo, y mochilas cargadas solamente con comida, porque no pensaban alejarse demasiado. Iniciaron el recorrido en dirección oeste derecho, por el valle que se abría entre los montes Ávila y Tres Puntas; avanzando unos 1.400 m. en esa dirección; hasta tener justo al sur la cumbre del Tres Puntas.

Ante su vista, se desplegaban hacia el poniente, y también a unos 1.500 m., las dos cimas nevadas del Monte Casco y el Monte Chato.

Un débil sol lucía entre las nubes, que cruzaban, bajas, en dirección E.N.E..

Una bandada de avutardas atravesó el campo visual a unos 20°. Iba en dirección sur volando contra el viento. Y, muy arriba, un ave de presa describía majestuosos círculos en el frío cielo. Enrique pensó que era un Halcón Peregrino.

-No. —replicó Rebata—. No lo creo. Por el tipo de vuelo, tal vez sea un “Matamico Grande” —dijo, esperanzada—. Lamento no haber traído los prismáticos.

-¿Qué es un Matamico Grande?... —preguntó Enrique.

-Una especie de halcón, pero muy raro. Por lo general , solo se lo puede ver disecado en los museos. Pero se dice que hay algunos aquí, en la Isla de los Estados... y en el oriente de la Isla Grande. Al menos, así está en la Guía de la Sra. de Goodall (“Tierra del Fuego Argentina”- Rae Natalie Prosser de Goodall).

En fin, nunca sabré si lo era o no. —agregó, finalmente, y se volvió hacia Enrique, que repitió en voz baja:

-Matamico Grande.

-La marcha era lenta y el sendero entre los montes, húmedo.

-Por qué no vamos un poco hacia allá. —Erika señaló al sur, en dirección al “Tres Puntas”.

-Bueno. —asintió Enrique. —El terreno sube para allá, andamos un rato en esa dirección y pegamos la vuelta hacia la costa de la bahía.

Marcharon a buen paso y en silencio, porque el piso, escabroso y ascendente, los cansaba. De tanto en tanto, tropezaban con algún hilo de agua que venía de arriba del Tres Puntas, y que, seguramente, iba a dar en el arroyuelo de donde estaban bombeando.

A la media hora, Enrique, que punteaba, torció hacia el este, rumbo a Bahía Vancouver. Ésta distaba unos 2.000 m. en línea recta; pero, marchando por la ladera boscosa, les llevó como una hora y media llegar al agua. O, mejor dicho, al alto zócalo, desde el cual se abría ante sus ojos, el familiar espectáculo de la parte amplia de Puerto Vancouver. Los tras jadeaban.

-¡Enrique!... ¡Lobos marinos!... —el grito entrecortado era de Renata, que lo agarró del brazo y señaló hacia abajo.

-¡Lobos de dos pelos!... —Erika señaló también, y se inclinó por sobre una gran piedra; tomando la mano de Enrique para sostenerse.

Allá abajo, entre las rocas que descubría la marea, justo en el límite de los árboles, ocho o diez soberbios ejemplares holgazaneaban tendidos cuan largos eran.

-No es exactamente una lobería, pero es algo. —Ren estaba entusiasmada. —No habíamos visto ninguno, hasta ahora.

Enrique se sacudió a las dos chicas de encima y descargó la mochila.

-Bien, podemos aprovechar para comer algo. —dijo—. Yo tengo hambre.

-Buena idea —aplaudió Erika.

Comieron allí mismo, con los lobos marinos a la vista. Circunstancia que fue aprovechada por las dos mujeres, para zamparle una aplicada conferencia sobre la persecución de la que habían sido objeto estos otáridos, el deber de protegerlos, etc., etc.. Enrique escuchaba atentamente y comía, mientras, de vez en cuando, contestaba con un gruñido afirmativo. Pese al tono vagamente escolar, la “clase especial” de las chicas le resultaba interesante.

A las 3:30 p.m., terminado el almuerzo, decidieron regresar. Pero, no lo hicieron siguiendo la costa, sino a través del bosque y en dirección N.W., para cortar camino, pues, el fondeadero, de este modo, no distaba mas de 850 m..

Habían caminado unos 15 minutos, cuando, de pronto, Enrique se paró en seco, y, agachándose, recogió un objeto del suelo

-¿Qué es?... —preguntó Erika, que lo seguía, tomándolo del faldón trasero del gamulán.

En un primer momento, aquél no contestó. Su rostro había mudado de fisonomía y, ahora, ante las dos mujeres, se mostró un ser distinto, al que nunca habían visto.

-Es el silenciador de una metralleta. —dijo, al cabo de un momento. —De una metralleta de fabricación soviética. —ellas no articularon palabra. —Siento no haber venido armado. En fin, de nada valen las lamentaciones ahora.

-¿Es nueva, Enrique?... —preguntó Erika, otra vez.

-Flamante. Se le ha caído a alguien y no lo notó. Tal vez se le haya aflojado y desprendido del propio cañón del arma.

-¿Qué hacemos? —preguntó Ren. Permanecía absolutamente tranquila.

-Irnos volando y alertar a todos. —respondió Enrique, y añadió: —Creo que ya podemos ir haciéndonos una idea de quién mató al capitán Flamme. —se volvió hacia Erika, dándole el silenciador. —Bien, vamos.

En veinte minutos mas, embarcaban en el semirrígido y se dirigían a todo motor hacia la goleta.

Cuando Mc Callum, desde su otero, los vio embarcar en el bote y volver a La Zarzamora, suspiró aliviado. No supo que había sido testigo de la muerte definitiva de la inocencia.

El Sábado 17, el médico de Brezhnév dijo, públicamente, en Moscú; según noticias de la prensa internacional, publicadas en Buenos Aires; que el viejo líder había tenido un derrame cerebral, ya superado.

El propio Brezhnév, incluso, daba señales de vida, ese día, haciendo pública una declaración, en la que rehusaba encontrarse con Reagan en Junio; cuando fuese a las Naciones Unidas.

Entretanto, las conversaciones de la Junta con Haig, llegaban cada vez mas cerca de la ruptura.

Michael Disney, por su parte, se ocupaba de recorrer los círculos políticos de la capital argentina, tratando de encontrar algún apoyo, en su campaña destinada a que el gobierno diese marcha atrás en las islas. Pero, en la práctica, los resultados que obtuvo fueron mas que magros.

En el Krásniy Sókol, Valérián Makárov, superado el traslado del herido, había reemplazado a éste y a los muertos, en el campamento de Los Tres Gorosito, con otros hombres nuevos. En otro orden de cosas, fumaba cada vez mas cigarrillos y descargaba sus tensiones con Nádia. Aunque, a veces, las hubiese descargado, de buena gana, sobre el mobiliario de su camarote... o sobre la cabeza de sus subalternos; a los cuales tiranizaba mas que nunca.

El Lunes 19, la flota británica está en Ascensión, y Haig parte para Londres absolutamente seguro de que el contacto allá no va a arrojar resultado alguno. Ese mismo día, el almirante Anaya visitaba Malvinas.

El Jueves 22 de Abril, tuvo lugar, en el Palacio de los Congresos, de Moscú, la reunión por el cumpleaños de Lénin; una de las fechas mas importantes del calendario comunista.

Tupólev, que hizo un discurso ante la “Nomenklatura”, pudo ver allí, que Shevchénko estaba radiante, y que los jefes soviéticos tenían como monotema la situación del Atlántico Sur; de la que esperaban surgiese un descalabro mayúsculo, dentro del frente occidental. Lo que le llamó mucho la atención, empero, fue el caso omiso absoluto que hacía Shevchénko de su asunto del U538. Parecía que, lo que era tan importante para él, no poseía ningún valor para este hombre... y que había logrado transmitirle ese sentimiento a todo el Politburó. Aparentemente, nadie hacía caso del secreto nuclear guardado en el submarino alemán.

¿No estarían todos locos?... pensó. O, tal vez, el loco era él, que hacía morir a sus hombres corriendo tras una fábula. Se sintió mal... Pero luego se acordó del gordo Krílov.

El miércoles 21, la expedición rastrelló totalmente el sector 16, viéndose, nuevamente, el jueves 22, obligada a la inactividad:

La noche del 20, se había hecho presente un viento proveniente del rumbo 45/50, muy raro en la región -como lo son allí todos los del norte al sur, pasando por el este-. Cuando esto sucede, en un 95% de los casos, es signo seguro de temporal.

Éste, en efecto, se desató a las cuatro de la mañana del 22, y retuvo a El Orejano en el fondeadero durante toda la jornada del Jueves.

Mientras así ocurría, el General Galtieri visitaba las Malvinas, y un cable de U.P.I. daba cuenta -esa misma tarde- de que los rusos acababan de anunciar la colocación del satélite “Cosmos 1352”, en una órbita que podía pasar sobre las islas. Al mismo tiempo, los “no alineados” se pronunciaban a favor de la Argentina.

El Viernes 23, se señalaba, en casi todos los diarios, que Gran Bretaña se aprestaba a atacar las Georgias.

En la Isla de los Estados, la relativa calma del Viernes permitió reanudar los trabajos, que los buzos realizaba ya como en sueños. La consigna no escrita ni expresa de todo el grupo, parecía ser el trabajar en un estado casi hipnótico; haciendo caso omiso de todo. Noticias, política, desánimo... nada tenía ya importancia. Como si un lema febril fuese lo único sensible y vivo en la gente:... seguir... seguir... seguir...

El Domingo 25 de Abril, por la madrugada, los ingleses iniciaron, en efecto, el bombardeo naval de Grytviken. La plaza capituló en dos horas. Pero, de esto, la expedición no se enteró hasta el día siguiente, por la B.B.C.. Ese mismo Domingo, desde temprano, estaban totalmente aplicados al sector 19, y hasta la vigilancia radial se había relajado, en aras de concentración en un solo fin.

El sector 19 estaba atravesado por la cota de los -50 m. y en el límite occidental del área de búsqueda. Es decir: Formaba parte de los “cuadrados”, que constituían el borde exterior del “campo” integrado por las 36 divisiones; pero, hacia el lado de “Cabo Kendall”.

A partir de ese lugar, que tenía un relieve submarino aún mas embrollado que los anteriores, el fondo comenzaba a ascender en saltos abruptos hacia la costa: Por ejemplo, si desde el borde occidental del sector 19 hasta el centro del “área”, distante unos 900 m., las profundidades promedio descendían 20 m., desde ese mismo sitio hacia el lado de la costa, las mismas ascendían un término medio de 30 m. en 250.

Esto da una idea de lo pronunciado de la pendiente; aunque, por otra parte, la “pendiente” no era tal, sino, como de costumbre, una sucesión de picachos y cordones sumergidos, con zanjas y desfiladeros entre sí, que, en su conjunto, iban subiendo hacia tierra.

La primera pareja entró en el agua a las 8:45 a.m.; calculando Enrique que, a mas tardar, a las 9:15 estarían otra vez en superficie.

El orden de trabajo -en lo que hacía a tareas submarinas- se basaba en la existencia de doce buzos, seis de Enrique y seis de Klaus, y de ellos dos mismos, que constituían un binomio auxiliar con funciones de comodín. Es decir: Seis parejas fijas y una flotante.

Entendido esto y profundizando en tópicos ya parcialmente esbozados, hay que tomar en cuenta, en primer lugar, que se había determinado un alcance visual, seguro y fuera de toda duda, de 10 m.. Lo que hace una “pasada” cada 20 m., para cubrir 10 m. a cada lado.

De este modo, cada sector, de 300 x 300 mts., era completado con 15 “pasadas”, de 300 m. de largo, cada una. Arrojando una distancia de recorrido de 4.500 m. por cuadrado (mas 600 m. por las vueltas, total 5.100 m.).

La velocidad de los buzos, moviéndose por sus propios medios, es de 2 nudos, es decir 3.704 m. por hora. La aplicación de estas cifras muestra, entonces, que un sector puede ser terminado totalmente en 1,37 hs (1 h. 22”) de “trabajo efectivo” bajo el agua; teóricos, al menos. Pero, debe considerarse también, que a esa profundidad -de mas de 30 brazas- hay que evitar la fatiga y, obligadamente, adoptar un ritmo tranquilo. Amén de todas las demoras de diverso tipo, que siempre surgen.

En definitiva, puede decirse que 2 hs. de trabajo efectivo sumergido, eran las necesarias para cubrir un sector de 300 x 300 mts.; lo que de ninguna manera significa que la expedición lo pudiera hacer en dos horas de reloj.

La razón de esto es que, de acuerdo a la “tabla” empleada, a esos niveles, oscilantes entre los -60 y -70 mts., el “trabajo efectivo” bajo el agua, de cada binomio, no podía superar los 10’; con una parada de descompresión de 3’ a -3 m.(según las viejas normas de Jacques Cousteau, que seguía Enrique). Ésta, se extendía a veces a 10’ o más, dependiendo, como ya se sabe, del exceso de profundidad o de tiempo, que ocasionalmente se producía.

Redondeando: 5’ de descenso, 10’ de trabajo, 5’ de ascenso y 10’ de descompresión promedio, hacen un total de 30’ de “tiempo de reloj” por cada 10’ de “tiempo efectivo”. Seis parejas, con este “orden de acción”, demoran tres horas para completar una de trabajo verdadero.

Obviamente, las seis parejas fijas, haciendo dos inmersiones diarias cada una, alcanzaban justo para cubrir las dos horas “efectivas” necesarias para un “cuadrado”. Completando la exploración en seis horas de trabajo total.

Así estaba organizada la búsqueda. Quedando, entre los dos turnos de cada pareja, un lapso teórico de reposo de 3 hs.: El necesario para eliminar los restos del nitrógeno. En la práctica, éste se extendía más aún, por el descanso de mediodía, que finalmente se había fijado en 1h. 30’, por esta misma razón.

A veces se recurría, también, al auxilio de las cámaras hiperbáricas, para realizar en los hombres una descompresión mas completa.

En el sector 19, estaba abajo la 5ª pareja de la mañana, a las 10:40 a.m., y el termo de Napo Cabezas iba de mano en mano lleno de cacao, cuando un grito ahogado llegó claramente a todos a través del intercomunicador:

-¡Ahí está!... ¡Mirá!... ¡ahí está!... —la voz del hombre surgió por el sistema, totalmente fuera de sí. Enrique se precipitó hacia el wet-phone y exclamó por el micrófono:

-¡¿Dónde?!...

-A la derecha, Enrique... ¡Es el submarino!...

-¿Estás seguro?...

-¡No hay duda!... —esta vez, la voz, se le quebró. Luego surgió de nuevo, sin aliento... —¡Dios santo, está entero!...

El que hablaba era “Chimango” Puig, un buzo de Enrique con bastantes años de experiencia ya. Pero no todos los días se topa uno con un submarino alemán hundido desde fines de la guerra. Su estado de ánimo era comprensible, después de todo.

-¡Boyalo!... ¡Atale un boyarín y soltalo!... —ordenó, entrecortadamente, Enrique. —después, vuelvan enseguida, que ya se les acaba el tiempo. —agregó—. ¿Me oyen?...

-Sí... sí, Enrique. Pegamos una vuelta y vamos. —contestó Chimango, prontamente.

-¡Carajo!... Si parece que va a salir navegando. —dijo el otro, que hasta ese momento no había emitido sonido alguno.

Todos habían quedado paralizados. Enrique se volvió y los miró un rato sin hablar. Luego, dijo simplemente:

-Parece que lo encontramos. —y esas cuatro palabras fueron como la señal para que todos volviesen a la vida: Una tormenta de hurras, aplausos, besos y gritos incoherentes, estalló en el puente y se extendió por el interior de El Orejano, como un reguero de pólvora encendida. Lo habían hallado, por fin.

“Una buena elección” se dijo Klaus, refiriéndose a Enrique. No podía dejar de admirar la profesionalidad y el dominio de sí mismo que mostraba éste en las cosas importantes: Como primera medida, había cortado, bruscamente, las manifestaciones de alegría; a los diez minutos de comenzadas. Todo el mundo, hasta las chicas, había pretendido ponerse los trajes disponibles y descender para ver el “pecio”; pero él, literalmente, lo había prohibido. Y, no solo eso, sino que también dispuso se continuara, durante todo el día, el recorrido normal sobre la zona; como si nada hubiese ocurrido.

-¡Qué tipo maniático!... Igual que con el distanciómetro. —le había espetado Erika, algo mas impaciente que los demás.

Enrique pasó por alto la expresión. Pero había explicado, con tono helado:

-En primer término debemos recordar, que existe la certeza de que nos están vigilando, y no quiero poner sobre aviso a quien sea que lo haga... al menos, hasta último momento. —Erika se había mordido los labios, dándose cuenta de su “gaffe”. —Para lo cual, no debemos hacer ningún movimiento anormal. En segundo lugar —concluyó—, yo lo dispongo así... es todo.

Luego, se había vuelto hacia la joven, que, turbada, miró hacia otro lado.

“Una buena elección” se repitió el alemán, mirando a Enrique de reojo, mientras, con el traje seco puesto, esperaba en cubierta junto a éste.

Yáñez y las dos mujeres, acodados en la borda, aguardaban tensos.

Una bandada de gansos cruzó graznando por encima de El Orejano.

Enrique miró a Erika y pensó que el nerviosismo de la muchacha era natural: Se jugaba, no solo el prestigio póstumo de su padre, sino, también, la justicia, o no, de su participación de U\$S 180.000.-. Aunque, en lo material, esto último no estuviese en discusión. Ella le guiñó un ojo y alzó el pulgar. Enrique sonrió dentro de su casco y le respondió, también, alzando el suyo. Luego, entró en el agua seguido por Klaus.

El mar estaba bastante en calma, y lo último que vio el alemán, al saltar de espaldas, fue la imagen de Renata, que los despedía cruzando los dedos.

Allí estaba, encajado en el angosto desfiladero, como si fuese un juguete, de esos que se ven en el fondo de algunas peceras.

Los dos socios habían suplantado a la pareja del 6º turno, para ver, inmediatamente, los restos del U538, y, así, eliminar toda posibilidad, por mas remota que fuera, de que se tratase de otra nave.

Pero, no cabía la menor duda, era, tal cual la descripción del capitán Flamme, un submarino del tipo XXI.

-Bien escondido... eh. —el alemán rompió el silencio en el que les había dejado la contemplación del pecio. La ahusada silueta parecía un ser vivo en un trance cataléptico.

-De veras. —convino Enrique—. Pero, mire qué lejos del centro. —e iba a seguir hablando, mas, recordó que arriba lo estaban escuchando y suprimió el comentario que pensaba hacer sobre el error de apreciación de Kurt Flamme. Luego se preguntó si los rusos estarían en condiciones de interferir, de algún modo, las conversaciones hechas por medio del Wet-Phone; pero desechó la idea; no lo creyó demasiado probable. Además, si era así, ya no tenía remedio.

Una pátina verdosa, de algas, cubría al viejo casco. Éstas, danzaban como si fuesen hilachas del mismo submarino; que hacía el efecto de irse disolviendo, de a poco, en un mar de malaquita. La luz caía de arriba en rayos verticales, más o menos anchos, que listaban en franjas desiguales el líquido y difuso elemento.

Los dos hombres se habían detenido a unos 15 m, del U538, y parecían petrificados; suspendidos, como estaban, entre dos capas de agua de temperatura y densidad distintas.

Enrique notó, de pronto, que no estaba respirando; de puro embelesado ante la vista del submarino. Tomó una buena bocanada de aire y esto lo hizo ascender un poco; rompiéndose el cuadro irreal que formaban con el sumergible como fondo.

Avanzaron.

Pensó en el oro... En los esfuerzos para llegar hasta aquí. Y, repentinamente, sintió como que nada tenía importancia. Solo contaba el cansancio; que ahora comenzaba a pesarle como una gran piedra en el bajo vientre. Luego pensó, también, en los documentos de la caja estanca. ¿Qué serían?... ¿Qué habría hecho a los rusos moverse hasta aquí?... Tal vez ya no existiesen. La voz de Klaus, por el intercomunicador, lo trajo a la realidad.

-El casco, visto de cerca, se aprecia bastante deteriorado. —hablaba para Enrique y para los de arriba—. Aunque, estructuralmente, se conserva muy entero, sí.

-En treinta años un barco tiene toda la chapa agujereada... Este hace treinta y siete... La voz de Napo llegó, lejana, desde El Orejano.

-Enrique... Se mueve... —estaban ya junto al casco y el alemán se había apoyado en él; notando un ligero movimiento.

-Es porque tiene aire adentro. —Enrique nadó, por encima de Klaus, hacia la cubierta. —Así ocurre cuando les queda aire—. Aclaró, de nuevo. —Con mar de fondo debe bailar de lo lindo... Aunque, aquí, tan abajo, no se siente el efecto. —se corrigió.

-Todavía tiene el “Schnörchel”(snorkel). —Klaus ascendió unos metros, a lo largo del feo tubo que se elevaba hacia la superficie.

-Es grande... eh. —Enrique recorría el trayecto del puente superior a la proa, empujándose, nuevamente, con un lento movimiento de piernas.

-Es del tipo XXI. —fue la lacónica respuesta de Klaus.

Enrique estuvo a punto de preguntarle si había navegado en alguno de éstos, pero, no lo hizo. Se había prometido no ser curioso con el alemán.

-¿No hay dudas, entonces? —dijo, en cambio.

-Ninguna, para mí.

-Bien. Veamos la escotilla principal. ¿La habrá dejado abierta el capitán Flamme?

-Ah... No ha dejado nada escrito al respecto. Ni tampoco me dijo nada cuando hablamos.

Los dos nadaron por sobre la borda de la torreta y acercaron sus caras a la escotilla. Enrique la tomó del cierre con las dos manos y tiró hacia arriba. No se movió.

-La cerró. —dijo, mirando a Klaus—. A ver, si gira. —añadió, y, poniendo las manos, de nuevo, en el volante, intentó hacer que diese la vuelta en torno a su eje. El alemán también ayudó.

-¡Nada!... —gruñó éste, al cabo de un rato.

-¡Putá, che!... ¡Qué macana!... —exclamó Enrique, y paró a tomar resuello—. Bueno, era de esperarse.

-¿No se abre?... —le preguntó Napo, por el intercomunicador.

-No, está dura como la gran siete... Pero, no te calentés.

-No, m'hijo. ¡Qué me voy a calentar!... Tenemos lo necesario para abrir un camión blindado.

Recorrieron durante unos minutos mas la parte exterior del sumergible.

-Macanudo, Klaus. —Enrique habló, finalmente, mientras sonreía dentro de su casco. —Por hoy, creo que es bastante. Te invito a tomar una copa—. Era la primera vez que lo tuteaba.

-Acepto tu invitación. —respondió, prontamente, el alemán. —Es lo que estoy necesitando.

Los dos hombres, mirando sus miniconsolas, iniciaron el ascenso.

Esa misma tarde, Costa Méndez hablaba en la reunión inaugural del T.I.A.R., cosechando una ruidosa salva de aplausos; mientras, a Haig se lo obsequió con un sepulcral silencio al fin de su exposición.

Con posterioridad, el secretario de estado americano, hizo llegar a la delegación argentina su segunda propuesta de paz, que, como la anterior, estaría destinada al fracaso.

-¿Qué te decía yo?... —Enrique, que había terminado con el equipo de oxicorte, aceitaba ahora una enorme llave de caños.

-¿Qué me decías, de qué?... —Klaus fumaba en una “Calabash Pipe”, a lo Sherlock Holmes; mientras, con las manos metidas en los bolsillos del overall, miraba lo que hacía aquél. Se había confeccionado él mismo esta pipa, con un “gourd” del Cabo; que es una especie de calabacín, con cuyo cuello las hacen los sudafricanos.

-De dónde iba a estar el submarino... Te dije que podía encontrarse en cualquier parte ¿no?...

-Sí... Sí, me acuerdo. —el alemán se limpió la boca con el dorso de la mano. —Pero, setecientos metros... Es mucho error ¿No te parece?

-No. Especialmente, teniendo en cuenta que Flamme no nadó para el lado de Cabo Kendall, sino que salió al norte de Bahía Rodríguez.

-Sí. El mar tiraba para allá; seguramente. Con temporal del sud-oeste... No sé cómo no se heló. Fue un milagro, de veras.

-Que el mar tiraba... y que no se veía nada... —Enrique golpeó la llave en la morsa, para hacerla correr de arriba a abajo.

-¡Imaginate!...

-No... Si el viejo Kurt Flamme llegó de casualidad... ¡De puro pedo!... —echó mas aceite en la rosca de la llave. Luego agregó—: Además, recorriendo una distancia mucho mayor que la que hubiese hecho de nadar al W.N.W.. Perdió toda noción de la ubicación... No te quepa duda.

-Sí. Allí, al pie del Monte Verón, en Cabo Kendall, hubiese hecho tierra nadando solo 600 m. ¿no?...

-Sí, mas o menos.

-En cambio, así, tuvo que nadar 1.500 ó 1.600 mts. con rumbo 20; es decir, en dirección al N.N.E. —dijo Klaus, luego de calcular rápidamente... —Sí, no hay otra, se desorientó.

-Bueno. Eso de que nadó, es un modo de decir ¿no?... —acotó Enrique, mientras se limpiaba las manos en el mameluco. El alemán pensó que, en algunas cosas, era bastante roñoso—. Mas bien, logró mantenerse a flote mientras los demás se ahogaban o morían de frío.

Klaus permaneció en silencio.

-Bueno. —dijo, al rato, mirando su reloj pulsera. —Son las siete de la tarde. ¿Qué te parece si nos vamos a bañar?... Hoy tenemos una pequeña fiesta.

-Sí, vamos. Total, ya está todo listo para mañana. Napo es un fenómeno. ¿Cómo va a ser la fiesta?...

-Bien, las chicas tienen sus ideas al respecto.

-¿Qué clase de ideas? —Enrique sonrió, divertido e intrigado.

-Oh, nada en particular. —Klaus arrojó una nube de humo—: Un poco de música, bebidas, naturalmente... En fin, esas cosas. Ah... y, disfraces.

-¿Disfraces?...

-Sí. Han insistido en que hoy tenemos que disfrazarnos todos —explicó el alemán. Y bajando la voz le dijo a Enrique, tomándolo del brazo—: Te confieso que a mí siempre me han gustado los disfraces... Desde chico...

-Oh, a mí también. —enfaticó éste— A mí también. Siempre me disfrazaba en carnaval. Incluso, me gustan los bailes de máscaras en cualquier época del año. ¡Buena idea!... —agregó, palmeando el hombro de Klaus. —Creo que va a ser divertido. Y, a propósito, ¿ya has elegido el tuyo?

-Sí.

-¿Cuál es?

-¡El de “Capitán Nemo”!... —rugió el alemán, alzando las cejas con la mueca de un Lucifer triunfante. Enrique estalló en una gran carcajada.

-¡Qué bueno!... Felicitaciones. —exclamó, mientras se doblaba de la risa— ¡Nada mejor elegido!...

-Gracias. —musitó Klaus, mientras hacía una cómica reverencia.

-Yo veré qué me pongo. —dijo Enrique, al cabo de un momento. —Ya se me ocurrirá algo.

Salieron, y, en el trayecto entre el cuarto de buzos y el puente, la luz del sol moribundo enmarcó sus altas siluetas; que se mostraron como recortadas contra un telón de llamas.

La decisión de entrar en el submarino sin avisarle a las autoridades, había sido tomada por los dos socios esa misma tarde.

El optar por una salida ilegal no fue muy del agrado de Enrique; ya que, éste, se había propuesto, de entrada, hacer las cosas, en todo lo posible, por derecha. Pero, también era cierto, que no tenían mayor alternativa en el presente caso.

Lo mas o menos correcto habría sido: Dar por terminada la etapa de “rastreo de barco de bandera desconocida”, avisar a las autoridades del hallazgo del submarino, y ceñirse, luego, a los procedimientos establecidos para el “salvage” en este tipo de naves. Pero, lo concreto era que los asesores legales, en Buenos Aires, no se habían puesto aún de acuerdo en cuáles fueran estos procedimientos.

Enrique, utilizando un lenguaje pre-establecido -no, una clave lisa y llana-, había consultado por radio, esa tarde, pese a su renuencia en irradiar, si tenían ya la solución

del problema. Pero los abogados seguían sin definirse. Para peor, ahora menos que nunca, podían pensar en una consulta abierta a las autoridades. La crisis atlántica la tornaba imposible. ¿Se consideraría al U538 un buque militar? Aunque fuese un viejo submarino de un estado extranjero. ¿Era, acaso, ya, una “res nullis”?... ¿Se aplicaría la ley de navegación?...

Es decir, la situación del sumergible no era, en sí misma, del todo clara. Y, en el mejor de los casos, habría que presuponer una demora de 30 ó 60 días, antes de poder entrar en él.

En este asunto y en circunstancias normales, pese a las persistentes dudas legales, Enrique hubiese continuado, igualmente, con su intención de obrar a cara descubierta y soportado la espera. Ya que, de una manera u otra, tenía la absoluta seguridad de obtener, finalmente, la “vía libre” de las autoridades: Sus influencias seguirían siendo decisivas, aún en esta confusa e inesperada nebulosa del derecho. Pero, éstas habían dejado ya de ser circunstancias normales: Primero, por el conflicto de Malvinas -de desenlace totalmente incierto-, y segundo, por el hallazgo del silenciador ruso. Prueba, mas que concluyente, de que estaban siendo vigilados muy de cerca.

Las razones de Klaus no tuvieron réplica: En tales eventos, toda dilación puede traer consecuencias ingobernables..

Con la guerra en desarrollo y los soviéticos por ahí, la caja estanca no debía permanecer un minuto mas en el U538.

El tiempo obraba en contra de la expedición. Por ejemplo, y como ya se había charlado: En cualquier momento podían mandarles regresar a Ushuaia, y sus competidores -ante el regalo de un teatro de búsqueda eventualmente vacío- entrar por su cuenta en el submarino y apropiarse de la caja estanca, como quien roba higos maduros.

Y, esta, era solo una de las múltiples variantes adversas probables, si, en la explosiva combinación de circunstancias que se planteaba, aceptaban la demora que traería aparejada una operatoria dentro del marco de la ley.

Así fue que, de mala gana y al no tener otra salida práctica, resolvieron no denunciar hallazgo alguno y recoger el tesoro sin dar cuenta a nadie del hecho. Luego, en Ushuaia, declararían que la tarea había resultado infructuosa. Por suerte, no tenían a bordo ningún veedor del estado que pudiese decir lo contrario.

-Señores... —Erika, parada en una silla, pidió silencio alzando los brazos—... Ahora que ya estamos todos aquí, salvo los pocos de guardia, que se irán turnando. Ahora, que “...la noche ha traído a sus negros bueyes, arriándolos por delante de sí, de montaña en montaña...” —recitó, parafraseando a Rider Haggard con voz truculenta (*)—
¡Empieza la fiesta!...

Un coro de gritos y aplausos rubricó su corto discurso; mientras la joven saltaba descalza al suelo, haciendo volar su disfraz y enseñando las piernas.

Las dos se habían vestido de algo vagamente parecido a vikingas. “Princesas del Mar”, había definido Ren, humorísticamente, los trajes.

Erika lucía un camión azul, largo, un cinturón de hebilla grande, de bronce, y un chaleco de gamuza. Además, tenía puesta en torno a su cabeza, una vincha de tela retorcida.

Renata llevaba un camisón igual, pero celeste, y se había echado encima una especie de caftán largo hasta las rodillas, negro, con vivos dibujos ribeteando ojales y puños; al que Klaus identificó como islandés... o parecido. Ceñía el conjunto con una cuerda blanca y pendían de sus orejas un par de grandes aros, de oro, a todas luces, con forma de rueda solar de muchas piernas.

Ambas tenían el pelo peinado en gruesas trenzas.

Klaus era un “Nemo” perfecto, con su gabán de botones dorados y la gorra de capitán griego. Usaba una camisa a la que le había doblado las puntas del cuello, para hacerlo “palomita”, y completaba el atuendo con un moño colorado. Las chicas le habían cosido cuatro galones en los puños, que parecían, mas o menos, los de un capitán de ultramar.

Enrique hacía un pirata levantino bastante convincente: Gastaba chaleco de piel de oveja sobre una camisa verde sin cuello, y rodeaba su cintura una faja roja, hecha con un chal de Ren. Estaba calzado con altas botas de montar, y un gorro de dormir con borla -sacado vaya a saberse de dónde- le daba un cierto aire turco. Nada le impedía verse como un pirata creíble... Salvo los imposibles bigotes de tizne, que se había dibujado con un corcho quemado. Rompían, ciertamente, el encanto, con solo verlos.

(*) “Las Minas del Rey Salomón”. Enrique Rider Haggard. Ed. Sopena Argentina. Pagina 143. Edición 1953.

Cuando, momentos antes, había hecho su entrada, sable de abordaje en mano -tomado de la panoplia del salón-, todos, guiados por Yáñez, habían caído sobre él, sometiéndolo a un rápido manteo, que lo obligó a recomponerse todo. Si no lo “chotearon”(*), como propuso Kruger, fue porque los demás no se animaron delante de las chicas. Éste, aún rumiaba la reprimenda del día del accidente.

Yáñez, con un sombrero de fieltro transformado en bicornio mediante dos alfileres de gancho, se presentó como un filibustero portugués. Y los demás exhibían, en forma mas o menos lograda, diferentes atuendos de marinero a la antigua -de varias épocas distintas-. Porque, algo tenían en común los disfraces de esa noche: Eran disfraces de mar; o, al menos, de algo relacionado con él; como los de las dos jóvenes; pues los vikings -y las vikingas, por ende- eran también cosa estrechamente ligada a éste.

A las nueve de la noche se bailaba en La Zarzamora. Todo el mundo bailaba; hasta el personal de guardia, que se relevaba rápidamente en turnos de una hora. Y, como las danzas de hoy son como son, nadie tenía necesidad de “hacer de mujer”, como en los bailes de hombres solos de antaño; cuando el que le tocaba el papel femenino se ataba un pañuelo en el brazo. De todas maneras, las chicas circulaban libremente por todo el salón, contorsionándose un rato frente a cada uno, de modo de no dejar a nadie despechado.

En un momento dado, Enrique gritó “saltar”, como se usaba entonces, y comenzó a hacerlo, seguido por los demás; con peligro de dar con la cabeza contra el techo.

Erika, que estaba bailando con Klaus, se quedó mirándolo un rato; antes de volverse nuevamente hacia aquél, diciéndole:

-“Es capaz de saltar tan alto que puede comerse la luna...”

-¡Qué imagen tan hermosa!... —exclamó el alemán.

-Es un canto de los bosquimanos del Kalahari. —explicó ella, luego de una corta vacilación. Se refiere al “kudu”. El gran antílope.

-¿Conoce Vd. el Kalahari?... —Klaus parecía sorprendido.

-Sí, todo el sur de África: Sudáfrica, Africa Sudoccidental... Botswana... Amo entrañablemente esa parte del mundo ¿sabe?...

-Un formidable rincón de la tierra. A mi también me gusta.

-Veo que Vd. también conoce aquello.

-Sí, aunque no he llegado hasta el Kalahari. Me gustaría hacerlo algún día... ¿Así que lo ama, verdad?...

-¿Se refiere al Kalahari?... —Erika sonreía ahora y Klaus pensó que la joven era rápida.

-No... Al “kudu”. —replicó, señalando a Enrique con la cabeza. Ella comenzó a moverse de nuevo al compás de la música. Los demás ya habían dejado de saltar.

-Tal vez... Puede ser. —contestó, pensativa, sin dejar de sonreír. —Pero... ¿Qué puede importar eso, amigo Klaus? —añadió, enseguida—. Si el kudu siempre quiere llegar a la luna. —y rubricó su frase con una risa franca.

El alemán se dijo que tal vez no debía haberle preguntado eso. Tomando dos copas de una bandeja cercana, le alcanzó una a la muchacha y alzó la suya.

-Por el kudu. —brindó, seriamente.

-Por la luna. —dijo ella, igualmente seria, y levantando la copa apuró todo el contenido.

La bebida corría libremente, y, pasadas las diez, Enrique, que estaba bailando lento

(*) Chotear: Novatada que, aquí, en Argentina, consiste en bajarle a un hombre los pantalones y calzoncillos y tironearle del pene y el vello púbico.

con Erika, de pronto, cambió de ritmo y, acelerando, comenzó a dar vueltas como en un vals. Sin quererlo, se fue encima de Yáñez, al que halló mal parado y tiró al suelo. Éste, que, también, estaba con un vaso en la mano, charlando con Ren, al caer, se lo volcó encima de sí mismo.

Enrique lo ayudó a levantarse, riendo. Pero, a Yáñez no pareció gustarle mucho, aunque se contuvo. Pensó que era la vendetta por lo del manteo.

-Oh, Enrique. Tendrías que aprovechar esa vena humorística tuya. —dijo, sonriendo, algo forzadamente, mientras se arreglaba el bicornio.

-Lo hago... Todas las veces que puedo. —fue la rápida respuesta de éste. Que le limpió la ropa, en un exagerado gesto de cortesía.

Yáñez movió la cabeza de un lado a otro y dijo:

-Oh... Está bien, no es nada, no me ensucié mucho. —y se sacó a Enrique de encima.

Afuera comenzó a soplar el viento del oeste, haciendo gemir el cordaje. Mientras los bosques que los rodeaban también empezaron a danzar; acompañando la fiesta de la goleta.

Enrique le había preguntado a Erika, mas temprano, por qué preparaban una celebración para esa noche; en vez de dejarla para cuando hubiesen sacado el tesoro. Pero ella le había respondido que, en realidad, era una juerga propiciatoria. De ese modo —dijo— todo saldría como debía.

Mas tarde, con la medianoche, llegó ese momento mágico y fuera del tiempo, que va desde las doce a las cuatro de la mañana, y el licor los fue llevando a todos por el secreto camino que conduce a los viejos Dioses. En un clima de juego y país de niños, hombres y mujeres fueron encontrando su naturaleza perdida; su atrayente abismo peligroso.

Enrique estaba sentado en el suelo, respaldado contra uno de los sillones y bebiendo de una copa que tenía en su mano derecha, mientras con la izquierda tenía a Erika contra sí. De vez en cuando, acercaba aquella a los labios de la muchacha y le daba de beber en la boca.

La joven estaba ya bastante ebria, sin duda, pero lo soportaba bien. Aún se mantenía.

Alguien trajo una guitarra que fue pasando de mano en mano durante un largo rato. Varios tocaban, y hasta alguno lo hizo con cierto virtuosismo. Otros cantaban o hacían las dos cosas.

-¡Que cante Ren!... —dijo Erika, de pronto, desde los brazos de Enrique. Había estado callada, escuchando y mirando.

-¿Así que Vd. canta?... —preguntó Klaus, que estaba en uno de los sillones.

-Oh... Solo para mí. No lo hago nada bien. —repuso Renata, e hizo ademán de rechazar la guitarra que le alcanzaban.

-No. Dale, Ren... Cantá. —le rogó Erika, y agregó para los demás con su voz grave, ahora un poco torpe—: Vds. no saben lo bien que toca la guitarra y canta.

-Por favor, Ren. No puede negarse. —Klaus le puso el instrumento en las manos. Ella aceptó, finalmente, y comenzó a templarlo, mientras los demás, poco a poco, fueron haciendo silencio.

Renata Henderson no era precisamente lo que se dice una gran voz. Al menos, para el criterio establecido; pero tenía “angel”, o algo así... indefinible. Lo mas posible, incluso, es que ella misma no lo supiese, pero, era, sin duda alguna, la voz para **ese** momento. Cantaba los Romances Viejos. Enrique pensó que le sentaría bien un alto bonete terminado en punta, con una coleta de tul cayendo desde la misma hacia su espalda.

La corporación entera de marinos semi-borrachos, estaba pendiente de las sencillas palabras que iba desgranando la joven, ayudada por el tañido de la guitarra. Lo hacía... morosamente; como si cultivase con sumo cuidado un pequeño jardín.

Klaus, con los ojos cerrados y la pipa apagada en la boca barbada, se veía complacido y a sus anchas.

Después de tres romances, Enrique reconoció al del Infante Arnaldos:

“ Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan.

Erika la escuchaba embelesada. Enrique bebió de su copa con una agradable sensación de regocijo. Este romance era su preferido, siempre lo había intrigado. Tan conocido y tan extraño a la vez.

“ Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar

las velas trae de sedas
la ejarcia de oro torzal
áncoras tiene de plata
tablas de fino coral.

Renata lograba tan plenamente el crescendo misterioso del poema, que el ruido potente del océano, que llegaba de afuera, les sonó, de pronto, como un leve susurro de un mar

lejano, al romper sin violencia en una playa ignorada. La sensación que creaba la vieja rima en la voz de la muchacha era francamente inefable.

“ Marinero que la guía
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma
los vientos hace amainar;

El maravilloso navío, por momentos, parecía materializarse en el aire.

los peces que andan al hondo;
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.

El tono se alzó, y cambió, sutilmente, al acercarse el momento de máxima tensión esotérica del romance.

“ Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
-Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Las palabras finales quedaron suspendidas, por un tiempo, en la cámara principal, reflejando la idea de inconclusión que surge de este poema. Como cerrando a los extraños la entrada de un mundo que hay mas allá, en algún lugar...

“¿Cuál será tu canción?...” se preguntó Enrique. Era el mismo interrogante ansioso que se planteaba desde hacía años; siempre que lo escuchaba o leía. Mas, ahora, éste se presentaba con una fuerza distinta, renovada...

Ramón Menéndez Pidal, aclara suficientemente, en “Flor Nueva de Romances Viejos”, que la versión arcaica y completa del romance, se conserva solo entre los judíos de Marruecos. Mas, que ésta, es solo “un sencillo romance de aventuras”: El infante Arnaldos se embarca en la nave desconocida, y encuentra en ella a sus servidores y parientes, que lo están buscando... y eso es todo. En cambio, las cuatro versiones antiguas que se conservan en España son todas incompletas, y de ellas, dos, acaban en el corte brusco, que confiere a esta composición el clima de fantástico misterio que la caracteriza.

El erudito sostiene que esto no fue casual, sino, un resultado logrado, de intento, luego de varias tentativas de final trunco. Ellas condujeron, con el tiempo, al acierto poético que hoy manejamos como la versión usual del Romance del Infante Arnaldos; divulgada en el siglo XVI. Y a la que no titubea en calificar como verdadera creación poética; pese a los antecedentes.

No cabe duda que ésta, cantada ahora por Renata, es la que ha conocido Enrique Falkenburg desde siempre.-

-Muy de tanto en tanto, entrevemos algo de la eternidad... Pero cansa mucho querer apropiarse de ella... Agota. —le dijo Erika a Enrique; al oído y en un lento susurro. Éste pesó que le había puesto palabras a sus propio sentimientos.

Enrique se dio vuelta, sorprendido, y la miró. Estaba en copas, pero había logrado darle forma a lo que, a veces, lo torturaba.

Además, su borrachera no resultaba desagradable de ver. Era una especie de retorno pagano, pensó. Solo faltaba que ella entonase una de esas canciones populares griegas, que suenan tan totalmente primitivas.

-¡Esto se acabó!... —exclamó Erika, al rato. Y quiso ponerse de pie. Enrique la ayudó—. Estoy un poco borrachita... Lléveme a dormir, queridos. —articuló, dirigiéndose a Ren, que, riéndose, dejó la guitarra y se apresuró, también, a sostenerla.

-Yo estoy igual. No te preocupes. —la consoló ésta, rodeándole la cintura con el brazo.

-Pero a vos no se te nota.

La acompañaron hasta el lecho, y allí, su amiga la arropó

-Vas a dormir todo el día.

-Sí... no me despierten. —dijo, y agregó con voz ronca, señalando a Enrique con la cabeza. —Ren, te lo dejo en tus manos, Cuidámelo. —Ésta se rió de nuevo.

Salieron al pasillo, apagando la luz, y fueron hacia el salón.

- Es cierto que, también yo, estoy borracha. —Renata se detuvo a mitad camino, volviéndose hacia Enrique. Su voz sonó ahogada... —Y te aseguro que me resulta muy agradable. —agregó.

Respiraba en forma irregular y su pecho subía y bajaba. El largo caftán negro se había abierto, y el camisón de satén celeste dejó adivinar unos pechos de punta muy aguda.

Enrique estiró los brazos, de a poco, y, como vio que ella no se movía, comenzó a recorrer su cuerpo con las manos... lentamente.

Ren permaneció frente a él, hierática. El rubor, que iba cubriendo su cara, hacía parecer sus cejas y su cabello casi blancos.

De pronto se acercó y se paró, descalza, sobre los pies de Enrique. Él, sintió el calor a través de las botas. Le rodeó el cuello con los brazos y la atrajo hacia sí. La lengua de ella se introdujo con avidez en su boca. Alzándola, empujó contra la puerta de su camarote; que estaba frente a donde se hallaban parados. Ésta cedió; se encontraba abierta.

La joven lo había apartado con la mano y, sola, se había quitado el caftán. Cuando se sacó el camisón, levantó los brazos por encima de su cabeza. Fue entonces cuando Enrique vio que tenía las axilas tupidamente velludas; sin afeitar ni depilar.

El vello era tan rubio como su pelo; pero muy denso y largo. Además, con una implantación que llegaba mas abajo que en cualquier persona que él hubiese conocido. “Es como ver un ángel con garras” pensó. Pero el espectáculo lo excitó terriblemente, y empujándola otra vez, la arrojó sobre el lecho, cayendo con todo su peso encima de ella.

Ren dejó escapar el aire con un gemido y alzó los brazos apoyándolos en la almohada, a ambos lados de su rostro. Había notado el efecto que sus axilas habían producido en Enrique. Sonriendo, abrió las piernas y lo rodeó con ellas.

Enrique pensó luego, que Renata, al igual que Erika, haciendo el amor, era una niña jugando en la playa. Y esa fue su última idea, porque la muchacha lo apretó contra su cuerpo y él se quedó dormido, vencido por el cansancio y el alcohol.

Soñó que, nuevamente, sentía aquél ruido -como el distante susurro de otro mar-. Pero, éste se fue apagando y todo comenzó a llenarse de luz dorada... Y percibió un olor. Un olor a cera de abejas, resina y miel... muy intenso. Y sintió, también, que era

transportado vertiginosamente, no sabía si, por el aire, ni a dónde. Mas, Ren estaba junto a él y lo tenía de la mano. Hasta que todo comenzó a andar mas despacio.

La comarca era de bosques y reconoció el colorido follaje de las lengas en otoño; pero, no, el lugar. Un chorrillo de agua de montaña corría a sus pies, pero el aire era tibio e invitaba a la siesta. Sentía que la luz dorada también lo adormecía. Ésta había disminuido un tanto, pero igual lo bañaba todo.

De pronto, desde muy lejos, llegó un sonido vago: Un lejano coro de jóvenes cantaba un himno.

Él sintió que sabía qué era... Que lo había oído ya “en otro tiempo y en otro lugar”. Que le era tan familiar como su casa. Y la angustia que le produjo el no acertar con el nombre del himno, fue creciendo hasta hacerse desesperante. Era como si quisiese hablar para hacerse entender por una multitud, sin poder emitir sonido alguno. Se sintió ahogar. Tiró desesperadamente de la mano de Renata para que lo ayudase; pero todo fue inútil...

Se incorporó en la cama, temblando. Ren dormía a su lado con una expresión de total placidez. Miró su reloj pulsera.

-¡Qué mamúa padre!... —exclamó. Se levantó y fue al baño, donde se duchó con agua, primero, caliente, y después, helada. Para terminar, luego, con agua otra vez caliente. “Para no pescar una pulmonía” se dijo. El agua fría era realmente cortante.

Bajo la ducha aún, recordó las palabras de Erika: “Muy de tanto en tanto, entrevemos algo de la eternidad... Pero cansa mucho querer apropiarse de ella... Agota.” Y se las repitió a sí mismo dos o tres veces, pero, ya le sonaban sin decirle nada. Estaba, de veras, cansado.

Se secó vigorosamente con una toalla seca y áspera, hasta enrojecer su cuerpo y su rostro. Eso lo despertó. Finalmente, se puso unos jeans y un sweater, y, calzándose unos mocasines, salió al pasillo.

Se acercó de puntillas al camarote donde dormía Erika. La respiración regular de ésta llegaba a través de la puerta.

Abrió y miró hacia el lecho. La joven dormía profundamente; de costado y con ambas manos debajo de la cara.

Vio que se le había corrido la manta de lana que la cubría, y se acercó a acomodarla. Ella se movió un poco y murmuró algo; pero se quedó quieta enseguida.

Enrique se la quedó mirando un rato y pensó que no sentía ningún remordimiento por haberse acostado con Renata. Es mas, le parecía que a Erika tampoco le importaría mucho eso.

Al cabo de un momento, salió, cerrando tras de sí. Entonces notó que la goleta se movía bastante. Tanto, que el cabeceo le obligó a irse teniendo de los mamparos longitudinales del pasillo.

En la cámara principal, solo quedaban, ya, Klaus y Yáñez, durmiendo en los sillones.

Por fin, salió al aire libre. Las nubes, que ahora corrían enloquecidas hacia el N.W., exhibían un color azufrado, fuera de lo común.

“Tormenta eléctrica” pensó.

Allí afuera se había iniciado un temporal que iba a durar cuatro días.

Un solo descuido había cometido Enrique en su empeño por que, quien los estuviese observando, no cayese en la cuenta de que se había producido una novedad: Cuando los encargados de las guardias, comenzaron a salir del salón de la goleta para cumplir con sus turnos, inadvertidamente, lo hicieron, siempre, con los disfraces que llevaban en la fiesta.

Es cierto que, la mayor parte de las veces, se echaron sus abrigos encima. Pero, también conservaron puestos sus sombreros y gorros carnalescos, y permanecieron con los rostros pintarrajeados.

Los americanos, dada su posición mas favorable, habían visto, desde temprano, que, pese a los recaudos tomados, el movimiento en el fondeadero resultaba algo atípico.

Esto hizo que Andy Mc Callum prolongase la guardia un poco mas, antes de retirarla para el descanso; como era costumbre al llegar la noche.

Así fue que, mas tarde, él mismo advirtió los atuendos, con sus prismáticos especiales.

El descubrimiento hizo que, en un principio, se alarmara; pues, pensó que, tal vez, los expedicionarios hubiesen hallado el submarino, y sacado, ya, la caja estanca por el pozo de inmersión -cuya existencia conocía sobradamente-. Pero, luego, decidió que era muy difícil que optasen por este procedimiento, teniendo el cómodo y potente aparejo exterior, con el cual la operación era, obviamente, mucho mas sencilla.

El razonamiento lo calmó un poco, pero, de todos modos, desde ese momento, extremó el control, y dispuso que, de ahí en mas, el fondeadero se vigilase de día y de noche. De modo tal que, si las naves levaban anclas al amparo de la oscuridad -huyendo, a todas luces, con el botín-, tuviese tiempo de ordenar un ataque, antes de que se le escabullesen de entre las manos.

Los rusos, en cambio, como la juega era en La Zarzamora -que dormía en el brazo de mar, parcialmente tapada de la vista de éstos, por El Orejano-, no notaron nada anormal y se fueron a dormir sin preocuparse. De todos modos, la tormenta, que llegó a la madrugada del Lunes 26 y duró hasta el Viernes 30 a la mañana, retuvo a la expedición, por cinco días, en la cala, imponiendo, también, una obligada calma, tanto a las fuerzas de la C.I.A. como a las del K.G.B..

El miércoles 28 de Abril, el órgano de consulta del T.I.A.R. -es decir, la reunión de los cancilleres de todos los países signatarios del pacto- aprobó el “proyecto de resolución de nueve puntos”; dando un espaldarazo —moral— a la Argentina.

Se abstuvieron, Trinidad-Tobago, Chile, y... Estados Unidos. Allí, la prensa toda y el congreso, especialmente los demócratas, reclamaron de Haig un franco apoyo a Inglaterra... o su renuncia. Al mismo tiempo, ésta, amplió los efectos de la zona de exclusión alrededor de Malvinas; haciéndola aún más rígida.

Las relaciones entre Costa Méndez y Haig, quedaron también interrumpidas, definitivamente, ese Miércoles; llegándose, de hecho, a un rompimiento total con el Secretario de Estado.

Paralelamente, en Moscú, el editorial del “Pravda” expresaba su seria preocupación por el desarrollo de los acontecimientos.

El Jueves 29 de Abril, el “Grupo de Tareas 3”, de la Armada Argentina, se ubica en las proximidades de la Isla de los Estados, esperando órdenes del T.O.A.S.. Este “G.T.3” utilizará a Ushuaia como puerto de aprovisionamiento.

A mediodía de ese Jueves, en Washington, el embajador Tacaks entregaba la respuesta oficial -negativa- de la Argentina, a la segunda propuesta de Haig.

El sentimiento general que reinaba en la expedición -en el sentido de que nadie los tomaba en cuenta-, se desvaneció, también, ese día, cuando sus radios captaron un llamado, fuera de programa, de Ushuaia, requiriendo informes acerca de su suerte y preguntando si necesitaban algo.

La prefectura no consideró necesario que regresasen, porque estaban fuera de la zona de exclusión -por poco-, pero les encomendó que tuviesen los ojos bien abiertos, para informar de cualquier anomalía que detectasen por allá. Enrique recordó el silenciador, pero, naturalmente, se calló la boca. Ése no era un asunto que afectase a la guerra, por ahora, sino a la búsqueda que ellos tenían entre manos. Sacar ese tema, sí, podría acarrear la suspensión de la operación. Y no reportaría beneficio alguno a las autoridades argentinas. Pues, ¿qué significaba, al fin de cuentas, un silenciador ruso en la Isla de los Estados?... Muy poco, por cierto, para quien no estuviese tras el U538. Ahora, si llegaban a ver naves inglesas... Bueno, eso era otra cosa.

El viernes 30 de Abril, durante la mañana, comenzó a escampar, lo que les permitió vaticinar, que al día siguiente podrían bajar hasta el casco del submarino hundido. Eso, naturalmente, de seguir mejorando el tiempo; porque aún el mar arbolaba y había “fuertes vientos” (fuerza 7) oscilantes, que, del sur franco, primero, se clavaron, finalmente, en el 3er cuadrante, a 60/65 Km por hora. Aunque, todavía, con rachas que alcanzaban los 80 Km x h.-

El cambio de situación le permitió a Enrique, encontrar un motivo para sustraerse de la presencia de todos: Ocuparse, en El Orejano, de la preparación del día de mañana.

Había rehuido la compañía de las dos mujeres durante el encierro obligado, y, si bien pasó la noche del 26 al 27 con Erika, realmente, no sabía mucho qué decir. En especial, porque ella se comportó tal cual si nada hubiera pasado: Por el contrario, estuvo mas solícita que nunca; como si, por alguna razón, hubiese encontrado, dentro de sí, una nueva e inesperada fuerza para prodigar su amor. Para él, era evidente que no sospechaba nada.

“Qué tal, si le dijese, de golpe” pensó: <<Hice el amor con tu amiga mientras dormías la mona... Me ha parecido sensacional.>>. Pero no pudo estar seguro de qué le hubiese contestado la joven, en ese caso. Es mas, volvió a pensar que, tal vez, la reacción no hubiese sido tan dramática.

En cuanto a Renata, tampoco encontró variantes en su actitud: Ni le rehuyó, ni lo buscó especialmente... ni, tampoco, habló del asunto; aunque, en ciertos momentos, creyó advertir una mayor familiaridad en su trato. Pero, por lo demás, lo ocurrido la noche del 25 de abril, bien podría haber sido un sueño en su totalidad.

Las relaciones entre las dos mujeres permanecieron, también, inalterables. Ni la mas mínima sombra o tensión las había empañado. Seguían tan íntimas como siempre.

Todo esto, puede decirse que, confundió, o, mas bien, inquietó un tanto a Enrique. Como si hubiese caído dentro de una inasible conspiración trazada por las dos amigas. Aunque, realmente, no podía decirse que fuesen malos los resultados de tal conspiración; reflexionó. Pero, así y todo, se alegró de poder ocuparse de otra cosa el Viernes 30.

Ese mismo día, Haig anunciaba en Washington las sanciones dispuestas contra Argentina; circunstancia que marcó, de hecho, el fin de la neutralidad por parte de los Estados Unidos.

La delegación argentina, encabezada por Costa Méndez, inició, también ese Viernes, su regreso a Buenos Aires. Y el crucero General Belgrano, que se había reaprovisionado en Ushuaia, partió hacia el lugar que tenía asignado al N.E. de la Isla de los Estados.

Sábado 1º de Mayo de 1982: El presidente Leonid Brezhnev, haciendo su segunda aparición en público en diez días, asistió ese Sábado, desde el palco armado junto al mausoleo de Lénin, en la Plaza Roja, al desfile del Día del Trabajo.

El anciano líder ascendió pesadamente los escalones, abrigado con un sobretodo negro y apoyándose en un asistente. Otro iba detrás, por si llegaba a caer.

El desfile duró, mas o menos, una hora y media, y las delegaciones obreras, con pancartas, elogiaron el plan quinquenal y proclamaron su respaldo a una “Polonia Socialista”.

En Varsovia, al mismo tiempo, cincuenta mil polacos marchaban desafiantes por el centro de la ciudad; haciendo oír su repudio al régimen y a la ley marcial, que ya llevaba mas de cuatro meses de implantada: Un trago amargo para la celebración oficial, que se realizó con Jaruzelski a la cabeza.

Yúry Mijáilovich Tupólev, desde su puesto de preferencia, observaba, ahora, distraído, el paso de las tropas y de los ya clásicos vehículos portamisiles. Mientras su mente, puesta en otro lado, contaba, inconscientemente, el tiempo que volaba en la búsqueda del submarino.

No tenía aún ninguna noticia. Eran las 11:30 a.m. hora de Moscú; por lo tanto. Las 5:30 a.m. en Bahía Vancouver. Allí, recién empezaría la actividad. Faltaba un poco de tiempo, no mucho, para que sus hombres tuviesen los primeros indicios de que la expedición había hallado al U538. Pero, entretanto, nada había cambiado.

Cuando se produzco la suelta de palomas, miró a Shevchénko, que aplaudía sonriente. Tupólev meneó la cabeza, divertido, y recordó a los deportistas de las olimpiadas del 80 desfilando a “paso de compás” lento: Levaban palomas de la paz, estrujadas en sus puños en alto, como si fuesen granadas listas para lanzar.

Allá abajo, un grupo de niños pioneros ascendía las gradas corriendo: Llevaban un gran ramo de flores para el camarada Brezhnév.

Por frente al palco pasaban ahora los estrepitosos tanques, mientras las palomas sobrevolaban enloquecidas la Plaza Roja.

A las 4:40 a.m. comenzó el bombardeo de Puerto Argentino / Stanley. Al rayar el alba, un reconocimiento aéreo realizado por la aviación naval, arrojaba como resultado, la opinión de que los británicos se aprestaban a desembarcar. La flota argentina tensa su alerta.

Cuando, a las 9:30 de la mañana, vieron que El Orejano aún permanecía luchando contra el mar picado, en el mismo lugar; y, para colmo, en el mismo sector del área que había ocupado el Domingo, los rusos tuvieron una idea clara de que se había producido una novedad.

Para Andy Mc Callum, en cambio, fue una certeza. Él había visto a los disfrazados, la noche del Domingo 25, y, aunque no se notaba movimiento de buzos, supuso que estaban entrando al agua por el tubo de inmersión; como solían hacerlo cuando había fuerte marejada.

Decidió no transmitir, por ahora, ningún tipo de alerta al Golden Oak, ni a nadie, pero, en cambio, redobló la vigilancia aún más, y se dispuso a aguardar los acontecimientos.

Los soviéticos, por el contrario, dieron cuenta, enseguida, al Krásniy Sólkol. Así fue como, a las 10:00 a.m. del 1º de Mayo, apenas unos minutos antes de dirigirse, junto con el capitán Borúska, a presidir el acto del 1º de Mayo en el cine de la nave, el coronel Valérian Makárov recibió la noticia. Ésta lo sacó, como por obra de una descarga eléctrica, de la mufa en la que estaba sumergido desde hacía un mes.

Cuando, después de disponer un alerta total y de avisar a Moscú, fue nuevamente al encuentro del capitán Borúska, para retomar el camino del salón de actos, un brillo especial bailaba en sus ojos.

Tan así, que su acompañante no pudo dejar de notarlo. Pero, cuando, poniéndole una mano en el hombro, le dijo sonriendo:

-¿Vamos?... el Comandante de la nave y Comodoro de la flota pesquera, tuvo la seguridad de que algo extraordinario debía haber ocurrido.

Tupólev conoció la noticia a las 11:00 a.m., hora argentina (5:00 p.m., hora de Moscú), ya que en el momento de recibirse en sus oficinas el cifrado de Makárov, no se encontraba en ellas y no pudo ser localizado hasta casi una hora después.

El U538 dormía su sueño, ahora interrumpido, a los -60 m.; o sea que los tanques con mezcla de helio se quedaron donde estaban: no habría necesidad de usarlos.

En la tarea de abrir el sumergible y entrar en él, se dispuso seguir trabajando, como hasta ese momento, con inmersiones de 10' y desconpresiones de 3' a -3 m..

Ni bien la claridad lo permitió, bajó el propio Napo Cabezas, con un buzo, llevando la lámpara de acetileno, conectada, por dos largos tubos, a la superficie.

En realidad, nadie esperaba que el oxidado mecanismo de cierre funcionase después de tantos años. Así que, Enrique optó por la vía expeditiva del soplete.

Con todo, era ya muy avanzada la mañana cuando el grueso metal cedió, por fin, y se pudo levantar la tapa de la escotilla de entrada.

Los dos buzos que se encontraban en ese momento abajo, dejaron el camino expedito y, cumpliendo órdenes dadas por Enrique, subieron a la superficie enseguida. Éste y Klaus, que estaban desde hacía rato esperando, se apresuraron a ponerse los trajes; entrando inmediatamente en el agua.

El primero en ingresar al U538 fue Enrique: Descendió, cabeza abajo, por el largo tubo de acceso al sumergible. El espacio era el justo para pasar con su carga de dos tubos a la espalda.

Éstos golpeaban como badajos contra las paredes del pozo metálico. De pronto, el campaneó cesó y se encontró nadando, libremente, dentro del submarino.

A la luz de la linterna estanca, pudo ver los contornos borrosos de varias cosas pertenecientes a la nave. Corriéndose, primero, hacia un costado del tubo de entrada, se dio impulso hacia arriba, pateando en el suelo, y emergió. Emergió dentro de la burbuja de aire, que estaba retenida aquí desde fines de Junio de 1945.

Cuando paseó la luz de la linterna por los forros, y el mundo que estaba allí dentro, se mostró a unos ojos humanos por primera vez, luego de tantos años, Enrique experimentó la sensación de haber entrado en una cámara del tiempo. Había estado ya anteriormente en otras burbujas, retenidas en otros barcos; pero nunca en un submarino; y mucho menos con una historia como la de éste; a la cual conocía tan bien y con la cual tenía ya tanto que ver.

El nivel de agua llegaba a un metro, por encima del borde inferior del tubo de acceso a la escotilla. Allí se habían estabilizado las presiones y allí había quedado la base del globo de aire.

Lo que indicaba, por otra parte, que, al menos, ese sector del casco no tenía filtraciones. De lo contrario, aquél se hubiese escapado de a poco y en 37 años no quedaría nada, o poco menos..

Por encima del nivel del agua, la luz descubría apretadas cañerías, líneas de gruesos cables, el tubo del periscopio... Hasta dos o tres bombitas eléctricas, se veían, todavía, intactas en sus portalámparas. Pero, todo, cubierto por una pátina de óxido gris-verdoso; que es el color enfermizo que éste toma en las profundidades y en las tinieblas...

Enrique pensó que, efectivamente, se hallaba en 1945. Que 1945 estaba encerrado aquí dentro. Como si al quedar abandonado y silencioso, el viejo casco hundido hubiese conservado ese instante preciso del tiempo, inmóvil, para siempre, en sus entrañas.

“El Capitán Flamme, al salir él último y cerrar” se dijo “dejó ese aire y ese agua aquí; quedando, luego, todo, sin cambio alguno, hasta que yo llegué ahora, después de tantos años.” “¿Por qué no habría de quedar, también, encerrado el tiempo?...” ¿Qué habría sucedido en esta ignorada burbuja desde entonces?...

La superficie del agua se rompió, a su lado, sacándolo de estos pensamientos. Era Klaus. Éste intentó hablar por el intercomunicador. Pero, se oía mal. Evidentemente, el casco metálico, de algún modo, interfería la onda.

Entonces, cerrando primero los tubos, soltaron los cierres y se quitaron los cascos; respirando ese aire del pasado.

-Bastante bien conservado ¿eh?... —Klaus hablaba como resfriado.

-Sí, pero, no te fíes mucho. En cualquier momento algo se te puede venir encima. Por las dudas no tirees de nada. —le previno Enrique.

-¿Qué tal, si buscamos la caja estanca?... Tenemos poco tiempo. —dijo el alemán.

-Bueno, según el padre de Erika, estaba en su propio camarote. El problema va a ser sacarla de allí... con semejante peso.

-Echemos un vistazo.

-Bueno, vamos. —asintió Enrique. Y los dos, abriendo las válvulas y colocándose de nuevo los cascos, fueron braceando hasta la puerta que había en dirección a popa. Ésta estaba completamente abierta.

La caja estanca era una caja fuerte; pero, evidentemente, había sido diseñada para ser introducida, sin problemas, por la escotilla de entrada de un submarino. Respondía a la escueta descripción que, de ella, había dejado el capitán Flamme: Un prisma rectangular de 1,50 m. x 0,60 m. x 0,60 m..

Allí estaba, en el camarote del comandante, acostada en el suelo, al lado de su litera; y, naturalmente, bajo el agua; que solo dejaba una burbuja de 1 m., en la parte de arriba del recinto.

-No es mas grande que un baúl. —comentó el alemán. Se seguía oyendo mal, por el intercomunicador.

-Sí, pero, no te engañes: Está llena de oro; el mas pesado de los metales. Allí hay tres toneladas.

-No lo he olvidado en ningún momento

-Bien... —Enrique miró su muñeca. —El tiempo se nos acaba, Klaus. Volvamos, si no queremos pasar toda la tarde haciendo descompresión.

-Tantémosla un poco, antes... Un momento, solamente.

-Bueno, pero, rápido... —los dos hombres volvieron a sumergirse, y tomando las anillas de la caja metálica, tiraron de ellas.
-Fue absolutamente inútil. No se movió ni siquiera un milímetro.
-Sigue estando allí, eh... —bromeó Enrique.
-Nadie lo ha tocado. —Klaus parecía aliviado, y a aquél le resultó cómico que el alemán, tal vez, hubiese pensado en serio, que alguien se podía haber llevado el oro.
-O.K., viejo. Vámonos de aquí —dijo—; arriba charlaremos. —e iniciaron el camino de regreso a la luz del día. O, mejor dicho, al vientre de El Orejano; porque estaban usando el tubo de inmersión.

Michael Disney y Patricia O'Keefe se reunieron a las 2:30 p.m. en el único reservado de un discreto restaurante italiano de la "Little Italy", en la vereda norte de la Calle Canal, en Nueva York. Una hora hasta cierto punto insólita, para que dos americanos almuerzen. Pero, solo hacía treinta minutos que Disney había recibido la noticia desde Bahía Vancouver.

Andy Mc Callum se había decidido, por fin, a transmitirle las novedades, a las 12:30, hora argentina; cuando, por el movimiento, o, mejor dicho, por la inmovilidad de El Orejano, ya no tuvo espacio para ninguna duda. En el sentido de qué era lo que estaba haciendo, ahora, la expedición.

Para ese entonces, los relojes daban, en Nueva York, la 1:30 hora del este, y recién a las 2:00 p.m. pudo Disney localizar a la asesora O'Keefe; enterándose que ella, al igual que él mismo, tampoco había podido comer, todavía.

Así que, ante un tardío almuerzo de "spaghetti" y carne de ternera, se sentaron, ese Sábado 1º de Mayo, en el reservado del establecimiento; que, además, estaba cerrado por causa de la fecha; como otros restaurantes italianos también lo estaban.

"Mayor discreción, imposible" se dijo Disney. Pero él no la había buscado. Puesto que, con Patricia, solía reunirse en cualquier parte, sin mayores precauciones.

En este caso, todo el secreto residía en que a ella le gustaba la comida peninsular y en que el dueño del "Fratellanza", Frank Rampoldi, era un viejo amigo de Mike de los días del Pacífico; habían desembarcado juntos en Iwo-Jima. Éste vivía en los altos del negocio, con personal de servicio propio y cierto lujo, y un llamado telefónico había bastado para que, al llegar los dos, la mesa estuviese tendida. A decir verdad, estaban comiendo de lo que el propio Frank había hecho cocinar para él y su familia. Michael Disney siempre tenía a mano este tipo de recursos.

-Bien, Patricia. Parece que han llegado al U538, finalmente..

-Oh... —a estas alturas, el submarino y su contenido habían sido, evidentemente, superados, en el esquema mental de la asesora O'Keefe, por los problemas políticos: Aquí, también, perdía terreno el secreto de la caja estanca.

-No te entusiasma mucho. ¿Verdad?... —le preguntó Michael Disney, mientras jugaba con un vaso de Chianti.

-Lo que ocurre es que de poco ayudará que me entusiasme. —repuso la asesora, en tono bajo. —Aquello va a estallar, Mike. Ya lo está haciendo... y yo no creo que nos queden recursos para impedirlo. Tu amigo de la Agencia va a tener que ahuecar el ala antes de tiempo...

-Algo habrá... Se juega mucho...

-Lo sé. Nuestra posición en Latinoamérica e Inglaterra y...

-...Y las fórmulas... ¡Por Dios!... Como tú dices, un poco más de lío y nos tendremos que ir sin ellas, a punto de conseguirlas.

-Las fórmulas también. Por supuesto.

-¡También, un cuerno!... ¡Son lo principal!...

Patricia lo miró sorprendida. Disney no acostumbraba a expresarse así con ella.

-Lo siento. —se disculpó éste. Le tomó el brazo con su mano y ella sonrió. —Yo también estoy acorralado con respecto a cómo vamos a quedar en Latinoamérica. Ya hemos tomado partido por Inglaterra. Eso es irreversible y el daño está hecho. Solo que...

-Pero puede ser infinitamente mayor. Esto es solo el principio. Puede ser el fin del sistema latinoamericano, de nuestra presencia en la O.E.A., de...

-Lo sé... Lo sé... Es más: Yo también estoy seguro de que, poco podemos hacer ya para detener esto: La Thatcher quiere sangre y la va a tener, me temo. ...Solo que, aún, con un poco más de tiempo —solo con un poco—, tal vez podamos hacernos con el secreto atómico alemán.

-Una especie de premio consuelo.

-Si tú quieres llamarlo así... A mí no me lo parece: Sin restarle peso al problema inmediato, creo que, en definitiva, es de importancia mayor lo que duerme en el viejo U538.

Patricia O'Keefe meneó la cabeza y se dispuso a comer. Todavía no había probado bocado.

-No cuestionaré tu criterio al respecto —con un tenedor, empezó a enrollar lentamente los fideos, apoyándose en la cuchara. La alta funcionaria se había dedicado a cultivar las costumbres latinas—. Pero, de todos modos, estamos en las manos de Dios... Mike, no creo que yo pueda darte ni siquiera un poco de tiempo, donde Haig fracasó dos veces.

Mike Disney comía en silencio y rápidamente. No le gustaban los spaghetti fríos y no quería hablar más de Haig.

Durante un largo rato no cruzaron palabra.

El general de “marines” pensó que Frank Rampoldi no aparecería hasta el final. No podía dejar de hacerlo, dado el carácter especial de la comida, y el hecho de que también conocía muy bien a Patricia; pero, la discreción y el tacto del zorro italiano, harían que éste lo hiciese solo en el momento apropiado.

-¿Y si hablas con Coehlo Guimaraes?... —preguntó, alzando la vista. La figura del viejo terrateniente paulista cruzó, de pronto, por su mente: Los lazos de Patricia con el influyente funcionario de las Naciones Unidas eran muy antiguos, y éste tenía gran predicamento en los círculos de poder argentinos.

-Ya lo he intentado. —respondió ella, al cabo de un momento. —No creo que sirva de mucho...

-¡Prueba otra vez!... —replicó Disney, vivamente—. Hazlo por mí, Patty... aunque no creas en nada...

La asesora O'Keefe no le contestó, pero se lo quedó mirando un rato como si estuviese viendo algo situado detrás de él. Luego, lentamente, movió la cabeza de arriba abajo, y su rostro marcado, de edad indefinida, se distendió en una sonrisa sorprendentemente cálida.

-Está bien, Mike. —dijo, finalmente—. Lo haré por ti... esta misma tarde.

En ese momento, Frank Rampoldi golpeó suavemente la puerta del reservado y entró.

-¡Hola muchachos!... —saludó, mientras se adelantaba con los dos brazos extendidos. Había llegado antes de que terminaran de comer; pero, de todos modos, en el momento justo. Michael Disney se preguntó si no escucharía, detrás de algún tabique, lo que se hablaba en el pequeño recinto, y se rió de pensar así, mientras se paraba para abrazar a Rampoldi.

A las 3:15 p.m., el GT3, de la flota argentina, se puso en marcha hacia Malvinas. Estaba integrado por el Belgrano, el Piedrabuena y el Bouchard. Pero, desde hacía 15' eran seguidos por el "Conqueror", que había localizado al Belgrano a las 3 en punto.

A la una de la mañana del Domingo 2 de Mayo, al desvanecerse las expectativas de invasión inminente a Malvinas, el comandante de la flota argentina, contralmirante Gualter Allara, ordenó el repliegue de las unidades hacia sus "sectores de espera". De este modo, el Belgrano -seguido siempre por el Conqueror- y sus dos acompañantes, iniciaron el regreso a la zona al S.E. de la Isla de los Estados, donde tenían asignado merodear en espera de directivas.

Según el Principio de Arquímedes. "Un objeto sumergido en un líquido, recibe un impulso de abajo hacia arriba, igual al peso del volumen del líquido que desaloja". Por lo tanto, la caja estanca, que medía 1,50 x 60 x 60, había desalojado un volumen de agua de 540 litros y experimentado una reducción de su peso de unos 540 kilogramos, aproximadamente. Muy poco, dado que, lo que contenía, en su mayor parte, era oro, el metal con mayor peso específico. Después de todo, las tres toneladas originales, seguían representando, bajo el agua, 2.460 Kg.; sin contar la caja: Una barbaridad, para moverlos desde dentro de un diminuto camarote sumergido y medio podrido ya.

El problema que se les presentaba a Enrique y Klaus, consistía en que, para levantar la caja a pulso, hubiesen necesitado, por lo menos, treinta personas. Esto era materialmente imposible, dado que, aunque se hubiese logrado que treinta personas pusiesen las manos, a un tiempo, sobre una caja de 1.50 m. de largo, éstas no hubieran entrado, de ninguna manera, en el dormitorio del capitán Flamme.

Existía una segunda vía, que era: dinamitar el casco del U538 a la altura del techo del camarote; para, luego, extraer el tesoro por el boquete, utilizando el aparejo de El Orejano. Con respecto a ésta, ninguno de los dos estuvo de acuerdo en ponerla en práctica, pues, se corría el riesgo de que la explosión dañase también el cierre de la caja estanca. Lo que si, obviamente, no iría en detrimento del oro, arruinaría, en cambio, los papeles que había adentro.

Klaus y Enrique convinieron en que era inadmisibles estropear los viejos documentos, sin darse, al menos, el gusto de leerlos. En lo que a esto hacía, parecía ser este último el que mas intrigado estaba. Además, y por otra parte, lo cierto es que, en el fondo, ninguno de los dos aventureros quería destruir el casco de esa forma total e irreverente.

La tercera manera de encarar el problema, también era dudosa en algunos aspectos; pero, al menos, podía intentarse con mayores probabilidades de éxito: Consistía en mover la caja sobre rodillos -ayudándose con palancas y un aparejo de mano- hasta situarla debajo de la escotilla de acceso al puente. Desde allí, se la engancharía, directamente, al aparejo trasero de El Orejano.

Este sistema, fue, desde un principio, el que contó con el mayor número de opiniones a favor y el que Enrique decidió utilizar; luego de la charla que siguió a la primera entrada en el U538.

A las diez de la mañana, Enrique y Napo ya estaban en la cabina sumergida con todos los elementos necesarios. La dificultad inmediata consistió en levantar la caja para ponerle el primer rodillo.

Napo miró hacia arriba, buscando donde colgar el aparejo de mano.

-No busques porque no hay nada. —le dijo Enrique— Yo ya me estuve fijando.

-Bueno, entonces, hay que meterle las barretas largas y hacer palanca.

Colocar el rodillo les llevó los diez minutos que tenían disponibles para trabajar. Pero, cuando subieron, la tarea de los turnos siguientes había quedado considerablemente aliviada.

Durante el transcurso de esa mañana del Domingo, se iniciaba la tan comentada gestión telefónica del presidente del Perú, Fernando Belaúnde Terry, ante el Gral. Galtieri y el propio canciller Costa Méndez. Ésta se prolongaría durante la tarde, y apuntaba a obtener una detención de la escalada bélica en base a un plan de siete puntos.

La tarea de los turnos siguientes consistió en tirar del cofre, o empujarlo; poniendo delante de él los rodillos de caño, a medida que iban saliendo por detrás. Tarea ésta, por cierto, bastante mas compleja que su enunciado; dado que los buzos no pueden, bajo el agua, hacer la misma fuerza que en tierra, aunque lastren más sus cinturones.

A las doce, luego de ubicada la caja, derecho en el pasillo, Kruger se ocupó, junto con Yáñez, de asegurar el aparejo al tubo del periscopio. Una vez hecho esto, se lo enganchó a una gruesa y larga cadena que, previamente, había sido atada a una de las argollas laterales del tesoro. Así, se consiguió independizar el avance de éste, de la fuerza que pudiesen hacer los buzos empujando: Con solo hacer funcionar el aparejo la caja avanzaría por el pasillo, y el único trabajo consistiría en ir cambiando los rodillos.

Cuando todo estuvo listo, Kruger probó el mecanismo.

-Vos, andá a poner rodillos. —le dijo a Yáñez; que nadó por el inundado corredor. No, sin antes advertirle:

-Pero, despacio...eh. A ver si no me das tiempo y nos quedamos sin rodillos debajo...

-No hay cuidado. No te preocupes... Voy despacio. —El ingenio funcionó sin problema alguno y, cuando los dos hombres regresaron a la superficie, Yáñez dijo, escuetamente, a los que iban a bajar:

-Basta usar el aparejo. —y miró hacia la superficie del océano, dándose cuenta de que se estaba agitando demasiado.

El propio general Haig -como todo el mundo sabe, ahora- estaba detrás de la negociación de Belaúnde Terry. Y se mantenía, a su vez, en permanente contacto con Londres, a través de Pym, que se hallaba con él. En un momento de la tarde, aparentemente, hasta habló, él mismo, con la Sra. Thatcher, manifestándole que el plan de siete puntos estaba por recibir el visto bueno de la junta de Buenos Aires.

A las 3:45 p.m., la caja estanca estaba ya en posición vertical, y había sido enganchada a la cadena del aparejo exterior del barco, por una de sus argollas laterales. Además, un grueso cable de acero fue pasado por todas ellas; y, a su vez, él mismo, sujeto al gancho.

Dado lo picado del mar, hubiese sido preferible que la caja se elevase por el pozo de inmersión de El Orejano. Pero una razón simple lo impidió: El aparejo interno era para 2.000 kg., máximo, y no tenía caso tratar de instalar, adentro, la polea del grande; pues, no se trataba de ésta, solamente, sino de la resistencia del hierro de donde iba colgada. Ese tipo de riesgos no se podía correr.

Los dos buzos que estaban abajo, se las vieron negras para embocar la caja en el tubo de la escotilla de salida: El problema consistía en que, cuando la cadena se tensaba -al dar comienzo el lento funcionamiento del mecanismo y a pesar del resorte compensador que éste tenía-, se transmitían hasta la caja parte de los movimientos que la mar, ya gruesa, imprimían al casco. Pero, superada la boca del túnel vertical, se elevó, por fin, el tesoro hacia la superficie. Aunque, ciertamente, el ruido del golpeteo contra el interior del pasadizo, semejaba al que haría un lingote de hierro, arrojado en una mezcladora de cemento vacía y en marcha.

Como quiera que fuese, la caja estanca llegó a la superficie a las 4:01 p.m. del Domingo 2 de Mayo de 1982. Este dato, lo recordó Enrique después, claramente; porque miró el reloj en el preciso instante en que el cofre rompía las olas. Desde tierra, rusos y americanos también presenciaron el hecho.

Exactamente en el mismo momento, relativamente cerca de allí, a los 55° 24' S. y 61° 32' W., el crucero A.R.A. General Belgrano recibía, fuera de la zona de exclusión, dos torpedos disparados por el H.M.S. Conqueror. Londres había ordenado ¡fuego!...

Cuando, pasadas las 6:30 p.m., ya de noche, el Bouchard -que se había replegado para evitar, a su vez, ser torpedeado- estuvo de regreso, el Belgrano no estaba allí: Éste se había hundido alrededor de una hora después de ser tocado por los proyectiles del Conqueror.

La zona, de todos modos, ya había comenzado a ser sobrevolada por aparatos que intentaban ubicar a las balsas con náufragos. Puesto que, media hora después de que el crucero fuese alcanzado, el Bouchard dio cuenta de los sucesos al T.O.A.S.: El rescate comenzaba, y varias naves, también, convergían hacia el lugar de la tragedia..

El resto de la jornada fue de gran expectativa en Puerto Vancouver. A las cinco de la tarde, El Orejano, con su carga, estaba de regreso en el fondeadero; y todos, o casi todos, se habían juntado en el cuarto de buzos; donde había sido depositada la caja estanca. Poco tardó la misma en demostrar como de “estanca” era, en realidad.

-Esto va a haber que volarlo con explosivos. —dijo Enrique, limpiándose las manos con un trapo-rejilla.

-Pero... —Klaus se levantó con expresión recelosa. Estaba sentado en uno de los bancos.

-No te asustes. —lo calmó Enrique, mientras lanzaba el trapo hacia un rincón del cuarto. —...Una pequeña carga, solamente ...Para volar el cierre. —explicó, y agregó enseguida: —Yo tengo mas interés que vos en los papeles.

-Mire, que no es nada, eh... —intervino Napo, sacando de una caja una sustancia con apariencia de masilla. —Un poco de “plástico” y ¡chau cerradura!... A lo de adentro ni lo toca.

-Ah... plástico. Bueno, si es la cantidad justa... —Klaus se mostró conforme y, esbozando una sonrisa, pensó que no cualquiera tenía en su poder ese tipo de explosivos.

-Sí... Va a ver. —Napo Cabezas tomó entre el índice y el pulgar una pizca de explosivo plástico e hizo un choricito—. Che, Kruger, alcanzame los detonadores. —le dijo a éste, que estaba papando moscas. Kruger salió rumbo al puente.

La explosión sonó seca y ahogada, como si se hubiese producido debajo de un montón de trapos.

En realidad, la carga no había sido atracada. Pero, probablemente, no hizo mucho ruido, debido a que Napo colocó el plástico bien adentro de la cerradura.

Klaus fue el que se acercó primero; seguido de Enrique. Yáñez permaneció en la puerta del cuarto, tosiendo; porque el gas resultante de la deflagración le había irritado la garganta.

Las chicas, se quedaron contra una de las paredes del recinto lleno de hombres. E, incluso, algunos de éstos se apiñaban en la puerta, porque no había lugar para todos.

Desde afuera llegaba un frío tremendo, pero nadie pensó en él. Enrique tendió la mano hacia el cierre, porque Klaus se había quedado parado sin hacer nada.

-Bueno. ¡Arriba!... —dijo, y tiró de la manija, mientras se preguntaba qué clase de sistema daría estanqueidad al interior. Aparentemente, la tapa, era la de una caja fuerte normal.

Ésta no cedió.

-¡Napo!... ¡Algo para hacer palanca!... —Napo corrió y trajo un pedazo de caño de gas, como de 1,50 m. de largo.

-A ver, con esto. —masculló. Él mismo lo pasó por la manija y apoyó la otra punta encima de uno de los baúles de los buzos. Los dos se prendieron y tiraron para arriba.

-Vamos... ¡Hooop!... Otra vez. ¡Hooop!...

Al tercer tirón la tapa cedió con un crujido. Napo retiró el caño y Enrique la levantó con las dos manos.

-A ver, qué hay aquí. —dijo.

Todos se quedaron mirando la superficie lisa y oxidada que había una pulgada debajo de la tapa. Siguiendo su contorno, sobresalían de ella dos hileras de bulones: Cien, en total. Los cuales estaban, también, cubiertos de óxido. Sobre dicha superficie había, aún, un charco de agua, como de un centímetro de profundidad. Era la segunda tapa de la caja; pero ésta se hallaba firmemente atornillada.

-¡Qué lo parió, che!... —exclamó Enrique, golpeándose un muslo—. Ésta es la verdadera tapa estanca.

-Ya me parecía. —dijo Klaus. —La primera no era hermética.

-Pero, esta sí... eh. —Enrique empezó a contar los bulones—. ¡Fijate qué bulones!... Seguro que aprietan una o varias juntas de goma o alemite con pegamento. ... Cien. —dijo, cuando terminó de contar. —Y deben estar duros como cemento. —añadió.

-¿Cómo te parece que hagamos"... —preguntó Klaus, mirándole.

-Solo queda ponerles "Penetrit", a rolete, e irse a descansar. Mañana usaremos las llaves de tubo y, en todo caso, prolongaremos el brazo de palanca con un cacho de caño, si alguna todavía está muy sujeta. Pero... despacito, despacito, eh... —aclaró.

-Sííí... —terció Napo—. A ver si por apurarnos cortamos la cabeza de alguno de los bulones. Entonces sí que nos arrancamos los pelos...

-Napo. ¿Te encargás vos?... —Enrique le alcanzó los trapos con los que se había limpiado las manos—. Tomá, que alguien seque bien el agua que queda, y después le ponés el Penetrit.

-Andá tranquilo, yo me encargo. —Napo se cebó un mate con el termo.

-Bueno, yo voy a ver si como un poco... ¡Doble guardia, eh!... —dijo, levantando el dedo—. Che... —Enrique se dirigió, vagamente, a Klaus y a las chicas—, ¿no tienen hambre?...

-Sí, pero, primero... ¿Qué tal una copa?... —el alemán hizo, con la mano, el gesto de "tomarse una copa".

-Me anoto. —dijo Enrique, repitiendo el mismo ademán.

A la nohcecita, llegó por radio la noticia del hundimiento del Belgrano. Primero captaron el llamado general, alertando acerca del naufragio, y, mas tarde, desde Ushuaia, se pusieron directamente en contacto con la expedición, para advertirles que estuviesen atentos a la mañana siguiente.

Muchas naves convergían ya sobre el sector, les explicaron, pero existía la posibilidad de que el área de dispersión de las balsas fuese grande, e incluso, de que algunas llegasen hasta la Isla de los Estados. Aunque eso era difícil.

No... Lo mejor era que no abandonasen el sitio en el que se hallaban: No tenía objeto que saliesen a dar vueltas a tontas y a locas, con un mar de 4 a 6 m. , en dos naves pequeñas, estando el Bouchard y el Piedrabuena por ahí. Tener que socorrerlos a ellos también, solo empeoraría las cosas.

Pero, en cambio, les pedían que estuviesen todo el tiempo escuchando la radio. De modo tal que, si, desde el aire, se localizaba a alguien cerca de ellos, pudiesen acudir.

Ya, mañana, habría aún mas barcos y aviones. Hasta podía ser que fuesen por la Isla de los Estados. ...Les daban las gracias. Etc...

Luego de la consternación que les causó a todos el hecho del hundimiento, convinieron en que lo mas atinado era adoptar el criterio que les sugerían desde Ushuaia: Pese a que el lugar donde había sido torpedeado el crucero no distaba mas de cien millas, era realmente muy lejos, para dirigirse allí con sus naves relativamente chicas, de noche y con mar “muy gruesa”(6). A penas si habían podido completar su trabajo de la tarde. Y eso, incluso, con condiciones no tan malas como éstas: Por momentos, la velocidad del viento alcanzaba, en rachas, los 185 Km. por hora.

-Nada que hacer, lamentablemente. —dijo Enrique, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, en un gesto de derrota—. Solo queda permanecer con la radio abierta, por lo que sea.

La charla sobre el Belgrano quitó un poco a la caja estanca y a su contenido del centro de atención. Y cuando Enrique, agotado, se fue a dormir, aún Klaus continuaba conversando con Yáñez del suceso.

-Yo no doy mas. Me voy a la cama —dijo, cerca de las doce.

-Chau. Que descanses. Yo, dentro de un rato, te sigo. —le respondió Klaus, con la pipa apagada entre los dientes.

-Bueno. Hasta mañana, entonces. —se despidió Enrique

-Hasta mañana. —contestó Yáñez.

Cuando se irradiaron los primeros avisos acerca de la infausta suerte del Belgrano, éstos también fueron captados por los elementos del K.G.B. acampados en las estribaciones de Los Tres Gorosito, y por los americanos del Tres Puntas. Paralelamente, la noticia llegó, por el mismo medio, al Krásniy Sókol, al Shchúka, y al submarino americano que servía de apoyo a Andy Mc Callum y a su gente. Particularmente en este último, el Golden Oak, la situación fue embarazosa:

Era, de las unidades involucradas en la operación, tanto soviéticas como estadounidenses, la que mas cerca estaba del área donde se movía el G.T.3. Eso significaba que, en cualquier momento, algún barco argentino podía detectarlo y atacarlo, confundiénolo con una unidad británica.

El capitán decidió, pues, moverse; acercándose, por su cuenta, un poco mas, hacia Bahía Vancouver.

Las actitudes de ambos bandos, fueron, como era de esperarse, inicialmente, iguales. Al menos, en esencia. Aunque, enseguida, se fueron perfilando en ellas matices prácticos que las diferenciaron.

El coronel Makárov había pensado atacar El Orejano esa misma noche, cuando la expedición estuviese entregada al sueño. La gente de Los Tres Gorosito estaba lista y solo esperaba su orden, para cruzar los cuatro kilómetros de bosque que los separaban del fondeadero, y abordar, con botes de goma, a las dos naves dormidas. Así que la noticia de que el Belgrano había sido echado a pique le cayó como un puñetazo en la boca del estómago.

Todos los planes podían irse al diablo en un abrir y cerrar de ojos, dado que Moscú debía ser informada, por él mismo, inmediatamente, del suceso; y, muy probablemente, entonces, suspendiese la operación en el acto. ...O, al menos, la demoraría, para evaluar; lo que era lo mismo. El área, repentinamente, se había transformado de “zona caliente” en “zona en llamas”.

El coronel sabía que aún tenía unas horas por delante, para actuar sin correr el riesgo de que apareciesen unidades argentinas de rescate. Pero también sabía que a 40.000 Km. de distancia no se ven las cosas tan claro; aunque el que debiera juzgarlas fuese el propio Tupólev. Suponiendo que éste aceptase tomar toda la responsabilidad sobre su cabeza.

“No” se dijo “Aunque no la anulen del todo, atacar mañana mismo ya puede ser tarde” Y por un momento estuvo tentado de no informar y de lanzar sus hombres, enseguida, sobre la expedición; tal como lo había planeado.

Mirando en torno, se preguntó si la gente lo respaldaría en su declaración, si decía que no se había enterado de lo del Belgrano: Era pueril, estúpido -recapitó, finalmente;- nadie, en mil kilómetros a la redonda, hubiera podido dejar de enterarse. Es más, en Moscú ya debían estar enterándose del suceso por otras cien vías distintas.

En cuanto a actuar no concediéndole importancia al hecho: Pondría, también, su cabeza en una fuente. Y se vio escribiendo a máquina en la delegación del K.G.B. en Tómsk, ...o en la de Bakú; por decir un lugar de esos... De sacarla barata, naturalmente. No tenía escapatoria, concluyó al cabo de un largo rato.

-¡Patzak!... —llamó, poniéndose de pie.

-¿Coronel?

-Ábreme un canal directo con Tupólev. —dijo, y se sentó, poniéndose los auriculares.

A las 6:00 a.m. del 3 de Mayo, Valérián Makárov se encontraba tirado en su cama, mordiendo la boquilla de un cigarrillo apagado.

Tal como lo había previsto, su jefe había ordenado suspender la operación, hasta evaluar el grado de actividad en el contorno... y todo lo demás.

No se podía correr esos riesgos... Sí, el director del K.G.B. comprendía, mas que él, que el tiempo se terminaba. Pero, un paso en falso dejaría a la Unión Soviética peor que a los yanquis: <<Figúrate, Valérián: Pescados en aguas argentinas, durante un ataque a dos barcas argentinas... ¿Tan seguro estás de que todavía no hay nadie allí? ...Hum. Eso es lo que vamos a chequear. Tú sabes que esto del U538 me importa mas que a ti... Es mi invento.>>. Makárov no insistió.

A las 2 a.m. había vuelto a llamar a Moscú. Pero, todavía no había respuesta alguna.

De pronto se quedó dormido; mejor dicho, cayó en un sopor sin sueño, lleno de cansancio y olvido...

-¡Coronel!... Camarada coronel. —la voz de Pátzak lo trajo de nuevo a la superficie. El oficial lo sacudía violentamente. Había dado la orden de que lo llamasen ante cualquier novedad.

-¿Qué pasa?...¿Qué hora es?...

-Llama el camarada Tupólev... y, son las 7:50 —dijo Pátzak, mirando su reloj.

Saltó de la cama, donde se había echado vestido, y siguió a éste por el pasillo.

-¿Las 7:50, ya?...¿Estás seguro?

-Seguro, camarada coronel.

Makárov hizo el cálculo mental rápidamente: “Suponiendo que me den luz verde ahora; cuando termine de hablar van a ser casi las 8:00”. Había movido a sus hombres hasta el lado norte del fondeadero. Sobre todo, para vigilar que los americanos no se adelantaran: Tenían que marchar 500 m. para llegar al agua. “Si ordeno el ataque a las 8:00, van a estar frente a las naves con la luz del alba”. Ese día, aunque el sol saldría a las 8:38 a.m., el amanecer daría comienzo 7:55 a.m.; es decir, que no podrían ya acercarse sin que los vieses llegar: Lo único que obtendrían sería una granizada de balas. El Werder ese, no era de los que se chupaban el dedo.

Por lo que sabía, los yanquis tampoco habían hecho nada, todavía. “Deben tener, también, su buen problema.” Pensó.

-¿Cómo está el tiempo? —preguntó, volviéndose hacia el joven oficial.

-Malo, pero mejorará: Tenemos mar gruesa, el viento a 40 nudos, con rachas de 60 nudos, pero... mejorando. —el muchacho parecía de la oficina meteorológica. Mas, era optimista.

-¡A la mierda!... —dijo Makárov.

-¿Coronel?...

-¡Nada!... —respondió, de mal modo. Pátzak siguió caminando en silencio.

-¡Aquí, Makárov!... —gritó, casi con rabia, por el micrófono. En vez de intercambiar cifrados, en casos como éste, que requerían del diálogo, utilizaban la radio; pero con una mezcladora especial, que tornaba ininteligible la conversación para cualquiera que la captase.

-¡Aquí, tu tío Yúry!... Oye, Valérian...¿se me escucha bien?

-Sí, lo escucho, camarada.

-Bien, muchacho: ¡Máquinas adelante!... ¿Entendido?... Según lo conversado.

Tupólev había, finalmente, conseguido -por medio del Gral. Krílov- suficiente apoyo de las fuerzas armadas, como para intentar la desesperada aventura, sin arriesgarse a una consulta con el Politburó. Aunque, ciertamente, la gestión le había llevado tiempo.

-Camarada... Está amaneciendo, ya. —fue la desazonada respuesta de Valérian Makárov.

-¿Y?...

-Tenía planeado atacar de noche. Ahora, mis hombres saldrían al descubierto con la luz del día. Ni siquiera podrían poner un pie en las naves... si procedemos según lo conversado.

-Ah, sí, comprendo —dijo Tupólev—. Bueno, Valérian... Y, ¿entonces?... ¿Puedes esperar hasta la noche? —añadió, con voz recelosa.

-No lo creo... Pero tengo un segundo recurso... Para aplicar dentro de un rato. Aunque no se lo puedo explicar. Sería muy largo... —hacía dos minutos que una idea había empezado a bullir en el cerebro del coronel Makárov—. Déjelo por mi cuenta.

-Bien, confío en tu juicio. —convino Tupólev, luego de una pausa—. ¡Adelante, entonces, coronel Makárov!... Y, buena suerte...

-Entendido, camarada... gracias. Cambio y fuera.

-Cambio y fuera.

El receptor trajo solo los ruidos del espacio. Por un instante, el coronel permaneció con los auriculares colocados.

“Tan simple” pensó “Sí, no... Listo. ¡Adelante!... ¿Para qué carajo habrá demorado tanto?...” Pero, era ocioso preguntárselo. Tal vez había tenido que consultar arriba, en el Kremlin. Tal vez había encontrado gran oposición. “No debe haber sido sencillo, después de todo” se dijo.

En eso vio pasar a Mísha, con una taza en la mano, rumbo al samovar eléctrico.

“¿Opondrán, en realidad, resistencia, los de la expedición?” se preguntó. Estaba seguro de que, como fuese, los yanquis sí pelearían... Era mejor: le debían tres hombres.

Misha volvió con la taza llena, dos minutos después.

-¡Misha!... —el muchacho se detuvo en seco y salpicó té en el piso.

-¿Coronel?... —dijo, arrastrando las sílabas. Valérián Makárov encendió el primer cigarrillo.

-¿Hay pintura celeste y pintura blanca?

-¿Pintura, coronel?... —el oficial lo miró como si le hubiese dado un súbito ataque.

-¿He dicho mierda, acaso?... Dime. ¿Dije pintura o dije mierda?...

-Pi... pintura... celeste y blanca. Camarada coronel...

-Bien. ¿Hay o no hay?

-No... no sé... —el joven teniente, con el té en la mano y su nuez de Adán que subía y bajaba, se veía realmente cómico. Makárov se echó a reír.

-Bien... ven. Vamos a ver si hay pintura. —le dijo, y lo tomó del brazo.

El Tte. Mijaíl Pastúj depositó la taza de té en un escritorio y se dejó guiar por el coronel; mientras lo miraba de reojo, como si éste, de veras, hubiese enloquecido de pronto.

Andy Mc Callum, en realidad, no tuvo que abrir comunicación para consultar nada con nadie, luego del hundimiento del Belgrano. En ese aspecto, él fue, en la primera parte de la noche del 2 de Mayo, el hombre mas libre del mundo... O tuvo la impresión de serlo, al menos: El director de la Agencia había aceptado a Disney como enlace de la operación en Langley. Lo que había aprovechado para ocuparse de otros asuntos, dejándole todo el peso de la tarea a éste.

Michael Disney no había, empero, sido investido con autoridad ejecutiva alguna. Por lo tanto, Andy tenía, en la práctica, la responsabilidad real en sus manos: Disney seguía siendo el único con el cual hablaba, pero, técnicamente, era un subordinado suyo. En consecuencia, le costó mucho menos esfuerzo que a Makárov concebir la idea de no solicitar instrucciones.

Por supuesto que, de haber querido descargar el peso de la decisión sobre el director, hubiera podido ponerse en contacto con él de inmediato: La existencia de Disney, como nexo, no implicaba, en modo alguno, que estuviese obligado a tratar las cosas a través de éste; más aún, considerando que había sido propuesto por él mismo. Pero, no era el hecho: No estaba interesado en deslindar responsabilidades, sino en apropiarse de las fórmulas de una vez por todas.

Ya habían habido suficientes dilaciones al principio. Y, al fin de cuentas, se hacía cargo de que allá, en Langley, el tema del submarino no podía sonar tan real como en la Isla de los Estados. Ni siquiera a los oídos del propio director de la C.I.A..

Él, Andrew Mc Callum, estaba aquí. Y él había tenido presente este asunto durante muchos años: La casualidad, si se quiere, lo había llevado a tomar contacto con el caso,

allá en Alemania, y todo este tiempo, llevando la idea latente dentro de sí, no se podía traducir en palabras; era totalmente intransferible. Por eso, no lo culpaba al director por el hecho de no compartir -como era obvio- su mismo nivel de interés por el U538. Pero tampoco quería correr el riesgo de que una consulta diese lugar a titubeos. Menos aún, sabiendo que los titubeos, en estas últimas horas, serían suicidas... Y, no cabía la menor duda de que, en la gente de Langley, en este momento, pesaba más el problema del Atlántico Sur que el secreto del submarino.

En cuanto a Mike Disney: Era su amigo y había hecho todo lo posible por ayudarlo. Mas, esta no era una decisión que tuviese que tomar él, ya que, aunque el viejo Mike había entendido, como nadie, la importancia del descubrimiento alemán, podía tener su corazón dividido:

Puesto en la situación de arriesgar que un comando americano fuese sorprendido, por un barco de rescate, cometiendo un acto de flagrante piratería, en perjuicio de las dos naves de una expedición argentina... Bueno, francamente, no sabía qué opinaría Disney al respecto. Sobre todo, en las presentes circunstancias. Además, era imposible pensar en cargar el cofre estanco; y, el abrirlo, in situ, les llevaría su tiempo -lamentablemente no tenía ni idea de cómo fuesen sus cierres- y, en el ínterin, podía aparecer una de las unidades que buscaban a los naufragos. Incluso habían dicho, por radio, que era posible que llegasen hasta allí por la mañana.

Pero, de todos modos, era de balde hacerse preguntas acerca de lo que podía decir Disney. La decisión no la tomaría éste, volvió a decirse, sino él, en persona. Así que, evitó consultas y se preparó para actuar a medianoche.

Todo marchó sin inconvenientes... Solo que, a las 10:00 p.m., la voz del propio director de la Agencia llegó por el sistema de comunicaciones.

-Andy... Muchacho. ¡Pare todo el jaleo ese, hasta que aquí, en Langley, sepamos bien qué es lo que está pasando!... ¿sí?...

No hubo protestas que valieran. Así fue que Andy Mc Callum, como Hernán Cortés, tuvo también su “noche triste”.

El Lunes 3 de Mayo, los diarios de Buenos Aires daban cuenta del hundimiento del Belgrano. Mientras, en el área de los acontecimientos, unidades navales y de la Fuerza Aérea protagonizaban una búsqueda intensiva de naufragos; que iba a prolongarse por cuarenta horas.

En Puerto Vancouver, por la mañana, la expedición en pleno se encontraba, otra vez, reunida en el cuarto de los buzos. Es decir: los elementos más importantes de la misma; puesto que, puertas afuera, en ambos barcos, una desusada cantidad de gente montaba guardia desde la noche; relevándose en turnos de cuatro horas.

Esperaban una probable intervención -rusa, según el fuerte indicio aportado por el silenciador- Aunque, ciertamente, no tenían nada en claro qué la motivaría en realidad.

El propio Klaus había insistido en ocuparse, personalmente, de la seguridad general, en este caso; y Enrique estuvo de acuerdo, ya que pensó que dicha tarea era más especialidad del alemán que de sí mismo. Además, le produjo un verdadero alivio el poder desprenderse de una carga anexa a las muchas que ya tenía.

El líquido había obrado su efecto sobre el óxido de las roscas, y, muy despacio, con cuidado de no romper ninguno, Napo fue, él, personalmente, sacando, uno a uno, los cien tornillos.

Algunos de ellos chillaban sonoramente, y Klaus pensó que el ruido era igual al que hacían los pajarracos que, desde temprano, volaban en torno a El Orejano.

Miró hacia el exterior y vio a Yáñez recargado contra el marco de la puerta abierta. Afuera, los flojos rayos de un sol pálido, que se ocultaba de a ratos, pugnaban por atravesar una neblina tenue y helada. Se sacó la pipa apagada de los labios y la guardó en uno de los bolsillos de su gabán.

-Bueno... Ya está. —dijo Napo, con alivio; cuando, media hora después, enseñó a todos el último tornillo.

-Probá. A ver si está muy pegada. —le indicó Enrique.

-Vamos a ver. —Napo metió la mano en una anilla que había en el centro de la tapa, y tiró.

-Pegada... Debe estar asentada sobre goma o alemite, no más.

-Sí... Y debe estar repodrida. —dijo Enrique, y le alcanzó un martillo—. Tomá, andá golpeando un poco alrededor, que yo paso el caño por la argolla para hacer palanca.

Un rato después, luego de unos buenos golpes de Napo Cabezas, y mientras Enrique hacía palanca, cedió con un campanazo. Napo tomó el otro extremo del caño y, entre los dos, levantaron la tapa; que se elevó arrastrando restos de lo que parecía una banda de goma o corcho ennegrecido.

La pusieron a un costado, mientras todos los ojos caían sobre el interior de la caja. Enrique, seguidamente, metió las manos en ella y retiró una plancha de algo parecido al fieltro; pero, mas duro, y completamente seco; que, evidentemente, servía para mantener ajustado al contenido del cofre y que no bailase adentro.

La exclamación fue general. El irresistible amarillo del oro estalló bajo los rayos anémicos del sol -que, al sesgo, entraban por la puerta- como si los lingotes recién hubiesen salido de la fundición: No estaban empañados por ninguna pátina.

-¡Mi Dios! —dijo Erika, y su voz sonó mas grave aún que de costumbre.

-Es estanca de veras. —comentó Enrique—. Aquí no entró humedad. Luego, todas las voces estallaron al mismo tiempo...

El oro estaba en lingotes de 1 Kg.; acomodados y perfectamente encajados uno con otro. De modo tal, que llenaban el cofre formando una masa casi compacta; salvo por un compartimiento, en uno de sus extremos.

Éste consistía en una simple división hecha con una planchuela de hierro de $\frac{3}{4}$ ", fuertemente soldada a las paredes interiores del receptáculo.

El compartimiento tenía unas 4" de "luz" y estaba totalmente ocupado por una caja de cuero, bastante bien conservado; por lo que podía verse sin sacarlo.

-Una cantidad que hay que ver junta, para darse cuenta de lo que significa. —dijo, pausadamente, Klaus.

Napo pasaba un trapo por encima de la lisa superficie de lingotes, como si quisiese sacar algunas imaginarias telas de araña.

Los demás parecían, en general, paralizados... por decir lo menos.

Se podían sentir los latidos de los corazones. Desde afuera llegaba un golpeteo lejano y rítmico.

-Esos deben ser los documentos. —dijo Enrique, tomando la caja de cuero con la punta de los dedos y sacándola. Ésta no tenía cierre alguno, y con solo levantar la tapa quedó a la vista una especie de carpeta de tapas negras, muy gruesas.

El golpeteo que llegaba del exterior se hacía cada vez mas fuerte y cercano. Yáñez se dio vuelta y miró hacia atrás. Enrique parecía no sentir nada. Levantó la tapa de la carpeta mientras Klaus se le acercaba.

-“Kapseln”. —leyó en alemán y tradujo—: “cápsulas”... —y frunció el ceño con aire de perplejidad. Con la vista descendió hacia la mitad de la página, donde empezaba un largo subtítulo explicativo.

El ruido de palas de helicóptero se hizo inconfundible y atronador. Enrique levantó los ojos, oyendo por primera vez.

-¡Helicópteros!... —gritó Yáñez, que ya estaba afuera, mirando hacia arriba. —Son los de rescate... Están buscando náufragos del Belgrano. —agregó.

Enrique echó una manta sobre el tesoro y salió, seguido por Klaus. En cubierta, se quedaron mirando como los dos aparatos evolucionaban; uno de ellos estaba sobre El Orejano, y había descendido a no más de tres metros sobre aquella. En el fuselaje verde oscuro se veían claramente las marcas identificatorias: La escarapela argentina y el ancla, que lo señalaban como perteneciente a la Armada. En uno de sus flancos, abierto, había hombres parados.

Tres... cuatro, apiñándose en la puerta, contó Enrique. Uno de ellos saltó...

Aquél lo notó cuando estaba en el aire: El hombre llevaba colgado delante del pecho un fusil ametrallador “Kalashnikov”...

Después, todo sucedió en una fracción de segundo: El dato del fusil fue registrado por Enrique, pero, durante unas centésimas, no fue interpretado por su cerebro. Luego. Un golpe de viento le volcó un mechón de pelo sobre los ojos, y, al echar la cabeza hacia atrás para sacudírselo, reparó en que el helicóptero era también ruso. Había sido repintado con las insignias de la Armada y la cucarda argentinas, pero era, indudablemente, un “Kamov-KA 25” (Hormone, según la nomenclatura N.A.T.O.).

Como una máquina llevó la mano a la pistola “Walter P.38”, que llevaba desde hacía días debajo del gamulán; mientras se arrojaba al suelo, gritando:

-¡Son rusos!... ¡Fuego!...¡Abran fuego!...

Al tiempo que disparaba desde el piso, abarcó la situación en un instante y se dijo que la tripulación lo había superado esta vez.

La mente, absorta en el oro y los documentos, le había funcionado un poco más lentamente que de costumbre. Además -se disculpó- venía de adentro.

Lo cierto es que cuando gritó “fuego”, una descarga proveniente de varios lados recibió a los rusos; como si sus hombres -y los de Klaus; ciertamente- hubiesen estado esperando la orden; como si hubiesen advertido, antes que él, que el que se acercaba era el enemigo.

Las chicas habían sido arrojadas al piso por Kruger, que, ahora, en el exterior, echado sobre cubierta, disparaba con un “Magnum”44 de caño largo.

Erika había quedado tendida, con medio cuerpo afuera del cuarto de buzos, y, por el espacio que dejaba libre el cuerpo de Kruger, pudo ver a un ruso, que era alcanzado en plena cara por un proyectil de los disparados por aquél: El rostro del hombre se deshizo ante sus ojos, con el impacto demoledor de una bala expansiva en plena nariz.

-Oh... No. —dijo la muchacha, con voz ahogada, y bajando la cabeza aplastó su rostro contra el piso; mientras subía a sus labios un vómito amargo como el veneno.

Una ráfaga de Kalashnikov destrozó los vidrios del recinto. Varios trozos de los mismos cayeron sobre sus espaldas y las de Ren, que permanecía adentro, también tirada en el suelo.

-¡Por tierra!... ¡Al oeste!... —se oyó la voz de Napo; mientras se sentía que hacían fuego desde la costa, y el sonido de las paletas seguía atronando el aire, mezclado con los disparos cada vez más nutridos.

-No... Y no puedes fumar... —Andy Mc Callum rechazó con gesto hosco el ofrecimiento de Murphy; que se quedó con el paquete en el aire.

Se había trasladado con sus hombres a una posición adelantada, situada cincuenta pasos antes del límite de los árboles, y a pocos metros de la desembocadura del chorrillo; en el extremo oeste del fondeadero. Desde allí, podía vigilar con toda comodidad y sin ser visto, a las dos naves que se balanceaban en la cala.

Murphy quiso iniciar una protesta, pero lo hizo callar con un ademán que, inequívocamente, significaba “silencio”. Por encima del graznido de las “gaviotas dominicanas” había percibido un rumor que lo alertó.

-Helicópteros. —dijo Murphy, luego de un instante, guardando el paquete de cigarrillos.

En ese momento aparecieron, tocados por el vano sol, dos helicópteros verdes que asemejaban enormes insectos ruidosos. Venían del N.E., como de Puerto Cook; del otro lado de la isla.

Mc Callum los contempló perplejo: Tenía a los rusos sintonizados enfrente de él, al otro lado del chorrillo, como a 400 m.. Los había localizado luego de buscar pacientemente, durante la noche, con los prismáticos para oscuridad; y sabía que si atacaban, lo harían, naturalmente, por agua. Hasta estaba seguro de que se encontraban detenidos por los mismos motivos que ellos, y que tampoco harían nada hasta que se fuese la luz. En consecuencia, la llegada de los aparatos lo sumió en un momento de desconcierto.

Langley no había tomado, todavía, a estas horas, decisión alguna; y sabía que, de hacerlo en sentido afirmativo, igualmente no podrían actuar en seguida: La guardia de las naves estaba muy reforzada y, de cualquier manera, tendrían que esperar por la llegada de las sombras. En último caso, si zarpaban antes, podía interceptarlas en alta mar, con el submarino; con las identificaciones e insignias tapadas con aerosol. No opondrían resistencia ante semejante monstruo. Bloquearía sus pedidos de socorro y, consumado el acto de piratería, la culpa se la llevarían los ingleses, ya que él, Crosby y Higgins imitaban perfectamente el acento británico. Los demás no tenían necesidad de hablar. Por suerte, el capitán del Golden Oak había sido puesto, enteramente, a sus órdenes.

El escándalo sería mayúsculo, naturalmente, pero, éste era solo un último recurso; al que no usaría sino en circunstancias desesperadas. Una cosa era que un comando de hombres sin insignias abordasen un par de naves, y muy otra que éstas fuesen detenidas en el mar por un submarino atómico, aunque tampoco llevase identificación: Cualquier grupo de aventureros puede hablar inglés o castellano, con acento, como lo hacían casi todos sus hombres y él mismo. Pero, ninguna banda tiene un submarino atómico. Allí se vería, indefectiblemente, obligado a echarle la culpa a otra potencia que no fuese Estados Unidos. Y, como no podían “hacerse”, creíblemente, los rusos, solo le quedaría embarrar a Inglaterra; tratando de que les saliese un buen acento de Oxford... o de Cambridge, al menos: Una mancha mas al tigre, o al león en este caso, no alteraría demasiado su figura, dadas las circunstancias. Mas, ciertamente, era preferible no llegar a tales extremos.

Bajo la protección de los árboles que bajaban por la falda N.E. del Tres Puntas, presenció como los helicópteros se acercaban a las naves.

Cuando viraron para ponerse de través sobre las cubiertas de El Orejano y de La Zarzamora, distinguió las insignias de la Armada Argentina.

-Esto no tiene aspecto de rescate de naufragos. —dijo en voz alta—. Vienen directo aquí... ¡Los hijos de puta le han avisado al gobierno!... Han usado una frecuencia especial... —añadió, retorciéndose las manos con desesperación.

Murphy y Higgins, que estaban a su lado, tenían la cara larga como quien ha sido notificado de que el billete premiado, que se ha presentado a cobrar, es falso. Los demás, un poco mas atrás, callaban.

-Sí, eso debe ser... ¡Maldita sea!... —prosiguió Andy—. Ya sabía que, de un modo o de otro, iba a ser tarde si no atacábamos anoche mismo. Ahora viene la Armada, seguramente a llevarse los papeles...

-Sí, en realidad, es así. Todo ha sido inútil. —agregó el bostoniano, con la voz quebrada.

-Lo único, que los rusos también se jodieron. —Murphy esbozó una sonrisa tímida, mientras se animaba con su premio consuelo. Andy tuvo ganas de pegarle una trompada. En cambio dijo, dirigiéndose a Higgins:

-Aunque, no me esperaba esto de Klaus Werder.

-Cierto. ¿Qué bicho le habrá picado?... —convino aquél. Las personalidades de los integrantes de la expedición eran, a estas alturas, conocidas por todos, como si fuesen miembros de la familia. Los sucesivos informes cifrados que les habían llegado, con respecto a éstos, y la propia observación directa, les habían brindado, con el tiempo, un panorama bastante aproximado en este sentido.

Mc Callum, sumido en la mas profunda de las depresiones, pensó, mientras observaba los movimientos de los helicópteros, que, seguramente anoche mismo habían abierto la caja y llamado a la marina.

Pero que, de todos modos, él podría haber tomado las naves a medianoche, de saber esto, yéndose de allí con ellas, a toda máquina, al encuentro del submarino; y, para no tener necesidad de abrir la caja, cargarla directamente en el Golden Oak, por medio del aparejo. Era también una variante peligrosa, ya que se habría mostrado igualmente al sumergible atómico en superficie y tendrían que haberse fingido ingleses del mismo modo. Pero, al menos, habrían cumplido su misión...

“Si no hubiese sido por aquellos infelices de la Agencia, que aún continúan deliberando... ¡hijos de puta!...” se dijo, con amargura.

Así estaba, cuando escuchó, claramente, por encima de los paleteos, el grito de Enrique.

-¡Son rusos!... ¡Fuego!... ¡Hagan fuego!...

Y, de pronto notó -como Enrique- que los aparatos que estaba viendo eran rusos: Kamov-KA 25 (Hormone). Evidentemente, reformados, pero inconfundibles. Las fuerzas armadas argentinas usaban “Sikorski” o “Chinook”.

No pensó nada en ese momento... Tampoco cabía pensar nada... Solo que el gran viento de las cosas había empezado a rugir con fuerza y que las hojas debían danzar con el viento.

-Son rusos. —repitió, mirando a sus hombres, como explicándoles—. ¡Vamos!... ¡Pronto, a la carrera!... —gritó, finalmente, reaccionando... y se puso a correr los cincuenta metros que los separaban del mar, a los saltos y con una Ingram colgada de su hombro derecho.

La idea que se le había ocurrido al Cnel. Makárov, mientras hablaba con Tupólev, era, en definitiva, bien simple: Un par de escarapelas argentinas, insignias navales y falsos números de serie. De este modo, los dos helicópteros del Krásniy Sókol, podrían presentarse en Puerto Vancouver cargados con tropas del K.G.B., pero, haciéndose pasar por pertenecientes a la Armada Argentina. Al menos, durante los instantes críticos previos a la irrupción.

-Espero que no noten, de entrada, la diferencia de modelo. —le había dicho a Misha, que contemplaba entusiasmado como los pintores de a bordo disfrazaban en tiempo record los dos aparatos.

Los pinceles, sopletes y plantillas, no hacían un trabajo demasiado prolijo, por cierto, y algunas torceduras en las letras eran inevitables; pero, pasarían inadvertidas a diez metros. Demasiado bien, por hecho en $\frac{3}{4}$ de hora.

-La idea, es que nos tomen por helicópteros de rescate que buscan náufragos del Belgrano. —dijo el coronel.

Mísha asintió en silencio. Luego reparó en el “nos tomen” y miró a Makárov..

-Hasta que saltemos sobre la cubierta, al menos. —aclaró, este.

-Pero, ¿Vd. va a venir?...

-Iré... en efecto.

-Pero yo creía que debía quedarse aquí.

-No quieres que te quite la gloria...¿eh? —le dio a Mísha un codazo en las costillas.

-No, camarada... Es un gran honor.

-Ahórrate los discursos, nene. Voy, aunque revienten todos ustedes. —explicó, y pegó media vuelta, encontrándose frente a Nádia. —¿Qué diablos haces aquí?... —le preguntó, sorprendido.

-Así que irás...¿eh? —la muchacha había estado escuchando, y no la oyeron venir a causa del ruido de los sopletes.

-Teniente Vasiliévich...

-¡Teniente, un cuerno!... —le dijo ella, poniendo los brazos en jarras; mientras Mísha se quedaba petrificado. Solo se movía su nuez de Adán—: Tienes órdenes expresas y permanentes de Tupólev de no ir personalmente, nunca, a la línea de fuego.

-¡A la mierda con él!... —exclamó, bruscamente, Valérian Makárov—. ¡Aquí mando yo!... —esto último era una bravata, a todas luces.

-Te la pasaste, hace poco, dándome una perorata de dos horas, acerca de por qué es totalmente lógica la actitud del “viejo”; que te prohíbe ir en persona a los operativos, para que conserves el control de la central. Me endilgas el cuento de que ya hay otros más jóvenes, que deben probar su capacidad de acción sin tu guía... y que patatín y que patatán...

-La situación es ahora distinta y totalmente especial. —la interrumpió. Nádia no lo oía.

...Y, basta que huelas un lindo enredo para que vayas a meter la cabeza como un irresponsable. No sea que vayas a resultar ileso...¡Qué cobardía!...

-¡Son mis hombres!...

-Y, yo, ¿soy una de las putas de Odessa?... —la voz de Nádia se le ahogó en la garganta. Tenía un lenguaje de taberna, cuando quería, pensó el coronel Makárov—.

¡Vamos. Héroe de la Unión Soviética!...¡A hacerse matar a gusto!... Así que, ya habías tenido bastante de esto...eh. ¿Por qué no vas tú solo, nadando?...¡Idiota!...

-Camarada Nádia. Le ordeno... —Valérian Makárov miró a Mísha—. Teniente Pastúj. La teniente Vasiliévich está bajo arresto. Condúzcala a su habitación...

La voz de Nádia parecía el silbido de una serpiente, cuando se dirigió a Misha:

-Si te atreves a ponerme una mano encima, te mato. —retrocedió un paso y tomó una llave inglesa que estaba tirada en el piso.

Mísha miró a Valérian.

-A que no te atreves, pendejo de mierda... Terror del colegio. —lo desafió Nádia—.

¿Saben una cosa?... —se dirigía a ambos, ahora—... Me tienen harta todos ustedes...¡No tienen idea de cuánto!...¡No tienen idea de cuánto! —repitió, y se los quedó mirando, mientras los dos hombres permanecían parados donde estaban, sin saber qué actitud tomar.

Finalmente, Nádia dejó caer la llave inglesa al suelo. El ruido hizo que los pintores, que estaban como a veinte metros, se diesen vuelta. La joven se tapó la cara y comenzó a sollozar.

-Nádia... —Valérian Makárov le acercó una mano.

-¡No te me acerques!... ¡Ojalá revientes, viejo boludo! (¡stáriy durák!). ¿Quién crees ser?... ¿Paul Newman?... Jugándola de rostro impenetrable. —pateó la llave, giró sobre sus talones y se fue corriendo.

El coronel Makárov y el teniente Pastúj, no atinaban aún a moverse. Los pintores habían vuelto a su tarea. El penetrante olor a Thinner, que llegó con una nube de pintura pulverizada, hizo que aquél tosiese.

Eso lo sacó de la parálisis en la que lo había dejado la escena de la chica. En principio no quiso mirar a Mísha; luego, dijo lentamente:

-Ni una palabra de esto a nadie... Ni una sílaba. —se volvió hacia el teniente, señalándolo con un dedo amenazador—. ...Una letra. ¿Me oyes?... Una letra, y te mueres.

-Sííí, camarada coronel... ¡Quédese tranquilo!... —el tono de Mísha había cobrado, de pronto, un aire de complicidad que no le gustó nada. Volvió a mirarlo, y en el rostro del muchacho vio un gesto divertido.

-Es muy bonita... ¿eh?... Debería hacerle caso, coronel. ... Total...

-¡Camina, imbécil!... —le espetó, y acto seguido lo echó por delante de un rodillazo en el culo.

“Malditas mujeres... Todas son iguales.” Se dijo “Han nacido para corromper todo orden... Como la Eva del paraíso.” Aunque, eso del paraíso lo ponía como una alegoría, claro. —se disculpó.

Despidió a Mísha hasta la hora de la reunión y se dirigió, totalmente fuera de sí, al camarote.

Abrió violentamente y avanzó a tientas para encender el velador. La lámpara central se había quemado el día anterior.

Al pasar frente al baño, vio luz por debajo de la puerta y sintió correr agua. Se detuvo, sorprendido, y, luego, haciendo girar el picaporte sin ruido, miró hacia adentro por la hendidura. Nádia había dejado de llorar y estaba lavándose la cara.

Media hora después, a las 9:30 a.m., Valérian Makárov y sus hombres volaban hacia Puerto Vancouver.

La sorpresa que el coronel había pensado lograr con los helicópteros estuvo a punto de resultar cierta, pero el grito de Enrique y, más aún, el estado de alerta de las tripulaciones, dieron al traste con los planes del K.G.B..

Puede decirse que la operación fracasó cuando el primer hombre aún no había tocado la cubierta.

Después, todo se desarrolló en un lapso de tiempo sin importancia. Como todos esos sucesos que suelen desplegarse en segundos o minutos; pero con valor de horas. Según se los mire de adentro o de afuera.

No fue un intento de copamiento estúpido: No esperaban ser recibidos a tiros con el disfraz que llevaban. Y tampoco fue del todo lógico que ocurriese. Pero, se dio así.

El primer hombre que saltó logró evitar la bala de Enrique -un tanto tardías-, pero cayó abatido por el fuego que venía desde el puente; donde estaban parapetados dos tripulantes.

El segundo llegó a tierra, muerto, y un tercero, que había saltado casi al mismo tiempo que el anterior, llegó al piso y se lanzó hacia delante disparando con el AK-47 ametrallado. Ese fue el que recibió el disparo de Kruger en el rostro.

Ninguno más logró poner, vivo, un pie sobre El Orejano.

Klaus y Enrique dispararon hacia arriba ni bien se vieron libres en tierra, y los demás los imitaron.

El helicóptero, que continuaba suspendido a 3 m. sobre el crucero, recibió una tupida cortina de fuego, que, aunque no era de armas automáticas, produjo un efecto similar, dada la concentración del mismo.

El coronel Makárov y Mísha, que ya estaban en la puerta, fueron alcanzados por parte de la descarga.

Mísha recibió un impacto en plena frente; que le voló media cabeza. Posiblemente de Napo; que usaba un Winchester 44, con balas dum-dum.

La fuerza lo echó hacia atrás, pero como ya estaba equilibrado en la saluda lateral y listo para saltar, sus piernas se deslizaron afuera y el peso de éstas lo arrastró -pese al manotazo del coronel, que quiso evitar que cayera-. Éste, por una fracción de segundo pudo ver la cabeza del joven teniente, y supo que estaba muerto.

Mísha se estrelló allá abajo, en cubierta, y se desparramó como un títere al que le cortan los hilos; mientras la masa encefálica salía de su cráneo como sebo fundido.

Todavía estaba el coronel Makárov viendo caer al teniente Pastúj, cuando se sintió arrojado hacia atrás: Una bala le había destrozado la rodilla.

Rodó boca arriba, sintiendo como la garra del dolor le paralizaba la pierna. Cerca de él, en el piso, uno de sus hombres se tomaba el vientre con las manos e hipaba con un gorgoteo; al tiempo que se ahogaba con la sangre que le subía a la boca, mezclada con materia fecal.

Otros dos se habían tirado al suelo y disparaban desde la puerta del Kamov; que estaba siendo perforado, totalmente, por el fuego proveniente desde abajo.

“Cuando en una irrupción la gente se echa cuerpo a tierra, el impulso inicial se ha perdido” pensó. El ruido era ensordecedor. “Sí, todo está perdido” se dijo el coronel Makárov . “Abajo están bien parapetados y el barco es de chapa de acero muy gruesa” En ese instante, una tremenda explosión sacudió el aparato y casi los arrojó sobre El Orejano.

-¡Elévense!... —alcanzó a gritar en dirección a los pilotos; mientras se tomaba la rodilla con las dos manos. Se estaba desangrando.

-¿Qué pasó?... —les preguntó, a los gritos, a los hombres que seguían haciendo fuego desde la puerta.

-Estalló el otro helicóptero, coronel. —dijo, sombríamente, un cabo uzbeko.

-¿Cómo que estalló?...¿Qué pasó?... —balbuceó, mientras sentía que se desmayaba.

-No sé. Creo que fueron los yanquis, que lo voltearon desde abajo.

“Derrota completa” pensó con amargura “¡Qué desastre!... Vaya con mi idea genial...”

-Dzórík... ¿No hay sobrevivientes?... —el Kamov, ahora, daba vueltas desde mayor altura. Desde abajo, aún hacían fuego.

-No lo creo, señor. Se han hundido enseguida. Parece muy profundo. Dos cuerpos flotan; pero están muertos... flotan boca abajo.

“Profundo... 24 metros” se dijo. Bien lo sabía él. Makarov abrió los ojos con esfuerzo y miró al capitán Górkí.

-Dzórík... Toma el mando. —le ordenó.

-Sí, camarada coronel.

-Conduce el retorno al Krásniy Sókol y di a los elementos en tierra que se repliegen... —fue lo último que articuló, luego se desmayó.

Cuando Mc Callum llegó corriendo con su gente al mar, el combate sobre El Orejano estaba en su apogeo.

Vio el intento de desembarco por parte del primer helicóptero y se dio cuenta de que no les estaba resultando fácil.

También pensó que lo más probable era que, con semejante lío a plena luz del día, todo estuviese perdido igual; como si los helicópteros hubiesen sido realmente del gobierno argentino. El estrépito debía llegar a muchas millas a la redonda, y las naves de rescate, sin duda alguna, lo percibirían; si es que andaban cerca. Además, los de Parry también contaban.

Absolutamente atrapados por la escena de Hollywood que se desarrollaba ante sus ojos, se quedaron, todos, un instante, con los pies metidos en el agua del chorrillo, mirando; sin cuidar de ocultarse.

-Mire, Andy. -Deveraux le tiró de la manga-. El otro helicóptero intenta lanzar gente sobre la goleta.

Era así, en efecto, aunque, la operación estaba dificultada, en este caso, por los palos y la jarcia firme. Pero, trataban de acercarse de costado lo más que podían.

Andy Mc Callum se dijo que, ya que todo se iría al diablo para ellos, al menos, que no se la llevasen de arriba los rusos: A ver si todavía se alzaban con el premio mayor. Descolgó su Ingram.

La Zarzamora estaba a 80 m. y el Kamov a 60 m.; bastante distancia para una Ingram. Pero, valía la pena hacer la prueba.

Corriendo por el borde sur del fondeadero, acercándose oblicuamente a la goleta, gritó: -¡Síganme!... ¡Fuego a discreción sobre el helicóptero de la goleta!

Los del aparato no notaron su llegada. De pronto, el fuego de nueve Ingrams se concentró sobre él. Andy y su equipo tenían municiones en abundancia

El helicóptero, cuando notó que le hacían fuego desde otro lado, se elevó y, dando una vuelta, se dirigió hacia ellos, mostrando el flanco abierto; por donde los hombres del K.G.B. comenzaron a disparar sobre Andy y su gente.

Con un grito ronco, el “cajun” Deveraux se desplomó desde las rocas, tomándose el pecho. Se hundió entre los “cachiyuyos” por el peso de su mochila llena de municiones. Allí, al borde, el agua era igualmente profunda -tenía como 15 brazas-; porque las montañas entraban en el mar con un ángulo muy agudo.

El helicóptero seguía dando vueltas como un abejorro sin un ala, mientras su dotación disparaba desde arriba, cada vez que enfrentaba los árboles donde se había parapetado la gente de Mc Callum.

El estruendo de los “Kalashnikov” se unía, entonces, al bajo zumbido chisporroteante de las Ingram, que vomitaban torrentes de proyectiles a través de sus enormes silenciadores.

El aparato, que después de su última “pasada” de había alejado un tanto, volvía ahora directamente hacia los árboles.

-Ahí vienen otra vez. ¡Ahora, con todo!...¡Fuego!... —la voz de Andy Mc Callum sonó desafinada como una guitarra de hojalata. Al grito de éste, los ocho hombres que quedaban dispararon a un tiempo.

-¡Le dimos al piloto! —exclamó Andersen. El helicóptero torció de costado y mostró la panza, mientras los hombres seguían haciendo fuego.

De pronto, sin previo aviso, estalló.

La onda expansiva de la tremenda explosión, llegó como una enorme bocanada de viento del desierto. Andy la sintió en plano rostro.

Luego, con el ruido de una estantería de ferretería derrumbándose, lo que quedaba junto, del helicóptero Kamov-KA25, se vino encima de las aguas del fondeadero y se hundió inmediatamente.

-Estalló el tanque. —dijo Higgins, poniéndose de pie al lado de Andy. Mientras todavía caían sobre la cala, algunos restos que habían, seguramente, volado muy alto.

-Mire, Andy... Se van. —Bob Larkin se levantó de detrás de un árbol, señalando hacia las naves.

Mc Callum pudo ver que el otro helicóptero, luego de dar una amplia vuelta, se iba; aún saludado por algunos disparos.

-Aquellos nos deben la vida. —dijo, señalando con la cabeza a las naves. Luego preguntó—: ¿Y, Deveraux?...

-Muerto, Andy. —le respondió Winny Mc Adam, al muchacho de Georgia. —No volvió a salir...

Mc Callum no dijo nada, pero se acercó al agua, junto al lugar donde se había hundido el cajun. Alzó la vista. El helicóptero ruso ya estaba lejos, rumbo al N.E.. En eso lo sorprendieron unos gritos y unos disparos.

-¡Hurrtraaaa!... —el sonido le hizo poner los pelos de punta. Salía de mucha gargantas. Era el viejo grito de guerra de los rusos.

-¡Mierda! —dijo—. ¡Los rusos de a pie!... Los había olvidado. ¡Fuego!... —gritó.

Sus hombres ya estaban echados, disparando. Aunque pareciese increíble, los rusos avanzaban con bayoneta calada. Mc Callum tuvo la impresión de estar en la segunda guerra mundial.

-Andy, son mas del doble que nosotros... y tienen armas largas. —articuló Crosby. Esta vez los soviéticos habían dejado las metralletas con silenciador en su campamento.

-Lo sé, hay que replegarse. —las balas arrancaban gruesos pedazos de corteza de árbol, con un ruido seco.

-¡Higgins!... ¡Andersen!... —gritó, para hacerse oír por encima de los disparos. —Ven gan conmigo. Nosotros vamos cubriendo la retaguardia, les dijo a los demás. Nos replegamos al campamento. ...Hey ¿tienen granadas?...

Andersen y Higgins tenían granadas... Y les sirvieron muy bien para detener a los veinte rusos, que los persiguieron como demonios drogados, por el bosque lleno de ramas podridas. Éstas parecían no querer dejarlos ir.

Corrieron desesperados, haciendo fuego y arrojando granadas, durante varios minutos. Luego, cuando sus disparos no fueron mas respondidos, se dieron cuenta de que ya no los seguían:

Los rusos habían recibido, desde el helicóptero, la orden de repliegue impartida por el capitán Górki.

En el piso del Kamov, el coronel Makárov seguía desmayado; mientras un soldado le aplicaba un torniquete por encima de la rodilla. El otro hombre -el herido en el vientre- acababa de morir.

Solo un rato después tuvo idea clara, Enrique, de la suerte que habían tenido en realidad, y de cuanto habían significado esas fracciones de segundo de ventaja sobre los atacantes. Ni uno solo de los hombres, que estaban en El Orejano en el momento de la lucha, había resultado muerto; y los heridos, se reducían a: una rozadura en el cuello de Rufrancos -era uno de los que habían estado apostados en el puente-, una pierna limpiamente atravesada, a la altura del muslo, de uno de los marinos de Klaus que estaba en El Orejano, y un superficial corte en el cuero cabelludo de Renata; producido por un vidrio, al volar, hechos añicos, los cristales del cuarto de buzos.

En cuanto a los hombres del alemán embarcados en la goleta, el destino no había sido tan benigno con ellos: Uno de los tripulantes había quedado tendido, muerto, en la cubierta de La Zarzamora -donde, paradójicamente, casi no se había combatido-, cuando, desde el segundo helicóptero dispararon una única ráfaga sobre el velero; antes de dedicarse a los atacantes de la orilla.

Pero, así eran las cosas, se dijo Enrique, y recordó la historia de un eslovaco del Cardenal Tiszo; que le había contado Hron hacía poco: Éste había muerto en el Bolsón de Bohemia, en una cocina bastante alejada del frente, alcanzado en la cabeza por una diminuta fracción de una esquirla de granada. Para colmo, de una granada caída, nunca se supo cómo, a mas de treinta metros de distancia.

Enrique se inclinó junto a Vodopivec; que revisaba los cadáveres.

-¿Son rusos, no?

-Sí... Creo que sí. —el esloveno tenía experiencia con rusos.

-“Kalashnikov” —dijo, Vodopivec, lacónicamente. —Pistolas también: “Tokárev”...

Pero, eso no dice mucho. Yo digo por caras, mejor.

-Alguna identificación. Alguna insignia.

-No... de eso, nada. Pero ¿qué esperaba Vd.?... —el esloveno sonrió.

-No entiendo, entonces, cómo usaron armas rusas...

-Porque no pensaron que podían perder... o porque no tenían americanas. —intervino Klaus, que regresaba recién de la goleta, donde había dispuesto del cadáver de su hombre. Se había acercado sin que lo oyeran, a causa del ruido del viento. Enrique se dio vuelta.

-Sí, creo que no se lo esperaban. No creo que imaginaran siquiera...

-Claro. No se les ocurrió que pudiésemos abrir fuego. Pensaron que las insignias bastaban y sobraban. Y, créeme que era la lógica. Por otra parte: ¿Quién hubiese corrido el riesgo de abrir el fuego sobre la Armada Argentina?... Hasta no sé cómo te iluminaste. Te tiraste un tute bravo, ¿eh?...

-La Armada Argentina no tiene aparatos rusos ni AK-47. —dijo, sencillamente, Enrique.

-Ha sido una suerte para todos que reconocieses el material de guerra.

-Leo las revistas especializadas. Eso es todo. —Enrique miró hacia la costa, mientras decía esto—. ¿Y, los otros? —dijo, aludiendo a los americanos que habían intervenido desde tierra.

-No sé. Se retiraron perseguidos por otros tipos, que vinieron desde el norte cruzando el chorrillo.

Los rusos, al regresar, lo habían hecho por el bosque y sin dejarse ver.

-No. Me refiero a quiénes serían.

-Vaya a saberse. Esto ha sido como una película filmada por un loco. No sé. Yanquis, tal vez... Esto me ha quemado los papeles.

-El asunto es que estamos en deuda con ellos. El golpe de gracia a la operación fue cuando les bajaron el helicóptero.

-Sí, ese fue el golpe de gracia. —dijo Klaus, mirando hacia el lugar donde se había hundido el aparato.

-A lo mejor podemos saber algo dentro de un rato. Mandé a Napo y a Kruger a sacar el cadáver del tipo ese que cayó desde aquellas piedras. —Enrique señaló el punto donde había sido muerto Deveraux.

-Ah... sí. Eso puede aclarar algo. —el alemán miró hacia donde señalaba aquél.

-¿Qué hacemos con estos tipos? —preguntó el esloveno.

-Por ahora, tápenlos con una lona... ya veremos.

En ese momento, a 40 m. del barco -casi en la costa-, Napo y Kruger emergían con Deveraux muerto. Kruger traía, además, la Ingram, que agitó en el aire. Enrique les hizo señas de que se acercasen, y los buzos comenzaron a nadar arrastrando el cadáver del cajun.

El cuerpo de Deveraux, tirado boca arriba sobre cubierta, parecía encogido. Como el agua le había lavado la sangre del pecho, vestido, no tenía señales exteriores visibles de la causa de su muerte.

Abiéndole la ropa, los orificios de los proyectiles del 7.62, tampoco resultaban muy dramáticos: Lo habían atravesado, limpiamente, sin mayores destrozos.

-Puede ser americano. —comentó Enrique, luego de revisar el armamento. —Aunque, no es el americano típico. Parece mas bien español, o italiano.

-No hay americano típico. —replicó Klaus—. El último fue Allan Ladd.

-En fin. El arma es americana. Las municiones también. —Enrique meneó la cabeza, dubitativo.

-Es decir, que puede ser cualquier cosa. —dijo el alemán, que sacó la pipa y comenzó a llenarla con tabaco.

-Sí. En definitiva, sí... Pero yo creo que es americano. —Enrique se incorporó.

-¿Por?...

-Porque...¿qué otros van a competir con los rusos por la posesión de esos documentos?...

-No sé si compiten por esos documentos.

-Y, ¿por qué si no?...

El alemán no respondió.

-No te quepa duda de que la respuesta a todo esto está en esa carpeta. —prosiguió Enrique. —Y, ya que hablamos de ella, me parece que va siendo hora de que continuemos con la lectura de los papeles. Espero que ahora no nos interrumpa nadie más... Vamos. —concluyó, mientras tomaba a Klaus por el codo y le indicaba, cortésmente, el camino, con un ademán.

Caminaron hacia el cuarto de los buzos, mientras se les sumaba Yáñez, que venía del puente. Unos hombres del alemán traían unas lonas para tapar los cadáveres.

Dentro del cuarto de los buzos hacía frío, porque el aire se colaba por las ventanas rotas. Las chicas tomaban café en silencio, con los rostros pálidos y los cuellos de piel de los abrigos, levantados.

Al rato, se habían juntado en el helado recinto, los mismos -poco mas o menos- que estaban cuando la lectura de Enrique fue interrumpida por la llegada de los helicópteros; hacía casi dos horas.

Las dos mujeres, prácticamente, permanecieron todo el tiempo allí, luego del combate, y se habían ido helando, poco a poco, sin darse cuenta de ello. Tanta era la consternación que les había causado la irrupción de los rusos. Pero, de cualquier manera, poco hubieran podido ayudar afuera, dado que los heridos no lo eran de gravedad y estaban a cargo del Dr. Visser. En cuanto a los muertos; no había nada que hacer.

Una bocanada de aire frío trajo olor a sangre, mezclado con el omnipresente tufo medicinal de los cachiyuyos en descomposición. Erika tuvo, de nuevo, ganas de vomitar, pero se contuvo. Tomó mas café.

-Bien. —dijo Enrique. Con lo que el murmullo de voces cesó. Klaus estaba a su lado, acompañándolo. —Antes de ocuparnos de todo este lío, creo que lo mejor es ver qué hay en la carpeta, de una buena vez. Tengo idea de que estos documentos son algo mas de lo

imaginado hasta ahora; y que explicarán por qué, una, por lo menos, y, probablemente, las dos grandes potencias, andan detrás nuestro.

Volvió a abrir la carpeta en la primera página escrita, y leyó en voz alta, nuevamente, el título:

-“Kapseln”, cápsulas. —y prosiguió con el subtítulo explicativo, traduciendo directamente del alemán—: “Desarrollo de la fórmula C.W. 416 (von Papp). Llamada también **Cápsula de von Papp: Ámbito restringido, dentro del cual la fisión y la fusión nucleares son imposibilitadas por la existencia de un campo “Q”**. En el área abarcada por este campo energético especial, ningún artefacto atómico puede ser detonado.”

Enrique recitó el contenido de la primera página, como un buen alumno en el colegio. Pero, evidentemente, no entendió bien el significado; porque volvió a leer todo. Esta vez en alemán; como asegurándose de que, lo que decía, no era un error de su traducción.

Luego, volvió a traducir al castellano, acentuando palabra por palabra y elevando cada vez mas el tono.

-¡Coño!... —concluyó, y alzó la vista esperando una opinión de todos. Pero vio que no lo miraban a él, sino a Klaus. Erika, tomaba a Renata del brazo, con aire de susto.

Fue cuando giró la cabeza, para mirar, él también, al alemán, que sintió el frío del arma en su cara.

En un instante comprendió todo, e hizo un movimiento reflejo.

-¡Cuidado!... —gritó aquel— ...que no tengo el menor interés en matarte.

Enrique quedó paralizado durante unos segundos. Finalmente, dejó caer los brazos.

Ahora cobraban repentino sentido, una serie de detalles que, en su momento, no acertó a interpretar del todo:

La reticencia de Klaus a concederle importancia a los documentos. El por qué se había metido en semejante lío un hombre inmensamente rico y mayor, como el alemán, por US\$ 7 ½ millones. Que, si bien no era una cifra despreciable, no justificaba que alguien, que a todas luces no los necesitaba, corriese el riesgo de una operación tan complicada a los 63 años: Estaba seguro de que Klaus podía haber ganado mas que eso, en todo este tiempo, dedicándose solo a sus negocios habituales. Ya que éstos eran mucho mas amplios de lo que había imaginado Verónica. Además, por lo que lo conocía ahora, podía afirmar que el alemán no era ningún “aventurero profesional”. Eso era solo fachada. No podía compararse, en tal sentido, con él mismo, que sí lo era, en parte, y que, incluso, tenía muchos menos años.

Sí, todo esto era lo que “no encajaba”.

-Debí darme cuenta. —dijo.

-Bueno, te das cuenta ahora... —replicó el alemán, mientras le sacaba la carpeta.

-Debí darme cuenta de que andabas tras algo mas grande.

-No veo por qué. Tres toneladas de oro eran suficiente motivo. Cualquiera se hubiera engañado.

El resto de los concurrentes permanecía en sus lugares. Yéñez, desde la puerta, los cubría con una escopeta, mientras, desde las ventanas rotas, dos tripulantes de Klaus apuntaban con pistolas.

Enrique miró hacia fuera y vio que dos de sus hombres estaban a la vista, parados con las manos en la nuca. En el cuarto, Kruger y Napo, con sus trajes secos aún puestos, lo miraban, desolados, pero como esperando una señal suya.

“Es inútil,” se dijo “todo está totalmente copado”.

-Quédense tranquilos —pidió, alzando la voz—. No hay nada que hacer, muchachos.

Klaus suspiró ostensiblemente aliviado y se relajó un poco, sin dejar de apuntar a la cabeza de Enrique.

-Bien... Muy sensato. –aprobó. Aclarándose la voz, continuó. –Antes que nada, y para que ninguno quiera hacerse el héroe, les aseguro que eso sería inútil y sin objeto alguno: Esta es una operación totalmente planificada. En este momento, todo el buque, desde la sentina hasta el puente, está bajo el control de mis hombres; y, reitero, no tendría objeto alguno: ¡Escuchen bien! –dijo, casi gritando– ¡Nadie corre peligro!... Sus integridades físicas serán totalmente respetadas. Y, además, es importante que entiendan bien lo siguiente: **¡No nos interesa el oro, en absoluto!...** Repito: No me interesa el oro. –Enrique lo miró de reojo–. El tesoro va a ser dejado, íntegramente, en manos de ustedes; para que hagan con él lo que quieran. Nosotros solo hemos venido en busca de la fórmula de las “cápsulas”. ¿Está claro?... —preguntó Klaus, dirigiéndose a Enrique. Éste asintió con la cabeza—. Bien. —prosiguió—. Ahora vamos a pasar al comedor. Todos; porque aquí hace mucho frío. Creo que les debo una explicación. Pero, por favor, nadie intente hacer nada porque será inmediatamente eliminado. —volviéndose hacia Enrique, le dijo—: Primero vos, Quique... Lo siento, de veras. –añadió, con pena, ante la muda protesta de éste.

Klaus movió, tristemente, la cabeza, cuando Enrique, ya todos en el comedor, le había llamado <<maldito hijo de puta>>.

Al salir del cuarto de los buzos, Yáñez se había encargado de amarrarles las muñecas, por delante, a todos, con unos trozos de cuerda que tenía cortados de ex profeso. Así, atados, aunque no muy fuerte, y flanqueados por los hombres de Klaus, armados, se dirigieron en muda caravana hacia el interior de El Orejano. Las chicas, también maniatadas, seguían a Enrique. Kruger y Napo venían en el medio de la columna, y cerraban el cortejo los tres tripulantes del crucero que estaban en cubierta.

Cuando llegaron, ya estaban allí, también, Vodopivec, Barrera, Paul Visser, el médico, y todos los demás... con las manos atadas de igual manera.

-Creo que no merezco tu calificativo. –se defendió Klaus.

-Totalmente... Has traicionado la confianza de todos.

-Pero, aquí vinimos por el oro y te estoy dejando mi mitad, inclusive.

-¡Al diablo con el oro!... Eso que tenés allí vale mas que todo el oro del mundo. Pero, tampoco me importa. Me refiero a esto —dijo, levantando las manos atadas—. Al hecho de apresar mi nave, como en una operación pirata.

-Enrique... Verás que no tengo otra alternativa, a poco que conozcas los hechos. Pero, por favor. —dijo, alzando una mano, mientras con la otra guardaba la pistola. Todos estaban bien cubiertos—. Convengamos en que podría irme sin mas ni mas, pero he decidido ponerles al tanto de qué es todo esto que ocurre, y por qué. Así que les ruego, en beneficio de todos, que no me interrumpan. Seré todo lo explícito posible; pero quiero empezar de una vez. ¿De acuerdo?... Por favor, Enrique...

Éste, por fin, asintió en silencio. Afuera, el sol de mediodía no lograba calentar nada.

Al mediodía del Lunes 3 de Mayo de 1982, veinte horas después del naufragio, mientras Buenos Aires recién comenzaba a digerir el incidente del Belgrano, en la zona del siniestro, la operación rescate había entrado en su punto mas febril.

A esa hora, todas las naves que habían convergido hacia el lugar estaban en posición, y recorrían un área cada vez mas amplia; localizando náufragos.

Literalmente, la zona hervía de actividad naval y aérea, y las radios eran un colmenar de zumbidos.

A medida que las balsas se fueron rescatando del agua, los buques comenzaron a abrirse mas —en círculos—, del punto del hundimiento. Propalándose por todo el aire la noticia de que, con seguridad, esta vez, se revisaría la Isla de los Estados; para ver si alguna balsa había logrado abordar sus costas.

Los mandos de la C.I.A. y del K.G.B. seguían paralelamente los acontecimientos, cada vez mas nerviosos.

Fue a las 12:30 del mediodía, ya recuperada la conciencia, cuando el coronel Makárov se hizo llevar —entre las protestas del médico y las de Nádía— a la central de comunicaciones.

Él, mismo, quería darle las malas nuevas a Tupólev, que aguardaba impaciente en la otra punta del mundo.

Con voz totalmente impersonal, aunque débil, lo enteró de todo lo ocurrido; sin cambiar un ápice de los sucesos y sin sacarse de encima ninguna responsabilidad. Cuando le llegó el turno de informar sobre la situación del área, en cuanto al rescate de los náufragos del Belgrano, no tuvo necesidad de hacerlo: Tupólev conocía hasta la posición actual, de los barcos que intervenían en el operativo.

Al terminar de exponer, se produjo un largo silencio. Finalmente, la voz del director del K.G.B. se oyó calma y sin prisa:

-Valerian... Como comprenderás, esta operación ha concluido. No hay la menor probabilidad de aparecer más por allí, sin correr un riesgo del 95% de provocar una catástrofe política. Ya tendremos bastante trabajo para negar lo de los cadáveres; pero, de eso... en fin, me encargaré yo... Pero, escúchame bien, muchacho: Reembarca, sin más trámite, si aún no lo has hecho -en el mayor silencio-, los efectivos que haya en tierra, y... ¡A salir volando de allí!... Rumbo al medio del Atlántico, o donde mas te guste. Y, luego... luego de un cierto tiempo, regresas despacito a casa; pescando, si es posible.

No necesito decirte cuanto me duele tomar esta decisión. Perdemos un arma tremenda, que podría colocar a la Unión Soviética en una posición inexpugnable; pero, muchacho —repitió—, hay que saber darse cuenta cuando no va mas. ...Ah... Cuida tu pierna. Si te tiene muy a mal traer, te haces llevar en helicóptero al portaviones “Aral”; un chiche de la clase “Kiev”, que Krílov tiene dando vueltas por ahí. Tal vez te puedan alcanzar hasta Angola en algún avión, allí, en Luanda, tenemos un hospital nuestro de lo mas moderno.

Andy Mc Callum y su gente llegaron, sin resuello, al viejo campamento, a las once de la mañana. Los rusos habían dejado de perseguirlos hacía rato; pero aquél quiso poner distancia prudente antes de hacer “pie a tierra”. Además, el lugar de su viejo apostadero era de fácil defensa. Detalle importante, dado el número de hombres del K.G.B..

Pese a estas consideraciones, en el fondo, estaba convencido de que los soviéticos se encontraban en ese momento rumbo a su base. Preparándose para hacer exactamente lo que él, o sea: ver cómo salir de este lío. Pensó que si, hasta hoy, los de la expedición no habían avisado a las autoridades argentinas, lo mas probable es que lo hubiesen hecho ahora; mientras él corría retardando el avance de los rusos a bombazo limpio.

Lamentó la perdida de Deveraux, pero mas lamentó, como buen profesional que era, el haber dejado atrás el cuerpo que podía delatarlos. Aunque, pensó, no tenía identificación alguna ni marcas en sus ropas. En cuanto a las armas y municiones americanas, éstas las tenían hasta las pandillas de traficantes de opio turcos... No, ese no era el problema. El problema era que esto se había ido todo a la mierda.

Luego de descansar, tirado en la pinocha, hasta recobrar la respiración, hizo un esfuerzo y se dirigió a Bob Larkin.

-Ei... "Little John" ...Arriba. Vamos a activar la radio.

Las emisiones le dieron un claro panorama -al igual que al Cnel. Makárov-: El fin del mundo y alrededores, se había transformado en un lugar casi tan concurrido como el Village ...y se acercaban mas turistas...

"Bien" se dijo. "El trago amargo final"... —¡Basta, Bob!—... Le espetó a Larkin, haciéndole un gesto de desagrado. —Ya tenemos demasiado de eso... Ahora, conecta los mezcladores y ponme al habla con la Agencia.

Lo atendió el propio amigo del presidente. "Parece como si a Mike Disney lo hubiesen puesto en penitencia" se dijo. Su exposición le fue cortada abruptamente, por el director, a los cinco minutos.

-¡Basta, Andy!... No me dé mas detalles por radio. Por mas mezcladores que tenga. Vd. sabe que prefiero los cifrados de emisión ultrarrápida.

-Disculpe, pensé que...

-¡Es suficiente!... ¡Al diablo con todo eso, mi amigo!... ¿Qué, qué?... ¿Alguna otra forma?... ¿Pero, qué forma?... ¡Santo Dios!... ¡Vaya una idea!... Mire, junte sus bártulos y lárguese de allí inmediatamente, sin que nadie lo vea... Tal vez, todavía le podamos cargar todo el fardo a los rusos.

El director no había creído nunca, seriamente, en las "cápsulas", se dijo Mc Callum, mientras encendía un cigarrillo. El primero en un mes.

-Hey, Andy... ¿Puedo fumar yo también?... —Little John tenía un rostro anhelante.

-Pues, fúmate una caja, si quieres. —le dijo, arrojándole el atado.

La voz de Klaus sonaba clara y daba la impresión de que exponía desde una cátedra:

-A fines de 1944; a la par que en la Noruega ocupada por el Tercer Reich -en una carrera contra el tiempo, finalmente perdida- Alemania desarrollaba la incipiente tecnología nuclear; en otra región mucho mas al sur -en unas cuevas de las montañas del Tirol Austríaco-, un grupo de científicos hacía, también, grandes esfuerzos en el campo atómico.

Estaban al mando de un curioso personaje llamado Esteban von Papp. Una especie de genio excéntrico, proveniente de una antiquísima familia de cruzados alemanes, radicada en la región de Siebenburgen, o sea, Transilvania, desde el año 1200 y pico.

Sus subordinados, a la par que le respetaban, hasta casi la adoración, por su sabiduría, solían desternillarse de risa ante las salidas del científico; que dejaban, generalmente, descolocados a sus interlocutores. No quiero extenderme mucho, pero, vaya un ejemplo.

Acostumbraba decir, a quien quisiera oírlo: Que el Conde Drácula, su coterráneo, había sido un héroe de la resistencia cristiana frente a la invasión turca. Que todo occidente, algún día, iba a rehabilitar la figura del conde, cuando llegase el momento. Y que había sido creada esa leyenda falsa en torno a él, precisamente, por defender a occidente. Bueno, debo aclararles que esta reivindicación, hoy en día, ya se ha dado, en parte, al menos, en Rumania. Mas, en esos años, los 40, defender a Drácula era ciertamente aventurado.

En fin, todas esas cosas... Es decir que era un tipo bastante original... y bastante loco, también. Por varias otras anécdotas que voy a omitir.

Pese a todo, quiero aclarar que yo no lo conocí personalmente, y esto que les refiero lo sé de oídas; aunque de muy buena fuente.

Bien, el hecho cierto es que, mientras en Noruega se trataba de obtener la bomba atómica, la tarea de von Papp en las cuevas del Tirol, tenía, por decirse de algún modo, un signo... hum... contrario... Siendo, igualmente, nuclear, su campo, claro.

La cosa es que el “Grupo Papp” -como dio en llamársele-, a diferencia de su paralelo de Noruega, **sí**, pudo arribar, por fin, a un resultado positivo. Eso fue en Enero de 1945: El pequeño hombrecito de Siebenburgen, había obtenido la “defensa antinuclear” antes de que Alemania fabricase la bomba.

Papp le llamó Kapsel a su descubrimiento, aludiendo al espacio protegido que creaba su técnica. Ésta consistía, o, mejor dicho, consiste, en una especie de cápsula o vaina intangible, de extensión considerablemente grande, formada por un campo de fuerza especial, que hace “fracasar” la explosión atómica; si el proyectil cae dentro de ella... ¿Me siguen?...

Todos estaban ya tan pendientes de la asombrosa explicación de Klaus, que hasta parecían haber olvidado sus ataduras. Tan sensacional era la índole de la revelación. Éste, sin esperar respuesta, prosiguió:

-Quiero aclarar una cosa muy importante: La “cápsula” no protege, para nada, de los efectos devastadores de una explosión producida fuera de ella, pero cerca. Nada de eso. No es una pared invisible que detiene la onda expansiva de la bomba.... Tal cosa no existe ni creo que pueda existir. En un caso así, al menos la periferia de la zona “encapsulada” se vería afectada. Eso dependerá de la extensión de la misma. Pero, reitero: Si el proyectil, en el momento en que va a estallar, se encuentra **dentro** de la cápsula, no puede hacer explosión. Como si... se le hubiese “mojado la pólvora”; para hacer una comparación burda con las bombas convencionales.

Ah... Y, otra cosa fundamental: La cápsula es impenetrable a toda radiación proveniente de una detonación atómica. Con esto quiero decir que, si bien puede penetrar en ella la onda de choque producida por un estallido exterior, no logrará hacerlo la radiactividad; que quedará detenida en los límites del área protegida.

-¡Asombroso!... —masculló Enrique—. Increíble... ¿Y, eso, en 1945?...

-Sí, aunque parezca mentira... Y, aún, antes de que se verificase la primera explosión atómica en el mundo. O, al menos, eso creo. —dijo Klaus, mirando a Renata—. Es decir, en una palabra: —prosiguió— Creó el antídoto antes de que fuese terminado el veneno

-¿Y, qué área alcanza a proteger?

-Va a depender de la potencia de los generadores del campo de fuerza. Pero, puede llegar a crearse una cápsula que proteja toda una ciudad... o una región rural bastante considerable. E, incluso, instalar una cadena de generadores de campo de fuerza, para cubrir un área aún mayor. Ah... y, también, olvidaba esto: El sistema no se parece en absoluto a nada que se haya pensado hasta ahora. Se basa en algo totalmente original, aún hoy. No es un aparato para hacer estallar los proyectiles antes, ni tiene nada que ver con un acelerador de partículas, ni nada de eso. Además, el principio éste, es válido también para la bomba de hidrógeno y la de neutrones; aunque esta última está aún en pañales.

Klaus miró por la ventana hacia la goleta y luego prosiguió:

-Ahora, bien. Esto, como es obvio, ha tenido solamente un desarrollo teórico; pues, no se ha podido probar inhibiendo ninguna explosión nuclear. Pero, la seriedad de los estudios y de los ensayos hechos -efectivamente- a nivel de laboratorio y cámara de pruebas, no dejaron ninguna duda acerca de la viabilidad de la técnica. Hasta tal punto, que los resultados de las investigaciones de von Papp, fueron elegidos para ser parte de

lo embarcado en la flota secreta; ...junto con otras cosas, posiblemente, tan asombrosas como ésta.

Y, aquí, entramos en la segunda etapa de la historia: La primera parte, de esta segunda parte, está en blanco: La persona que a mí me refirió casi todo lo que les dije -un científico de segundo orden, ya muerto, que había pertenecido al Grupo Papp-, perdió contacto con éste y su obra a fines de Marzo o principios de Abril de 1945. Cuando, por órdenes expresas del “staff” de Hitler, se cerró el laboratorio del Tirol.

En ese momento, lo último que supo de Papp, fue que partía en una caravana militar hacia el norte de Alemania -por el angosto “corredor” que aún quedaba abierto-, llevando lo esencial del material científico obtenido tras tanto esfuerzo. Aquí se corta esta fuente. Pero, de todo esto que les acabo de contar, me enteré después de lo que sigue:

-Durante la guerra. –continuó Klaus, luego de respirar hondo– yo tenía pocos años: Terminé con veintiséis. Pero no voy a hacerles la historia de mi vida. Solo interesa saber, para lo que hace a ésta, que, cuando volví a mi casa de Flensburg, conseguí, algún tiempo después -en 1946-, un empleo en la administración de la ocupación:

Me tocó en suerte trabajar en lo que había sido el archivo secreto de la “Kriegsmarine”. Allá mismo, en Flensburg.

Un día, en el desempeño de mis funciones, di, por casualidad, con una gaveta semidestruida y tapada por los escombros; en un sector que aún estábamos limpiando.

Cuál no sería mi asombro al leer el contenido: Éste consistía, entre otras cosas, en un detalle de carga de toda una flotilla de submarinos; despachada desde Noruega -no se decía hacia donde- entre el 22 de Abril y el 2 de Mayo de 1945.

Si Vds. me preguntan ¿cómo diablos alguien no quemó esos papeles?... No lo sé... Posiblemente se debió a la confusión propia del desastre... O, ¡qué sé yo!... También Eichmann dejó todo anotado, dicen...

En una parte se mencionaban, con toda claridad: El oro, y unos “Trabajos del Grupo Papp” -sin ninguna otra explicación-, como puestos en una misma caja estanca y embarcados en el submarino, del tipo XXI, U538.

En ese momento no tuve interés en robarme el contenido del archivo. Ya que, por entonces, una flota submarina, cargada con tres toneladas de oro y unos trabajos del Grupo Papp, cuya índole ignoraba (y con las carpetas completas de otros avances científicos, cuyos nombres y enunciados, en principio, leí a la ligera), no representaba nada para mí, por el hecho de ignorar totalmente el destino de dicha flota. Pero, registré el hecho, tomando nota mental del mismo; más como curiosidad que otra cosa. A las autoridades de ocupación no les dije nada.

Fue un año después, cuando, por casualidad, llegué a conocer al científico del equipo de Papp, que éste, entre copa y copa, en un bar de Kiel, me contó que había pertenecido al grupo del genio transilvano.

Me refirió toda la historia, con los mas pequeños detalles y anécdotas; pero, claro, él desconocía el núcleo del secreto de las cápsulas.

Yo nunca le revelé que sabía acerca del destino final de los papeles de von Papp, o, mejor dicho, por qué vía habían salido de Alemania. Pero, por él supe todo lo que ustedes conocen ahora.

Podrán imaginarse que el contenido del archivo de Flensburg, cobró una nueva dimensión para mí, desde que supe, por boca de este tipo, de qué se trataba. Por lo que me dediqué a copiar todo el “detalle de carga” en cuestión.

De él se desprendía que el U538 no era el buque insignia de la flota. En éste, en el insignia, iban cientocincuenta millones de dólares en papel moneda, y otros secretos

más, que, también estaban citados solo por sus nombres o escuetísimos enunciados; al igual que los que iban en el resto del convoy.

Por lo que yo puedo recordar ahora; se embarcaron, en los sumergibles, varios trabajos científicos acerca de: Cohetes teledirigidos transcontinentales de cabeza múltiple, torpedos filoguiados, submarinos que podían navegar sumergidos a 25 nudos, con turbinas de peróxido de hidrógeno. En fin, todas, cosas, ahora, superadas... si no fuera porque en el U538 iba el trabajo referente a las “Cápsulas de von Papp”... y, en otro sumergible, cuya nomenclatura no revelaré: Los planos y las especificaciones técnicas detalladas... ¡del PLATO VOLADOR!... Construido por el grupo de Habemol, Miette, Schriver y Giuseppe Bellonzo... y el secreto de la ANTIGRAVITACIÓN... Descubierta por Viktor Schauberg.

¿Por qué la carga había sido dividida entre las naves, así?... No lo sé. Tal vez, porque pensaron que, de este modo, no se perdería todo; como ocurriría, si, de transportarse lo valioso en un solo sumergible, éste se hundía o era capturado.

¿Por qué no sacaron copias de todo y no pusieron un juego en cada nave?... Tampoco conozco la razón de esto. Pero pienso que, a lo mejor, no se consideró prudente llevar duplicados. Así, si los aliados capturaban un submarino, al menos no poseerían toda la información secreta... A lo mejor... Tal vez... Son todas conjeturas mías. Pero, en esencia, en aquel momento, todo aquello tenía para mí, todavía, el valor de una curiosidad. Ahora, reitero, mas interesante; desde que tenía noticia precisa de los trabajos de Herr von Papp; pero curiosidad al fin. Ahí se terminaba todo, pues... ¿Qué sabía yo adonde había ido a parar la flota?...¿Qué sabía yo del destino del U538?...y de los otros “U”. Incluso, lo mas lógico era pensar que los submarinos habían llegado a puerto -cualquiera que éste fuese-, y que todo su precioso contenido había ido a parar a algún sitio seguro. Máxime, considerando que, en los que se entregaron en Mar del Plata, uno y dos meses después de la rendición, no se halló nada que me permitiese tomarlos como parte de “esta” flota que yo conocía (ver epílogo). Ya hemos hablado de eso en San Fernando, creo —dijo, dirigiéndose a Enrique—. Incluso trajimos a cuento el trabajo de Ladislao Szabo, ¿verdad?... —Enrique asintió—. Pues, bien, dicho sea de paso: Las nomenclaturas de los de Mar del Plata, tampoco coincidían con la de ninguno de los submarinos de “mí” flota. Aunque, como decía Szabo, estas pueden alterarse ¿no?.

Bueno —prosiguió el alemán—. Aquí termina la segunda parte.

El ex miembro del Grupo Papp murió, finalmente, de cirrosis hepática, en un hospital de Altona; porque lo cierto es que bebía bastante mas de la cuenta... Y yo, perdí interés activo por el asunto: Me dediqué a los negocios; vine, finalmente, a América, y me entretuve haciendo mi vida... Hasta que, de casualidad, por boca de Don Antonio Hartmann, volví a saber del U538. Pero, esa tercera parte de la historia ya la conocen... ¡Ah!... Un detalle más: Las cuatro grandes potencias tenían acceso al archivo de Flensburg; que era una verdadera feria. Es evidente que, por lo menos, rusos y americanos tuvieron en sus manos los mismos papeles que yo. Ahora... ¿Cómo les dieron su justo valor a los trabajos de Papp, si no tuvieron a mi amigo, el científico dipsómano, para que los interiorizara de todo?... Solo cabe pensar que estaban enterados, con antelación, de lo que hacía el Grupo Papp, y, al ver el archivo, solo tuvieron que sumar dos mas dos.

El hecho cierto es que, un día, ordenando la gaveta, noté que los papeles habían desaparecido... Nunca los volví a ver. Alguien los había robado, sin duda.

Lo que también puedo decirles ahora, es que los aliados jamás enteraron de esto al gobierno de Alemania Federal. Estoy totalmente seguro de que es así; lo sé, sin lugar a dudas. Por lo que hace a Bonn, la flota nunca existió.

Los datos fueron, seguramente, fotocopiados por los soviéticos y sustraídos definitivamente por los americanos, o viceversa; aunque lo mas probable es lo primero.

Quizá Inglaterra y Francia llegaron también a conocer el contenido del archivo. Pero, evidentemente, los que, por algún medio que todavía desconocemos, pescaron el hilo, de nuevo, en la Argentina, fueron los rusos... De los yanquis no estamos seguros.

Todos habían escuchado, prácticamente mudos, la sorprendente historia; y el encanto persistió, aún, algunos segundos, luego de que Klaus callara. La primera en hablar fue Erika.

-Pero...¿Qué diablos es todo esto, de este golpe de mano suyo?

-Lo que ocurre es que nuestro buen amigo —intervino Enrique— quiere el descubrimiento para él solo. Tal vez lo venda a los rusos... o a los yanquis; por mucho mas que unas miserables tres toneladas de oro. Eso ocurre.

-¡Oh, mi joven amigo!... —el tono era cachador—. Nunca me vas a terminar de entender: Nada mas lejos de mi intención, que el secreto de las cápsulas llegue a manos de las grandes potencias... Y, aquí, viene la explicación de por qué se encuentran Vds. atados, ahora. —especialmente, mi joven amigo—. Veamos... —prosiguió—. Te pregunto, Quique: ¿Qué harías, en este momento, si pudieses disponer de los papeles de Papp..

-Dado que para mí no son de ninguna utilidad —respondió éste, enseguida—. Y como no pienso venderlos a ningún país extranjero, los entregaría a la Comisión Nacional de la Energía Atómica; para que ellos desarrollasen el proyecto.

-Eso es justo lo que pensé. —dijo el alemán. —Por eso el golpe de mano y por eso estás atado; aunque, espero sea solo por un corto rato.

-Pero, si no los querés para venderlos a los rusos o a los americanos. No veo por qué no querés tampoco que los tenga Argentina —reflexionó Enrique—. ¿Acaso los vas a poner en manos de China?...¿o de Alemania Federal?...

-Frío, frío... No, viejo. —Klaus se sentó encima de la mesa de derrota—. Te he dicho que no quiero que el informe sobre las cápsulas vaya a dar a manos de ninguna potencia: Eso incluye a China, Inglaterra y, si se quiere, también a Alemania..

-Pero, no a la Argentina.

-Cierto. Pero, en primer lugar, si se lo diésemos a la Argentina, terminaría, igual, muy pronto, en manos de las grandes potencias.

-¿Qué querés decir?...

-Nada extraño. Solo que, a nivel nación, todo llega a filtrarse en algún momento. No existe el “top secret”. Todo servicio de contraespionaje y seguridad, es, en este aspecto, un inútil colador roto por el que se escapan los fideos. Prueba de ello, es que las mejores “agencias” del mundo, han sido siempre incapaces de cuidar los “descubrimientos reservados” de sus países. ¿Me explico?... —dijo, mirando a las chicas—. En segundo término —prosiguió—, si tu “Atómica” llegase a trabajar en semejante lindeza, no quiero ni pensar en qué sería de la institución, cuando trascendiesen sus andanzas al exterior.

No, Enrique, es inútil. No andaría: Por mucho menos se voltea un gobierno en el mundo. Especialmente en un país poco poderoso como el tuyo. Argentina, con eso en sus manos, está fuera de programa.

-Pero, mi país está en guerra, ahora —replicó Enrique.

El rostro de Klaus, de pronto, pareció ponerse viejo y cansado.

-En cuanto a eso —dijo en voz baja—: Nada se le puede decir al que tiene su país en guerra. Sé de lo que hablo. Pero, te pido que cuando ésta termine, hagas el balance y veas quién salio ganando realmente... De todos modos —continuó, luego de una

pausa—, los papeles de Papp de nada le servirían a la Argentina, ahora... Y, mañana... mañana, quién sabe qué pasará en tu país...

-Muy bien —terció Renata—. Pero, no nos ha dicho por qué no quiere que el descubrimiento se difunda. ¿Qué tendría de malo?...

-Piense un momento, Ren —Klaus sacó una pipa—. ¿Qué dice Vd. que harían, inmediatamente, las grandes potencias?...¿eh?

-Pues, creo que desarrollarían el sistema. Es lo lógico.

-¿Y, nada más?

-No sé...¿A qué se refiere Vd.?

-Me refiero a que, inmediatamente, en menos tiempo del que tardo el decirlo, se pondrían, como locos, a tratar de obtener una nueva “bomba anti-cápsula”. Es decir, que explotase a pesar de la “fuerza protectora”... Y, créame, lo lograrían.

-¿Es posible eso?...

-¡Sí, que lo es!... No le quepa duda, Ren... Y, todo esto, que puede ser tan útil, de guardarse el secreto, se convertiría en una curiosidad de museo.

-¿Útil para quién?... —preguntó Enrique—. Si no se lo vas a dar a nadie, igual irá a ser una curiosidad de museo, y...

-¡Útil para mí!... —lo interrumpió, secamente, Klaus. Se hizo silencio, por un momento. Desde las máquinas, en la entraña de El Orejano, hacía rato que llegaban ruidos de herramientas golpeando y fregando contra el metal. Enrique los notó, ahora, mas claramente.

En ese instante, sintió que se ponían en marcha los potentes motores de La Zarzamora.

-¿Para vos?... —preguntó, luego de una larga pausa. Su tono sonó incrédulo.

-Sí, para mí... Escuchen. —se dirigió a todos, que permanecieron en silencio—.

Acabo de aclararles, suficientemente, por qué pienso que las “cápsulas” no deben ser para las grandes potencias. Ahora voy a explicarles por qué las quiero para mí y qué me propongo hacer con el descubrimiento:

En todo el tiempo que pasamos juntos, en varias ocasiones hemos hablado ... de muchas cosas. Ahora, por última vez, lo estamos haciendo, y creo necesaria, para que definitivamente me entiendan, una especie de corta “visión totalizadora” —cargó la pipa—...En fin. Como se llame, es lo siguiente: Creo en lo inevitable de una catástrofe nuclear —de eso ya charlamos mucho—, pues estoy seguro de que un siniestro poder maneja los hilos del mundo; pero también de que éstos ya son tantos, que la propia mano que los empuña, se siente, por momentos, fatigada. Inevitablemente, mas tarde o mas temprano, alguno de ellos se soltará... o, varios... Ese será el principio del fin. Fin, éste —nuclear, por cierto—, que tendrá lugar por un enfrentamiento de las grandes potencias... o por el caos y el descontrol que aparecerá, cuando el sistema de potencias se relaje, y pululen los nuevos “señores de la guerra”—al frente de naciones o “cuerpos francos”—, rebeldes y con armas nucleares en mano. A éstas las obtendrán de los diversos modos ilegales que aparecerán con el derrumbe.

Ahora, bien. Les he dicho que el secreto de las cápsulas no debe ser revelado, para que los poderes mundiales no esterilicen el descubrimiento. Pero, hay algo más:

Personalmente, aunque parezca cruel, no creo que ningún estado moderno merezca ser salvado como tal. Todos están, tanto en oriente como en occidente, en la etapa de “no retorno” —de eso también hemos hablado—. Es decir. No es posible que alguno de ellos eche a andar por un camino distinto y no enviado todavía, conservando, a la par, como es inevitable, los nexos con la estructura actual. El mundo nuevo será nuevo si el actual desaparece como tal. Solo pequeños grupos, pero con voluntad de recorrer otras rutas, podrán verlo.

-Pero, estás condenando a la humanidad entera... ¡Sos un monstruo!... —casi gritó, Enrique.

-En ese caso, Dios también es un monstruo; porque esto ya pasó antes. El diluvio tuvo el mismo sentido...

Enrique no respondió.

-Además, yo no soy el que condena a la humanidad —prosiguió Klaus—: No voy a ser el que apriete el botón, ni pienso tomar el papel de Dios. Solo describo lo que, a mi criterio, se va a dar... y el método que voy a aplicar para que la semilla del mañana de salve.

Es decir, en esto, no hago otra cosa que intentar construir una nueva “Arca de Noé”, para proteger a quienes me interesan.

En todo caso, asumo el papel de Noé: **Soy el hombre del arca...**

¿Hay algo de malo en ello?...: Tengo muchísimo dinero; como para darme el lujo de despreciar tres toneladas de oro. Puedo desarrollar las cápsulas por mi cuenta y salvar de la locura de los hombres, al menos, un puñado de semillas. ¿Qué hay de perverso en ello?... —insistió.

Solo un poder independiente y benigno por vocación, como el mío, puede patear el tablero en este ajedrez fatal que está jugando el mundo... Además, es lógico: En los ciclos históricos, cuando un gran imperio se desmorona, es llegada la hora de los feudos del campo y los monasterios del desierto.

Veán Vds. —continuó, luego de encender la pipa—: Mucha gente, en el fondo, intuye esto y se agrupa en asociaciones inconscientemente feudales ...o “arcaicas”—en el sentido de “arca”—. Lo hacen para huir del caos de los estados descompuestos, que, además, los ahogan con sus propios escombros. ¿Qué es el gusto por los “Country”, sino el deseo de tener una comunidad cerrada, aislada del mundo exterior, que hierve de confusión y huele a podrido?... ¡Si hasta tienen fuerzas armadas propias!... Aunque, frecuentemente, no muy buenas, por cierto.

-Bien, en esta gente es una manifestación del inconsciente. En mí, en cambio, es definitivamente consciente, y he sido capaz de conceptualizar la idea; tal como se la expongo a Vds. El resto, incluso la manera de protegerse de un holocausto nuclear, total o parcial, es solo desarrollo de la misma idea.

No es tarea liviana, créanme —prosiguió, después de dar varias chupadas a su pipa. Ahora, parecía no tener apuro. Afuera, los motores de la goleta se oían poco. Se sintió el zumbido de un avión lejano—: El enorme peso de los poderes mundiales, apunta a la destrucción de la totalidad los pequeños focos de independencia, que, como el mío, reitero, son, en realidad, sus únicos enemigos.

Un temor inmenso se apodera de ellos, ante la sola idea de la existencia de un bolsón de libertad: Los odian como el diablo a la luz... Y, tal vez, la imagen sea aplicable en sentido literal —aclaró.

Este temor se manifiesta, muchas veces, en ataques tremendos —costosísimos y, fundamentalmente, propagandísticos—, encaminados a meter en la cabeza de la gente una idea de repugnancia, frente a todo poder independiente; sin importar que sea bueno o malo. De allí, también, los films en los cuales un “independiente” es **siempre** el monstruo —Dr. Nô, Goldfinger, etc.—. Todo intento de evadirse del esquema mundialista admitido, es mostrado, siempre, como malvado y degenerado.

En estos casos el héroe es James Bond, o alguien por el estilo: el modelo de tipo sin ideas de ninguna clase, empleado dependiente, al servicio de alguna de las manifestaciones de estos poderes.

No es raro, tampoco, que se nos muestre a los servicios de inteligencia de los dos bloques, actuando juntos —p.e. C.I.P.O.L.— contra un malvado independiente.

Nada falta. Moraleja: “Todo el que se opone es Drácula”; parafraseando al Dr. Papp. ...No es liviana tarea, no... —repitió el alemán—... El peso de la persecución se siente. Pero, todavía hay resquicios... Yo protegeré el mío. El imperio de los poderes planetarios, que sea arrasado por el fuego que ellos mismos han encendido... Me tiene sin cuidado.

-¿Y los que van a morir? —preguntó Erika.

-No hay manera de salvarlos. Ya lo expliqué. Lo siento, realmente, por los inocentes. Pero en el arca no hay lugar para todos.

-Pero esto es mas grande que un arca. —terció Enrique.

-Y, por eso, mas peligroso.

-¿Por?...

-Porque hay quien piensa como vos... Yo comparo, Enrique, a la “cápsula”, con la “Silla Peligrosa” de la Tabla Redonda: Solo es para que la use el elegido. Quien no esté preparado hará mal empleo del secreto. Mirá —prosiguió— lo que ocurre con vos es algo así, al menos en tu estado actual: Si fueses Noé y viniera el diluvio, querrías hacer entrar a todos en el Arca.

¿Sabés?... Si lo lograras —cosa imposible—, se perdería el propósito purificador.

En el caso de Noé, él no tuvo esa tentación, y, por otra parte, un arca solo puede brindar un espacio limitado. Pero, con el invento de von Papp, la cosa es distinta, y el tiempo también. Si estuvieses conmigo en esa eventualidad, y te dejara hacer tu voluntad, finalmente no habría “Arca” para nadie... mi querido “mono con navaja”. Por eso estás aquí, atado de manos. —Klaus rió, al decir esto, y movió la cabeza de un lado a otro, mientras miraba a Enrique con simpatía. Éste no dijo palabra alguna. Ren, escuchaba atentamente.

-Bien. —el alemán se puso de pie— Todo está arreglado. Ya debo irme. La gente que rescata a los náufragos está muy cerca, e incluso nos está sobrevolando.

Estoy seguro de que los rusos y los otros no volverán, porque toda el área es una romería. La radio de El Orejano ha sido rota, para que no puedan alertar a nadie contra mí, y los motores dejados a medio desarmar, de modo que no puedan seguirme.

-Pensás en todo, eh. —Enrique mordió su bronca.

-En efecto. —dijo, sencillamente, Klaus, y prosiguió. —Los motores los van a poder armar en unos dos días de trabajo. Así que podrán llegar a Ushuaia en tres. Cuando a mí no me puedan ya perjudicar.

En cuanto a estas débiles ataduras: La señorita Henderson me acompañará hasta la borda, y en el momento en el que el último, o sea yo, pase a la goleta, le serán cortadas para que vuelva a desatarlos a los demás.

Los heridos que tienen, de resultas de la escaramuza, son leves y no constituirán problema. El muerto es mío y me haré cargo de él. Me lo llevo para enterrarlo en el mar; como se debe.

En cuanto a los cadáveres rusos y el del presunto americano: También me los llevo para arrojarlos al mar. Así, si decidís hablar, tardarán más en creerte, Enrique —dijo sonriendo, y volviéndose hacia los demás, agregó: —Sinceramente, deseo que me crean, no me he burlado de ustedes. He disfrutado de su compañía, como pocas veces lo he hecho antes... Y, lamento que no puedan ser partícipes de mi aventura. Pero sé, que, por lo menos, ahora, no podría ser. Tal vez en otro tiempo y en otro lugar... —añadió en voz mas baja. Y, a Enrique le resultó tan familiar esa frase, como si la hubiese oído muchas veces antes; pero, no pudo decir cuándo ni dónde.

No los olvidaré. —concluyó— ¡Adiós, amigos!... —se llevó una mano a la gorra y dio media vuelta mientras decía—: Renata, venga conmigo, por favor. —la chica lo siguió, dócilmente.

Afuera, el alemán la condujo hasta la borda, y allí sacó un cuchillo.

La goleta estaba al lado del orejano, pero, no abarloada. Unos albatros volaban en torno a sus mástiles.

-Acerque sus manos. —dijo, y cuando la joven le tendió sus muñecas, cortó cuidadosamente la soga—. Vd. es la que en verdad me ha entendido. ¿No es cierto?... —murmuró, mientras una profunda arruga aparecía en su entrecejo.

-Sí. —le respondió Ren, luego de mirarlo in instante.

-Bien, le ruego que trate de hacerlos comprender... Los quiero mucho a todos. —y, sin esperar respuesta, agregó—: Demore un poco en desatarlos, especialmente a Enrique. Es capaz de hacer una tontería. —luego estrechó la mano de la joven—. Hasta la vista, niña. Es muy inteligente Vd.; he apreciado mucho su presencia en la expedición. Lamento que la relación no pueda tener futuro.

-Gracias. —dijo Renata. Klaus hizo una leve inclinación de cabeza. Luego, de un salto, pasó a La Zarzamora, mientras gritaba:

-El oro quedó en el cuartito... —bajo el brazo llevaba la carpeta.

El mismo 3 de Mayo, Yúry Kornilóv, de la Agencia TASS, acusaba, desde Moscú, a Inglaterra y a los Estados Unidos por el conflicto austral; y el 4 —al día siguiente— la prensa argentina publicaba que Reagan se reuniría con Brezhnév.

En cuanto a Yúry Tupólev: La cuota de poder que detentaba personalmente, y el apoyo militar, fueron suficientes, como para que nadie le pidiese cuentas por la manera inconsulta en que le había dado carta blanca al Cnel. Makárov.

La cúpula política soviética prefirió disimular el desaire, y considerar la decisión del jefe del K.G.B., como encuadrada dentro de sus atribuciones. No tenía sentido medir fuerzas con hechos consumados.

En otro orden de cosas. Ni bien éste supo, que, con respecto a las “cápsulas”, no había mas nada que hacer, cambió completamente de actitud; reencuadrándose dentro de su línea de proceder tradicional. Fue de esta manera que, ya desde el Martes 4 de Mayo, pasó a activar todo lo que significase una intervención directa en los sucesos del Atlántico Austral.

Entendió, con una lógica inobjetable, que ahora no había impedimento alguno para una posición dura en el cono sur. Y, también, pensó que no iba a tener dificultades en llevarla adelante. Puesto que, si el propio sector “político” se había ubicado en la tesitura de atizar el fuego, nadie, entonces, obstaculizaría a un viejo “halcón” como él, si, a su vez, disparaba sus cañones.

En eso radicó, precisamente, su equivocación.

Al día siguiente de hacer los primeros movimientos en ese sentido, fue abordado por Shevchénko, que lo vio “casualmente” mientras iba por la calle.

Había salido a hacer uno de sus frecuentes paseos y caminaba, sin apuro, frente a los Almacenes G.U.M., cuando la limusina negra se detuvo a su lado.

Ni por un momento su olfato permitió que se engañase. Se dio cuenta inmediatamente que el influyente jerarca quería hablar con él, evitando la entrevista oficial.

-Lo invito a tomar un café. —le dijo, desde adentro del coche, a través de la ventanilla baja.

-Con aire de desocupados, entraron al edificio y fueron al piso donde funcionaba la cafetería. Allí, entre el murmullo de las conversaciones y el ruido de copas y tazas, charlaron un momento de trivialidades, hasta que Shevchénko se decidió a hablar en serio.

-Camarada. –atacó, luego de terminado su café. –Quiero aprovechar la ocasión, para transmitirle el profundo sentimiento de gratitud que se experimenta por Vd., dentro del Comité Central y el propio Consejo de Ministros. –la apertura era pesada y victoriana. Tupólev temió que le endilgase un discurso.

-¡Vaya!... –dijo. –Y, ¿por qué?...

-Por los tremendos esfuerzos que ha realizado en el asunto del U538, y por haber formado gente de la talla del coronel Makárov; entre otras cosas.

-Bah... Solo cumplo con mi obligación de buen comunista. –señaló, receloso. “¿A dónde irá este tío?” –se preguntó.

-Hace mucho más que eso, camarada: Ahora, inclusive, terminado aquello, está prodigando sus esfuerzos, más que ninguno, para que la posición de la Unión Soviética en el cono sur se vea fortalecida. Y, ciertamente, el partido aprecia muchísimo esa dedicación... Aunque puede haber alguna diferencia de criterios, claro...

“Bien, llegamos al punto” se dijo Tupólev, poniéndose alerta.

-Me llena de emoción lo que Vd. me manifiesta, camarada. –recitó, mientras le hacía señas al mozo para que le trajese más café. –Aprecio tanto la opinión del partido... como se podrá figurar. Pero, ¿a qué se refiere con lo de la diferencia de criterios?...

-Me refiero a que Vd. alienta una ingerencia cada vez mayor de nuestro país en el conflicto, y el Comité Central, especialmente su Politburó, piensa un poco distinto, y...

-¿Cómo?...¿Ahora me sale con esas?... —le interrumpió, sorprendido, Tupólev. Y, agregó: —Dígame. ¿Está hablando por el Politburó, o por Vd. y su grupo de amigos?...

-Puede adjudicarme la representación que quiera, camarada. –replicó Shevchénko, sin inmutarse. –Si lo prefiere; hasta podemos hacer que estoy hablando solo en mi nombre. Olvídense del Comité Central, del Politburó, e inclusive del Secretario General: A Vd. le cabe juzgar, qué peso pueda tener mi humilde opinión en la Unión Soviética, y decidir si vale la pena escucharme.

No podía ser más directo y no se trataba de una baladronada: El poder de Shevchénko era inmenso. Había echado sus cartas en la mesa jugando sobre seguro.

Ya llegaría el ajuste de cuentas, pensó Tupólev. Mientras tanto, no perdería nada con prestarle atención.

-Bien. Adelante... —dijo, controlándose.

-Seré conciso. Hay cosas que Vd. no parece percibir del todo: Se ha empeñado, desde ayer, en una especie de cruzada relámpago, para hacer que apoyemos, directamente, a la Argentina... o poco menos.

-Creí que Vd. estaba en lo mismo... Y que incluso me llevaba la delantera. —le señaló Tupólev—. A juzgar, al menos, por su actitud desde el día siguiente de la resolución 502, hasta ahora. “Ahora que el asunto de las Cápsulas de von Papp se fue a la mierda” añadió, para sí.

-No, exactamente. Al menos, ya no. –Shevchénko pasó por alto la alusión bastante directa que encerraban las palabras del director del K.G.B..

-Explíquese, entonces.

-“Nosotros”, no queremos seguir hasta poner a la U.R.S.S. ante un callejón sin salida que la obligue a usar su fuerza.

-Yo tampoco. Creo que basta una “ayuda firme”, para que Inglaterra se vea obligada a ceder... Eso, nos granjearía la simpatía sin límites del gobierno argentino; que ya está maduro para cambiar de bando.

Shevchénko hizo un gesto de desesperación.

-Vd. piensa de una manera muy directa, camarada; y ése es su defecto... Véalo de este modo: El brindar la “ayuda firme” a la que hace referencia, pese a su opinión optimista,

nos puede conducir a una situación de “no retorno” sumamente peligrosa. Pero, sobre todo, innecesaria.

-No lo creo. Pero, ¿Qué quiere decir con eso de innecesaria?...

-Quiero decir que la Unión Soviética ya no precisa intervenir, para nada, en el conflicto Malvinas.

-Explíquese mejor. No alcanzo a comprenderlo, Shevchénko.

-Bien. Empezaré por su punta del ovillo: Si Argentina se sale con la suya, ayudada por nosotros, en Inglaterra, seguramente, caerá el gobierno de la Sra. Thatcher, y se supone que los argentinos se echarán en nuestros brazos... —miró a Tupólev con expresión interrogativa. Éste no dijo palabra—... Veamos, ahora. —prosiguió—. Tomemos esto último: ¿Vd. realmente puede afirmarlo, sin lugar a dudas?... ¿Está totalmente seguro de que, victoriosos, no terminarían por recomponer, ventajosamente, sus relaciones con los Estados Unidos?... Por ejemplo, a través del sector pro-latinoamericano. Como Vd. sabe, los yanquis también tienen un “lobby” pro-latinoamericano; que puede llegar a ser una buena reserva.

-En política, nada es totalmente seguro. —Admitió, Tupólev, con renuencia.

-Bien, nos entendemos. Aceptando, entonces, esa premisa básica, la inseguridad; puedo decirle que, de ganar los argentinos la guerra **sin** nuestra ayuda, probablemente, por una razón de mercados, tendríamos las mismas posibilidades de acrecentar nuestra influencia ante ellos, que si intervenimos directamente. Ya que, si después no recomponen las relaciones con occidente, se verán obligados a comerciar con nosotros, casi con exclusividad, aunque no hayamos intervenido. Pero, si las recomponen **no...** aunque nos hayamos involucrado firmemente.

-Vd. plantea esto como si los sucesos de la posguerra fuesen a ser ineluctablemente azarosos y librados al acaso... o al humor y viveza de los argentinos...

-Puede ser... Pero, el no intervenir directamente, no implica riesgo alguno de nuestra parte; como su “ayuda firme”... Inseguro por inseguro: Lo menos peligroso.

-Además —prosiguió Tupólev, pasando por alto las últimas palabras del otro—, lo suyo es casi un sofisma: Sin nuestra “ayuda firme”, los argentinos no pueden ganar de ninguna manera. ¿Qué sucede si pierden?... Eso es lo real y lo altamente probable.

-A eso quería llegar, precisamente: Estados Unidos tendrá, igualmente, alterado el patio trasero... o aún más que si los argentinos ganasen: El odio sería mayor y la reconciliación mas difícil.

-Pero, Shevchénko, si los ingleses recuperan las islas, seguramente instalarán allí una base poderosa... Incluso puede terminar siendo una base en el marco de la N.A.T.O..

-Mejor aún: Si la Sra. Thatcher fuese inteligente, si tuviese una visión universal de la política, se cuidaría bien de hacerlo. Pero, no la tiene, y, como Vd. dice, pondrá, no más, una base mayúscula... Lo cual, nos conviene.

-¿Convenirnos?... —el asombro de Tupólev era sincero.

-Sí. Para empezar, una base británica allá -o de la N.A.T.O.-, en lo que hace a nosotros, no modifica sustancialmente la situación estratégica mundial. En realidad, les va a servir solamente para cuidarse ellos. ¿Qué carajo nos importa una base en Malvinas?...

Controlarán a nuestros barcos y vigilarán el paso Atlántico-Pacífico. Bueno, que lo hagan; si, de todos modos, eso pudieron hacerlo siempre.

-No me dice todavía, por qué habría de convenirnos. —Le recordó Tupólev.

-Ya se lo digo: Una gran base en Malvinas, nos va a servir para que los argentinos los puteen todos los días del año. Desde el gobierno hasta las maestras de escuela. Gracias a esa base —si la instalan— lograremos que Argentina nos conceda, con cualquier gobierno, mucho mas de lo que nos ha concedido hasta ahora: Si hasta aquí nos dejan pescar en su zona de explotación exclusiva, a cambio de que les compremos el trigo, ¿se

imagina lo que podemos llegar a sacar en limpio, si a la primer ministro se le ocurre poner una base británica allá?... Nuestros submarinos nucleares podrán, a la larga, hasta tener como bases permanentes a Madryn, Comodoro y Ushuaia; mientras que a ellos los correrán con huevos podridos... Los occidentales tendrán Malvinas y nosotros tendremos a la Argentina..

Tupólev no respondió. Tener la Argentina entera, era lo que él pensaba se podía lograr ahora; sin mas dilaciones. En ese momento, un coro de risotadas estalló en uno de los ángulos de la confitería: Un grupo de oficiales de la Fuerza Aérea Soviética, sentado en torno a una de las mesas, festejaba, seguramente, algún chiste. Le sonó como si se riesen de él.

-Viéndolo bien, Yúry Mijáilovich —prosiguió Shevchénko—, es mucho mejor que pierdan y les pongan una base. Si ganan, se pueden agrandar e írsenos de las manos, finalmente. En cambio, mascando la derrota y con un agujijón clavado en su costado, la hiel les amargaré para siempre la boca. El odio los moverá más, hacia nosotros, que la victoria; aunque los ayudásemos a obtenerla.

-Vd. se ve muy seguro —dijo Tupólev—; pero, su razonamiento parece como prendido con alfileres. Para serle franco: no estoy muy convencido, que digamos.

Sé de lo que estoy hablando, camarada —afirmó Shevchénko, con un suspiro—. Sin ir mas lejos; ahora mismo hablan de una alianza abierta con nosotros, los sectores de Buenos Aires reputados como mas derechistas.

Este asunto ha creado ya una corriente de energía que tiene vida propia, y que no necesita de nuestro real compromiso para seguir andando sola: Cuando se da algo así; los seres humanos suelen conducirse por caminos que, en otras circunstancias, no hubiesen elegido jamás. Una derrota y una base enemiga, cambiarán a los argentinos de órbita política... Es solo cuestión de tiempo.

-No lo sé.

-Espere y me dará la razón. El Gral. Galtieri y la Sra. Thatcher nos han venido de perlas. Como quien dice: Una justa combinación. Él, por que ha dado máquinas adelante a todo este asunto, y ella porque es su contrapartida perfecta: Su natural estrechez la hace ver solo el orgullo herido del Imperio Británico, y, tal vez, el aún incierto petróleo de la región. Cree ser Disraeli con faldas; mas, lo cierto es que, lo que ocurra con la gran política internacional no le interesa. En fin, no se le puede pedir demasiado. Es tan solo una administradora doméstica... Dejémosla hacer, Tupólev. Dejémosla hacer...

-Si Vd. lo dice...

-Pero, sí, camarada. Por otra parte, vuelvo a recordarle que todo el beneficio que le he descripto es a cambio de nada. Le repito: ¡de nada!... Incluso, en el caso de que los inútiles de la N.A.T.O. piensen que una base les serviría también a ellos. A nosotros, insisto, esto no nos afectará de ningún modo. Solo nos traerá los réditos derivados de las tensiones que creará.

¡Tensiones, Tupólev!... —repitió—... Tensiones... El dominio se obtiene por tensiones. Pero, ¿sabe lo que pasa con Vd.? ¿sabe por qué es renuente a mi planteo?... No se ofenda, pero se lo voy a decir: Vd. es partidario del puñetazo... Como en Afganistán: Un verdadero troglodita tras un rostro refinado...

La definición de Shevchénko era acertada: En efecto, con su apariencia casi elegante y con su gota de sangre turcomana, Tupólev era Rusia, aunque él mismo no lo supiese. Rusia, con sus místicos iluminados y sus matanzas, sus sueños de Tercera Roma, su perfume bizantino y sus tiranos locos: Un personaje dostoievskiano en traje de calle, tratando de caminar al paso del siglo.

Shevchénko era, en cambio, la nueva época de los tecnócratas. Era de los que preferían el dominio de las conciencias por medio de la televisión y las drogas en el agua potable: Un protagonista de intriga internacional y ciencia ficción.

-No, Tupólev. No —prosiguió—, el mundo ya no marcha como Vd. pretende. ¡Deje que los hechos corran!... De los movimientos políticos occidentales, sean a la derecha o a la izquierda, por lo general, hemos obtenido buena ganancia. Al menos, desde la paz de Brest-Litovsk hasta aquí.

Yury Tupólev no pudo dejar de admitir que el planteo de Shevchénko tenía cierta lógica. Pero no se dejó embrujar por la cháchara y permaneció callado. Porque el hecho de que éste hubiese ignorado, aviesamente, sus esfuerzos por obtener los papeles del submarino, para él, no tenía explicación alguna: El secreto de von Papp seguía siendo aún lo mas importante del mundo; pese a toda la filosofía. Y, la actitud sabotadora, que ahora estaba seguro, había tenido el jerarca, no podía ser justificada por ninguna concepción amplia de la política universal. Además, sabía que carecía de propósito acusarlo en este sentido. Le sobrarían argumentos y hasta se haría el ofendido.

-¿Sabe?... —continuó Shevchénko—. Si Inglaterra gana —lo mas seguro—, se meterá en tremendos gastos para fortificar las islas.

-¿Y, qué pasará con el gobierno argentino?... —lo interrumpió Tupólev.

-Caerá. ¿Por qué?... ¿A Vd. le preocupa?... —replicó inmediatamente Shevchenko—. Mi teoría no es válida solo para con este gobierno.

El jefe del K.G.B. guardó silencio por unos instantes. Luego dijo:

-No es que me preocupe el destino de esos pájaros de cuenta; no. Pero, a veces, mas vale malo conocido... Y, ahora, parecen querer comer de nuestra mano.

Según la línea de pensamiento de Yúry Tupólev, el dominio de la Argentina pasaba por el régimen castrense.

-No se preocupe por esa parte, camarada —respondió Shevchénko—. Si nos las hemos arreglado para que estos militares coman de nuestra mano, como Vd. dice, ya nos las compondremos con quien sea. Siempre habrá manera, existiendo odio. Todos tenemos nuestros recursos para eso, ¿no?: Vd. ...yo... ¿Verdad?...

-Yo no estaría tan seguro —replicó Tupólev, mientras se decía— “Ahí puede estar la cosa”.

De pronto se había dado cuenta -si todo no era puro palabrerío- de que el “esquema argentino” de Shevchénko pasaba por el recambio civil: Esa era la salida indefectible si los militares caían a consecuencia de una derrota en Malvinas. La guerra era útil para éste, en tanto tumbase al gobierno que se había lanzado a ella. Se preguntó qué carta oculta tendría, ya que él, personalmente, desconfiaba de poder influir en una administración civil. Al menos, en una tal como podía imaginarla en ese momento.

-No es preciso que esté tan seguro. —replicó Shevchénko, con fastidio. Tupólev pensó que estaba llegando a los límites de su paciencia. Pero enseguida notó que suavizaba el tono—. Como Vd. mismo ha dicho: nada es seguro y definitivo, camarada. La historia tiene una marcha dialéctica, y Vds, la gente de los “órganos” y las Fuerzas Armadas, parecen tener tendencia a olvidarlo. Solo esto es seguro: El decurso dialéctico de los acontecimientos...

Shevchénko siguió, durante cinco minutos, con disquisiciones ideológicas, que al viejo chekista le sonaban como bendiciones de gitano.

“Así que éste y su grupo, están apostando al enroque en la Argentina” se dijo, mientras el otro seguía hablando “Eso explica bastantes cosas... No, lo del U538, claro”. Y, dejó de oírlo: El razonamiento de Shevchénko era tortuoso y con demasiados puntos oscuros, con demasiadas lagunas; aún para su propia óptica especulativa de hombre de los “órganos de seguridad”. No dejaba de repetirse, tampoco, que su planteo internacional

tenía cierta lógica, pero, igualmente, se le antojaba una carambola a tres bandas: Este hombre hacía disparos demasiado elípticos; y, además, lo que era fundamental, en todo momento le hacía sentir la sensación de que había dos historias superpuestas, y que a él le contaban solo una.

Pensó, también, que, dada la rapidez con la que se enteraba de lo que hacía —por ejemplo, salir a caminar—, podía decirse que todo el K.G.B., hasta sus oficinas aparte, había dejado de tener, para él, la garantía mínima indispensable. Inclusive, se preguntó hasta qué punto, lo que creía iniciativa de sus asesores y de su área en general, de algún modo no era directa o indirectamente influido, o hasta sugerido, por Shevchénko y su clan.

Esto debía ser cambiado sin tardanza, pensó, y allí mismo decidió que renunciaría a la presidencia del Comité Estatal de Seguridad: Demasiados alcahuetes para que sirviese de algo. La batalla por el poder la daría en un plano más alto... Al máximo nivel político. Para lo cual debía desembarazarse, ya mismo, de la estructura infiltrada. “Creo que he estado haciendo el papel de tonto por un largo tiempo” se dijo.

Volvió a escuchar lo que decía su interlocutor:

-Así que, esa es mi posición —concluyó éste, por fin—. Tupólev se sintió, de nuevo, cansado. Últimamente le ocurría muy a menudo.

-Hum... —gruñó, terminando su segunda taza—. Convengo en que, en su teoría, hay cierta lógica, camarada. —admitió, como a regañadientes. —No había visto las cosas desde ese punto de vista...

Él, bien sabía cuando no había mas nada que hacer. Si el hijo de puta había logrado puentearlo todo el tiempo, era porque, por ahora, tenía todos los ases.

-Ojo... No crea que estoy totalmente convencido... —le advirtió. No era cuestión de aflojar tan de golpe. Resultaría sospechoso— ...pero, sí... es interesante ...y la analizaré con cuidado. Puede que nos pongamos de acuerdo, después de todo.

-¡Me alegro tanto!... Vd. no sabe cuanto... —Shevchénko, también, hizo bien su papel; y se mostró, ahora, con la complacencia de quien ha recibido la aprobación de un notable— ...¡Vd. no sabe cuanto!... —repitió.

“Un perfecto artista” pensó Yúry Tupólev, súbitamente divertido.

-¡Ah... Shevchénko!... —exclamó un rato después, cambiando de tema—. ¿Qué hay de aquel proyecto mío de los Beluches?... Aquél que charlamos en el Politburó el mes pasado...

Finalmente, pese a todas las predicciones, nadie oyó el tiroteo de Vancouver. Ni en las naves de rescate ni tampoco en Parry. En este último caso, tal vez, por las montañas que se interponían.

La renuncia de Klaus a su parte del tesoro duplicó la participación de Enrique; que, por las razones ya expuestas, no denunció el hallazgo.

Por otra parte, el volumen de oro era tan enorme -al menos para un particular-, que éste se mostró sumamente generoso. Insistió en que, no solo Erika aceptase una cantidad aparte de los US\$ 180.000.- originales, sino en que también lo hiciese Renata.

En un principio, las chicas no quisieron saber nada. Y, solo cuando amenazó con tirar al mar la parte extra que les había asignado, cedieron éstas y tomaron el oro.

En cuanto a sus hombres: Ellos recibieron su premio según “la proporción de costumbre”, que siempre respetaba Enrique, cuando había algún rescate valioso. Ésta tenía su origen en la vieja repartija pirata; basada en el rango. Una modalidad también usada por los patronos balleneros del siglo XIX, y aún en boga entre muchísimas tripulaciones pesqueras. Aunque, justo es decir que, esta vez, hubo un suplemento adicional.

De común acuerdo, todos se juramentaron para guardar silencio con respecto a lo sucedido. Aunque parezca mentira, esto era factible entre la gente de Enrique. De cualquier manera, no podían hablar de nada sin nombrar al U538, y eso, después de haber extraído la caja sin informar antes, era imposible.

Además: La formula no estaba, Klaus había desaparecido, y una historia de rusos y americanos, protagonizando una batalla campal en la Isla de los Estados, solo serviría para aportar mas problemas y confusión en tiempo de guerra. Ya, el secreto de von Papp se había esfumado -esto era lo único que, a lo mejor, le hubiese resultado de alguna utilidad al estado-, y en lo que hacía a los soviéticos y a los presuntos yanquis, lo mas probable era que, a esas horas, estuviesen bien lejos.

Los elementos de la C.I.A y del K.G.B. desaparecieron silenciosamente de la isla, la misma noche del 3 de Mayo; y muy rápidamente pusieron distancia entre ellos y lo que quedaba del U538; ahora, una cáscara vacía.

El Shchúka, por su parte, regresó a la base submarina secreta Morskáia Cháika, mientras que el Golden Oak, luego de recoger a Mc Callum y a su gente, puso proa al Pacífico.

La noche del 12 de Mayo, después de cenar, Andy Mc Callum y Michael Disney se emborracharon parsimoniosamente, en aquél boliche de la Recoleta.

Disney partía para los Estados Unidos al día siguiente y Mc Callum había decidido “pescar una buena” despidiendo a su amigo. Desde mañana, se dijo, se dedicaría a reajustar su “red argentina”.

A las 2:00 a.m. del Jueves 13, luego de invitarse mutuamente como diez veces, charlar, bromear, y hacer comentarios obscenos uno acerca de la persona del otro, Andy sacó de nuevo el tema:

-Bien, Mike. Hicimos lo posible ¿verdad?...

-Seguro, Andy —le respondió éste, poniéndole una mano en el hombro—. No te culpes de nada. ¿Quién hubiera dicho que a la maldita gorda iba a ocurrírsele hundir la bañera justo en ese momento?... Además, las indecisiones de la Agencia...

-Todo ha salido mal. ¡Qué diablos!...

-No se corrió con suerte, Andy. —dijo Disney, mientras se llevaba el vaso a los labios. Parecía poder beber casi cualquier cantidad. Era peligroso tratar de seguirlo, pensó Mc Callum.

-Espero que cambie la racha. —masculló, entre dientes.

-Cambiará, cambiará. —afirmó su antiguo jefe, con confianza—. Ya veremos de seguirle la pista al alemán.

-Al menos, no lo tienen los rusos.

-Escuela Patton, ¿eh?... —Disney sonrió de costado—. Ojalá no se le ocurra vendérselo a ellos.

-Estaríamos fritos... Pero, no. No lo creo: Algo sé, ahora, acerca de Klaus Werder.

-¿Para qué querrá la fórmula, el chiflado ese?...

-Para él.

-Una especie de sabio loco. ¿Verdad?

-Un tío con toda la barba. —Replicó Andy, en castellano, mientras sacaba un cigarrillo del paquete.

-Pues, sí. Usa barba. —convino Disney, también en castellano, y le guiñó un ojo a una chica que pasaba.

A las 6:50 p.m., del 25 de junio de 1982, el adusto y discreto edificio de piedra sobre la Aeschenvorstadt -la calle de los bancos, en Basilea- estaba silencioso.

Si se hace excepción del poco personal de limpieza, que, parsimoniosamente, aseaba las oficinas y barría los corredores, y de un pequeño grupo formado por elementos de seguridad; hacía ya casi dos horas que los empleados de la institución habían abandonado sus tareas, para dirigirse a sus casas.

Algunos lo habían hecho en los tranvías que pasaban frente al banco, otros, en coche, y un buen número de ellos, sencillamente, a pie; para disfrutar del paseo: La fresca tarde de principios del verano se presentaba muy estimulante; ya que, desde el mediodía hasta las 3:00 p.m., había llovido. Bajando, en consecuencia, la temperatura, a un nivel bastante inferior al normal para la estación.

Cinco minutos exactos antes de las siete, descendió de un Peugeot blanco, que se detuvo frente a la puerta, un hombre de edad mediana; alto, y con unas gafas de modelo profesional.

El abundante pelo castaño peinado hacia atrás, enmarcaba una frente amplia e inteligente. Y, cualquiera que hubiese acertado a pasar en ese momento, habría identificado, inmediatamente, el popular perfil; que, desde hacía muchos años, venía siendo frecuente huésped de las primeras planas, en los periódicos de todo el mundo. Su larga carrera política en los Estados Unidos era sobradamente conocida por quien supiese leer un diario, y su presencia en Basilea no hubiese sido motivo de mayores especulaciones; ya que, era uno de esos personajes que uno espera encontrar, sin sorprenderse, en cualquier rincón de la tierra.

Mas, sucedió que el movimiento del profesor Norman Tucker fue muy rápido y, pese a que la calle se encontraba bastante transitada, nadie lo notó.

La puerta de la antigua y prestigiosa institución suiza se abrió dos metros antes de que Norman Tucker llegase a ella; accionada por un empleado que evidentemente lo esperaba. Entrando, aquél se dirigió, sin detenerse, al ascensor; en el cual, el encargado del mismo, respondiendo sonriente a su saludo, y sin necesidad de indicación alguna, lo condujo al tercer piso. Entretanto, en la calle, el chofer se iba con el automóvil.

El segundo personaje que arribó, fuera de horario, al antiguo banco basileño, lo hizo poco después. Su llegada fue en un oscuro Mercedes de cuatro puertas, con vidrios polarizados que impedían ver hacia el interior; y, al descender, fue acompañado hasta la entrada por otro hombre, que había venido junto al conductor de la limusina.

El individuo traía puesto un impermeable liviano y sombrero encasquetado. Además, un par de grandes anteojos ahumados disimulaban parte de su rostro; que, a la sazón,

parecía como soportado por los pliegues de un pañuelo de seda, anudado elegantemente en torno a su corto cuello.

El movimiento de aproximación e ingreso fue tan rápido como el de Tucker. Y, aquí, en cierto modo, las precauciones tomadas estaban bastante justificadas; porque, de haberlo identificado algún seguidor de las informaciones políticas, en este caso, sí, hubiese caído, literalmente, de espaldas: No era en absoluto común -y, mucho menos, esperado- reconocer, entrando en un banco suizo, a Valentín Shevchénko; miembro, de primera línea, del staff político de la U.R.S.S.. Aunque, también es cierto que el riesgo de que así sucediese no era tan grande como en el caso de Tucker, ya que, por entonces, su fisonomía no era tan conocida como la de éste.

Esto, en cuanto a las precauciones para con el público en general; porque, en lo que hacía al Kremlin, el motivo oficial de su visita reservada a Basilea, era: Negociar ciertas concesiones para un banco de Berna, que, en manos de la Unión Soviética, desempeñaba el papel de agente de la misma, en sus operaciones con la banca internacional; especialmente en el mercado del oro. Ni un jerarca de la talla de Shevchénko, se podía permitir viajar, sin justificativo, a Suiza.

Eran las siete menos un minuto, cuando el ruso y Tucker se estrecharon la mano, en la amplia antesala del tercer piso de la institución.

No habían tenido tiempo, casi, de terminar de hacerlo, cuando se abrieron las puertas de roble que cerraban el paso del estudio.

Una voz amable y precisa los saludó, cuando entraron al despacho-biblioteca adornado por innumerables volúmenes.

-Bienvenidos a Basilea, señores.

Una sonrisa plácida, adornaba el arrugado rostro de un hombre diminuto y algo cargado de hombros, que se adelantó con la mano extendida: Era Jacques de Rösli; dueño de casa. En ese instante, el reloj de péndulo del estudio daba las siete campanadas.

Cuando Norman Tucker terminó de beber la pequeña copa de vino, miró por un momento a Rösli, que le hizo una imperceptible seña afirmativa con la cabeza. Tenía un enorme poder de síntesis y fama de ir derecho al grano. No en vano era considerado uno de los exponentes más cabales del pensamiento político contemporáneo. O, al menos, de una de sus vertientes.

Sin ningún preámbulo, atacó, dirigiéndose a su reducido auditorio:

-Bien, estamos aquí, en esta reunión extraordinaria, previa a la general, para evaluar todo este lío imprevisto, ahora que ha terminado... O, tal vez, empezado. Según se mire. —de la calle, llegó, apagado, el ruido de un tranvía. Prosiguió—. Los hechos son así: En lo que hace al trabajo de Esteban von Papp, como saben: Ni Estados Unidos, ni la Unión Soviética... ni ninguna potencia, que esté dentro de las reglas del juego, han podido obtenerlo. Se perdió, sencillamente. —se aclaró la garganta... Era natural que le hubiese tocado informar a él, “in voce”, pensó. Los sucesos, en última instancia, habían tenido lugar en su área. Volvió a carraspear. Rösli no hizo ademán de servir mas vino. “Suizo amarrete” se dijo—. Mejor dicho —prosiguió—: ha ido a parar a manos de Klaus Werder; que, seguramente, ya lo debe haber puesto a buen recaudo. Dejó la goleta en Punta Arenas. Allí se pierde su rastro.

¿Qué significa esto?... Varias cosas. Vds. harán su propio balance, si es que todavía no lo tienen; pero, mi opinión es la que sigue...

Shevchénko se levantó y se sacó el impermeable, que había conservado puesto hasta ese momento.

-Disculpe. Lo escucho. —dijo, sentándose nuevamente—. Rösli permaneció impasible como una vieja momia.

-En primer lugar —continuó Tucker—, esto significa que el invento no tomó “estado público”, por decirlo de algún modo, y que los ejércitos de las potencias, no van a poder desarrollar un paraguas antiatómico de campo de fuerza.

En nuestro esquema de “Poder Conjunto” y de marcha hacia la simbiosis de los sistemas políticos. —continuó—. Esto, en principio, es positivo. Dado que, gran parte del mismo, se basa en la existencia del “cuco” atómico y en la dinámica progresiva que de eso se sucede.

Con las “cápsulas”, por ejemplo, en manos de la Unión Soviética, y con gente como Tupólev dando vueltas por ahí, que siempre la hay —dijo, mirando a Shevchénko, que asintió—, no experimentaríamos progreso alguno en nuestro camino. Mas bien, tendríamos grandes problemas:

Ni Shevchénko, ni nadie, hubiese podido parar a los “halcones” rusos, que, una vez desarrollada la sombrilla antinuclear, más tarde o más temprano, se hubiesen lanzado a una confrontación directa, seguros de salir indemnes.

Nosotros queremos conducir “el” mundo, no un planeta en ruinas con solo la Unión Soviética en pie. —Shevchénko volvió a asentir con la cabeza— ...En especial, teniendo en cuenta que yo vivo en Nueva York... —agregó Tucker. Los otros rieron de buena gana.

-Y, yo, en Europa Occidental... —dijo Jacques de Rösli. Todavía riéndose— ...No habría neutralidad suiza que valiese...

-O.K. —continuó Tucker—. Si, en cambio, hubiesen sido los Estados Unidos los poseedores del hallazgo... Bueno, en ese caso, lo mas probable habría sido que, en corto tiempo, lo tuviesen también Vds. ¿Eh, Shevchénko?... —se dirigió al ruso. Éste se limitó a rascarse la nariz con aire divertido—. Así, que, veámoslo, ahora, de este modo: Cápsulas en manos de ambos... Nos veríamos en un terrible aprieto... —Tucker miró a sus interlocutores para ver si querían hacer alguna observación, pero, estos, permanecieron en silencio, esperando que continuara con su informe— ...No sé si permanentemente o por un tiempo; porque, como ninguno de nosotros conoce la índole verdadera del invento, no podemos aventurar aquí si se hubiese podido desarrollar una nueva bomba anti-cápsula. Pero, de no ser posible, la eliminación definitiva de la presión atómica, daría un golpe gravísimo a nuestro paulatino avance hacia un planeta de “trabajadores bajo control socialista” e inversión capitalista.

Todos coincidimos en que, es parte importantísima de dicho avance que se produzcan ingentes gastos. Y, como ustedes saben —miró, alternativamente, a sus dos interlocutores—, el gasto, es el resultado inmediato de la carrera armamentista.

El área socialista —la de los “trabajadores socialistas”— puede pagar cómodamente ese gasto; puesto que allí un obrero gana el equivalente de U\$S 100.- por mes. En cambio, los Estados Unidos —donde gana U\$S 1.000.- mensuales, por lo menos— tiene cada vez más problemas para encarar los crecientes desembolsos que provoca la carrera nuclear.

En ese momento, luego de golpear suavemente la puerta, entró un mozo trayendo una bandeja. Sin decir palabra, depositó sobre el escritorio de Rösli un plato con bizcochos y se fue.

-Así que, en el largo plazo —prosiguió Tucker, luego de que el camarero se hubo retirado—, el advenimiento universal de nuestra alternativa, “estructura humana socialista bajo control, con aporte capitalista altamente concentrado”, resulta ineluctable... Siempre que a ningún dinosaurio se le ocurra arruinarlo todo con sus

veleidades guerreras a lo Tupólev... o que desaparezca la causa del gasto motor. Esto último hubiera sido el “golpe gravísimo” del que les he hablado...

Estas crudas definiciones, así dichas, hubiesen sorprendido a más de uno de los seguidores de la trayectoria de Tucker.

-Miren, no quiero abundar en ejemplos de cosas que saben mejor que yo —se disculpó—; pero, es costumbre entre nosotros una exposición clara y total...

-Continúe tranquilamente. —le dijo Rösli.

-Gracias. —Norman Tucker dirigió a la momia una leve inclinación de cabeza—. Vean, entonces, por ejemplo: Ahora, con los nuevos proyectiles que Vds. instalarán —se dirigió, nuevamente, a Shevchénko—, Reagan se verá obligado a gastar una enormidad para contrabalancearlos. Eso hará que: O bien, tenga que imprimir dólares inflacionariamente, lo que no hará, o, en su defecto, aumentar los intereses para captar dinero. En el primer caso tendría lío adentro, y, en el segundo, con sus deudores; que se verán afectados por la suba de tasas. Ambas variantes calzan perfectamente con nuestros planes.

Ahora, bien, se imaginarán que, si las dos potencias poseyesen la tecnología de las “cápsulas de Papp”, y esta no pudiese ser contrarestada, el gasto podría ser dramáticamente menor —al convertirse en obsoletos los cohetes, cada vez mas caros—. Se supone que una instalación generadora de un campo de fuerza es de características permanentes. O, al menos, no necesita renovarse con la velocidad con la que se cambia de modelo de proyectil en la actualidad.

En el bloque oriental, esto no eliminaría ninguna manifestación social adversa, puesto que usualmente no las hay, salvo excepciones; ya que el estricto control del estado no las permite. Mas. ¿Qué ocurriría en occidente?...

No puede hacerse un diagnóstico exacto; pero, en principio, se reduciría, seguramente, el déficit fiscal en Estados Unidos, los impuestos serían menores, los intereses bajarían estrepitosamente... Todo lo cual significa: Dólares disponibles para otras cosas, elevación general del nivel de vida... paz social. Y, esto, dentro de un dispendioso marco no socialista. Es decir: Un retraso de años en nuestra tarea.

En cambio, en la situación actual, mientras Reagan tiene terribles problemas para juntar plata para armamentos, Vds., Shevchénko, para hacer lo mismo, en vez de surtir sus proveedurías con mantequilla, lo hacen con grasa de cerdo, y asunto terminado.

Ciertamente. —intervino el ruso, y agregó—. El que se generalizase el uso de la cápsula de Papp, traería un problema parecido al que se desataría si, de pronto, alguien viniera otra vez con un método para utilizar el agua como combustible... Como hizo aquel lunático que lo logró y que nos dio tanto trabajo. ¿Se acuerdan?... —Rösli y Tucker asintieron en silencio. Enseguida, éste retomó el hilo, diciendo:

-Nos moriríamos de un infarto. Tendríamos que readaptar todo el esquema del poder mundial.

-Aliviaría muchísimo las tensiones —intervino Rösli—; sin las cuales no podemos mover la rueda. Algo parecido nos puede suceder también cuando se llegue a la fusión nuclear controlada —acotó—, y las centrales nucleares produzcan electricidad a partir del hidrógeno... del agua del mar.

-En efecto —convino Shevchenko, y agregó, riendo—. Pero, Sr. De Rösli; me parece que por mi culpa no estamos dejando hablar al profesor Tucker. —el otro no respondió.

-Por último —continuó Tucker—. Si la invención de Papp fuese privativa de los Estados Unidos... la situación sería aún peor: La aventura de la guerra podría ser encarada, en este caso, por nuestros “halcones”; con resultados tan indeseables como los de la primera alternativa, pero inversos: Bloque oriental arrasado. Y, aunque no tuviesen la

decisión necesaria para hacerlo —lo que sospecho—, tal vez se revirtiese, aún más profundamente, el curso de los acontecimientos... ¿Verdad?...

Rösli y Shevchénko se manifestaron de acuerdo.

-O.K., haciendo un repaso —prosiguió Norman Tucker—. Decía, entonces, al principio, que, en primera instancia, la pérdida del secreto de Papp parecía un beneficio. Pero —señaló—, este beneficio es más aparente que real. Pues, el que todo haya sucedido así. Es decir, que las cápsulas hayan ido a parar a las manos de Werder, significa, también, que: una tercera fuerza, pequeña, pero fuera de control... e inaccesible, estará, en algún momento, en condiciones de burlarse de nuestra amenaza atómica...

¡Sí!... —enfaticó, alzando la mano—. El que “la cosa” la tenga Herr Werder, y, no, las potencias, puede parecer un mal menor... y, de hecho, lo es; pero solo por ahora. Porque, ¿qué sabemos acerca de qué hará éste en el futuro?... El tipo es inhallable y cuenta con muchos recursos. Ha hecho mucho dinero en 30 años y no está tocado por ninguna regla.

Siempre nos han causado horror los pequeños individualistas. —acotó —... Especialmente si cuentan con algún poder efectivo. Y, en este caso, ¡qué me dicen!...

-¿Una copa más de vino?... —preguntó Rösli, levantándose con el botellón de cristal en la mano. Y, sin esperar respuesta, sirvió otra vez, mientras Tucker continuaba.

-Hum... No me deja dormir tranquilo ese alemán hijo de puta. A su nivel, nos ha dado jaque mate. Porque, ahora, ni siquiera sabemos cómo es la “cápsula”, y, por ende, no podemos ponernos a buscar una bomba anti-cápsula. La imagen de ése, haciendo de las suyas con el invento de Papp, no me abandonará.

-¿No será posible encontrarlo?... —preguntó Shevchenko—. Me refiero a hallarlo con mi propia gente, por ejemplo. No con el K.G.B. ni con el G.R.U. ...Hallarlo, destruirlo a él y quedarse con los trabajos... o destruirlos también. Para evitar tentaciones...

-Es escurridizo como una anguila y tiene refugios seguros que desconocemos. —respondió Tucker— Algo así como Arsenio Lupín. —aclaró— ...Pero, parta de la hipótesis de que lo encontremos: No serviría de mucho.

-¿Por?...

-Porque, a estas alturas, debe tener los papeles fotocopiados. Con varios juegos distribuidos por distintos lugares. De modo tal que, el tener en manos el original, e incluso a Werder mismo, no nos devolvería el sueño —Tucker hablaba, como si, en el fondo, admirase al alemán—. Los que sí, lo van a buscar —añadió—, van a ser los de la C.I.A. ...y los del K.G.B., aunque Vd. no les diga nada. Pero, de balde: No lo hallarán.

-Dígame... —intervino Jacques de Rösli— ¿Qué pasó, finalmente, con el otro?...

...Con...

-Falkenburg. —aclaró Shevchenko.

-Ah... No sé, ahora. —respondió Tucker—. Pero no hay duda de que se pelearon. Tal como sospechábamos, desde un principio, que iba a ocurrir: Werder se hizo con el invento y se fue; dejándolo a su socio con un palmo de narices. Con respecto al oro, no tenemos noticias, pero, en cuanto a los papeles, su verdadero objetivo, está confirmado que le dio el esquinazo:

-La gente de la C.I.A. y del K.G.B., como Vds. ya saben, vieron desde sus campamentos base, cuando ya se habían replegado, como los hombres del alemán copaban y maniataban a los de Falkenburg. —para entonces ya tenían orden de no hacer nada. Después de una hora, aquéllos se fueron con la goleta a toda máquina.

-Los dejó sin radio y con los motores desarmados. —acotó Shevchénko— ...Por lo que pudo verse antes de que las dos fuerzas pusiesen los pies en polvorosa, la noche del día 3.

-No hay duda de que una actitud así, obedece a que, por lo menos, se llevó el secreto científico. —dijo Tucker— ...Que, en realidad, reitero, era lo que buscaba. —añadió. Luego, tomó un sorbo de su copa de vino. Los otros dos permanecieron callados.

-La cosa no tiene ya ningún remedio —prosiguió—. El hundimiento del Belgrano estropeó los planes de la C.I.A. y del K.G.B.; con lo que nos hizo el favor de salvar el cuco nuclear. Pero, también logró que el secreto se lo llevase el aventurero ese. ¡Maldita sea!... —exclamó, perdiendo la calma—. ¡Ya no sé qué es peor!...

Shevchénko dijo, con toda parsimonia:

-Con lo que, he aquí, como un oxidado trasto argentino que se hunde, en última instancia, nos coloca un buen proyectil de acción retardada en el culo.

-Vd. lo ha dicho redondo. —convino Tucker— ...Lo mejor hubiese sido echar a pique a La Zarzamora y El Orejano mientras iban para allá; pero, eso estaba fuera de consideración. El pastel venía envenenado de entrada: Ni en Estados Unidos ni en la Unión Soviética tenemos el control directo de las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia: Es ese nuestro talón de Aquiles; ya que, no los podemos hacer hacer cosas que ellos consideren ostensiblemente idiotas. Su estupidez tiene también un límite; por más que sea amplio. —luego, miró directamente a Rösli y añadió—. A veces, hasta cobran vida propia y hacen cosas fuera de contexto... Puede llegar a ser fatal, algún día.

-Nos movemos con grandes influencias que mueven “casi” todo —dijo Rösli, subrayando el “casi”; —pero, nadie posee la jugada absoluta.

-Como en el poker. —agregó Shevchénko, sonriendo—. Ni la escalera real es cien por ciento confiable: La chica mata la grande, la grande mata la media, la media mata la chica... Nunca se puede estar seguro.

-Ahora ya sé a qué se dedica en sus ratos libres, “camarada”. —bromeó Tucker, mientras pasaba la mano por su pelo. El ruso sonrió:

-¿Cuál dirían Vds. que es el resultado del balance?... —preguntó, aunque no tenía mayor sentido hacerlo.

-Una victoria pírrica, casual, pero no victoriosa. —respondió Rösli, con ironía, mientras abría una caja de cigarros.

-Algo así como un “empate pírrico”. —se la siguió Shevchénko, al tiempo que tomaba un puro.

-Una nueva expresión idiomática, que se ajusta perfectamente al caso. —dijo Tucker; que también tomó un cigarro de la caja que le tendía Rösli.

-Bien poco, por cierto —masculló el ruso; meneando la cabeza con aire pensativo—. Pero... en fin. —agregó— ...Ya está... Ahora, veremos.

-Cambiano de tema. —dijo la pequeña momia, echando una nube de humo—: ¿Qué me dicen Vds. de todos los otros tópicos?...

-Ah... sí. Todo eso está preparado. —respondió Tucker, y tocó su portafolios—. ¿Vd. Shevchénko, también tiene todo?...

-Sí, sí... Naturalmente. —el aludido señaló un attaché y agregó, mirando a Rösli—: Tenemos mucho de qué hablar acerca de la situación general del mundo, y son varios los temas a desmenuzar; pero, me parece que podríamos tratarlos de una sola vez en la reunión general. Así no hablamos dos veces de lo mismo... No sé. Si le parece... Total, falta poco. —dijo, mirando el reloj, y añadió—: Además... no hacen a esta historia atómica, en la que Tucker y yo somos involucrados directos...

-Oh, sí. Me parece bien. —replicó el hombrecillo— No quise decir que los charlásemos antes. —agregó, riéndose—. Solo quería hacer un repaso de la lista de los mismos.

-Endeudamiento del tercer mundo, medio oriente, Estrecho de Ormuz, sucesión de Brezhnev (cuando se muera), guerra de las Malvinas... —enumeró Tucker, de memoria— ...Tupólev. —dijo, al final, con gesto malévol.

-Tupólev. –repetió Shevchénko, haciendo, con las manos, un elocuente gesto de hartazgo—. Ya me tiene aburrido... y viene degollando, ese bonapartista de mierda. Vez pasada, le tuve que dar una cierta explicación para que se dejara de joder... Creo que entendió. Pero, igualmente, está en otra cosa: El “czar” no está interesado en el mundo metamarxista; y sospecho que, hoy por hoy, ni siquiera en el marxista...

Tucker rió, ahora, divertido; mientras el suizo escuchaba, nuevamente en silencio.

-¿Sabe, Tucker, lo que ocurre con Tupólev?... —prosiguió Shevchénko—... que, él se cree todo un moderno, porque sustituyó el fusilamiento en masa por la clínica psiquiátrica, y un culto, porque toma vino francés y escucha a Beethoven. Pero, en realidad, forma parte de la vieja Rusia. Solo que, como Pedro el Grande, no usa barba. Mas, eso solo cambia el rostro.

Es inútil, no va con la era mundialista. Me temo que se cree aún en Hungría y permanece atado a sus fantasmas, de manera enfermiza.

Si le llegásemos a explicar que consideramos mucho mas efectivo llegar a manejar a las multitudes por medio de ciertas drogas, nos podría tachar de degenerados. Aunque él las usó con los presos.

No hay que engañarse con Tupólev... es así de simple: En el fondo, sigue confiando en el “knút”. Se ha quedado a mitad camino de la evolución y vive lleno de contradicciones: No es un Stálin, ni es como nosotros. Viene a ser una especie de mestizo. Además —añadió—, les repito: A estas alturas me parece que las ideas le interesan cada vez menos. Mas bien, está involucionando.

-¿Le dio mucho trabajo?...

-Puf... No se imagina. Obstaculicé, su accionar, todo lo que pude. Traté de crearle la mayor cantidad de dificultades posible. Pero él siempre estaba allí. En fin, luego, todo se dio como se dio...

Tucker movió la cabeza de un lado a otro. Shevchénko prosiguió:

-El día que nos vimos a solas, al final, salió hablando del Golfo Pérsico —su tema de turno—. Pero, no me engaña con eso: Creo que desde su renuncia a la jefatura del K.G.B., el mes pasado, prepara un golpe hacia lo más alto. ... ¡Ya lo voy a arreglar yo!... Por ahora, me limitaré a darle sogas para que se ahorque solo... Él, y todos sus “órganos”...

-Permítame, Shevchénko —terció el suizo—, ahora soy yo el que se toma la libertad de decirle que, lo que hace específicamente a la persona de Tupólev —ahora—, sería mejor contarle en la reunión grande... ¿Qué me dice?... —el viejo se vengaba.

-Tiene razón, monsieur de Rösli. “Touché”. —respondió el ruso, tomando un bizcocho de los que estaban sobre el escritorio.

La reunión se prolongó unos minutos más. Al terminar, los tres hombres, luego de hacer una llamada telefónica cada uno, salieron juntos del despacho, encabezados por Jacques de Rösli, y, tomando el ascensor, descendieron hasta el garage del edificio; donde los esperaba un “Rolls”.

El chofer abrió, de a una, las puertas traseras, mientras se quitaba ceremoniosamente la gorra, y volvió a cerrarlas, a medida que los pasajeros se acomodaron en el asiento posterior.

El vehículo atravesó la manzana por un pasaje interno y salió a la Dufourstrasse por una entrada a la altura de otra casa. Doblando a la derecha, lentamente, recorrió unos pocos metros hasta tomar por la St. Alban Anlage; siguiendo, luego, por ésta, que se convierte, sucesivamente, en Zürcherstrasse, Rheinfelderstrasse, y, mas allá, en la Rheinstrasse; cuando ya corre pegada al Rhin. Allí, el automóvil aumentó su velocidad y se perdió hacia el este; siguiendo la margen derecha del río.

El planteo general de esta gente de la “reunión de Basilea” era, esencialmente, sencillo: Querían un mundo de trabajadores socialistas, muy controlados y con bajos sueldos, para que los grandes capitalistas pudiesen invertir su dinero en él, reduciendo, al mismo tiempo, dramáticamente, los costos de dicha inversión, y aumentando exponencialmente sus ganancias... Algo así como un planeta totalmente comunista, pero en el que el patrón no sería el estado, sino un grupo reducido de empresarios privados, inmensamente ricos y poderosos. Es decir: Un pensamiento diametralmente opuesto al del viejo Henry Ford, que le aumentaba el salario a sus obreros para que pudieran comprarse un coche.

El dilema es: Las masas esclavizadas y frugalizadas al extremo no son “target” de la economía. Entonces, ¿a quién le pensaban vender la producción masiva?... ¿A cuatro ricos?... ¿A dos mil ricos?... No alcanzan... ¿A una potencia extraterrestre?... Bueno... ¿Quién puede decirlo?... Después de todo, tal vez, tenían el dilema resuelto por otra vía.

Tiempo después, el coronel Valérián Makárov, con su pierna izquierda para siempre rígida, pero restablecido, fue enviado a hacerse cargo del K.G.B. en Samarcanda. Un puesto con cierta relación con la ocupación rusa en Afganistán

El nombramiento fue hecho por el nuevo jefe del Comité de Seguridad, ya que, Tupólev había renunciado en Mayo para dedicarse a la política.

En la “Lubianka”, y durante un tiempo, se dio una feroz pugna entre los partidarios de éste —que, de todos modos, permanecieron en puestos relevantes— y los seguidores de la línea de Shevchénko. Pero eso ya no es historia que interese aquí.

Nadia, le fue asignada como su secretaria privada, con el grado de teniente primero.

Se habían acabado los días del mar para el coronel Makárov. Ahora, su tarea era, mas bien, de planificación a largo plazo; pues, le fue encomendada —casi con carácter excluyente— la misión de preparar un movimiento irredentista, entre las poblaciones Reluches del sur de Afganistán, Pakistán e Irán.

La razón inmediata de esto, era tratar de hacer pie en alguna región afgana —en este caso, la meridional—, para poder así, enfrentar mejor a los Pathans del norte, que constituían el núcleo dominante de la nación y los mas fieros oponentes del Ejército Rojo. Pero, la acción profunda era, en realidad, lo que Yúry Tupólev había bautizado, hacía algún tiempo, con el nombre de “la carta beluche”.

Esta “carta”, consistía en preparar la secesión del Beluchistán Paquistaní, del Beluchistán Afgano, y del Beluchistán Iranio, para formar un nuevo estado que reuniese a toda la nación beluche bajo la protección soviética. Tal situación le daría, por fin, a Rusia, la tan anhelada salida al Golfo de Omán y al Mar Árabe: es decir, Al Índico.

Esto, sería prontamente seguido por el control definitivo del Estrecho de Ormuz; ya que, la “carta beluche” tenía también su trampa:

Desde hacía muchos años, gran parte de la oficialidad del Sultán de Omán —en la margen de enfrente del estrecho— estaba formada por beluches venidos del otro lado del golfo; a los que Tupólev, autor de todo el proyecto, había incluido en sus planes.

Así, una de la tareas mas delicadas que el coronel Makárov tenía entre manos, era, precisamente, la infiltración de la oficialidad beluche del sultanato. A la par que conspiraba en los otros tres países.

Una revolución beluche, no solo llevaría, por fin, al Ejército Rojo, a los mares calientes, sino que, bien planeada, podría extenderse a Omán. Con lo que la U.R.S.S. acogería con dos manos la yugular de occidente: La ruta del petróleo.

En fin. Una larga tarea para Valérian Makárov. Y, Samarcanda, elegida por ser mas discreta que Tashkent y menos peligrosa que Kabul, era el lugar ideal para hacer de cuartel general. Además, el clima era seco; lo que le vino muy bien para su rodilla.

Con la posterior desaparición de la Unión Soviética y la secesión de las repúblicas periféricas de la misma, de todo esto de los beluches no quedó mas que “polvo en el viento” ...como dice el tema preferido del grupo Kansas.

El gordo Chiche apareció muerto en Septiembre, en el baño de un bar de Constitución. Estaba sin pantalones y con el cráneo destrozado por un objeto pesado. El caso fue catalogado, por la policía, como una “posible reyerta entre amorales”.

Andy Mc Callum fue trasladado en Diciembre a la sede de la C.I.A., en Langley, Mc Lean, Virginia.

El empresario Davidoff perdió mucho dinero con el negocio de las Georgias; pero, pronto —un año después— pudo resarcirse de algo con una licitación que ganó. Se trataba de la compra del cable telefónico viejo, de cobre, que nos unía con Sudáfrica.

Tomó bastante sol en la cubierta del barco, con el que vino enrollándolo desde Ciudad del Cabo hasta la costa sudamericana.

El Jueves 17 de Mayo, pero de 1984 —mas de dos años después de los sucesos—, Enrique se encontraba de visita en la antigua casa portuguesa, que Verónica tenía en el sector histórico de Colonia.

Cuando, después de largo tiempo de abandono, comenzó a restaurarse el primitivo barrio lusitano del siglo XVII, la “negra” se decidió a comprar una de las mas viejas construcciones con frente hacia el río.

Era una derruida residencia de piedra, que quedaba en la “Calle de las Misiones de los Tapes” y la “Costanera”. Con paredes de 80 cm. de espesor y el techo de vigas de palmera, hundido.

Verónica la había hecho reparar con un criterio totalmente conservador y un resultado fascinante. Además, todo el encanto del barrio la rodeaba, y tenía un panorama de las puestas del sol —sobre las San Gabriel, las López, y las Hornos— que hacía prorrumpir en aplausos a los vecinos de la colonia argentina; cuando se paraban ante la balaustrada que da al Plata, para ver como el astro se hundía en él, en los ocasos del estío.

El día, luego de una semana de frío, era uno de esos tibios exponentes del otoño —con el cielo de un celeste tan clarito, que daba, por momentos, la impresión de ser de nubes diluídas—; y los dos, la negra y Enrique, habían aprovechado la ocasión para dar un largo paseo a pie por la nostálgica ciudadela.

Éste, había comprado los diarios en el kiosco: Quería leerlo todo acerca del accidente aéreo de Tierra del Fuego, en el cual, el día anterior, había perdido la vida el gobernador Trejo Noel, con casi todo su gabinete; según se confirmó después.

Su última experiencia allá, lo había dejado definitivamente ligado a la Isla, y ahora, seguía, obstinadamente, todo lo que salía publicado sobre ella.

De regreso, se tiró en el sillón del living, mientras Verónica iba a la cocina a preparar algo, y a calentar en el horno las empanadas que habían comprado de paso.

Leyó, en los periódicos de Buenos Aires, toda la información que había salido sobre el caso, y pensó en aquella gente hundiéndose en el Beagle. Tuvo un estremecimiento... Desde la cocina le llegaban los ruidos que hacía Verónica. ...De pronto, recordó a las chicas:

Lo de aquella noche con Ren no se volvió a repetir. Pese a que, al regresar de la expedición, pasó diez días en la casa de la Sierra de las Pinturas. Muchas veces se volvió a preguntar, si aquello había sido real. Lo recordaba, como entre inquietos sueños, como una suerte de rito iniciático, del cual, la explosión sexual fuese parte integrante.

Recordó, también, ciertas características de la personalidad de Renata, y los detalles físicos, algo extraños, que lo obsesionaban cuando pensaba en ellos; como aquél de las axilas.

Ren, luego de dos días con ellos, había desaparecido, dejándolos solos; y, pasado el tiempo, al ver a Enrique cada vez mas inquieto, pese a que tenían sexo a cada rato, Erika le dijo, con total claridad, que no se hiciese problemas por ella, que se daba cuenta que estaba obsesionado con Renata, y que, si quería acostarse con su amiga, fuese a buscarla. A ella no le desagradaba. Es más... le gustaba que lo hiciese. Renata le había contado todo acerca del sexo que había tenido con él, mientras ella dormía la mona en la goleta, luego de la fiesta... Y se habían calentado tanto hablando, que terminaron haciendo el amor entre ellas, en el camarote de El Orejano, revolcándose en el piso. Y que, luego, habían fantaseado largamente acerca de vivir las dos con él, cuando, rearmados los motores del crucero, regresasen a Ushuaia y a casa.

La revelación, pese a que no le resultó tan inesperada, disparó los ratones de Enrique, que empezaron a bullir aceleradamente en su cerebro. Y, no era para menos, ya que, por esos años, no era tan común, como ahora, que las mujeres fuesen bisexuales.

Durante 48 horas seguidas trató de localizar a Renata, pero, parecía como si se la hubiese tragado la tierra.

A su regreso, Erika le dijo que, a veces, Ren se iba sin avisar, a Chile, a visitar a los maestros que le habían enseñado meditación, y que regresaría en poco tiempo y el día menos pensado.

Enrique aguardó impaciente mientras se descargaba, a cada momento, con Erika, que parecía disfrutarlo más que nunca y que lo embalsaba hablándole de Renata y describiéndole su cuerpo, detalle por detalle, y todo lo que hacían juntas.

Finalmente, al no aparecer Renata, al cumplirse los diez días en lo de Erika, y no pudiendo desatender más sus asuntos, Enrique regresó a Buenos Aires.

Luego, volvió a acordarse de Klaus. Como lo había hecho a cada rato en los últimos dos días.

La jugarreta de éste, no había influido, para nada, en su relación con Verónica: Pese a haber sido la introductora, ella no había tenido la culpa de la actitud posterior del mismo.

El día anterior, después de todo ese tiempo, había vuelto a tener noticias de él: Al revisar la correspondencia de la mañana, junto con las demás cartas, halló un sobre sin estampilla y con el rótulo “personal” debajo de su nombre, que alguien —que no era el cartero— había echado en el buzón. Su sorpresa no tuvo límites, cuando, al abrirlo, se encontró con una misiva con la firma del alemán.

Había traído la carta consigo, para mostrársela a la negra —que era la única persona a quien había confiado todo lo ocurrido en la Isla de los Estados— y ya la habían leído, juntos, temprano en la mañana.

Los papeles estaban todavía, en su bolsillo. Los sacó y los desdobló. ...Sentía la necesidad de volver a repasar las palabras del alemán... Había algunas cosas a las cuales no terminaba de captarles el sentido. Al comenzar a releer, la imagen de Klaus se formó en su mente...

“Estimado Enrique:

“El motivo de esta carta, luego de dos años, es —en principio— el que veas que aún sigo vivo y que no me he olvidado de vos. Pero, además, hay otra razón:

“Antes de despedirme de Vds., en Bahía Vancouver, les dije, sin más aclaración, que un poder siniestro manejaba los hilos del mundo. Lo cual, reconozco, no es una revelación que pueda hacerse sin explicaciones.

“Bien, creo que el transcurso del tiempo y de los hechos, hace que ya sea oportuno que sepas algo más al respecto. Además, como en todo este lapso me he tenido que defender, más que nunca, de tal poder, o, al menos, de algunos aspectos del mismo, siento la necesidad de hacer partícipe de algo que sé, a alguien que, como vos, no forma parte de mi círculo habitual, pero, al que tengo suficiente aprecio, aunque no lo creas, como para referirle parte de mis secretos. Al asunto:

“Te estarás preguntando ¿qué es este poder?... Empecemos, entonces, por su composición. En realidad, el mismo no constituye un todo absolutamente homogéneo, sino, más bien, un ensamble de diferentes fragmentos de poder, unidos por la convergencia de rumbos, que, en el transcurso del tiempo, se ha dado en ellos. Es una especie de gelatina, que, a veces, se torna inasible, pero no por ello menos real.

“Como te digo, diversas instancias lo integran: Parte del poder norteamericano, del soviético y del europeo, están comprometidos en esto. Además de amplios sectores, de peso, en casi todos los demás países del mundo. Quienes no lo están, por lo común, son objeto inconsciente de esta tela de araña.

“Seguramente, ahora, te preguntarás, también, por qué soy tan categórico en mis afirmaciones. Ya que, este planteo, posiblemente lo

habrás oído otras veces, en boca de gente que, a la hora de la verdad, no pudo respaldar sus dichos con hechos.

“Bien, la respuesta pormenorizada sería muy larga, y, además, no puedo confiarla por escrito. Te baste saber que, lo que te digo, lo percibí, en principio, por deducción; como muchos otros. Luego, esto me impulsó a una investigación directa; como a muchos menos. La que me condujo a la posterior comprobación personal de la mayoría de mis hipótesis; como casi nadie lo ha hecho.

“En definitiva. Puede decirse que no hay estado importante en la Tierra, donde no estén representados por una de las líneas de poder...o varias.

“¿Cómo se llaman?... Su denominación también es incierta. Hay quienes se refieren a ellos de un modo, y quienes de otro. Muchos de esos nombres, incluso, ya están bastardeados por el mal uso; por eso, prefiero recurrir a mi propia denominación para ponerles contorno: “La Fuerza Sin Rostro”.

“¿Por qué este nombre preciso?... Veamos sus objetivos para explicarlo mejor: Esta Fuerza Sin Rostro, pretende la instalación de un gobierno mundial; bajo el cual, La Tierra esté manejada, en su aspecto político, por un método socialista, y en su aspecto económico, por una gran concentración capitalista transnacional. La convergencia de los dos sistemas será, según esta gente, la síntesis del futuro: el Metamarxismo.

“En su faz operativa concreta, planean conducir el conjunto de la sociedad humana por medio de las técnicas mas modernas: Sujeción de todas las instancias de la vida a las computadoras, incorporación de “drogas de la felicidad” al agua potable, ...o de lo que sea, dado el caso, complementación del dominio de las mentes por una irrupción masiva de la T.V. en el cotidiano (al estilo de “Fahrenheit 451”), montaje de un estado policial cibernético, que controle al hombre de una manera nunca vista... También con el espacio público y privado controlado por cámaras de video, etc., etc..

“En esencia: Una de las mas grandes concentraciones capitalistas de las que se tenga memoria, ha decidido, finalmente, que la mejor inversión es en una estructura comunista absolutamente controlada; ahora que los medios técnicos parecen hacerla viable. Así, el costo del ciudadano neo-socialista sería muchísimo menor que el del ciudadano de la sociedad capitalista.

“Para ello, el mundo occidental —que le dio origen a esos mismos capitales— debe desaparecer paulatinamente, o transformarse. Ya que, de persistir tal como lo conocemos, perviviría el “mal ejemplo”, y siempre existiría la disconformidad de los “socializados” queriendo pasarse a la estructura capitalista; pese a las drogas: El ciclo se cierra y la serpiente se muerde la cola.

“Dentro de este esquema, es que se da la “convergencia de sistemas” a la que “La Fuerza Sin Rostro” quiere arribar.

“El por qué de lo conveniente de una estructura socialista-cibernética, salta a la vista: Nadie puede escapar a tal control. Y, además, éste se instala con una forma nueva, civilizada y tolerable: La felicidad disuelta en el agua, en vez de la dictadura rígida. La estupidización masiva, en vez del látigo.

“Si esto tiene antecedentes mas remotos, no es el momento ni la forma de tratarlo. Por ahora, basta circunscribirse a lo dicho.

“Todo esto explica el nombre que he elegido: Como la instauración de este poder, a nivel mundial, sería, a mi entender, el gobierno de **la bestia**, lo de “La Fuerza Sin Rostro” alude a la misma, en su aspecto teológico clásico y en este otro: el de la manifestación mundana a la que nos estamos refiriendo.

Ambos, la bestia en sí y su gobierno, comparten lo inasible de su fisonomía y el empeñarse en “hacer creer que no existen”: Un viejo truco del demonio; como dicen los católicos.

“En última instancia, la explicación de fondo es muy simple: Esta “Fuerza sin Rostro” no es otra cosa que el viejo **mal**: La ruptura del equilibrio que sostiene al universo... El mal de Nimrod... Sí, que es sencillo en verdad: Los humanos repiten siempre las mismas cosas.

“Es inútil complicarse mucho, tratando de identificar a tal o cual categoría de culpables. El culpable es el hombre; cualquier hombre. Esta vez serán éstos; pero mañana podemos ser nosotros. Está en nuestra naturaleza cometer la **hibris**... la desmesura... que conduce a la hecatombe. (*)

“¿Crees que los miembros de La Fuerza Sin Rostro piensan que hacen el mal?... ¡No!... En su mayoría, al menos. Solo son soberbios... de ahí se sucede todo.

“Ahora querrás saber si dicha fuerza es una conspiración planeada como tal. Yo te respondo que si fue planeada como tal, por actores originales, es ahora irrelevante: El hombre no necesita conspirar para coincidir en el rumbo del mal. Lo hace naturalmente, y la coincidencia de rutas, después, se transforma en conspiración. De hecho, ahora, sí, lo es.

“De manera típicamente conspirativa La Fuerza Sin Rostro prepara la síntesis... Y, a propósito. ¡Ojo! No te confundas: Hemos hablado muchas veces acerca de que la llave del universo es el equilibrio. Pero, éste no tiene

(*) Hibris: Desmesura; en griego clásico. La hibris conduce a la hecatombe.

nada que ver con la síntesis que preparan ellos.

“Equilibrio es, por ejemplo, que existan las cuatro estaciones. Síntesis, en el sentido a que hago referencia, es querer lograr un clima único —ya hubo una vez una gran catástrofe por pretender esto; pero esa es otra historia que algún día también te contaré—. Equilibrio, medida, es que existan todas las cosas. Esta síntesis, es crear una papilla amorfa con los restos indiferenciados de ellas; como el pasto molido que queda en la bolsa de una cortadora de césped. Todo, en su medida, significa eso: Todo, diferenciado y en armonía.

“El gusto por una papilla amorfa y eficiente, tal vez se deba a la misma crisis estética a la que te referiste, allá en la Hostería Kaikén... ¿te acordás?... Pero, sigamos:

“En cuanto a los métodos. La Fuerza Sin Rostro usa varios. Fundamentalmente, utiliza el de las “fuerzas distintas” —en sus diversas variantes— cuya resultante es el avance del proceso mundial en el sentido deseado por ella. Es una variante del método dialéctico. Trataré de ponerte un ejemplo:

“Tomemos el caso de occidente. Éste es, actualmente, un enamorado de su propia muerte; es el ave que busca la serpiente. Occidente, especialmente Europa, ya es demasiado senil y femenina. Sus hombres huyen hacia los brazos del violador que los va a poseer. “No podemos evitarlo” dicen “El mundo va al socialismo”...

“Ante un objetivo a conquistar que tiene esa mentalidad, ¿cómo opera el método de las “fuerzas distintas”?... —o de las “tensiones”, si lo preferís—. De este modo:

“Aquí, reconocida la cobardía del objetivo, que prefiere poner el culo antes que pelear (besser Rot als tot), asume la forma del Síndrome de Estocolmo —o táctica de los dos torturadores—:

“Esta consiste en que, el “torturados malo” martiriza a un preso en forma despiadada. Cuando el cautivo está suficientemente quebrantado, aparece, entonces, el “torturador bueno”, que le palmea el hombro y le habla con buenos modales.

“En esas circunstancias, el infeliz, por lo general, está dispuesto a hacer lo que el “bueno” le pida. Aunque, acaso sea esto lo mismo que le propuso el otro. Virtualmente, el prisionero se arroja en sus brazos.

“Trasladando el ejemplo a Europa: El torturador malo es la posibilidad de guerra y de comunismo violento. ¿Qué actitud tomaría, entonces, ésta, ante la opción de un metamarxismo anestésico, sin guerra y, tal vez, hasta con otro nombre (el torturador bueno), o la de la de la conflagración y la dictadura boreal?... No es preciso pensarlo un minuto ¿verdad?... El látigo que agita y el gancho que detiene; pero Osiris empuña ambos.

“Bien, esto es, en poco espacio —queda mucho en el tintero—lo que puedo decirte con respecto a “los poderes mundiales”. Aclarando aquella expresión mía: “una conspiración siniestra maneja los hilos del mundo...”. Podés creerme o no. Pero, si me llegás a dar crédito, ten presente una cosa: No se puede combatir al monstruo con los mismos que lo prohíjan. No busques salida en el llamado “Occidente Cristiano”; con sus feministas, sus eunucos mentales y sus tenderos enriquecidos, es el coto de actividades hecho a medida para las operaciones de La Fuerza... Nada es allí lo que parece. Tampoco la hay en el bloque oriental: Éste es un campo de batalla entre los servidores de esta Fuerza y bonapartistas nostálgicos. Ambas alternativas son la sartén y el fuego... y no hay demasiado tiempo para perder. Solo en la acción independiente hay alguna esperanza de zafar de la trenza. De allí el odio de “ellos” hacia todo lo que lo sea.

“Ah, lo olvidaba. En cuanto a la guerra de Malvinas, y dicho sea de paso, te acordarás que, en su momento, te dije que esperaras a que terminara y que te fijaras, entonces, en quién salía beneficiado.

“Bien, en este orden de cosas, muchos círculos buscan ahora, una posible “conexión” americana, o soviética, en las raíces del conflicto.

“Yo no puedo decir nada de eso, porque carezco del más mínimo elemento de juicio al respecto, y ponerme a emitir opiniones acerca de la mecánica de la generación de los hechos, sin tener datos reales, me parece, por lo menos, irresponsable.

“En tal sentido, lo único que puedo decir, sin abandonar la seriedad, es que “tengo la impresión” de que la resultante de la guerra, interna y externa, coincide con los planes de La Fuerza Sin Rostro —tal como los he explicado—. Pero, puede ser una casualidad, claro.

“El tema de la presente, no es, por cierto, la guerra del Atlántico Sur, por lo tanto no me voy a extender más en ella. Además, las consecuencias de ese conflicto son tantas, que podría escribir varias carillas solo enumerándolas, y lo que te decía acerca de ellas es solo una impresión —casi una sospecha—. Por lo tanto, únicamente, te planteo un ejercicio práctico; a vos que sos argentino: Cuando tengas tiempo, si querés, elaborá, vos, esa lista de las consecuencias; de todas las que se te ocurran. Y, luego, analizalas... puede resultarte entretenido.

“Otra cosa. En el marco de los sucesos posteriores a la guerra, y con prescindencia del análisis anterior, sigo creyendo que hice

bien en guardarme las “fórmulas” y no dejar que se las entregaras a la Comisión Nacional de la Energía Atómica: Además de las razones expuestas en su momento, que reitero, existe el hecho de que, hoy, con la plata que le han dejado a “La Atómica”, las carpetas de von Papp estarían juntando polvo en un armario. ¿No te parece?...

“Por otra parte, no hay voluntad de andar por ese camino. Defensa nuclear y armas nucleares pertenecen al mismo ámbito —en última instancia, una cápsula de Papp es un arma defensiva—, y en tu país existe, ahora, la peregrina idea de que un estado puede permanecer al margen de los acontecimientos vecinos, si los ignora, no los nombra, no participa, ni piensa, siquiera, en ellos. Argentina, hoy, solo satisface su conciencia, desplegando una retórica antinuclear universalista que nadie tomará en serio. Craso error. Esto no es mas que una variante del avestruz que esconde la cabeza.

“Así, mientras Brasil tiene a Goldemberg y Chile a Igor Saavedra; ambos trabajando a todo vapor. Argentina, en cambio, privilegia la tecnología de las represas en detrimento de las centrales nucleares, de instalación mucho menos costosa.

“Pensar que en Estados Unidos se reconoce que, si ellos han incursionado y avanzado en la búsqueda de la “fusión nuclear controlada”, es porque tomaron ejemplo de las iniciativas que, hace años, se llevaron a cabo en tu país en ese sentido —aunque no tuvieran éxito, por entonces—. Pero, dejemos eso ya. No tenía intenciones de irme por las ramas.

“Bueno, Enrique, quería decirte estas cosas y lo he hecho; es hora de que me despida hasta... no sé cuando.

“Recordá: hay solo “mate” en este ajedrez. La única salida es jugar otro juego... Hasta que el “Gran Avatar” llegue. Lo cual es inevitable porque está escrito en los astros.

“Para entonces, pienso tener lista mi cápsula. Esto, gracias a que el Buen Dios me puso en el camino del secreto de von Papp: Haciendo su último acto de guerra, aquellos lívidos espectros acudieron una vez más —la última— al cambio de guardia, y me entregaron lo que habían cuidado celosamente durante casi cuarenta años. Ahora se han ido, seguramente a descansar en paz. Su Capitán está otra vez con ellos.

“No sé cuando serán nuestros próximos contactos, pero, seguramente, ha de ser antes de que suenen las trompetas. Al menos, así lo espero.

“Saludá de mi parte a Verónica, Erika y Renata. Podés mostrarles esta carta, si las ves y si querés.-

“Un gran abrazo:

Klaus Werder

Pensó que la iba a fotocopiar y se la iba a enviar por correo a las chicas, ya que Klaus lo autorizaba. Había sostenido, con ambas, una relación exclusivamente epistolar en estos dos años. Aunque muy salteada y escueta, y casi formal. En la Sierra de las Pinturas no había teléfonos por entonces, el correo electrónico no se conocía aquí, y él no había viajado para allá desde aquellos días; como si algo se lo impidiera, pese a que ardía en ganas de hacerlo.

Esta era la tercera lectura que Enrique hacía de la carta, desde que la había recibido; y la misma pregunta volvió a plantearse por enésima vez:

¿El alemán, estaba loco de atar o decía la verdad?... ¿Sería un paranoico?... ¿O, sería el ser mas inteligente de los que había conocido?...

La conspiración de “los poderes mundiales” o de “La Fuerza Sin Rostro” le sonaba increíble, pero debía admitir que, al menos, estaba bien presentada y parecía coincidir con ciertos datos de la realidad. El hecho era que, ahora, la inquietud había quedado instalada bien dentro suyo; y sabía que, de aquí en mas, no lo iba a dejar en paz.

En esas cavilaciones andaba, cuando, de pronto, se quedó dormido; y volvió a soñar, por no sabía ya cuántas veces, aquel sueño que se repetía y repetía, desde que había dormido junto a Renata Henderson, aquella noche, hacía dos años. ...Siempre cortándose en el mismo momento. Era desesperante... Se cortaba cuando no podía reconocer la melodía que cantaba el coro de jóvenes del sueño... Luego se despertaba.

-¡Enrique!... —la voz de Vero lo rescató del ahogo, que siempre hacía presa de su garganta cuando se estaba por cortar el sueño.

-Enrique... Te dormiste... —la “negra” venía con una fuente que despedía un olor apetitoso.

-No, negra... Un poco, no mas. Estaba leyendo de nuevo la carta de Klaus. —respondió, y miró para arriba, mientras tendía la mano hacia el plato.

La amplia sonrisa de Verónica, brillaba, en la sala penumbrosa, como la luz de un faro conocido.

-Estabas gritando... Otra vez. —en los ojos de ella había una pregunta que no hizo.

-No es nada... Tengo pesadillas. Debe ser el estómago —dijo, y como Vero no le contestó, le revolvió el pelo—. ¡Venga para acá!... —exclamó, agarrándola.

-¡No, che!... ¡Que se enfrían las empanadas!... —protestó la negra, pero dejó el plato arriba de una mesita de mármol.

Después, Enrique la atrajo hacia sí y ella se dejó caer, por fin, sobre el gran sillón de la sala... pero, de rodillas y dada vuelta, y le dijo, mientras se sacaba la pollera. —no llevaba nada debajo—:

-Ahora quiero así, Enrique... por atrás. Desde que fuiste al sur que no lo volvimos a hacer así. Es lo que estás necesitando vos... bajar al chiquero y olvidarte de todo. Sino, vas a terminar loco. —Y apoyó la cabeza contra el respaldo y abrió sus nalgas con ambas manos, mostrando su abismo sin fondo.

-Me pongo... —balbuceó Enrique.

-¡No!...¡Saliva!... Solo saliva...

-¡Así!...¡así!...¡así, vamos!... ¡Vamos, Enrique!...¡Con todo!...¡Con todo!...

...¡Empalame!...¡Empalame, guacho!... ¡Más!...¡Más!... ¡Ahhhhhhh!... —un largo gemido inundó la estancia cuando se sintió empalada del todo... Y, Enrique, por fin, se hundió en el olvido y comenzó a moverse rítmicamente; cada vez más rápido. Hasta que arqueó su espalda hacia fuera en una curva imposible, y su rugido hondo se mezcló con el clímax de Verónica... Luego, se desmayó.

Enrique, por fin, dormía profundamente, desde hacía un largo rato... Sin sueños. Sin nada; solo dormía y dormía; recuperándose y recuperando fuerzas, luego de dos años de insomnio y semi-sueño. La negra, sentada en la cama, lo miraba, y, de vez en cuando, lo tocaba y lo acariciaba.

Por la ventana se veían las islas, a lo lejos; mientras el sol, que ahora había cobrado fuerza, caía a plomo sobre el río; haciéndolo brillar como plata fundida. Un pequeño

velero, ciñendo con viento flojo, se acercaba lentamente al puerto deportivo; flotando sobre el mar de luz.

EPÍLOGO

Poniendo el punto final a esta novela, he creído necesario hacer algunas puntualizaciones, a saber:

Quedando totalmente claro, ya que lo he dicho hasta el cansancio, que “El Hombre del Arca” es una novela y no un relato histórico, resulta también necesario que les diga a los lectores, que, cuando escribo ficción, me gusta entretenerla y soportarla con los datos de la realidad y de la historia. Eso no altera la condición novelesca del libro, pero le da un tinte, mediante el cual, el lector, insensiblemente, se encuentra siempre a un tris de olvidarse que está ante ficción y de tomar la trama por real: Es un efecto buscado por mí y no se hagan ideas raras al respecto... Bueno, háganselas, si quieren, ya que eso es del ámbito de la libertad de cada uno, pero yo... ¡Pilatos!...

En el presente caso específico, muchos de ustedes se preguntarán **qué** flota era esa que integraba el U538, o, mucho mejor dicho, a cuál de las versiones que circulan, como reales, por ahí, de la/s historia/s de la/s famosa/s, presunta/s, flota/s fugitiva/s nazis, se parece más la de la formación que integraba el submarino U538; comandado por el Tte. de navío/comandante Kurt Flamme... Es una buena pregunta y, para responderla, repasaremos un poco lo que se menea por estos contornos.

La presente recapitulación no pretende ser completa, ni muchísimo menos, y solo tiene por objeto trazar “algunas líneas”, en lo que hace a la temática de los submarinos del 3er Reich, rumbo para el cono sur al término de la 2ª guerra. Así que, les pido las más cumplidas disculpas a todos los autores que no mencione: Lo hago para no extenderme demasiado y por olvido; pero, no malintencionado.

SZABO

En el principio era solamente Ladislao Szabo, que con su “Hitler Está Vivo” (Ed. “El Tábano”—“Crítica”— Medios de 1946), fue el primero, creo, que se atrevió a decir, públicamente, que había habido una gran flota alemana fugitiva, al fin de la guerra, y que Hitler había huido en ella hacia La Antártida.

BYRD

La Flota de Byrd: La Casa Blanca condecoró al Alte. Richard Byrd, el 9 de Noviembre de 1946, con la “Golden Star” (Estrella de Oro), y le confirió, el 2 de Diciembre, el comando de una expedición a la Antártida; que, al poco, zarpó de Norfolk, Virginia. El propósito principal era el entrenamiento (nadie creyó eso) y estaba compuesta por el crucero “Mont Olimpus”, como insignia, además de un portaviones, dos destructores, dos rompehielos, dos transportes de tropas, un submarino, dos cisternas, y dos buques madres de hidroaviones, y... 4.000 hombres.

El otro pretexto fue la búsqueda de yacimientos minerales. Mas, la expedición, regresó, inexplicable y rápidamente, a los Estados Unidos, sin haber cumplido su misión. Ahora, bien, las declaraciones hechas, por el Alte. Byrd, en Marzo de 1947, a “El Mercurio”, de Santiago de Chile, no contribuyeron, por cierto, a la calma general. Ya que, le dijo al decano de la prensa trasandina: <<Los Estados Unidos pueden ser atacados por objetos que viajan, de polo a polo, a velocidades increíbles>>. Y tampoco pacificó los espíritus que el Alto Mando le haya prohibido, inmediatamente, a Byrd, hacer cualquier tipo de declaración.

De estos hechos surge una de las “teorías” en boga: Que Hitler estaba vivo en una base antártica, y que los nazis, con los planos que trajeron en los submarinos, desarrollaron, finalmente, los OVNIS... con los que corrieron a patadas en el culo a la expedición de Richard Byrd.

Por muchos años, según creo, no sonó, nuevamente, ninguna obra (en español) al respecto de todo este asunto —tal vez las haya habido, pero no lo supe—, hasta que Louis Pauwels y Jacques Bergier tocaron el tema en “El Retorno de los Brujos”(1960).

Finalmente, muchos años después, la obra “El Escape de Hitler”(2000), de Patrick Burnside, trajo otra vez el caso a la palestra, con todo:

La teoría de Burnside, es que Hitler desembarcó en La Patagonia, con un gran séquito, y que este grupo vino en dos submarinos, que eran parte de una flota de seis, y que todos sus miembros cruzaron hasta la Cordillera de los Andes, donde el Führer se instaló...

Por último, y probablemente a consecuencia del ejemplo de Burnside, aparecieron los últimos libros. Una muy escueta selección de ellos:

ULTRAMAR SUR, (2002), Juan Salinas y Carlos De Napoli

NAZIS EN EL SUR, (2005), Carlos De Napoli

PUERTO SEGURO, (2006), Jorge Camarassa

Etc., etc., etc., etc., etc.,etc., etc., ...

Todas estas obras, aunque analizan diversas variantes, se inclinan, finalmente, por considerar el teatro de operaciones de los nazis desembarcados, no mas al sur de Chubut, en las inmediaciones del paralelo 42, y, como máximo: Comodoro Rivadavia.

Bien, ¿y cuál de estas posibilidades coincide con la flota de “El Hombre del Arca?... ¡Ninguna!... por cierto... Y, todas, también, si se quiere. Ya que, ésta tiene elementos de

todas las teorías señaladas... No obstante, apuntaré que, bien visto, la flota del U538 tiene mas en común con descripta por Ladislao Szabo que con las otras, puesto que se trata de una flota que perdió submarinos y se dirigió a un destino final lejano e ignoto; que puede ser La Antártida... o los Canales Fueguinos chilenos; dada la sugerente travesía a través del Estrecho de Le Maire. A Hitler no se lo menciona en El Hombre del Arca, como pasajero del convoy, pero puede haberlo sido; por supuesto sin que Kurt Flamme tuviese la menor idea.

De cualquier manera, hay una circunstancia curiosa que también referiré: El escritor francés Jean Raspail, sacó a la luz, en 2001, un libro llamado “Adiós Tierra del Fuego” (Editions Albin Michel 2001) – (El Ateneo 2002), con el que ganó el premio “Jean Giono” 2001: ES MI PRIMERA FUENTE AQUÍ:

En esta obra, en sus capítulos XVII y XVIII, nos habla de otro escritor: “Saint Loup”, cuyo verdadero nombre era Marc Augier, y que, habiendo sido miembro de las L.V.F. y de la “División Carlomagno” de las Waffen-SS, buscó refugio de posguerra en Argentina; donde Perón lo nombró “consejero especial de tropas de montaña”. Amnistiado en Francia a fines de los 50, Marc Augier murió en 1991, y había fundado, antes de la guerra, siendo aún socialista, el movimiento Albergues de la Juventud; junto con Leo Lagrange.

En una cena en París, que compartieron Raspail, el anfitrión –un suizo–, y Marc Augier/Saint Loup, este último les refirió que: En 1944, ya producidos la caída de Stalingrado (Feb. 1943) y el desembarco aliado en Italia (Sep. 1943), Hitler llamó a Berlín al capitán Pagels: Un germano-chileno de Punta Arenas al servicio de Alemania, que, durante la primera guerra mundial, y luego de la “Batalla de las Malvinas”, posibilitó la huída del crucero liviano “Dresden” hacia el Pacífico. Esto, gracias a su conocimiento absoluto y fuera de lo común de los Canales Fueguinos. El Dresden había sido la única nave alemana sobreviviente del feroz encuentro. En esa reunión —fueron varias— se configuró, por orden del propio Hitler, un selecto grupo de oficiales submarinistas, de inteligencia, y de las SS —bajo la guía de Pagels—, que se dedicó, sin lugar a la menor duda, a nutrirse de los especiales conocimientos del viejo lobo de Punta Arenas sobre los canales fueguinos. Dos de estos alumnos de Pagels fueron: Heirich Garbers y von Allenburg. Ahora, bien, ¡Atención!... Siempre según Marc Augier:

En Marzo de 1945, el velero alemán “Passim”, al mando de Heinrich Garbers, desembarcó en la playa, en territorio argentino, al norte de la boca oriental del Estrecho de Magallanes, un grupo de **cajas**, escoltadas por dos SS de civil; internándose luego en el archipiélago fueguino. Y, en Agosto de 1945, otro velero alemán, el “Falken”, al mando éste del comandante von Allenburg, repitió la operación en la “Isla Santa Inés”: 53° 45’ 0” S, 72° 5’ 0” W, no lejos del Paso Dresden, en territorio chileno; desembarcando otro lote de cajas. Según Saint Loup/Marc Augier, ambos lotes contenían “un tesoro difícil de definir”: Esto, a mí, no me diría casi nada, si no fuese por una **mágica** casualidad: Durante su exilio de diez años en Argentina, Marc Augier hizo amistad con un querido primo político mío... de su mismo apellido: Alberto Augier (“Chicho”); viejo militante nacionalista y peronista, que conoció a Marc en el entorno del general Perón. Ambos congeniaron pronto, ya que, dados lo dos, un poco, a la genealogía, descubrieron que eran indudablemente parientes: Descendían de Ogier, el danés (suena Óguir), uno de los principales paladines de Carlomagno, que, según la leyenda, a su muerte, fue llevado al país de Avalon (¿América?) por la inmortal hechicera Morgan La Fey (Fata Morgana). Allí vivió, por doscientos años, como amante de la maga, y disfrutó, además, de la amistad del Rey Arturo, que, ya, también, inmortal, vivía en Avalon desde hacía casi cuatro siglos.

El nombre Ogir/Ogier, luego afrancesado en Augier, fue, en los siglos posteriores, portado por varios héroes de Francia. De todos ellos descendían, o eran parientes, Marc y Chicho... y, en verdad, lo eran...

Así, muy amigos ya a comienzos de los 50, un día, Marc le contó a Chicho la misma historia que mucho después le contaría a Raspail, y que es la de los dos misteriosos yates, desembarcando las no menos misteriosas cajas; contenedoras de “un tesoro difícil de definir”... ¡Las mismas palabras que le dijo a Raspail, se las dijo cuarenta años antes a Chicho Augier!... Y, esas mismas palabras me las refirió, a mí, Alberto Augier, a principios de los 70; cuando me contó la confidencia de Marc; con toda la historia del Passim, del Falken, y de sus comandantes Garbers y von Allenburg; discípulos de Pagels.

Rastreando por Internet, con los buscadores de Yahoo y de Google, en el sitio: <http://www.ritterkreuztraeger-1939-45.de/Kriegsmarine/G/Garbers-Heinrich.htm> (pantalla capturada 8-10-09 y chequeada 21-2-2011), sale que Heinrich Garbers era comandante del velero “Passim”, experto en “operaciones especiales” —v.g. desembarco de espías— y que el 11 de Julio de 1944, arribó, con su barco, a Punta Mogotes (dice Mogades, pero es Mogotes)... Me temo que eso es imposible; ya que, según se desprende del propio texto, Garbers regresó a la patria alrededor del 1º de Julio; de su anterior viaje a Cabo Frío, en Brasil: Suponiendo unas vacaciones —para Garbers y para reacondicionar al Passim— de treinta días, como acostumbraban concederle, no pudo estar en Punta Mogotes antes del 15 de Octubre de 1944. Ya que este navío no tenía motor alguno. Esto lo puede entender cualquiera que sepa sumar y conozca el calendario... y un poco del mar y la vela; solo un poco.

Allí bajó dos agentes, unas cajas con medicamentos especiales (pesaban varias toneladas, dice el “sitio”)... y una caja de acero cerrada y soldada por sus bordes (todo esto, claro, a la vista de la Base Naval de Mar del Plata, que queda al lado de Punta Mogotes ...¿?...).

Terminada la comisión —¿el mismo 15 de Octubre?... bueno, supongámoslo—, siempre según el sitio “Ritterkreuzträger”, embarcó tres agentes que volvían a Alemania y zarpó de regreso a Europa, vía España (Vigo), adonde debe haber llegado alrededor del 1º de Enero de 1945, y desde donde, después de una espera de un mes y medio para desembarcar legalmente, regresó a la patria.

El tema es tratado también en otro sitio: “El Gran Capitán”, ver: www.elgrancapitan.org/foro. (pantalla capturada 9-12-09 y chequeada 21-2-2011). Aquí sale también lo de Heinrich Garbers y el Passim, pero en versión española. Este sitio presenta el mismo desconcierto de fechas que el alemán y dice cosas más o menos similares. Solo que, en lo que hace al desembarco en Punta Mogotes, no menciona la caja de acero, y le agrega, por otra parte, que el Passim, antes de llegar a Vigo, fue hundido por orden del propio Garbers, y que arribaron a puerto en un inflable y a nado...

Tengo, ante mí, una foto del Passim, sacado a tierra en una laya cercana a Arcachon, su antigua base en Francia, tomada —según reza al pie— ...¡después de la guerra!... Se puede ver en:

<http://www.elgaleonpirata.net/viewtopic.php?f=7&t=4093&start=0> Sitio éste, que me parece relacionado a “El Gran Capitán”.

...Pero... ¿No lo habían hundido?...

Entonces...¿cómo fueron los sucesos, en realidad?...

Ni por un instante se me ocurriría dudar de la honestidad de la gente de “El Gran Capitán”, ni de la de “Caballeros de la Cruz de Hierro”, que así le decimos en castellano, pero sí me permito, respetuosamente, disentir con todos ellos:

LA VERSIÓN del improbable desembarco en Punta Mogotes y del HUNDIMIENTO INTENCIONAL del Passim ante Vigo, proviene, casi seguramente, del propio Garbers y su gente... y de la Abwehr y sus archivos; y se supone, en todos ellos, por atendibles razones de lealtad y patriotismo, la voluntad de no revelar el núcleo de una misión ostensiblemente secreta. Por último, EL TIMMING REAL de los acontecimientos nos lleva, ineluctablemente, casi a la fecha en la que Marc Augier/Saint Loup sitúa, en el tiempo, el desembarco, “al norte de Magallanes”, de las “cajas misteriosas”... ¡Marzo de 1945!... Y, yo, por una intuición personal, les creo, mas bien, a Saint Loup/Marc Augier, a Alberto Augier (Chicho), y a Jean Raspail... Es mi opinión, claro. Y, mi conclusión:

Hubo desembarco de “cajas”, pero no en Punta Mogotes, sino un poco mas al norte de la boca oriental del Estrecho de Magallanes... y, posteriormente, en Santa Inés.

Además, en cuanto a Garbers, está el hecho de que, cuando los ingleses lo apresaron en aguas holandesas, en Mayo de 1945 (según “Ritterkreuzträger), a casi dos meses y medio después de los sucesos que menciona Marc Augier, **lo apalearon brutalmente**, lo hicieron comer cáscaras de papa hervida por catorce días, y, luego, lo tuvieron preso durante tres años, tratando que “cantara” no se sabe bien qué cosa... Convengamos en que no es el habitual proceder británico, al menos para con un Tte. de Navío que, durante la guerra, estuvo al comando de un velero sin motor...

En cambio, von Allenburg, el Falken, y Santa Inés, no salen por ninguna parte, al menos, hasta ahora; lo que no me extraña, dadas las circunstancias que se vivían en Agosto de 1945; a tres meses y pico de rendida Alemania. O, tal vez no supe buscar.

Recapitulando. Todo lo dicho me hace pensar, reitero, que, en primer lugar, Jean Raspail es bastante exacto en su narración —de esta puntual temática, al menos—, y, en segundo término, que, Marc Augier le dijo la verdad a los dos, a Chicho Augier y a Jean Raspail... Y que hubo un desembarco de cajas en la Patagonia extrema, conteniendo **un tesoro difícil de definir**, pero que Saint Loup/Augier no dudó en calificar —ante Chicho Augier, al menos— de “científico-religioso”... Así, no más, me lo contó éste, por mas increíble que parezca la liesson de los dos términos.

En consecuencia, el radio de acción de las naves alemanas, trayendo secretos al fin del mundo, parece se extiende mucho más al sur de la “Caleta de los Loros”, e, incluso, de la Península de Valdez, lo que me permite pensar que:

- 1) Mi novelesca flota submarina (la del U538) podría, en efecto, unos meses después de lo del Passim, haberse dirigido a un destino mucho mas lejano que el paralelo 42.
- 2) Se rehabilita, otra vez, la teoría de Szabo; aunque, yo, personalmente, no creo mucho en La Antártida, como posible meta, sino, mas bien, en los Canales Fueguinos: Especialmente en los que circundan el tramo segundo de el Estrecho de Magallanes.

Esta ha sido mi respuesta a la pregunta: <<¿Qué flota?>>.

En lo que hace a la “política teórica” —expuesta en la novela desde el ángulo de “la reunión de Basilea” (1982), y desde la óptica de “la carta de Klaus Werder a Enrique Falkenburg” (1984)—, el análisis debe ser prudente y no puede soslayar los acontecimientos centrales de los últimos treinta años: 1) La caída del comunismo en la Unión Soviética, la desaparición de ésta, como estructura existente, el 8 de Diciembre

de 1991, la democratización concomitante, y la entrada de las ex repúblicas importantes, menos Bielorrusia, en el mundo capitalista. 2): La “capitalización” de China.

¿Significa esto el fracaso de La Fuerza Sin Rostro?... En Rusia, en principio, pareciera que sí, ya que, el marco actual es: No socialista, dispendioso, capitalista, y democrático con pocos controles. Además, la transición no fue obra del bando de los tecnócratas, sino, más bien, de la línea K.G.B.; que descubrió que podía entrar en el mundo de los negocios con resonante éxito... ¡Felicidades!... No obstante, señalaré que, en la Rusia actual, los pobres ganan muy poco... y los ricos muchísimo.

China, empero, nos presenta un panorama en el que, hasta hoy, las masas permanecen bajo el férreo control del aún llamado Partido Comunista, y la economía, capitalista y muy concentrada y dinámica, es manejada, en gran parte, por ex funcionarios, allegados al poder, y los clásicos “tongs”, que parecen haber superado el horno del marxismo y devenido eternos. Panorama éste, que se acerca algo al futuro “metamarxista” augurado por el profesor Tucker. Aquí, también, los pobres ganan menos que antes y los ricos cifras siderales.

3): A la par, occidente —luego de la crisis del 2008, provocada, tal vez, por el abandono del método financiero clásico, y su sustitución por otro “trucho”, parecido a una “Pirámide de Ponzi”— derivó hacia una fuerte etapa de socialización e intervención estatal, en el área económica y en la de la salud, y hacia el encumbramiento del primer presidente negro en Estados Unidos.

Así que, todo esto es de libre interpretación, y ésta da para todos los gustos: Lo sucedido es puramente casual, o, en su defecto, existe **algo**, como el grupo de Basilea, que maneja todo, con variable éxito... O, tal vez... no tan variable.

En cuanto a muchas otras cosas que en 1982/84 eran importantes: Como ya dije, refiriéndome a los Beluches, solo queda de ellas... polvo en el viento (“Dust in the Wind”), y el famoso y bello tema de Kerry Livgreen, podría ser su nostálgica melodía de olvido.

Lo mas importante que ha ocurrido en estos treinta años, es, a mi criterio:

- .) La irrupción masiva de los computadores de mesa. (Ahora notebooks, celulares computadoras, etc.-
- .) Internet.-
- .) El enorme conocimiento y manejo del ADN.-
- .) La caída de la Unión Soviética.-
- .) La pavorosa difusión del SIDA.-

En cuanto al destino personal de los protagonistas: Qué hayan hecho en estos veintinueve años, no lo sabemos... al menos, por ahora.

INCÓGNITAS:

a): En lo que hace a las “cápsulas” anti-atómicas, no sabemos si Klaus pudo desarrollarlas, o no, ya que, nada, al respecto, tomó estado público. Pero, de cualquier manera, debemos señalar que, al punto de hacerse pública esta novela en Internet, tuvo lugar en Japón -en los reactores de Fukushima-, y a causa de un feroz terremoto seguido de un Tsunami, una catástrofe nuclear de proporciones y alcances, a estas horas, aún, inciertos, pero que ha traído, para mí, nuevamente a cuento, el secreto

de von Papp; como temática, esta vez, de la mayor actualidad y urgencia. Dicho en términos sencillos: No cabe duda que es necesidad prioritaria, algún tipo de protección efectiva frente a la apertura de las puertas del infierno.

b): En cuanto a los OVNIS, o, al menos, sus planos, desarrollados por el equipo SS de Schriever, Habemol, Miethe, y Giuseppe Bellonzo. Más la “antigravitación” obtenida por Víctor Schauburger... ¡vaya a saberse!...

c): Con respecto a la índole científico-religiosa de las misteriosas “cajas” desembarcadas por los veleros, puesto a diletar, diré que existe la remota posibilidad de que el 3er Reich haya descubierto, o inventado, una forma perfeccionada de fisión/fusión nucleares: Algo como la transmutación de los alquimistas, que generaría electricidad, en forma directa y en enormes cantidades, a partir de la...

...¿transmutación?... de hierro o plomo, en oro, platino y paladio; con la liberación, en el proceso directo y controlado, reitero, de una enorme cantidad de... ¡energía eléctrica!.

No diré mucho más de esto. Pero, me pregunto por qué Chile supera siempre, y con relativa facilidad, los cortes de suministro de gas —con el que, también, genera electricidad—, cuando Bolivia se enoja y no nos lo envía, para que no se lo revendamos a los chilenos; a quienes odia... Este secreto nazi, ¿habrá ido a parar a Chile en las misteriosas “cajas”?...

¿No sería esto lo que buscaba recomponer Richter, en la Isla Huemul, patrocinado por Perón; en vez de una fusión controlada común?... Nunca creí demasiado, todo lo que después se dijo del científico.

d): La angustia de Enrique: ¿Por qué Enrique se pescó una neurosis cuando hizo el amor con Renata, la noche de la fiesta en la goleta?... Quién puede decirlo; el mundo está lleno de locos... Pero, viéndolo bien, barrunto que la cosa puede venir por lo que sigue: Está claro que esa capacidad de Renata Henderson, de entrar, sin proponérselo a veces, en una especie de “trance”, que la lleva a una escena mágica donde se renueva y restablece, no es producto de un simple curso de “control mental”, sino, mas bien, de **una iniciación regular**. Tal vez, otorgada por esos “maestros de Chile”, que la joven visitaba de vez en cuando. Por alguna razón que desconocemos, Enrique penetró en esa escena por el mero hecho de poseer a Ren: Algo así, como que se produjo un cortocircuito y se mezclaron las ondas descontroladamente. De este modo, Enrique se vio introducido en el misterio SIN INICIACIÓN REGULAR (cual fuese ésta). Puesto que, eso que le pasó, es lo que sucede cuando alguien recorre el camino de los arcanos de ese modo irregular. Es decir, “fuera de las reglas” establecidas para andarlo sin ser afectado por una energía, que, sin los pasos correctos, es ingobernable... Como el fuego, que puede cocinar tu comida o quemar tu casa; según lo manejes:

Quedó, pues, Quique Falkenburg, en una especie de “limbo”, que lo hubiera destruido si no hubiese sido rescatado por Verónica. Ésta, en un momento, instintivamente, percibió que lo que necesitaba Enrique, era un brusco y total regreso a la tierra y una inmersión en las más hondas profundidades telúricas. Esto, para zafar de ese lugar intermedio donde había quedado pegado; entre el cielo y el mundo... Y que lo iba a llevar al infierno; mas tarde o mas temprano.

Enrique deseaba, indudablemente, volver con Renata; no solo por sus extraños encantos, sino para develar **cuál era el canto del coro de jóvenes**. Mas, como no es tonto, en el fondo temía, y con razón, una repetición de la situación que lo entrampó por dos años. Por eso evitaba regresar a Tierra del Fuego. Solo una iniciación regular podía ponerlo en el camino... Pero, ¿cuál?... Él no lo sabía...

“Yo solo digo mi canto
A aquél que conmigo va”.

http://www.elgaleonpirata.net/viewtopic.php?p=40335&sid=b069fdc0a272034cab4d7d64c068b8a

El GALEÓN PIRATA
foro Náutico

Nombre de Usuario: *****
 Identificarse automáticamente Ocultar mi estado de conexión

Índice general » El Galeón Pirata: Foros Abiertos » LA CUBIERTA DEL GALEÓN Cambiar tamaño de la fuente

FAQ

Velero alemán Passim

Moderadores: [Barbanja](#), [Pielusa](#), [Morgan](#), [Anbilano](#)

Publicar una respuesta 12 mensajes • Página 1 de 1

Groncheto



Señores:

Desde hace un tiempo estoy buscando información de un velero alemán tripulado por navegantes deportivos llamado durante la segunda guerra sembrando en las costas a agentes de inteligencia nazis, hasta ahora sólo logré encontrar busca lo mismo ay que parece que no hay registros de su actividad y actual paradero. Si alguno sabe donde encontrar algo de su historia se lo agradeceré.

H.

La foto fue sacada pocos años después de finalizada la guerra en una laya cercana a Arcachon, Francia



Hermano del Galeón
Mensajes: 2303
Registrado: Dom Oct 21, 2007 8:02 pm
Ubicación: buenos aires

Publicado: Dom May 16, 2010 9:03 pm



